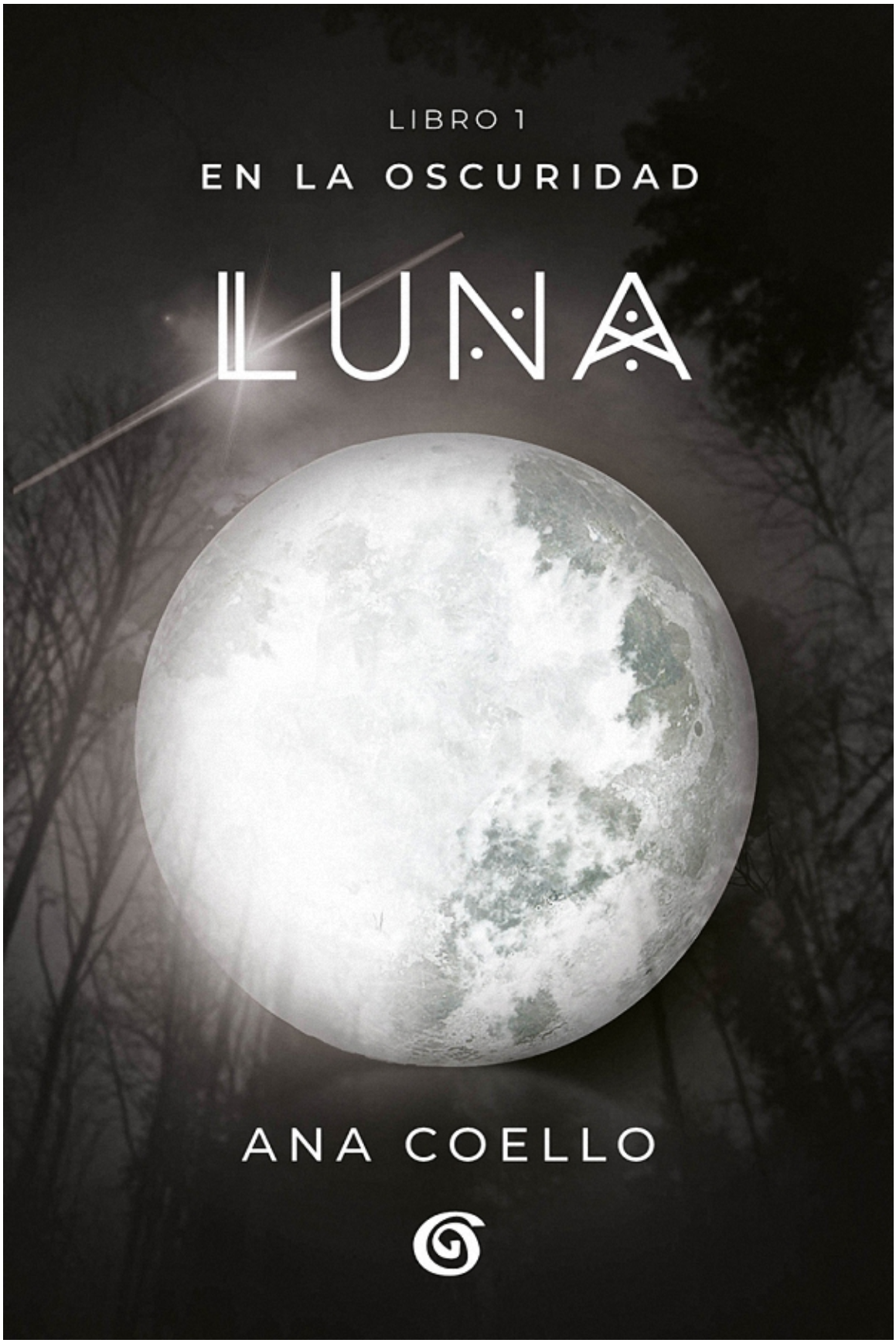
LIBRO 1

EN LA OSCURIDAD

LUNA



ANA COELLO


LIBRO 1
EN LA OSCURIDAD
LUNA
ANA COELLO

LIBRO 1

EN LA OSCURIDAD

LUNA

ANA COELLO

SIN LÍMITES

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleermex

 @megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

En las murallas de tu alma, una luz se desata.
Apresas lo que alcanza, aniquilas si te atrapa.
Huida cruel, momento que todo lo cambia.
Deseo constante, razón distante.
Increíble proeza, inimaginable promesa.
Sentimiento arrollador, pura sensación.
Soberbia tu fortaleza,
humilde al igual que tu entereza.
Luna de fuego, sol de invierno.
Único dolor, deslumbrante emoción,
abrumadora colisión, que impregna todo de amor.

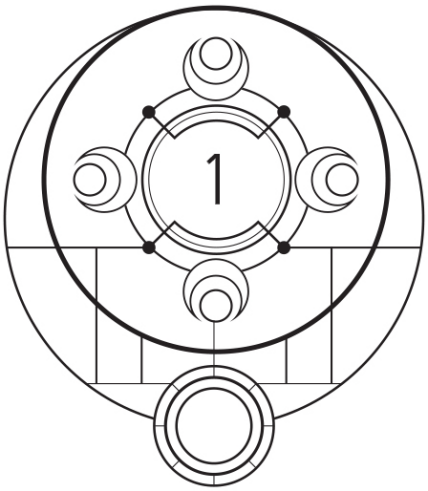


No era posible, simplemente no encajaba en mi mente, pero mi alma me decía que era lo más real que tuve jamás. Mi mirada se ajustó con temor a lo que mis ojos percibían, a lo que mi corazón escuchaba, a lo que mis sentidos me trasmitían.

Aprendí que en las tinieblas se puede transitar, que ahí es donde se encuentra mi verdad, y que esconderse a veces sólo lastima. En un punto muerto, cuando el cauce me llevaba rumbo a lo que mis planes trazaban: apareció. Fue así como la luna eclipsó al sol, refrescando su existencia, causando una asombrosa conflagración en su interior y logrando una inmensa colisión.

Yo, el satélite fresco; él, un astro cálido; y la tierra el testigo mudo de esta coyuntura, una situación completamente anormal donde todo se unió para dar lugar a este extraño acontecimiento.

Hay muchas razones para este fenómeno, pero la que yo elijo y la que más me gusta creer es que, hasta que nuestras miradas se cruzaron aquel día lluvioso, no nos habíamos dado cuenta de que vivíamos en la oscuridad.



—¿Por qué diablos te comportas como si nada te importara? —El golpe seco que dio en la mesa logró que lo encarara. Dios, estaba tan cansada de todo esto, pero no había mucho que pudiera hacer para cambiarlo, no aún.

—No es eso, papá… Sólo no sé qué decirte —musité intentado sonar conciliadora. Entornó los ojos, negando con molestia. No me asustaba, aunque tampoco me hacía sentir cómoda, si alguien me hubiera preguntado. Lo cierto es que me sentía culpable por saberlo así, sin ella.

—Papá, yo tampoco tenía ganas de ir, la casa de los abuelos es muy aburrida y teníamos mucha tarea. No te enojes —le pidió Bea, mi hermana menor que, aunque tenía catorce años, muchas veces parecía demasiado suspicaz y madura. Poseía un carácter chispeante, fresco, que iluminaba nuestros días. Siempre hacía eso, interceder a mi favor.

La miré agradecida, ella me regaló una sonrisa de complicidad apenas perceptible. Mi padre, al escucharla, frunció el ceño. Bea se levantó con dulzura desbordada, se acercó a él colocando una mano sobre su antebrazo buscando sus ojos y le sonrió con su peculiar candidez. Lo manejaba sin problema, y a mí también, debo admitir.

—No fue su culpa, yo fui la que dijo que no quería ir —mintió. Él la evaluó desconcertado, escéptico. Bajé la vista hasta mi ración, sentía cómo me escrutaba. No le creía y es que ella siempre deseaba ir, visitarlos y era yo la que solía buscar algún pretexto para no hacerlo.

—Está bien —escuché al fin. Aunque casi suelto un suspiro, me logré contener—. Pero no quiero que vuelva a suceder —advirtió con autoridad. Cuando se dirigía a ella su voz era dulce y aterciopelada, muy diferente de cuando me hablaba a mí—. Bea, tus abuelos quieren verlas, una vez al mes me parece que no es mucho pedir. Recuerda que a tu madre —en cuanto la nombró sentí el ya tan familiar dolor en el estómago— le hubiera gustado que convivieran con ellos, son sus padres y ustedes son lo único que les queda de ella. Ésa es una de las razones por las que estamos aquí —le recordó con un tono ausente y atormentado.

—Lo sé, papá, no volverá a suceder. ¿De acuerdo? Les marcaremos para disculparnos. ¿No es así, Sara? —me apremió.

Asentí enseguida.

Escuché cómo ella le daba un beso apretujado.

Aún no me animaba a levantar la vista. Las sillas se deslizaron y enseguida supe que ambos ya estaban listos para comenzar la nada divertida cena. Veinte minutos después apenas si pude probar bocado, sin embargo, no le iba a dar más motivos para que me sermoneara nuevamente. Ya había tenido mi dosis y tampoco era masoquista.

Bea y papá tenían una relación muy singular en la cual yo salía sobrando. Sabía que si «ella» aún viviera, las cosas serían completamente diferentes. Pero no era así, murió tres años atrás y ahora vivíamos esa vida que en lo absoluto se parecía a la que se vislumbraba en aquel entonces.

Subí las largas escaleras arrastrando los pies. Al llegar a la planta alta solté un suspiro y continúe mi camino hasta mi recámara que colindaba con la de Bea. Una estaba al lado de la otra y las unía un mismo baño que era nuestra «zona neutral». Así la denominamos desde el primer día; un espacio de ambas, pero que no le pertenecía a ninguna.

Me puse la piyama, me quité el rímel, lavé mis dientes y mi rostro, serena. Diez minutos después, una vez acostada, tomé mi reproductor y puse a todo volumen Kasabian, un grupo lo suficientemente estridente

como para no permitirme pensar y así lograr evadir todos los recuerdos dolorosos y recurrentes que martillaban mi cabeza sin piedad.

Desperté con el sonido de la alarma del celular. El pequeño aparato que me ayudó a conciliar el sueño yacía en el piso, justo a un lado de mi cama matrimonial.

Me desperecé sintiendo nuevos bríos. Era agosto, hacía una semana que habíamos entrado de nuevo a clases y cursaba mi último año de bachillerato, como lo llamaban aquí en México. Martes, un día común pero que más valía enfrentar con buena cara, y eso haría.

Si aún continuáramos viviendo en Vancouver —lugar donde nací hace casi 18 años—, me faltarían dos años y no uno para terminar el *High School*, pero eso era bueno, mi tiempo en esa casa terminaría pronto y me iría lejos, cosa que no sólo me daría ánimos a mí, sino también a Gabriele, mi padre. Pese a que nunca decía nada y se dedicaba a darme todo lo que su buena posición me podía proporcionar, sabía que en los últimos tres años mi presencia le causaba un enorme dolor. Entre que me culpaba, con cierta razón, por la muerte de mi madre, y entre mi innegable parecido con ella, era evidente que le resultaba bastante incómoda mi estadía allí.

Me bañé de prisa. Me puse lo primero que encontré. Acomodé mis grandes rizos para que a mitad de la mañana y con la humedad que caracterizaba esta época del año en Guadalajara, no fuera a parecer más un micrófono que otra cosa. Me pinté las pestañas, tomé mi mochila y bajé rápidamente. El desayuno ya estaba servido.

—Hola, Aurora —saludé sonriendo apenas, relajada.

Papá la contrató casi desde que nos mudamos aquí. Se encargaba, junto con Rita, de la limpieza, aunque en realidad ella era la que dirigía todo, incluidas a Bea y a mí, mientras que Rita se dedicaba a seguir sus órdenes sin chistar.

—Hola, Sara. ¿Ya despertó Bea? —preguntó de forma casual. Me senté frente a unos enormes *hot cakes* y un jugo de naranja recién exprimido. Aún no me acostumbraba a desayunar de esa forma tan vasta a tan tempranas horas, sin embargo, Aurora era muy estricta y no nos permitía salir de casa sin engullir lo que ella había dispuesto para nosotras, y para

mí, cuando se trataba de comida, la verdad, no tenía mucho freno. Ella era lo más cercano a una madre, así que jamás buscábamos hacerla enojar.

—Sí, escuché la regadera justo cuando salía de la recámara.

—Espero que ya no tarde, como suele hacerlo. Dime, ¿qué tal tu noche? —Ahora sí me miraba, mientras bebía un largo sorbo de café. Sabía que había escuchado el regaño de mi padre, pasaba con regularidad, aunque no a diario y eso la preocupaba. Encogí los hombros, indiferente, picaba mi desayuno.

—Bien… Llovió, ¿no es así? —Sonrió entornando los ojos. Asintió buscando otra cosa en que entretenerse, gesto que le agradecí.

Tiempo atrás ella había decidido que si Bea era la favorita de papá, entonces yo sería la suya, y pese a que nos trataba con igualdad, era evidente que le gustaba suavizarme las cosas.

Media hora después llegué al colegio. Estacioné mi auto y corrí al salón. Siete y treinta era la hora de entrada, llegué a tiempo, y lo comprendí al ver que todos estaban conversando aún en los pasillos.

Entré al salón agitada, estaba en el cuarto piso. La escuela era enorme, a veces eso era un inconveniente si salía con el tiempo justo. Aún no llegaba la maestra. Solté el aire haciéndome a un lado los rizos que se cruzaban por mi frente gracias a la carrera que sostuve.

Romina, mi mejor amiga, me vio desde el extremo izquierdo del salón y agitó la mano para que me acercara. Como siempre, no estaba sola, pero despachó enseguida a los chicos que la rodeaban. Le sonreí agradecida y caminé entre las bancas. Unos cuantos compañeros me saludaron mientras avanzaba.

Parecía inquieta, más de la cuenta pude notar, aunque no me preocupaba, ya que pronto sabría el motivo. Ella tenía una personalidad extrovertida, por lo que era común encontrarla dando brinquitos o gritando con efusividad.

Éramos lo opuesto en muchos sentidos y supongo que de ahí venía nuestra afinidad. Su cabello color canela perfectamente alisado caía hasta la cintura; mientras el mío, castaño oscuro, me llegaba a los hombros y siempre lucía hecho un desastre. Se maquillaba discreta y hábilmente, de

manera que dejaba la duda de si así se levantaba cada mañana. De la misma estatura que yo, uno sesenta y ocho, pero con un cuerpo no delgado y escueto como el mío, sino torneado y atlético, el cual, además, sabía perfectamente cómo lucir.

Teníamos tres años de conocernos, desde el último grado de secundaria. De hecho, gracias a ella fue que ingresé en esa escuela, y aun así, no podía evitar siempre sentirme fuera de lugar a su lado. La quería tanto como ella a mí, por ello, no nos habíamos separado en todo ese tiempo pese a ser tan distintas.

—Hola, gracias. —Señalé el sitio que apartó y donde estaba cuidadosamente acomodado su bolso. Levantó los hombros sin darle mucha importancia.

—Ayer ya no contestaste mi mensaje —se quejó. Fruncí el ceño, ¿de qué hablaba? Giró los ojos, sonriendo—. De veras, Sara, ¿en dónde tienes la cabeza? Te lo mandé como a las nueve. Moría por llamarte, pero supuse que a Gabriele no le gustaría mucho que lo hiciera.

—Y qué bueno que te contuviste, tuve problemas en la cena. —Se acercó a mí y colocó una mano comprensiva sobre mi antebrazo, olvidando mágicamente su reclamo por mi falta de consideración y su obsesión con el celular.

—¿De nuevo?

—Sí, ya sabes que él es así… —lo justifiqué resignada. Asintió evaluándome no muy convencida. No le podía mentir, jamás lo había hecho, sabía todo de mí y yo, todo de ella.

—Sí, pero se pasa, ¿ahora por qué fue? Deja… —Levantó la mano, callándome antes de que hubiera abierto la boca—. Se posó una mosca en su comida y juró que tú con tus poderes telepáticos la pusiste ahí a propósito —se burlaba, no con alegría sino molesta. Entorné los ojos negando.

—No exageres. Sí es…

—No lo disculpes, Sara, por favor. ¿Qué sucedió? —me interrogó arqueando una ceja. Le narré rápidamente el porqué de la discusión y asintió más tranquila.

—OK, esta vez puede…. sólo estoy diciendo que «puede» ser que como buen adulto se molestara porque no fueron con sus abuelos.

—Lo sé, pero ni Bea ni yo lo recordamos —me defendí sinceramente.

—Qué raro, tú siempre estás atenta y difícilmente olvidas algo —musitó.

Entrecerré los ojos dedicándole una mortífera mirada debido a su tono cargado de sarcasmo. Sin embargo, no pude excusarme, era cierto; solía ser despistada y poco atenta a lo que no me interesaba. En ese momento llegó la maestra, por lo que la conversación terminó y no hablamos más hasta que la clase acabó.

—¿Te podrías tomar la molestia de siquiera prender tu celular y revisar lo que te mandé ayer? Sé que no te importa, pero finge que sí. —Me guiñó un ojo mientras caminábamos fuera del salón.

Saqué el celular de la mochila y lo encendí. Esperé y enseguida entraron mensajes, evidentemente varios eran de ella.

—¡Ves! Ahí está. Aunque si hubiera sido una emergencia probablemente ya estaría en mi velorio y no te hubieras enterado.

—Qué quejosa eres… —Reí por ese dramatismo inherente a ella y lo leí mientras caminábamos juntas.

«Parece que se vislumbran nuevos horizontes, abre bien los ojos, puede que ahora sí llegue lo merecido».

La miré arrugando la nariz. Qué poética. ¿Eso era tan importante? Ni siquiera entendía sus analogías.

—¿Qué? —me preguntó como si el mensaje fuera de lo más claro.

—Eres increíble, Romina, ¿de qué horizontes hablas? Deberías de ponerte a hacer algo de provecho en vez de estarme mandado mensajes que ni siquiera comprendo y dejar de fingir que escribes poesía —la regañé.

Me detuvo en medio del pasillo para acercarnos a la cromada barandilla y no estorbar.

—Sara, «horizontes», «perspectivas». —Intentó hacerme ver. No, no la entendía. Giré los ojos—. Chicos nuevos, Sara, chicos nuevos —soltó exasperada.

Refunfuñé, soltando un bufido. Algo así debía de ser, eso era a lo que ella se dedicaba. Ya había tenido más novios de los que podía contar con los dedos de mis manos y parecía que siempre estaba decidida a incrementar su lista. Me zafé y continúe caminando.

—Eso qué tiene de novedoso, Romina, aquí entran chicos nuevos cada año, a veces a mitad del ciclo. Mejor estudia para que salgas en listas de la universidad.

—Deja eso. Me topé en *Messenger* con Lorena y me dijo que ayer, casi a la hora de la salida, vinieron aquí a la escuela tres chicos, dos hombres y una mujer, de bastante buen ver.

—¿Y…?

—¿Cómo que «y»? Pues que puede ser que sin querer nos conozcamos.

—Eso es poco probable, no sabes ni siquiera si entraron, si van para licenciatura. En serio, deja eso ya —le rogué con hastío. Negó de inmediato.

—Lorena dice que la secretaria de la prepa les estaba mostrando las instalaciones y, además, ella misma le preguntó cuando se fueron. Dice Lorena que de verdad están para comérselos. —Parecía muy emocionada. Ya casi llegábamos a mi salón, y esa clase no la tomábamos juntas.

—Y me imagino que mueres por saber si Lorena exageró.

—Obviamente, además, a esta escuela le urge sangre nueva, ya me harté de las mismas caras.

—Gracias… —dije sarcástica. Soltó una carcajada entendiendo mi ironía.

—Eres imposible, no sé ni para que te hablo sobre mis nuevos horizontes, parece que tú jamás volverás a tener novio, si es que ese remedo, de cuando íbamos en primer semestre, cuenta. —Recordé a Jorge. ¡Puaj! Torcí la boca.

—¿Por qué lo tienes que mencionar? —pregunté fastidiada. Eso fue patético.

—Porque es mi única referencia. Ya, Sara, en serio. ¿Tuviste alguna experiencia traumática o…?

Le tapé la boca para callarla antes de que su imaginación volara de esa forma tan desmesurada. Sí, mi amiga estaba loca.

—Nada, no me pasó nada, deja de imaginar tonterías. Es sólo que me iré, ya lo sabes. Además, no es como que tenga una fila detrás de mí —le recordé. Su gesto cambió, me evaluaba incrédula, seria.

—De verdad vives en otro mundo, amiga. En fin, quién soy yo para sacarte de ahí. Por mí mejor, entre menos competencia… —Dejó la frase al aire, como solía. El maestro entró en ese momento y lo seguí sacudiendo la cabeza mientras veía cómo Romina se alejaba.

Me senté donde acostumbraba, entre Gael y Eduardo. Me saludaron sonriendo. Aunque no eran mis mejores amigos, sí podían ostentar el título de «amigos a secas». Con recurrencia íbamos a lugares juntos y se sentaban en la misma mesa que Romina y yo a la hora de los descansos. El primero era simpático y abierto, de hecho mi mejor amiga y él eran muy similares. Aún no comprendía por qué jamás hubo algo entre ellos, estaba convencida de que su noviazgo sería ideal. El segundo era más callado, pero lo suficientemente parlanchín como para que de vez en cuando me mareara con sus intentos por hacer notar su enorme inteligencia y sentido del humor.

—¿Vas a la cafetería, Sara? —me preguntó Gael. Asentí mientras guardaba mi cuaderno en la mochila. La hora no se pasó tan rápido como hubiese querido, pero por fin había terminado—. Te acompañamos —anunció sin preguntarle a Eduardo si estaba de acuerdo.

Romina se encontraba en la mesa de siempre, del lado izquierdo, casi al fondo, junto a Lorena y Sofía, ambas eran más amigas suyas que mías, pero igual nos llevábamos bien, aunque no podía evitar sentir que no comprendían qué tenía en común alguien como Romina con alguien como yo. No las condenaba, pues yo misma no lo entendía.

El lugar era un bodegón de altos techos blancos, muy grande. En el ala derecha se encontraban diferentes locales con diversos tipos de comida casera y chatarra, para poder complacer a los más de tres mil alumnos que el plantel tenía. Del lado izquierdo, justo pegado a la puerta, había un vidrio gigante de piso a techo que fungía como división con el exterior. Caminé hasta ella, despreocupada.

—¿Quieres algo? —me preguntó Eduardo sacándome de mi ensimismamiento, no recordaba que venían a mi lado. Negué sonriendo, y

le agradecí con la mirada.

Al llegar, las tres hablaban animadas, en cuanto me senté supe la razón: los chicos nuevos. Qué fastidio, pensé. En serio a ellas las hormonas las tenían completamente prisioneras.

De forma descuidada dejé mi mochila a un lado, y decidí escucharlas, ya que sabía que en cuanto los hombres llegaran se callarían. Sofía moría por Gael, como varias más, así que siempre pululaba a su alrededor buscando llamar su atención, cuando estaba cerca se convertía en algo así como un perrito chihuahueño: siempre tensa y bastante consentida. No entendía por qué no cambiaba de estrategia, todos nos dábamos cuenta de que él no recibía los mensajes como ella quería, o por lo menos eso suponía…

—No, Romina, no tienes idea de lo que hablo. Ambos eran altos, mucho. No te puedo decir cuál me gustó más, supongo que el de cabello negro, tenía una mirada… —Se abanicó el rostro fingiendo tener calor.

Elevé las cejas a punto de soltar una carcajada, me contuve, no quería pasar la delgada línea que había entre ellas y yo, así que me mordí la lengua y mantuve mi fachada de indiferencia.

—¿En serio? ¿Cómo son? Cuenta, cuenta, no te hagas la difícil —le urgió. Romina estaba verdaderamente intrigada. Casi giro los ojos, es que eran exageradas y ya debía de estar acostumbrada a eso.

Dirigí mi atención de nuevo a Lorena. Ésta suspiró dramatizando el gesto y fingió pensar detenidamente. Me encontré de pronto muy atenta, había conseguido con toda su producción intrigarme. No era que quisiera saber cómo eran esos chicos tan irresistibles, sino que sus reacciones melodramáticas siempre lograban crear el ambiente que se proponía y en ese momento su objetivo era mantenernos en suspenso.

Alzó una de las manos contemplando sus uñas cuidadosamente pintadas de naranja fluorescente, y luego volvió a levantar la vista.

—Como… un actor de Hollywood. —Las otras dos quedaron más interesadas después de aquella declaración. Me debatí entre levantarme e ir a adelantar alguna tarea en mi computadora o terminar de escuchar la cantidad de banalidades que hablaban entre ellas. Al girar hacia Romina y

notar la advertencia en su mirada ante lo que supuso que pensaba hacer, me incliné por la segunda opción, no quería una letanía de media hora.

—¿Crees que entren? —preguntó Sofía, excitada.

—Es un hecho. Raquel, la secretaria del campus, me dijo que sí, pero mañana o pasado. Sé que no me creen… —Me miró desafiante—. Pero cuando los vean sabrán de qué hablo, aunque eso sí… —bajó la voz hasta casi un susurro mientras hacía que nos acercáramos más a ella—, los tres, incluida la chica que por cierto no se queda atrás, me dieron escalofríos.

¡No, ahora sí quería reír hasta que me doliera el estómago! Su imaginación no conocía los límites.

—¿Escalofríos? —preguntó Romina frunciendo el ceño.

Me mordí la lengua, no quería reír, en serio que no.

—Sí. Creo que son «los típicos chicos malos», ¿comprenden? —apuntó. Mi amiga asintió aún más interesada.

—¿Parecen de alguna secta? —indagó Sofía.

¡Basta, esto era demasiado! La carcajada quería subir por mi garganta, apreté los puños. Debía irme o haría una tontería.

—No, para nada, ni *punks* ni *darks* ni nada de eso. Comunes, si ese término puede encajar en ellos. Pero tan sólo con su mirada intimidan, es como si dieran una advertencia de que nadie se les acercara.

—Eso está por verse —declaró Romina agitando coquetamente su reluciente cabellera. Las tres rieron asintiendo con complicidad.

¡Dios, moría por verlas coqueteando! En serio había ocasiones en que no sabía si reír o salir huyendo.

La tortura terminó dos minutos después, cuando llegaron Eduardo y Gael, acompañados de Iván, otro chico que también me caía bien, aunque era casi tan petulante como Lorena.

En el segundo receso decidí sacar mi computadora, porque increíblemente las tres continuaban con sus suposiciones. Escuchándolas mientras completaba un trabajo, me encontré deseando que esos chicos las rechazaran de una forma venenosa para que dejaran de comportarse de esa manera. Lo dudaba, ellas sabían llegar a quien quisieran, pero nada perdía con soñar.

La última hora era Educación Física, esa clase era de mis preferidas. No le temía al balón como el resto de mis compañeras que en cuanto lo venían venir gritaban alarmadas o corrían despavoridas como si éste las fuera aplastar; no, para mí era una manera de desfogar energía, de sentirme libre; adoraba estar en medio de un partido, sentir mis pulmones explotar y la adrenalina del juego.

Llegué a casa pasadas las 3. Moría de hambre, como siempre que regresaba del colegio. Mi padre no solía ir a comer y Bea tenía clase de baile a las 4, y Aurora ya la había llevado. Comí sola, disfrutando cada bocado; al terminar el sueño me venció.

Desperté cuando Bea brincó sobre mi cama, muy común en ella. Así terminó con mi siesta. Le sonreí sacándole la lengua, gesto que ella respondió con mayor ahínco, por lo que yo seguí y así comenzó una infantil batalla de lenguas que terminó en carcajadas.

Después de que me contara un poco de los pormenores de su día, tendida al lado de mí, no nos quedó más remedio que hacer los deberes en el estudio. Era agradable, con mucha luz y tenía todo lo que pudiéramos ocupar. Papá así lo dispuso para que nunca tuviéramos pretextos para no cumplir con nuestras responsabilidades. Ya sé, genial.

El día siguiente no fue muy diferente por la mañana.

Mi cuarta clase era Arte, una pesadilla total. La tomaba con Sofía y Gael, pero era como estar sola ya que ella no se despegaba de él ni por un segundo. Era lastimoso ver que por muchos intentos corteses que mi amigo hacía por alejarla, ésta no entendía o fingía no entender que él no estaba interesado en nada salvo en su amistad, y al parecer pronto ya ni en eso. Los compadecía, y me dedicaba a lo mío que bastante trabajo me costaba, ya que manual y creativa nunca he sido.

Durante el receso estuvieron intentando volver a tocar el tema de los chicos misteriosos que aún no habían aparecido; gracias al cielo se vio zanjado el tema cuando Eduardo llegó para invitarnos a una fiesta el sábado por la noche.

En la última clase el maestro amenazó con un proyecto que nos llevaría varias semanas de investigación y que sería en equipos, los cuales

él formaría para evitar el desequilibrio —según sus palabras— y que nos forzaría a quemarnos las pestañas para poder tener derecho a calificación. La idea no me encantaba, no era buena en eso de trabajos grupales, estaba convencida de que uno siempre hacía más que el otro, pero pese a ser un poco silenciosa, no era de las que lo permitía, así que lo enfrentaría cuando fuera el momento.

Así eran mis días, mis semanas, horas envueltas en una monotonía que a veces se tornaba divertida; otras, agobiante, y de la cual ya había aprendido a no quejarme y me dejaba llevar como hoja en el otoño sin lamentarme, aunque sin ir más allá. En pausa. Sólo debía aguardar, sí, aguardar el momento para que todo cambiara y mi camino tomase otra dirección, la que yo elegí, no mi sueño, pero sí mi meta.

No tenía idea de lo que estaba por vivir, de que todo lo que fui, creí y pensé ya no lo sería más.

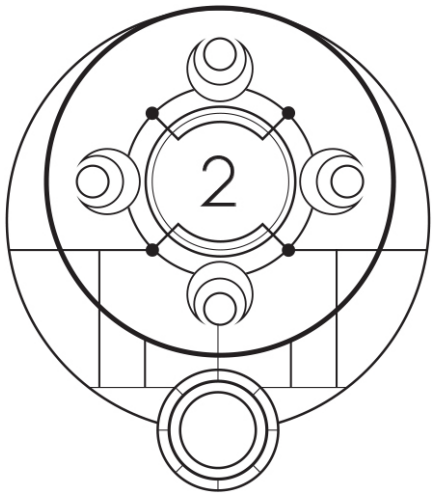
La mañana del jueves amaneció un poco fría y nublada, el cielo estaba cubierto de nubes grisáceas, aún cargadas de agua, lo cual las hacía lucir como motas de algodón suaves. Me vestí con *jeans*, botas de cintas oscuras, una blusa de manga larga clara con un chaleco de cuello v oscuro que dejaba ver sólo unos centímetros de la parte baja de la blusa, encima un impermeable negro, y una diadema muy delgada que se perdía con el color de mi cabello y mantenía alejados los rizos de mi rostro.

Salí justo a tiempo, pues en cuanto cerré la puerta del auto comenzó la lluvia. ¡Maldición! No era intensa, pero lograba que la gente manejara como si fuese un diluvio y pusiera sus intermitentes cada vez que el de adelante frenaba. Llegué cinco minutos tarde, corrí hasta el salón tapándome con el gorro que tenía adherido mi chamarra y pude llegar medianamente seca.

Ese día, para mi mala suerte, tenía Arte a la primera hora, ¿la cosa podía empeorar? Lo dudaba. Estaba húmeda y lista para garabatear alguna tontera sin sentido en mi block de dibujo. El salón no estaba lleno, al parecer la lluvia no sólo me había retrasado a mí. Solté el aire.

—¿Puedo pasar? —pregunté desde la puerta, agitada.

—Pasa, Sara… parece que el clima hizo de las suyas hoy. —Asentí sonriendo. Di una ojeada distraída al aula para decidir dónde sentarme y, de pronto, lo vi.



Un chico muy alto, adiviné por sus largas piernas, de hombros anchos, delgado pero parecía que practicaba algún deporte porque se veía de músculos tensos, se encontraba sentado del lado derecho hasta atrás, mirando indolentemente hacia mí. Tenía el cabello más negro que hubiese visto, lo llevaba despeinado y le caía sin orden de forma casual e informal, era un poco ondulado, sin embargo, no parecía descuidado, al contrario. Sus pestañas muy pobladas, al igual que sus cejas, contrastaban fuertemente con el color verde limón de sus ojos.

¡Dios, era impresionante! Tanto que me aturdió, mis palmas sudaron sin razón. Si yo me puse así, no quería imaginarme a Romina.

Desvié la vista, nerviosa, buscando un lugar vacío. Por muy guapo que fuera, no era opción sentarme a su lado. Sonreí al encontrarlo junto a unos compañeros que conocía poco, justo en dirección opuesta. Perfecto.

—Sara, siéntate al lado de él —me indicó la profesora Lucy. La observé y seguí su dedo, desconcertada. Se refería al chico que acababa de ver y que tenía la mirada más fría con la que me había topado.

Tragué saliva, estuve a punto de decir que no. Él nos estudiaba con una helada indiferencia, como si le diera lo mismo que fuese yo o la rama de

un árbol la que se acomodara a su lado.

—Es nuevo y no viene preparado. ¿Me imagino que tú traes el material que les pedí? —sugirió con inocencia. Casi le dedico una mortífera mirada, pero me contuve. Claro que lo llevaba, ella lo sabía muy bien. Era mi maestra desde hacía un año y se daba muy bien cuenta de que compensaba mi poca habilidad en la materia con una absoluta responsabilidad. Asentí sin poder objetar, no quería sentarme a su lado, parecía pedante, muy pagado de sí y yo a esa clase de chicos los repelía—. Muy bien, entonces compártelo con él. Te lo tomaré en cuenta. —Me guiñó un ojo y no me quedó más remedio.

Bufé frustrada y caminé refunfuñando hacia su dirección. Me senté en la silla desocupada que estaba a su lado, enseguida fui consciente de que posó su mirada sobre mí unos segundos y luego… nada. En fin, qué más daba, yo necesitaba buenas notas, y ese chico, mi material.

Abrí mi mochila, podía notar a los demás escrutándome, atentos a mis movimientos, a los suyos. Qué ocurría con ellos, me encontré pensando, molesta. Sofía parecía haberse quedado muda, la saludé con los ojos, me devolvió el gesto expectante, era evidente que moría por estar ahí, justo donde yo estaba. Torcí la boca y saqué lo que necesitaríamos.

—Toma… —Le tendí el lápiz número diez que la maestra nos había pedido.

Al ver que no lo agarraba levanté la vista, impaciente. Tenía frío, todos nos miraban, había sido chantajeada para sentarme a su lado y él… él seguía en su postura creída; lo cierto es que al girar quedé suspendida, perdida en su inverosímil mirada.

Su iris era absolutamente impresionante; una variedad de verde se mezclaba logrando crear uno solo que no sabía que existía, sin embargo, su gesto denotaba hostilidad. No me moví, estaba atontada, perturbada, la verdad; y es que no era que yo hubiese mirado fijamente muchos ojos en mi vida, pero ya saben, uno sabe cómo son y éstos no tenían nada de típico.

Unos segundos después lo agarró sin siquiera agradecerme, como si con ese gesto me hiciese un favor. Arqueé una ceja, olvidando lo raro de

sus iris. Odioso. Digo, después de todo no era mi culpa que no supiera lo que necesitaría en clase.

Resoplé y arranqué un par de hojas de mi block, esta vez no se las tendí, se las puse justo sobre su mesa de un manotazo que no pretendió sonar fuerte aunque así fue. No sé si fue mi ilusión, pero sentí que retrocedía un poco ante mi acercamiento y que arrugaba la frente con pedantería ante mi acción.

Un «gracias» hubiera estado genial, pero si no comprendía las normas de educación elemental, era su problema; yo tenía que cuidar mis notas, nada más.

Por ello, decidí ignorarlo como él lo hacía conmigo y comencé a copiar con mucho esfuerzo la figura que la maestra ubicó sobre un pedestal frente a toda la clase. Era una especie de escultura prehispánica, que no tenía ni idea de para qué era o qué representaba, lo que sí fue claro es que tenía relieves por todos lados y las luces que le colocó para que la pudiéramos ver hacían un juego de sombras de lo más complicado.

Arrugué la frente intentando pensar cómo podría plasmar aquello en mi hoja. Era una misión imposible para mí, sólo sabía dibujar palitos y círculos, figuras geométricas, vaya, que se unen, o sea, era un fiasco en eso.

Fue un caso perdido tal como lo vaticiné. Entre mi casi nula capacidad para el arte y ese enigmático chico a mi lado, no podía ni comenzar. Hice unos garabatos que borré tantas veces que el papel se manchó y tuve que tomar otro. Por fin, media hora después, me animé a mirarlo. Observaba mi intento de dibujo con una ceja enarcada, parecía impertinente e incrédulo. Idiota. No lo conocía, ni siquiera sabía su nombre y ya me caía mal, muy mal.

Bajé la vista hacia el suyo, esperaba encontrar algo similar o peor que el mío, lo que vi me dejó boquiabierta. Era prácticamente la réplica de… lo que sea que estuviéramos dibujando. Pestañeé varias veces, parecía una fotografía.

—Si quieres quédatelo, puedo hacer otro —propuso. Dejé de respirar por un segundo. Su voz era gruesa y melodiosa a la vez. No entendía cómo, pero embonaba perfectamente con su físico.

Levanté la vista.

Su rostro no mostraba ninguna emoción, parecía no estar pensando nada, no obstante, me veía directamente a los ojos como si los estuviera atravesando; era una sensación abrumadora. Rompí el contacto, tenía las manos sudorosas. Negué, y regresé desconcertada a lo mío.

—Jamás me creería… Gracias —esto último lo susurré sin muchas ganas. Necesitaba controlar las sensaciones que, por alguna extraña razón, se habían disparado, pues no estaba habituada a ello.

No recibí respuesta alguna, así que el resto de la clase me dediqué a hacer una lamentable mala copia de lo que mis ojos veían, aunque ya un poco más tranquila.

En cuanto el timbre sonó, se deslizó por su asiento y salió de ahí sin decir nada. Mi lápiz estaba sobre su mesa y la hoja extra también. Entorné los ojos y tomé las cosas. La tortura había terminado.

—¡Qué suerte tienes! —Era Sofía justo detrás de mí, caminábamos por los pasillos abigarrados. Gael estaba aliviado de ya no ser el foco de su atención, así que se esfumó sin esperarnos, casi rio.

Pronto se posó a mi lado, parecía ansiosa, no era tan raro en ella, pero en ese momento lo noté aún más.

Todavía me encontraba desconcertada. Algo dentro de mí no lograba acomodarse y definitivamente no estaba de humor aunque pretendía que así fuera, es decir, que mi cuerpo entrara en su equilibrio habitual. Odiaba no tener el control de las cosas, desde que ocurrió «aquello», luchaba por ser dueña de mis emociones y sentimientos. Dejarlos aflorar nunca había solucionado nada y sabía, además, que cuando lo hacía se manifestaban como un huracán, así que con el tiempo aprendí a guardarlos en una bóveda blindada dentro de mi cabeza. Pero, para mi descontento, en esos momentos me sentía extrañamente turbada, como si todo aquello bien encerrado estuviese queriendo romper las cerraduras.

Encogí los hombros, indiferente, evidentemente ella no iba a parar ahí, así que tenía que lidiar con eso.

—Anda, ¿qué te dijo? Vi que algo te murmuró. —Resoplé, debería graduarse en espionaje.

—No lo recuerdo. En realidad, preferiría olvidar la experiencia —aseguré.

Frunció el ceño, se quedó de pie en medio del pasillo. Su cabello era igual de largo que el de Romina, pero rubio, aunque era bonita, alta y de buen cuerpo, vivía acomplejada pues no era delgada sino más bien normal. La miré esperando, sabía que no me dejaría ir, no sin que le dijera más. Lo malo es que no tenía idea de nada, salvo de estas emociones descontroladas pujando por emerger.

—Romina tiene razón, vives en otro mundo. Te obligan a sentarte junto al chico más guapo que jamás he visto y lo único que se te ocurre decir es «preferiría olvidar la experiencia» —repitió rencorosa.

Llené mis pulmones de aire, necesitaba a la paciencia de aliada, pero tal parecía que había huido. ¡Perfecto!

—Sofía, la próxima vez hazme un favor y siéntate tú a su lado, probablemente le caigas mejor que yo y puedas conversar todo lo que quieres —le propuse. Me miró molesta, sin embargo, un segundo después asintió y se le iluminó el rostro.

—Tienes razón, eso haré —expresó entusiasmada. Sonreí más tranquila.

—Genial, lleva material extra para que no te agarre desprevenida, y suerte. En lo personal preferiría no volver a topármelo, es de lo más pedante. —No le di tiempo de contestar y subí de prisa para tomar mi segunda clase. Entré al salón, estaba relajada y cuando me senté, sentí cómo mi paz interior regresaba. Unos minutos después, Gael y Eduardo ingresaron, iban carcajeándose. Me miraron y se acercaron con su desgarbo habitual.

—¿Qué tal el nuevo? —me preguntó Gael levantando las cejas, burlón. Resoplé apoyando la barbilla sobre mi mano, harta del tema.

—Insoportable —rezongué. Ambos se carcajearon por el tono de mi voz. Desvié la vista, estaba cansada de hablar de lo mismo; entonces, lo vi entrar. ¡Agh!

Todos los observaron anonadados. Otro chico, igual de alto, iba a su lado, sólo que su cabello era color avellana, muy corto, sus ojos azules, por lo que alcancé a ver, también muy peculiares. Sus facciones y

complexión eran iguales a las de su amigo. Ambos se mostraban impasibles respecto a lo que ocurría a su alrededor.

Después de permitirme examinarlos como el resto, pues era algo inevitable, giré los ojos y decidí mirar hacia otro lado. Ese día pretendía ser de esos en que todo sale mal, la buena noticia es que no se sentaría a mi lado y podía fingir que no existía, tal como lo hacían ellos.

El salón comenzó a hervir en murmullos, supuse que era por su presencia. No podía negar que eran guapos, y mucho, podría decir que irreales si me lo preguntaran, sin embargo, me parecía insoportable que fueran tan arrogantes y que emanaran ese desinterés tan claro respecto a todo lo que pasaba a su alrededor, porque si algo era evidente al verlos era eso: ustedes me importan poco y les hacemos un favor estando aquí. Insoportables.

Al entrar el maestro, reinó el silencio. Pasó lista prácticamente antes de siquiera sentarse, acallando el aula.

—Luca Bourlot. —Nadie dijo nada, no sé qué número en la lista ocupaba, pero evidentemente era de los primeros. No pude evitar girar como el resto en busca de la persona que respondía a ese nombre, que supuse era italiano. Él estaba a dos sillas de mí, una fila atrás. Levantó la mano, de forma seria y desganada, como si le diera flojera. Torcí el gesto y comencé a garabatear en mi libreta.

Su compañero se llamaba Hugo, compartían el mismo apellido y no había contestado, al igual que el otro, sin embargo, esta vez ni siquiera volteé. Mi turno llegó varios nombres después y respondí un cansado «presente».

Cuando al fin sonó el timbre, ya ni siquiera recordaba lo que hacía unos momentos me tenía tan molesta, mi cuerpo estaba de nuevo en calma y yo, lista para continuar el día. Guardé todo tarareando una canción de uno de mis grupos preferidos y giré para salir junto con mis compañeros. Un sándwich de salami me rogaba que fuese por él a la cafetería.

Sin más, choqué con algo tan duro como una pared. Gemí ante el impacto. Varias bancas se movieron detrás de mí cuando mi cuerpo salió proyectado hacia atrás. Levanté la vista, aturdida; era él.

¡Era en serio! Mi mal humor regresó de inmediato. Lo miré ahora sí desbordada en enojo por cruzarse así en mi camino, casi termino en el piso.

Luca me observó un segundo como quien ve una mosca insignificante, torció sus delineados y carnosos labios para después salir como si nada hubiese pasado.

¡Idiota! Quise gritarle, pero me contuve.

En mi rostro ya se encontraban alojadas la impotencia y la furia. Gael y Eduardo se acercaron a mí, muertos de risa. Los fulminé con la mirada, no estaba para sus tonterías, y se callaron enseguida. Volví a acomodarme la mochila en el hombro y salí sin esperarlos. Ellos eran más idiotas todavía.

—Sara, no te enfades, fue muy cómico. Acéptalo —me gritaron desde lejos.

No les contesté y seguí. Gael obstaculizó mi camino de pronto, serio, deteniéndome con una mano sobre mi hombro.

—Lo siento, no te enojes —rogó. Me zafé dándome cuenta de que estaba exagerando.

—No lo estoy, es sólo que es un patán, torpe, odioso —rugí con un murmullo. Frunció el ceño desconcertado.

—No le des tanta importancia, mándalo a volar como a todos. Eres buena para eso. —Esto último me lo dijo guiñándome un ojo. Me caía bien, definitivamente. No era mi tipo y dudaba que yo fuera el de él, pero tenía que aceptar que era el típico chico galán, no como esos dos chicos nuevos, sino como un chico común, de una escuela común, que era simplemente muy guapo y bien torneado. El clásico por el que más de una suspiraba.

—Lo sé… —acepté más tranquila—. Pero en serio qué le costaba un «perdón».

—Tú tampoco se lo pediste. —Me hizo ver, sereno. Ya iba a refutar aquello, pero me di cuenta de que tenía razón.

—Lo que sí es que parecen fuera de lugar, ¿no? —dijo Eduardo mientras caminábamos a la cafetería, yo iba a su lado ya un poco más templada. De nuevo esa parte mía amenazó con salir y todo en un

transcurso de dos horas. No sabía qué era lo que más me molestaba, si él o eso que ocurría en mí.

—Sí, pero es que todos los miramos como si fueran protagonistas de Hollywood —argumentó el otro. Asentí, riendo.

—¡Bah! La verdad es que me parecieron un poco alzados —prosiguió Eduardo. Yo compartía esa visión, pero parecía que Gael quería darles una oportunidad.

En cuanto entramos a la cafetería fue imposible no verlos. Todos los escrutaban, ya sea de forma descarada o discreta. Por un momento los compadecí, recordé como había sido mi entrada en la secundaria justo en el último año y cómo, de no haber sido por Romina que se identificó conmigo casi al instante, me hubiera sentido aún más fuera de lugar e indudablemente más deprimida de lo que ya estaba.

Una chica estaba sentada con ellos. Decidí no estudiarla detenidamente, pero lo que había alcanzado a ver era igual de espectacular que su par de… hermanos, supuse.

Los tres nos dirigimos a los diferentes locales de comida. Mis amigos me acompañaron en la fila. Reímos por tonterías, como era común. Cuando los tres tuvimos nuestra comida, nos dirigimos a la mesa donde estaban Romina y las demás.

No la había visto desde el día anterior. Me dio una bienvenida sobreactuada, como era su costumbre, y me hizo espacio a su lado. Todas tenían sus refrescos de dieta y me evaluaban expectantes. Miré a Eduardo y Gael buscando su apoyo moral, pero ellos ya atacaban sus respectivas baguetes sin siquiera fijarse en ellas. ¡Agh!

—¿Pasa algo? —aunque incómoda, me animé a preguntar después de haberle dado dos mordidas a mi almuerzo.

—Termina tranquila, para que nos hables sobre… —Romina elevó las cejas a algún punto de la abarrotada cafetería. Seguí su mirada y por supuesto, ¿qué otra cosa podía ser? Se refería a «los nuevos».

—Lorena y yo tuvimos clase con la chica, se llama Florencia, en las dos materias de la mañana. Es extraña, ¿verdad? Y parece hecha a mano —apuntó excitada. Romina estaba asombrada y más emocionada de lo que jamás la había visto—. Pero ya supe que tú no sólo tuviste la oportunidad

de sentarte con uno en Artes, sino que en otra clase te tocaron los dos… Te odio —lo dijo burlándose.

—Están «bien» indudablemente, pero tranquilas, parecen demasiado desesperadas. —La observación de Gael las dejó en silencio. Una carcajada quiso escapar de mi garganta, logré controlarla al tiempo que mordía más tranquila mi almuerzo—. Yo también estoy con Sara en esas dos clases y, créanme, no son nada del otro mundo, pero si tanto desean conocerlos, ¿por qué no se presentan? Parece que todos quieren saber sobre ellos, pero nadie ha hecho nada por acercárseles.

Las tres giraron en dirección a la mesa de los aludidos. Yo decidí continuar disfrutando de mis segundos de calma y aprovechar para terminar mi lunch.

—Es verdad, supongo que nadie les ha dado la bienvenida… —susurró Sofía, con tono perspicaz.

Mientras los demás llegaban al aula, Romina logró convencerme de ir a la fiesta del sábado. Cuando el maestro pasó asistencia, escuché su nombre. Abrí los ojos de par en par, resoplando.

—¿Qué te pasa? —preguntó Romina en susurros. Sacudí la cabeza sin responderle. El salón era de los más grandes y tenía alrededor de cuarenta computadoras acomodadas en varias filas. No lo había visto entrar, por lo que no tenía idea de dónde se encontraba y al parecer Romina tampoco. El ensordecedor silencio se volvió a hacer presente y ella giró en busca del porqué—. No inventes, uno de ellos está aquí —dijo sonriente. Admití mirándola derrotada—. ¿Él es Luca Bourlot? —Asentí de nuevo sin molestarme en seguir su mirada—. Tiene un nombre lindo, ¿no te parece? —afirmé por tercera vez mientras movía el *mouse*, dispersa por todo el monitor—. Se van a morir Lorena y Sofía.

—Seguro que sí.

De pronto dejó de parlotear y sentí sus ojos clavados en mí.

—Espera, espera, espera.

La miré sin comprender qué le ocurría ahora.

—Si él está en esta clase, esto quiere decir que has estado viéndolo toda la mañana. —Comprendió. Entorné los ojos, aceptándolo—. Dios,

¿por qué la vida es tan injusta? Tú que ni siquiera sabes apreciarlos, tienes la oportunidad que las demás estamos buscando.

—Es un grosero —espeté al fin.

—Lo dudo, ya te conozco y eres lo suficientemente despistada y penosa como para que puedas hacer esa afirmación —declaró. Abrí la boca asombrada al escucharla—. No me veas así, sabes que te adoro, Sara, pero es la verdad. Acéptalo —me instó. Le regalé una mirada asesina y me giré indignada—. No te molestes. —Sacudió mi brazo, logrando que le pusiera atención, aunque estaba herida en mi orgullo.

—Entonces deja de criticarme —le recriminé.

—No es crítica, es sólo que dudo que le hayas dado siquiera la oportunidad de intentar ser educado.

—En eso te equivocas. —Le narré todo el episodio de la clase de dibujo, o lo que fuera, me escuchaba como si estuviera dando la noticia del día. Una vez que terminé, la desafié alzando las cejas. Caviló unos minutos, yo no le quitaba los ojos de encima.

—De acuerdo, a lo mejor fue un poco descortés.

—¿Un poco? ¡Agh! Eres imposible, con gusto te daba mi horario. Mientras se siente lejos, por mí genial. Hay algo en él que no me agrada.

—A menos que sea ese monumento de hermana que tiene, no puedo pensar qué pueda ser eso —soltó sin titubear. En otro momento hubiera reído, no pude y giré los ojos fastidiada, me di cuenta de que nunca le ganaría.

Llegué a la siguiente clase más relajada. El salón estaba vacío, al parecer nadie tenía prisa por llegar. ¡Excelente! Un poco de silencio no me venía mal, menos después de una hora entera al lado de mi mejor amiga. Me senté justo en medio, casi hasta atrás. Mi celular sonó. Lo saqué de mi mochila y prendió la pantalla. Era un mensaje de Romina.

«No te enojes, ya sabes que te quiero. Juro no volver a criticarte. ¿Amigas?».

Logró sacarme una pequeña sonrisa. Jamás dejaríamos de serlo, nos adorábamos a pesar de nuestras enormes diferencias y entre nosotras podíamos acabarnos, pero sabía muy bien que no permitía que nadie más me dijera lo que ella sentía que podía decirme.

«Está bien. Pero, por favor, termina de una vez con esta obsesión».

Un segundo después llegó la respuesta.

«Jajaja. Ni de loca, pero ya no te fastidiaré».

Guardé el celular en la bolsa lateral de mi mochila y levanté la vista. Él estaba de pie justo en la entrada.

Debía ser una broma.

Su mirada se topó con la mía en ese mismo instante y alcancé a ver una casi imperceptible sonrisa. Mi corazón dio un vuelco que incluso me asustó. ¿Qué carajos? Las palmas de las manos me comenzaron a sudar y enseguida desvié mi atención. ¿Por qué me ponía tan nerviosa, tan alerta?

No escuché cuando entró, pero de reojo noté que se sentaba a varios lugares de mí. Perfecto.

Continúe intentando leer mis apuntes, ignorándolo por completo. Un segundo después el salón comenzó a llenarse. El maestro, al saber que él se integraba, decidió darle la bienvenida pidiéndole al grupo que diéramos nuestros nombres. Eso era como de preescolar, pero no había remedio.

Luca prestó atención educadamente a cada uno, cuando fue mi turno sentí su mirada clavada en mí, expectante y desafiante. Parecía como si supiera que me caía mal o que él sentía lo mismo y disfrutaba de ello.

—Sara Patterson —dije. Asintió varias veces tan imperceptiblemente que tuve la duda de que fuera una alucinación, pero era como si estuviera tomando nota. Continúe sin prestarle mucha atención a esa ridícula dinámica, intenté sacar de mi cabeza a ese par de ojos que me mantenían completamente atrapada, y es que por alguna absurda manera sentía que se adentraban en mí, envolviéndome.

¡Ya, basta! Estaba peor que Romina y eso era mucho decir. El tipo era guapo, mucho en realidad, pero nada más, no debía dejarme llevar de esa forma tan infantil.

El resto de la clase no lo miré ni una sola vez, no quería volver a tener un accidente o toparme con esos ojos verdes tan… extraños.

—No lo vas a creer —Era mi amiga. Negué mientras guardaba mi ropa en la maleta. Estábamos en los vestidores, y me había terminado de poner el pants del colegio—. Luca está en los vestidores de hombres y esa chica,

Florencia, se está cambiando aquí —señaló la parte interna del lugar. Suspiré de forma cansina—. ¿Qué?

—Creo que lo tengo en todas las clases —espeté mal humorada.

—Eso es bueno, ¿no?

—¿Por qué habría de serlo? —contradije. Se sentó a mi lado sonriendo y rodeó mis hombros atrayéndome hacia ella, cariñosa.

—No seas tan dura, Sara, recuerda que los errores son eso, errores, y si él se equivocó contigo en Artes no quiere decir que sea un ser insufrible y un patán. No debe ser fácil cambiarse de escuela a estas alturas, además, parece que no son de aquí. Recuerda cómo fue cuando llegaste a Guadalajara —rebatió. Tenía razón, no entendía por qué sentía ese rechazo tan intenso, tampoco era como que hubiésemos conversado o cruzado varias palabras.

Debía ignorarlo y fingir que no existía, probablemente eso me ayudaría a no sentir ese deseo de huir o de golpearlo cada vez que estaba cerca, lo cual para mi mala suerte había sucedido todo el día.

Asentí, suspirando. Eso era lo que nos mantenía unidas, siempre parecía banal y superficial, pero en el fondo era una chica reflexiva y muy sensible.

Los equipos de vóleibol los hizo el entrenador Rodríguez. Éramos tres chicas y tres chicos; asignaron a Florencia al mío y, ahora sí, pude observarla con mayor libertad. Su cabello era una cascada casi del mismo color que el de Luca, sólo que tenía tintes rojizos en ciertos lugares. Sus ojos grandes, aunque no tanto como los de él, sin embargo, estaban igual de adornados y eran de color ámbar líquido. Su tez más bronceada que la de sus otros dos… No sabía en realidad qué relación tenían, pero en mi cabeza decidí que eran hermanos, aunque no se parecían mucho, ya que bien podían ser primos o amigos, pues únicamente se asemejaban en lo perfectos y en esos colores de ojos tan extraordinariamente anormales. Su cuerpo no le pedía nada al de la actriz mejor pagada del cine, al igual que el resto de sus gráciles movimientos. Todo se resumía a una palabra: atípico.

Para suerte de Romina, Luca quedó en su equipo. Le sonreí, ya que sabía que por dentro ella reventaba de felicidad.

El juego comenzó y, como siempre, no tuve problemas para defender mi posición. Florencia también jugaba bien, al igual que los otros tres chicos de mi equipo, sólo Laura, una compañera de bajo perfil, era la que solía perder los balones dejando que el equipo contrario anotara más puntos.

Noté que la habilidad de Luca para ese deporte no era menos envidiable que la que mostró en su dibujo por la mañana. Sin embargo, parecía que no se percataba de ello, pues, al igual que Florencia, se limitaba a jugar sin poner mayor esfuerzo.

Intenté no prestarle mucha atención durante el partido, sólo la que requería el juego, no obstante, la tarea resultó extenuante. Lo tenía frente a mí casi en cada posición y, de vez en cuando, posaba su mirada indiferente en mí.

No perdí ni un solo balón y, al final, nuestro equipo ganó. Nos dedicamos una gran sonrisa mientras entraba a la cancha el equipo retador. En esta ocasión pude concentrarme mejor: sabía que los demás nos veían desde las gradas. Noté que Romina estaba sentada cerca de él, pero que a pesar de todos los intentos que hacía por entablar una conversación no lo conseguía, y para cuando terminó el último set y clavaba un punto al equipo contrario con todas mis fuerzas, ella ya se había rendido y se veía frustrada.

Lo celebramos chocando las palmas, riendo. Giré en dirección a mi amiga, alegre, pero me paré en seco al ser consciente de esa mirada irreal que estaba fija sobre mí. Mi mundo se suspendió durante ese breve lapso. No supe descifrar lo que sus ojos irradiaban, sin embargo, logró que nuevamente todo eso que había reprimido pujara por salir, que mis emociones añoraran desbocarse, que el caudal de sensaciones me sometiera. Mi pulso se alteró, y por instinto desvié la mirada, nerviosa.

Volteé hacia mi equipo, turbada; y me di cuenta de cómo Florencia veía en su dirección, enarcando una ceja, estaba seria. Decidí no averiguar qué era todo eso. Me acomodé de nuevo en mi posición de saque, mientras el nuevo equipo se acercaba.

En cuanto la clase concluyó, Romina salió disparada antes que yo. En los vestidores no cruzamos palabra, parecía molesta. Al terminar de

cambiarnos, caminamos juntas rumbo a nuestros autos.

—¿Te pasa algo? —le pregunté divertida. Sabía perfectamente qué era lo que tenía.

—Tenías razón, es un jodido pedante. —Ahora sí me carcajeé. Me dio un leve empujón, su ira fue desapareciendo gracias a mi reacción.

—¿Tan mal te fue? —logré preguntar ya casi frente a mi auto.

—Ni siquiera sé cómo suena su voz. Se limitó a asentir o negar… Como un autómata. Odioso.

—Tómalo con calma, recuerda lo que me dijiste hace un rato; son nuevos… hay que comprenderlos —me burlé imitando su voz. Fingió molestia, pero enseguida sonrió levantando las manos.

—Está bien, me lo merezco. No volveré a dudar de tus percepciones.

—Eso me agrada. —Abrí la puerta de mi auto y lo vi pasar. Iba conduciendo una enorme camioneta verde militar de marca costosísima. Pasó justo al lado de nosotras sin mirarnos. Ambas alzamos las cejas, entornando los ojos, para un segundo después reír como un par de tontas.

Esa tarde intenté dormir como cada vez que Bea tenía clases de baile. Sí, podría decirse que era una especie de lirón, pues comía y dormía como ellos, pero me fue imposible. Ese par de ojos de tonalidades verdes tan extraños se colaban en mis pensamientos una y otra vez, descontrolando con tan sólo eso mi pulso e incluso mi respiración.

Vencida me dispuse a hacer los deberes poniéndome los audífonos a todo volumen para intentar hacer a un lado esas imágenes que se apoderaban de mi mente. Algo en él me mantenía en vilo, no entendía qué, pero la pura sensación era aterradora y a la vez totalmente desconocida.

Más tarde ayudé a Bea con su tarea y a la siete salimos rumbo a casa de mis abuelos. Nos habían invitado a cenar gracias a la disculpa que ofrecimos y evidentemente no nos había quedado más opción que aceptar.

Recorrí con calma el camino empedrado del fraccionamiento, tamborileando en el volante el ritmo de una canción que me agradaba y que sonaba en ese momento. Esperaba que el coche de enfrente avanzara, cuando distraída vi al lado contrario, que era el ingreso, y justo en ese instante entró el todoterreno verde.

Abrí los ojos abruptamente, maldiciendo mi mala suerte. ¡No podían vivir ahí! Era demasiado. Arranqué por reflejo. Casi me estampo con el auto de enfrente. Recargué la cabeza en el volante e intenté regular mi respiración, que había enloquecido como una maldita locomotora a la que habían puesto a toda marcha.

—¿Qué pasa, Sara? ¿Te sientes mal? —preguntó Bea. Negué sin levantar el rostro—. ¿Entonces? Si quieres cancelamos a los abuelos, aunque creo que a papá no le gustará. —Estaba preocupada.

—No, Bea, no es nada. Es sólo que no soporto las situaciones que no puedo controlar —expliqué de manera vaga.

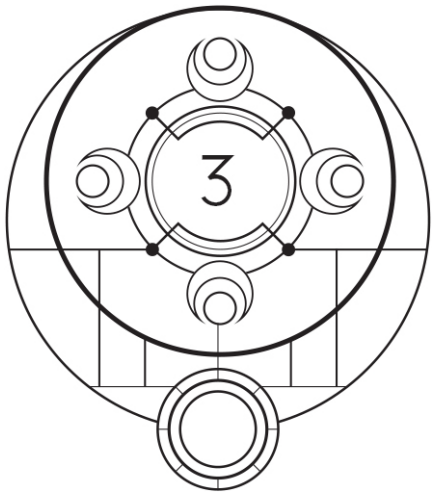
Me miró frunciendo el ceño, pero de inmediato dejó volar sus ojos al frente y supuso que me refería al auto que no avanzaba delante de nosotros.

—Sí, la verdad es que no sé qué espera —murmuró haciendo un mohín. Sonreí asintiendo.

Durante el camino se la pasó cambiándole al radio sin cesar, lo que solía exasperarme, pero en esta ocasión ni siquiera me molestó.

Debía poner un alto a mi cabeza. En realidad, él no era nadie para mí y tampoco me había hecho nada grave. Así que más valía que me relajara. Lo cierto es que me abrumaba la sola idea de su presencia.

¿Por qué no podía sacarlo de mis pensamientos? ¿Por qué no podía dejar de sentir que la sangre bombeaba por todo mi cuerpo acaloradamente en cada momento que lo tuve cerca durante ese extraño día? ¿Por qué de repente el verde se había convertido en mi color preferido?



La verdad era que no la pasábamos mal con los abuelos, eran muy cariñosos y atentos. Sin embargo, no podía evitar que me recordaran de una forma muy dolorosa todo aquello que buscaba superar cada día. Y, además, no ayudaba en nada que, cada vez que me veían, hicieran alusión a lo increíblemente parecida que era a mi madre en todos los sentidos.

Dolía, dolía mucho.

La extrañaba tanto. Si tan sólo no hubiera salido así de molesta de casa porque me había negado aquel absurdo permiso, ahora estaría viva y con nosotras. Le podría haber contado de mi vida y, seguramente, me hubiera dado algún consejo que me tranquilizara.

Veía a Bea y mi culpa crecía, la había dejado sin su mamá. Ella tenía once años cuando «aquello» había ocurrido. En casa no se había vuelto a tocar el tema, simplemente mi padre nos avisó un par de meses después de su fallecimiento que vendríamos a vivir aquí, y su actitud cambió de forma drástica conmigo. Era evidente que me culpaba y yo no podía defenderme. Había actuado inconscientemente y eso nos había cambiado la vida a todos.

De regreso no abrí la boca para nada. Bea sabía que eso siempre sucedía, y ése era el motivo por lo que a ella tampoco le gustaba que fuéramos.

Esa noche tuve una variedad de pesadillas que no me dejaron conciliar bien el sueño. Mi madre me alertaba y un ave negra de ojos verdes me perseguía sin darme tregua. Algo dentro de mí se debatía cada vez que lo tenía cerca, unas enormes ganas de tocarlo y de mantenerlo a mi lado a costa de lo que fuese se apoderaban de mí y, por otro lado, un miedo y una incertidumbre abrasadora me decían que debía alejarme, que debía soltarlo. Mamá se me había acercado más que en cualquier otro sueño. Me rogaba dulcemente que me cuidara, que debía dejarlo ir a pesar de lo mucho que mi sangre lo reclamaba, que tenerlo cerca no era lo mejor para mí y me pondría en riesgo.

Desperté en la madrugada, sudando. Me senté en la cama, temblorosa. Me acerqué a la ventana y la abrí. El choque de lo caliente de mi cuerpo y lo frío de la intemperie me provocó un escalofrío. Toqué mis mejillas, hervían. Aspiré todo el aire que pude, la calma fue regresando lentamente gracias al oxígeno que entraba en mis pulmones.

La noche estaba completamente negra, apenas alcanzaba a ver un poco del jardín, sin embargo, el viento soplaba fuerte y, a lo lejos, se veían relámpagos iluminando las nubes grises, anunciando que pronto llovería.

Una hora después logré volver a dormir, aunque sin lograr un descanso parejo y sin sobresaltos.

Debido a eso, por la mañana me sentía exhausta y sin muchos ánimos. El clima no me ayudaba, de nuevo estaba nublado. Desayuné en silencio mientras que Aurora, que estaba sentada justo frente a mí, me evaluaba. Ella sabía muy bien que siempre amanecía con ese humor después de haber visitado a los abuelos, pero ese día en particular creo que no sentía que eso era lo que me tenía sumergida en esa bruma extraña donde mi mente se sentía medio extraviada.

Llegué justo antes de que comenzara la lluvia. Era viernes, una semana más había pasado, como tantas en esos años, y me daba cuenta de que, aunque tenía días en los que me sentía casi una adolescente normal, había

otros, como ése, en los que estaba completa y absolutamente sumida en la oscuridad.

En cuanto me vio, Romina se percató de que ése era uno de «mis días», entonces, me sonrió tiernamente y caminó junto a mí sin decir mucho, como no era su costumbre.

—¿Todo bien? —indagó. Asentí mientras sacaba las cosas de mi mochila, ya en el aula—. ¿Fuiste con tus abuelos? —Era más una afirmación que una pregunta.

—Sí… —Doblé los brazos sobre la mesa y recargué la cabeza en ellos, de nuevo ese maldito nudo en la garganta, pero ahora también había sensaciones que no deseaban regresar a su guarida, a ese lugar seguro donde solía guardarlas. Me sentía agobiada.

—De acuerdo, hoy te librarás de mis disparates —anunció seria.

La maestra entró y detrás de ella venía Luca, se veía tan espectacular como el día anterior, sólo que esta vez Romina estaba más centrada en mí que en sus hormonas, por lo que intentamos hacer caso omiso a su presencia, a diferencia de los demás. La tarea no resultó fácil, era inevitable observarlo; destilaba seguridad y suficiencia por cada poro de su cuerpo. Sin embargo, no dijimos nada durante toda la clase.

Al terminar la hora se mantuvo junto a mí hasta la siguiente clase, intentaba distraerme con su explicación sobre las diferentes mascarillas que podía emplear para que las ojeras no se notaran; en cuanto estuvimos en la puerta, apretó mi mano y se marchó. La observé al alejarse, no tenía idea de qué habría sido de mí sin ella. Sonreía sacudiendo la cabeza, desganada.

El salón estaba casi lleno, pero Eduardo y Gael me guardaban un lugar como era ya costumbre. Caminé hasta ellos, distraída, cuando de pronto, frente a mí, una enorme pierna enfundada en unos *jeans* desgatados me impidió el paso. Desorientada, levanté la vista y esos pozos verdes me atraparon.

Un jalón en mi pecho me dejó estática, como suspendida. No supe cuánto tiempo pasó, lo cierto es que su iris me había, literalmente, aprisionado y algo que no lograba definir nos mantuvo mirándonos fijamente.

De repente, cuando ya sentía que incluso flotaba completamente abstraída en aquello que se despertaba sin que lo deseara, quitó su pierna y giró al frente como si nada de esa extraña situación hubiese ocurrido, liberándome así de sus impresionantes estanques verdes. Lo observé seria, arrugando la frente, aturdida sin saber qué hacer y mucho menos qué decir.

—Sara… —la voz de Gael me sacó del letargo, era como si todo alrededor hubiese regresado, caminé hasta donde él se encontraba, intentando entender lo que había sucedido hacía unos instantes—. ¿Por qué no te movías? —me preguntó cuándo me senté. Pestañeé varias veces sin saber qué decirle, porque ni yo podía explicarlo—. No me digas que tú también mueres por esos tipos —se burló, aunque su voz reflejó una molestia a la que yo no estaba acostumbrada, pero que decidí ignorar, no tenía cabeza para examinar ese toque posesivo.

—No… —susurré todavía un poco turbada. Era como si una ola hubiese deseado derribar en mi interior los muros construidos durante años.

—La verdad es que la tal Florencia está como quiere —cuchicheó Eduardo a mi lado. Gael puso los ojos en blanco, parecía que su amigo también lo tenía alucinado con el mismo tema que a mí mis amigas. Le intenté sonreír, asintiendo—. Ves, ella misma lo acepta.

—No lo niego, pero quedarte ahí, frente a él, como hipnotizada, no parece propio de ti —expresó extrañado, serio. Saqué todo lo que tenía de la mochila intentando recuperar el control.

—¡Eh! Ya déjala en paz. ¿A ti que más te da? —intervino Eduardo. El rostro de Gael rebosó de coraje y lo miró amenazante. Rodé los ojos repentinamente, harta de ellos. Ese día no tenía paciencia, y con lo que acaba de ocurrir, menos.

Gracias al cielo, el maestro entró tomando asistencia, sin dar siquiera tiempo de respirar. Eso consiguió que se callaran enseguida.

Recargué el codo en la mesa y la barbilla sobre la palma de mi mano. Esperé que fuera mi turno para responder. Desviando la vista y sin comprender por qué, me encontré estudiándolo.

Estaba frente a mí, a cuatro filas de distancia. Su cabello era asombroso y su forma desgarbada de estar provocaba que no pudiera dejar

de observarlo. Su espalda ancha, aunque nada alarmante, y esa camisa negra de manga corta que dejaba ver claramente cada músculo bien tenso. Su piel era apiñonada o levemente bronceada. Era atractivo, muy atractivo.

Cuando al fin logré quitar la vista de su espectacular físico, el pizarrón ya estaba atascado de ejercicios por resolver. ¡Maldición!

El timbre sonó y Luca salió sin siquiera quitar sus ojos de la puerta, así que una vez estuvo afuera, me levanté.

Caminé sola hasta la cafetería, todavía con los ánimos bajos. Entré buscando a Romina con la mirada y de repente se colgó de mi brazo logrando que casi cayera. Sonreí aliviada.

—Hoy vamos a las ahogadas,[1] te hace falta algo de actividad —declaró con su típica frescura. Negué, cansada, no tenía ganas de caminar y mucho menos de comer ese platillo tan típico de ahí y que siempre me dejaba un fuerte ardor en todo el tubo digestivo, gracias a las cantidades enormes de picante que le echaba.

Me rodeó por los hombros, de forma comprensiva pegó su cabeza a la mía.

—Sara, esto tiene que terminar en algún momento. No puedes vivir así, me preocupas. —La miré a los ojos sintiendo que de nuevo todo me caía encima, como una lápida de concreto. Y es que no me era fácil manejar la emocionalidad, por ello, había decidido encerrarla muy dentro de mí, pero desde el día anterior parecía que ya no tenía planes de continuar bajo mis órdenes.

—Lo sé, Romina, pero…

—Pero nada, tienes diecisiete años y en menos de dos meses cumples dieciocho, no puedes perderte la mejor etapa de tu vida sumida en esa nostalgia —murmuró afligida. El nudo en la garganta creció hasta el punto de bloquearme el habla. Suspiró—. Prométeme que este año va a ser diferente, prométeme que vas a intentar disfrutar más de la vida —me imploró. Desvié la vista apretando la boca, me pedía algo que ya había intentado un montón de veces. Me zangoloteó tiernamente provocando que volviera a verla—. Sara…, promételo.

—Romina, no es tan fácil.

—Si lo fuera, no te lo pediría. Sólo promete que no te cerrarás, recibirás lo que la vida tenga deparado para ti sin esconderte. Ya basta de esto, te lo suplico. —Después de varios minutos, asentí.

—Ahora vamos a las ahogadas, verás que enchilada las penas se sienten menos —bromeó.

Mis ojos husmearon involuntariamente por todo el lugar, como buscando algo. Él se hallaba a varios metros de nosotras junto con sus dos compañeros, me veía con fijeza, pensativo.

Arrugué la frente, nerviosa. Parecía haber estado fisgoneando lo que ella y yo hablábamos. Eso era imposible, estábamos a más de diez metros de ellos y la cafetería se encontraba abigarrada, por lo que escuchar lo que se decía a más de dos metros es técnicamente imposible. No apartó sus ojos de mí, era como si no le hubiese importado que lo descubriera. Enseguida mis palmas comenzaron a transpirar.

—¿Vamos? —me urgió. Me volteé hacia Romina, desorientada. Asentí intrigada, cuando hacía eso era como salir de mi orbita, y regresar me llevaba unos segundos.

Llegué a la última clase casi corriendo, me había quedado conversando con unos compañeros sobre un partido de vóleibol. Al entrar, agitada, el único lugar vacío estaba a su lado. ¡No! Mis alarmas se dispararon enseguida.

Sin pretender esconder mi descontento, torcí el gesto. Revisé de nuevo el salón buscando algún huequito que hubiera pasado por alto, nada. ¡Agh!

Llené mis pulmones agarrando valor y caminé a paso decidido hasta él. Dejé mi mochila a un lado de la banca, junté todo el coraje que tenía dentro de mí y me atreví a decir «Hola». Ni siquiera volteó, pasaron los segundos y no respondió.

Perfecto, en ese instante deseé atreverme y darle un buen puntapié, ya saben, de esos que duelen. Por supuesto no lo hice, me senté fingiendo que no había herido mi ego. Saqué mis cosas intentando olvidar que él no se encontraba a escasos cincuenta centímetros de mí. ¡Qué ocurría con ese chico!

Veinte minutos antes de que terminara el suplicio, digo, la clase, el profesor nos recordó los dichosos proyectos. Comenzó, bajo no sé qué

criterio, a hacer las parejas. Esperé nerviosa a ver quién me tocaría, sólo rogaba que no fuera alguien flojo y atenido, porque eso sí podía sacar lo peor de mí. Le estaba dando vueltas a la pluma cuando de repente escuché:

—Luca Bourlot y Sara Patterson.

No pude evitar que se me escapara un gemido de frustración. Giré hacia él absolutamente segura de que estaría molesto, mirándome con esa cara de pocos amigos que tenía. Pero Luca lucía tan impávido como siempre. Resoplé fastidiada.

El maestro coronó mi pesadilla advirtiendo que los equipos que no funcionaran no aprobarían la materia, ya saben, debíamos aprender a desarrollar la tolerancia, la empatía y no sé cuántas tonterías más que, en serio, a mí no me importaban y que estaba segura de que a mi nuevo compañero de equipo mucho menos.

Cuando acabó de dar todos los pormenores tenía ganas de gritar, aunque darle un par de empujones para sacar la frustración hubiese estado mucho mejor. Para la siguiente clase teníamos que haber comenzado, por lo menos, con la introducción. Sí, claro, como si fuese sencillo hablar con alguien que no tenía intenciones de hacerlo, o mejor aún, trabajar con un chico que parecía que nada le interesaba.

El timbre sonó y él se levantó decidido a salir de ahí, sin importarle las instrucciones que recién había dado el maestro. ¡Lo imaginaba!

—Espera… —dije con firmeza, aunque por dentro me sentía absolutamente cohibida. Se detuvo a un metro de donde yo estaba, aspiró con fuerza como buscando paciencia y se volteó hacia mí. Por un momento enmudecí, incluso respiré de forma más lenta.

Era… espectacular, y es que no encontraba otra palabra para describirlo. De pronto recordé el trabajo junto con el montón de cosas en las que teníamos que ponernos de acuerdo. Su mirada cambió al percatarse de mi lucha interna, ahora parecía burlarse de mí. ¡Idiota!

—Tenemos que organizarnos —expresé con seguridad, aunque temblaba por dentro. Él asintió sin decir nada—. Para el lunes es la primera entrega… —le recordé abriendo de más los ojos. Volvió a asentir, tranquilo.

Sí, le daba igual, tal como sospeché.

En serio deseaba darle un par de bofetadas, logré reprimir el impulso acomodando un rulo detrás de la oreja. Le daría otra oportunidad, decidí. Observó mi gesto con muchísima atención, mostrando un dejo de perturbación.

—Mira, ahora no tenemos tiempo, pero te propongo que nos veamos en la biblioteca al terminar las clases —planteé de modo conciliador. Esperé su respuesta, lo que pareció horas.

—No sé si pueda —atajó al fin. ¡Está bien, basta! Me acerqué un poco más a él, percatándome cómo eso lo desconcertaba. Ahora sí estaba molesta y cansada de su pedantería.

—Escucha, Luca, así te llamas, ¿no? —No esperé respuesta, parecía confundido por mi actitud y mi evidente furia—. No tengo ni la más mínima idea de qué tengas que hacer, pero hay dos cosas que debes saber. —Elevé una mano levantando dos dedos y señalé uno—. Primera: no pienso hacer este trabajo sola. No soy la típica tonta que prefiere hacer todo ella con tal de pasar. Segunda: nos veremos las caras todo el semestre pese a si te gusta convivir con los mortales o no. Así que dime en este momento qué día tienes libre en tu apretada agenda para ponernos a trabajar sobre la introducción y definición del tema. —La verdad, hasta yo me había asombrado por lo autoritaria que sonó mi voz, pero no lo demostré.

Él me observaba con los ojos desorbitados, confundido, tanto, que podía jurar que se le habían aclarado por unos segundos. Sacudió la cabeza y volvió a mirarme, pero ahora estaba relajado.

—Hoy terminando las clases —habló al fin. Asentí complacida, aunque con el pulso un poco enloquecido, y es que su voz era igual de perfecta que él.

Patética, en serio, lo era.

Pero qué más daba, era la verdad. Sin embargo, estaba decidida a no mostrarle la cantidad de sentimientos encontrados que despertaba en mí. Pasé a su lado sin molestarme en decir adiós. Me encontraba muy irritada y a la vez muy orgullosa de mí por no haber permitido que el que fuera tan desesperadamente atractivo, interfiriera en mis calificaciones. Un punto para mí, al fin.

Romina me interceptó justo cuando iba para la cafetería. Se colgó de mi brazo de nuevo, sonriendo. Yo ya no estaba como en la mañana, sin embargo, ahora surgía una ansiedad que recorría mi cuerpo de una forma desconocida, extraña.

—¿Sigues triste? —me preguntó con ternura. Negué sonriendo.

—¡Genial!

Me senté y sin saber por qué supe de inmediato en dónde estaba sentado exactamente: a la izquierda en línea perpendicular a unos ocho metros de distancia. Parecía molesto, garabateaba algo en una libreta de cuero sin detenerse, mientras el otro par lo observaba mostrando su preocupación.

—Sara… —era Romina, algo me había preguntado. Pestañeé varias veces intentando olvidar sus facciones rígidas, su ceño fruncido.

—¿Qué? Perdón. —Lorena y Sofía soltaron la carcajada.

—¿No te cansas de estar en la luna siempre? Debe ser aburrido —murmuraron con pedantería, burlándose. Romina entornó los ojos, molesta.

—¡Cállense! —ordenó mi amiga. Lo cierto es que a mí en ese momento me importaba poco lo que pensaran.

Alcé la vista y lo vi salir. Me sentía en un sube y baja emocional que me estaba enloqueciendo. Sin comprender por qué, el nudo en la garganta regresó al verlo desaparecer y unas horrendas ganas de llorar emergieron. Tomé mis cosas y salí de ahí lo más rápido que pude. No supe a dónde ir, pero no importaba, sólo necesitaba dejar de sentirme así.

Corrí prácticamente hasta mi auto con la intención de abandonar la escuela. Algo no estaba bien, nada bien, y no comprender qué me empujaba prácticamente al límite me tenía cansada y muy confundida.

—Espera… —Era Gael. Romina venía detrás de él, preocupada. Al ver mi rostro, acabó con la distancia que nos separaba y me abrazó.

—Son unas estúpidas, no les hagas caso —dijo molesta. La aparté de mí con suavidad.

—No es por ellas, ya sé cómo son.

—¿Y entonces? Tú no eres así, Sara. —Era cierto. Me quité la mochila y la dejé caer sobre la grava.

—¿Estás bien? —quiso saber Gael sin poder esconder su intranquilidad.

—¿Nos dejarías solas unos minutos? —le rogó mi amiga con voz suave. Éste asintió y desapareció, no sin antes regalarme una tierna mirada de apoyo—. ¿Qué pasa, Sara?

Resoplé y me recargué en un costado de mi auto. La lluvia ya había desaparecido hacía un par de horas, por lo que el sol amenazaba con salir en todo su esplendor. Así era el clima ahí; en un segundo podía estar cayendo la peor de las tormentas y al siguiente parecía que lo habías imaginado, únicamente el agua sobre el asfalto delataba el paso de aquel torrencial.

Se colocó a mi lado dándome un leve empujón con el hombro.

—Nada, Romina, es sólo que… no estoy de humor.

—Eso es evidente, tú jamás haces esas escenas, ni muestras lo que sientes, casi lloras ahí. Aunque prefiero eso a que te quedes callada fingiendo que no ocurre nada —admitió con simpleza. Le sonreí sintiéndome un poco mejor. Ella tenía esa cualidad. Lograba elevar mi estado de ánimo en cuestión de segundos.

—Supongo que eso es un cumplido.

—Sí, supongo que sí —admitió pensativa—. Pero… ¿Todo bien? —insistió. Asentí, logrando de alguna manera resguardar de nuevo mis emociones, todo aquello que me seguía como si fuese una sombra que deseaba aparecer frente a mí y sin que la pudiese eludir. En medio de ese silencio que me estaba serenando, recordé lo de los equipos.

—Romina…

—Mmm —dijo con los ojos cerrados disfrutando la lenta salida del sol.

—En Desarrollo Humano habrá un proyecto de todo el semestre —farfullé. Giró hacia mí abriendo un solo ojo, intrigada, era obvio que lo mencionaba por algo—. Luca es mi pareja —confesé torciendo los labios. Se incorporó de un salto, casi se resbala; reí.

—¡Bromeas! ¿Es en serio? —chilló en *shock*.

—En serio.

—Guau, te odio. No puede ser. Dios, ¡qué buena suerte tienes!

—Si tú lo dices —refunfuñé, perdiendo la vista en los autos que estaban estacionados.

—¿Todo el semestre dijiste? —recalcó. Entorné los ojos, sonriendo sin remedio por su tono—. No lo puedo creer, las demás van a hervir de coraje.

—Omítelo por ahora, ¿sí? —le pedí fatigada.

—Sí, es lo mejor, a veces son unas arpías. ¡Ah! Ojalá que a mí me pasara lo mismo con Hugo, están igual de perfectos. —Parecía soñar despierta con aquello. Reí, sacudiendo la cabeza.

Llegamos a tiempo al domo donde teníamos Educación Física. En mi equipo incluyeron a Romina y a Laura, quienes lograron por su inexplicable miedo a la pelota que perdiéramos casi antes de empezar. ¡Fantástico! Así que sin mucho que hacer, el resto de la hora la pasé en las gradas al lado de los demás.

El equipo de Luca no había perdido ni un solo set, y mi amiga no le perdía el paso. ¿Y cómo hacerlo si el objeto de su deseo se encontraba haciendo alarde de su habilidad en el deporte?

Intenté pensar en otra cosa, su sola presencia me alteraba y estar viendo el partido sólo lograba que inevitablemente me encontrara estudiándolo con detenimiento; sus grandes manos, su flexibilidad, la manera en la que sus músculos se marcaban al moverse, o su cabello rizado con esas ondas grandes, balanceándose de acuerdo con sus movimientos gráciles. Sacudí la cabeza con fuerza. Busqué entablar una conversación con Laura, pero fue un fracaso, no me siguió, parecía igual de entusiasmada que Romina.

Giré a mi costado derecho, nuestros otros compañeros estaban riendo por algo que veían en su celular. Los conocía desde que había entrado, aunque no nos solíamos reunir ni salir juntos. Notaron de pronto mi curiosidad y me hicieron un espacio entre ellos para que me uniera. Veían en YouTube videos de personas cometiendo alguna tontería. Reí tanto que mi estómago comenzó a doler. Un chico había decidido brincar del techo de su casa de un piso e intentar caer en una pileta de agua de menos de un metro de diámetro; por supuesto no lo logró y recibió un buen golpe justo en la entrepierna.

—Por fin perdió. Creí que me la pasaría el resto de la clase sin hacer nada —susurró uno de los chicos. Levantamos la vista, riendo aún. Todo se detuvo de forma absurda. Era como si de pronto sólo lo que sus ojos emanaban me atara a la tierra mas no la gravedad, o bien, mi humanidad. Me estudiaba, un poco liado, aunque no buscaba ocultarlo, también lucía confundido y… ¿furioso? Por un instante fui consciente de cómo la sangre recorría cada una de las venas de mi cuerpo.

Fruncí el ceño, con la boca seca. Luca con un movimiento abrupto apartó la mirada, sentí como si hubiese estado a punto de caer como cuando algo que te sostiene se aparta. Respiré agitada. Volteé hacia Romina, conversaba decepcionada con Laura sin haber notado lo que ocurría.

Nos tocó entrar a la cancha de nuevo y esta vez, a pesar de mis dos compañeras, logramos jugar dos partidos seguidos. En un momento de rotación volteé hacia las gradas y no lo vi. Me sentí desconcertada y un poco aturdida, pero sin él merodeando era más fácil poner atención a lo que hacía. Me tomé unos segundos para oxigenar mis pulmones. Debía estar cansada, o algo, me repetí una y otra vez.

Cuando llegó el momento de ir a la biblioteca, casi decido no hacerlo. Sin embargo, no era una cobarde y lo único que me estaba pasando era que me estaba sugestionando. Conforme me acercaba al punto de encuentro, mi corazón martillaba más fuerte. Era ridículo.

Me detuve unos metros antes de dar vuelta a la izquierda y toparme con la entrada principal del lugar. Respiré varias veces y sacudí mi cuerpo intentando relajarme. Lo acababa de conocer apenas el día anterior, no existían motivos para portarme así. ¿Verdad?

Avancé decidida, pero en cuanto lo vi recargado al lado de una de las paredes de la entrada, con aquella actitud que empezaba a conocer y de la cual no me fiaba del todo, mi pulso enloqueció. ¡Maldición!

Si me sinceraba conmigo misma, el pobre chico parecía odiarme y el destino estaba empeñado en que sufriera con mi presencia.

—Hola —susurré. Posó su atención sobre mí, con una frialdad que casi podría haber congelado a un país entero. Pasé saliva. De acuerdo, quizás

estaba siendo dura con él y por eso se portaba hostil, ¿no? Era una teoría —. Lamento haberte hablado así en clase —me disculpé conciliadora, casi sonriendo. Asintió sin mostrar ninguna emoción, como si mis palabras le dieran exactamente lo mismo. Bien, mi teoría quedó hecha añicos. El tipo era prepotente, engreído, odioso, nada más.

Mi arrepentimiento y ánimo amigable se desvanecieron como si nunca se hubiesen aparecido. Eso me pasaba por tonta. Se merecía mis tonos y, quizá, hasta una buena bofetada que yo no le daría, por ahora.

Entorné los ojos, pude captar por su postura que no pensaba hablar. ¡Agh! Abrí la pesada puerta de la biblioteca y una vez dentro giré hacia él para ver si había entrado, estaba justo a un metro de mí. Ninguno de los dos dijo nada y continuamos; yo me adelanté buscando la sección que deseaba y Luca iba como mi sombra, siguiéndome en silencio.

Cuando al fin di con lo que necesitábamos, en la parte alta del lugar, me adentré entre dos enormes e interminables libreros. Sabía que seguía ahí, pero ni siquiera lo escuchaba respirar, era un tanto tétrico, si me preguntan, pero no me amedrenté, el que fuera realmente odioso, no lo convertía en un monstruo o algo así. Comencé a leer los títulos con atención. Él simplemente esperaba, sin moverse.

Maravilloso, lo que me faltaba.

Varios proyectos se extendían frente a mí y no sabía cuál sería bueno elegir. Lo encaré harta de su poco interés. Podría creer que ya desvariaba, pero juraría que desvió su vista en ese mismo instante.

—¿Tienes algún tema en particular que quieras que desarrollemos? —pregunté sin mucha emoción. Negó mientras miraba otra cosa, lejos de nosotros. Aspiré fastidiada, era exasperante.

Empecé a tomar libros al azar. Había una amplia variedad para elegir así que no me enfoqué en un tema. Cuando tenía ya cinco sobre uno de mis brazos, los músculos comenzaron a quejarse. Me di vuelta hacia él.

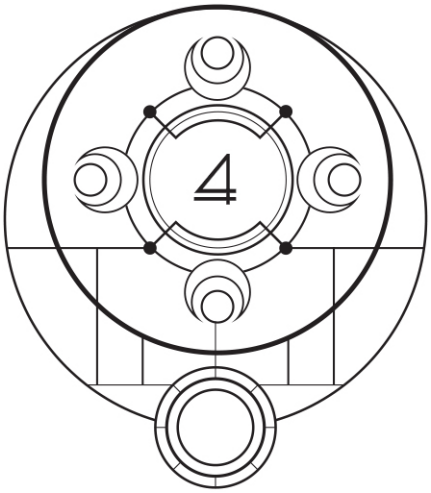
—¿Me podrías ayudar por lo menos a cargar esto? —Ironicé abriendo de más los ojos. Me estudiaba sin importarle que lo notara. Lo más extraño fue que de nuevo percibí ese cambio de color en su mirada, era como si de pronto, por unos segundos, sus ojos se volvieran casi amarillos.

Sacudí mi cabeza convencida de que comenzaba a alucinar y le tendí los libros, extendió los brazos al mismo tiempo y nuestras manos se tocaron apenas un poco. De forma incomprensible, una especie de líquido cálido entró por mis dedos y se apoderó en milésimas de segundo de todo mi cuerpo, era como si de repente me hubiera dado fiebre. Gemí asombrada.

Se apartó de mí de inmediato, sin decir nada, sin mostrar nada y agachando el rostro. Yo me quedé ahí, aturdida. Algo no iba bien, algo definitivamente no estaba bien, pero de sólo pensarlo me sentía salida de un manicomio y no era para nada una sensación agradable.

---

[1] Torta hecha con pan salado de la región y carne de cerdo, bañado en salsa picante roja y salsa dulce sin picante.



—Creo… creo que… —Pestañeé confundida y me di vuelta hacia los libros sin terminar la frase.

Tomé un par de compendios más y caminé rumbo a la salida de ese pasillo que me sofocaba, era como si el calor del trópico hubiese decidido colocarse ahí, entre nosotros. Encontré una mesa libre a unos metros, dejé mi mochila a un lado y me senté, temblorosa.

Recorrió la silla que estaba justo frente a la mía, dejando los libros sobre la mesa. Comenzó a hojearlos con mucha atención. Intenté imitarlo, sin embargo, no podía, sentía que lo que ocurría no era normal o era que yo me estaba obsesionando seriamente con ese chico.

—Me parece que éste puede ser —dijo, casi media hora después.

Levanté el rostro asombrada al volver a escucharlo. Colocó el libro en la superficie y lo deslizó hacia mí para que no tuviéramos que tocarnos. Leí, o en realidad intenté leer, lo que señalaba.

—De acuerdo —logré decir unos minutos después. Hice a un lado los otros siete libros para demostrarle que estaba absolutamente convencida. Él miraba hacia otro lugar, parecía que quería evitar mis ojos a toda costa —. Ahora tenemos que justificar la elección —murmuré.

—Lo sé.

—Si quieres lo podemos hacer en otro momento —propuse al notarlo tenso, como con prisa por irse. No era grato saber que le imponía mi presencia más del tiempo que parecía poder soportar.

—No, prefiero que sea ahora —dijo serio y sin dudar.

—OK, entonces…

—Tú haz tu propuesta y yo la mía. Supongo que algo salvable saldrá de ambas —sugirió. Su voz sonaba arrulladora y a la vez tensa, mientras su mirada me estudiaba pausadamente. Me sentía inmersa en un trance cuando clavaba sus pupilas en las mías.

Aprobé su propuesta y saqué mi computadora de la mochila. Él hizo lo mismo y comenzamos a trabajar. Moría de hambre, pero no me atreví a contrariarlo, no cuando parecía que habíamos entrado a un periodo de frágil tregua. Veinte minutos después, apenas llevaba un párrafo. Noté que él cambiaba de posición y descansaba su ancha espalda en la diminuta silla. Sí, era diminuta en comparación con su cuerpo.

—¿Terminaste? —pregunté alarmada. Asintió, a la par que observaba distraído a unos chicos que pasaban murmurando a unos metros—. ¿Puedo verlo? —inquirí. Volvió a asentir sin mirarme. Tomó su computadora y la puso frente a la mía con un solo movimiento de su enorme mano.

Comencé a leerlo, eran tres páginas perfectamente bien escritas, no había faltas de ortografía, contaban con una redacción impecable y con una explicación bastante bien fundamentada y consistente. Levanté la vista, había sido más rápida que él, me quedé de nuevo atrapada en sus ojos, era como si me abrazaran, como si desearan investigarme.

—¿Y cumple tus expectativas? —Parecía más relajado, incluso su tono era un tanto burlón.

—No quise sonar así en el salón —susurré, desviando la vista para acomodar la revolución que se comenzaba a desatar en mi cabeza.

—Eso ya lo dijiste —señaló.

Froté mi cuello, cansada, girando la cabeza. Entre él y mi falta de comida, estaba a punto de desvariar.

—Y tú no respondiste nada —refuté serena, mirándolo de nuevo, también me observaba, no a los ojos, sino a mi mano acunada en el cuello.

Estudiaba mis movimientos con intriga, parecía interesado en ellos. Dejé de hacerlo, nerviosa.

—¿Qué querías que te dijera exactamente? —Elevó lentamente sus ojos hasta los míos esperando una respuesta. Su belleza era abrumadora, y es que por mucho que me esforzaba para encontrar en su rostro algo asimétrico, no sé, un mínimo defecto, no veía ninguno y eso era aún más frustrante.

—Pues no sé, lo típico —respondí con simpleza. Frunció las cejas tanto que casi se le juntaron. Resoplé impaciente—. Un «No te preocupes» o un «Está bien», eso hubiera sido suficiente. —Sentía que hablaba con un niño. Él asintió como si lo comprendiera.

—Y eso era para, ¿tranquilizar tu conciencia? —Deseó saber. Pestañeé de nuevo varias veces ante su cinismo.

—No exactamente, en realidad sí me sentí mal hace un rato, pero ahora ya no. Así que olvida las disculpas, no me arrepiento —acoté. Curvó la comisura de sus labios en lo que parecía querer ser una sonrisa.

—Cambias rápido de parecer.

—Creo que no te han dicho lo maleducado que eres —reviré.

—Algunas veces —aceptó ahora sí francamente divertido. Sentía extraño verlo así: entretenido, escuchando y hablando.

—Pues me alegro, porque de verdad lo eres… —continué haciendo un mohín como una niña pequeña y mi única justificación era que cuando lo tenía cerca, además de que mis sentimientos estaban a flor de piel, me sentía inexperta, infantil.

—Pero no por las mismas razones que tú. No te caigo bien, ¿verdad? —me interrogó. Alcé las cejas sin saber que decir. Aunque en realidad no tenía la respuesta.

—No te conozco —logré articular con la boca seca.

—En eso tienes razón, no me conoces y así seguiremos —declaró con seguridad. Su mirada se había oscurecido, puedo jurarlo, dejó de sonreír. Lo cierto es que era imposible saber si eso era lo que deseaba o lo decía por algo más. Bueno, en realidad ese «algo más» no tenía sentido, pero con él sentía que de algo me perdía, o de mucho.

Intenté desviar mi atención hacia los transeúntes de la biblioteca. Cuando junté valor volví a mirarlo, era obvio que esperaba mi respuesta. Permanecía recargado en el respaldo de la silla, con sus enormes brazos cruzados sobre el pecho, con aquel cabello negro rozando su frente.

—Probablemente tienes razón —avalé. Podría jurar que sus ojos se oscurecieron aún más, ahora eran casi cafés. No, debía estar ya muy cansada o muerta de hambre, yo qué sé—. Pero estamos juntos en esto y para mí es importante la calificación. Sin embargo, prometo hacértelo un poco más fácil.

—¿Más fácil? —Parecía no comprender. Elevé los hombros, indiferente.

—Sí, sé que yo tampoco te caigo muy bien, bueno, en realidad creo que nadie te cae muy bien, pero volviendo a lo nuestro… —Parecía que hacía un gran esfuerzo por seguirme—. Nos reuniremos sólo lo necesario, prometo no imponerte mi presencia más de lo estrictamente indispensable. —Eso era lo mejor, tanto para él, como para mí.

—¿Por qué supones eso? —indagó intrigado.

—¿Qué exactamente? —pregunté sin recordar todo lo que había dicho.

—Que no me caes bien —repitió despacio. El rubor subió hasta mis mejillas y desvié la vista unos segundos, me sentía avergonzada. ¿Por qué de todo lo que le había dicho había decidido escuchar sólo eso?

—Pues porque es así, ¿no? —repliqué. Sonrió negando y agachó la cabeza.

—Si eso piensas, no te haré cambiar de idea —respondió con cruda simpleza.

Está bien, ya no entendía nada. El tipo era raro, mucho, pero esa conversación se estaba tornando absurda, sin embargo, sentía que decía más de lo que en realidad escuchaba.

Al percatarse de que no planeaba contestar a lo que acababa de decir, volvió a encararme, sus ojos de nuevo eran verdes claro.

¡No!

No estaba alucinando, sí le habían cambiado de color, así, sin más. Fruncí el ceño acercándome por instinto. Mi reacción lo alertó y se hizo para atrás inmediatamente. Regresé avergonzada a mi posición, nunca me

dejaba llevar de esa manera, no tenía idea de por qué lo hacía, lo cierto es que necesitaba saber.

Con la vergüenza circulando por mi rostro, apilé los libros uno sobre otro, no sin antes anotar en una libreta el que nos había interesado. Cerré mi laptop y la metí a mi mochila. En todo momento, él me observó confundido. Me puse de pie lista para enfrentar esa tormenta verde que eran sus ojos.

—Creo que este semestre va a ser el más largo de mi existencia —susurró con la atención fija en uno de los estantes metálicos llenos de libros. El significado de sus palabras y el tono en el que lo dijo se sintió incómodo, casi ácido.

—Prometo hacer todo lo posible para que no sea así —le sonreí de forma amigable, era lo mejor. Me estaba portando bipolar, lo acepto. No lo conocía, no sabía si deseaba hacerlo y él dejaba muy claro que no, por tanto, comportarme como una chica cuerda era lo deseable. Debía controlar de nuevo el caudal de sensaciones, pues incluso era la forma de ponerme a salvo de mí misma.

Se levantó, su semblante era serio.

No levanté la mirada porque sabía que si lo hacía me perdería de nuevo en esos extraños iris y no quería seguir alimentando mi obsesión, o lo que fuera que tenía, no después de esas palabras. Su pecho quedó justo frente a mí.

—Espero que cumplas tu promesa, es lo mejor. —Se escuchaba molesto, aunque no lo conocía como para asegurarlo. Asentí dándome la vuelta, lastimada en mi orgullo. Quizá pensaba que estaba loca por mi manera de comportarme, no podía culparlo.

De pronto recordé el trabajo y volteé en su dirección. Él continuaba ahí, observándome con los ojos casi negros y cuando digo casi negros es porque el iris prácticamente no se diferenciaba. Pasé saliva. Eso era… aterrador, si me preguntan. Parpadeé tensa.

—Este…, bueno, ¿tú imprimes el trabajo? Creo que con eso será suficiente para el lunes —articulé concentrándome en nuestro deber y no en eso que hacía con los ojos.

Asintió de nuevo bajo esa fachada de desinterés que había olvidado durante aquella hora. No pude más y salí casi corriendo. No me asustaba, no del todo, pero podía detectar algo atípico, además de su anomalía ocular, algo mucho más complejo que me erizaba la piel, pero que a la vez me atraía. ¡Era ridículo!

Ya sin su presencia, analicé un poco todo, o por lo menos lo intenté, y sólo logré acomodar en mi interior el hecho de que no le agradaba estar a mi lado y que, de alguna manera, eso no me hacía sentir bien por muy loco que pareciera, pues a quién le puede importar la opinión de un chico que apenas si se conoce, a mí, nunca.

Mi estado anímico estaba variando tanto como la temperatura en mi ciudad, incluso más. Me sentía agobiada, frustrada, molesta y triste, me encontraba sumergida en un gran licuado de emociones. No me gustaba. No me gustaba en lo absoluto.

Al llegar a casa, las emociones se habían convertido en aflicción. Sentada frente a mi plato, piqué la comida un rato sin si quiera probar lo que Aurora me sirvió.

—¿Qué tienes, Sara? Sé que ir a casa de tus abuelos no te deja bien, pero te veo diferente.

—Tengo mucho sueño, no dormí bien —admití.

Se sentó a mi lado y buscó mis ojos. Era joven, muy guapa y muy inteligente. Parecía haber sido educada con cariño y cuidado. Realmente no sabía mucho de su vida, sólo que había enviudado al igual que mi padre y que no era de ahí, sino de Aguascalientes. No tenía hijos y había decidido buscar un trabajo como ama de llaves para no tener que dejar el lugar donde había vivido con su marido. Su cabello era claro y sus ojos alargados como dos almendras, enmarcados en unas largas pestañas que siempre traía pulcramente arregladas al igual que el resto de su persona. Sabía que estaba terminando la preparatoria vía internet por las noches y que tenía planes para hacer una licenciatura en Pedagogía o en asuntos contables.

—¿Por qué no te creo? —dijo. Me encogí de hombros intentando sonreír—. Ve a dormir, anda. Este plato estará aquí para cuando quieras devorarlo. —Me guiñó un ojo y apretó mi mano con ternura—. No sé lo

que te haya ocurrido hoy, pero sea lo que sea no merece la pena que te tenga así. En todo el tiempo que llevo con ustedes sólo he visto cosas buenas en ti, no permitas que nada te haga dudar de ello. Quien no lo puede apreciar, entonces no vale la pena.

Le sonreí agradecida. Sus palabras me reconfortaron y disiparon un poco mi malestar.

Era raro, no solía dejarme llevar por las emociones, que aunque me sometían, las ocultaba. Sin embargo, estaban encontrando la manera de salir, era como si no pudiera frenarlas.

—Iré a dormir…

—Creo que es buena idea. Descansa, cuando despiertes todo lo veras diferente —me motivó. Por lo menos estaría ya más tranquila, eso era seguro.

En cuanto llegué a mi recámara me encerré y me aventé rendida sobre la cama. Mis pensamientos eran un caos, por más que intentaba serenarme no lo conseguía. Pasaron varios minutos hasta que caí, por fin, exhausta.

Abrí los ojos sintiéndolos aún vidriosos. Me senté, tenía un intenso dolor de cabeza. No sabía qué hora era, todo se escuchaba en calma. Busqué el celular en mi mochila: la una de la mañana. Tenía un par de mensajes de Romina, donde insistía en que fuera a la fiesta de mañana. Dejé el celular en la mesa de noche, me puse la piyama y volví a quedarme profundamente dormida, ahora sin ningún esfuerzo gracias al constante martilleo que sentía en la sien.

Por la mañana Bea y yo decidimos ver películas. Romina me marcó cuando acabábamos de terminar de comer. Me rogó que fuera a la fiesta, me negué rotundamente. No tenía ánimos, quería acurrucarme en casa, leer, deambular tranquilamente.

En la tarde, Bea y mi padre salieron de compras. Era el pasatiempo favorito de mi hermana y él le tenía una paciencia infinita. Me insistió que fuera, pero tampoco me apetecía. Yo podía salir a donde deseara, siempre y cuando avisara, sin embargo, necesitaba estar en paz para poder sentirme de nuevo dueña de mí, como debía ser.

Me perdí en el televisor por algunas horas. Luca no dejaba de estar en mi mente. Cumpliría mi promesa, decidí. Después de todo era un chico

como cualquier otro, bueno, no como cualquier otro; Luca tenía un cabello que de verlo me generaba unas espantosas ganas de tocarlo, unos ojos grandes, perfectamente enmarcados en esas pestañas y cejas negras. Su cuerpo era irreal, por si fuera poco, su forma de moverse derrochaba seguridad y advertencia. Ésa era la palabra.

El domingo Romina se invitó a comer. Solía hacerlo, sus padres viajaban con frecuencia y sus hermanos, mayores que ella, nunca estaban en casa. Mi padre y Bea la adoraban, por lo que cuando iba a la casa mi día era bastante más agradable.

Lavamos los autos y terminamos empapadas gracias a que entre las tres estuvimos jugando con la manguera. Sí, ya sé, el agua no se desperdicia, pero era tan divertido. Papá nos obligó a bañarnos para evitar agarrar un resfriado y luego comimos lo que él había preparado. Crepas de diferentes sabores, sabía bien que a Romina le encantaban.

Cuando estuvimos solas en mi habitación comenzó a relatarme los pormenores de la fiesta del día anterior. Ya se había tardado, debo admitir, así que estaba esperando su reseña, no tenía de otra.

—¿A que no adivinas quién fue? —Empezó. Arrugué la nariz, un extraño aleteo surgió sin aviso justo en medio de mi pecho, lo acallé molesta—. Sí, fueron los tres. Se veían espectaculares. —Aunque asentí fingiendo que me deba lo mismo, eso no la frenó—. Ya sabes, son serios, pero en general se adaptaron bien al ambiente.

—Me alegro —espeté sintiendo una punzada de inexplicables celos.

—Florencia baila, ¡guau!, no tienes idea. Ya te imaginarás a todos los chicos babeando como si estuvieran viendo un suculento pedazo de carne. Son tan primitivos —refunfuñó.

—¿Y a qué hora te regresaste? —Intenté desviar el tema.

—Como a las dos, pero espera… No sabes la cantidad de chicas que se les lanzaron a Hugo y a Luca. Lo malo fue que no parecían tener problemas para deshacerse de cada una de ellas una forma bastante respetuosa.

Entorné los ojos evaluándola. Ella desvió la mirada, nerviosa.

—¿Tú… también? —deduje. Su rubor la delató. Reí sin remedio. Me aventó un cojín al rostro.

—No digas nada —me advirtió compungida. Negué solemne, aunque riendo—. Tenía que intentarlo. Hugo me encanta; no es que Luca esté mal… —Elevó los ojos al cielo—. Dios sabe que sería una enorme mentira, pero de los dos prefiero a Hugo, es más accesible y sonriente.

En eso le daba la razón, por lo menos eso se percibía.

—Pero de verdad fue bochornoso. Me acerqué a él y lo invité a bailar. Aceptó sin mostrar ninguna emoción, ya sabes, como que eso de demostrar lo que piensan no se les da, se parecen a no sé quién… —bromeó. Entorné los ojos, solía decirme eso—. Y bueno, bailamos un rato. Yo me sentía orgullosa; con nadie había durado más de una canción. Y por lanzada, cuando tuve oportunidad le dije que deberíamos hacer algo… —Sus mejillas se sonrosaron. No tenía ni idea de qué vendría a continuación, pero por su rostro supe que nada bueno—. Se detuvo en seco y me miró con esos ojos azules impresionantes. «Ya tengo un compromiso» —dijo intentando imitarlo—. Me quedé ahí, como una tonta, petrificada. Nunca me había animado a pedirle a alguien que saliera conmigo y con el primer tipo que lo hago resulta que ya tiene novia. Me sentí una estúpida. ¿Pero de qué otra forma podría ser? Un chico así no podía estar soltero, eso es evidente.

—¿Y qué hiciste? —Quise saber. Vaciló varios segundos antes de contestarme.

—Pues… le dije que me lo imaginaba y que una amistad más a nadie le caía mal, pero no pareció estar de acuerdo. Me sacó de la pista sin siquiera darme cuenta y me sonrió tranquilo. Y me dijo: «Ni tú necesitas más amigos, ni yo un problema. Prefiero dejar las cosas así».

Él en definitiva era menos hostil que Luca, pero el contenido era el mismo, aunque por diferentes razones. De pronto su expresión cambió, parecía que se había acordado de algo. Brincó un poco en la cama, divertida.

—A Lorena sí que le fue mal.

—¿Por? —En realidad no me interesaba, pero el chisme era el chisme, y a mi amiga se le daba de maravilla.

—Pues ella se acercó a Luca. —Apreté la quijada sintiendo de nuevo esa punzada—. Bailaron y en la menor oportunidad se le colgó del cuello. Él la zafó sin rodeos y molesto, ya te imaginarás a Lorena. —Por supuesto que me la imaginaba y la idea de verla rechazada me congració un poco con él—. La sacó de la pista frente a todos, unos minutos después ella regresó furiosa con nosotras. Luca le dijo que no malinterpretara las cosas; si le hiciese caso sería sólo para pasar el rato, sólo eso. Le suplicó que respetara el hecho de que él no tenía interés en nadie de esa fiesta.

Okay, ¡guau! Pestañeé varias veces asombrada, la verdad, sentí un poco de lástima por ella, que un chico te dijera eso no debía ser agradable.

—Lorena intentó persuadirlo, pero él no se lo permitió y la dejó ahí de pie sin más. —Romina me miró esperando que le dijera algo, pero sólo la miré, ya que comprendía que en serio no se quería relacionar con nadie, y nadie era nadie—. Por cierto, Gael preguntó por ti —lo decía enarcando una ceja de manera inquisidora.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Sara, tú le gustas —soltó. Torcí el gesto burlándome—. Dios. ¿Qué voy a hacer contigo? Muere por ti desde hace mucho tiempo.

—Eso no es verdad, me hubiera dado cuenta.

—¿Tú? Ja, ja, ja. No creo, pero no importa, parece que por fin se va a animar a dar el paso —anunció alegre. ¡Oh, no! Me puse de pie mirándola con horror, negando—. No te pongas así, prometiste darte una oportunidad.

—Sí, pero no de ese tipo, además, él no me gusta. —Le hice ver marcando con fuerza las últimas palabras.

—Lo sé. Así que ya es hora de que te abras un poco.

—Romina, no quiero que le hagas de casamentera, no quiero lastimarlo. Si es que de verdad le gusto como dices —expliqué. Puso los ojos en blanco, exasperada.

—Le gustas, créeme. Y piensa invitarte a salir —me informó alegre. Negué arrugando la nariz—. Sara, eres bonita, muy inteligente… Es normal que estas cosas pasen. —Me hablaba como si tuviera cinco años.

—Pero él no me interesa.

—Entonces, ¿quién? —inquirió seria.

—Nadie —aseguré. Resopló frustrada. Me tomó de la mano e hizo que me sentara de nuevo a su lado.

—Hagamos algo, si él te invita, ve, y si no te la pasas bien entonces juro no te volveré a molestar.

—Romina…

—Sara, por favor, una vez, es lo único que te pido. Es guapo, caballeroso, inteligente. ¿Qué más quieres? —preguntó frustrada. No lo tenía muy claro en realidad, pero por alguna extraña razón esos singulares ojos verdes aparecieron como si fuesen la respuesta a la pregunta. Sacudí la cabeza.

—Sofía se pondrá furiosa, ya la conoces.

—De Sofía yo me encargo, ya debió entender que entre ellos dos no va a suceder nada. Eso déjamelo a mí, ya saben que si se meten contigo lo hacen conmigo —amenazó. Reí frotándome el rostro, no quería salir con él, ni con nadie en realidad y estaba buscando algún pretexto—. Anda, por favor. Hazlo por mí, linda, hermosa, bella y dulce amiga —me chantajeó.

Sabía que siempre caía si hacía eso. Entorné los ojos, haciéndome la difícil. Tomó mi mano y la agitó suplicándome con los ojos.

Inhalé todo el aire que cabía en mis pulmones y asentí rendida. Sonrió como si le hubieran regalado un Rolls Royce. Era una manipuladora.

—¡Gracias! Verás que todo saldrá bien, te prometo no entrometerme.

Sí, claro, sólo que volviera a nacer. Lo cierto es que después de todo ella tenía razón, debía abrirme un poco. Si no funcionaba, como vaticinaba, le recordaría la promesa que me había hecho y la obligaría a cumplirla. Fin del asunto.

El lunes amaneció bastante soleado y sofocado. Me puse ropa fresca y acomodé mis rizos, me puse un poco de rímel. Decidí que me sentía definitivamente mejor que el último día de escuela. Sonreí ante el espejo, de buen ánimo.

Al llegar a mi clase, alcancé a ver que en dirección contraria venían Hugo, Luca y Florencia. Desvié la mirada, aunque sin razón las manos comenzaron a sudarme, las limpié en mi ropa y decidí olvidar su

presencia. O por lo menos iba a intentarlo, porque Romina, que estaba a mi lado, les sonreía y levantaba la mano para saludar a Hugo. De verdad no tenía remedio, giré los ojos negando con disimulo.

No supe si él respondió su gesto, porque preferí entrar. Hugo ingresó unos segundos antes que ella. Comencé a sacar todo lo de mi mochila, buscaba que con ello la calma reinara en mí, pero era tan difícil y también absurdo, lo cierto es que algo en mí se activaba con su presencia y ponía mis sentidos en alerta.

Dios, eso no era normal, quizá debería ir a terapia o a yoga, no sé, ¿meditación?

Cuando llegué a la siguiente clase, me encontré a Gael, estaba a un lado de la puerta conversando con algunos compañeros. Nos saludamos, sonriendo, y lo miré, por primera vez lo hice de verdad. Era guapo, agradable, pero no, no era mi tipo y si de gustos se trataba, los míos por alguna estúpida razón caminaban hacia otra parte, hacia unos rizos negros, cejas pobladas…

En cuanto pude me escabullí al interior del aula. Me siguió, ¡diablos! Ya iba a sentarme cuando mis vellos se erizaron sin razón, Luca entró. Obvio no me miró, pero yo sí a él, intrigada, ¿por qué me generaba esto?

Sin que me percatara, pues me hallaba perdida en mis cavilaciones, Gael se hincó a un costado de mi mesa poniendo sus brazos sobre ella, recargando ahí su barbilla. Lo observé enarcando una ceja.

—Creí que irías el sábado —dijo, sonriente. Me encogí de hombros restándole importancia, jugando con las hojas de mi libreta. Saber que le gustaba me hacía sentir diferente respecto a él; me acartonaba, me ponía nerviosa, ya no fluía como antes.

—Tuve cosas que hacer —musité.

—¿En tu casa? —indagó interesado.

Asentí, y pude notar que Luca, cuatro bancas frente a mí del lado derecho, se erguía mostrando toda su altura en aquella silla, abandonando su peculiar desgarbo. Arrugué la frente. ¿Por qué me fijaba en esas cosas? Debería importarme un rábano, de pronto recordé que tenía a Gael frente a mí.

Pestañeé sin poder dar con lo que parecía deseaba que le respondiera. Sonrió de una manera dulce.

OK, él no era así. En serio estaba coqueteando conmigo. ¡Dios!

—Ojalá hubieras ido, estuvo divertido —habló con voz cándida. No, definitivamente no servía para esto. Me sentía tensa, rígida y con ganas de salir corriendo.

—Me contó Romina, ya habrá otra oportunidad. —Busqué sonar tranquila, casual. Eduardo llegó en ese momento y al vernos ahí, conversando, él tan cerca de mí, se sentó sin decir nada. Le sonreí, rogando interiormente que lo distrajera, pero no, se hundió en su celular y lo perdí.

—Sara… —Tomó mi mano con cuidado, midiendo mi reacción. Me lo pediría ya, lo sabía y la pura idea me puso enferma, sin embargo, recordé la promesa que le había hecho a Romina e intenté relajarme—. ¿Te gustaría? No sé… ¿Ir al cine o a cenar conmigo el fin de semana?

Sentí que la saliva se me iba por el lado equivocado, desvié la mirada, alterada, era más difícil decirlo que hacerlo. Pero todo fue peor cuando vi que Luca giraba su rostro hacia nosotros, lucía espeluznantemente serio. Podría ser que él estuviera más loco que yo. Intenté ignorarlo y dirigí mi atención a Gael. Ése era el asunto inmediato que debía resolver, ¿no?

—Este fin lo tengo ocupado… —Me encontré mintiendo. Asintió serio.

—No hay problema, el que sigue —propuso con paciencia. Sonreí sin saber qué otro pretexto inventar. No, no llegó ninguna idea sensata en esos segundos que me di para pensarlo. Miré mis manos y asentí vencida. Ni hablar, lo intentaría, podría resultar. Aunque sabía que no, pero engañarse a veces funciona.

La sonrisa que me mostró no pudo más que conmoverme, parecía realmente feliz. Sin pensarlo, giré de nuevo hacia Luca, garabateaba algo distraído en su libreta, como si todo le diera lo mismo. De nuevo estaba con su postura desgarbada, tan engreído como solía serlo.

Llegué a la dichosa clase en la que éramos equipo, intentaba parecer serena. El salón aún no estaba lleno, así que me acomodé donde mejor me pareció. Saqué mi celular y esperé a que el aula se fuera llenando y el

maestro llegara. Estaba organizando la música recién adquirida el fin de semana, cuando una carpeta negra apareció frente a mí; me quité los audífonos y alcé la vista. Mi pulso se disparó. ¿Por qué hacía eso?

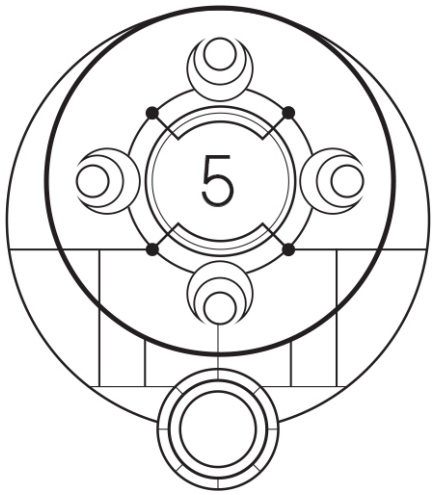
Era Luca, claro. Parecía molesto, me examinaba con los labios contraídos. No entendí su mirada. Era como si me acusara de algo.

—¿Qué es? —pregunté con un hilo de voz, se sentía extraño sentir su molestia.

—El trabajo, espero que la impresión y la calidad del papel sean de tu agrado. —De nuevo ese tono burlón alusivo a la forma en la que le había hablado el viernes al terminar esa misma clase. No quería ni tenía ganas de seguirle el juego, con la dosis de la biblioteca había tenido suficiente. Abrí la carpeta y asentí.

—Totalmente. ¿Lo entregas tú o lo entrego yo? —pregunté. Sus ojos eran de verdad oscuros. Perdió la vista en el techo como buscando tranquilizarse. Esperé lo que me parecieron horas. Se veía aún mejor enfundado en esa bermuda caqui, esa camiseta blanca y esos Vans.

—Tú. —Se dio la vuelta sin mirarme y fue a buscar un lugar muy lejos de mí. Perfecto, eso era lo mejor. Ni a mí me agradaba lo que me despertaba al sentirlo cerca ni a él le agradaba mi presencia, por tanto, estábamos a mano.



—Muy bien, chicos, pasen sus trabajos al frente y junten su mesa con su pareja —ordenó el maestro al entrar, por tanto nuestro plan de «a mayor distancia, mejor» se vino abajo en segundos.

El salón se sumió en un absoluto desastre durante algunos minutos. Cuando al fin estábamos como había pedido, volvió a hablar:

—Siéntense junto a su pareja de proyecto. Éste será el acomodo el resto del semestre, ahora copien lo que anotaré. —Un hervidero de quejas no se hizo esperar, el maestro decidió ignorarnos y comenzó a escribir en el pizarrón las primeras indicaciones. ¡Fa-bu-lo-so! De haber tenido un balón para pegarle, hubiera dado el saque de mi vida por la frustración que me recorría.

—¿Dejarías sentar aquí a mi compañera? Su mesa ya fue ocupada —dijo alguien a mi lado. Me levanté, no tuve más remedio. Caminé hasta donde él se encontraba y me senté a su lado, resignada. Dejé mi cuaderno sobre el escritorio y comencé a escribir sin voltearlo a ver. Eran casi cuarenta preguntas.

—Quiero que las resuelvan juntos. Aquí… —Y señaló su escritorio repleto de libros—, podrán encontrar las respuestas, pero en la biblioteca

hay más. Lo quiero contestado el miércoles, a mano —De nuevo se escucharon las quejas de todos. Ese hombre en serio era rudimentario, o un criminal, no lo sé—. Lo siento, de esa manera me aseguro de que algo se les quede en la cabeza. Quiero un solo escrito y ya saben, el trabajo es en equipo —expresó entusiasta.

Apoyé la frente sobre la mesa, dándome cuenta de que hiciera lo que hiciera no nos podríamos librar uno del otro. ¡Puf! Ni hablar, al mal tiempo buena cara, o eso dicen.

—¿En la biblioteca o aquí? —pregunté sin mirarlo. Se puso de pie y tomó un libro.

—Aquí.

Lo observé sin debatir mientras él hojeaba el libro. Su voz, a pesar de ser melodiosa y perfecta, en ese momento se sentía gélida y distante. Un segundo después, como si supiera exactamente dónde se encontraba lo que buscaba, colocó el libro entre ambos y con su dedo señaló un renglón.

—La primera respuesta… —musitó—. ¿Lo apuntas tú o lo hago yo? —preguntó con frialdad.

Lo miré fijamente, me probaba, de alguna manera lo sabía; por otro lado, sus ojos ya estaban más claros, sin llegar a ser ese verde casi amarillo que había visto en la biblioteca. Era muy desconcertante, pero fingí que no lo notaba, que me daba igual. Ya bastante tenía con este maestro criado en la Edad de Piedra y un compañero de equipo que de sólo tenerlo cerca alteraba todas las células de mi cuerpo.

—Yo —zanjé decidida, así no tendría que verlo, sólo escucharlo, por tanto, tendría que ser más sencillo, ¿no es cierto? Asintió y colocó el libro frente a él con pereza.

Me dictó cada respuesta pausada y pacientemente. Mi escritura era más torpe de lo normal, su voz me perturbaba en lo más profundo, como si lograra entrar a mi cuerpo y lo sacudiera con cada sílaba.

Cuando la hora acabó, aún nos faltaban diez preguntas por responder.

—Si quieres yo lo termino —propuse con la mano adolorida, poniéndome de pie. Negó con firmeza, nuevamente sus ojos eran oscuros.

—Te veo en la biblioteca terminando clases —ordenó. Enarqué una ceja ante su tono. Pareció no comprender el gesto. ¡Ya! La realidad es que

eso era lo mejor, así que me encogí de hombros fingiendo que me daba lo mismo. Salí de ese odioso salón sintiéndome de nuevo muy cansada, y es que era como si mi energía luchara por no dejarse ir, como si se resistiera y peleara contra eso.

Durante el receso invertí mi tiempo, mientras ingería un enorme helado, pensando en miles de maneras para convencer al profesor de que Luca y yo no lograríamos lo que él quería. Incluso mis ideas fueron tan enrevesadas que terminé ideando un soborno, uno simple, aunque efectivo, estaba en contra de eso pero me sentía acorralada, eso sin contar lo que generaba su sola presencia.

Cuando llegó el momento de vernos nuevamente, estaba resuelta a hablar con él y que buscáramos una solución al «problema», probablemente tendría mejores ideas.

Lo encontré de pie en el mismo sitio que la ocasión anterior. Pasé frente a él sin abrir la boca y entramos juntos a la biblioteca.

Conseguí una mesa cerca de una de las salidas. Algo me decía que era lo ideal por si acabábamos gritándonos o no sé, aventándonos un libro, porque la tensión entre ambos era ridículamente notoria, aunque en realidad no existía una razón para ello, o eso pensaba.

Sacó el libro y yo, el cuaderno. Una hora después terminamos. Giré mi muñeca, a este paso necesitaría una muñequera.

Alcé la vista y noté que me observaba, atento. Dejé salir un suspiro cansino. Me preparé mentalmente para iniciar la conversación que planeaba. Durante un par de minutos estuve buscando el valor para decirle lo que había estado pensando, pero él habló primero.

—Así que tú y ese chico Gael. —La afirmación me tomó de sorpresa, tanto que abrí los ojos de par en par, incrédula. ¿Qué no nos soportábamos? Bueno, en eso me había quedado.

Su rostro no mostraba ninguna emoción, pero podría haber jurado que su voz tenía una nota de ira. Fruncí el ceño sin saber qué contestarle. Dejé pasar varios segundos, me sentía molesta y confundida, ¿a él que más le daba?

—No es asunto tuyo —zanjé mientras masajeaba mi mano.

Asintió y entonces fui testigo de cómo sus ojos se fueron oscureciendo más y más. Recargó ambos brazos sobre la mesa, acercándose un poco y su pupila se clavó en la mía. Ya comenzaba a acostumbrarme a eso que generaba cuando me veía, a esa manera de atraparme. No me amedrenté, aunque debería haberlo hecho, la verdad es que sí era escalofriante, aun así, enarqué una ceja, desafiante.

—Tienes razón, no lo es.

—Qué bueno que lo comprendas. —Intenté levantarme, al diablo la conversación, yo ya me iba. Su tacto duro y caliente me detuvo. Mi mente, mi cuerpo, mis ideas, y todo quedó suspendido con ese absurdo gesto.

—¿En serio no me soportas? —preguntó confundido. No pude contestar enseguida, su mano seguía sobre mi antebrazo y una marea de líquido ardiente corría ya por todo mi cuerpo. ¿Eso era normal? ¿Se podía llegar a sentir algo similar?

Se percató de mi reserva y me soltó al instante, arrepentido, incluso asustado. No entendía nada.

—Yo… —Poco a poco mi cabeza fue regresando a su sitio. Mis sentidos estaban completamente despiertos, alerta—. Pero si tú…

Se paró y se puso la mochila sin dificultad. Se iba.

—Olvídalo, es mejor así —reviró con firmeza.

—¿Es en serio? —pregunté completamente confundida, arrugando la frente. Levanté los ojos hasta él buscando poder entender algo, lo que fuera. Nada, de nuevo esa máscara de indiferencia.

—Realmente no te entiendo. —Le hice ver, intrigada. Se encogió de hombros mostrando su poca preocupación ante mi observación. La furia de nuevo me hizo su presa. ¡Me estaba volviendo loca!—. ¡Sabes qué! Eres insoportable, creo que ni tú te comprendes a ti mismo y la verdad es que incluso te compadezco, debe ser muy complicado convivir día a día contigo mismo.

En cuanto terminé de soltar todo aquello, me arrepentí; además, los «Shht» no tardaron en llegar, había olvidado donde estábamos. Yo no solía ser así, ni reaccionar de esa forma ni de ninguna en realidad, no desde hacía mucho tiempo. Pero había algo en él que generaba que mi cuerpo lo repeliera con la misma intensidad con que me atraía.

Se pasó una de las manos por el cabello, nervioso. La segunda reacción humana que le veía, la otra fue cuando notó que me tocaba. Lo observé fijamente, sin moverme.

—¿Eso piensas? —Sus ojos ahora eran de un verde revolcado. Asentí más ecuánime, respirando agitada. Todo en su comportamiento corporal decía que se acercaría a mí, pero no se movió—. Sara… —escuchar mi nombre en su boca provocó casi la misma reacción que su tacto en mi cuerpo.

¡Dios! ¡Qué era todo eso!

De pronto su expresión captó toda mi atención; lucía afligido y eso me intrigó demasiado, más aún por esa indiferencia que solía mostrar.

—Aunque no lo puedas entender, es por tu bien. Tú y yo… —Desvió la vista, inseguro—. Así tiene que ser. Lamento no hacerte las cosas más fáciles —se disculpó de manera sincera, o por lo menos eso sentía. El ruido susurrante de la biblioteca, el aroma a libros, mis sensaciones, todo se sentía desbordado.

Fijé mi atención en mi calzado, tenía que romper el hechizo del que siempre me hacía presa y es que verlo directamente era como estar anclada a algo, apresada a su mirada.

—Luca, estuve pensando, podríamos hablar con el maestro y…

—¡No! —musitó de forma abrupta, lo encaré desconcertada, mirándolo de nuevo. Su forma de decirlo me tomó desprevenida, juraba que eso era lo que quería. Se acercó a mí elevando una mano, dudoso, hasta mi rostro.

Está bien, ya no respiraba y es que de pronto nada alrededor importó, sólo él y lo que me generaba. Antes de llegar a mí se detuvo, negando.

—Sara, el maestro fue muy claro, no hay cambios, ¿lo recuerdas? —habló ahora más sereno, casi conciliador. Asentí medio embrujada, medio nerviosa, medio perturbada—. Es mejor que me vaya. —Metió las manos en los bolsillos y se marchó casi con prisa.

Sentía como si una ola me hubiese revolcado. Mis piernas eran de gelatina. Me senté unos minutos en la silla más cercana, intentando recuperar la compostura. Aspiré varias veces consiguiendo así regresar a mí misma. Aun así, mi corazón retumbaba de una forma odiosa, tanto, que

de pronto me encontré molesta con él y no con el responsable de todas esas sensaciones.

Llovió a cantaros toda la noche, el olor a tierra mojada se colaba por mi nariz, era agradable, pero los truenos y relámpagos me impidieron conciliar un sueño parejo, aunque lo cierto es que mi mente no deseaba descansar tampoco. Aún podía sentir un poco más cálida esa parte del cuerpo donde había puesto su mano. Era ilógico.

No, no me gustaba lo que pasaba en mí cuando estaba cerca, estar lejos era lo mejor, sentía que tenía razón de alguna manera y pondría de mi parte para que así fuera.

Por la mañana el calor de nuevo se dejó sentir, ahora más húmedo que el del día anterior. Me enfundé en un atuendo ligero y sujeté mi cabello, las personas que lo tenemos rizado, sabemos qué sucede en esos días.

Gael buscaba llamar mi atención una y otra vez durante las clases, mientras Eduardo se mofaba de él. Más de una vez pensé que las cosas no terminarían bien entre ellos, pero de pronto, lo dejaban pasar, al fin y al cabo, eran chicos. Luca llegó, pero mantuvo su habitual y fría distancia.

El resto de la mañana fue similar, aunque entraba a algunas clases y a otras no. Extraño.

Así fue durante algunos días, la verdad eso ayudó bastante para dejar de pensar como posesa en lo que me ocurría con su cercanía, así que yo también busqué centrarme en lo que me atañía, intentando olvidar su existencia.

Por otro lado, Gael estaba insoportablemente atento. No me acosaba, o bueno, sólo un poco. Cuando por alguna razón estábamos juntos, su interés se volcaba sobre mí y era asfixiante, ya no disimulaba ni un poco. Sofía, por supuesto, ya había tenido su primer ataque de celos. Romina, fiel a su promesa, la había controlado. Sin embargo, sabía que estaba resentida conmigo y que así sería de ahora en adelante. Pobre de ella.

Para el viernes era como si mi vida hubiese vuelto a ser como antes de que él se impactara en mi camino de esa forma tan irracional, y lo cierto era que, aunque desconcertada, me sentía tranquila porque, además, no había asistido a ninguna clase de Desarrollo Humano, así que la hora fue

relajada para mí. De una forma absurda era demasiado consciente de su ausencia, pero no le daba muchas vueltas, él me huía, era más que evidente, y yo lo prefería.

El viernes, al salir justo de esa materia, tarareaba una canción cuando me topé con Hugo, parecía esperarme. Arrugué la frente.

—Sara… —Su voz era igual de enigmática que la de él, lo cierto es que no despertaba las mismas sensaciones en mí. Asentí haciéndome a un lado del pasillo para que los demás pasaran. Por algo me buscaba, ¿no? Él me siguió relajado—. Hemos tenido unos días complicados en la familia, Luca me pidió que te dijera que le mandaras lo que debe hacer a esta dirección de correo. —Me tendió un pequeño papel blanco cuidadosamente doblado.

—Gracias. —Lo guardé en un cierre de mi mochila sin siquiera leerlo. Hugo me miró confuso e intrigado, sus ojos eran de un color azul violáceo, me obligaban a admirarlos.

Debo confesar que mordí la lengua para no preguntar qué sucedía. Aguanté y no cedí, después de todo, a mí qué más me daba; en realidad, mejor. Se rascó la corta cabellera, sonriendo como por algo que recordaba.

—Bueno, listo, nos vemos luego.

—Sí, y gracias —musité enarcando una ceja. ¿Eran mis ideas o había esperado que dijese algo más? Me encogí de hombros, jamás lo sabría.

No recordé el papel hasta el sábado por la tarde, cuando me encontraba hecha un enredo con las tareas que tenía que hacer y con la próxima entrega del primer capítulo del proyecto.

¡Gracias, Luca, por faltar toda la semana justo a esa materia!

La entrega sería hasta el siguiente viernes, sin embargo, lo que pidió el profesor era absurdo, necesitaba algunas vidas más para acabarlo a tiempo y más si este hombrecito decidía seguir atendiendo sus asuntos de familia justo a la hora de esa clase.

¡Agh! Alguien debía hacer reaccionar a mi maestro, quizá presentarle un poco de tecnología o llevarlo al cine por lo menos para que dejara de descargar su frustración sobre nosotros exigiendo esos trabajos interminables. Lo cierto es que no sería yo, así que no tenía más remedio

que cumplir con mi deber, como solía. Ser tan aplicada a veces podía resultar odioso.

Saqué la nota de mi mochila, la desdoblé mientras abría mi correo para mandarle un listado de lo que teníamos que hacer y el poco tiempo que teníamos para elaborarlo. Escribí el mensaje lo más impersonal y austero que pude. Lo leí varias veces para corroborar que viniera todo lo que necesitaba y nada de lo que pensaba.

Cuando por fin giré mi atención al pequeño papel y lo leí, quedé aturdida y de nuevo esa avalancha de sensaciones que él producía regresó azotándome. Con su letra cuidadosa decía:

En definitiva no hay nada típico en ti, y sí... creo que lo mejor será intentar convivir con los mortales.

Su *mail* venía escrito en el borde inferior derecho. No entendía a qué se refería con lo que había trazado, pero las manos comenzaron a sudarme mientras que el corazón volvió a retumbar como un demente.

¡Dios, no era agradable que hiciera eso! Pero no podía controlarlo. Sonreí como una boba, leyéndolo nuevamente. Si cerraba los ojos podía imaginarlo justo cuando lo redactaba, con aquella dedicación que tenía al hacer las cosas, como cuando lo veía a lo lejos garabatear en su libreta.

El sentido de sus palabras no me decía mucho, o bueno, nada que mi mente y yo pudiéramos comprender. ¿A qué se refería con que era «atípica»? ¿Debía sentirme insultada o adulada?

¡Maldito Luca! ¡Agh! ¿Por qué era tan contradictorio? O quizá yo era la loca que intentaba buscar un mensaje oculto a un simple trozo de papel amigable.

Refunfuñando, cerré la computadora. Me quedé pensativa y recargué la espalda sobre la silla con el papel aún entre mis dedos. Lo leí una y otra vez, riendo, haciendo gestos, muecas. No entendía. De repente recordé lo que le había dicho en Desarrollo Humano el viernes anterior. Me ruboricé enseguida cerrando los ojos y dándome con la palma un golpe en la frente.

¿Cómo se acordaba exactamente de mis palabras? ¿Qué quería decir con que «intentaría convivir con los mortales»? ¿Se referiría a mí?

Resoplé frustrada, mirando el techo. Dudaba de que su intención hubiese sido ponerme a pensar como una obsesa sobre lo que escribió, sin embargo, no lo podía evitar; pero ¿para qué escribía eso?

Me sentía hastiada y sofocada, así que tomé un suéter y decidí salir a tomar un poco de aire. El sol se estaba ocultando, pero no había nubes, era mi oportunidad de estirar un poco las piernas y dejar que mi mente se despejara, como solía ocurrir cuando salía a hacer precisamente eso. El verde del paisaje, los olores a hierba, la luz tenue, todo de alguna manera siempre me había serenado. Cuando vivía en Vancouver solía ir a Stanley Park a caminar, a trotar o a hacer otras cosas que prefería no recordar; era algo que me gustaba, que me relajaba. Aquí no era lo mismo, pero casi se sentía el mismo alivio.

Tomé mi celular, las llaves de la casa y me aventuré a la temprana oscuridad del lugar. Sonreí en cuanto cerré la puerta, llenando mis pulmones de ese olor a pino tan característico de ahí.

Por las calles había alumbrado, aunque no era demasiado potente, por lo que su luz amarilla caía sobre el camino empedrado, los árboles y las ramas de una forma un tanto lúgubre, pero a mí me encantaba, tenía la cualidad de serenarme. Las casas no estaban una sobre otra como en el resto de la ciudad, la mayoría se hallaban escondidas detrás de muchos árboles y plantas. Olía a naturaleza y a tierra mojada, ese olor jamás me cansaba.

Caminé sin rumbo, sintiéndome, a pesar de todo, segura. Conforme el aire entraba en mi sistema, mi mente se llenaba de pensamientos agradables, de esas metas por las que luchaba. Media hora después ya me sentía completamente «yo».

Cuando emprendía el camino de regreso a la casa, los vellos de la nuca se me erizaron, la sensación de que alguien me observaba se hizo aterradoramente presente, de inmediato me puse nerviosa. Miré a cada lado y de inmediato lo vi. Estaba ahí, de pie, recargado sobre el tronco de un árbol, con las manos en los bolsillos de sus *jeans* oscuros, mirándome.

Pestañeé desconcertada, por unos segundos ninguno de los dos se movió; luego alcé la mano, a manera de saludo. Hizo lo mismo y avanzó

hasta donde me encontraba. Mi pulso enloqueció y yo también. No me imaginé encontrármelo aquí, y de esa manera.

—No quería asustarte —murmuró ya casi frente a mí. Su voz me mareó, pero logré asentir, cruzando los brazos sobre mi pecho, como si tuviese frío, lo cierto es que buscaba guardar esas emociones que se deseaban escapar.

—No, no… sólo caminaba, iba de regreso a casa, lloverá. —Señalé el cielo, intentando parecer tranquila. Sabía que vivía ahí, pero el fraccionamiento era tan grande que toparnos podía ser imposible. Me equivoqué. Un silencio extraño se instaló ahí, en medio de ambos, sólo se escuchaban las hojas moverse en la calle empedrada o en los árboles, y los truenos a lo lejos.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó con suavidad. Lo miré intrigada, pero su fachada de indiferencia estaba ahí, lo cierto es que deseaba que lo hiciera. Asentí cohibida. Reanudé la marcha con él a mi lado. No hablamos en el trayecto, sin embargo, su compañía era agradable; era silencioso, pero no incómodo, sino más bien pacífico.

Al llegar a casa, me detuve. Luca parecía venir mirando el cielo, inmerso en él, pero paró cuando yo lo hice y me miró, sereno.

—Gracias, te veo luego —dije con suavidad. Asintió apenas, serio. Ya estaba oscureciendo, por lo que no podía ver sus ojos con claridad, no obstante, se veían claros. Sonreí ante lo extraño que resultaba.

—Sí, seguro. —Y se dio la media vuelta para regresar el trecho que anduvo conmigo. Lo observé alejarse, desconcertada, fascinada también, y es que no sé cómo explicar todo lo que generaba, pero sobre todo lo que despertaba en mí.

A la mañana siguiente, abrí mi bandeja de entrada para ver si había contestado. Vacía. Arrugué la frente. ¿Por qué esperaba que fuese diferente?

El lunes de nuevo la lluvia repiqueteaba cuando salí de casa. Estacioné mi auto y me tapé con la gorra de mi cazadora. No di ni un solo paso cuando lo vi. Iba junto con sus compañeros importándoles poco mojarse, Florencia incluso elevaba las manos para que las gotas cayeran en sus

palmas. Lo cierto es que la mañana estaba fresca y ellos no parecían notarlo. Caminé prácticamente detrás todo mi recorrido. Hugo iba a mi clase y el otro par a unos salones más adelante.

Como era recurrente en mí, entré despistada a la segunda clase. Mis amigos aún no llegaban, pero él sí. Me quedé de pie en la puerta, había olvidado mi sonrisa de hacía unos segundos. El impacto de lo que despertó de nuevo en mí hizo que me diera cuenta de una cosa de la que había querido estar huyendo todo ese tiempo por terca o miedosa, pero lo cierto era que Luca me gustaba, me gustaba mucho, pues de qué otra forma podía explicar mi bipolaridad en cuanto a él y con lo que me generaba.

No, no lo podía negar, estaba un poco harta de intentarlo, aunque tampoco me alivió reconocerlo, si soy sincera.

Con aquel descubrimiento golpeándome como un martillo a un clavo testarudo, entré. Yo era responsable de mi sentir, así que debía portarme con madurez. Él se encontraba sentado ahora más cerca de donde yo solía hacerlo, en cuanto entré me estudió relajado, con la misma expresión serena del sábado por la noche. Avancé sonriéndole a manera de saludo, pero no hablé, me gustaba, y eso me hacía sentir más expuesta.

—Hola… —escuché. Pestañeé nerviosa, con las palmas sudorosas. Su iris era una mezcla de verde amarilloso. De inmediato me encontré inmersa ahí, en ese sitio donde me apresaba, generando teorías sobre esa extrañeza; quizá le cambiaban según su humor.

—Hola —murmuré, aferrada al tirante de mi mochila. Su olor a menta y hierbabuena inundó mis sentidos. Deslizó hacia atrás la silla que estaba a su lado, estudiándome. Observé el lugar vacío, luego su rostro perfecto. No supe que hacer, me sentí una tonta.

—¿O prefieres sentarte con tus amigos? No habrá resentimientos —expresó con honestidad. Su quijada, sus labios, su cabello tan negro… Mi boca tuvo problemas para pasar saliva.

Me senté y comencé a sacar mis cosas intentando esconder la marea de emociones que me generaba su presencia, su voz y esos ojos alucinantemente extraños. Tenerlo tan cerca y haber descubierto hacía unos minutos que me atraía tanto no me ayudaba en lo absoluto.

—Me llegó tu correo, no pude contestarlo, pero prometo que nos pondremos al corriente —su voz era tan profunda que podía perderme en ella como si fuese parte de un lugar tan cálido que calienta todo a su paso y, además, noté que iba cargada de doble intención. Lo miré sin disimulo, acalorada.

—Me parece bien —lo desafié sonriendo con timidez. Sonrió también, mostrándome sus dientes y unos hoyuelos que no le había visto, quizá porque no lo había visto reír.

Gracias a Dios, en ese momento el profesor cruzó la puerta. Pero también Gael y Eduardo. Ambos, al igual que los demás, nos veían extrañados. Luca ni lo notaba, o eso pensaba, y yo era bien consciente de cierta mirada perforándome la espalda.

El resto de la hora no volvimos a cruzar palabra, aunque de vez en cuando sentía sus ojos sobre mí. Su sola presencia me mareaba, pero saber que me observaba me dejaba verdaderamente noqueada. Sí, irremediablemente me encantaba, ya no tenía ni cómo esconderlo.

Cuando sonó el timbre, no me moví. La clase había sido la más rápida que había tenido nunca y me encontraba deseando que jamás hubiese terminado para poder tenerlo así de cerca.

Luca tampoco se levantó, me evaluaba detenidamente, sin pretender disimularlo. Vi salir a los chicos; Gael echaba lumbre, mirándonos molesto una y otra vez hasta desaparecer; no le di importancia, lo único que me interesaba por primera vez en mi vida estaba sentado frente a mí y me miraba con sus ojos casi amarillos.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer para que no pienses que soy la peor de las personas? —preguntó con tono divertido. Sonreí negando, pasando una mano por mi frente, logrando que un par de rizos se movieran y dejaran de obstaculizar mi visión.

—Lo siento, no quise decir eso —murmuré avergonzada.

—Yo creo que sí, pero no importa, nada de lo que pienses me molesta, al contrario —admitió. Abrí los ojos de par en par, sorprendida por lo que acababa de escuchar—. Pero no has contestado mi pregunta.

Pestañeé varias veces maldiciendo mi poca retención de las cosas. Él se recargó en su silla, sonriendo. Dobló los fuertes brazos tras su cabeza,

me miraba divertido. Dios, me dejó sin aliento y es que se veía asombroso, y lo peor es que parecía no ser consciente de ello.

Desvié la mirada, buscando otro punto donde colocar mi atención, mas no en su anatomía o en esos malditos hoyuelos que lo hacían ver tan varonil. El salón estaba vacío, apenas si lo noté.

—No importa, confío que con el tiempo cambies de opinión.

—¿Quieres que cambie de opinión? ¿Ya quieres que seamos amigos? —lo cuestioné un tanto perdida. Se incorporó de inmediato con el iris oscureciéndose. Pronto debía preguntarle a qué se debía eso, eran muchas tonalidades como para pasarlo por alto, pero me detuvo el percibir cierta tristeza en sus ojos, aunque enseguida recobró la compostura.

Recargó sus enormes brazos en la mesa, negando.

—Sara, no, así está todo bien —declaró con seguridad, aunque no feliz con ello, aun así, sentí que de alguna manera estaba jugando conmigo y eso no lo permitiría, no en ese momento en el cual mi impulsividad amenazaba con salir, y no con todos mis sentimientos expuestos. Y es que, ¿de qué iba todo eso? ¿Qué era lo que pretendía con todo aquello?

Me levanté con la intención de alejarme. Que se vaya al infierno, por mucho que me guste no soy de las que se pone de tapete para que pasen sobre mí, eso nunca.

—¡Eh! No te enojes de nuevo —me rogó desde su lugar, preocupado. Resoplé mirando el techo, buscando claridad.

—No me enojo, pero no me gustan estos juegos. No quieres mi amistad, ni nada en realidad, bien, déjalo así y listo, ¿para qué esa nota o por que acompañarme el sábado a casa? ¿Para qué esto? —Señalé mi silla vacía, dejando caer la mochila sobre la mesa, bajando los hombros con evidente frustración.

—Sara, no me conoces. —Su voz contenía cierta advertencia, teñida de aflicción.

—Ni tú a mí —declaré alzando la barbilla, orgullosa. Sonrió de nuevo con sus ojos verde claro.

—Te equivocas —refutó con pedantería. Recargué la espalda contra la pared que estaba justo detrás de mí, cruzándome de brazos, desafiándolo con los ojos.

—Ah, ¿sí?

—Sí —afirmó sin titubear.

—Y según tú, ¿cómo soy? —lo desafié. Volvió a sonreír sacudiendo la cabeza, parecía tan real y tan fantástico que no podía salvo contemplarlo.

—Eres ingenua y aprensiva. Leal y muy responsable. No te complicas la vida y no intentas agradarle a nadie, en general, guardas lo que sientes, pero para ser sincero aún no sé por qué hay días en los que no logras ocultar tu tristeza…

Pasé saliva despacio, desviando la mirada al escuchar lo último. Era evidente que me observaba, que se había tomado el tiempo para conocerme por lo menos un poco, o bastante, no lo sé. La realidad era que me había descrito mejor de lo que yo lo hubiera hecho nunca y, sin embargo, el que hubiera mencionado mis días grises opacó lo anterior

—Eres independiente y un poco gruñona —continuó. Arrugué la frente. ¿Gruñona? Claro que no, aunque si era justa quizá con él emergía esa parte de mí sin mucho esfuerzo.

—Así déjalo… —pedí. Me obedeció enseguida, aunque serio—. De acuerdo, ya entendí; me conoces… No sé cómo, pero en lo general creo que soy así, lo que parece indicar que no soy tan complicada —argumenté. Enarcó una ceja sonriendo de nuevo. Me acerqué hasta la mesa y apoyé mis manos sobre ella, sin soltar sus ojos—. Pero no entiendo, ser así, ¿qué tiene de malo? —No me siguió—. Quiero decir, no parezco tan despreciable —ironicé alzando las cejas. Bufó recargándose en la silla, respirando hondo.

—Sara, precisamente porque eres «así» es por lo que no necesitamos esto. Eres muy diferente a todo lo que he conocido y… —Sus ojos volvieron a oscurecerse y aunque sonara extraño comenzaba a acostumbrarme a ello—. Quisiera poder explicártelo, pero, por favor, confía en mí, es lo mejor para los dos. Y no estoy jugando a nada, eso te lo aseguro, jamás lo haría.

—Gracias por aclararlo, Luca, y tranquilo, no tienes por qué darme explicaciones, no somos ni amigos, ¿recuerdas?

Resopló frotándose el rostro, evidentemente frustrado.

No tenía idea de qué ocurría en su cabeza, pero en definitiva no era de los que iba por la vida complicándose; la mía ya era un desastre que intentaba cada día acomodar y no tenía planeado introducirme en otro por muy ojos asombrosos que tuviera o por voz tan profunda como el mar en la noche.

—Eres imposible —musitó colocando sus dedos en el puente de la nariz, cerrando los ojos. De pronto abrió los párpados, más sereno—. Sara, el fin de todo esto es proponerte algo… —soltó al fin.

Asentí lista para escucharlo, esa charla ya me estaba mareando. Recargué el peso de mi cuerpo en un pie, cruzándome de brazos. Al comprender que yo no diría nada, siguió.

—Una tregua.

Casi rio. Eso sí lo notó, pero no quitó su actitud solemne.

—Hay que sacar adelante ese proyecto, por lo que tendremos que vernos bastante. Sé que no te lo he hecho fácil y que puedo ser… difícil, aunque admite que tú tampoco eres un turrón —argumentó sonriendo—. Así que si tendremos que convivir tanto, pues hagámoslo sin discusiones. En cuanto todo acabe prometo no volver a cruzarme por tu camino —aseguró.

¡Ouch! Esa promesa me encogió el corazón.

—Eso si no nos vuelven a poner en el mismo equipo… —musité herida, con ganas de salir ya de ese salón.

—Eso si no nos vuelven a poner en el mismo equipo —repitió casi cariñoso. Mi decepción era palpable y lo peor fue que no supe cómo ocultarla. No estaba acostumbrada al flirteo, menos con alguien tan atípico, por lo que me encontraba en medio de un lugar desconocido donde no tenía idea de nada.

—De acuerdo —acepté al fin—, no pelearemos, presentaremos el proyecto y nada más. Suena bien —declaré con simpleza. Sus ojos se tornaron en segundos verde oscuro. Asombroso. Su expresión también se endureció mientras asentía. Ambos permanecimos en silencio, sin saber qué más decir.

Cuando me pareció que ya no era sostenible, me colgué la mochila, escondiendo a toda costa la desilusión que me embargaba.

—Nos vemos al rato, entonces —me despedí. Asintió bajando la vista hasta sus manos. No parecía satisfecho con lo que acabábamos de hablar y no entendía por qué si él mismo lo había propuesto, sin embargo, no le preguntaría, cada uno su vida. Las reglas estaban muy claras; sólo el proyecto, lo demás no era mi asunto y evidentemente tampoco el suyo.

Llegué a la cafetería, todos me observaron. ¡Genial! Debí irme directo a la siguiente clase. Gael parecía resentido, las demás, incluida Romina, esperaban la reseña completa. Evidentemente sabían dónde había estado. Suspiré.

—¿Con que sentada con Luca? —Lorena parecía echar humo. Asentí ignorando su tono. Romina sonrió intrigada.

—Anda, cuenta —me alentó, acercándome su refresco para que le diera un sorbo. Le di un trago intentando humedecer de nuevo mi garganta.

—Teníamos que ponernos de acuerdo para el trabajo de Desarrollo Humano.

—¿Son pareja en esa materia? —preguntó Gael con voz rota. Admití mientras continuaba tomando de la bebida.

—Sí que tienes suerte… —prosiguió Sofía entre feliz y frustrada—. Yo tuve el año pasado esa materia y me tocó con Rafa, poco nos faltó para acampar uno afuera de la casa del otro, ¿lo recuerdan?

Lorena giró de nuevo hacia mí, irritada.

—¿Los pusieron juntos?

—Sí —contesté.

—Increíble, ahora resulta que precisamente tú eres su pareja. La vida es de verdad injusta, no cabe duda de que Dios le da pan a quien no tiene dientes —ironizó.

¡OK! Me tenía harta.

—Probablemente por eso mismo no le da alas a los alacranes, ¿no crees? —pregunté fingiendo ingenuidad.

Romina soltó una pequeña risa al igual que los dos chicos. Sofía parecía sorprendida y Lorena me miró con odio. Solía ignorar ese tipo de comentarios, pero no pude más, deseé por alguna razón defenderme, dejar de fingir que no me importaba.

Durante los minutos restantes, el ambiente se sintió tenso y nadie dijo más, cuestión que agradecí porque aún continuaba dándole vueltas a la extraña conversación con Luca, y es que si hacía un resumen todo con él era extraño. Quizá por eso me atraía; su misterio, lo atípico de su actitud, o el hecho de que se mostrara tan claramente reticente a intimar un poco más conmigo. Tal vez era el clásico caso del chico difícil que se da a desear y yo la clásica boba que caía presa de esa estrategia tan vieja y usada.

En clase no fue sencillo olvidar mi fascinación por él, pero gracias a mi amiga, lo dejé pasar, pues sólo podía reír con sus locuras.

Cuando iba a aquella tortura de la era de la inquisición llamada Desarrollo Humano, lo vi. Estaba recargado en un muro, varios metros adelante de mí.

Ladeé la boca, sonriendo confusa, parecía que me estaba esperando. No me quise hacer ilusiones; Luca se estaba convirtiendo en especialista para darme reveses, así que anduve derecho, envuelta en mi fachada de «me importas un rábano». Pero fui consciente del momento en que se puso a mi lado.

—¿No que sólo en la materia? —pregunté sin detenerme y sin mirarlo. Mi corazón saltaba de arriba abajo, de un lado al otro, de haber podido hubiese metido una mano para detenerlo.

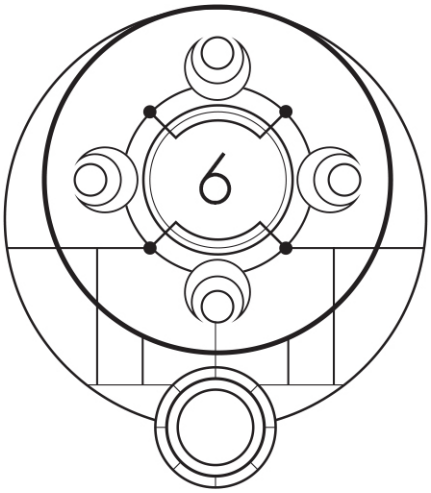
—Justo vamos para allá —me recordó, ligero. Entorné los ojos, mirándolo con intriga.

—Eres indescifrable.

—Al fin pensamos lo mismo, porque tú también —expresó sin detenerse.

—Ajá, por eso me describiste mejor que mi padre —me burlé con ironía.

—Por eso debo alejarte, nada más.



En clase nos limitamos a trabajar como habíamos acordado, por lo mismo fuimos el único equipo en terminar. Nos habíamos coordinado sin dificultad, cada uno haciendo lo que debía. Más tarde nos encontraríamos en la biblioteca para intentar concluir el primer capítulo.

¡Guau! Nunca imaginé decir esto, pero su concepto de tregua era perfecto. Él fue accesible y por primera vez me había sentido relajada a su lado. Ciertamente su sola presencia no dejaba de generarme estragos importantes, pues su olor era irresistible y sus ojos —que fueron claros toda la clase— no dejaban de impresionarme. Verlo era como un agasajo para los sentidos, y yo lo aceptaba ya sin resistirme, aun así, nadar por los mares de la calma, saber lo que esperábamos el uno del otro, me mantuvo serena.

Durante el receso entré al partido de vóleibol que se organizó. Jugar siempre me ponía de buenas, y no es que lo necesitara en ese momento, pero lo deseaba. Hugo estaba en la cancha, era parte del equipo contrario, suspiré frustrada, si era tan bueno como Luca o Florencia tendríamos serios problemas. Mis ojos husmearon todo el lugar, no lo vi, ni a él ni a

su compañera. La decepción y el alivio cruzaron por mi rostro. Sin embargo, su ausencia me ayudó a concentrarme.

Llegué tarde a la última clase, además de sudada y húmeda. La llovizna había regresado en los últimos cinco minutos un poco más intensa por lo que no logré esquivarla. Ni modo. El maestro me dejó entrar, pero no me salvé de que todo el grupo me mirara, incluido él, que sobresalía de entre todas las computadoras.

Sonreí con timidez al toparme con sus ojos que parecían divertidos debido a mi agitada entrada y desaliñado aspecto.

Me senté de prisa junto a Romina, quien al verme se tapó la nariz burlándose de mí. Le di un empujón y entorné los ojos.

—¿Por lo menos ganaron? —Negué y tecleé la contraseña para entrar a mi sesión—. No entiendo cómo es que te encanta estar metida en esas cosas; te rompes las uñas, te lastimas los dedos, sudas… —Sujetó la manga de mi blusa como si ésta estuviera manchada.

No era cierto, y la verdad nunca me había preocupado por ese tipo de cosas. Digo, no era sucia, al contrario, me gustaba oler bien como a cualquiera; jabón y champú al ducharme, loción de vainilla antes de salir de mi recámara. Pero tampoco era obsesiva, no me la pasaba en el tocador pendiente del maquillaje o de mi cabello, que por cierto debía ser un desastre para esos momentos.

—Pero ya verás que cuando alguien te interese le pondrás más atención a tu aspecto, ojalá pase pronto —se quejó arrugando la nariz, molestándome, lo cierto es que ya no la escuchaba. Sin embargo, esa última frase me alertó. En una hora me encontraría con Luca en la biblioteca. De repente sus palabras cobraron sentido, y ya no podía hacer nada. Me intenté alisar el cabello con las manos aún caladas por la lluvia. Casi se carcajea al notar mi reacción sin adivinar el porqué—. No te preocupes, no luce tan mal —Metió la mano entre mis rizos y los acomodó —. Listo —afirmó con suficiencia—. ¿Es por Gael? —preguntó mientras modificaba una imagen en Photoshop.

—No —contesté haciendo lo mismo que ella en mi computadora, o por lo menos intentándolo. No era buena en el dibujo y la vida se empeñaba en recordármelo.

Perdida en la imagen, no pude evitar pensar en lo que la pantalla de él estaría proyectando, probablemente una obra de arte digna de cualquier galería de prestigio.

¿Qué no hacía bien? Reflexioné después de unos segundos, observando lo oscuro de la foto que había estado manipulando. La socialización, definitivamente ése era su punto débil. Sonreí para mí misma por haber podido encontrarle un defecto. Después de todo perfecto no era.

—Estás extraña… —musitó Romina estudiándome con los ojos entornados.

—Cansada, el juego fue rudo.

—¿Segura que no es por Gael?

Giré los ojos. Muchas veces un balón era más interesante que un chico, o eso solía pensar, aunque definitivamente aplicaba para el que mencionaba.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque se ha vuelto todo un caballero contigo. Cuando no estás te busca con la mirada y hoy parecía echar fuego cuando llegó a la cafetería y nos mencionó que te habías sentado con Luca —lo último lo dijo en un susurro.

—No entiendo por qué, no somos nada. Además, yo qué tengo que ver con lo que él hace —refuté con simpleza.

—Pues que lo hace porque está enamorado de ti. —Me observó como si tuviera tres años y no entendiera la obviedad.

—Sí, pero yo no, así que… —Me encogí de hombros y proseguí con mi trabajo.

—¿Entonces no vas a salir con él este fin? —chilló decepcionada.

—Ya te dije que sí, pero más que por mí por ti. Recuerda lo que me prometiste. —Levantó la mano solemne y con ojos chispeantes.

—Lo juro. Pobrecito, dale una oportunidad, no pierdes nada, es una salida.

—Romina, basta, no le entiendo nada a este cochino programa y tú estás distrayéndome. Mejor ayúdame, me la debes. En inglés casi te transcribí todo el texto —le recordé. Suspiró, se acercó y comenzó a hacer su parte.

Llegué a la biblioteca un poco después que él, habíamos salido al mismo tiempo, pero yo había hecho una parada técnica por el tocador. Verifiqué que de verdad mi cabello luciera como Romina había dicho y que no tuviera corrido el rímel. Todo en orden. Me observé en el espejo por unos segundos, sacudí la cabeza sonriendo, ahora me preocupaba por esas cosas que jamás me importaron, era el maldito colmo.

—Hola… —sonrió mirándome de una forma muy extraña; una mezcla de frustración y fascinación.

Sus ojos eran verde oscuro cuando lo vi, a los segundos se habían suavizado hasta quedar de nuevo casi amarillos. Sacudí la cabeza rompiendo la extraña conexión. Era tan evidente para mí, que no entendía por qué aún nadie lo había mencionado, no es como que en cada esquina conozcas una persona a la que los ojos le cambian de tonalidad varias veces el día.

—¿Entramos? —pregunté aturdida.

—Vamos… —susurró con voz arrulladora.

La siguiente hora y media trabajamos sin detenernos. Noté de inmediato que Luca evitaba cualquier contacto. En cuanto elegimos mesa se había sentado justo frente a mí. Cuando me movía hacia adelante para mostrarle algo de lo que había escrito, retrocedía la misma distancia que yo avanzaba.

Hubo momentos que la verdad llegué a dudar de la efectividad de mi desodorante, pero había verificado que no fuera así antes de llegar ahí, por lo que sólo podía pensar que no le gustaba lo que sucedía cuando me tocaba; ese líquido caliente que dejaba huella en mi piel horas después de haberlo sentido, probablemente también le pasaba y, a diferencia de mí, a él no le agradaba.

¡Ay, debía dejar aquello, pero simplemente no podía!

Mi estómago emitió un ruido de reclamo a las cuatro, moría de hambre, algo muy típico en mí. Cerró todo lo que teníamos frente a nosotros, incluso las computadoras y me miró sonriendo de forma amigable, poco me faltó para pestañear como una boba, me contuve.

—¿Continuamos mañana? —propuso amistoso.

Asentí sin remedio, mi necesidad de ingesta aumentaba con cada minuto.

Caminamos uno al lado del otro hasta el estacionamiento.

Me acompañó, sin que yo se lo pidiera, hasta mi carro. Abrí con el control y aventé mi mochila al asiento trasero. En cuando giré lo noté perdido en mis facciones, como estudiándolas. Sus ojos ya no eran tan verdes, en realidad eran casi ámbar. Fruncí el ceño. Parecía querer decirme algo, y yo… sólo podía admirar lo extraño y asombroso de ese color en su pupila que se mantenía clavada en mí.

Y sin que yo me lo esperará, mientras estaba absorta en mi escrutinio, elevó una mano hasta mi rostro, muy despacio, midiendo su movimiento, atento a su labor, como si nunca lo hubiese hecho.

Al percatarme de sus intenciones, dejé de respirar. ¿Por qué se sentía como si el mundo fuese a colapsar? Juro que mi corazón pudo haberse salido por la boca en ese momento y yo ni me hubiese dado cuenta. Suena ridículo, pero era la situación más íntima que había vivido con alguien.

No se detuvo como hacía una semana y, definitivamente, yo no deseaba que lo hiciera. Mis palmas sudaban, un cosquilleo viajó por mi piel sin poder detenerlo. Recorrió, muy suavemente, con la punta de sus dedos el camino que hay entre mi oreja y barbilla.

Su puro roce, apenas perceptible, me paralizó. El líquido viajó de nuevo a través de mí de una forma vertiginosa; enseguida comencé a sentirme febril. De repente, de forma abrupta, apartó la mano cerrando los ojos, preocupado, incluso asustado. Y sin decir nada, se fue.

Lo observé alejarse, aturdida. Cuando lo vi subir a la camioneta, me metí al auto, me sentía perturbada. Me recargué en el asiento intentando recuperar el ritmo cardiaco y la respiración. La zona que me había tocado se sentía ardiente. Coloqué una mano sobre ella dándome cuenta de que en efecto esa área había estado expuesta a una alta temperatura, aun así, no la quité.

Su mirada, el color ámbar de sus ojos y esa caricia ahora sí me habían dejado inmovilizada, además de aterradora y fascinantemente embrutecida.

Ese día había sido demasiado a comparación de tantos que ya habían transcurrido, era como si hubiese avanzado y no me gustaba pensar que eso no lo movería de su decisión; no quería intimar conmigo, pero de todas maneras lo hacía.

El crujido de mi estómago recordándome que desfallecía de hambre me hizo reaccionar, ni siquiera él con su asombrosa presencia ganaba contra eso. Yo, ansiosa de ingesta, no reconocía nada.

Esa noche soñé cosas de lo más extrañas. Una voz aterciopelada me rogaba que me acercara, pero no podía avanzar, mis pies estaban paralizados y cuando al fin lograba moverme, se desvanecía sin decir más. Mi madre de nuevo, más cerca, me tocaba y me rogaba que me cuidara. Su mirada estaba desorbitada y parecía poder ver lo que yo no.

Varias veces me desperté sobresaltada, pero como si hubiese estado bajo el efecto de un sedante volvía a caer en el mismo sueño. El miedo me atenazaba, sin embargo, la curiosidad aumentaba en la misma medida en la que aquella voz me atraía.

Cuando desperté del todo, faltaba más de media hora para que la alarma sonara. Me senté en la cama revuelta, intentando ordenar todo aquello dentro de mi cabeza. Mi pecho dolía y ese maldito nudo en la garganta retornaba.

El recuerdo de mi madre.

Me pasé las manos por el cabello, preocupada, agobiada. No quería que desapareciera su imagen de mi mente, sin embargo, cada vez era más débil y eso me deprimió, no lo soportaba.

En mi vida temía a muchas cosas, pero a ninguna tanto como a perder los detalles de su rostro, de cada una de sus gesticulaciones, del timbre de su voz.

Cerré los ojos con fuerza. Mi madre había muerto por mi culpa. Eso jamás lo podría cambiar y jamás me dejaría vivir en paz, y aunque trataba de vivir sin que se notara lo afectada o rota que estaba, había ocasiones en que me superaba.

Como solía hacerlo cuando su ausencia me atacaba, nuevamente repasé aquel día en mi memoria. Había sido inconsciente e impulsiva. Si no hubiese salido como lo hice, ella no hubiera ido tras de mí y aquel auto no

la hubiera golpeado. Los tres días siguientes fueron una verdadera pesadilla y los más tristes de toda mi existencia. Ella no había vuelto a abrir los ojos.

Las lágrimas llegaron. Odiaba sentirme así, pero no lograba salir de ese túnel en el que esa acción, años atrás, me sumergió.

Me cubrí el rostro con las manos y dejé drenar mi dolor. Podía verla ahí, tumbada en el pavimento, con el rostro ensangrentado y su cuerpo completamente lesionado. Jamás sacaría esa imagen de mi mente.

Me acosté apretando la almohada contra mi cuerpo. No había nada que pudiera calmar ese dolor y esa culpa que me corroía sin piedad. Perder a alguien amado es doloroso, que esa persona fuera mi madre y que, además, yo hubiera sido la responsable, lo volvía una carga tan pesada que me hacía sentir que jamás podría volver a ser la de antes.

Dolía la piel, dolía el alma.

Aquella mañana me sentía aislada, como si esos muros de hielo que tuve hace tiempo me rodearan de tal forma que era imposible que alguien llegara a mí. Mi estado de ánimo nunca había sido tan volátil como a últimas fechas, no entendía por qué no lograba mantenerlo medianamente bien, con mi típica indiferencia, ignorando todo lo que no me importaba, alejada de la emocionalidad, por tanto, de la impulsividad.

Cuando llegué al aula había un par de chicos adentro mirando atentos sus celulares. Me senté donde siempre y me quedé mirando a la nada.

—¿Sara? —era Romina. Su voz me hizo volver, el salón ya estaba casi lleno. ¿En qué momento ocurrió? De pronto una mirada me atrapó, conectó conmigo de alguna manera llegando a donde no permitía que nadie entrase. Él estaba ahí, junto a Hugo, de pie al lado de la puerta, estudiándome—. ¿Estás bien? —preguntó mi amiga, perdí el contacto con Luca a regañadientes; asentí intentando sonreír—. No lo pareces.

—No dormí nada bien… —dije. Me evaluó reflexiva; Luca ya no estaba.

—¿Es de nuevo lo de tu mamá? —adivinó. Evadí la pregunta y sus ojos—. No te preocupes —colocó una mano sobre mi hombro.

—Últimamente he soñado mucho con ella —confesé abriendo mi libreta.

—Eso es bueno, jamás te va a dejar. Debes intentar superarlo.

—¿Cómo? Te juro que lo intento y lo intento y no sé cómo. Además, en estos sueños me advierte cosas, es como si supiera que algo me va a pasar —le expliqué agobiada, sintiéndome un poco loca al escucharme. Torció la boca con el ceño fruncido.

—Sara, deja eso, por favor, te hace daño. No la conocí, pero dudo que le gustara verte así. —Me señaló afligida.

El resto del día no varió mucho, salvo Gael que fingía no percatarse de mi aislamiento pululando alrededor de mí, o cuando había pillado a Luca observándome, sin mostrar alguna emoción. La verdad es que no tenía ánimos para prestar mucha atención a nada, cuando la escena más aterradora de mi vida se repetía en mi mente una y otra vez, el mundo desaparecía y yo junto con él.

Para cuando la jornada terminó, rogaba por ir a casa y dormir hasta que ese episodio, como lo llamaba, desapareciera. Sin embargo, había quedado con Luca para continuar con nuestro trabajo.

Llegué desganada, lo esperé sentada en una banca de concreto que estaba a un lado de la puerta principal. Me perdí en el movimiento de las copas de los árboles y es que eso me serenaba, era como si arrullara mi dolor logrando que se diluyera un poco. Aunque el viento no era fuerte, parecían ser mecidas con ternura y tranquilidad.

Alguien se sentó a mi lado. Miré de reojo, era él. Observaba lo mismo que yo, atento. No sé cuánto tiempo permanecimos así; uno al lado del otro, envueltos en un agradable silencio.

Curiosamente conforme pasaban los minutos mi nostalgia fue cediendo, dándole paso a un sentimiento de seguridad y serenidad que hacía mucho tiempo no ponderaba en mi vida. Sentía como su calidez entibiaba mi piel aún con los veinte centímetros que nos separaban.

Una locura si se piensa de forma racional, pero juro que era así y yo, sumergida en aquella nostalgia, decidí simplemente dejarme llevar sin estar dándole más vueltas.

Después de varios minutos tomé valor y lo encaré, no se movió pese a saber que lo miraba. Lucía absorto aún en el paisaje, era como si presenciara un milagro, algo digno de ser admirado la vida entera. Sonreí, su rostro reflejaba esa paz que percibí minutos atrás y que en ese momento me envolvía.

—¿Te sientes mejor? —deseó saber con esa voz casi irreal, gruesa y melodiosa. Asentí bajando la mirada hasta mis pies. Supe exactamente en qué momento dejó de prestar atención a la naturaleza para trasladarla hacia mí—. Sara… —Levanté el rostro, despacio—. No te puedo preguntar qué te pasa, porque quedamos que así sería —al decir lo último se le oscureció el iris—. Sólo deseo decirte que hay cosas que así son y que, por mucho que luches, no las podrás cambiar, únicamente aceptarlas —expresó con suavidad. Entendía muy bien lo que eso significaba, lo cual me intrigó, ya que era como si estuviera pasando por algo similar.

—Lo sé… —susurré. Sus ojos chispearon de nuevo, claros.

—Creo que lo mejor es que descanses. Yo adelantaré y mañana continuamos —propuso con una débil sonrisa. Torcí el gesto. Me gustaba estar a su lado—. No te lo echaré en cara, lo prometo. Tú lo hiciste toda la semana pasada y ni siquiera me preguntaste el porqué de mi ausencia. Debo corresponder a ese gesto.

Asentí agradecida, quizá estar a su lado en ese momento me hacía sentir mejor, pero necesitaba dormir, olvidarme un poco de esa molesta bruma que quería sumergirme como hacía mucho tiempo no me sucedía.

—Anda… te acompaño. —Se puso de pie, mirándome desde su metro noventa.

Caminamos en silencio, ya parecía ser una costumbre y, la verdad, resultaba agradable. Entré a mi auto sintiéndome muy fatigada. Cómo deseaba quitarme todo y cerrar los ojos.

—Conduce con cuidado, yo me ocuparé del trabajo. —Me guiñó un ojo con ternura, dejándome completamente perpleja. Cerró mi puerta y caminó hasta su camioneta, sereno, sin prisa, contemplando su alrededor. Era tan extraño.

Dormí casi lo que quedó del día, sólo me levanté para comer algo y volví a caer rendida.

Luca y yo sentíamos los beneficios de nuestra tregua; trabajábamos juntos sin dificultad, hablando únicamente de la materia; manteníamos cualquier cuestión personal a raya. A veces, si nuestras miradas se topaban, ambos sonreíamos respetuosos, nada más.

Las cosas eran mucho más fáciles así, aunque no de mi total agrado, debo admitir, porque la realidad era que yo, para esas alturas, babeaba por él y era lamentable saber que el primer chico que en serio me gustaba no sentía lo mismo, y que aunque a veces parecía querer avanzar, generalmente parecía agradecido por nuestra distancia.

El viernes entregamos el primer capítulo. Habíamos trabajado duro, no obstante, ese día lo había percibido más serio de lo normal, cosa casi imposible, pero en serio lo estaba, y sus ojos eran tan oscuros que no parecían ser verdes.

Gael había quedado en llegar por mí a las ocho del sábado, para ir a cenar y al cine. Tengo que admitir que no me la pasé nada mal. Al final cambiamos el cine por el billar, que aunque no era buena, pues no solía frecuentar esos sitios, me había divertido tanto.

Nos retábamos abiertamente y tomando en cuenta lo competitivo de nuestras personalidades, eso se había convertido, en menos de una hora, en una guerra declarada.

Él tiraba, la bola entraba, yo lo intentaba, lo lograba y me paseaba a su lado con suficiencia jugando con el taco, con lo que soltaba la carcajada. Cuando Gael iba ganando, buscaba distraerlo, pero no se dejaba. Aprendí rápido, por lo que tuve mi turno para ganar. Duramos así varias horas, riendo sin parar, bromeando, burlándonos uno del otro.

La mala noticia era que, de pronto, en medio de ese agradable ambiente, la imagen de Luca aparecía y me encontraba imaginando cómo sería salir con él, jugar algo como eso, pasar una noche sólo riendo, dejando de lado esa envergadura contenida que lo rodeaba, dejándose llevar así, sin más. Pero la realidad llegaba golpeándome. No le interesaba, y yo no era de las que permitía que su orgullo quedara pisoteado por nadie, así que la causa estaba absolutamente perdida y debía entenderlo. Quizás él pasaba por una situación fuerte y lo último que tenía en mente era empezar algo con alguien.

Tantas teorías rondaban en mi cabeza, que mejor decidí encerrarlas en aquel sitio donde solía guardar mis emociones, así no saldrían, así no me lastimarían.

Después de esa «cita», que yo prefería ver como una salida amigable, Gael y yo nos comenzamos a llevar mucho mejor, sin embargo, no lograba sentir nada más por él. No deseaba lastimarlo. En serio me caía muy bien, era ligero cuando se lo proponía, gracioso e hiperactivo también, por lo que era interesante estar a su lado realizando todas aquellas ideas que lo arrollaban.

El siguiente fin de semana también salimos, ahora a los bolos. Me enseñó varios trucos y de nuevo reímos sin parar. Cenamos *hot dogs* en un carrito callejero, después terminamos en casa de Iván, donde estaban otros compañeros trepados en unas patinetas. Yo no sabía muy bien, pero me defendía y era temeraria, así que como un par de locos nos aventábamos por las bajadas sin miedo alguno, sólo gritando. Nos caímos algunas veces, pero eso no nos impidió seguir y pasarla increíble.

El lunes el profesor del dichoso proyecto, alias «mi pesadilla», puso fecha para la siguiente entrega. Una semana. Todos chistamos, excepto Luca por supuesto, que parecía tan ecuánime e impasible como siempre.

Esa tarde decidimos trabajar en la biblioteca, era como una rutina silenciosa que formaba parte de nuestra extraña relación.

A las seis, sin consultar, cerró todo, dándome a entender con ese gesto que el tiempo había terminado. Comencé a guardar mis cosas en la mochila, sin quejarme. Tenía hambre y, si era sincera, prefería no tenerlo tan cerca. Me gustaba tanto que dolía irremediablemente notar que únicamente en sueños demostraría eso que sentía.

Alcé la vista, resoplando para que un rizo se alejara de mis ojos, fue ahí que noté que me observaba de una forma extraña. Sus ojos eran verde claro, como color limón.

—Las cosas con Gael marchan bien, ¿no es cierto? —murmuró, sin dejar de prestarme atención. Por un segundo no supe qué decir, así que encogí los hombros, restándole importancia.

—¿Ésa no es una pregunta un poco personal? —pregunté audaz, enarcando una ceja. Si iba a entrar a ese terreno, entonces debía quedar

bien claro.

Negó un tanto divertido. No lo había visto sonreír desde hacía varios días, por lo que ese gesto tan insignificante me dejó deseando más.

—Lo es…, pero estamos agotados, creo que podemos charlar un poco.

—Como compañeros de proyecto —afirmé evaluándolo, cruzando los brazos sobre el pecho, torciendo la boca.

Asintió reflexivo.

—Pero no me has contestado… —me recordó recargándose en el respaldo.

—Nos llevamos bien.

—Él parece querer algo más que «llevarse bien» —apuntó serio, jugueteando con su pluma.

—Lo sé.

—¿Y sabe que eso es lo que piensas? —me preguntó sereno. Suspiré desviando mi atención, sentía que me evaluaba, que buscaba adentrarse en mis pensamientos no sólo con las palabras. Mi piel se erizó.

—Supongo.

—Casi siento lástima por él, no quisiera estar en sus zapatos —admitió sonriendo un poco. Recargué los codos sobre la mesa, seria.

—Dudo que algún día eso te suceda.

Sus labios se contrajeron de forma repentina, desvió la vista unos segundos y luego la regresó a mí.

—Te equivocas —confesó. Mi interés surgió como un salvavidas en pleno mar abierto.

—Lo dudo, ¿acaso hay alguien? —pregunté enarcando una ceja, retadora. Me miró lo que me parecieron horas y, al final, asintió.

De acuerdo, quizá sí prefiriera ahogarme en pleno mar abierto y rodeada de tiburones en plena tormenta. Su confesión fue como si me hubiese echado encima un balde de agua fría, con todo y hielos. Eso me pasaba por curiosa. Por supuesto que Luca estaba interesado en alguien más.

Después de los segundos que me tomó procesar eso, proseguí. Total, ya andaba en ésas.

—Y ella, ¿siente lo mismo que tú? —indagué como no queriendo la cosa. Sus ojos se volvieron a oscurecer.

—Esa pregunta no puedo contestártela, sólo ella lo sabe, pero preferiría que no.

—¿Por?

—Es complicado —musitó un poco tenso.

—No creo, a lo mejor si le dices… —propuse. Desvió de nuevo su atención.

—Prefiero no hacerlo, las cosas así están bien, es lo mejor.

—Claro, eso de intimar e ir más allá no se te da —mi declaración lo dejó perplejo, lo hizo pestañear y yo, por supuesto, me arrepentí de inmediato de abrir la boca.

Se recargó sobre la mesa acercándose un poco más a mí. Al momento, mi boca se secó y el cosquilleo retornó para embestirme, aun así, no me moví.

—Eso no es verdad.

—Con nadie hablas y míranos, no somos más que compañeros de equipo —dije. Aspiró agotado.

—Eso ya lo hablamos —me recordó con paciencia. Agité las manos acallándolo.

—Ya sé, no tienes que repetirlo, es un poco humillante, ¿sabes? —admití sin tapujos. Se acomodó de nuevo en su sitio, pensativo.

—No sabía que así lo sintieras —musitó.

—Bueno, no es muy agradable que te repitan una y otra vez que tu amistad no es interesante. Pero no te preocupes, ya lo superaré.

—No es así, créeme cuando te digo que eres lo más interesante que me he topado… —admitió. Me ruboricé enseguida—. Y te equivocas. ¿No me he comprometido contigo en esta materia? —Colocó su palma sobre uno de los libros que habíamos estado hojeando, arqueando una ceja, indolente.

—Bien, tú ganas; eres un excelente compañero de equipo, pero no por mí, sino por tu calificación.

—Otro error. —Fruncí el ceño sin comprender—. La tuya también, así que como verás sí me comprometo, es sólo que no de la forma que tú esperas —apuntó con simpleza.

Bien, ahora me sentía de nuevo una tonta. Qué capacidad tenía para ponerme en mi lugar, pero bueno, había hablado de más y ahora pagaba las consecuencias.

—¿Sabes? Esto ya se está poniendo muy amistoso —Y nos señalé a ambos, quejosa—. Recuerda que nuestra relación tiene metas y fines muy concretos.

—Eso nunca lo olvido —reviró irascible, aunque también un tanto divertido.

—Fabuloso. Entonces dejemos nuestras vidas privadas a un lado. Lo que a mí me ocurra con Gael… —Sus ojos se oscurecieron dramáticamente—. Y lo que tú decidas respecto a esa chica es problema de cada uno y no debe ser tema de conversación entre dos personas que no pueden ser amigos —apunté. Rio frustrado y asintió.

Terminé de guardarlo todo y me puse de pie con una sonrisa de suficiencia.

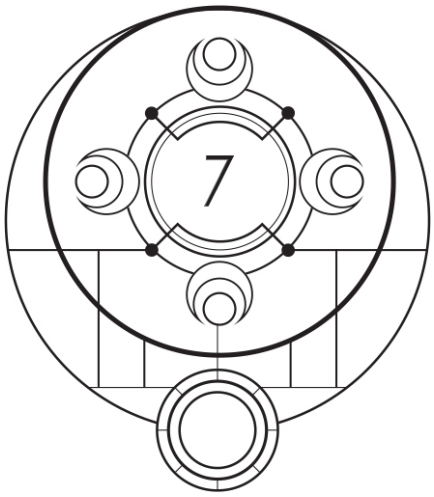
—Por hoy terminamos, «compañero». Nos vemos mañana.

Me observó durante varios segundos, como estudiando mi actitud de fingida despreocupación. No me creía, era evidente, pero tampoco haría nada para cambiarlo.

Quizá sí estuviera atravesando una situación personal muy fuerte y yo aquí, hostigándolo, haciéndolo sentir miserable por algo que en ese momento simplemente no podía manejar.

—Hasta mañana, Sara… —se despidió. No parecía divertido, sino resignado.

Llegué a mi auto y lo puse en marcha, me sentía furiosa. ¿Cuándo iba a parar todo aquello? ¿Quién era esa chica que había conseguido conquistarlo? Y peor aún, ¿cómo iba a sacarlo de mi mente si cuando estaba cerca sentía más que en toda mi vida?



Esa noche llovió tan fuerte que Bea se pasó a mi cama, estaba asustada. No le ocurría con regularidad, pero cuando parecía caer un diluvio, como en ese momento, debo de confesar que yo también prefería compañía.

Los vidrios de la casa se cimbraban de una forma espeluznante con cada trueno. El agua parecía buscar por dónde meterse, pues caía sin cesar; el granizo golpeaba contra las ventanas, y sabía muy bien que si me asomaba no vería absolutamente nada, ya que el viento se escuchaba rugir tan fuerte que parecía que afuera había un animal mitológico intentando atacar.

—Odio esto… —susurró a mi lado, inquieta.

—Lo sé, Be, pero no pasará nada, intenta dormir. —Eso era prácticamente imposible con el ruido del exterior.

—No sé por qué papá se empecinó en que nos mudáramos aquí. El calor, la humedad, estas lluvias… —Cuando hablaba así no sabía qué decir. No encontraba las palabras para mitigar su frustración—. *Do you miss Vancouver?* —me hablaba en inglés, cosa común en ella cuando estaba nerviosa, porque en la cotidianidad procuraba hablar en español.

—*Yes* —susurré en el mismo idioma, miraba el techo y recordaba mi vida allá.

Claro que extrañaba, ahí había nacido. El clima era muy agradable y aunque nunca pensé decirlo, añoraba la nieve cada invierno. La playa en verano, mis amigos, la familia de mi padre, mi casa situada a tan sólo cuatro cuadras del mar. Las mil veces que mi madre nos llevó de paseo y organizaba pequeños pícnics, donde mi padre se nos unía más tarde. Mis amigos desde la infancia con los que había crecido y de los que ahora ya sólo sabía por mail o por llamadas muy esporádicas.

—¿Por qué nos hizo esto? Digo, Guadalajara me gusta, pero si era duro acostumbrarnos a estar sin mamá y luego decidir que nos vendríamos para acá tan de prisa. —Su voz sonaba apagada y triste. Lo cierto era que no podía consolarla, yo sentía lo mismo, pero de forma descomunal. Viró para verme de frente—. Sabes, Sara, lo único bueno es que tú siempre has estado a mi lado, por eso creo que, aunque su muerte me duele y quisiera que estuviera aquí con nosotras, teniéndote a ti no me siento tan sola. Te quiero mucho.

Ésta era la clase de cosas que traían consigo los «episodios» que normalmente lograba maquillar, aunque últimamente no lo conseguía, y es que sentía que me abrían el alma. Me giré también hacia ella con los ojos llorosos.

—Yo a ti también.

—Siempre he tenido una duda y…

—¿Cuál? —pregunté relajada.

—Si no quieres, no tienes que contestarme. —Apenas si podía escucharla, hablaba en susurros y con el ruido del exterior casi adiviné lo que acababa de decir—. Sara, mamá y tú, ¿habían discutido? ¿Por eso ella fue detrás de ti? —Un golpe realmente fuerte justo sobre el corazón hubiese dolido menos—. Olvídalo, olvídalo, no debí. Además, qué más da. Olvídalo.

—Bea… —musité, con voz ahogada. Me ardía eso que se atascaba en mi garganta. Ella me miraba, compungida—. Lo que… le pasó a mamá… fue mi culpa —confesé consumida. Enseguida sentí su mano sobre mi mejilla.

—No, Sara, eso no, no digas eso, fue un accidente.

—Sí, pero yo no debía haber salido así de la casa, era evidente que me perseguiría y que intentaría detenerme. No pude evitar que ese auto la arrollara. Fui inconsciente y arrebatada, todo por un estúpido permiso.

—¿No te quería dejar ir? —preguntó con suavidad. La miré a los ojos, negando.

—No era tan responsable como ahora… —Sonrió, recordándolo. Salía mucho, tenía tantos amigos que era imposible aburrirme, siempre tenía algo que hacer y, por ello, a veces descuidaba la escuela, aunque también era la típica chica que buscaba estar sola por horas, extraviada en mis pasatiempos—. Y yo sabía que con esas calificaciones no tenía derecho a salir, pero me empeciné y al no obtener lo que buscaba… Ya ves, provoqué eso.

—No lo repitas. Yo jamás podré creer que tú tengas la culpa. Ella fue poco precavida. Ella fue la que se cruzó sin fijarse como tantas veces nos dijo que hiciéramos. Ella era la que no pensaba con claridad, Sara. Fue un accidente, eso es todo.

Me senté rodeando mis rodillas, Bea se incorporó también.

—Bea, papá lo sabe. No me perdona lo que hice y yo jamás podré olvidar que tu vida y la de él no son lo que pudo haber sido si yo hubiera actuado con más madurez —admití, rota. Su palma cálida frotó mi espalda.

—Papá no cree eso, él te quiere. Es sólo que no sabe cómo acercarse a ti.

Se equivocaba, yo sabía que me hacía directamente responsable de su muerte y que tenía razón.

Más tarde ella se quedó dormida a mi lado; la tormenta había cedido, en cambio yo sólo pude permanecer con los ojos abiertos, abstraída en los recuerdos.

Superar esa conversación me llevó días. No lograba dejar de pensar en eso y el nudo en mi garganta parecía vivir ahí. Estuve callada, no sonreía prácticamente y me mantenía de nuevo aislada, muy aislada.

Gael, con su actitud, echó por la borda todo, se mostraba insistente, me seguía y buscaba, no me dejaba estar sola. Lo cierto es que yo ya no encontraba la manera de hacerle ver que no me sucedía nada. Así que más de una vez, escondiéndome de él, terminé en la biblioteca, sentada a un lado de la ventana, con la vista perdida en la nada.

Romina, en cambio, se portaba comprensiva y me daba mi espacio. Ella era la única con la que solía mostrarme, aunque en esta ocasión, varios pudieron notarlo.

En cuanto a Luca, después de aquella tarde, su actitud volvió a ser distante. Aunque la verdad es que varias veces pensé que me preguntaría sobre mi estado de ánimo tan taciturno y distraído de los últimos días, no lo hizo. ¡Gracias al cielo!

Por primera vez agradecí que entre él y yo las reglas estuvieran tan claras. No quería hablar con nadie de lo que me ocurría, por lo que saber que no preguntaría me permitía sentirme serena y tranquila a su lado.

Me tenía una paciencia infinita. Yo olvidaba las cosas con facilidad o me molestaba sin razón, desquitando mi frustración con él, pero Luca se mantenía impasible, como si le diera lo mismo, permitiendo que me desahogara y cuando notaba que volvía a ser yo, me sonreía pacífico y me instaba a continuar sin pedirme una explicación o una disculpa, que debo reconocer se merecía.

Ese fin de semana fue de verdad aún peor que lo que había sido la semana. Había discutido con papá cuando le había dicho que no quería ir al cumpleaños de uno de mis tíos el sábado por la noche. Gritamos, nos dijimos cosas y, al final, quedó claro que no tenía otra opción. La reunión duró hasta la madrugada, lo cierto era que no me la pasaba mal, sino que verlos aumentaba mi culpa y dolor, lo cual me dejaba regularmente peor de lo que ya estaba.

Al día siguiente no salí de mi recámara y ni Bea ni mi padre interfirieron con eso. Supongo que una depresión tocaba mi puerta y ni yo ni mi familia lográbamos notarlo. Me sentía absolutamente sumergida en los recuerdos, en los «si hubiera», en la frustración y sí, muchas veces, en el rencor hacia mí. Me reclamaba con fuerza, con ira. Me estaba hundiendo y nadie lo advertía.

Para el lunes no estaba mejor que la semana anterior. Sin embargo, intenté disimularlo con mayor ahínco, no me gustaba que me estuvieran preguntando «¿Qué te ocurre?». Así que lo mejor era disimular, como sabía hacer muy bien.

Luca, para mi asombro, fue el único que no me compró aquella actitud. El miércoles en la última clase, ésa en la que éramos pareja, me detuvo, estaba serio. Aún nos hallábamos sentados en las bancas que compartíamos, yo permanecía silenciosa, él también. Nada atípico, o eso creí.

Lo miré intrigada, aunque también turbada, no recordaba cómo era su tacto, ni lo que provocaba en mi piel. Esa marea caliente viajó por todo mi cuerpo calentándolo de una forma agradable, casi placentera. Llevaba días que un sentimiento de paz no llegaba y él, con tan sólo eso, me lo proporcionaba.

—Sara… —habló despacio, con aquella voz gruesa. Su iris verde oscuro, como últimamente lo había notado.

—¿Qué pasa? —pregunté con suavidad, fatigada, pues tenía muchas noches sin dormir bien, llenas de pesadillas, de momentos crueles.

—Sea lo que sea que te tiene así, no lo permitas… —murmuró como un ruego. Desvié mi atención, repentinamente me sentí vulnerable y muy agotada de tanto disimular—. Sé que no debo inmiscuirme, pero has estado así más de una semana.

—Luca… —susurré, encarándolo de nuevo, afligida.

Sus ojos eran como un líquido, parecían moverse como el agua en el río; no pude evitar perderme en ese cauce agradable, arrullador y anormal hasta lo impensable, pero que me hacía sentir extrañamente mejor.

Lo tenía a menos de cincuenta centímetros de mí, más cerca de lo que en general podía estarlo, por lo que mi corazón comenzó a saltar ansioso, mis pulmones a contraerse, mi saliva a escasear. Levantó una mano y muy despacio la fue acercando hasta mi barbilla. Esperé sin moverme, deseosa de que lo hiciera.

—Si supieras lo que provocas cuando estás así, dejarías de hacerlo —murmuró apesadumbrado, con un dejo de preocupación. No pude hablar, estaba paralizada, no quería que se alejara y temía que si me movía lo

hiciera. Luca era extraño y atípico en todos los sentidos, por lo que era imposible saber cómo actuaría al segundo siguiente—. Sonríe de nuevo —suplicó con un gesto contraído.

Me soltó con delicadeza, sin dejar de observarme, la carencia de su tacto generó, de forma inexplicable que eso que luchaba por no mostrar, emergiera, que las fuerzas para disimular se agotaran. Bajé la vista con la mirada empañada, apreté los puños, buscando que de esa manera el llanto no llegara, no frente a él, no así.

Estaba enamorada de Luca, de su manera de hablarme, de observarme, de escucharme, de estar a mi alrededor tan silenciosamente, tan suavemente, de sus ojos cambiantes, de lo que despertaba en mí que, aunque lo había querido esconder todos esos años, con su presencia emergía proporcionando un alivio que no sabía necesitaba; de su paciencia, de su manera de ser tan pacífica, serena y a veces tan lejana. Semanas a su lado sólo habían desembocado en esa realidad.

Reconocerlo no me golpeó como lo había hecho el descubrimiento de que me gustaba, sin embargo, dolió, pues sabía que no sentía lo mismo por mí o que si lo hacía, por alguna razón que no comprendía y que tenía que ver con su presente o pasado, no sucedería nada.

Un chasquido de sus labios hizo que lo mirara, mis mejillas ya estaban húmedas y no me había percatado.

Su mano me rodeó de pronto con una dulzura inaudita y con urgencia. Tembloroso me acercó a él. No lo pensé y con mis brazos respondí el gesto. Lo escuché suspirar de manera entrecortada. Su calidez traspasó mi ropa llegando directamente hasta mi piel. Su tórax me envolvió por completo, haciéndome sentir más tranquila de lo que me había atrevido a soñar los últimos tres años. No se movía, apenas si respiraba, sin embargo, sentía sus brazos en torno a mí, seguros y fuertes.

Escondí mi cabeza en su pecho y me dejé llevar por primera vez por mi dolor. Su aroma, con cada bocanada que daba, se implantaba más profundo; hierbabuena y menta funcionaban como un poderoso bálsamo para esas heridas que estaban de nuevo expuestas, abiertas. Mis manos estaban sobre su espalda, podía sentir su piel tensa y musculosa bajo esa camisa gris oscuro.

Duré así más de un minuto, llorando en silencio, limpiando de alguna forma todo aquello que me atormentaba. Pero de pronto llegaron unas extrañas náuseas y me comencé a sentir mareada. Mi cuerpo tenía fiebre, el líquido caliente estaba alojado en todo mi cuerpo, incluso empecé a percibir una quemazón en todas las partes donde él tenía directamente puesto su tacto. Respirar comenzó a costar trabajo, el fluido parecía haberse alojado también en mis pulmones, ardían.

Me quejé ante tanto malestar. Luca se separó de mí, aterrado, su mirada desorbitada me asustó más que lo que sentía. Lucía horrorizado, me examinaba respirando con irregularidad, temblando y pasando saliva con miedo. Yo ya no lloraba, sólo tenía húmedo el rostro, sus ojos como si fuese magia de ámbar se tornaron a casi negros. Gemí ante eso, parpadeando, pero no pude ni preguntar porque de un salto se puso de pie, alejándose, negando.

—No debí… lo lamento —susurró sin dejar de examinarme, muy alterado. Se colgó la mochila, molesto. No entendía nada.

—Luca… —giró hacia mí desde la puerta, cerrando con fuerza los ojos antes de posar su mirada en mí, era como si la culpabilidad e ira se arremolinaran en su sistema y lo consumieran—. Está bien. Yo… lo necesitaba —admití con voz serena.

Mi cuerpo debía estar alrededor de los cuarenta grados, sudaba como si hubiera estado bajo el sol más de tres horas, pero me sentía serena y relajada. Y de alguna manera sabía que se lo debía a esa conexión anormal que existía entre ambos, no podía catalogarla de otra forma.

Bajó la mirada sin decir nada, asintió y desapareció.

Sonreí dejando salir un suspiro cargado de cansancio. Me toqué la frente, me dolía la cabeza. Debía ir a casa, mis escudos estaban peligrosamente bajos, más después de eso. Necesitaba un baño, dormir, olvidar esto e intentar comenzar de nuevo. Pronto regresaría a Vancouver, haría todo mejor. Ya no deseaba continuar así.

Mientras conducía, sonreía con pesar.

Lo quería, era tan él que me abrumaba. Siempre parecía estar tan tenso, pero a la vez, siempre tenía una actitud desgarbada y

despreocupada, que sabía bien era una fachada que los demás se tragaban.

Tantas semanas juntos me habían ayudado a descubrirlo. Todo en él me llamaba, me atraía desde la primera vez, aunque si era sincera, también me asustaba, eso no lo podía negar. Lo realmente asombroso, y que no dejaba de parecerme irreal, era la Sara en la que me convertía con él; era como si no tuviera que actuar, como si pudiera mostrarme como era en realidad y sin tener que disimular. La verdad es que era maravilloso no tener que pensar en lo que decía; me hacía enojar en segundos y también en segundos lograba que mi interior rebosara de alegría y tranquilidad. Era toda contradicción, pero también podía exponer toda mi verdadera personalidad ante él.

Cuando entré en la cocina, Aurora frunció el ceño, luego sonrió al notar que la nube negra se había disipado y es que así era. Ya no estaba.

—Veo que ya salió el sol —expresó risueña, mientras terminaba de poner la mesa.

—Supongo —acepté, dejando la mochila a un lado de la mesa.

—Esos ojos tan hermosos nunca deberían estar tristes, tienes muchas razones para sonreír —dijo. Asentí tomando de un solo trago un vaso de agua fresca. Tenía mucho calor. Aurora me estudió curiosa, con un plato en la mano.

—Tienes las mejillas coloradas. ¿Hace tanto calor afuera? —preguntó relajada. Negué torciendo la boca. De pronto, la fatiga me embistió como un toro en faena. Me senté, la cabeza me punzaba. Llené de nuevo el vaso y volví a beberlo de un trago. Bea entró a la cocina en ese momento. Parecía feliz, como siempre.

—Hola, Sara —Me dio un beso en la mejilla, cariñosa, y enseguida se apartó desconcertada—. Estás hirviendo… —Me toqué el rostro. Mi hermana tenía razón. Aurora rodeó la mesa y se acercó a mí, arqueando una ceja. Tocó mi frente y mis mejillas. Su tacto se sentía fresco, casi helado, lo que me provocó escalofríos.

—Bea… ve por el termómetro, llamaré al médico —ordenó. Mi hermana se levantó de inmediato y salió corriendo de ahí con Aurora detrás, pero en dirección contraria, supuse que en busca de su celular, ahí tenía esos datos.

Me recargué en el respaldo de la silla, cerrando los ojos. El dolor en la sien aumentaba de forma escandalosa y, de repente, la luz que entraba del exterior comenzó a lastimarme. ¡Dios! Gemí, cubriéndome los ojos con el antebrazo.

—¿Sara? —Abrí los ojos sintiendo que el músculo ocular se me desgarraría del esfuerzo. Era Aurora, lucía muy preocupada. Tomó el termómetro y me lo acercó a la oreja. Era digital, por lo que en menos de un minuto dio el resultado.

—¡Dios! —susurró Aurora con tono histérico, raro en ella, que solía tener bajo control todo.

—¿Qué? ¿Está muy alta? —quiso saber Bea.

—Vamos a llevarla arriba, el médico no tarda en venir. Tiene casi cuarenta y uno, es demasiado —anunció.

Entre Rita y ellas dos me subieron, yo ya no podía caminar, mi energía simplemente había desaparecido, era como si la hubiesen drenado, eso sin contar la manera cruel del dolor de cada hueso. Mi piel se sentía irritada y mi cuerpo pesaba.

Abrieron la regadera. Me desvistieron entre mi hermana y Aurora, porque por mucho que lo intentaba no lograba moverme; cuando me metieron grité debido al contacto del agua fría sobre mi ardiente temperatura.

—Sara, tranquila, tranquila, corazón —rogó Aurora sujetándome bajo el chorro, probablemente empapándose completa. Yo seguí gritando sin poder acostumbrarme y es que era como si me estuvieran clavando agujas de hielo. La tortura la sentí infinita, lloré, gemí, me quejé y de nada valía. Al terminar me vistieron con algo muy ligero. Volví a sentir mi cama demasiado fresca bajo la espalda. Temblé, encogiéndome.

No sé cuánto tiempo me estuvieron poniendo paños húmedos sobre la frente, lo cierto es que en mis delirios yo sólo podía pensar en él, en sus manos, en sus ojos, en ese dulce abrazo.

Escuché la voz del médico. Enseguida sentí su tacto frío sobre una de mis muñecas. Era tan molesto.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Desde que llegó, hace cuarenta minutos o más, casi cuando le hablé. —Sus manos frías siguieron explorándome.

—¿Sara, me escuchas? —Asentí sin poder mover mucho la cabeza—. ¿Te duele algo, cielo? —Volví a confirmar—. ¿La cabeza? —Acepté de nuevo—. ¿Puedes abrir los ojos? —Negué sintiendo que ese movimiento taladraba mi cerebro—. De acuerdo, te haré una prueba para descartar influenza, bajaremos esa fiebre. Tu pulso está algo débil, pero tu corazón y pulmones se escuchan bien.

—¿Entonces?

—Voy a recetarle un medicamento que debe ayudarle mientras tenemos los resultados, con eso bajará lentamente. Si no hay cambios en ese tiempo o aumenta, habrá que llevarla al hospital.

—De acuerdo —aceptó Aurora, nerviosa.

—Manténganla fresca, ventilen la recámara. Estas cosas suelen pasar cuando las defensas están bajas. Si no fuera influenza, esperamos a ver si se manifiestan los síntomas, esta edad es algo vulnerable, hay muchos cambios en el cuerpo.

Minutos después me levantaron para que me tomara la medicina. El agua viajaba por mi esófago refrescándolo deliciosamente.

Desperté al ser consciente de una mano sobre la mía. Abrí los ojos sintiéndolos muy pesados, era de noche, comprendí cuando noté que se filtraba por la puerta abierta la tenue luz del pasillo.

—¿Cómo te encuentras? —Era papá, sentado a un lado de mí sobre la cama, preocupado. Tenía la garganta tan seca que no pude responder. Se dio cuenta y me acercó un poco con agua, le di varios tragos, disfrutando cómo se humedecía mi interior.

—Bien… —susurré con voz pastosa. Asintió mientras acariciaba mi rostro. Su puro contacto me provocó otra vez ganas de llorar, pero ahora porque no comprendí, hasta ese momento, cuánto lo había extrañado.

—Me alegro. Descansa, cualquier cosa estaré al pendiente —hablaba muy bajito. Asentí con la mirada vidriosa, aún muy agotada. Me acurruqué hacia el lado contrario y sin que me diera tiempo de pensar, volví a caer profundamente dormida.

Un par de veces durante la noche sentí cómo mi padre me levantaba y me hacía beber agua para pasar el medicamento. Me tomaba la temperatura, pasaba una mano por mi rostro y se iba.

Por la mañana desperté casi a las once. Era como si un tractor hubiese pasado sobre mí.

—¿Sara? —Era mi nana. Asomaba la cabeza por la puerta.

—Aurora… Hola —la saludé sonriendo, incorporándome. ¡Dios! Cómo dolía cada uno de mis músculos. Recordé la manera en la que me sentía cuando patinaba horas por las calles, muchos años atrás. Un recuerdo de tantos que se había quedado ahí, suspendido en lo que solía ser. Entró prácticamente corriendo.

—No te levantes —suplicó.

—Me siento mucho mejor, no te preocupes. Creo que ya pasó —expuse tranquila. Se sentó a mi lado.

—Qué susto me sacaste. Nunca te habías enfermado desde que te conozco.

—Sí, fue raro —admití sonriente.

—Debes tener mucha hambre.

En cuanto le dije lo que deseaba, me dejó sola.

Me recargué en las almohadas, pensativa. Fue todo tan extraño y lo peor fue que sin poder evitarlo recordé el abrazo de Luca. Mi piel ardió cuando me había rodeado, recordaba las náuseas, el mareo, pero eso no podía ser. Nadie se enfermaba por un gesto como esos, ¿o sí?

Sacudí la cabeza intentando pensar con más coherencia. El hecho de que me encontrara ridículamente enamorada de él no tenía nada que ver con esto. Quizá mi estado anímico de los últimos días había bajado mis defensas, y pesqué algún virus, aunque la influenza, como alcancé a escuchar entre sueños, había quedado descartada.

Aurora, cuando me llevó el desayuno, me rogó que le marcara a Romina, estaba preocupada. Ya la imaginaba, era dramática hasta lo imposible. Le mandé un mensaje.

«Ya estoy mejor, no te preocupes, seguro mañana nos vemos, besos».

Iba a lavarme los dientes cuando sonó el celular. Sonreí, entornando los ojos, era ella.

—Hola.

—¿Qué te pasó? Aurora no supo decirme. ¿Cómo que enfermaste?

—Tuve fiebre, eso es todo.

—¿Fiebre?

—Sí, pero ya pasó, mañana seguro estaré ahí.

—No digas tonterías, descansa, seguramente lo necesitas. El que no te molestara no quiere decir que no me diera cuenta de lo mal que estabas, aunque lo escondas tan bien, yo te conozco. —Sonreí apenas, claro que ella debía de haberse percatado.

—No quiero hablar de eso —musité. La escuché suspirar.

—Lo sé, y por tu voz creo que ya pasó, aunque ahora duró más que en otras ocasiones. En fin. Sé que odias la insistencia. Pero, dime, ¿no te dijeron si tenías una infección o algo, no te mandaron a hacer unos análisis? Esas cosas no dan porque sí…

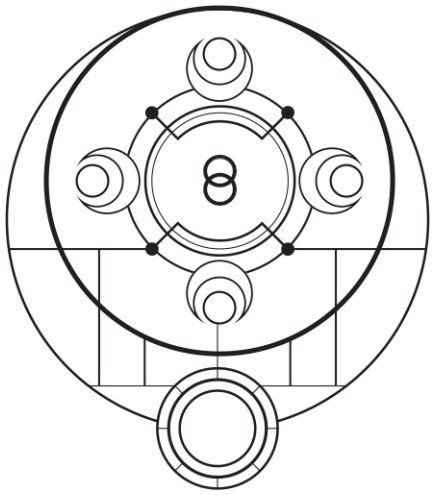
—El doctor me revisó, estoy bien. Dicen que a nuestra edad a veces pasa por el crecimiento, qué sé yo, es más, no voy hoy a la escuela porque sé que no me van a dejar salir —bromeé, la verdad sí me sentía bien, pero también seguía agotada.

—¡Estás loca! Quédate ahí, yo les avisaré a los maestros. Tú mejórate, recuerda que el sábado tenemos fiesta, te quiero ver ahí sin pretextos.

—Ya te dije que sí —refunfuñé. No tenía remedio, me había insistido tanto que sabía que si esta vez no acudía me iba a ganar una temporada de indiferencia. Conversamos un rato más hasta que tuvo que colgar.

Una vez bañada, recostada de nuevo, pensé en él. Lo del día anterior me tenía aún estremecida. Podía recordar sus palmas firmes sobre mi espalda infundiéndome esa seguridad y fuerza que tanto me hacían falta. Sus ojos; esa marea líquida de la que nadie parecía percatarse, pero que para mí era tan evidente y la cual aún no me atrevía a indagar.

¿Se habría dado cuenta ya de que no fui? Probablemente, pero eso no indicaba nada. Esto de estar enamorada no era como imaginé.



Después de convencer a papá, logré salir de casa la mañana siguiente. No había mucho tránsito, por lo que llegué muy temprano, el aula aún estaba desierta. Me sentía bien, repuesta, era como si nada hubiera ocurrido.

En el celular me puse a contestar algunos correos de mis amigos de Vancouver, sonriendo por lo que me contaban, aunque ya no los extrañaba como antes, de alguna manera me había acostumbrado a esta vida, y quizá los vería de nuevo pronto.

—¿Sara? —Su voz la hubiera reconocido de entre millones de personas. Alcé la vista, relajada, pero mi semblante cambió al toparme con la mirada más culpable que hubiese visto. Sus ojos eran casi negros y lucía cansado, demasiado.

—Luca… Hola. —Sonreí, estaba alegre de verlo, aunque desconcertada por su actitud. Me examinó de forma meticulosa, despacio y sin importarle que yo lo notara. Arqueé una ceja ante su escrutinio, parecía conmocionado, incrédulo y confundido, todo junto en un gesto que me provocaba escalofríos.

Hugo estaba de pie a un lado de la puerta, a varios metros de distancia, tan indiferente como les encantaba mostrarse, pero atento a nosotros.

—¿Estás mejor? —Quiso saber, parecía un tanto aturdido. Asentí nerviosa, sonriendo un poco para aligerar lo tenso del momento. ¿Qué le ocurría? Por mucho que me esforzaba no lograba comprender el porqué de su actitud.

—Sólo fue fiebre —musité, mirando fijamente a su amigo o hermano, o lo que fuera, que también parecía desear conocer mi respuesta—. Medicamentos y descanso, únicamente eso.

Bajó la vista hasta clavarla en el piso. Su cabello lucía ligeramente descuidado, aunque seguía pareciendo modelo de revista, las manos las mantenía dentro de los bolsillos de sus *jeans* deslavados. Su vulnerabilidad me conmovió, aunque no la comprendiera, entonces, me encontré con ganas de rodearlo tal como aquel día.

—El que no luce bien eres tú… —le dije, con suavidad. No dio señales haberme escuchado— ¿Luca? —insistí, preocupada.

Él no solía mostrar ese tipo de emociones, ni ninguna en realidad, era reservado hasta un punto enfermizo, aunque yo ya lo conocía un poco, aun así, no me agradó verlo de esa manera, abatido. Alzó el rostro lentamente y posó su atención en algún punto justo por encima de mí, quería evitar mis ojos.

—Me alegra que te encuentres mejor, Sara —atajó con frialdad. Fruncí el ceño. No me dio tiempo de contestarle porque enseguida caminó directo hasta la salida y su… lo que sea, lo siguió.

—¿Qué te dijo? Lucía extraño más de lo que ya lo es. —Era Romina. No la había escuchado acercarse. Le sonreí aún atarantada por lo ocurrido recientemente.

—Quería saber cómo seguía.

—¿Te marcó ayer? ¿Entonces sí son amigos? —indagó abriendo sus apuntes. Arrugué la frente, observándola pensativa.

—No, yo no le dije nada y no te mentí, sólo somos compañeros de proyecto —la corregí. Romina me examinó unos segundos, con suspicacia.

—Entonces, ¿cómo supo que enfermaste? —No me creía, la conocía.

—Le dijeron o te escuchó cuando seguramente se lo decías a alguien, ya ves que eres superdiscreta. —Captó mi ironía, pero le importó poco, torció la boca sopesando mi respuesta y, al final, aceptó aquella idea.

Pensativa, sin escuchar la cátedra del maestro, mi mente comenzó a elaborar miles de preguntas. Algo no encajaba y deshacerme de esa repentina sensación me tomó un buen rato.

La hora siguiente fue caótica, gracias a Gael que no paraba de mostrarse solícito y «muy preocupado» por mí. ¡Dios! No, no podía con eso. La insistencia de cualquiera me abrumaba, pero la de él ya estaba llegando a límites insospechados, así que la única salida que encontré fue acceder a ir con él a la fiesta del día siguiente, así me lo sacaría de encima. Luca se hallaba varias bancas delante de mí, abstraído, completamente ajeno a todo.

La mañana transcurrió de manera extraña. Llegué a tiempo a la clase que nos unía más que cualquier otra. En los pasillos me di cuenta de que venía a unos metros de distancia. No lo esperé, algo en su actitud me decía que prefería estar solo, perdido en aquel limbo donde solía encontrarse.

Si tuviese que describirlo con dos palabras hubiera escogido «ausente» y «taciturno». Mientras entraba al salón comprendí que quizá él tenía problemas, quizá era como yo y deseaba que los días sólo transcurrieran para que ese sentimiento menguara con el tiempo. Quién era yo para incomodarlo, para entrometerme en su vida, por mucho que me gustara, no tenía derecho.

Me senté donde siempre, él hizo lo mismo unos segundos después. Su aroma me atrapó. Lo miré de reojo. ¿Qué estaría viviendo? ¿Qué era lo que lo aquejaba? Si es que era algo en realidad y no mi imaginación. ¿Cuál era su pasado, su presente?

Sonreí, suspiré quedamente. En serio estar enamorada era peor de lo que pensaba y no, no era una experiencia agradable, por lo menos no para mí.

Durante la clase nuestra interacción fue nula. Nos faltaba poco para terminar el tercer capítulo del trabajo, por lo que no había mucho de lo que tuviéramos que hablar y ningún pretexto para vernos por la tarde hasta la semana siguiente. En cuanto sonó el timbre salió del aula, como si huyera.

Lo observé alejarse, desorientada. Pensar que yo tenía que ver con su estado anímico sería muy pretencioso, aunque eso era lo que sentía. Lo cierto es que él no tenía la culpa de mis sentimientos, siempre había sido

claro, así que no tomaría el papel de dramática y volcaría mi frustración en él. Pero la realidad es que su indiferencia provocaba un hueco muy molesto en mi pecho.

Aunque hubiese querido atreverme a preguntarle qué le ocurría, qué pasaba en su vida, me abstuve. Luca había sido suficientemente respetuoso conmigo como para no hacerlo todos aquellos días en los que permanecí sumida en esa bruma.

En la cafetería me senté dándole la espalda; de reojo, al pasar, lo había visto sentado donde solía hacerlo. Gael no tardó en llegar y se acomodó a mi lado. Le estaba dando una mordida a mi trozo de pizza recién comprado, humeante, con olor a queso y salami, cuando sentí el brazo de él rodeando mis hombros. Casi me atraganto. ¿Qué demonios se creía?

Lo miré fijamente, fingió estar conversando animado con Eduardo.

Romina sonrió pícara, a diferencia de Sofía y Lorena, que no escondieron su desaprobación, cosa que me importaba poco. Lo que en realidad me molestó fue que lo hiciera, como si pudiera hacerlo, como si no importara, como si fuese algo más que mi amigo. No me gustaba la sensación de su tacto. No despertaba en mí nada salvo ansiedad. No me gustaba que se sintiera con ese derecho. Y menos me parecía que le importara poco que lo estuviera viendo y que estuviera molesta.

Me deshice de su abrazo, poniéndome de pie. Ahora sí me miró, humedeciendo los labios. Nervioso. No dije nada, sólo que debía ir a los sanitarios. Al girarme, rabiosa, solamente alcancé a distinguir cómo Luca salía de la cafetería. Sus compañeros lo miraban, sin percatarse de que yo los fisgoneaba, lucían preocupados e intrigados.

Desconcertada volví a sentarme, alejé mi silla de Gael un poco, y seguí con mi almuerzo. Nadie preguntó por mi cambio de idea, sólo mi amiga me observaba del otro lado, suspicaz.

Esa noche Romina se quedó a dormir en mi casa, fue divertido, como siempre, aunque la duda por Luca no dejaba de aparecer en mis pensamientos cada tanto. Pues durante la jornada continuó igual; ensimismado, alejado, distante, lo cual, aunque eso era un sello de los tres, en él era muy marcado.

Por la mañana mi amiga me obligó a acompañarla al centro comercial para comprarse algo para la noche; logró que yo adquiriera una minifalda que se adhería a mi cadera, por lo que torneaba un poco mi escuálida figura, junto con una blusa holgada que se sujetaba por el cuello, de color oscuro. Romina se compró un vestido que la hacía ver espectacular y que yo nunca me hubiese atrevido a usar, pero que en ella se veía simplemente ideal.

Ya en casa, después de comer, nos alaciamos y maquillamos juntas, como solíamos hacer. La verdad creo que disfrutaba más esos momentos que la fiesta en sí. Peleábamos, reíamos, jugábamos, terminábamos hechas un desastre, luego cada una se hacía cargo de sí porque era imposible confiar en la otra. En esa ocasión se fue antes de la merienda, ya que yo me iría con Gael.

Mientras cenábamos, mi padre me evaluaba, serio. Sabía que saldría, y como siempre, no había mostrado interés en ello.

—Te irás en tu auto, ¿verdad? —afirmó con tono seco. Negué y seguí masticando—. ¿Vendrán por ti? —insistió. Asentí levantando la vista extrañada por su actitud. Entornó los ojos y cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿Para qué crees que te di ese coche? —indagó. Dejé de comer sin saber qué contestarle.

—Para… ¿ir a la escuela? —intenté adivinar, confusa.

—No, por tu seguridad, no quiero que te estés exponiendo. Los chicos a tu edad son muy inconscientes, impulsivos —aseguró. Me quedé perpleja, no se había preocupado por mí en tres años y ahora quería recuperar el tiempo perdido o era un pretexto para desquitarse por algún problema que lo aquejaba.

—No soy tonta, no me subiría con alguien que no confiara —espeté molesta.

Bea comenzó a ponerse nerviosa, como cada vez que discutíamos.

—Sara, sea quien sea que iba a venir por ti, le hablarás, le darás las gracias, tú te irás en tu auto y no hay más discusión. —Acto seguido tomó su pedazo de pizza y continúo comiendo como si nada.

—No lo haré… Me iré con mi amigo, no tiene nada de malo. —Odiaba que me tratara así y que sintiera que cumplía como padre si actuaba de esa

forma.

Me miró apretando la quijada, comenzaba a enojarse, lo conocía bien. Pero esta vez no cedería, no tenía la razón.

—Si no haces lo que digo, no irás —zanjó. Me puse de pie desafiante.

—¿No te parece muy tarde para preocuparte por lo que me suceda? Iré y no llevaré mi auto.

Se levantó, colérico. Bea me miró suplicante, negué cansada de todo aquello.

—¡Siempre he visto por ti y por tu hermana, no te hace falta nada! —gritó.

—Tienes razón, no me falta nada, tengo de sobra —dije sarcástica.

—No me hables así, Sara, no me pidas que crea en tu criterio para elegir personas «confiables» si tú misma… —se calló, como dándose cuenta de que diría algo que no debía.

—Papá, basta, estamos comiendo y no tiene nada de malo que un chico venga por Sara, es lo normal, todos lo hacen —expresó Bea, que como siempre trataba de suavizar las cosas. Mi padre me observó irritado, yo le sostuve la mirada.

—Bea tiene razón, no arruinarás este momento… —señaló la mesa y volvió a sentarse—. Ya no eres una niña. Haz lo que desees, como sueles.

Sus palabras dolieron más de lo que él llegaba siquiera a imaginar. Aun así, conseguí no derramar las lágrimas que se asomaban por mis ojos.

—Tienes razón, es mi vida y como en los últimos años, yo me haré cargo de ella. Voy a arreglarme, no arruinaré más tu cena. —Tomé mi plato y salí de ahí escuchando el quejido de Bea.

Mi celular sonó una hora después; aún continuaba molesta, pero de alguna manera había logrado que mi coraje bajara, así como las ganas de llorar. Vi la pantalla, era un mensaje de Gael:

«Estoy en diez, ¿timbro?».

Por primera vez adoré su prudencia.

«No, avísame cuando estés afuera».

«Hecho, muero por verte».

Resoplé, sin responder. Revisé mi aspecto por última vez. Ese color de iris tan extraño que tenía se acentuaba con aquella sombra oscura que elegí

y, con las pestañas más pintadas de lo normal, mi ojo lucía muy llamativo, me gustaba.

Frente al espejo comencé a pasar la mano por mi cabello lacio, pensativa. Ojalá fuese él también, me encontré deseando, me ruboricé con sólo evocarlo.

Negué resoplando. Realmente no me iba eso de estar enamorada, menos de alguien como Luca, me regañé sonriendo con timidez, ajustándome el atuendo. Diez minutos exactos después sonó la alerta de mi celular. Gael.

En cuanto me vio salir, bajó del auto. Al tenerme enfrente abrió los ojos, sonriendo, ladeando el rostro. Era la primera vez que mostraba con ademanes lo que sentía por mí. No supe qué hacer ante eso.

—Te ves genial —murmuró cerca de mi rostro, me dio un beso en la mejilla y luego me abrió la puerta. Reí negando.

La fiesta tendría lugar en las periferias de la ciudad. Se estacionó detrás de una larguísima fila de autos. Al bajar escuché la música a corta distancia. La calle apenas si estaba pavimentada, el lugar era un enorme jardín bardeado, era lo que se adivinaba desde mi posición. Afuera había chicos sujetando sus vasos o cervezas, lo típico en esos eventos, reían, gritaban, bailaban y todo les importaba poco, la pasaban bien. La fiesta ya estaba abarrotada, lo noté al ver tanto movimiento.

Mientras nos dirigíamos a la entraba, me aplaudí por haber elegido usar sandalias de piso, lo irregular de la calle sólo lograba que quien llevara tacones, se tuviera que sujetar de alguien para no caer; pobres, caminaban con mucho esfuerzo, con los pies temblorosos, riendo nerviosas.

Gael rio al darse cuenta de lo mismo que yo. Bajó hasta mi altura, sentí su aliento sobre mi pómulo.

—Eres tan poco convencional —susurró. No giré, sabía que su rostro estaba demasiado cerca y no daría pie a algo que definitivamente no estaba en mis planes. Seguí avanzando, un poco más rápido, pero alcancé a oír como resoplaba. La verdad es que ésa sería nuestra última salida, Gael sólo lograba ponerme nerviosa por el hecho de saber que no le

correspondía y no quería herirlo, y eso no me hacía sentir bien. Esa noche al regresar se lo diría.

Hectáreas y hectáreas de jardín se extendían frente a nosotros, una vez que pagamos para ingresar, sólo hubo luz y sonido justo en medio de aquel enorme lugar. Mares de adolescentes aprovechando el momento de juerga. La adrenalina se sentía, contagiaba.

Caminamos hasta donde se veía más aglomeración. Romina apareció frente a nosotros, riendo.

—¡Pensé que no llegarían! —chilló excitada, bailando con un vaso en la mano.

Se colgó de mi brazo y nos guio hacia donde estaban los demás. Todos bebían o fumaban mientras registraban con la mirada todo el evento y la gente que había acudido a él.

—¿Quieres algo? —me preguntó Gael, solícito, de nuevo muy cerca de mi rostro. Negué sin mirarlo—. Yo sí necesito algo, ahora vuelvo —dijo. Asentí sin prestarle mucha atención. Aproveché el respiro que me dio y observé la pista.

—¿Ya viste quienes vinieron?

Romina seguía a mi lado y parecía, como siempre, estar buscando algo interesante en que clavar su atención. Enseguida supe a quiénes se refería. Una ola de calidez atravesó mi columna. Aunque era consciente de que probablemente ni me hablaría, saberlo en el mismo lugar me llenó de una especie de alegría.

—Vamos a bailar… —Me sujetó de la mano y me arrastró al tumulto sin tomar en cuenta a los demás. La seguí, riendo.

Comenzamos a brincotear, jugando, imitando pasos, divertidas, sin embargo, no podía evitar buscarlo con la mirada; decepcionada comprendí que era imposible encontrarlo entre tanta gente. Media hora después me di por vencida.

—Voy por algo de tomar —me gritó Romina por encima del estridente ruido. Asentí, acompañándola afuera de la conglomeración.

—Yo voy al baño —le dije caminando en sentido contrario a ella y a donde Gael se encontraba.

Los sanitarios eran unas pequeñas construcciones hechas de adoquín muy alejadas del bullicio.

—No sabía que salías a fiestas —detuve mis pasos, respirando ahogadamente. Su voz era tan profunda y seductora, como dura y melodiosa. Volteé hacia mi lado derecho, sonriendo. Preparando mis sentidos para lo que él generaba en ellos.

—Ya ves, no me conoces tan bien como presumes —lo desafié. Iba enfundando en unos *jeans* oscuros y una camisa negra, su cabello, como siempre, perfectamente despeinado enmarcando esos hermosos ojos color limón que tanto me gustaban. Llevaba un vaso en la mano, parecía bastante relajado.

No, por mucho que quise prepararme para eso que despertaba su presencia, no lo logré, su metro noventa y esa figura devastadora me dejaban sin aliento.

—Puede ser, aunque lo dudo —Me escrutaba con lentitud. No logré emitir ni un ruido, nada—. Así que lacia… —Sujetó uno de mis mechones, lo frotó un segundo entre sus dedos, y lo soltó. Ese gesto absurdo me tomó desprevenida. Al notar que continuaba muda, sonrió negando—. Se te ve bien, aunque si me preguntas, tus rizos son perfectos —murmuró amigable.

¡Maldición! En cuanto dijo eso me entraron unas ganas enormes de humedecerme el cabello.

—Qué lástima que no lo hice… —ironicé. Enarcó las cejas ahora a punto de la carcajada ante mi tono.

—¿Te ofendí? —preguntó burlón.

—No, pero la verdad no te entiendo. Me hablas ahora, pero dices que debes alejarme y entonces me ignoras. —Su rostro se tornó serio—. Ves, hace un segundo sonreías y ahora… —Señalé sus labios con un ademán.

—Sara, tú tampoco te mantienes constante, lo cierto es que no entiendo por qué no puedes dejar las cosas así —expresó molesto. Bien, fue un golpe bajo.

—Tú fuiste el que se acercó —le respondí sin dudar. Era demasiado directo.

—De verdad eres imposible, pero… —Enseguida su voz se suavizó, así como su expresión, era tan difícil seguirle el paso, pero supongo que podía decir lo mismo de mí, así que me abstuve de decir cualquier cosa—. Esta noche me siento repentinamente de muy buen humor. —Me miraba intensamente con sus ojos nuevamente claros.

Revisé a mi alrededor. Nadie notaba eso que hacía con su iris, para mí era tan evidente que, aunque comenzaba a acostumbrarme, no dejaba de perturbarme.

—La chica que te gusta, ¿está aquí? —me encontré preguntando como tonta. Pero es que por algún motivo el verlo así, tan alegre, me llevó a eso. Lo cierto es que de sólo mencionarlo sentí unos ridículos y vergonzosos celos, tanto que quería darle un buen rodillazo y salir de ahí.

—Sí… —respondió con la mirada más dulce que le hubiera visto hasta ese momento. ¡Ouch! Eso dolió más de lo que imaginé.

—¿Está aquí? —pregunté como si fuera algo irrelevante, maquillando la ebullición que me sometía.

—Sí. —Le dio un buen trago a su bebida, observándome de reojo, mientras estudiaba alrededor. Las mejillas las sentía hervir, agradecí la penumbra que nos envolvía.

—Me alegra, ojalá que ahora sí te atrevas… —musité. Se rascó la cabeza, negando—. Dios, Luca, y dices que yo soy imposible, creo que no eres muy objetivo. En fin, es tu vida, tú sabrás. —Me di la media vuelta decidida a ir a los sanitarios, no quería dejar de charlar con él, pero sabía que si no ponía distancia entre ambos acabaría cometiendo una indiscreción, una en la que le diría lo mucho que me gustaba y lo que me lastimaba no ser la chica por la que suspiraba.

Su tacto sobre mi antebrazo me detuvo abruptamente. Ese líquido tan excitante me recorrió cubriendo todos mis sentidos. Con el corazón martilleando, volteé.

—¿Qué? —pregunté con voz dura. No estaba enojada con él, en realidad conmigo y con lo poco racional que era cuando lo tenía tan cerca.

—¿A dónde ibas? —Quiso saber, con una sonrisa conciliadora. Señalé mi destino con la barbilla. Asintió comprendiendo—. ¿Permitirías que te

acompañara como compañero de proyecto? —Su tono logró sacarme una sonrisa.

—Si eso quieres, «compañero».

Caminó a mi lado sin decir más. La fila era larga, aun así, no se movió ni un momento. Los baños de mujeres y hombres estaban uno junto al otro, por lo que éramos muchos aguardando nuestro turno.

En silencio, noté cómo las chicas lo miraban, entre asombradas y fascinadas, mientras que los chicos lo hacían con una mezcla de envidia y miedo. Lo cierto es que él no parecía percatarse de ello. Me veía de vez en vez como asegurándose de que siguiera ahí, y luego dejaba volar su atención por la fiesta y por todo el amplio perímetro, supuse que buscando a la mujer que había logrado enamorarlo y que probablemente nunca sabría que lo había hecho. La odié, fuera quien fuera, ya la odiaba de una forma escalofriante.

Mi celular comenzó a vibrar dentro de mi bolso. Lo saqué y resoplé al ver el nombre en la pantalla. Luca me observó, atento. Contesté con la vista fija en su iris.

—¿Qué pasa?

—¿Todo bien? ¿Dónde estás? —Puse los ojos en blanco mientras Luca parecía estudiar cada facción de mi rostro.

—Sí, estoy bien, me encontré a… alguien. No tardo.

—¿A quién? —preguntó molesto, parecía que se había apartado de la música porque identifiqué su tono posesivo de inmediato. Luca enarcó una ceja como si estuviera esperando a que respondiera aquella pregunta que era imposible que hubiera escuchado.

—Gael, basta, tengo amigos. En un rato regreso, disfruta la fiesta. —Y colgué. Luca sonrió. Guardé el celular refunfuñando.

—¿Amigos? —lo decía divertido. Entorné los ojos.

—Perdón, tienes razón, le debí de haber dicho que «compañeros de proyecto». —Lo último lo entrecomillé con mis dedos.

Ante mis palabras, no pudo más y soltó una sonora carcajada. Me quedé pasmada, ahí, en la fila, contemplando ese gesto que jamás le había visto. Lo hacía con una gracia poco usual, parecía más accesible y joven.

—Veo que te resulto cómica —murmuré. Negó, ahora sonriendo mientras todas las chicas alrededor aguantaban la respiración ante el espectáculo.

—Cómica no, increíblemente imposible, la verdad es que Gael comienza a simpatizarme.

—Pues a mí todo lo contrario, al igual que tú. Ambos son… —Negué molesta sin poder concluir la frase, sacudiendo las manos y la cabeza, exasperada. Volvió a endurecer sus facciones.

—Sara, aunque compartimos cosas que ni te imaginas, no somos lo mismo —zanjó sin dudar. Parpadeé ante su evidente enojo, además, no comprendía ni pizca de su nuevo comentario, para variar. Lo ignoré.

Cinco minutos después logré entrar al sanitario. Luca aún continuaba serio, aunque a mi lado. Cuando salí me esperaba a unos metros.

—Me voy con los demás… —musité cansada de todo aquello. Él asintió caminando junto a mí.

Cuando di con ellos, se alejó sin decir nada. Observé su ancha espalda desaparecer entre la gente. Moría por tocarlo, por sentir su aliento tan cerca como había sentido el de Gael. Quería enredar mis manos en su cabello y descubrir lo que había en su cabeza, pero tal parecía que eso no ocurriría y debía entenderlo de una vez.

Suspiré resignada y avancé. ¿Por qué sus actitudes eran siempre tan confusas? La verdad es que me hacían sentir insegura y con la certeza de que me perdía de algo… o de mucho.

Gael, por su actitud, me dejó ver que había estado esperándome. Le sonreí apenas, pero integrándome a la conversación de los demás. Cuando ya no pudo más, se acercó un poco más relajado.

—¿Vamos? —Señaló la pista. Busqué un poco de apoyo en Romina, pero la muy sinvergüenza fingió demencia y desapareció de inmediato. ¡Ah, pero ésta me la cobraría!

La música electrónica estaba en su apogeo, por lo que bailamos sin tener contacto, y si lo buscaba, yo lo evadía sin dudarlo. Una hora después se fueron uniendo los demás, hasta que todos estábamos ahí. Cantábamos y brincábamos sin parar, riendo.

Ya casi era medianoche, el calor era sofocante y yo con mi escaso metro sesenta y siete no era la que más acceso al aire tenía, aun así, la estaba pasando genial. Bailar liberaba un poco de las emociones, cosa que al parecer necesitaba con urgencia porque no deseaba parar.

Un tipo corpulento, ubicado detrás de Gael lo empujó hacia mí. Él me sujetó de ambos brazos logrando que ninguno de los dos cayéramos. Mi amigo se molestó de inmediato, por lo que lo miró desafiante.

No tenía ni idea de quién era el chico, lo que era evidente es que era mucho más fuerte que mi amigo y que cualquiera de los que estaban a mi alrededor, y peor aún… no iba solo. Al notar el aire retador de Gael, cinco garrochones más nos escrutaron amenazantes.

Resoplé. Gael se dio cuenta de su poca ventaja y decidió ignorarlos.

Entorné los ojos, me sentía molesta, fue un simple empujón, por qué exagerar. Ese tipo de actitudes solían acarrear problemas, lo mejor era alejarnos. Justo cuando iba a dejarlo ahí, en medio de los demás, el ambiente se tornó extraño, cargado de algo que no me hacía sentir segura.

No puedo describir qué era, supongo que la sensación de peligro se podía oler. Mis manos comenzaron a sudar, yo los tenía de frente y comprendí por sus gestos que no se quedarían así las cosas.

Me di la media vuelta, nerviosa, con la intención de jalar a Romina cuando ésta salió proyectada hacia adelante, gracias a uno de ellos, lo que provocó que callera de rodillas en lo que quedaba de pasto. Gemí asombrada, buscando acercarme, pero éramos muchos moviéndonos.

Nuestros amigos voltearon furiosos. Los seis grandulones los miraron desafiantes, cuando volteé a mi espalda, otros dos, junto con un par de chicas que también parecían molestas y físicamente no se quedaban atrás. ¡Dios! Debían de tener más de veinte años y no parecían encajar en el lugar en lo absoluto. Debíamos salir de ahí, ¡ya!

Uno de ellos, el que empezó todo, aventó fuertemente a Gael. Asustada, seguí intentado llegar a Romina, pero los gritos comenzaron y la perdí de vista, un segundo después todo se volvió una absoluta locura; aventones y golpes por doquier. Con el corazón desbocado, busqué pasar, pero sólo recibía empujones que me hacían retroceder.

Gemí desesperada observando con histeria lo que ocurría, esos tipos estaban locos, estaban fuera de control, la violencia en sus movimientos me tenía aún más trastornada, ver cómo golpeaban a chicos con los que convivía a diario me generó mucha ira.

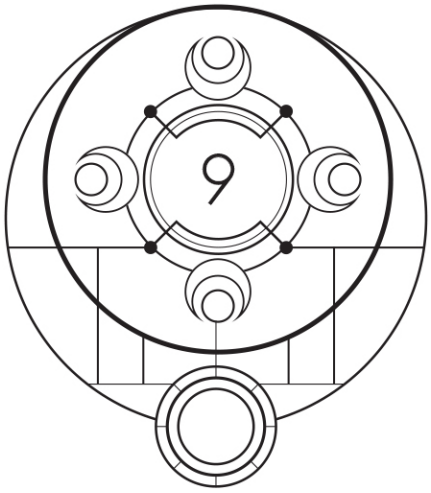
Un codo grueso se estampó en mi quijada provocándome un dolor lacerante, me tambaleé desorientada y, casi al mismo tiempo, algo puntiagudo y frío se clavó profundamente en mi costado izquierdo debajo de mi pecho, justo a la altura del pulmón.

Abrí los ojos llena de pánico. Quise gritar con todas mis fuerzas, no pude, sólo me doblé sobre mí misma, jadeando.

Respirar comenzó a ser imposible, me quemaba por dentro, ardía. Gemí poniendo la mano ahí, dónde me hirieron. Caí de rodillas sobre el pasto y la tierra, necesitaba pedir ayuda, pero de mi boca no salía ni una palabra, me ahogaba.

Las personas que iban y venían no se fijaban, me golpeaban sin cesar con sus pies. Con lágrimas en los ojos los cerré, un hilo de voz emergió, pero no era suficiente, lo intenté de nuevo, nada. Moriría ahí, aplastada, desangrada y no quería, ¡no quería!

Lloriqueos, groserías, gritos, personas corriendo sin control, empujones, golpes, quejidos, pero yo ya no podía ser consciente de nada. Dios, dolía muchísimo. Bajé el rostro, transpirando de forma anormal, un líquido oscuro manchaba mi blusa, mi mano. Abrí los ojos comprendiendo que no saldría de ahí.



—Sara… —escuché como en sueños. Era su voz, sabía que era él. Su calidez cubría mi costado izquierdo—. ¡Sara! —gritó para que lo oyera, sacudiéndome un poco.

Abrí los ojos, sentía que me encontraba dentro de un sueño, su cara de horror y su mirada negra, con tintes violetas, lograron que regresara. Gemí. No podía hablar, el sabor a óxido subía por mi esófago. Mis extremidades estaban tensas, las sentía poco, un sudor frío inundaba mi consciencia.

—Lu… ca —logré decir.

Se hallaba hincado cubriendo todo mi cuerpo con su fuerte complexión, ahí, en medio del caos. No sentí ni alivio ni nada al saberlo ahí, a mi lado, sólo más miedo, demasiado en realidad. Sabía lo que estaba ocurriendo dentro de mi cuerpo y mi tiempo se agotaba sin poder evitarlo. Lágrimas cargadas de tristeza, frustración, dolor, rodaron por mis mejillas. No quería morir, no así.

Imágenes incoherentes se adueñaban de mis pensamientos, envolviéndolos de forma aún más penetrante. Mi padre, Bea… ¡No, no quería dejarlos, no podía darles un nuevo dolor, no!

—Tranquila, te tengo, te voy a sacar de aquí.

Volví a sentir ese ardor al respirar y me sujeté de su camisa con mi escasa fuerza, jadeando. Lo escuché maldecir. Era tan extraño oírlo hablar de esa manera, no encajaba, sin embargo, ignoré eso, me centré en su aroma, en lo único seguro que tenía en ese momento, en el que parecía ser mi último aliento.

Acto seguido, y sin entender cómo, dejé de escuchar el bullicio, los gritos, la música… Ya no estaba en la fiesta.

Silencio.

—¿Sara? —susurró. Sabía que seguía a mi lado, pero debía estar ya soñando, ¿qué estaba pasando? Sería que ya no estaba del todo consciente.

—¿Sara? Abre los ojos. Por favor. —Su voz se quebraba, sonaba preocupado.

Los párpados me pesaban como si hubiesen instalado piedras en ellos. Con cada respiración el aliento y mi vida se esfumaban. Más lágrimas salieron. Sólo podía pensar en ellos, en mi familia y en lo que mi partida les generaría.

—Ya todo está bien. Sara, mírame. —Su voz era tan asombrosa, me abrumaba y a la vez me calmaba en medio de todo aquello. Por fin pude abrir los ojos. Estábamos dentro de un auto, en la parte trasera supuse, me tenía cargada como a un bebé. Su aspecto era desaliñado y me examinaba con los iris más oscuros que jamás hubiese visto. Intenté moverme, no pude.

—Qué bueno que reaccionas —musitó aliviado, pero esto duró poco porque comencé a toser intentando respirar, volví a gemir de dolor. Su rostro enseguida se congeló. Acercó su mano libre hasta mi boca y pasó un dedo por debajo de mi labio. Estar pegada a él me hacía sentir cerca de un radiador, pero no importaba, prefería eso que ese hielo que se iba apoderando de cada parte de mí—. ¡Sara! ¡Sara! —gritó negando, frenético. Me sentó sobre el asiento, alejándome de él. De inmediato regresó ese espeluznante frío. Tosí con lo que me quedaba de energía.

Moriría, y tener consciencia de ello no me ayudó, era más bien aterrador. Mis extremidades iban dejando de responder, mis manos yacían inertes a mi costado, la cabeza me pesaba y un cansancio crudo se apoderó

de mí. Quería gritar, llorar, rogar, pero sabía que ya no tenía sentido. Una bruma oscura me envolvía.

Se colocó casi sobre mí. Tomó mi rostro con la mirada desorbitada, enloquecida.

—Sara… Sara… No cierres los ojos, mírame, ¡mírame! —suplicó. Intenté enfocarlo, pero las lágrimas no me lo permitían, mi energía se esfumaba—. ¡Sara!, no vas a morir, entiendes. No vas a morir. No lo voy a permitir. Veme. ¡Veme, maldita sea! —Sus gritos cargados de ansiedad y miedo lograron que hiciera lo que me pedía.

Soltó el aire cuando notó que lo enfocaba. Sudaba, y yo sólo podía pensar que él sería lo último que vería. ¡No, no quería! Deseaba conocerlo más, saber cómo funcionaba su cabeza, lo que sentiría al estar cerca de él, perderme en su voz una y mil veces. Era tan frustrante, tan espantoso.

Cuando el tiempo no es lo que pensabas, cuando se escapa entre las manos, la impotencia lo cubre todo. Ya lo había vivido y reconocer la sensación, de nuevo, me desmoronó.

—Sara, no cierres los ojos por nada, no dejes de verme, ¿comprendes? Vas a estar bien. Confía en mí, sólo no dejes de verme —ordenó agitado. Asentí con los párpados. Mis segundos estaban contados y él parecía no desear que fuera así. Sin embargo, yo me iría de ahí y quizá, con el tiempo, mi imagen en sus recuerdos se diluyera, desapareciera también.

De pronto fui consciente de cómo sus manos se introducían bajo mi blusa. Quise ver lo que hacía, repentinamente asustada, removiéndome con lo que me quedaba de fuerzas.

¿Por qué no me llevaba a un hospital? Aunque dudo que llegara con vida.

—Sara… mírame, confía en mí, mírame, no te haré daño. —Su voz era apremiante y dura, pero logró que le creyera, no había ninguna intención enferma en esos ojos, únicamente ansiedad.

Lo enfoqué de nuevo, estaba a segundos de caer en la inconsciencia. Volví a toser, pero no dejé de verlo, ya era lo único que me anclaba a la vida, lo sentía. Sus ojos comenzaron a clarear y sostenía mi mirada como apresándome en ella, pero no como solía, sino con una energía real que me absorbía, que me rodeaba, que me protegía.

No sabía si eso era posible, pero lo hacía, me tenía ahí, atrapada, aunque tampoco era que deseara escapar, dentro de todo el terror que bullía en mi interior, eso era lo seguro, así que me aferré sin oponer resistencia.

Comencé a sentir caliente donde me hirieron hacía unos momentos. La temperatura comenzó a subir al mismo tiempo que sus ojos cada vez se hacían más claros, lo podía ver a pesar de la oscuridad. Estaba muy concentrado, atento a mí.

Respirar empezó a ser cada vez más fácil, sin embargo, la sensación de ahogo no se iba. No entendía qué hacía, lo cierto era que no tenía miedo, ya no.

—Sara, respira, lento. Respira… no dejes de verme. —Intenté seguir sus instrucciones sintiendo cómo mi costado comenzaba a quemarse, a escocer. No pude evitar perder el contacto visual y poner mi atención en aquel fuego, porque así era como se sentía. Lo que vi me dejó perpleja.

Su mano estaba ahí, sobre mi costado, emanando luz violeta desde adentro, provocando que su piel se viera translucida. Giré de nuevo hacia él, asombrada, otra vez llena de temor.

¡Qué era eso! ¡Qué estaba haciendo!

—Luca…

—Sara, por favor, no te asustes… Vas a estar bien —rogó. Comencé a removerme sin poder comprender lo que sucedía. No, no iba a estar bien, estar con él no estaba bien.

Sujeté su brazo buscando quitármelo de encima, estaba hirviendo, lo quité enseguida, azorada.

—Quema… —chillé, agitándome, negando débilmente.

—Lo sé… Sólo confía en mí, te lo suplico, va a pasar. Respira.

¿Respirar? No podía ni pensar. ¿Qué diablos era todo eso? Ya estaba alucinando, no tenía otra explicación. Sin embargo, lo sentía demasiado real. ¡Dios! ¿Quién o qué era?

Tomé aire de nuevo, con temor de sentir el ardor de hacía unos segundos, pero no regresó, aunque el sabor a sangre continuaba. Luca me evaluó en silencio, entre temeroso y preocupado. Yo temblaba, sin embargo, no se alejaba.

No era real, no era real. Me repetí de forma frenética. Yo ya estaba probablemente sin vida y no era real.

Unos segundos después, en los que sus ojos se volvieron casi traslucidos de lo claros que eran, se tumbó a un lado quitando la mano de mi herida, respirando con dificultad, notoriamente fatigado.

No me moví, no hablé, no hice nada.

Mis pulmones estaban adoloridos, pero sanos, lo comprendí en ese momento. Ya no moriría, no por eso. Me mordí el labio, asustada, aterrada en realidad. Mi cabeza era un caos, no lograba ordenar nada en ella. De pronto, caí en la cuenta de que habíamos llegado a la camioneta sin más, no había salido de ahí conmigo en brazos, lo hubiera sentido, estaba segura.

Volteé a verlo más espantada que nunca, estaba desconcertada.

Luca parecía haber corrido un maratón. Tenía la cabeza recargada en el respaldo, su cuerpo estaba rendido. Me miraba con los ojos aún muy claros, aunque ya no tenebrosamente traslúcidos. Esperaba mi reacción.

Tragué saliva, pestañeé.

Intenté incorporarme, debía irme, salir de ahí, ¡ya!

Un mareo me hizo regresar a mi posición. Lo tenía a menos de treinta centímetros y pese a saber que debía tener pavor por lo que acababa de presenciar, pues sería lo lógico, no pude irme. Su gesto me generó algo que no supe descifrar, pero no era desagrado, sino lo contrario. Deseé, por un instante, pasar una mano por su cansado rostro que, aun así, seguía pareciendo esculpido en piedra.

Luca estaba asustado y agotado también.

—Perdiste mucha sangre… —habló con voz queda, al ver que volvía a recargarme. Asentí sin saber qué decir—. Tengo que sacarte de aquí. La policía está en camino y tú aún no estás bien —musitó despacio.

¿Sacarme de ahí? ¿Policía? Mi cabeza parecía una pelota de goma que rebotaba de una cosa a otra sin lograr comprender algo congruente.

Se irguió con mucho esfuerzo. Se acercó a mí, sigiloso, como midiendo mi reacción.

No me moví, con trabajos respiré y, por su forma de mirarme, supe que estaba convencido de que saldría gritando de ahí y, la verdad, de haber

podido lo habría hecho. Lo cierto es que su cercanía sólo sirvió para entender que, pese a mi miedo, mi corazón deseaba salirse por mi garganta cuando estaba cerca, ahora de una manera más violenta, con mayor determinación.

Abrochó mi cinturón de seguridad lentamente.

—Cierra los ojos —me rogó, parecía rebasado por lo ocurrido, eso me tranquilizaba, por lo menos no era la única perdida en todo lo que sucedía, sin embargo, negué con seguridad, no quería perderlo de vista. Todo lo que estaba pasando era absolutamente extraño, irreal. Ni de loca lo obedecería.

Asintió afligido.

En un movimiento, que no tuvo nada de humano, apareció frente al volante, en la parte delantera de la camioneta. Di un respingo ante eso. Ahora me daba cuenta de que estábamos en su camioneta y que probablemente lleváramos ahí unos pocos minutos, y no horas como parecía sentir mi anatomía. Arrancó y salimos de inmediato.

De golpe recordé a mis amigos. Si a mí me habían herido, alguien podía haber muerto.

—Romina… todos —chillé intentando sentarme, de nuevo el mareo hizo que apoyara mi cuerpo contra el asiento.

¡Dios! Quería llorar hasta desvanecerme.

—Ellos están bien —espetó secamente estudiándome por el retrovisor.

Serpenteaba las calles de la ciudad con gran habilidad, como si eso también lo dominara. Sus palabras me dejaron por el momento tranquila, además, no quería hacerle más preguntas, tenía miedo de las respuestas.

Veinte minutos después ya entrábamos al fraccionamiento donde vivía, pero no nos dirigimos a mi casa.

—¿A… dónde me llevas? —pregunté preocupada, mi voz salió temblorosa, como si quisiera llorar.

—Sara, tu padre no te puede ver así. Iremos a mi casa a que te cambies y te limpies… Además, aún estás delicada —habló con suma paciencia. Fruncí el ceño sin comprender. Se detuvo en medio de la calle y giró hacia mí, culpable. Lo observé con cautela—. Cerré tu herida, sé que sequé la sangre en tu pulmón, pero no puedo reponer la que perdiste, sin ella todavía… —No completó la frase.

Comprendí lo que deseaba decirme. Mis fuerzas aún no regresaban, mis extremidades aún se encontraban entumidas y todo me daba vueltas. Era por eso.

—De acuerdo —acepté sin remedio. Sus ojos me atrapaban y su dolor, su confusión, lo alcanzaba a sentir casi como mío. ¿Qué estaba pasando? Además de toda la locura a mi alrededor.

Su casa se adentraba aún más que la mía en aquel lugar donde ambos vivíamos. Casi cuando parecía que la calle empedrada, que caracterizaba aquel lugar terminaría, un portón negro opaco que no permitía ver hacia dentro se abrió. Miré al frente, expectante, y con los débiles latidos de mi corazón a todo galope.

Las casas ahí eran de muchos tamaños, pero la de ellos, además de ser grande, se encontraba en medio de un jardín precioso. Flores, palmeras, árboles altísimos, una piscina del lado derecho bastante larga y que era fácil distinguir gracias a las luces que provenían de su interior, eso sin contar una pequeña cascada artificial que ahí desembocaba. Era bello en realidad.

Se estacionó frente a una construcción moderna, pero a la vez rústica, que no desentonaba con lo campirano del lugar. Varios escalones de piedra, pude apreciar, y una puerta de madera gruesa, oscura, que obstaculizaba ver la parte interior. Parecía de un solo piso, aunque ocupaba gran parte del terreno.

Apagó el motor y sin que me diera tiempo de pestañear ya abría la puerta.

¡Dios! Casi grito al verlo ahí. No me moví. Únicamente lo observé, con la respiración agitada, tanto como me lo permitía mi débil cuerpo.

—Te voy a desabrochar el cinturón —musitó despacio. Parecía cauteloso, era evidente que tenía miedo de lo que fuera a decir o hacer. Y, bueno, de poder hacer algo, lo que fuera, hubiese corrido, no mentiré.

Negué de inmediato, intentando ocuparme yo. Pero hasta hacer eso representaba un enorme esfuerzo, mis dedos temblaban, no me ayudaban. Mi falda estaba muy arriba, la blusa mal acomodada, tanto que me veía parte del sostén. Quería llorar, llorar hasta hartarme. Lo escuché resoplar, se acercó a mí muy despacio.

—Yo lo hago —dijo. En un segundo, literalmente, ya me había desabrochado el cinturón, acomodado la falda y la blusa. Me sacó cargando del auto. Lo observé aturdida—. Lo siento… Estoy nervioso… —musitó. Comprendí que sus disculpas se referían a lo rápido de sus movimientos.

No sabía qué hacer, aunque tampoco era como si tuviera muchas opciones, lo cierto es que algo dentro de mí sabía que a su lado estaba a salvo, por lo menos en ese momento. Su cuerpo estaba caliente, mucho, pero con el frío de la noche y el que yo sentía, era como tener un gran cobertor, lo agradecí en silencio. Sin poder pensar ya demasiado, pues me sentía al límite, recargué la cabeza sobre su pecho. Ya no podía más, luego me ocuparía de ordenar mi mente.

Lo escuché suspirar. La situación era macabra, lo cierto es que me sentía bien ahí, tan cerca de él; era como estar en paz. Una locura, lo sé.

La puerta se abrió sin que él hubiera hecho nada para que eso sucediera. Giré mi rostro agotada, con el corazón de nuevo alborotado, para ver con qué me toparía ahora. ¿Magia? ¿Gnomos? ¿Hadas? Ya nada parecía ser lo que creía, así que me di permiso de fantasear tanto como mi mente medio somnolienta podía. Por otro lado, la parte racional que habitaba en mí se negaba a creer nada que no pudiese tener una explicación, todo lo que en esa noche estaba sucediendo debía de tener una respuesta lógica y, en cuanto me sintiera mejor, la buscaría.

Un hombre igual de alto que ellos, pero mayor, se encontraba en el umbral. Debía rondar los treinta años, su cabello era lacio y lo llevaba casi tan corto como Hugo. Su complexión era ancha e igual de atlética que los otros dos. Sin embargo, sus ojos eran casi dorados, logrando así un contraste muy peculiar con su cabello castaño obscuro y tez trigueña.

De algo pude estar segura en aquel momento; ese hombre no era su padre, aunque definitivamente compartían mucha genética.

Se miraron en silencio por un rato, pero ninguno se movió. Hasta que el hombre chasqueó la boca, molesto, supuse por su expresión.

—Tú así lo quieres, ahora dime, ¿qué es todo esto, Luca? —Su voz era tan profunda como la de ellos, sin embargo, su timbre era más sereno y

rasposo. Me escudriñó apenas por un segundo entornando los ojos, para luego volver a verlo a él.

—Yori, necesito que me ayudes, luego te explico —respondió sereno, pasando por un costado del hombre que no se mostraba nada contento con mi presencia.

La iluminación en el interior era tenue, supuse que por la hora, sin embargo, no pude apreciar nada, lo único que tenía toda mi atención era el gesto duro de Luca y la forma tan posesiva con la que me tenía sujeta.

Entramos a una recámara, volteé un poco para observarla, de nuevo el mareo. Lo único que alcancé a vislumbrar fueron unos ventanales de piso a techo ubicados al lado izquierdo, el suelo oscuro era de duela y había una tenue luz sobre una mesilla de noche.

—Sara, te voy a dejar sobre la cama… —habló despacio. Asentí mientras sentía la fría colcha en mi espalda, eso me provocó un pequeño temblor. Lo veía fijamente, con la mirada plagada de preguntas, de miedos, de desconcierto.

—¿Está herida? —preguntó Yori, perplejo al entrar, pasándose una mano por la frente, apretando la quijada. Supuse que ése era su nombre, pues Luca así se había referido a él hacía unos segundos. Me acurruqué, o por lo menos lo intentaba, estaba tan asustada que no planeaba quitarles los ojos de encima.

—Ya no… —aseguró. Yori dejó de observarme para trasladar su atención a mi salvador, se veía claramente furioso.

—¡Qué hiciste, Luca! —Su voz estaba cargada de advertencia.

—La… sané —Él mismo parecía incrédulo ante su afirmación, perdiendo la atención en sus manos, abriéndolas frente a sí.

No, no lo soñé, no lo imaginé, comprendí de inmediato, lo cierto era que me tranquilizó notar que para Luca también era nuevo eso, que lo tenía igual de azorado que a mí.

—¿Pero qué carajos pasa contigo? Me niego a continuar la conversación de esta forma —gritó sin reparar que yo aún seguía ahí. Luca se ubicó entre él y yo, como protegiéndome. Comencé a transpirar sin control, debía salir de ahí, rápido.

—No será de otra manera, no mientras ella esté aquí. Escucha, hubo un problema en la fiesta, hirieron a Sara, estaba muriendo. Sentí que debía hacerlo… —le explicó.

Yori me evaluó al tiempo que tomaba una bocanada de aire.

—¿Sabes lo que significa esto? ¿Sabes los problemas que puede acarrearnos?

—No pasará nada, y no quiero discutir enfrente de ella. Perdió mucha sangre y no la veo bien. Además, date cuenta, parece querer salir corriendo de aquí, no se lo hagas más difícil —le pidió conciliador.

Yori se llevó las manos al cabello y dio media vuelta, para después enfrentarse de nuevo a Luca que permanecía quieto, atento a sus reacciones.

—¿Y qué esperabas? ¡Por los dioses! Prometiste no inmiscuirte, no acercarte más. Sabía que esto sucedería, debí haberte alejado. ¡Carajo!

—Ya te dije que no quiero discutir, está asustada y evidentemente no puedo llevarla a un hospital ahora, no entenderían la pérdida de sangre, ni nada. —El mayor se recargó en la pared que estaba junto a la puerta. Nos miró a ambos sopesando la situación—. Si no me ayudas entonces sí estaremos metidos en un buen problema. Sabes qué hacer.

—Luca, estás loco, esto es una locura. —Me señaló desconcertado. Me abracé con mayor fuerza.

Dios, ¿en dónde estaba?

—Yori, estamos perdiendo tiempo —le hizo ver, con tono apremiante. El hombre volvió a aspirar profundo y asintió al fin.

—De acuerdo, ¿dónde están Hugo y Florencia?

—En la fiesta, iban a intentar ayudar.

—Está bien, conseguiré todo, no tardo. No te muevas de aquí y no hagas más tonterías, mira que esto ya es más de lo que podré explicar alguna vez. —Y salió.

En cuanto me quedé sola con él, giré mi rostro hacia las grandes ventanas que no tenían las cortinas corridas y daban al iluminado jardín. Sentía las lágrimas escocer en mis ojos, aferré la tela sucia de mi blusa, nerviosa. No comprendía nada y tenía miedo, mucho miedo. Millones de

dudas y preguntas surgían, pero no me atrevía a decir nada, hasta respirar me angustiaba.

—¿Sara? —Se escuchaba tan agotado, preocupado. No giré, de reojo lo vi acercarse, esta vez con una velocidad casi humana. Apreté aún más mis puños—. Sé que tienes miedo, y… lo lamento, no quise meterte en esta situación. Pero te juro que no te haré daño. —Su voz seguía provocando en mí esa descarga eléctrica que inundaba cada parte de mi ser. Junté el valor necesario y volteé, estaba a un par de metros, ansioso y acongojado. Pasé saliva con dificultad.

—Me… me salvaste la vida… Sé que no me… lastimarás —susurré buscando, sin entender por qué, hacerlo sentir mejor. Jamás hubiera imaginado a Luca así, tan vulnerable. Por otro lado, lo creía de verdad. Sonrió sin alegría. Su cabello estaba revuelto y su mano derecha aún tenía sangre, mi sangre.

—Nunca, jamás —aseguró convencido. Dio un paso más hacia la enorme cama de colchas color perla, y que ya debía estar manchada con el líquido rojo que aún se hallaba en toda mi ropa. En seguida busqué retroceder, no lo podía evitar—. Sara… —soltó mi nombre con tono torturado—, no me temas, por favor —suplicó. Pero por mucho que deseara comprender todo, no podía, no en ese momento. Giré de nuevo mi rostro al lado contrario.

—Luca, qué pasó con mis amigos. —Cambié de tema, lo cierto era que sí deseaba saber. Lo escuché suspirar. Lo encaré de nuevo, llorosa—. Gael, Eduardo… Ellos… no creo que hubieran podido… —Recordar todo comenzó a perturbarme, mis nervios estaban a punto del colapso, lo sentía. Cambió su gesto al escuchar esos nombres, pero enseguida lo suavizó. Parecía contenido.

—Sara, tranquila —dijo desde la distancia.

—¿No entiendes? Esos chicos estaban locos, llevaban armas y si me hirieron a mí probablemente… ¡Dios, Romina! —chillé intentando levantarme, él fue más rápido y sentí su tacto caliente sobre mis hombros. Estaba de nuevo muy cerca de mí. Gemí asustada.

—Sara, no te muevas, no es un juego lo que te dije sobre tu condición. Quédate quieta, por favor. —Parecía un tanto molesto. Asentí tragando

saliva, temblando. De pronto, sin comprender por qué, tenerlo así de cerca me provocó unas enormes ganas de pasar una mano por su cabellera negra. Lucía muy cansado, incluso parecía tener unas pequeñas ojeras que hacía unas horas no. Estaba muy cerca, demasiado. Me soltó en cuanto me tocó, y luego se alejó—. Hablaré con Hugo, pero tú no te muevas —ordenó.

Y arriesgarme a que me diera un paro cardiaco, no, así que volví a asentir, sintiéndome muy fatigada, incluso adormilada. Los párpados comenzaron a cerrarse en contra de mi voluntad. Lo vi marcar y pegarse el celular a la oreja. Arrugué la frente al observarlo hacer aquello, me pareció ridícula la pura acción.

—Hugo… —No dijo nada en casi toda la conversación. Yo luchaba por no quedarme dormida, necesitaba saber lo que había sucedido—. De acuerdo, aquí. —Colgó en menos de un segundo mirándome, preocupado —. La policía llegó y los detuvo. Al parecer tú fuiste la única que salió herida de gravedad, a otra chica le rozaron el brazo y hay otro más al que le lastimaron una pierna, los demás fueron golpes y unas cuantas costillas rotas. Romina sabe que estás conmigo, ella y… los demás, se encuentran bien —concluyó.

Cabeceé, la inconsciencia me absorbía pese a que buscaba evitarlo. Me venció sin que me percatara.

Desperté y no reconocí dónde estaba, giré lentamente y vi que tenía conectada a mi brazo una delgada manguera transparente por la que pasaba un líquido rojo. Pestañeé varias veces, desorientada. De repente mi memoria regresó, despertándome por completo. Me erguí sin pensarlo, asustada, pero unas manos me regresaron a mi posición.

—Despertó. —Era la voz de una mujer. Volteé. Florencia me sonreía con su cara de portada de revista.

Había una luz tenue y yo estaba bajo las cobijas. Estudié mi cuerpo, ya tenía ropa limpia. De inmediato regresaron las pulsaciones rápidas, el miedo, todo.

—Teníamos que deshacernos de lo que llevabas puesto, espero que no te importe —apuntó con ternura al ver mi reacción. Parecía de lo más fresca, como si eso le ocurriera cada tanto. Sin poder evitarlo y embargada por la preocupación, lo busqué con la mirada. Estaba en un sillón, a un

costado de la cama, casi detrás de ella. Florencia se hizo a un lado—. No te preocupes, Sara, todo está bien, tú estás bien —habló con dulzura. Ella parecía muy amigable y bastante más relajada que ese tal Yori.

Luca me evaluaba sin moverse en lo absoluto, se veía más cansado, su boca era tan sólo una delgada línea. Observé mi brazo, consternada hice ademán de quitarme eso que me estaban introduciendo. ¡No tenían idea de mi tipo de sangre! Si eso era lo que me estaban poniendo.

—No, no te lo quites, es A positivo, está limpia y la necesitas para mejorar —la chica me pidió con voz calmada, llena de una serenidad abrumadora. Le creí.

—¿Qué… hora es? —Quise saber. Tenía que llegar a casa.

—Las dos… —me mordí el labio interno, intentado sentarme, pero me costaba mucho.

Luca hizo ademán de acercarse a mí para ayudarme, pero de inmediato sus ojos se posaron en los míos, dudosos. Florencia nos observó a ambos sin hacer ni decir nada. Un segundo después él me ayudó a incorporarme, alejándose de inmediato, mostraba una timidez tan extraña.

—Tengo que llegar a mi casa —susurré con la garganta seca. Él se dio cuenta de mi dificultad para hablar, me tendió un vaso con jugo de naranja y un popote. Lo tomé, desconcertada. Todo parecía irreal.

Se volvió a acomodar en aquel sillón. Su cabello negro, con sus rizos desordenados, su rostro inescrutable, su quijada tensa y esos ojos que me envolvían estaban más claros que nunca.

—Ya casi termina la trasfusión, en cuanto eso suceda te llevaré —musitó serio.

—¿A qué hora debes regresar? —Florencia ya estaba parada a los pies de la cama. Llevaba puesto un conjunto deportivo negro y su cabello sujeto en una coleta alta, no parecía haber estado envuelta en todo lo que pasó, al contrario.

—Antes de las tres. —Yori ingresó en ese momento. Parecía más tranquilo, incluso me sonrió. Sin embargo, no pude evitar encogerme un poco.

—Veo que está mejor —apuntó. Luca asintió sin dejar de observarme —. Tienes que marcharte, nosotros nos encargaremos de que llegue a su

casa —ordenó. Miré a Luca frunciendo el ceño. ¿A dónde debía irse? Tenía los codos recargados en sus largas rodillas y continuaba estudiándome. Mis latidos se aceleraban a cada segundo y no sabía qué de todo lo provocaba.

—Hasta que no la deje yo ahí, no iré —zanjó. Yori puso los ojos en blanco posando una mano sobre su hombro. No podía dejar de verlos.

—Luca, ella ya está bien, no seas necio. Flore y yo la llevaremos —propuso. Florencia asintió mirándolo, preocupada.

—No, lo haré yo, después iré… —repitió. Yori resopló.

Fue evidente para todos que no lo moverían de ahí. Lo cierto era que prefería que así fuera. No quería que me dejara con ellos, en esa casa, de sólo pensarlo mis palmas sudaban.

—Luca, no debes llevarte hasta este límite, no es necesario. No sabemos las consecuencias que puede generarte esto, ninguno ha hecho algo semejante nunca. —La voz de Florencia sonaba molesta.

—Dejen eso ya. No iré. —Y giró hacia mí, ansioso, notando mi preocupación, yo me aferraba a las sábanas con fuerza—. Sara, no te dejaré sola, de acuerdo, no hasta que estés en tu casa, ¿sí? —Asentí más tranquila, pero también inevitablemente intrigada. ¿A dónde debía ir? ¿Qué estaba pasando conmigo?

—Ya veo que no cambiarás de parecer. Como gustes. —Yori se acercó a la bolsa que contenía la sangre y la evaluó. No comprendía cómo era que tenía eso conectado a mí, ¿de dónde lo habían sacado? ¿Cómo sabían mi tipo de sangre? ¿Era médico? Lo observé, más confusa—. Veinte minutos… —Luca asintió aún serio. Yo no cesaba de mirarlo fijamente. Florencia y Yori desaparecieron un segundo después, sin decir nada.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó desde su lugar. Bajé la vista hasta las sábanas, alisándolas. Al borde de un ataque de nervios, era la respuesta, pero preferí no decirlo en voz alta.

—Mejor, aunque no es necesario que…

—No discutiremos eso, Sara, te llevaré yo. Soy consciente de lo asustada que te encuentras ahora mismo, puedo sentirlo. El miedo, las dudas. Así que pese a saber que estar a mi lado no es lo que elegirías si las cosas fueran distintas, en este momento soy al que conoces.

—Luca… me estoy volviendo loca, ¿no es así? —se lo preguntaba en serio. Sonrió triste y negó con un débil movimiento de cabeza. Asentí, regresando mi atención a las sábanas—. ¿Qué debo decirle a Romina? —susurré intentando cambiar de tema.

—Lo que tú decidas —admitió con suavidad. Lo miré sin comprender.

—¿No te importaría que le dijera la verdad? —indagué incrédula. Negó sereno y evidentemente más cansado. Fruncí el ceño y, de pronto, lo entendí.

—No entiendo nada —admití con voz temblorosa.

—Sara, debes estar tranquila, además, yo jamás te obligaría a hacer algo que no quieras, así que di lo que desees. —Su forma de actuar conmigo, tan delicado, suave, sigiloso, además de sus palabras, me dejaban perpleja y debo admitir que a una aparte de mí, lo cual no lograba comprender, le agradaban más de lo que debería.

—No se lo diré a nadie, Luca, después de todo te debo la vida —expresé con seguridad. Hice una pausa intentando encontrar algún sentido a todo aquello, pero no lo logré—. Sólo dime, ¿qué es lo que has pensado que debo decirle a Romina y al resto? En este momento mi cabeza es un torbellino, no logro hilar una idea con otra, incluso tengo miedo de estar en medio de un sueño porque lo ocurrido no puede ser real —expresé con voz ahogada. No pareció sorprenderle mi pregunta.

—Que te lastimaron la quijada… —Recordé ese golpe que no me dolía —. Yo te encontré en medio de la confusión y te saqué de ahí. Tú estabas muy asustada, te traje a mi casa, mi tío te ayudó a pasar el mal rato y te atendió el golpe. No querías que tu padre te viera así.

Bien, prácticamente no mentiría, únicamente omitiría una parte de la historia y eso me hizo sentir más tranquila. Después de todo, cómo diablos explicaría que él hizo «eso», lo que sea que hubiese sido y en lo cual no deseaba pensar en ese momento porque terminaría gritando.

—Yori no es tu padre, ni tu tío, ¿verdad? Tampoco doctor —deduje. Me dio la razón, bajando la vista hasta sus pies. Durante unos minutos no dijimos nada. El silencio estaba plagado de sentimientos contradictorios, tanto que podía percibir cómo viajaban por mi piel, por mis poros hasta los suyos, y viceversa.

—Recuéstate —me pidió en lo que pareció un ruego. Le hice caso, pese a sentirme mejor, era consciente de que aún mis fuerzas no estaban del todo restablecidas. Volqué mi atención en las ventanas, que ahora tenían unas cortinas blancas enrollables, completamente cerradas. Yori volvió a entrar unos minutos después en los que no volvimos a hablar.

—Listo. —Se acercó hasta mí y me quitó la aguja con mucho cuidado y maestría, mi pecho se contrajo al verlo actuar tan cerca—. Intenta descansar mañana y come bien. El lunes estarás como nueva, ¿de acuerdo? —Acepté sujetando un algodón con alcohol que me había dado para que lo colocara donde había entrado la aguja. De mis labios no salió ni media palabra, por lo menos para agradecer.

—Luca, llévala y luego te vas.

—Gracias, Yori, eso haré. —Ambos colocaron las manos sobre sus hombros serios, era como si se dijeran algo que sólo ellos podían comprender.

En cuanto se fue, hice a un lado las cobijas y me senté sin desear perder más tiempo. Aún llevaba mi falda, que por ser negra no parecía sucia y otra blusa, similar a la anterior, pero me quedaba grande, aunque no se me caía. —Supuse que era de Florencia.

Luca se acercó a mí en cuanto me incorporé y pasó un abrigo por mis hombros. Lo miré de reojo, temblorosa.

—Gracias. —Intenté ponerme de pie. Todo dio vueltas, lo cierto es que no como hacía unas horas o minutos… No tenía noción del tiempo. Se acercó de inmediato y me obligó a sentarme de nuevo. Pasé una mano por mi frente, ansiaba ya estar en casa, olvidar todo aquello, aunque sabía que jamás lo lograría.

—Aún no te encuentras bien —musitó como maldiciendo, su voz estaba plagada de preocupación. Respiré profundo y me volví a poner de pie, ignorándolo. Esta vez el mareo no llegó, no tan fuerte por lo menos—. ¿Puedes? —Quiso saber al lado de mí.

—Sí… —susurré buscando parecer autosuficiente y comencé a caminar de manera torpe rumbo a la salida. Dios, mis pies no me ayudaban mucho, los sentía pesados. Cerré los ojos, molesta, nerviosa.

—Maldición. —En ese momento volé por los aires quedando de nuevo atrapada en sus brazos de hierro ardiente. Di un respingo al comprender lo que hacía.

—Yo puedo… —protesté agarrada de su camiseta limpia, conteniendo el aliento.

—Mientes. Además, debes guardar energías para subir las escaleras de tu casa. —Tenía razón, así que no protesté más.

De nuevo, al salir, no me pude fijar en nada, sólo en él y en su agotado rostro. Sus ojos parecían no tener el brillo de siempre, de hecho, el líquido con movimientos que los caracterizaba no estaba, lucían estáticos. Poder escudriñarlo de esa manera era algo que había ansiado desde hacía tantas semanas, y ahora que podía, comprendía que no tenía idea de quién era. Mi corazón se contrajo ante ese descubrimiento.

Me acomodó sobre el asiento del copiloto con una facilidad impresionante, parecía no hacer más esfuerzo del que yo ponía cuando tomaba una hoja de papel entre mis manos.

Manejó en silencio hasta mi casa. Se estacionó frente a la cochera que, en mi caso, era abierta.

Sentí que habían pasado siglos desde la última vez que había estado ahí. Mi auto y el de mi padre estaban estacionados, sus palabras en el comedor antes de que me fuera, mi hermana dormida plácidamente en su recámara sin sospechar los misterios que el mundo encerraba.

¿Qué hubiese sido de ellos si Luca no me devuelve la vida?

Apreté los puños, con un nudo enorme en la garganta. Suspiré afligida.

Abrí la puerta sin tener la menor idea de qué protocolo seguir.

—Gracias —dije bajito, sin atreverme a encararlo. Comprendiendo que esa palabra quedaba pobre ante lo que hizo, pero sin saber qué otra cosa decirle.

—Sara… —Lo miré temerosa.

—Cuando regrese, si tú quieres… hablaremos.

—¿Tardarás mucho? —Mi pregunta sonó de lo más fuera de lugar, sin embargo, ésa era mi genuina preocupación. Él no pareció notarlo.

—Mañana estaré aquí por la noche, o mucho antes —dijo. Asentí estudiando la oscura calle.

—¿Contestarás todas mis preguntas?

—Siempre.

—¿Con la verdad?

—Sara, mírame —rogó. Lo obedecí con las palpitaciones desbocadas. El miedo entremezclado con lo que me provocaba su cercanía. El haber estado a punto de morir hacía unas horas, no me permitía actuar con normalidad o como sea que se debiera actuar en una situación semejante —. Te juro que nunca te he mentido y que jamás lo haré. —Por un momento no reaccioné, cuando me di cuenta de que no me movía, asentí perdida en sus ojos muy claros.

—Es mejor que me vaya. —Bajé de la camioneta sintiendo que me pesaban los pies. Escuché que su puerta se abría y de nuevo volaba en el aire—. Para de hacer eso —me quejé sin mucha convicción.

—No me gusta dejarte así —caminó hasta la puerta a paso normal, conmigo a cuestas, ignorando mi queja.

—Estaré bien. —Me bajó justo en la entrada, sacó la llave de mi bolso y abrió. De repente se acercó hasta rozar mi oreja—. Te veo arriba. —Torcí el gesto, confusa. Desapareció, miré a mi alrededor extrañada. Sólo quería mi cama y no pensar, si era posible.

Cerré la puerta tras de mí a prisa y subí sintiendo cada escalón más alto que el anterior. Rogaba que mi padre no se despertara y se diera cuenta de mi condición. Cuando al fin llegué a mi habitación, me encerré soltando el aire.

Prendí la luz al tiempo que me quitaba las sandalias, alcé levemente el rostro y… lo vi. Estaba de pie a un lado de mí. Casi grito del susto, pero me llevé una mano a la garganta sintiendo mis pulsaciones frenéticas.

¿Qué hacía ahí? ¿Cómo?

Pestañeé aturdida, ya no podría soportar algo más por esa noche, ni en un buen tiempo, aunque sospechaba que tendría que hacerlo.

—Ahora estás en tu casa sana y salva —declaró inspeccionándome. Su voz era una mezcla de alegría y ansiedad que me congeló. Se acercó hasta quedar a veinte centímetros de mí. Dejé de respirar. Elevó lentamente una de sus manos, temblorosa, hasta mi mejilla. Mi corazón brincó, gritó y se sacudió como si fuese un maldito demente—. Cuídate, ¿sí? —asentí sin

remedio al sentir su tacto sobre mi piel, de esa forma tan peculiar, íntima, cargada de significados que ninguno entendía.

Era un disparate que en medio de toda aquella locura eso fuera en lo único que verdaderamente me fijara. Un segundo después acunó mi barbilla y la acercó despacio hasta su boca, pero sin rozarnos. Su aliento chocó con el mío, cerró los ojos aspirándolo deseoso.

Me hallaba estática, sólo podía disfrutar lo que su contacto generaba en mí y su olor que envolvía todos mis sentidos, era alucinantemente delicioso, desconocido. Era Luca, me repetí, sólo él, ese chico que me enloquece, que había cambiado en semanas mucho de mi interior sin siquiera sospecharlo, sus silencios, sus palabras, sus ojos. Era él, pero sentía que apenas lo conocía.

—Debo irme. —Un segundo después de eso ya se encontraba a un par de metros de mí. Sus movimientos eran imperceptibles y… aterradores. Aparecía y desaparecía así, sin más.

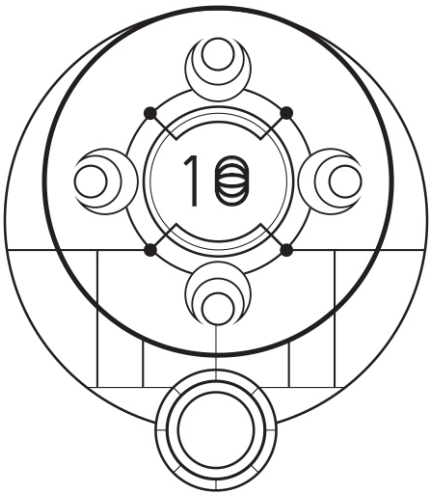
Pestañeé sin poder recobrarme, sintiendo las terminaciones nerviosas ya muy agitadas, expuestas. Y sin decir nada, su imagen se evaporó. No hubo humo, efectos visuales, nada, simplemente se desvaneció sin que mis ojos pudieran registrarlo.

Mi corazón, todavía débil, latía de manera dolorosamente irregular. No deseaba pensar, no quería, de lo contrario enloquecería, o ya lo había hecho.

Varios minutos después mis piernas se doblaron, me sujeté del muro más cercano. Sacudí la cabeza, cerrando los ojos. Necesitaba dormir.

Me metí al baño, me observé en el espejo por un minuto, estaba muy pálida, mi cabello estaba ondulado de varias partes, un moretón adornaba mi quijada pero nada de sangre.

Dejé salir un largo suspiro, mientras con lágrimas me logré despintar, me puse la piyama y me metí bajo las cobijas, convencida de que no podría dormir, no después de lo que había pasado las últimas cuatro horas; dejé que el líquido salado, que no paraba de salir de mis ojos, humedeciera la funda de mi almohada. Unos segundos después, me perdí en la inconsciencia.



El sonido de mi celular me despertó. Me tallé los ojos, cansada, era como si hubiese estado haciendo deporte hasta desfallecer. Mis músculos estaban engarrotados y mis párpados pesaban, eso sin contar lo vidrioso que sentía el globo ocular. Deseaba dormir varias horas más.

Busqué con la mirada al responsable de que ya no pudiese seguir sumergida en el sueño, no tenía idea de dónde lo había dejado. Peiné mi habitación, entornando los ojos, ¿dónde diablos estaba?

Mi atuendo de la noche anterior sobre el sillón captó toda mi atención. De inmediato me incorporé levantando mi blusa de la piyama con manos temblorosas. Una cicatriz muy pequeña levemente irritada estaba ahí, justo donde me habían encajado aquella navaja. Mi pulso se disparó de nuevo. Pestañeé varias veces, intentado acomodar algo de toda esa locura en mi cabeza.

La observé fijamente como esperando obtener respuestas. No lo había soñado, todo había sucedido. No me moví por varios segundos, iba llenando mi memoria con cada recuerdo. Cerré los ojos apretando uno de mis puños con la colcha.

Me hirieron, iba a morir. Luca me sacó de aquella fiesta, me había llevado a su auto sin que pudiera siquiera registrarlo, me había salvado la vida de… de esa manera irreal, extraña, y después fuimos a su casa. Ése era un resumen realmente aterrador.

Vi el piquete en mi brazo, me habían hecho una transfusión. Pasé un dedo sobre ese lugar, suspirando. ¿Qué fue todo eso? ¿Qué? La ansiedad me envolvía nuevamente. Y es que quién puede despertar de pronto en su cama asumiendo que algo como lo ocurrido horas atrás pudiese haber sido real. Era imposible, sin embargo, estaba segura de que mi mente no inventaba nada, así como las huellas de mi cuerpo debido a lo acontecido.

Lo evoqué justo en ese instante. Sus ojos tan claros que casi no se podían distinguir del globo ocular, su rostro fiero, decidido, agotado. Su forma de moverse, la manera en la que me cargó, no supe cuántas veces, su presencia en mi recámara, su íntima cercanía al final y su desaparición, por último.

¡Dios! Me cubrí el rostro con las manos.

Los detalles comenzaron a presentarse, uno tras otro sin detenerse. Evidentemente no era normal, él no lo era… Sacudí la cabeza intentando pensar con coherencia. Alguna explicación lógica debía de tener todo aquello. Busqué en mi mente, llena de ansiedad, una pista, lo que fuera, lo cierto es que no podía justificar lo descubierto el día anterior. Nada parecía tener una razón, por lo menos no humana.

Un temblor atravesó mi cuerpo, acompañado de un sudor frío que me dejó peor.

¿Qué era Luca?

Y una pregunta aún más aterradora me noqueó: ¿eso cambiaría lo que sentía por él? Lo dudaba, por tanto, ya me sentía una demente, una de marca mundial.

Me dejé caer de nuevo sobre mis almohadas. Era una inconsciente, mi padre tenía razón: no era confiable en mis juicios. Debería estar preocupada por millones de cosas más que el simple hecho de mis sentimientos por él.

¡Agh!

Cerré los ojos abrazando uno de mis cojines con fuerza, abrumada, muy asustada. ¿Cómo acomodar todo aquello en mi realidad, esa que nunca había contemplado que le pudiese ocurrir algo siquiera similar?

Lo único que sentía seguro era que él era bueno, no podía ser de otra manera. Me había salvado la vida, me había regresado a casa tal como había prometido, me había tratado con cautela, con cuidado. No podía ser algo «perverso», Luca no.

—¿Sara? —Era Bea, tocaba desde adentro del baño. Su voz me sacó de la ansiedad que experimentaba.

Me levanté con cuidado, midiendo mi energía, me sentía mucho mejor indudablemente, pero no como solía. Abrí la puerta. Su cabello rizado y rubio estaba enmarañado alrededor de su rostro. Un nudo en el estómago me tomó por sorpresa, si Luca no hubiera aparecido yo jamás la hubiera vuelto a ver.

—¿Estás bien? —me preguntó extrañada ante mi actitud. Asentí abrazándola por impulso. Unas ganas infinitas de llorar aparecieron de nuevo; al parecer me encontraba muy sensible, supongo que ver la muerte tan cerca cambia cosas en el interior de las personas, por lo menos eso sentía. La quería muchísimo y me ardía el pecho sólo de pensar que si no sucede aquello no la tendría ahí, conmigo.

—Sí. —Me rodeó con sus delgados brazos, recargando su cabeza en mi hombro. Tenerla tan cerca sólo logró que sintiera un enorme agradecimiento hacia él, y decidí que fuera lo que fuera y descubriera lo que descubriera, jamás se lo diría a nadie, nunca, no después de la oportunidad que me brindó.

—¿No vas a contestar el celular? —preguntó todavía recargada contra mi cuerpo. Me separé de ella, sonriendo. Lo había olvidado. Fui hasta mi bolso, esperando que ahí se encontrara, al verlo dentro, sonreí relajándome un poco. Era Romina, ya había colgado—. ¿Qué te pasó en la cara? —Quiso saber desde el baño, mirándome con atención.

Coloqué una mano sobre mi mandíbula, no recordaba el pequeño hematoma.

—Unos chicos se pelearon en la fiesta y me dieron un codazo —me quejé. Se acercó de inmediato a mí para observar el golpe.

—¿Te duele? —Deseó saber, por lo que pasó un dedo por la zona.

—No —acepté sonriendo para tranquilizarla, parecía alarmada, pero yo me sentía muy feliz de tenerla frente a mí.

—Papá se va a enojar cuando te vea eso, Sara.

—Lo sé, intentaré explicarle, tú no te preocupes —prometí con suavidad. El cansancio regresó con mayor fuerza, a manera de mareo, mi cuerpo pedía a gritos descanso. Me senté en la cama sin hacer mucho aspaviento. Se colocó a mi lado, estudiándome.

—Te ves un poco pálida, ¿segura que estás bien? —preguntó, evaluándome. Despeiné sus rizos con una mano, le saqué la lengua, ella correspondió como siempre, un minuto después reíamos por nuestras tonterías.

Mi celular volvió a sonar, lo tenía en las manos. Era Romina, lo supe aun sin ver la pantalla.

—Contéstale, si no va a llamar a la casa. Yo voy por un ungüento para tu golpe —anunció con frescura. Le guiñé un ojo y contesté.

—Hola.

—¿Hola? ¿Por qué no respondes? —rugió. De acuerdo, estaba histérica, comprendí. Ya sabía que ésa sería su reacción. Me recosté, resoplando. En serio necesitaba dormir nuevamente, además, mi cabeza no paraba de pensar en todo lo ocurrido, aunque en medio de esa cotidianidad podía incluso sentir que no había pasado.

—Porque no lo escuché.

—¡Me debes una reseña completa! No puedo creer que Luca te haya sacado de la fiesta. ¡Dios! ¡Guau! —gritó excitada.

—Romina, te perdí de vista, lamento haberme marchado de ahí, todo pasó muy rápido.

—Nada… A esos estúpidos los detuvieron. ¿Sabes que a eso se dedican? A ir a fiestas a robar y generar caos como el de ayer. Gracias a ellos tendré unas hermosas cicatrices en las rodillas. Tarados, idiotas. Y tú, ¿todo bien? —preguntó después de su letanía. Suspiré con la mirada perdida. Hablaba rapidísimo y mi retención no daba para tanto en ese momento.

—Me dieron un golpe en la quijada, nada de cuidado.

—Dios. ¿Cómo existe gente así? Pero, dime, ¿por qué te llevó a su casa? Te busqué como loca hasta que Florencia me detuvo alejándome de ahí. Cuando le dije que no te encontraba, me contó que Luca te había sacado del lugar. ¡Qué suerte tienes!

—Estaba muy asustada, el golpe me aturdió.

—Sí, yo también. ¿Sabes? Un par de chicos salieron heridos, esos imbéciles llevaban navajas.

—Lo sé —susurré cerrando los ojos con fuerza, un calambre recorrió mi columna vertebral.

—Gael tiene un ojo morado y un par de dedos rotos… Los demás deben encontrarse en sus casas bastante adoloridos.

—No vuelvo a ir a una fiesta.

—¡Bromeas! Es como quien choca y no vuelve a conducir, es absurdo… Además, no te quejes, tuviste a tu propio ángel de la guarda. Es más, ¿vas a estar ahí por la tarde?

—Sí.

—Iré a comer, avísale a Gabriele, así yo le cuento todo lo que sucedió porque seguramente no le gustará verte esa marca en el rostro, ya lo conoces.

—De acuerdo, te veo en un rato.

—Ve repasando todo, porque quiero detalles, ¿comprendes?

Al colgar me acurruqué pensativa, perdida en la nada. Necesitaba verlo, necesitaba saber que no estaba empezando a perder la cordura. Tenía miedo y a la vez ansiedad, sentía miles de emociones revueltas y no lograba acomodar ninguna.

Bea apareció con mi padre detrás, muy serio. Me incorporé de inmediato. Moría por esconderme en su pecho, rodearlo tan fuerte que nada pudiera diferenciarnos. Me contuve. Sólo lo observé desde mi posición, aguardando.

Se detuvo frente a mí, cruzándose de brazos. Me evaluó cuidadosamente, enseguida notó mi moretón. Llené de aire mis pulmones, lista para lo que vendría.

—¿Qué fue lo que sucedió, Sara? —preguntó, contenido.

Me encogí de hombros, estaba preparada para una regañina. Pero lo cierto es que en esta ocasión no me importaba. El día anterior había tenido la certeza de que no volvería a verlo y tenerlo en ese momento frente a mí, aunque estuviera molesto como siempre, no me irritaba, sino todo lo contrario.

—Hubo una pelea —susurré con suavidad. Frunció el ceño—. Unos chicos que al parecer se escabullen en fiestas para robar y causar destrozos, lo hicieron en ésta y se armó un gran alboroto —le expliqué. Se acercó a mí y levantó mi mentón con su mano.

—¿Cómo te hiciste eso?

—Un codazo, no supe de quién —musité sin dejar de verlo fijamente. Me soltó despacio, asintiendo, apretando la quijada. Leí una ira desconocida en sus ojos.

—¿Segura? —No entendí a qué venía esa pregunta. Volví a afirmar.

—Romina vendrá a comer, te lo puede confirmar, ella misma cayó de rodillas y dice que le quedarán cicatrices.

—De acuerdo, ponte el ungüento que Bea te trajo…

—Sí, papá. —Mi hermana se acercó a mí abriendo el pequeño frasco. Cuando mi padre ya casi estaba en la puerta, se giró.

—Y quédate en la cama, no me gusta nada la cara que traes, estás muy pálida. No debiste salir ayer después de la fiebre del otro día —declaró.

Después de ingerir el desayuno que me subieron, pues mi padre se tomaba muy en serio sus órdenes, volví a perderme en la inconsciencia casi sin percatarme, ni siquiera el agobio que experimentaba lo pudo evitar.

—¿Sara? —Desperté al escucharla casi sobre mi oreja—. Qué mala anfitriona eres, te dije que vendría a comer. —Era Romina, ya se sentaba sobre mi cama. Me incorporé aún somnolienta, sintiéndome mejor que hacía unas horas.

—Lo siento, me quedé dormida… —murmuré, tallándome los ojos. Lucía tan fresca como siempre, aunque sin maquillaje y enfundada en un conjunto deportivo.

—Ya le conté a tu padre todo lo que sucedió ayer. Está furioso y la verdad es que tiene razón, no puede ser que ocurran estas cosas, alguien

pudo haber muerto. —Pasé saliva, asintiendo. Ese alguien, de no ser por Luca, hubiera sido yo—. Por cierto, tú no traes buena cara —admitió levantando una ceja.

—Creo que aún no me repongo de la fiebre del otro día. Mañana ya estaré bien.

—Gabriele me va a hacer los macarrones con queso que tanto me gustan, así que tenemos tiempo. —Se acomodó a mi lado, mirándome—. Cuéntamelo todo…

Le narré cómo me había caído, omitiendo lo de la navaja, claro, y que Luca me había sacado de ahí al ver que me habían golpeado y que estaba a punto de ser pisoteada.

—¿Pero eso fue todo? ¿No hablaron? ¿Qué te decía? —insistió. Ya estaba de nuevo frente a mí moviendo el colchón con sus brincos de excitación. Dios, era imparable y yo no estaba para eso, aunque le agradecía su visita, pues me hacía sentir normal en medio de todo aquello que no tenía respuestas, me abrumaba.

—Romina, él es mi compañero de equipo, no somos amigos. Se portó muy bien, atento, nada más. Agradezco lo que hizo, pero lamento desilusionarte, Luca no es muy comunicativo… Créeme.

Frunció la boca, decepcionada.

—Dios, qué chasco, pensé que, no sé, se habrían hecho amigos… —refunfuñó. Dediqué mi atención al ventanal, negando. Ahora entendía por qué me había alejado una y otra vez, por qué no permitía que nuestra relación avanzara. Él no era lo que todos creían.

Comprenderlo comprimió mi pecho tanto que sin darme cuenta coloqué una mano sobre él.

—Es que son tan guapos. Hugo ayer ayudó a salir a varios de la pelea, junto con Florencia. Y llamó a la policía en cuanto vio que todo comenzó. —Enarqué las cejas, asombrada, a él no lo había visto el día anterior—. Gael es el que se fue furioso. Primero por la golpiza y luego por saber que te habías ido con Luca.

—Si él no hubiera respondido y nos hubiéramos alejado, probablemente todo hubiera sido distinto. —Mi voz estaba cargada de

amargura, después de todo había estado a punto de morir, pensé, ya no muy convencida de eso, de nada en realidad.

Me miró arrugando la frente.

—Sara, esos chicos de todos modos a eso iban.

—Lo sé, pero siente que debe protegerme, que debe mostrarse muy «hombre» cuando estoy ahí. Cuando nos aventaron giró hacia ellos decidido a mostrar sus habilidades de macho, obviamente al ver su tamaño decidió dejarlo pasar. Así comenzó todo —le narré. Mi amiga me escuchó asombrada—. Es muy posesivo, Romina, y no me gusta. Al terminar la fiesta se lo iba a dejar claro, ya no saldríamos más —lo último fue más un susurro.

—Me he dado cuenta de ambas cosas —admitió sonriendo con complicidad—. No te preocupes, Sara, ya habrá alguien que te haga perder la cabeza.

Cuando anocheció y Romina ya se había ido, me di un baño y regresé a mi cama.

—¿Cómo te sientes? —Era papá desde la puerta. En todo el día no se había acercado, sin embargo, notaba su preocupación, cuestión que me reconfortaba, aunque lo cierto es que me hubiera gustado sentirlo. Mi cabeza era un huracán y mi corazón también. Estaba tan perdida, asustada y muy confundida.

—Mejor… —musité casi dormida. Asintió serio.

—Si mañana no te sientes bien, no irás al colegio. Descansa. —Cerró la puerta sin esperar mi respuesta.

Me giré al lado contario, fijando mi mirada en algún punto en la oscuridad. Evidentemente, la avalancha de preguntas regresó, pero ahora con mayor rudeza. ¿Dónde estaría en ese momento? ¿De verdad contestaría todas mis preguntas? ¿Sentiría algo por mí?

Sacudí la cabeza, decidí tomar mi reproductor y ponerlo a todo volumen. Ya no quería pensar, no estaba llegando a ningún lado.

A la mañana siguiente, salí despavorida, si no me apuraba no llegaría, desayuné casi de pie, dando brinquitos. Al salir, él estaba ahí, de pie afuera de su camioneta. Me detuve con el durazno aún en la boca, nerviosa.

No se movió, sólo permaneció en su sitio, tenso. Aún estaba oscuro, pero lo pude distinguir sin problemas. Me daba tiempo, comprendí por su mirada. Su cabello húmedo, su desgarbo habitual, sus manos dentro de los bolsillos de los *jeans*. Era hermoso, admití.

Despertaba tantas cosas en mí que no tenía idea de cómo manejarlas para que no me dominaran. Caminé hasta él, despacio, cuando lo tuve a menos de un metro paré.

—Estás mejor —murmuró inspeccionándome con una ternura tan irreal que dudé que fuera cierta. Sonreí apenas, sin dejar de verlo.

—¿Qué haces aquí? —musité nerviosa, con la fruta en la mano, con la mochila en el hombro, con la respiración entrecortada. No sabía qué sentir, lo cierto es que tenerlo enfrente no generaba miedo, como sentí que sucedería el día anterior.

Sonrió, mostrando sus dientes blancos. Su cabello rizado se movía al mismo tiempo que él. Me humedecí los labios, atolondrada. Por instinto le di una mordida al durazno antes de hacer alguna tontería y es que me fascinaba pese a no tener idea de lo que era, de quién era.

—¿De verdad no lo sabes? —refutó con suavidad, mirándome tan fijamente que sólo atiné a negar, masticando despacio, un poco aturdida. Torció sus bellos labios, algo lo divertía y lo ponía nervioso a la vez—. Sara, por mucho que he hecho, no logro conseguir sacarte de aquí. —Señaló su cabeza con una de las manos.

Bien, mi corazón dejó de caminar, así, simplemente se detuvo y un segundo después, decidió que era mejor salir brincando de mi pecho. Mis manos temblaron y una sensación cálida me embargó. Me pasé el bocado, casi atragantándome.

—¿Por eso me… salvaste? —inquirí asombrada, seguramente con las mejillas bien coloradas porque sentía mi piel hervir.

—Sí —aceptó con culpa.

De lejos, si nos veía cualquiera al pasar, sólo miraría a un par de adolescentes conversando, quizá nerviosos, pero nunca darían con todo lo que estaba ocurriendo en realidad, lo que se escondía tras esa fachada que mantenía, que cuidaba con recelo.

—¿Si hubiera sido otra persona, también lo hubieras hecho? —pregunté. Negó serio. Sentí un nudo en la garganta. Callé por varios segundos, asimilando todo aquello—. Luca. Yo. Esto es demasiado y… no sé qué decir.

—Lo sé. —Su voz sonaba apagada, sin vida. El amanecer pronto llegaría, debía irme, pero no podía moverme siquiera—. Sólo vine a cerciorarme de que te encontraras mejor y a decirte que si quieres que me aleje definitivamente de ti lo haré, sin explicaciones, sin nada, sólo dilo y lo haré —declaró con seguridad. Fue evidente cómo cada palabra que articulaba destilaba frustración y también tristeza.

Me mordí el labio. Debía decirle que eso era lo mejor, que debía desaparecer de mi vida… pero dolía siquiera contemplarlo como una posibilidad, pese al miedo que se arremolinaba en la boca de mi estómago.

—No, Luca… Yo, sólo dame tiempo —murmuré nerviosa con la sola idea de no volver a verlo.

—Estaré aquí mientras tú así lo quieras —susurró con esa voz que me envolvía.

—Escucha, estoy asustada y… confundida. No comprendo nada, no sé si quiero hacerlo —confesé. Se acercó a mí lentamente, sin tocarme, sólo mirándome como si presenciara algo que jamás creyó ver. Pasé saliva abriendo mis ojos de par en par, expectante.

—Sara, te salvé porque ya no imagino mi existencia sin la tuya, pero eso no te obliga a nada conmigo, ¿comprendes? —admitió despacio. Asentí apenas, su aliento se colaba en mi sistema, tan fresco, tan suyo—. Nunca te haré daño, antes dejaría mi vida. No tengas miedo de mí. Sin embargo, espero que lo que decidas al final sea alejarte. —Se sinceró sin dar un paso atrás, ahí, a un beso de distancia.

Fruncí el ceño, perdida, repentinamente muy alterada por su declaración, mi cuerpo despertó de forma abrupta ante esas palabras.

Dios, yo era esa chica a la que se refería en nuestras conversaciones, esa que odiaba. No lo podía creer, sin embargo, sabía que era real, yo era esa a quien no se acercaría.

—No entiendo, ¿alejarme? —refuté, ya completamente impregnada de su olor a hierbabuena y menta.

—Es lo mejor —aseguró afligido. Envalentonada me acerqué un poco más, ahora sólo un par de centímetros nos separaban. Dejó de respirar y su iris clareó de forma dramática, pero ni eso me detuvo, bajó su cuello para verme, pese a que eso lo ponía nervioso.

—Me esperas aquí, de madrugada, me salvas la vida de una forma antinatural, me confiesas que lo hiciste porque sientes algo por mí y… ¿me pides que me aleje? —pregunté irritada.

—Sí… —respondió sin dudar, sosteniendo mi mirada, serio.

—Eres increíble, Luca, de verdad que sí. Por favor, no vuelvas a aparecerte por aquí hasta que cambies de opinión.

—No lo haré, tu vida va en ello —aseguró, retrocediendo.

¡Agh!

—¿Mi vida? Si tú mismo la salvaste. —Le hice ver exasperada, deseando gritar, golpearlo, hacer algo, lo que fuera, no susurrar iracunda por ello, me contuve. Debía irme o no llegaría.

—Eso fue diferente…

—No sé quién eres y mucho menos qué eres, lo cierto es que soy tan estúpida como para que no me importe —confesé ya desbordada, importándome muy poco mostrarme ante él. Las lágrimas salieron sin poder contenerlas, otra vez, la situación me tenía fuera de control y yo parecía una llorona descontrolada. Pero no me importaba, no en ese momento, no teniéndolo enfrente, así, decidido a alejarse sin darme la oportunidad de procesar todo, de elegir. —Continué—.Tú también me importas, ¿no comprendes que por alguna extraña razón que no entiendo, a lo largo de todas estas semanas, de nuestras conversaciones, me enamoré de ti? —declaré sin vergüenza.

Su mirada fue algo que habría deseado siempre conservar. Parecía aturdido, conmovido y, a la vez, asombrado.

—Sara… —Su voz encerraba una agonía dolorosa, llena de desesperación, de ansiedad.

—Vete, debo llegar a la escuela y no te preocupes, a nadie le diré nada. Haré como si todo esto hubiese sido un sueño.

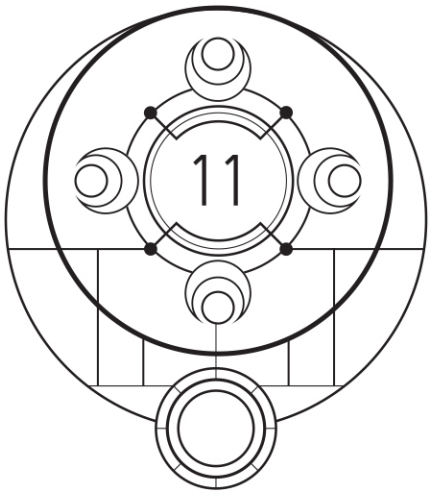
Me giré para subirme al auto, temblorosa.

—Sé que cuento con tu discreción y no tienes idea de cómo me gustaría que las cosas fueran diferentes, pero no lo son. Sé que con el tiempo lo entenderás.

No volteé, metí mis cosas y encendí el motor, al ver por el retrovisor noté que ya no estaba. Dejé salir un suspiro que en realidad parecía un llanto ahogado.

Conduje intentando poner atención a lo que hacía, no deseaba tener un accidente, no otro. Lo cierto es que mientras serpenteaba las calles comprendí que mi actitud no era objetiva, Luca escondía algo grande, muy grande, y era evidente que eso, o lo que él era en sí, no daba lugar a que surgiera algo entre nosotros.

No era rechazo, era miedo. Luca estaba haciendo lo correcto, entendí casi al llegar, y era lo suficientemente capaz de hacer a un lado sus sentimientos en aras de mi seguridad. Sonreí afligida. Me estacioné. Descubrir eso sólo logró que lo ansiara más.



Milagrosamente llegué a tiempo, tuve uno de esos días de suerte en los que hay pocos autos y todo fluye de manera perfecta. Algo bueno después de lo ocurrido hacía unos minutos, pensé mientras caminaba por los pasillos del colegio.

Justo en la entrada de mi salón, estaban él y Hugo conversando. Al parecer la suerte del poco tránsito lo había favorecido más que a mí, o quizá tenía algún extraño don para apartar autos del camino. Casi río ante mis tonterías, por lo que me exigí tomar con más seriedad todo esto.

—Buenos días… —saludé con frialdad cuando pasé a su lado, aún sentía rencor por lo que hablamos. No supe si respondieron porque tampoco me quedé ahí a esperar que lo hicieran. Me sentía nerviosa, sí, mucho, pero también molesta de que ni siquiera me diera la posibilidad de entender qué ocurría en realidad ni de conocerlo.

En la siguiente materia llegamos ambos casi al mismo tiempo. Nos miramos sin saber qué decir. El ambiente entre nosotros era notoriamente extraño, tenso.

—¿No se van a saludar? —indagó Romina a un lado de mí, confusa. Lógicamente no entendía el porqué de nuestra indiferencia.

—Hola —musité desviando mis ojos de los suyos, que eran bastante oscuros. Me sentía irritada, asustada también, debo admitir, pero no tanto como lo primero. Sin embargo, deseaba comprenderlo, en serio que sí.

—Buenos días, Sara. —La forma en la que lo dijo envolvió mi pecho, mi piel. Giré hacia él, aturdida, clavando mi atención en su rostro, escrutándolo con cautela. Aunque mi respiración iba a un compás discorde, jamás me había sentido más tranquila. Sonreí, asintiendo.

Ya en mi lugar, observé su espalda. ¿Qué estaría pasando por su cabeza? ¿Qué ocultaba? ¿Habría más como él? ¿Cuál era su situación? Dios, si me daban un pergamino lo llenaba con preguntas; lo cierto es que Luca parecía no desear que lo hiciera y prefería, por lo que era, no acercarse más a mí. Quizá era lo mejor.

—¿Cómo estás, Sara? —preguntó Eduardo al acomodarse, tenía un par de rasguños en la frente y un hematoma a un lado de los labios.

—Bien… —Gael venía tras él, me escudriñó serio—. Hola, Gael —lo saludé sin prestarle mucha atención. Tenía una mano vendada y en el rostro tenía varias contusiones más que Eduardo.

—Así que, ¿tú y Luca? —susurró muy cerca de mi oreja. La sensación me desagradó. Volteé molesta, no estaba para eso.

—Yo y Luca, ¿qué? —lo desafié apretando la quijada. Se sentó de nuevo, negando.

—No es el momento —señaló levantando la vista hacia el aludido precisamente. Éste estaba completamente rígido en su asiento, mirando de reojo, sin poder ocular su molestia.

Entorné los ojos. ¿Era en serio? Entre ellos dos me terminarían de enloquecer, lo juro.

La hora no fue tan terrible como sospeché. Eduardo, que estaba a mi lado, se dedicó a hacerme una reseña de lo que había ocurrido en la fiesta una vez que me fui. Gael nos ignoraba deliberadamente, se puso a hacer solo el resto del trabajo y nos lo pasaba cuando su amigo se lo pedía. Por tanto, sin queja y sin perder nada de la clase, pude incluso relajarme y reír. Me hacía falta.

Cuando íbamos a entrar a la cafetería, Gael me sujetó del brazo con cierta duda, apartándome del camino.

—¿Podemos hablar? —me preguntó con voz tranquila.

Asentí, era el momento.

Anduvimos uno al lado del otro sin decir media palabra, llegamos a una zona un tanto arbolada y bastante solitaria del colegio. Chasqueando la lengua se detuvo, suspirando, perdiendo la vista en el cielo que estaba adornado por nubes pomposas y bien blancas.

—Sara, ¿estás jugando conmigo? —soltó, bajo la vista un poco inquieto.

—Gael, tú sabías desde el principio que no sentía nada por ti —argumenté con simpleza. Su quijada se tensó.

—Pero me hiciste creer lo contrario, saliste conmigo —me respondió cruzándose de brazos, arqueando una ceja, como esperando mi respuesta a todo aquello. Metí las manos en los bolsillos de los *jeans*, arrugando la frente.

—No es verdad, salimos un par de veces, nos la pasamos bien… Eso es todo… No significa que sienta algo más que amistad por ti.

—Pero por Luca, sí —aseveró. Su voz estaba cargada de reclamo y celos. Me sentí culpable por un momento. Torcí la boca, dejando salir el aire contenido. Yo sola me metí en eso, debía salir sin herirlo, pero no tenía idea de cómo y su postura ya me estaba irritando.

—A él no lo metas, esto es entre tú y yo…

—¿No te das cuenta de cómo te mira? No te hagas la ingenua. —Ya estaba más cerca y levantaba la voz.

Apreté los puños a los costados de mi cadera. Eso sí que no me gustaba y no pensaba tolerarlo.

—No me hables así, Gael —le advertí, la furia comenzaba a apoderarse de mí debido a su postura intimidante, que conmigo no funcionaría. Lo miré fijamente, retadora.

—Sara, por Dios, te vi, estabas hablando con él cuando desapareciste y luego «mágicamente» él es quien te saca de la fiesta cuando todo se pone mal —expresó con doble sentido.

¡No, hasta ahí llegaría!

La ira se agolpó en mi cabeza en cuestión de segundos. Mi vida era algo que no lograba definir en esos momentos y que se pusiera de esa

manera, me crispó.

—Cuando «tú» lo pusiste mal, querrás decir.

—¡De qué diablos hablas! —rugió.

—¡De que si tú no hubieras pretendido hacer alarde de tu fuerza nada hubiera sucedido!

—¡Estás diciendo que fue mi culpa! —me gritó molesto. No me amedrenté ni tantito.

—¡Sí!, en parte sí. No te das cuenta que alguien pudo haber muerto. Te gusta que te noten, eres posesivo y demasiado ególatra, e insistente —expresé con hastío. Agarró mi brazo acercándome a él hasta tener su aliento sobre mí.

Dejé de respirar, asombrada. Eso no lo esperaba, nunca lo había visto tan molesto ni lo creía capaz de comportarse de ese modo. Apreté los dientes con rabia, lista para zafarme. Eso era demasiado, una bofetada era lo menos que se merecía.

—Suéltala.

Ambos volteamos. Luca estaba a un par de metros de nosotros con los puños apretados. Gael me soltó enseguida.

—No te metas, Luca, esto no te incumbe —gruñó irritado. Su voz estaba cargada de amenaza. Mis manos comenzaron a sudar, miraba a uno y al otro a la vez.

Los ojos de Luca, aun a la distancia, se veían negros como el carbón y tenía problemas para mantener la respiración regular. Gael iba a darse cuenta. ¿Qué debía hacer?

—No vuelvas a tocarla de esa forma, nunca —rugió. Su mirada era lo más aterrador que jamás hubiese visto y tenía peligrosamente contraídos cada uno de los músculos de su rostro. Pestañeé con el corazón enloquecido por el temor, por la preocupación, todo estaba entremezclado.

—No le… estaba haciendo nada. —Ante la advertencia de Luca, Gael se relajó y comenzó a trastabillar. Hugo apareció en ese momento y estudió la escena, sereno, con los ojos entornados.

—No me lo pareció, Gael, tomarla por el brazo y de esa forma no es educado de tu parte —expresó.

¡Dios! Me sentía clavada en el césped. Parecía que Luca tenía que poner todo de su parte para contenerse. Gael ya se encontraba en un plan conciliador, eso era evidente.

—Luca, no quiero problemas… —Se volteó hacia mí, arrepentido—. Lo siento, no estoy en mi mejor momento —se disculpó pálido, supongo que notaba al igual que yo lo aterrador de su expresión, pero no sé si de la misma manera.

Asentí algo nerviosa, pero sin responderle. Un segundo después se alejó, dejándonos a Luca, a Hugo y a mí solos.

De inmediato puse mi atención en el chico que robaba mis pensamientos, me sentía alterada. Rodeé mi cuerpo con mis brazos, pasando saliva.

Caminé hasta él, algo dentro de mí tenía la absurda necesidad de tranquilizarlo, de que volviera a ser el que solía. Sin embargo, seguía luciendo igual de alterado. No me importó, quería estar cerca de él.

—No, Sara, quédate ahí.

Había dado un par de pasos cuando la voz de Hugo me detuvo.

Luca temblaba y transpiraba sin control, parecía estar a punto de una convulsión. Miré a mi alrededor para ver si seguíamos solos. Así era, me froté los brazos, preocupada por su condición, pues no lucía bien.

—La tierra… —sugirió Hugo serio. Luca se agachó. Colocó las palmas de sus manos completamente abiertas sobre la superficie. Un olor extraño comenzó a emerger. No comprendía qué era lo que ocurría, pero a esas alturas sabía que era parte de lo que él en realidad era, aunque no tuviese idea de qué—. Luca, debes irte —dijo, sin mostrar alguna emoción.

Pestañeé confusa al escuchar de nuevo a su amigo. Éste aceptó sin levantar la vista, ahí en cuclillas, a unos metros de mí.

¿Irse? Me llevé las manos a la cabeza, aturdida.

—¿Qué pasa? —Al fin me animé a preguntar con voz temblorosa. Hugo se colocó en medio de nosotros, como protegiéndome. Luca alzó la vista desde su posición, fijándola en mí.

Jamás imaginé verlo así, estaba perdido, apesadumbrado y muy arrepentido. Negó cerrando los ojos, pero no habló. Jamás me imaginé lo

que me dolería sentir su dolor, pero era demasiado consciente de él, de su sentir.

—Sara, regresa a la escuela —ordenó Hugo, estaba a menos de medio metro de mí.

¡Con un demonio, yo necesitaba saber qué estaba ocurriendo, qué era toda esa maldita locura! Mis ojos se empañaron, me negué. Todo eso me estaba llevando a mi límite y lo peor era verlo así, afligido, profundamente abatido.

—No, quiero saber qué sucede, necesito que me lo digan… —supliqué. Hugo observó a Luca y luego a mí.

—No puedes acercarte a él.

—¿Por qué? —pregunté muriendo de ganas de hincarme a su lado y colgarme de su cuello. Era ridículo, estaba sufriendo, era evidente.

No lo soportaba, no podía.

Sara… vete.

La voz de Luca me tomó por sorpresa. Parecía súplica. No me moví, pero sí busqué sus ojos, esos que me llamaban.

Por favor.

Susurró con voz ahogada, cargada de un dolor hiriente.

Un sudor espeso recorrió mi cuerpo, abrí los ojos de par en par y me cubrí la boca, azorada. No había movido sus labios. ¡Luca no había usado la boca para hablarme!

Me sentí mareada. No podía creer lo que pasaba, eso era demasiado. Él hablaba en mi… ¿mente? Estaba paralizada, ahí, en medio de aquel enorme jardín, sola con ellos.

Resolveré todas tus dudas, ahora regresa a la escuela, te lo ruego.

Transpirando y sin entender cómo lo logré, regresé, pero con un millón de preguntas más y verdaderamente asustada, aterrada. Temblaba sin parar. Mi cabeza era un torbellino repleto de pensamientos que no tenían lógica, pero que a la vez encajaban.

¿De verdad me había hecho eso? ¿Era posible?

¡Maldición! Cómo podía dudarlo, lo que había ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas no tenía explicación alguna.

Entré a uno de los sanitarios, me eché agua en la cara, en el cuello, con la intención de que mis nervios dejaran de atormentarme. Mi rostro parecía congelado, decidí que ir a la cafetería era lo mejor, no quería estar sola. Al llegar a mi destino, solté el aire. Por suerte ahí nadie parecía saber nada. Gael no estaba en la mesa. Lorena y Sofía hablaban con un par de chicas sobre los pormenores de la catastrófica fiesta. Me senté, me ignoraron completamente, cosa que agradecí. Romina se daba cuenta de que algo ocurría, sin embargo, no me preguntó.

¿Qué diablos estaba ocurriendo?

Todo lo que mis ojos habían visto no era cierto, ¿o sí? La realidad, mi realidad, se estaba mezclando de una forma un tanto torcida con aquella ficción. Telepatía, salvarme la vida, tener esa fuerza, aparecer y desaparecer sin más, su constante cambio de color de ojos, ese líquido caliente cuando me tocaba y su temperatura corporal notoriamente elevada.

No era humano, eso era un hecho… Pero entonces, ¿qué? Sentí un escalofrió viajar por mi piel. No tenía ni idea de con qué estaba tratando y por mucho que intentaba, sólo podía pensar en los héroes o monstruos de las películas. Nada más.

Romina y yo caminamos juntas a la clase de Inglés.

—¿Qué fue eso entre tú y Luca? —Su pregunta me tomó desprevenida, no sabía a qué se refería exactamente, o a qué de todo—. Te gusta, ¿no es cierto? —Parecía un tanto decepcionada. La miré torciendo los labios, entornando los ojos.

—Sí…

—¿Desde cuándo? —preguntó, serena.

—Desde hace un par de semanas, supongo.

—Sara, ¿por qué no me lo habías dicho? —me interrogó. Me encogí de hombros—. Pensé que confiabas en mí —expresó con tristeza.

—Confió en ti. Es sólo que… no le vi caso decírtelo —admití. Se detuvo en medio del pasillo, buscando mis ojos.

—Sara, eres como mi hermana. —Me abrazó repentinamente. Ella no era así por lo que no supe qué hacer.

—Tú también, Romina. —Correspondí, sonriendo.

—¿Sabes? Yo creo que tú a él no le eres en lo absoluto indiferente. ¿Por qué crees que Lorena y Sofía están tan rabiosas? Apuesto mi Beetle a que tú a él le gustas y mucho.

No tenía que apostar su auto, al parecer ésa era la verdad, pero no servía de mucho o más bien de nada.

—Ya veremos… —Suspiré. En la entrada se encontraba Hugo, solo.

—¿Podemos hablar, Sara? —No mostraba ninguna emoción, sin embargo, su tono era algo autoritario.

—Tenemos clase. —Señalé el salón. Asintió. La verdad es que no me sentía preparada para más sorpresas, pues no lograba que mi vida y mi mundo fueran lo que solían hacía apenas unos días, además, sentía que lo único que evitaba que mi energía saliera desbocada y huyendo era mi piel.

—De acuerdo, entonces te busco más tarde —dijo. Acepté sin remedio.

Su lugar vacío, a mi lado, en aquella clase que nos unía de más, sólo me recordó lo mucho que me importaba y las millones de preguntas que se atascaban en mi cabeza. ¿Dónde estaría? Recordar su dolor erizó mi piel que rugía por su presencia.

Al salir del aula, Hugo estaba ahí, me detuve en seco. Todo lo que ideé para eludirlo se esfumó.

—Creo que perder un receso no será tan terrible —ironizó.

Pensé mi respuesta por unos segundos, al final del debate interno decidí que el miedo no me servía de nada, salvo para esconderme de esa realidad que ya tenía frente a mis narices. Eso estaba ocurriendo, era real y tenía que ver directamente con Luca, así que más me valía comprenderlo y enfrentarlo, fuera lo que fuera. Estuve de acuerdo, aunque lo miré seria.

Caminamos rumbo a las canchas hasta llegar a las gradas de fútbol. Subió primero y se colocó en la fila más alta, lo seguí decidida. Nunca había hablado con él.

Se sentó, esperando que yo hiciera lo mismo. Mis pasos, que siempre había calificado de ágiles, al lado de los suyos los sentía torpes y lentos. Dejé mi mochila y miré al frente.

—No te haré daño —expresó sereno.

Lo miré de reojo, respirando de manera más pausada. Debo confesar que esa aseveración me relajó un poco, aunque dentro de mí sabía que así

era.

—Lo sé —murmuré. Su cuerpo era tan grande como el de él, a su lado me sentía absolutamente insignificante, mas no en riesgo.

—Sara, hay cosas que debes saber… —Guardó silencio durante varios segundos sopesando lo que me diría y cómo lo haría. Esperé, juntando mis manos, sintiendo cómo el aire acariciaba mi piel, mecía mi cabello. Sus ojos, sólo podía pensar en eso… en lo que realmente encerraban, lo que en realidad me llamaba de él—. Todo lo que has visto es parte de lo mismo. No sé si estás lista para entenderlo, para saberlo, pero debo hablar —Suspiró—. El vínculo que hay entre Luca y yo viene desde antes de que siquiera existiéramos. —Comenzó. Lo miré, atenta.

No tenía idea de si era el momento, sin embargo, deseaba comprender un poco de todo aquello.

—Él y yo debemos estar juntos, uno no funcionaría sin el otro —Completó. Fruncí el ceño, perdida por aquella afirmación. Se dio cuenta y suspiró frustrado—. ¿Has escuchado del *yin yang*? —me preguntó. Afirmé con la cabeza, intrigada—. Así es lo que nos une; complemento perfecto, exacto, sin error, uno es parte del otro. De donde él y yo venimos, Luca es «inteligencia» y yo «fuerza». No podemos existir de forma independiente, no allá. —Tomó aire, se frotó la cabeza—. Aquí no existe esa clase de relación, por eso me cuesta expresarla en palabras —vaciló unos segundos, parecía no saber cómo ordenar sus pensamientos—. Sé que no comprendes nada, sé que tienes muchas preguntas que no me corresponde a mí responder. Quiero agradecerte en nombre de todos que no hayas dicho lo que has visto. Pero tienes que comprender algo, lo que tú y Luca sienten no puede ser —aseguró.

Una losa cayó sobre mi pecho. De todo lo que deseaba y necesitaba saber, no era eso precisamente lo que quería que me dijera. Al fin comprendí el porqué de esa conversación, no era para ilustrarme sobre lo que eran, sino para que no interfiriera.

—No me mires así, lo digo en serio. Lo que viste esta mañana es una muestra de lo que somos. Luca perdió el control, nunca le había ocurrido, él es control en el estado más puro y desde que tú apareciste en su vida, no

es el mismo… No lo comprendo, pero está torturado, diferente y no podemos ayudarlo —musitó lo último más para él que para mí.

—¿A qué te refieres con que «perdió el control»? —pregunté, aprovechando su pausa. Obvio tenía muchas preguntas, pero decidí comenzar por ésa.

—Sara, sé que es difícil entenderlo y ya debes haberte dado cuenta de que no somos humanos. Nuestra esencia es el calor, mucho calor. Si tú hubieras tocado hoy a Luca, te habría podido provocar una quemadura de tercer grado debido a su alto nivel de radiación, ¿comprendes? No se trata de fuego, sino de radiación. Es muy diferente —aclaró. Lo miré asombrada y sin dar crédito a lo que me decía, eso no era posible. ¿Radiación? Digo, lo de no ser humanos aún no lo tenía cien por ciento claro, pero ahora gracias a él ya no tenía esa duda, sin embargo, no me tranquilizó saberlo—. Estaba bastante alterado, pudo haber sucedido algo muy desagradable si Gael no reacciona a tiempo y se marcha, algo irreversible.

—Pero ¿cómo? El otro día me salvó, ¿de qué manera puede ser ambas? —lo cuestioné aturdida.

Resopló mirando al frente, perdiéndose en la cancha vacía.

—No lo sé, hay mucho que aún no entendemos. Luca sintió que tenía que salvarte y… lo hizo. No teníamos idea de que fuéramos capaces de algo semejante, ya que no debemos tener mucho contacto con las personas, las ponemos en riesgo; podemos causarles coma por fiebre, incluso matarlas o calcinarlas por dentro.

—¿Por eso quiere que lo aleje? —inquirí. Asintió serio.

—Sara, escucha, ustedes los humanos necesitan el contacto físico cuando sienten afecto por alguien, más si ese alguien te gusta o… lo quieres. Entre tú y Luca eso no puede ser. Él requiere todo su autocontrol para no dañarte cuando te ha llegado a tocar por alguna razón. Tú y todo lo concerniente contigo logra que no sea dueño de sí. Ahora me doy cuenta de que por muy controlado que sea, no siempre lo podrá manejar, y un día podría ocurrir un accidente de consecuencias funestas. No podemos ponernos en riesgo de esa manera, es absurdo.

—Esto no es por mí o por él. Tú lo necesitas, es por ti —completé con cautela. Me encaró arrugando la frente, se veía asombrado.

—Veo que eres rápida.

—¿Por qué me dices todo esto, Hugo? —lo cuestioné sin temor. De nuevo se puso serio.

—Luca es más que mi amigo, para mí es como lo que ustedes conocen como «hermano», o algo más complejo que no sé cómo explicarte, y que si lo hago me ganaré una pelea estratosférica porque no tienes idea de cómo es en realidad. Escucha, la lucha interna de la que es presa lo está haciendo sufrir mucho, no te imaginas cuánto. Si tú le dijeras que te dejara, que no volviera a buscarte, él lo haría… y terminaría esta locura. Sara, aún nos queda mucho tiempo aquí, no envejecerá, no como tú o el resto de tu gente, entre eso y miles de cosas más, debes comprender que lo que sienten es imposible. Es necesario que lo entiendas.

Esa nueva información me dejó peor. ¿Qué era todo esto? ¿Por qué tenía que ser yo la que estuviera en medio de una situación tan irreal?

—Basta, no quiero saber más —Decidí de pronto. Me observó confuso —. Hugo, obviamente tengo muchas dudas, demasiadas y siento que en cualquier momento perderé la cordura, así que por ahora no sé si quiero saber quiénes son, ni qué hacen aquí. Iré a mi paso. Pero hay algo que sí tengo claro, y no tengo idea de la razón, y es que no voy a pedirle a Luca que se vaya, no sin antes hablar con él. Lo siento, no pretendo que entiendas lo que hay dentro de mí, porque ni yo misma lo hago. Lo llevo en mi interior y no sabes cómo me reprocho por eso, pero no puedo evitarlo… —admití afligida.

Asintió llenando sus pulmones nuevamente de aire, se quedó mirando algún punto muy lejos de ahí.

—Después de todo lo que has visto y… de lo que te acabo de decir, ¿no te damos miedo? —preguntó casi afirmándolo.

—No —respondí asombrada por mi respuesta, pero era cierto, algo en mi interior en medio de esa charla se acomodó después de tanto desastre. Me intrigaban, deseaba conocerlos más y, sobre todo, Luca me atraía. No era miedo a él, sino a lo que sentía cuando lo tenía cerca y cuando no, también.

—No sabes qué hacemos aquí, ni por qué estamos mezclados entre ustedes —señaló un tanto molesto por mi inconsciencia.

—No creo que sea nada malo. Si no ya lo hubieran hecho y yo no estaría aquí hablando contigo… —solté con una simplicidad que me dejó perpleja, pero no se lo demostré. Me miró sorprendido.

—No comprendo tu cabeza, pero estoy seguro que ningún humano vería las cosas así. Juré que saldrías corriendo y huyendo, que intentarías delatarnos. Eres muy extraña de verdad. —Noté un poco de respeto y admiración—. Aun así, Luca y tú…

Me puse de pie, no seguiría con eso, no con él.

—Lo siento, Hugo, en serio espero que lo entiendas y no me malinterpretes, pero lo que suceda entre Luca y yo no es de la incumbencia de nadie.

—Te equivocas, nos atañe a todos.

—No diré nada, por lo que a mí respecta son como el resto, así que no veo qué más tenga yo que ver con ustedes. Por otro lado, tu relación con él es precisamente eso, tuya… —atajé. Bajó la vista hasta sus pies.

—Veo que eres difícil y tienes tu carácter, tal como él nos informó, no podía ser de otra manera tratándose de Luca —musitó levantándose, proyectando una enorme sombra sobre mí—. Quiero que sepas que no estoy de acuerdo con todo esto, pero no haré nada para evitarlo, no por ahora. —Eso último no me agradó, sin embargo, era su decisión. Asentí y me di la media vuelta. Su mano sobre mi hombro me detuvo, se sentía igual de caliente que la de Luca, sin embargo, el líquido no corrió dentro de mí—. Sara, ¿realmente no te importa qué tipo de seres seamos? Digo, no nos conoces, no lo conoces.

—A ustedes no, pero a él sí… y necesito creer que si en nosotros se ha despertado esto es por algo. No puede ser malo, sé que no lo es.

No esperé su respuesta y bajé las gradas. No tenía ni idea de en qué me estaba metiendo, pero conforme las cosas avanzaban me daba cuenta de que deseaba ir más allá, que lo necesitaba, por Luca, por mí, por este extraño sentimiento que nos envolvía, que nos marcaba. No, primero hablaríamos, después, después ya vería qué decidir, qué hacer.

No llegué a tiempo a la siguiente clase y tampoco tenía mucho ánimo de rogarle al profesor para que me dejara pasar. Me dirigí al estacionamiento.

Conduje sin rumbo, repitiendo esa conversación una y otra vez en mi cabeza, así como lo ocurrido con Gael y Luca. ¿Cómo estaría Luca? Aún podía sentir su temor, su dolor, y no me gustaba nada. Yo tampoco me sentía mejor.

Di con un parque que lucía bastante agradable. Grandes robles hacían sombra, había rosales y ficus por doquier. Tenía un pequeño camino adoquinado para los transeúntes y bancas pintadas de verde. Me bajé y caminé intentando despejarme.

Sonreí al ver a unas chicas patinando, pasaron a mi lado, conversaban, movían sus pies a ese ritmo que conocía tan bien. Los recuerdos me asaltaron. No había sentido la necesidad de hacerlo desde que mamá murió, y de pronto ahí, después de esa marea de cosas, me encontré extrañando la sensación del aire sobre el rostro, mis piernas deslizándose por el pavimento a toda velocidad. Sí, ése fue por mucho tiempo uno de mis mayores *hobbies*, junto con trotar en la playa y jugar cualquier cosa que implicara balones.

Anduve un buen rato. Nada tenía sentido y, aun así, era una realidad, nuestra realidad y no quería huir de ella, algo me decía que no debía. Evoqué nuestro primer encuentro; si era sincera me había repelido en la misma proporción que me había atraído, porque no había podido sacármelo de la cabeza desde ese momento.

Sus ojos los tenía clavados en mi mente de una forma tan clara que si cerraba los míos podría tocarlos. Esa marea líquida, su cambio de color, la forma de atraparme, eso que despertaba en mi cuerpo, bajo mi piel.

Me senté en una banca en posición de flor de loto, intentando acomodar todo de una forma coherente y con sentido. No, nada lo tenía si era sincera y me hallaba ahí, confusa, viva gracias a él, añorándolo, pensando únicamente en cómo se encontraría.

Perdida en el mecer de los árboles, recordé la sensación de su mano contra mi piel; me había cauterizado la herida en tan sólo segundos.

Cuando intenté apartarlo me había quemado, aún tenía la sensación nítida.

Sus ojos… el iris se había quedado casi sin color y él… sin energía. Hugo había dicho que eran seres calientes. Sabía que no mentía, Luca ya me había tocado algunas veces como para saber que su cuerpo siempre estaba a una temperatura más elevada que el resto.

Di un respingo al recordar la fiebre que tuve la semana anterior. Él me había abrazado y después de eso la sensación de irritación no había desaparecido, al contrario, aumentó hasta el punto de sentirme enferma. Con su actitud del viernes, al fin comprendí su lejanía.

Luca había provocado eso en mí. Me froté la frente, desconcertada. ¿Cómo podía haberme enfermado días atrás y después ser quien me salvó la vida?

Mi celular sonó dentro de mi mochila, no reconocí el número, aun así, contesté.

—¿Sara? —Era él.

El aire no escaseó, fue como si se tornara espeso, difícil de inhalar, mis manos comenzaron a sudar.

—Luca… —susurré.

—¿Estás bien? —se escuchaba preocupado. Por ese simple hecho noté que ya lo conocía lo suficiente como para descifrar ese tipo de detalles.

—Sí… —Soltó el aire.

—Lo lamento, no debí llamarte —hablaba más rápido de lo normal por lo que me costó seguirle el paso.

—Espera… —lo insté, nerviosa—. Luca, ¿podemos hablar mañana? —Me parecía irreal estar conversando con él por mi celular después de todo lo que había ocurrido. Sin embargo, me hizo sentir segura y normal.

—Claro.

—En el primer receso, ¿está bien?

—Cuando tú quieras —declaró con sinceridad. Su voz de nuevo era pausada y un tanto melancólica. Sonreí al imaginarme su expresión.

—Luca, ¿de dónde sacaste mi número? —pregunté intrigada. Podía no saber mucho de él, pero de algo estaba segura, no habíamos intercambiado teléfonos. No habló durante unos segundos que me parecieron eternos—.

Dijiste que no me mentirías, ¿lo sacaste de mi cabeza? —conjeturé molesta por esa intrusión a mi intimidad.

Si era así, quizá sí debía poner distancia, me parecía espantoso imaginar que alguien se inmiscuyera en tus más íntimos pensamientos, en tus imágenes mentales, en tus recuerdos.

—¿Tu cabeza? —No sabía de qué hablaba.

—Sí, mi cabeza… Sé que puedes meterte en ella, en la mañana lo hiciste —lo acusé.

Silencio.

—Ya comprendo. Lo obtuve de tu celular el día de la fiesta, cuando estabas en mi casa. Buscaba el de tu padre, por cualquier cosa. Lo vi en tu memoria. Sé que no debí. Lo lamento.

Observé a la gente pasar, sintiéndome una loca y fuera de lugar.

—Está bien —susurré con tono comprensivo.

—¿Dónde estás? —No tenía urgencia por saber, pero sí curiosidad. Unos niños habían pasado corriendo y gritando detrás de un schnauzer blanco. Obviamente los había escuchado.

—En un parque —contesté observándolos jugar con el perro. Le lanzaban una y otra vez una pelotita de goma amarilla y el animal salía tras ella, mientras la madre de los chicos los vigilaba de cerca.

—Cuídate, ¿sí? —No me preguntó en cuál, tampoco qué hacía ahí. Me daba cuenta de que no quería estirar demasiado la cuerda y, en parte, se lo agradecía.

—Sí.

—Hasta mañana, Sara. —Colgué absorta en la imagen que se desarrollaba frente a mí. Supe, en ese momento, con una claridad abrumadora que si las cosas entre Luca y yo avanzaban, no tendría un futuro como ése.

Me levanté de prisa, dejando a un lado la escena. Ya pronto cumpliría dieciocho y no tenía por qué darle importancia a ese tipo de pensamientos absurdos, tenía una vida por delante, ¿no es cierto?

Por la noche, ya recostada y lista para dormir, mi cabeza comenzó a divagar de forma frenética.

¿Qué le preguntaría? Intenté hacer una lista mental, que estiré, contraje y desaparecí en varias ocasiones. Ésa fue la primera vez que el sueño tardó más de la cuenta en llegar. Se lo adjudiqué a mis nervios, qué otra cosa.

Y es que ¿por qué existiendo millones de humanos me tenía que enamorar por primera vez del único que no lo era?

Coloqué un brazo sobre mis ojos intentando relajarme, pero no pude. Mi padre no tenía ni idea de lo que a su alrededor sucedía y Bea… menos. ¿Los estaba poniendo en riesgo? No, Luca no era así. Deseché ese pensamiento de inmediato, aunque no totalmente.

Ya era más de medianoche cuando decidí tomar mi reproductor y ponerlo otra vez a todo volumen; Arctic Monkeys sería suficiente, creí. Hacer eso comenzaba a convertirse en una fea costumbre, pero no sabía de qué otra manera acallar mi mente para caer en la inconsciencia. Casi de madrugada, logré cerrar los ojos.

Por la mañana me sentía agotada. Había dormido muy poco. Me puse unos *jeans*, una blusa blanca lisa y mis botas de cintas. Ojalá el día terminara pronto para poder pegar el rostro a la almohada de nuevo.

Mientras me aproximaba a mi clase, lo vi recargado en el barandal cromado que se hallaba frente al salón, a su lado estaban sus amigos, o lo que fueran. Después de la conversación con Hugo, ya no entendía qué parentesco los unía.

Con cierto temor, pero también incertidumbre, lo miré fijamente, importándome poco que los demás se dieran cuenta. Luca suavizó su expresión al toparse con mis ojos, examinó mi rostro, a la distancia, con detenimiento. Lucía mejor, noté de inmediato y eso de alguna forma me relajó.

Pasé a su lado sin dirigirles la palabra, sólo sonriendo apenas. Sé que él lo notó, con eso me conformaba.

—Te hubieras acercado a ellos, parece que les caes bien y eso es raro —murmuró mi mejor amiga, que ya estaba a mi lado. No la había escuchado acercarse. Le di un empujón, riendo. Nos sentamos en el lugar de siempre.

—Deja en paz eso, mejor dime qué auto tienes en mente —la regañé divertida. Pronto le darían otro carro, por lo que ese cambio de tema era

infalible.

La escuché atenta por un par de segundos, luego entró al salón y olvidé todo lo que ocurría a mi alrededor. Tan pacífico y amenazante a la vez, con esa mirada cambiante, delirante. Llevaba *jeans* y camiseta negra deslavada de lo más sencilla, pero que en él lucía arrebatadora. Su cabello aún se encontraba húmedo, así que caía pocos centímetros más abajo de lo habitual, haciéndolo lucir enigmático, absolutamente atractivo. Pronto se secaría y quedaría ese pelo negro brillante, un tanto ondulado y alborotado, que sólo generaba unas ganas mortales de tocarlo para conocer su textura.

Sí, todo en Luca me atraía, algo bajo mi piel se alborotaba con su presencia. Ésa fue la primera vez que lo hice consciente, me desconcertó, aunque no le presté mucha atención.

En la siguiente materia busqué de forma deliberada el lugar más alejado de Gael. Todavía me sentía molesta por lo del día anterior, por mucho que se hubiese sentido usado, o quizá lastimado, cosa que asumía como mi responsabilidad, no le daba ningún derecho de amedrentarme, de sujetarme de esa manera. Sin embargo, su culpabilidad y su expresión me ablandaron un poco.

—Sara, ¿podemos hablar? —escuché minutos después. Lo miré reacia, traía las manos dentro de las bolsas del pantalón y no me veía a los ojos.

—Gael, el maestro no tarda en entrar —le recordé seria. Posó sus ojos en mí, profundamente arrepentido.

—Lo sé, será rápido —prometió. Me crucé de brazos, aguardando. Notó mi postura, tomó aire como para agarrar valor—. Sara, no sé qué me pasó ayer… No quise decir lo que dije y te juro, por lo más sagrado, te juro que jamás te lastimaría.

—Quizá debí ser más clara contigo, quizá no debí aceptar tus invitaciones, sólo tengo a mi favor el hecho de que realmente deseaba ver qué sucedía, pero jamás, por mucho que tú te hubieses sentido usado, cosa que no es verdad, puedes justificar una actitud como ésa.

—Lo sé, lo sé y no sabes cómo me siento. Sé que fue así y que incluso antes de que aceptaras no sentías salvo amistad por mí. Lo lamento mucho.

—Yo también lo lamento. A lo mejor dije cosas que no debía. Si te lastimé espero puedas disculparme. Pero quiero que quede bien claro que no quiero que vuelvas a tocarme —murmuré con voz dura.

Luca entró en ese momento, Gael no lo vio, le daba la espalda. Parecía tranquilo, no volteó hacia nosotros. Sospechaba que había escuchado todo y continuaría haciéndolo sin ningún esfuerzo.

—Eso te lo puedo jurar. No soy así, me conoces y no te disculpes. Yo asumí el riesgo. Además, lo que dijiste es cierto; los expuse… te expuse… y doy gracias a Dios que no te haya sucedido nada grave. —Elevó una mano hasta tocar con cuidado la marca amarillenta de aquel golpe que había recibido.

Vi cómo Luca se removía incomodo en su asiento, mas no se giró. Sonreí alejando mi rostro de su mano, independiente de él, no quería que se me acercara, no por ahora. Bajó la mirada, afligido, para un segundo después encararme de nuevo.

—Sé que no es pretexto, pero… te quiero, me enamoré de ti —confesó. Abrí los ojos de par en par ante su declaración—. Sé que tú no sientes lo mismo, siempre he sido consciente de eso. —El salón se llenaba cada vez más y yo sólo podía observarlo, abatida—. Pero repararé mis estupideces y volveré a luchar por ti. Eres especial, mucho.

—Gael, no —rogué mordiéndome el labio. Negó sonriendo con nostalgia.

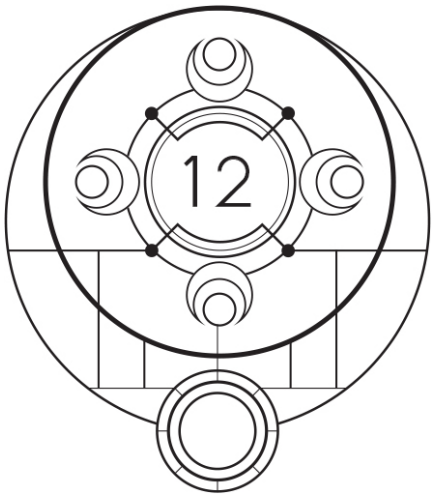
—Ahora estás molesta; Luca tenía toda la razón en defenderte, pero la pasas bien cuando estamos juntos. Te daré tiempo y te demostraré que puedo ser el chico que te mereces. Te quiero desde que te vi, eso no lo podrás cambiar —declaró con seguridad.

—Gael, no, no lo hagas —le pedí agobiada, angustiada por tenía la certeza de que nunca sentiría algo siquiera similar—. Sólo te lastimaré más y no quiero eso.

—No lo harás, tranquila.

El maestro entró en ese momento, exigiendo orden. Me miró unos segundos más y regresó a su lugar. De inmediato busqué a Luca, me veía de reojo, con la quijada tensa, pero no volteó.

¡Agh! Sólo yo me metía en esos líos.



Cuando terminó la clase, guardé todo de inmediato. Gael y Eduardo salieron sin esperarme, supuse que cumpliría su palabra y me daría el tiempo que había prometido. Debía ser más clara con él, aunque no sabía si funcionaría, ya que era obstinado.

Giré la cabeza hacia la salida, un cosquilleo recorría mi cuerpo. Luca estaba ahí, recargado en la pared, esperándome con la mochila colgada en su hombro, sereno.

Me erguí y lo observé fijamente por unos segundos. De inmediato sentí una cruda necesidad de acercarme, de adentrarme en su mente, de conocerlo más, mucho más, pese a todo lo extraño que existía a su alrededor. La esencia de Luca me llamaba.

Me acerqué con mis cosas en la mano, ladeé el rostro cuando lo tuve enfrente.

—¿No traes un suéter? —preguntó de forma casual. Reí negando. ¿Suéter? Hacía calor a esas horas.

—No… —movió la cabeza de arriba abajo, sonriendo. Mis terminaciones nerviosas se dispararon de inmediato por ese simple gesto.

—¿Aún quieres hablar? —indagó. ¡Claro que sí! Respondí en mi mente, pero sólo asentí con aplomo—. Entonces vamos. —Hizo un ademán para que yo saliera primero del salón.

Bajamos uno al lado del otro sin tocarnos. Cuando llegamos a la planta baja me detuve, evidentemente no podíamos hablarlo en la cafetería, sería arriesgado y disparatado. Al notar mi confusión caminó rumbo al mismo lugar donde sucedió el altercado con Gael.

Lo seguí con las manos sudorosas y el corazón casi saliéndose de mi pecho. Pese a ello, no daría un paso atrás, ya no.

El miedo estaba ahí, sería absurdo decir lo contrario, pero lo que sentía por él era mucho más potente. Esconderme de esa realidad, que parecía querer envolverme, no me ayudaría en nada, salvo para sentir ese horrible dolor que provoca no enfrentarse a las cosas y de eso ya había tenido demasiado en mi vida.

Anduvimos un trecho más. No había nadie.

—¿Aquí? —pregunté dudosa. Negó girando hacia mí.

No, no es seguro.

Pestañeé varias veces al notar que de nuevo no movía los labios.

—¿Cómo haces eso? —tartamudeé.

Estoy averiguándolo…

Confesó sin usar sus labios. Miré alrededor, para asegurarme de que nadie estaba ahí.

Ven.

Pidió con suavidad. Lo seguí confusa.

Comenzó a caminar hacia una pequeña construcción que parecía abandonada y que estaba a unos metros. Era una especie de bodega. No contaba con vidrios, sólo con una puerta robusta y un tanto oxidada. Nunca, en todo el tiempo que llevaba ahí, la había visto, no soy de las que ando indagando los recovecos secretos de un lugar.

La rodeamos y nos ubicamos justo por detrás. Había varios robles que daban una abundante sombra. Se detuvo. Hice lo mismo, expectante y nerviosa hasta lo inimaginable.

Acércate… Me instó mirándome mientras se recargaba en el muro gris del pequeño cuarto.

Yo estaba a más de dos metros de él, dudé. Aún no me acostumbraba al hecho de escucharlo en mi cabeza, me hacía sentir una lunática.

—Sara, no pasará nada. Ven. —Me tendió su mano, ahora sí habló. Me acerqué vacilante y observando su extremidad, indecisa. Digo, me atraía, pero no era una suicida. Hugo había sido claro y ya el fin de semana había estado a punto de morir.

—Pero… —Notó mi vacilación y sonrió asintiendo.

—Serán unos segundos. Es seguro —prometió restándole importancia. Di otros dos pasos quedando a menos de cincuenta centímetros de su torso. No me atreví a levantar la vista. De reojo noté cómo tomaba uno de mis rizos entre sus dedos y se lo llevaba a la nariz, dejé de respirar cuando escuché cómo inhalaba mi aroma—. Siempre hueles tan delicioso. —No me moví. Mis mejillas hervían, mi piel rugía por contener lo que en su interior enloquecía, lo que reclamaba para sí. Dios, tantas sensaciones al mismo tiempo no podían ser sanas—. No pasará nada. Tomaré tu mano unos segundos, nada más —me explicó con calma una vez que soltó mi mechón.

Lo encaré con un dejo de valentía. Sonrió complacido. Sus ojos eran muy claros y los pude estudiar mejor, sin importarme lo que pudiera pensar, pero lo cierto es que me hipnotizaban. Ese movimiento arrullador, suave, como el del vaivén de las olas en el mar, era hermoso. De repente su tacto caliente enrolló mi muñeca izquierda y enseguida me soltó.

Pestañeé confusa, ya no estábamos en la escuela, noté al girar mi rostro.

Dejé caer mi mochila alejándome de él por instinto, alterada. La tierra estaba húmeda y todo era verde, había pinos, robles y muchos tipos de árboles que no alcancé a reconocer. El aroma a tierra mojada era intenso al igual que el olor a laurel. Observé todo, perpleja, no tenía idea de dónde estábamos.

Abrí los ojos de par en par, buscando no entrar en pánico, lo cierto es que estaba a punto de hacerlo.

—Es la Barranca de Huentitán —expresó sin moverse.

No tenía idea de si lo había dicho con la boca o con el pensamiento, no me importó, no podía concebir que en menos de un segundo estuviera ahí.

Eso no era posible. ¡No lo era! Ese sitio estaba en las periferias de Guadalajara y era enorme, además, jamás había ido, sólo había escuchado de él.

—¿Cómo? Esto es imposible. ¿Cómo lo hiciste? —Volteé hacia él, estupefacta.

Estaba muy tranquilo evaluándome con una ternura asombrosa, eso sí, sin acercarse.

—Es parte de mí —confesó esperando mi reacción, ladeando levemente su rostro.

El frío de la mañana me erizó la piel y me abracé, de nuevo estudiándolo todo. A menos de diez metros de mi lado derecho estaba un acantilado y se podían ver montañas y montañas de vegetación.

Atónita observé el increíble paisaje.

Caminé, me acerqué cuidadosamente hasta el límite. Nunca había estado en un lugar así.

Recargué la mano en un árbol y permanecí ahí, de pie, asombrada. El cielo estaba azul, extrañamente no se asomaba ni una nube, en medio de las colinas pasaba un río que no sabía que existiera y, a lo lejos, se vislumbraba una cascada que dejaba caer el agua sobre más vegetación.

Era hermoso.

—Sara, ponte esto. —Volteé al escucharlo. Me tendía una chamarra que no reconocí y que no habíamos llevado con nosotros.

—¿De… dónde la sacaste? —Me acerqué y la tomé por la parte baja. Me la puse enseguida disfrutando del calor que me brindaba.

—Es de Florencia, hubiera traído una tuya, pero no me gusta entrar a un sitio sin ser invitado —explicó. Subí el cierre, sonriendo por aquella muestra de educación. Lo miré, agradecida.

Un segundo después extendió una frazada felpuda de color negro que, por supuesto, tampoco había visto, se sentó en un extremo. Yo hice lo mismo, pero del otro lado.

Mi cuerpo iba tranquilizándose lentamente. El aire acariciaba mi rostro, los ruidos sedantes de aquel paraje lleno de naturaleza se calmaban, todo jugó a mi favor. Ambos nos perdimos en lo impresionante del paisaje, estuvimos sin hablar durante varios minutos.

—¿Siempre… haces eso? —comencé sintiéndome lista, o por lo menos intentándolo. Giró hacia mí, juntando las cejas sin comprender mi pregunta.

—¿Qué? —Había casi un metro de distancia entre los dos y, aun así, podía detectar su olor a hierbas.

—Desparecer y aparecer —expliqué. Sonrió asintiendo.

—Todo el tiempo —admitió con simpleza.

Suspiré, intentando concentrarme en lo que realmente importaba y no en su perfecta anatomía a un brazo de distancia. Dirigí la vista hacia el cielo despejado. Él esperó.

—¿Cómo lo haces?

—Es parte de lo que soy, puedo desintegrar la materia de la que estoy hecho o lo que toco, para cambiarlo de lugar y volverlo a integrar en donde yo quiera —respondió sin dudar. Asentí perpleja.

—Los demás, ¿pueden hacerlo?

—Sí.

—¿Qué… otros poderes tienes? —No sabía de qué otra manera formular esa pregunta. Lo escuché reír levemente. Me sonrojé sintiendo como eso aligeraba el ambiente.

—No son poderes, Sara, son habilidades —me corrigió.

Estaba sentado con las piernas flexionadas y su rostro hacia mí, sus brazos descansaban sobre sus rodillas. Parecía tan humano, tan auténtico y, a la vez, tan endemoniadamente irreal.

—Pero sí, tengo otras habilidades. Varias de ellas, o casi todas, ya las has visto… —Tomó un trozo de forraje y comenzó a jugar con él—. Puedo moverme a una velocidad mayor a la que el ojo humano puede percibir, debido a mi esencia. Soy fuerte, lo que me ayuda para defenderme de ser necesario. Puedo, como ya sabes, teletransportarme, desintegrar la materia, volver a crearla de igual o diferente forma. Mis ojos y oídos son muy sensibles por lo que puedo ver y escuchar a gran distancia. Puedo mover objetos sin usar las manos. Levitar si lo deseo, aunque si lo hiciéramos aquí, sería muy peligroso. Lo que puedo hacer ustedes lo catalogarían como magia, pero forma parte de mí.

—También puedes meterte en la cabeza de los demás —lo acusé un poco molesta por haberme ocultado ese detallito. A la par quería encerrar aquella nueva y loca información en algún lugar de mi cabeza, donde no me fuera a hacer reír o llorar o gritar. Me miró torciendo el gesto.

—No es así, Sara. En realidad, eso es algo que nunca me había sucedido con nadie más —apuntó serio. Arrugué la nariz incrédula—. Entre nosotros así nos comunicamos, pero jamás nos había pasado que… un humano pudiera escucharnos —me decía la verdad, pude comprenderlo y me puse nerviosa.

—Entonces, ¿por qué te escucho? —pregunté sin entender. Fijó su mirada en el verdor, parecía preocupado.

—Aún no lo sabemos. Yori dice que probablemente cuando te salvé algo sucedió. No lo sé —murmuró.

No hablé durante varios minutos, intentando asumir esta nueva información. Mi corazón seguía latiendo como un maldito desquiciado, sin control.

—Entonces, ¿puedes escuchar lo que pienso, saber todo de mí? —inquirí. Negó un tanto divertido y más relajado.

—No, es como lo que estamos haciendo ahora; tú me dices sólo lo que quieres que escuche y yo respondo a eso. Funciona más o menos así, no puedo saber lo que piensas, ni lo que sientes, no puedo saber más de lo que tú quieras que yo sepa.

—Pero… yo no puedo contestarte. Bueno, lo que quiero decir es que tú me hablas de esa forma y yo no puedo responderte, ¿verdad?

—Yo creo que sí, que si puedes escucharme es porque también puedes responderme. Sólo que debes abrirte a mí.

—¿Abrirme? ¿Cómo?

—Supongo que con el tiempo lo sabremos.

—¿En serio no tienes idea de lo que pienso? —Lo miré suspicaz. Rio negando.

—No, no tengo la menor idea. Aunque te abrieras, tampoco la tendría, a menos de que tú quisieras que lo supiera, pero eso ya es más complejo y, en realidad, no lo hacemos. —Bien, por lo menos no lo tenía husmeando en mi loca cabeza. Eso era algo bueno dentro de aquella locura.

—¿Por qué yo? —solté de pronto. Mis palabras lo tomaron por sorpresa. Arrugó la frente observándome—. Digo, no sé cuánto tiempo llevas aquí… o si siempre has estado, pero ¿por qué te atraigo? ¿Por qué me atraes así? ¿Ya te había ocurrido otras veces? —Al parecer le había preguntado algo complejo.

—Nunca había sentido algo así por nadie. Ninguno de nosotros. Aquel día que entraste al salón ibas húmeda y agitada… Revisaste el área con esa mirada tan suspicaz que tienes y te detuviste en mí. Supuse que serías como el resto, que abrirías la boca, te asombrarías y que harías todo para llamar mi atención pero sin acercarte. Sin embargo, no hiciste nada de eso. Algo te molestó en cuanto me viste, era como si te hubiera caído mal sin haber hecho algo para que eso ocurriera. —Recordé ese momento en Artes, sonreí.

—Fuiste grosero —lo corregí. Sonrió entornando los ojos.

—Debía serlo, es nuestra forma para alejarlos. Funciona, salvo contigo. Fue raro porque cuando te acercaste lo hiciste con mucha cautela y hastío. No son los sentimientos que suelo despertar.

—Qué arrogante —apunté aligerando el ambiente que, a decir verdad, ya no se sentía tan tenso.

—Sí, así suena, pero es la verdad. De hecho, de una manera absurda llegué a sospechar que sabías quién era o qué era… No era normal tu mirada.

—No tenía ni idea, no la tengo en realidad —admití. —Lo sé, pero me desconcertaste como nadie lo había hecho nunca. Tus ojos tan llenos de extraña nostalgia, tu forma de caminar tan ligera y ágil, tus rizos así, alborotados, sin que les prestaras la menor atención… —Volvió a perderse en algún punto del hermoso lugar—. Fuiste atenta y valiente, te sentaste a mi lado, hiciste lo que debías sin temor, sólo molesta por ese rechazo que experimentabas sin conocerme en realidad.

—Fui chantajeada, seguro lo notaste, por eso no te respondí como debí hacerlo; fuiste un maleducado —murmuré.

—Qué bueno que no lo hiciste, estaba tan ansioso que no sé qué te hubiera contestado. Algo con la cercanía de tu cuerpo encendió interruptores que ni siquiera sabía que existían. Fue muy extraño. Por lo

mismo no pude evitar mirarte y por eso noté tu enorme esfuerzo para reproducir ese caracol maya —admitió.

No sé por qué en medio de esa confesión casi aplaudo al escuchar lo último. ¡Por fin sabía qué era eso que la maestra nos había puesto a dibujar aquel extraño día!

—Por eso te quisiste ver bondadoso y te ofreciste a darme tu dibujo.

—Sara, no eres buena en eso… —recalcó, divertido. Resoplé.

—Lo sé, nunca se me ha dado.

—Lo que me llamó la atención es que fuiste sincera; no aceptaste el mío y continuaste haciendo «eso» en tu hoja.

—¡Ey! Que a ti todo te salga perfecto, no quiere decir que puedas burlarte.

—No todo me sale «perfecto» —imitó mi tono, era tierno y fuerte; esa dualidad me atolondraba—. He enredado las cosas de una forma extraordinaria. —Su gesto se endureció y guardó silencio. Cuando volvió a hablar, incluso me sobresaltó—. Después de eso me di cuenta de que compartíamos casi todas las clases y que tú no saltabas precisamente de la emoción, al contrario… parecías odiarme. Yori pidió mi cambio, pero todo estaba lleno —me informó. Arqueé las cejas—. Y luego, como para coronar la torcida situación, esa materia de Desarrollo Humano. Ese odio y rechazo tan potente que buscabas ocultar comenzó a intrigarme y ya no pude sacarte de mi mente. Te estudiaba todo el tiempo; tan desinteresada para las pequeñeces y tan observadora de lo que realmente te importaba. Tus cambios de estado de ánimo me desconcertaban. Un día estabas bien y, de pronto, regresabas con tu mirada triste, aunque buscando que nadie lo notara, ocultándola detrás de esa fachada indiferente que sueles manejar. Tus palabras, tu risa. Las charlas en la biblioteca, tu temperamento… Enojada eres temible. —Quise darle un pequeño empujón, pero no quería arruinar el momento. Así que lo fulminé con los ojos. De pronto volvió a ponerse triste al recordar algo—. Insistías tanto en que fuéramos amigos… Era evidente que a mí me interesabas y también me daba cuenta de lo mucho que te confundía cada vez que te alejaba. Estaba hecho un lío, nunca lo he sido, pero ahora no sé cómo no serlo.

—Yo misma no lo entendía, bueno, aún no lo entiendo en realidad, pero de alguna manera dolía que fueses así —admití.

—Me habría gustado poder explicarte.

—Luca, ¿por qué dice Hugo que no puedes tocarme si ya lo has hecho?

—Han sido roces… Roces en los que he puesto toda mi concentración para no hacerte daño. No podía evitar querer conocer la textura de tu piel, lo sentía como una urgencia. —Observó su palma, afligido.

—El día que… me abrazaste. —Su rostro se contrajo con culpa.

—No, eso no puede volver a suceder, Sara.

—Enfermé por eso, ¿verdad? —reafirmé. Asintió con los ojos bien abiertos, clavados en el suelo—. Sin embargo, no pasó de ahí. O sea, sí subió mi temperatura, pero no me quemaste ni me hice cenizas —le recordé. Tenía la mandíbula tensa, y yo no me sentía cuerda hablando de todo aquello, pero necesitaba comprender en qué me adentraría.

—Todavía no comprendo por qué. Fui impulsivo y extraordinariamente egoísta. Supongo que de algún modo logré controlar mi interior, aun así, no fue suficiente y te dañé. No puedo perdonarme haberte hecho eso. Pudiste haber caído en coma, morir. Fui inconsciente, estúpido. No concibo cómo solté el control y lo hice.

—Pero… —No seguí debido a esa mirada color ébano.

—No, Sara, el hecho de que sienta esto por ti no cambia nada, al contrario, lo hace más complicado, más difícil. Contigo no puedo pensar con claridad y pierdo el control. Cuando estás cerca, como ahora, no sabes lo que daría por tocarte, dejar una mano sobre tu mejilla, rodear tus dedos con los míos. No puedo. Me importas de una forma absurda, ilógica, que no logro entender, pero sé que no podría vivir sabiendo que te hice daño o, peor aún, que terminé con tu… vida —confesó, tenso.

No habló durante varios segundos, yo ni siquiera me atreví a respirar. Un nudo en la garganta se instaló ahí, provocándome dolor. No me gustaba en lo absoluto el rumbo de la conversación, ni la realidad que surgía entre ambos. Dolía, dolía pese a comprenderla un poco más, pese a que entendía que debía dejarlo ir. Debía pedirle, por el bien de ambos, que se alejara.

—Ese día no pude evitarlo, llevabas una semana deprimida, me asombraba que nadie lo notara, aunque tú intentabas ocultar tu tristeza,

para mí era evidente. Parecías tan vulnerable y afligida, que por una exigencia de mi interior te acerqué a mí. La verdad es que ya no soportaba verte así…

Un pesado silencio se instaló, ahí, en medio de los dos.

—Durante estos años no he podido comprender del todo a la humanidad —expresó sonriendo con tristeza—. Siempre tan posesivos, tan volátiles, buscando el contacto físico con los demás como si en eso se les fuera la vida, como si no pudieran vivir sin eso. Si me hubieras preguntado en aquel momento, te habría dicho que era ridículo —se mofó evocando su pensar, pero enseguida su gesto se contrajo.

—Luego apareciste tú… y todo cobró sentido. Tu presencia iluminaba mis días, ni siquiera daba crédito de eso, pero era real. Y junto a eso, apareció algo todavía peor: los celos… Sabía de ese sentimiento, lo había visto en películas, incluso presencié peleas en algún sitio público, y debo admitir que me parecía penoso e innecesario, porque para mí eran muestra de debilidad e inseguridad. Lamentablemente, ahora sé lo que son. ¡Por los dioses! Respeto profundamente a los de tu especie, porque son atroces y te confunden. Fue así que comprendí el motivo de su necesidad de contacto físico. No tocarte… duele, duele en serio. Quisiera poder tomarte de la mano y mostrarles a todos que estamos juntos, como lo hacen el resto de ustedes. No puedo, no sin lastimarte. Sara… —susurró girando hacia mí con los ojos oscuros, pero plagados de tristeza, tanta que sentí un gran nudo justo en medio de la garganta.

—Perdóname, no tienes que pasar por todo esto. Tú te mereces una vida plena, llena de satisfacción. Eres humana, eres maravillosa. Yo no puedo darte eso… Nunca podré —zanjó abatido, con la mirada apagada.

Tragué saliva, puse mi atención en el roble que estaba a unos metros detrás de él, con los ojos entrecerrados me esforzaba para que las lágrimas no salieran.

—Tú crecerás y querrás tener una familia, desearás que cuando estés triste alguien pueda acurrucarte contra su pecho y decirte que todo estará bien, alguien que pueda… besarte, acariciarte… —enunció. Mis ojos ardían ante lo que escuchaba—. Demostrarte con su tacto lo mucho que le importas y lo invaluable que eres en su vida; y te juro que daría toda mi

existencia por llegar a ser yo ese alguien, por envejecer a tu lado, por saber que tenemos que vivir al máximo porque nuestro tiempo en este mundo es muy corto como para desperdiciarlo en peleas o desavenencias. No puedo, no pertenezco aquí y… tú tienes que hacer tu vida —finalizó.

No me di cuenta de que mis mejillas estaban húmedas, hasta que lo vi alargar un dedo hasta mi rostro, con lentitud. Sin tocarme, tomó una lágrima para examinarla con suma atención. Cerró los párpados un segundo, fuerte.

—No llores… no cuando no puedo hacer nada para consolarte —suplicó acongojado. Me limpié con la manga de la chamarra, negando.

—Luca… —susurré llorosa, mirándolo suplicante, consciente de lo que eso implicaba, de lo que estaba a punto de decir—. No te vayas… —pedí en un ruego. Cerró de nuevo los ojos, soltando un largo suspiro. Cuando al fin los abrió, eran casi ámbar.

—No lo haré, no hasta que tú me lo pidas —prometió. Volví a limpiar mis lágrimas, pero seguían brotando.

—¿Por qué debo ser yo quien tome la decisión? Siento que dejas en mí la carga de lo que sucederá.

—No quiero que lo veas así, no es mi intención, pero tú eres la que corre peligro a mi lado… Así que a ti te corresponde decidir si vale la pena, si puedes con ello. Yo sé que no podría alejarme sabiendo que sufres. Lo intenté y lo único que logré fue obsesionarme más con la idea de verte, de estar cerca.

—¿Cuando me evadiste en lo del proyecto? —adiviné.

—Sí, debía poner distancia. Yori y yo comenzamos a buscar otro sitio donde instalarnos, no pude. Al final la distancia para mí es relativa y no cambiaría nada. Pensarte lejos era como imaginarme sin calor. Así que prometí ser cuidadoso. No lo hice. Aunque tampoco me arrepiento por salvarte. Pero, Sara, si tú en algún momento cambias de opinión, lo respetaré, ¿comprendes? —Su voz se quebraba, me daba cuenta de que haría lo que yo decidiera, haría a un lado sus sentimientos por mí, precisamente por lo fuertes que éstos eran.

¡Dios! No tenía lógica que ambos sintiéramos esto de una manera tan rotunda y potente, sin embargo, era lo más real que había vivido jamás.

¿Cómo enfrentar todo eso?

—Luca, sé que soy egoísta y muy inmadura… pero quiero estar a tu lado. No sé, es como una urgencia, algo que me define, necesito entenderlo —confesé asombrada por mis palabras, que sin comprenderlo iban cargadas de toda mi verdad. Me miró cariñoso.

—Que me aleje es algo que ocurrirá en algún punto, Sara. Eso es inevitable.

—Sí, pero no ahora, por lo menos.

—Estaré a tu lado hasta que tú quieras lo contrario.

Nos observamos intensamente durante varios minutos más. Sabía que cumpliría su promesa, ahora todo dependía de mí.

—Tus ojos… —susurré cambiando de tema—, siempre cambian de color, aunque nadie parece notarlo y… creo que ya sé de qué va cada tono. —Pestañeó nervioso, arrugando la frente.

—¿De qué… hablas? —pregunto extrañado. Sonreí sacudiendo la cabeza.

—De tu iris, cambia de color, es como un líquido que se mueve —le expliqué alzando un dedo hasta mi ojo derecho, haciendo círculos para que comprendiera a lo que me refería. Apretó los labios, tenso.

—¿Puedes ver eso? —Parecía incrédulo. Asentí mordiendo el interior de mi labio.

—No debería, ¿cierto? —conjeturé gracias a su gesto. Negó desconcertado, frotándose el cuello.

—¿Y cuál crees que es la razón? —me preguntó intrigado.

—Bueno, creo que cambian según tu estado de ánimo —aseguré con suficiencia. Alzó las cejas un poco confundido—. ¿Sabes? Me preguntaba por qué nadie lo notaba, para mí es muy evidente, desde siempre.

—¿Desde el primer día? —Quiso saber.

—Desde que hablamos para ponernos de acuerdo para lo del trabajo, ahí fue la primera vez y luego cada vez que te veía, habláramos o no.

Asintió despacio.

—Nadie lo ve, Sara, para los humanos sólo tengo un color. Y debo decir que, para ser tan despistada, te fijas mucho en los detalles —apuntó torciendo los labios. Sonreí, su tono buscaba aligerar la situación, aunque

quedaba claro que eso obedecía a otra anomalía entre nosotros—. Explícame esa hipótesis que tienes sobre lo tonos, me intriga —instó.

—Cuando estás molesto o triste, se oscurecen; cuando estás tranquilo o alegre, se aclaran. Entre más sientes, más marcada es la tonalidad.

—Así que soy un libro abierto para ti en cuanto a mis emociones —murmuró aún desconcertado. Me encogí de hombros, con timidez.

—Eso parece, aunque… hay un color que no logro descifrar —admití. Arqueó una ceja.

—¿Cuál?

—El ámbar, hay veces que se ponen de ese color —dije. Frunció el ceño.

—¿Ámbar?

—Sí, tengo la impresión de que ha sucedido cuando te he tenido más cerca y entonces tu iris se torna de ese color, cambia como con las demás emociones —expliqué con sencillez. Sonrió al fin.

—Qué vergonzoso —cuchicheó desviando la vista, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté. Me encaró divertido.

—Sara, eso es porque… siento placer al estar junto a ti.

—Oh… —logré decir ruborizada. Negó cerrando los ojos, sonriendo. No quise decir más, por primera vez sí lo noté apenado y eso aligeró de nuevo la situación.

—Creo que debería comprarme unos lentes de contacto —bromeó, fingiendo sopesarlo. Sonreí—. En serio, así no sabrías todo el tiempo lo que tramo. —Y movió los dedos de arriba abajo. Me hacía sentir ligera el que estuviese haciendo aquello, era como restarle importancia a todo.

—¿Te molesta que lo sepa? —lo cuestioné. Negó con firmeza, serio.

—No, tú puedes saber de mí todo lo que desees.

—Eso me agrada —acepté ruborizada y embobada—. Me gustan tus ojos —solté arrugando la nariz.

—Y a mí, tú, completa, desde adentro hasta afuera; tus ojos también son hermosos, de un color extraño. —Señaló con su dedo. Asentí, bajando la mirada.

—Sí, es raro, dice mi padre que se parecen a los de mi bisabuelo, no lo sé. Pero son muchos colores en un solo iris.

—No me suelo fijar mucho en las personas, la verdad, menos en algo tan íntimo como eso, pero sí, es llamativo. Me gusta —expresó guiñándome un ojo. Acomodé un rizo tras mi oreja, sonriendo.

—Luca, por lo que entiendo ustedes buscan no llamar mucho la atención, pero ¿cómo lo logran con esos físicos? Su altura, su estructura, su rostro… Quiero decir, no tengo la menor idea de qué seas ni qué escondas, pero son en serio impresionantes —señalé. Curvó la comisura de los labios, estudiándome.

—Este cuerpo es el reflejo humano de lo que soy. De donde venimos somos lo que ustedes conocen como «energía», es decir, amorfos y sin átomos —explicó. Abrí los ojos asombrada y horrorizada, he de admitir.

—Entonces… tú no eres esto. —Le apunté con un dedo.

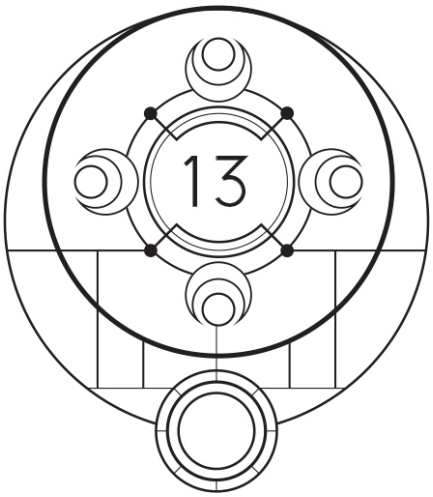
—Sí y no.

—¿Cómo?

—Tú también eres energía, Sara, todo es energía, sólo que ustedes se materializaron, por decirlo de algún modo, y mi especie no. Un cuerpo limita; nosotros podemos ser prácticamente lo que queremos, hemos decidido continuar así, etéreos.

Fijé la vista en el paraje, intentado imaginar cómo era en realidad y qué implicaba el hecho de que ése no fuese él. ¿O sí? Ay, me sentía confundida en demasía.

Por un momento, inmersa en mis ideas, pensé que probablemente tuviera esquizofrenia y nadie se había dado cuenta. Sin embargo, era consciente de que él continuaba mirándome. No, Luca era real, lo que sentía también. Necesitaba ir poco a poco para entenderlo.



Mi celular comenzó a sonar. Escucharlo en medio de ese silencio me sobresaltó. En un segundo mi mochila estaba a mi lado. Di un respingo. Evidentemente había sido él, porque yo la había abandonado algunos metros atrás.

Nos miramos fijamente durante unos segundos. Sonreí agradecida, parecía estar muy atento a cada una de mis reacciones y lo cierto era que, si bien me sentía extrañamente cómoda a su lado y serena, una parte de mí sí se encontraba nerviosa con tanta confesión.

Saqué el celular del compartimento donde solía ponerlo. Romina. ¿Quién más podía ser?

—Hola —susurré poniéndome en pie.

—¿Dónde estás? ¡Tu coche está en la escuela y tú no! ¿Dónde te metiste? Jamás haces eso. —Volteé hacia Luca, reía absorto en el paisaje. Estaba escuchándolo todo. Dejé salir un suspiro.

—Romina, tranquilízate y respira.

—No hasta que me digas si estás bien.

—Lo estoy, salí con Luca. —Dejó de respirar, puse los ojos en blanco.

—¿En serio? ¡No lo puedo creer! ¿Se saltaron clases? ¡Guau!

—Luego iré por mi auto, estoy bien.

—Sí, claro, no te preocupes por nada, solo déjate llevar. —Si supiera, pensé.

Él estaba a punto de soltar la carcajada. Era increíble lo humano que lograba verse así, a la distancia, con esos gestos tan suyos, tan impresionantes, y a la vez tan irreales.

—Ya te dejo. Espero tu llamada en la tarde y ni se te ocurra fingir que se te olvido, sé que sólo haces eso con lo que te conviene. —Luca me miró asintiendo, dándole la razón a Romina. Entorné los ojos, fingiendo molestia.

—No se me olvidará. ¡Adiós! —No esperé su respuesta y colgué—. Es de mala educación escuchar las conversaciones de los demás —le dije enarcando una ceja.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, y aunque quisiera Romina es demasiado escandalosa como para no oír lo que dice, incluso sin tener el oído tan desarrollado —se justificó. Tenía razón, así era mi amiga—. ¿Se conocen desde hace mucho tiempo? —preguntó de forma casual.

—Sí.

—¿Desde cuándo? —Quiso saber; seguía sentado sobre la frazada.

—Desde que llegué a vivir aquí, a Guadalajara. —Me recargué en un árbol sintiendo el peso de mi memoria. Esos recuerdos los evadía de forma deliberada, y no deseaba que aparecieran ahí, entre nosotros.

—Ya decía yo que no eras de aquí. Tu acento, tu apellido. ¿Eres de Estados Unidos? —negué sin mirarlo.

—De Canadá, nací en Vancouver.

—He estado ahí, es bonito, aunque es muy frío en ciertas épocas.

—Voy a regresar cuando termine la preparatoria.

—¿Por qué? —indagó. Giré hacia él, confusa. Estaba sentado en dirección a mí con los brazos todavía descansando sobre sus rodillas. Sus rizos se mecían con el viento, parecían ser tan suaves. Su mirada curiosa logró que mi corazón emprendiera nuevamente su marcha acelerada.

—¿Por qué? Porque soy de ahí, porque quiero regresar al lugar donde crecí.

—No es verdad, ¿por qué? Si no quieres decírmelo ahora no lo hagas, pero no me mientas y mucho menos te mientas a ti misma —me pidió. Recargué la cabeza en el roble, elevando la vista hasta el cielo, mis palmas sudaron y esa opresión regresó.

—Es… complicado —susurré.

Sin que me diera cuenta ya lo tenía frente a mí, mis ojos chocaron con los suyos como si dos astros se hubiesen impactado. Tomó, con cautela, un rizo, lo evaluó atento y lo enredó entre sus dedos.

Sólo te pido algo y después cerraremos el tema si así lo prefieres. No huyas. Sé que eres fuerte, mucho más de lo que crees, y extraordinariamente valiente. No hagas las cosas por las razones equivocadas.

Pasé saliva, mirando hacia otro lado.

Había hablado de nuevo con su pensamiento. Todavía no lograba entender cuáles eran los motivos por los que unas veces lo hacía con la boca y otras por ese medio tan extraño.

—Aún no puedo —admití observándolo otra vez, tímida.

Lo sé. Esperaré a que tú quieras decírmelo, aquí estaré.

—¿En serio? —Me miró sin comprender—. ¿En serio aquí estarás?

Sé que es el acto más estúpido que jamás he hecho o que haré, pero es mi verdad.

Comenzaba a gustarme esa extraña manera de comunicarse, era íntima.

Sonreí con nostalgia.

—Y la mía —secundé.

—Eso dices ahora, pero en unos años, no lo sabes. Eso también tienen los humanos, olvidan, cambian de parecer. —Ahora sí usó su boca.

—Yo no. —Sé que no lo creía, pero no me contradijo.

Tomó otro de mis rizos y lo enrolló en su dedo. Podía sentir el calor que irradiaba su cercanía. De pronto algo entre nosotros cambió. Esa marea líquida rugía bajo mi piel, deseando romper esa barrera y brincar hasta él. Mi boca se secó, mi respiración se ralentizó. Crecía una ansiedad doliente, desesperada y es que moría por eliminar la distancia que nos separaba y probar sus labios. Su aliento era dulce y fresco, a pesar del calor que su cuerpo despedía.

Apreté las manos con fuerza desmedida, me estaba encajando las uñas, pero la necesidad crecía de una manera hiriente y la realidad de nuestra situación, también.

—Está bien… —admití retrocediendo un par de pasos, sintiendo mi cuerpo arder, aunque no precisamente por lo que él era, sino por lo que provocaba en mí. Su autocontrol era impresionante, pero definitivamente el mío no. Si no me alejaba estaba segura de que terminaría colgada de su cuello, importándome muy poco si hervía por esa imprudencia.

—Lo siento —susurró observando mi reacción.

—No, es sólo que no creo tener tanta fuerza de voluntad —refunfuñé. No me entendió—. Luca… —logré decir pese a la respiración irregular. Lucía en momentos tan ingenuo; sonreí sacudiendo la cabeza—, si te acercas así me dan ganas de besarte —solté sin pena.

Abrió sus ojos ámbar, comprendiendo. De verdad, era nuevo en todo aquello para ambos, sin embargo, mi ventaja era ser humana y estar completamente familiarizada con el tema; aunque no de primera mano, ya que ese deseo jamás lo había sentido por nadie.

—Ah, entiendo… —confesó avergonzado—.

Eres rápida y directa. Continuó en mi cabeza. Reí.

—Si vamos a convivir creo que debemos tener ciertas reglas —propuse cruzándome de brazos, recargando mi peso en un pie.

¿Reglas?

Le tomó un segundo comprender.

Claro, reglas. Dame un segundo.

Sobre uno de los árboles de tronco más grande, posó las manos abriéndolas completamente. Hacía lo mismo que el día anterior, cuando Hugo le dijo que pusiera sus palmas sobre la tierra. Unos segundos después, lo noté temblar, recargó su espalda ahí, más sereno.

—Lo lamento, Sara. No sé qué me pasa, no debo exponerte —expresó frustrado. Lucía desaliñado, si eso era posible y, por si fuera poco, me miraba turbado.

Esa dualidad me enloquecía, sin embargo, era una tortura porque mis ganas de rodear su cuerpo aumentaban con cada una de sus acciones.

—Bueno, al fin algo que hago mejor que tú. Aunque no confíes mucho en mí, yo tampoco me reconozco cuando estás cerca, despiertas estas cosas que… ya sabes, sólo no dejes en mis manos mi sobrevivencia, porque podría decepcionarnos —admití con simpleza.

Sonrió más relajado al escuchar mi tono ligero. Le guiñé un ojo, restándole importancia. Caminé hasta la cobija y me senté, esperando que él se sintiera listo para regresar.

Diez minutos después lo hizo. Se acomodó a una distancia prudente y me evaluó.

—Sara, puedo tocarte siempre y cuando me encuentre tranquilo y en control. Tú podrías hacerlo por segundos, el problema es que no domino mi cuerpo ni mi ser al sentir tu proximidad. Me inunda tu aroma, escucho tu sangre correr y percibo tu aliento; dejo de pensar, lo digo de la manera más literal que existe, porque puedo asegurarte que en mí eso era imposible. Mi interior se convierte en fuego líquido y este cuerpo instintivo no me ayuda, ya que mi necesidad viene de mi esencia. Además de este quien soy, tú y yo somos lo mismo.

Inhalé con profundidad, mientras lo contemplaba. El fuego líquido me era familiar. Lo cierto es que lucía tan tenso, tan preocupado que me encontré sonriéndole con desenfado, aunque probablemente debía estar reaccionando de otra forma, no lo sé, pero sentía necesidad de calmarlo.

—Luca, no pasa nada. Creo que lo mejor será no presionarnos, ¿qué te parece sin vamos viendo qué sucede? No quiero que estar conmigo se convierta para ti en un martirio o en algo tormentoso.

Duele tenerte cerca y no poder tocarte, Sara, duele aquí.

Señaló su pecho con un puño apretado. De pronto me di cuenta de que escucharlo en mi mente ya no me parecía algo extraño, que de hecho sólo mantenía la atención fija en sus ojos, ya me daba igual.

—Dime qué debo evitar hacer. Sé que enojado eres más peligroso que yo —apunté recordando lo del día anterior. Él adivinó de inmediato a qué me refería, lo supe porque tensó cada músculo de su rostro, incluso los brazos. No dijo nada un buen rato, era como sí no supiera si debía hacerlo.

—Gael… —susurró de repente, estudiándome—. Él no se va a rendir —señaló con voz dura, llena de frustración.

—Sé que escuchaste, pero yo no siento nada por él, sólo amistad, me cae bien en realidad, aunque jamás me ha atraído. Ya te lo había dicho…

—Lo recuerdo muy bien, esas pequeñas confesiones iluminaban mi día. —Agachó el rostro, negando—. No sé cómo controlar esta parte de mí en la que siento que no puedo soportar que siquiera te toque. Ayer, ¡por los dioses!, si Hugo no llega… lo mato. ¿Entiendes lo que implica eso? Habría tomado una vida por saber que te estaba lastimando. No soy así, no soy eso, no me reconozco —admitió turbado. Comencé a jugar con las cintas de mis botas, asombrada porque la seriedad con que lo dijo no dejaba lugar a dudas y eso me asustó.

—Lo evitaré —decidí por él, también por mí, y hasta por el propio Gael, que ignorante del peligro en el que estuvo, tampoco merecía crearse castillos en el aire.

—No, no es eso lo que quiero, no es lo correcto —zanjó con decisión. No pude comprenderlo—. Sara, no será el primero, y quiero que sepas que el día que decidas aceptar a alguien, lo entenderé, lo respetaré, me alejaré y te dejaré hacer tu vida —anunció sin dudarlo.

Arrugué la frente, irritada.

—¡Deja de decir eso! ¡Deja de hacerlo! —le ordené con fuerza. Mi actitud no le inmutó, sólo se dedicó a observarme serio, pareciéndose mucho al chico que conocí los primeros días de clase—. Tú… —dije señalándolo, importándome poco su postura ruda y fría—, debes meterte de una vez en esa cabeza tuya que ni siquiera sé que eres o quién eres, y no puedo dejar de pensar en ti. Que me atraes de esta forma absurda que no deja lugar a dudas. Que esto es tan nuevo para mí como para ti y que quiero comprenderlo, pero también sentirlo, lo necesito y tú también, no lo niegues. Así que no conviertas lo que nos une en dolor, porque hagas lo que hagas no dejaré de sentirlo, está bajo mi piel —le expliqué frustrada. Su expresión comenzó a suavizarse y su mandíbula a relajarse—. Te prohíbo, y ésa es la primera regla: te prohíbo que pienses en mí como en alguien que puede cambiar de sentimientos como de zapatos. Si de verdad crees eso, entonces estar aquí es más ridículo de lo que imaginé.

Lo lamento. Sonaba apagado y arrepentido.

No me importaba, yo hervía de coraje. Ciertamente había más anomalías en toda la situación que cosas que tuvieran alguna explicación, pero no había mucho que pudiéramos cambiar en ese momento. Por otro lado, crecía más esta imperiosa necesidad de él, de escucharlo, de verlo, de perderme en su aroma, de tenerlo cerca. No era muy diferente de lo que a él le ocurría, y aunque no teníamos respuestas y me asustaba todo lo que estaba ocurriendo, algo dentro de mí no me permitía dar marcha atrás, ya no.

No pienso eso. Sé que no eres así, aunque debo admitir que sería lo mejor.

Lo miré amenazante.

Pero prometo que no volverá a suceder. Si ésa es la primera regla, me quedó clara.

Minutos más tarde mi respiración volvió a ser la de siempre, regular y pausada; no fue sino hasta ese momento que me atreví a voltear. Me contemplaba un tanto asombrado y expectante.

No sabía qué sentir, ése solía ser mi carácter, quiero decir, además de impulsiva, defendía mis ideas de las formas más apasionadas, sólo que lo encerré por años y aquella puerta que contuvo eso que deseaba desaparecer de mí, se abrió, se abrió y fue gracias a eso que todas mis emociones estaban expuestas, y lo peor fue tener la certeza de que era debido él, de que por su presencia en mi vida yo volvía a ser la que intenté esconder por años.

—¿Cuál es la segunda regla? —preguntó sacándome con eso de mis cavilaciones. Sacudí la cabeza, sonriendo apenada, aunque sin arrepentimiento. El aire soplaba, fresco, me quité un rulo del rostro, reflexionando.

—La segunda… la segunda me parece que es más complicada —afirmé con suficiencia. Elevó las cejas divertido por mi expresión.

—¿De qué se trata?

—No me tocarás si yo no puedo hacerlo —advertí. Abrió los ojos de par en par, ahora sí lo había tomado por sorpresa—. Es lo justo —me defendí decidida.

—¿Quieres decir que si paso una mano por tu brazo tú puedes hacer lo mismo? —preguntó para asegurarse. Asentí segura. Me examinó unos segundos, como sopesando mi propuesta.

—De acuerdo, pero seré yo quien deba dar el primer paso. Sólo yo sé cómo anda todo por dentro. Contigo me he dado cuenta de que no siempre mi energía es igual, debo estar atento.

—Muy bien, no tengo otro remedio que aceptar. Me parece como de la era pasada que sólo tú puedas dar el primer paso, pero creo que tienes razón dadas las circunstancias —expresé con soltura. Sonrió al escucharme.

Eres compleja.

Señaló alegre.

—¿Hay más reglas? —preguntó elevando una de sus cejas negras.

—Creo que por ahora esas dos son suficientes.

Soltó el aire tranquilizándose.

—¿Qué? ¿Pensaste que habría más?

—¿Bromeas? Muchas más, sin embargo, esas dos me parecen justas y me tendrán lo suficientemente entretenido.

—¿Por quién me tomas? ¿Qué otras reglas podrían ser? —bromeé ya más tranquila; bueno, ambos. Se encogió de hombros, sonriendo.

—Que no me moviera como lo hago, que no te escuchara hablar con los demás, que no hablara en tu cabeza. En fin, no sé, muchas —conjeturó. Recargué la barbilla en mis rodillas.

—Eso no me molesta, aunque todavía no me acostumbro; pero creo que me gusta, aunque no sé por qué.

—¿En serio? ¿No te asusta?

—No, o bueno, sí, y me pone nerviosa, pero alguien como tú debía hacer ese tipo de cosas, simplemente encaja contigo.

—Realmente me encantas, Sara —musitó. Sonreí sonrojada, dedicando mi atención al paisaje que se extendía ante mí.

—¿Luca? —lo llamé sin voltear.

—Dime.

—Levitar es como… ¿volar? —continué sin verlo y es que sólo podía pensar en Peter Pan o algo similar. Lo escuché reír.

—Podría decirse.

—¿Te elevas? O también te mueves, así como en las caricaturas. —Ahora sí lo miré, mostrando los dientes en una sonrisa cargada de duda. Seguía sonriendo. Era obvio que le gustaba que le preguntara.

—Como en las caricaturas, supongo —avaló. Reí bajito, asintiendo.

—Aún no me siento lista para ver eso, pero si te lo pido, ¿podrías enseñármelo después? Es que simplemente no lo asimilo —admití señalando mi cabeza.

—Como dijiste, no nos presionemos, vamos viendo. Pero sí, te lo mostraré cuando quieras.

—¿No es raro que hagas eso si puedes transportarte de esa manera en la que lo haces? Quiero decir, ¿para qué lo necesitas? —lo interrogué. Torció los labios, sopesando su respuesta.

—Levitar sucede porque mi esencia lo necesita, está dentro de mí, circula en mis células, neuronas y en cada rincón, y esa esencia así se desplaza, como flotando —explicó con sus manos—. Pero no es con el fin de ir de un lugar a otro, porque para ello puedo transportarme. Es como una manera de estar, como para ti permanecer de pie o caminar, porque no siempre necesitas eso. Espero explicarme.

—Sí, eso creo. Es algo loco, la verdad. Quizá nunca me acostumbre, pero me gusta estar contigo —confesé con simpleza. Él sonrió con ternura.

—Es loco, sí, pero definitivamente a mí también me gusta, Sara, más de lo que pensé.

Minutos más tarde, hablábamos sobre la vegetación de aquel hermoso lugar, parecía un experto. Mi estómago gruñó, no lo pude evitar.

—¿Aceptarías una invitación a comer? —me preguntó galante, con esa postura tan suya, entre desgarbada y contenida.

—¿Cómo «compañeros de equipo»? —pregunté, juguetona. Rio al escucharme.

—Como Sara y Luca. —Asintió serio.

—Como tú y como yo, eso me gusta —acepté perdiéndome en su mirada. Sus ojos comenzaron a cambiar de color dramáticamente, de nuevo se tornaban ámbar y abandonaban ese verde limón que habían mantenido la mayoría del tiempo.

—¿Sientes eso? —quise saber intrigada.

—Sí… —musitó sin dejar de verme.

—Tus ojos cambiaron de color —señalé tranquila.

—Lo sé, son ámbar, ¿no es cierto? —asentí.

—¿Cómo supiste?

—Porque… deseé probar a qué sabe tu boca —admitió sin rodeos. Mi pulso de nuevo se puso frenético, el rubor se apoderó de mis mejillas y sentí cómo mis labios se ponían ansiosos—. Sin embargo, ahora que comienzo a familiarizarme con la sensación creo que podré ser más precavido y conocer mis límites —murmuró, derramando instantáneamente hielo sobre mí. Quizá debía agradecérselo, pero era frustrante.

—Eso es bueno —logré decir, buscando esconder mi decepción y ganas de que algo semejante ocurriera.

Dobló sin tocar la frazada y, de pronto, como si algo la llevara, viajó hasta su mano, todo en una fracción de segundo. Parpadeé azorada.

—No entiendo para qué necesitan tanto músculo si prácticamente todo lo hacen sin mover un dedo —expresé medio en broma, medio en histeria. Sonrió, esa tarde lo había hecho tanto que olvidé lo que hizo con la cobija.

—Podría elevarte si lo deseo… —murmuró divertido. Retrocedí negando, aunque su jovialidad quitaba lo tétrico de la situación, era un adolescente como yo, y eso era evidente, pero uno muy diferente a mí—. Es broma, Sara, jamás lo haría.

—Sólo si te lo pido alguna vez —completé relajándome.

—Sólo así, anda, vamos.

Me colgué la mochila, despidiéndome de aquel lugar tan majestuoso que siempre recordaría. En él mi vida había cambiado, lo entendía de esa manera, aunque ignorara del todo las implicaciones.

—Regresaremos, te lo prometo. —Me tendió la mano, se la tomé sin dudar. Un segundo después aparecíamos de nuevo en la escuela. Me revisé por instinto para verificar que estaba completa, no había sentido nada y no era algo a lo que podía acostumbrarme, porque ni siquiera lo entendía. Sonrió ante mi gesto.

—Anda, ve tu primero. Te encuentro en el estacionamiento —me pidió. Salí de ahí fijándome que nadie me viera.

La escuela estaba semivacía, como siempre a esa hora.

—¿A dónde te gustaría ir? —Ya estaba de nuevo a mi lado sin la cobija, sólo él y esa bella sonrisa.

El clima ahí era más caluroso. Me quité la chamarra e intenté dársela.

—A Flore no le molestará que la tengas un rato más.

—De todas formas, hace calor, gracias.

—Pero lloverá en una hora —anunció, elevando sus ojos al cielo claro. No quise preguntarle cómo lo sabía, lo sabía y punto, le creía. Sería ridículo tener dudas de esa índole cuando se trataba de él.

—¿Una ensalada, carne? No sé, elige —sugirió mientras andábamos.

—Hamburguesa. —En cuanto lo dije mi estómago brincó extasiado.

—¿Hamburguesa? —preguntó desconcertado.

—Sí, ¿no te gustan? —cuestioné, decepcionada.

—En realidad me da igual, aunque pensé que por tu complexión ese tipo de comidas no eran parte de tu dieta, los humanos se fijan mucho en esas cosas —expresó pasándose una mano por la nuca. Solté la carcajada.

—Creo que te llevarás un chasco, como demasiado, siempre me lo dicen. Sé que no lo parece, pero puedo terminar yo sola con un gran trozo de carne y un postre.

—Eso suena interesante, me agrada.

—Menos mal, porque eso si ni tú lo podrás evitar. —Mi confesión le hizo gracia.

—Eres imposible… y muy hermosa —lo último lo dijo serio. Nos detuvimos, era evidente la tensión entre ambos, entre nuestros cuerpos, la ansiedad en los bordes de mi piel, aquella vitalidad que quería saltar sobre él de una vez.

Acercó lentamente su dedo hasta mi mejilla, mis manos comenzaron a sudar y mi pulso se disparó dramáticamente. Cuando sentí su tacto cerré los ojos, humedeciendo mis labios. Deseaba vivir la experiencia sin limitarme. Era tibio, casi caliente, volví a sentir aquel líquido correr dentro de mí y apoderarse de mi cuerpo de una manera exigente, aunque delicada.

Se alejó en menos de un segundo. Abrí los ojos con lentitud, estaba aún más cerca, aguardaba. Era mi turno y lo sabía.

Comencé a elevar mi mano sin perder su atención. Él contenía la respiración y sus ojos ya eran de color ámbar líquido, que se fusionaba con el verde limón como si estuvieran librando una épica batalla. Cuando por fin llegué al borde de su mandíbula, la recorrí con mis dedos. Era cálida, pero no quemaba. Su piel era lisa y un poco rasposa donde se había rasurado. Sonreí complacida. Dejé que mis yemas viajaran desde su oído hasta su barbilla, apenas rozándolo, despacio, disfrutando de ello. Cuando vi que el ámbar se comenzaba a tornar amarillo, me quité.

—¿Estás bien? —Quiso saber unos segundos después. Le mostré mi mano para que lo comprobara, aunque algo me decía que eso no era una prueba. Asintió sereno, respirando más profundo—. No ha habido, en toda mi existencia, algo tan asombroso como lo que acabas de hacer. Tu tacto sobre mi piel es incomparable con nada que me haya sucedido hasta ahora. Siento demasiado por ti, y sé que apenas es el comienzo —confesó robándome con ello el aliento.

—También siento demasiado, más de lo que debería —murmuré. Nos miramos un momento, absorbiendo nuestras palabras. De pronto, mi estómago traidor volvió a reclamar nuestra atención, fruncí el ceño llevándome la mano hasta mi vientre. Mostré los dientes, riendo—. Creo que si no nos vamos me hará pasar más vergüenzas —le expliqué palmeando la zona.

El resto de la tarde se había comportado casi como cualquier otro chico, con la diferencia que de vez en cuando hablaba sin mover los labios y no me tocaba. Mientras conducía mi auto, examinó mi música, sonrió negando al descubrir que mi reproductor estaba abarrotado de rock.

—¿No es muy ruidoso todo eso? —preguntó desde la penumbra, aún dentro de mi auto, ya estaba estacionada justo frente al portón de su casa. Eran poco más de las siete.

—Me calma —acepté.

—¿Cómo puede calmarte ese ruido? —preguntó arqueando una ceja. Solté la carcajada. Romina me dice lo mismo desde que tengo memoria.

—No sé, pero lo hace. A ti, ¿te gusta la música? —Deseé saber. Se recargó en el asiento, se veía muy grande ahí, dentro de mi auto.

—La que es de verdad —dijo. Entorné los ojos.

—¡Eh! Cada uno sus gustos —me defendí. Rio sin verme, observaba la calle adoquinada, los árboles.

—Indudablemente. Es sólo que con el oído tan sensible hay sonidos que me resultan abrumadores, entonces busco algo más sereno.

—¿Música clásica, instrumental?

—Sí, eso me sirve. Aunque el silencio me agrada más. Leer es algo que me ayuda a calmarme. Escriben cosas realmente interesantes, no los que van más allá del saber, sino del sentir —admitió con tranquilidad. Yo no era la típica chica lectora, debo confesar, prefería algo al aire libre y el ruido, mucho ruido. Lo miré asintiendo.

—Hasta en eso somos muy diferentes —musité con un dejo de frustración. Volteó, serio, atrapando con sus ojos claros los míos, los sujetaba con fuerza.

—Eso es lo fascinante de todo esto. Pero, además, podríamos compartir aficiones, quizá nos guste más de lo que pensamos —propuso señalándonos. Sonreí asintiendo.

—Podría intentarlo.

Un segundo después nos bajamos, en la puerta negra de su casa me detuve, jugando con mis labios. Él la abrió con tan sólo acercar la mano, sin tocar nada.

—Fue un día… interesante, Luca.

—Fue un día asombroso, Luna —Ninguno de los dos nos movimos, pero yo no pude evitar saborear aquel apelativo tan extraño que, de cualquier forma, me encantó, más por la manera en la que salía de su boca, como una promesa, como una brisa de aire fresco en verano.

—¿Nos vemos mañana? —pregunté pateando una piedrita con mi bota. Era tan extraño, sabía que no era humano, que hacía miles de cosas que creí eran imposibles, producto de la fantasía, pero en ese momento lo que me tenía así, tímida, era esa atracción, lo que sentíamos, el hecho de que me gustara tanto.

—¿Permitirías que pasara por ti? —preguntó. Abrí los ojos, torciendo el gesto, recordaba bien las palabras de mi padre.

—Mi papá es algo especial, Luca. No le gustaría ver mi auto estacionado fuera de la casa —admití.

—Entonces te veo aquí, lo guardas y nos vamos en el mío, o en el tuyo… Como prefieras. —Sopesé su propuesta durante unos segundos.

—Aquí, a las siete, en el tuyo. Descansar del volante unos días no me vendrá mal, así examino ahora yo tu música. —En respuesta me mostró esa perfecta y blanca dentadura.

—Bien, hazlo.

Dio un paso hasta quedar a unos centímetros de mí. Con cuidado tomó un mechón de mi cabello y se lo llevó a la nariz, cerrando los ojos. Su rostro me quedaba tan cerca, no tendría que hacer mucho esfuerzo para darle un pequeño beso, sin embargo, decidí disfrutar lo que veía. En cuanto terminó su labor, me miró lánguido.

—Tu olor es único —musitó aún cerca de mí.

—Es vainilla —susurré con la boca seca.

Sí, lo sé, pero hueles a algo más; a ti, supongo. Tu aroma viaja a través de todo mi cuerpo, me encanta.

Cuidadosa y lentamente comencé a acercar una mano hasta su cabello. ¡Al fin! Llevaba días soñando con enredar mi mano en él. Sujeté un mechón negro que rondaba por su sien. Su textura era como la que había imaginado, suave y fuerte al mismo tiempo.

—Desde hace tiempo quería averiguar cómo se sentía… —susurré absorta con lo que tenía en mi mano. Bajé la mirada, complacida, y noté cómo contemplaba mi boca, era como si tuviese frente a él un delicioso caramelo que moría por probar. Lo solté, alejándome—. Muy cerca —logré decir con voz estrangulada. Asintió perdiendo la vista en la oscuridad de la calle, retrocediendo también. Su mandíbula estaba tensa, se concentraba en respirar compasadamente, su postura era rígida.

Es mejor que entre. Parecía agitado.

Asentí alejándome más, nerviosa. Era muy duro no dejar que los instintos comandaran, más para alguien como yo que se regía por ello, y más porque a últimas fechas, esa parte de mí había retornado.

—Sara, me gustas en exceso, aprenderé a controlarlo —su voz se tornó de nuevo cariñosa y tierna.

—Espero que yo también —confesé, abrazándome para no cometer una estupidez.

—Vamos con el momento, nunca lo he hecho; sirvo para anticipar, pero deseo intentarlo, ¿sí? —Ésa era nueva información, no obstante, asentí.

—Nos vemos mañana —acepté al fin, inhalando todo el oxígeno que podía. Ambos deseábamos un beso, un estúpido beso y… no era posible, quizá jamás sucedería y el comprenderlo pesó más que cualquier cosa.

—Me encantas… —susurró junto a mi oído y desapareció. Su aliento cálido quedó suspendido provocándome pequeños temblores por todo el cuerpo. De manera torpe me subí al auto, conduje hasta mi casa sin saber muy bien cómo.

Después de pasar un tiempo con Bea a solas, pues mi padre no estaba, caminé hasta mi recámara y me encerré sin prender la luz. Me cambié atolondrada y me tumbé en la cama, todavía anonadada por lo que había ocurrido en el transcurso del día.

Sabía que debía pensar en mil cosas más, pero lo único que de verdad me importaba era saber que él sentía lo mismo que yo. Eso, aunque absurdo, provocaba que un ejército de hormigas viajara por todo mi cuerpo.

Me metí bajo las colchas cuando apenas iban a dar las nueve. Prendí mi reproductor y me puse a escuchar música pensando en él, recordando su opinión sobre mis gustos. Sentía tanto, en tan poco tiempo, que parecía ridículo, pero también era real e inexplicable.

Lentamente el peso de todo me comenzó a abrumar.

Di mil vueltas en mi cama sin poder conciliar el sueño, otra vez.

¿Qué iba a pasar? Me pregunté de pronto, temerosa.

La seguridad que me daba su cercanía se estaba desvaneciendo y podía sentirlo tanto como el calor de la noche. Había llovido, como vaticinó, y ahora el ambiente sofocaba.

Comenzó la ansiedad, la preocupación; apareció un enorme agujero en medio del estómago producto de la angustia que estaba creciendo a pasos

agigantados.

Quizá después de todo no era tan estúpida, tan tonta, quizá sí tenía instinto de supervivencia. No debí dejarme llevar, no debí ser tan inconsciente. Seguía sin saber de dónde provenía, no sabía nada de su vida.

¿En qué diablos estuve pensando durante todo el día? Me pregunté sentada en el tapete junto a mi cama, perdida en el cielo oscuro. Las cortinas permanecían abiertas, así que podía ver perfectamente la claridad de la noche, pero ni eso lograba despejar mi mente que iba de una idea a otra sin cesar, lastimando mi seguridad, mi equilibrio emocional.

Empecé a mecerme sintiendo que mi cordura estaba peligrando. Sentí miedo de él, de mí, de lo que sentíamos, mas no de su verdad.

¡Dios! Quería gritar, romper algo, correr, sacar todo eso que me estaba carcomiendo. Era de noche, no podía salir, no podía buscarlo. Me sentía atrapada. Tomé mi celular, eran las once. Observé el aparato por unos minutos, sin notarlo mis mejillas comenzaron a humedecerse, creo que estaba en medio de un ataque de ansiedad o algo así.

Resuelta, me atreví a buscarlo.

«Luca?». Escribí a su mensajería instantánea. No decía si se había conectado, no tenía foto de perfil, nada. Esperé un segundo, mordiendo el labio con fuerza, limpiándome las lágrimas que salían sin lograr contenerlas. Cuando me leyó, contuve el aire. Estaba en línea.

«¿Luna? ¿Estás bien?».

Sonreí al leerlo. Sorbí el llanto, tecleando.

«Creo que no…».

Admití sin mentir. Sólo a él podía hablarle de mis miedos, así que no me detendría.

«No me digas eso… ¿puedo ir?».

Arrugué la frente, riendo, aunque lagrimeando.

«Mi papá te mata si timbras».

«No necesito el timbre, sólo tu permiso».

Mis mejillas se sonrojaron. Lo sopesé un segundo, él continuaba en línea. Mi corazón rugió y lo que sentía bajo mi piel me exigió que respondiera.

«Sí, ven».

Escribí al fin.

«Sólo no te asustes».

Hipando negué, aunque él no podía verme.

«No, sólo ven».

Recargué la cabeza en el colchón, dejando el celular a un lado, cerré los ojos intentando tranquilizarme. No podía estar así, pese a que era absurdo y completamente fundamentado a la vez, sin embargo, no podía evitar que esa angustia me consumiera.

¿Sara?

Lo escuché ahí, a mi lado. Observé alrededor, buscándolo. No estaba. Un segundo después se materializó justo frente a mí. Traía puestos unos pants oscuros y el cabello húmedo. Contuve el aliento durante unos segundos, contemplándolo. Me miró preocupado.

¿Qué pasa?

Pestañeé, sintiéndome absurda y ridícula, pero más tranquila también. Estaba en cuclillas frente a mí, desconcertado, en realidad preocupado. De nuevo no podía pensar.

—Yo… no sé. Soy una tonta, me abrumé. Lo lamento —logré decir en susurros, con miedo a que me escucharan, con voz quebrada. Extendió su brazo y lo pasó rápidamente por mi mejilla.

Lloras.

Musitó acongojado. Asentí cerrando los ojos y escondiendo, vencida, mi rostro entre las piernas, sollozando un poco. No podía ocultarlo, tampoco quería, todo lo ocurrido era demasiado pese a que pretendiese negarlo, aunque estuviera dispuesta a asumirlo, a vivirlo.

Lo escuché suspirar.

Luna, mírame.

Lo hice, tenía lágrimas.

Sea lo que sea, puedes decírmelo. Esto es asunto de ambos, no dudes en hablar conmigo.

—Estoy bien, es sólo que fueron demasiadas cosas. No podía dormir y apareció esta ansiedad, la angustia.

¿Y estás asustada?

Asentí, ya más tranquila. Se sentó frente a mí evaluándome con tristeza.

—Ya lo pensaste mejor —dedujo, hablaba igual de bajito que yo. Papá veía el televisor, ya había inspeccionado que estuviese dormida, cosa que fingí, y Bea seguro ya estaba en el quinto sueño, como solía.

—Luca, sé que es absurdo, pero tengo miedo, y no de lo que debería, sino de mí. —Frunció el ceño confuso—. Lo que siento me asusta. No es normal, porque me atropella, es una urgencia que me absorbe. Tengo miedo de… —me detuve avergonzada.

¿De qué?

—De olvidarme de todo y lanzarme sobre ti. Dios, Luca, te deseo y duele —confesé al fin, cerrando las manos.

No habló por varios segundos, no me atreví a mirarlo. Se acomodó a mi lado, con las piernas flexionadas, respirando pausado.

Puedo entenderte, porque siento lo mismo; tampoco lo comprendo, me abruma y me somete, es como si a mi esencia le atrajeras tanto que mi cuerpo también te desea de esa manera, mis sentidos están en un punto en el que no los reconozco. Tienes razón, ésas son suficientes razones para sentirse de esa manera.

—Lamento hacerte venir, a lo mejor estabas en medio de algo. —Tomó mi barbilla con un dedo, dejé de oxigenar, hizo que lo mirara quitando su mano enseguida.

Nada es más importante que tú, ya no, y tenerte cerca también me tranquiliza.

Confesó con dulzura. Asentí perdida en sus grandes ojos, adornados de esa forma tan espectacular.

—¿Sabes por qué no te pregunté más sobre ti? Sobre lo que eres.

Negó cariñoso.

—Porque el saberlo no cambiará ni lo que siento ni esta situación, y eso me hará sentir aún peor —admití arrugando la nariz. Ya no lloraba.

¿Estás arrepentida?

—No, y eso es precisamente lo que me atormenta. Soy una inconsciente, ¿verdad? —pregunté acongojada. Sonrió, negando, pasándose una mano por el cabello negro, brillante y ya menos húmedo.

Entonces somos dos, Luna…

Recargué la nuca en el colchón, mirando la noche, pensativa. Su presencia había logrado el efecto de un poderoso calmante. No tenía idea de cómo lo conseguía, pero me agradaba mucho, debo admitir.

—¿Por qué «Luna»? —pregunté ya con la mente más despejada. Dejó salir el aire, sabía que me miraba, lo encaré, sonriendo apenas, deteniéndome en cada uno de los rasgos de su rostro.

Porque la luna es un monumento a una enorme colisión que transformó la primera versión del planeta Tierra en esta segunda y diferente, que es en la que hoy vives. Eso es lo que me pasó a mí cuando apareciste. Porque para lo que yo soy, ella es lo opuesto. El sol y ella nunca aparecen juntos, salvo en una situación completamente anormal. Porque increíblemente sin ella, sin ese satélite que gira alrededor de tu planeta, ustedes y tu mundo serían un caos, y porque hasta que te vi, no me había dado cuenta de que vivía en la oscuridad, Sara. Refrescaste mi existencia tal como ella lo hace cada noche con tu planeta.

Mi corazón se detuvo, dejé de respirar tanto que incluso mi cabeza se quejó. Sus palabras me envolvieron de una forma tal que no necesitaba una declaración de amor, con eso bastaba y sobraba.

Su analogía era asombrosa, sin embargo, dolió comprender lo que en realidad encerraba; no debíamos estar juntos, no había manera de que eso fuera posible. La luna, a pesar de reflejar la luz del sol, jamás lo vería cara a cara, porque siempre que salía uno, el otro se escondía.

Sentí un nudo en la garganta que me esforcé por tragar.

Durante varios minutos no nos dijimos nada, las palabras sobraban, sin embargo, nuestras miradas no se apartaron.

Casi es medianoche, debes dormir. Señaló con voz arrulladora.

Negué decidida. Sabía que en cuanto se fuera todo se me vendría encima, lo cierto es que no podía tenerlo ahí hasta que amaneciera.

¿Quieres hacer algo? Propuso más ligero. Arrugué la frente.

—¿Algo?

—Toma una prenda que te cubra bien, ponte unos tenis. Anda —me apremió.

—Pero acabas de decir que es medianoche —dije. Sonrió.

—Es perfecto. Sólo será un rato, y tu padre ya duerme. —Se puso de pie, ladeando el rostro. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba en piyama, pero a él no parecía importarle.

—Mira cómo estoy. —Le hice ver al levantarme. Me evaluó, serio, pero deteniéndose en mis piernas más de la cuenta. Reí.

—Estás perfecta. Sólo ponte algo encima, grueso, que te cubra bien —musitó, alejándose. Sin hacer ruido le hice caso, busqué con cuidado en mi armario. Al estar hurgando, algo llamó mi atención. Me detuve en seco, me agaché y dejé salir un suspiro, no había reparado en ellos durante años. Los tomé con cuidado, seguro ya no me quedaban. Sentí a Luca muy cerca, pero no volteé.

¿Son tuyos? Preguntó interesado. Volví a dejar los patines ahí, suspirando, había tantos recuerdos en esas ruedas.

—Sí —y me levanté para continuar con mi labor.

Encontré un abrigo y, por las dudas, me puse un pantalón grueso. Cuando estuve lista, me revisó, cerró bien el cierre, acomodó un gorro sobre mi cabeza que no tenía idea de dónde sacó y me miró complacido.

¿Lista?

Pasé saliva, asintiendo. Apenas si tomó mis dedos, apreté los ojos. No registré nada raro, salvo el aire frío golpeando mi cuerpo. Jadeé apartándome.

Era una montaña, o algo similar, porque escuchaba al mar rugir a lo lejos, giré aturdida, pestañeando sin parar. Un acantilado, comprendí. Amanecía, o pronto lo haría, porque el cielo estaba teñido de ese color que lo vaticina. Mis ojos lagrimearon por el viento. No podía creerlo. Me llevé las manos a la boca, con un poco de vértigo.

—Es Irlanda, el Moher —habló a mi lado, contemplando el cielo. Mi corazón se detuvo. Hacía frío, mucho, y aire, pero yo solo podía pensar en que estaba a kilómetros de casa, con él, del otro lado del mundo, en menos de un segundo—. Quería que vieras este amanecer, es algo de lo que deben estar orgullosos. Podría contemplarlo mil veces y no me cansaría —admitió, acercándose más.

—No puedo creer que esté aquí —logré decir, abrazándome. Sonrió, estaba casi tras de mí, como cubriéndome. Se lo agradecí, el aire se sentía

durísimo. Sin embargo, no tuve remedio y me perdí en lo que tenía frente a mí. El mar, el sol deseando dejar su guarida, el ruido del viento, la extensión interminable de acantilado, lo alto.

Somos ese momento, justo ahora… cuando la luna se va y el sol aparece, son segundos, quizá menos y, aun así, son perfectos. Luego él estará solo y ella irá a otro lugar, alumbrará otra noche.

Aunque murmuró, entendí muy bien lo que quería decir y, pese a lo bello que podía escucharse, era consciente del dolor que me causaba aceptarlo.

Perdida en la avalancha de sensaciones, recargué mi espalda un poco sobre su pecho. No llevaba más abrigo que esa camiseta ligera, aquel pantaloncillo de algodón y ese calzado deportivo. No me rodeó, pero permaneció ahí. Quizá el clima ayudaba.

—Es hermoso, Luca —dije serena. Había algo, no sé si era el estar ahí, el sentirlo tan cerca, el conocerlo de esta manera, el saberme ajena a todo, que fuera tan irreal, pero logró hacerme sentir parte de aquello, del paisaje, de los olores, del viento, del frío y del mar.

—Comprenderemos todo esto, lo prometo, Luna —asentí, creyéndole. Por ahora era todo lo que podíamos hacer. Sólo quedaba preguntarle poco a poco hasta que todo en mi mente lograra acomodarse, hasta que encontrara un lugar que no me hiciera sentir como una loca. Pero había tiempo, o eso parecía.

—Confío en ti —acepté al final.

Vimos cómo poco a poco el sol fue derramando su incandescente luz dorada sobre aquel asombroso lugar, sin prisa; estaba tan lejano de mi hogar. Fueron minutos, pero para mí se sintió como una eternidad, como mi vida. Él tan cerca, juntos, enfrentando aquello que no entendíamos, que no conocíamos, sin embargo, sabía que a su lado estaba mi sitio.

Cuando llegamos a casa, mis labios temblaban. Los de él también.

—¿Por qué no te cubriste? —pregunté, frotándome. Sonrió; sin tocarme acercó sus manos a mi rostro. Se sintió una onda cálida, deliciosa. Cerré mis ojos. Abrió con cuidado mi abrigo, bajo mi mirada, me lo quité e hizo lo mismo, con tranquilidad recorrió mi cuerpo, por encima,

irradiando esa sensación que me fue entibiando, deshaciéndose de los temblores.

Si lo hubiera hecho, no habría podido permitir que te recargaras en mí como lo hiciste; no hubiera podido acercarme tanto.

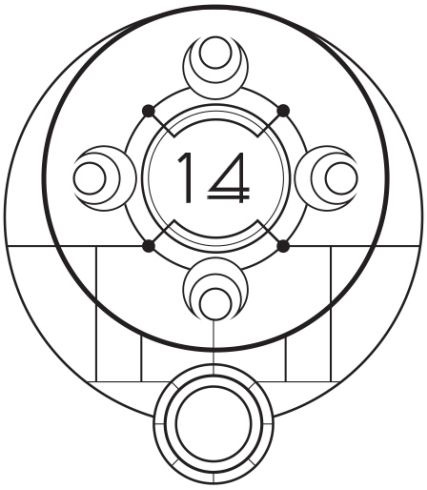
—¿Por el frío? —adiviné. Asintió—. ¿No debes guardar tu calor? —indagué, ya calientita, y con él a un par de pasos.

Estoy bien, sólo deseaba hacerlo. Ahora deberías meterte a la cama, aquí me quedaré hasta que te duermas.

Arrastrando los pies debido al cansancio generado por tantas emociones en un solo día, asentí. Me acosté soltando un suspiro, él me cobijó con ternura. Se sentó a mi lado y comenzó a acariciarme el cabello, sin tocar mi piel. Los párpados comenzaron a pesarme cada vez más.

Descansa, Luna, todo estará bien. Prometió con voz dulce.

Quizá eso era imposible, pero ya no podía pensar en nada más.



Desperté muy cansada, me giré somnolienta observando la penumbra de mi habitación. Estaba oscuro aún, pero pronto amanecería. Enseguida recordé lo que había ocurrido durante la noche, me erguí buscándolo con la mirada, agitada. No, ya no estaba, dejé salir un suspiro frotándome la frente. Sonreía como una boba. Había estado en Irlanda, apenas hacía unas horas, presenciando ese espectáculo. ¿En qué sitio dijo que estábamos exactamente? Ya le preguntaría, aunque era lo de menos, porque había sido impresionante.

Me acurruqué en la cama, posando la vista en el cielo oscuro.

El miedo y desazón querían aparecer de nuevo, sin embargo, con voluntad logré mantenerlos a raya, no los necesitaba en ese momento. Iría a mi paso, pero definitivamente me dejaría llevar, la lógica ya me importaba un rábano, porque sentirlo cerca, con sus ojos atrapando los míos, era lo único que daba sentido a todo aquello, y adoraba esa sensación.

Después de devorar casi corriendo el desayuno, bajo el escrutinio de Aurora que no sabía si reír o estar preparada por si me ahogaba, logré salir de casa. Conduje expectante, repasando cada detalle de lo dicho, de esos

momentos ya inigualables que me había regalado en sólo un día. Luca era especial, era mi urgencia personal.

El portón se comenzó a abrir justo cuando llegué, tamborileé con mis dedos el volante, con las mejillas encendidas.

—Por los dioses. Hoy te ves perfecta.

Grité, lo juro, lo peor es que él rio, no era premeditado, comprendí al verlo, pero lucía divertido con mi susto. Estaba sentado a mi lado, así, tan tranquilo, como si yo estuviera acostumbrada a que de la nada las personas aparecieran en mi auto.

Me llevé la mano a la garganta, un segundo después, cuando su aroma comenzó a colarse en mi sistema haciéndome consciente del ir y venir de mi sangre, así como de eso tan extraño que acontecía bajo mi piel y que pujaba por querer salir; sonreí.

—Serás lo más parecido a un superhéroe, pero me vengaré si vuelves a asustarme así —lo amenacé estudiando su boca, su nariz, embelesada.

—No era lo que deseaba, lo lamento —musitó evaluándome.

El escaneo del que fui presa logró que mi respiración se agitara más. Veía mis piernas, luego mi abdomen, mi pecho, mi cuello, hasta que llegó a mi boca, e inhaló con fuerza. Sus ojos eran ámbar, aunque por la manera en la que me escrutaba, podría haberlo adivinado; lo más curioso fue notar que no había morbo en sus ojos, sino reconocimiento. Me observé un momento; una blusa carmesí de tirantes, pantalones cortos, sandalias, nada atípico.

—Cuando me ves así, me pones nerviosa —admití con la boca seca, encarándolo. Desvió la mirada enseguida.

—Puedes pasar —señaló el interior de su garaje—. La camioneta está encendida —anunció sin decir más. Conduje hasta el sitio donde me indicó, rogando hacerlo bien y no tener un accidente a causa de la distracción.

Tres camionetas todo terreno, enormes, se extendían frente a mí en la larga cochera. La verde militar en la que lo había visto no estaba.

Cuando me estacioné, con éxito, cabe destacar, salió y caminó hasta una verde más oscuro que me recordó de inmediato sus ojos cuando estaba

molesto. Era alta, por lo que tuve que agarrarme de las manivelas que tenía a los lados para poder subir.

Él se encontraba atrás de mí, cerró la puerta y en un parpadear ya estaba frente al volante. Volteé sonriendo, en serio era una locura, pero lo curioso era que Luca parecía no percatarse.

—¿Lista? —Asentí recargando mi nuca en el asiento, mirando por la ventana, pensativa—. Sara… —Volteé, atenta—. Jamás temas decirme lo que sientes por miedo a incomodarme, al contrario, me preocupa no saber lo que pasa por esa cabecita. No puedo imaginar todo lo que estás sintiendo.

—Luca, tú también lo sientes —le recodé con simpleza.

—Yo siento todo por ti, más de lo que podría llegar a describir. La lógica ya quedó fuera de esto. —Me guiñó un ojo, relajado, como si ese simple hecho no le preocupara—. Lamento haberte puesto nerviosa hace un momento, es sólo que te veo y comprendo mucho más lo que es estar vivo. —Mis mejillas se encendieron, sus ojos se aclararon. En ese instante entendí que en la locura de nuestro sentimiento se encontraba la cordura de nuestra razón—. Ahora, cambiando de tema, ¿me harías un favor?

Ya habíamos salido del fraccionamiento y se internaba en las calles de la ciudad.

—¿Cuál? —pregunté, mientras miraba clarear el cielo.

—Intenta volver a hablarme con tu pensamiento —me rogó juguetón. Arrugué la nariz, convencida de que estaba realmente loco, o afectado. No sé.

—Luca, ¿estás bien? ¿Cómo hago eso? —pregunté arqueando una ceja. Sonrió.

—Ayer que estabas tan abrumada, te sentí, estaba lejos y sentí eso que te agobiaba, era como si me llamaras —explicó. Debí abrir los ojos de par en par, preocupada, en vez de eso abrí sólo la boca en una enorme o.

—¿Me sentiste? —repetí cauta. Asintió sereno. Por lo menos no lucía agobiado, como yo pensé que debía estarlo—. Luca, algo tengo mal, no es normal todo esto.

Chasqueó la lengua, negando.

—Tú estás perfectamente. No te preocupes, yo me ocuparé de eso. Ahora anda, inténtalo, un poco —me propuso sonriente.

—¿Cómo te ocuparás? —pregunté intrigada. Me miró sereno.

—Sara, te siento, me sientes. Quizá eso sucedió al salvarte el fin de semana, es lo que creo. Pero ahora no quiero que le des vuelta a ello, no tiene sentido. Mejor veamos esto, presiento que puedes hacerlo. Piensa en algo, lo que sea. Un chiste quizá —me desafió. Entorné los ojos.

—Soy malísima para los chistes.

—A ver, permite que yo lo decida. —Y lo hice, claro que sí, me era imposible eludir el reto que iba implícito en su voz.

Debo admitir que fue escabrosamente divertido, durante el trayecto lo intenté sin tener la menor idea de cómo debía hacerlo, y no pude. Nunca me escuchó. Al final, ya me dolía el estómago de tanto reír. Al principio había cuidado lo que quería que escuchara, sin embargo, conforme noté que no funcionaba, comencé a pensar en puras tonterías que sólo lograban que soltara la carcajada, y él también, al yo decírselas con la voz.

Se estacionó con maestría y sin ningún esfuerzo en el estacionamiento del colegio.

Mientras andábamos por los pasillos, continuamos intentando infructuosamente que me escuchara sin usar los labios. Los demás nos miraban por las risas que soltábamos. Era realmente fácil reír a su lado, pese a todo lo que nuestra verdad encerraba.

Eres imposible. Susurró en mi cabeza cuando subíamos las escaleras, después de haberle dicho un trabalenguas en inglés.

—Siempre dices eso —espeté intrigada, enarcando una ceja.

Porque es verdad, eres imposiblemente hermosa, divertida, inteligente e… imposiblemente humana.

Lo último lo dijo con voz ronca, frustrado. Asentí comprendiendo a lo que se refería.

Fuera del aula vi que ya estaban sus compañeros, al igual que Romina, que hablaba animadamente con un par de chicos que conocía de la clase. Todos nos miraron; Hugo y Florencia no mostraron ninguna emoción, Romina se veía completamente asombrada y el resto, desconcertados.

Luca se detuvo varios metros antes de llegar a ellos, hice lo mismo, sonriendo un poco nerviosa. Eso de ser observada como si tuviese un mono sobre la cabeza no era agradable.

—¿Por qué la gente no se mete en sus asuntos? —me quejé, pese a que estaba extasiada por el verde limón de sus ojos.

—Aún no doy con esa respuesta —admitió, serio. Reí, y es que olvidaba de pronto que no era como yo. Miré de reojo a los demás, Romina me esperaba, cruzada de brazos. Cerré los ojos mostrando los dientes, bufando. Suspiré. ¡Diablos! —. ¿Qué les pasa?

—No le marqué ayer a Romina, se me va a echar encima —le comenté, realmente asustada. Luca estuvo a nada de soltar una carcajada, supuse que se había limitado por mí.

—En eso no puedo ayudarte, tendrás que enfrentarla. Te veré después, supongo que no te soltará en un buen rato.

Intenté pensar qué nueva mentira tendría que contarle. Cerré de nuevo los ojos, con fuerza. La idea no me agradaba en lo absoluto, porque si había alguien que conocía toda mi vida era ella, y al hacer eso me sentía desleal, sin embargo, tampoco le hablaría de Luca, pues no lo sentía correcto.

Al abrirlos, seca de ideas, noté que enredaba uno de mis rulos castaños en su dedo índice. Dejé de respirar, estaba a menos de treinta centímetros de mí.

—Sara, dile lo que tú quieras.

No necesitas mentir por mí.

Arrugué la frente, intentando someter eso que brincaba dentro de mi cuerpo.

—¿Entonces?

No te sientas dividida entre tu mundo y el mío.

Continuó.

—Decidas lo que decidas, estará bien, ¿de acuerdo? —aseveró. Asentí perdida en su mirada. Soltó mi cabello y dio un paso hacia atrás—. ¿Vamos?

En cuanto llegamos hasta donde estaban los demás, saludé con la mirada a Hugo y a Florencia, y me dirigí directamente hacia Romina,

quien de haber tenido poderes, me hubiese acribillado. En cuanto me tuvo a su alcance, dejó al par de chicos, se cruzó de brazos y entró al salón, evidentemente debía seguirla o se me armaría la Tercera Guerra Mundial. Resoplé, entornando los ojos. Ni modo. Debía asumir mi parte.

Se detuvo frente a unas bancas y dejó caer su mochila sobre la mesa, hice lo mismo, sonriendo conciliadora.

—Me puedes explicar qué pasa. ¿Tú y él? —Juntó sus dedos índices, inquisidora. Me senté en la silla, serena.

—No… —E imité su gesto con los dedos. Soltó el aire más relajada, se acomodó a mi lado.

—Pues déjame informarte que no tardan, te mira de una forma… ¡Dios! Hasta hizo que yo me derritiera. Qué hombre —Se abanicaba con la mano como si tuviese calor, ya era la Romina de siempre. Me reí, dándole un empujón.

—Escucha, lamento no haberte llamado ayer, es que estuvimos hablando hasta tarde y luego llegué a casa, ya sabes, si papá me ve hablando a esas horas, me cae otro problema —expliqué sinceramente arrepentida.

—No te preocupes, obvio creí que mi teléfono tenía algo mal o no había señal, pero si ésa es… —Y señaló con la barbilla hacia afuera—, la razón, quedas perdonada.

Negué divertida.

—No tienes remedio —expresé alegre. De alguna manera, ella me hacía sentir en equilibrio.

—Lo sé, ahora, pormenores: ¿de qué hablaron?, ¿a dónde fueron? Detalles, Sara, detalles —me apremió. Reflexioné un poco antes de hablar, intentaría mentir lo menos posible.

—Fuimos a un parque —comencé. La Barranca eso parecía, bueno, sólo por el pasto y los árboles, pero a ella le daba igual.

—¿Un parque? —preguntó arrugando la nariz, el escenario pareció no ser de su agrado.

—Sí, un parque. Tenía una vista espectacular —repliqué intentando sonar convincente.

—De acuerdo, no importa, con él enfrente no necesitabas más espectáculo. ¿Qué hicieron ahí toda la mañana? Son muchas horas, Sara.

—Conversar de su vida, de la mía. Conocernos. —Sonrió románticamente, recargando la barbilla en su palma, cruzando las piernas, con esa mirada soñadora que solía hacerme reír, aunque en esta ocasión, debido a los nervios, no sucedió. Tenía que ser cuidadosa con mis palabras.

—¿Son de Italia? —indagó desbordada por la curiosidad. Abrí los ojos sin saber qué contestar, esa parte no la habíamos tocado.

De la Toscana.

Volteé hacia la puerta, él estaba aún ahí, con Hugo. No me veía, parecía inmerso en su conversación. Repetí lo que me dijo, ocultando mi nerviosismo, era malísima para eso de las mentiras.

—Con razón, los italianos son hermosos. —Suspiró mirando el techo unos instantes—. ¿Por qué se mudaron?

¡Dios! Romina tenía más dudas que yo, o quizá las que debí haber expuesto primero, pero jamás las pensé, debo admitir.

Por el trabajo de mi tío. Somos primos, los tres.

Nuevamente lo repliqué. Aquello era desquiciante, pero debía aceptar que iba saliendo bien pese a mi inexperiencia en eso que aún no sabía cómo nombrar.

—¿Primos? Tiene sentido, son similares y muy diferentes a la vez —apuntó. Acepté siguiéndole el cuento, jugueteando con el asa de mi mochila—. ¿Se besaron? —preguntó de pronto, la miré con las mejillas hirviendo. En serio no tenía filtro.

—No —solté ruborizada.

—¡Dios, Sara! Todo el día con ese espectacular espécimen y ni un besito, ¿qué esperas? —señaló divertida al ver mi expresión.

—Romina, somos amigos.

—Aja, él no te ve como amiga, ya te lo había dicho. Además, tú tampoco. Las dos sabemos que te gusta y mucho.

¡Maldición! Deseaba cubrirle la boca para que dejara de avergonzarme.

—Y eso qué, no tengo prisa —mentí con soltura, comenzando a sacar las cosas de mi mochila. La maestra estaba retrasada, noté desesperada.

—Sara, ya, fuera de broma, ¿qué sientes por él? —preguntó seria. Suspiré con fuerza. Me tomé unos segundos. Empecé a reflexionar, y algo cálido comenzó a cubrir cada centímetro de mi anatomía, era como una marea silenciosa pero dulce, delicada. Era extraño, pero mío, lo sabía, lo sentía.

—Lo quiero, Romina —dije al fin, sorprendida de escucharme. Y era verdad, durante semanas esa atracción creció, tanto que ahora eso era lo que sentía. Quizás era pronto, quizás era absurdo, quizá ni siquiera tenía sentido, aun así, era real.

—Dices que se contaron sus vidas, ¿pudiste abrirte con él? —Mi semblante cambió. Entendía muy bien a qué se refería. Mi madre, su muerte. Negué sin verla, seria—. Espero que algún día dejes eso, me gustaría tener un aliado para hacerte ver que tú no fuiste la responsable de lo ocurrido.

—No quiero hablar de eso, por favor —le supliqué, mirando hacia la entrada, ya no estaba y la maestra se abría paso entre mis compañeros. Suspiré aliviada, esperaba que no hubiera escuchado esa parte de la conversación.

Divagué durante la clase, mi pensamiento se dividía entre él, mi amiga, mi familia y lo que había ocurrido hacía tres años.

¿Cómo decirle a alguien, y sobre todo a Luca, que yo había sido responsable de la muerte del ser que más he amado?

Decidí que no era el momento, no quería manchar la imagen que tenía de mí, no de esa forma, porque por mucho que no fuera… humano, lo que había sucedido no dejaba de ser imperdonable, no desde mi punto de vista y con eso me bastaba. No estaba lista.

De camino a la siguiente clase, dejó en paz el tema de Luca. Se lo agradecía. Lo malo fue que justo en la puerta del aula me topé con Gael. Se hizo un silencio incómodo.

—Nos vemos luego —gruñó Romina con fastidio. No sabía qué había sucedido entre ellos, pero no se lo preguntaría a él.

—¿Te sentiste mal ayer? —preguntó mi examigo, con tono conciliador. Negué tranquila, buscando el momento para entrar y no verme grosera o

nerviosa, aunque en realidad eso no debería preocuparme—. No te vi el resto del día.

—Teníamos una entrega —explicó Luca, que ya se encontraba detrás de mí. Gael asintió, serio.

Giré pasando saliva. ¿Cómo se actuaba en una situación similar? Le sonreí conciliadora, me regresó el gesto.

—Hola, Luca.

—Hola, Gael —le respondió tranquilo, se paró a mi lado, podía sentir su calor debido a lo cerca que se hallaba de mí.

—Entonces… Nos vemos luego —se despidió aquel que solía ser mi amigo. Alcé mi rostro hasta Luca, su iris era aún verde botella, no se había oscurecido totalmente.

Estoy bien.

Asentí intentando sonreír.

Nos sentamos uno al lado del otro. En cuanto saqué mi cuaderno, volvió a hablar.

—Romina no estaba tan molesta.

—No, creo que le encantas —admití hojeando mis apuntes.

—Son muy diferentes.

—Sí, lo sé. Supongo que por eso la quiero como a una hermana —expresé relajada. Me observaba, lo sentía, así que giré, sonriendo con timidez. Aunque ya no lo disimulaba, tampoco coqueteaba, sólo era él mostrando lo que sentía sin filtro.

—Y es recíproco, evidentemente.

—Siempre he contado con ella y me conoce mejor que nadie.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta. —La forma en la que lo dijo logró que arqueara una ceja. No logré descifrar nada con su expresión—. Así que, ¿no hay prisa? —preguntó burlón, aligerando el ambiente que por alguna razón se sentía denso.

—Pues sí, ¿no? ¿O qué querías que le dijera?

—Lo que quieras. Eso está bien. Ya te dije que no importa, no retrocederé y la calma en nuestro caso creo que es lo mejor —zanjó con seguridad. Bajé la mirada hasta mi cuaderno, sonrojada. Con él parecía que ése era mi estado puro. Garabateé algo sin fijarme.

Cuando la clase acabó, me esperaba en el pasillo. Lo observé intrigada.

—Si deseas ir con tus amigos, no diré nada al respecto —murmuró. Me crucé de brazos, recargándome en el muro, dejé caer la mochila al piso.

—No suelo hacer nada que no quiera, si tú quieres estar conmigo, lo estás, si no, no pasa nada, Luca.

Sonrió negando, frotándose el cuello. Se paró a mi lado.

—Lo mismo te digo, Luna, pero lo decía porque no me gustaría que pensaran que te acaparo —explicó. Aunque noté que no le importaba en lo absoluto lo que creyeran, lo decía por mí.

—Si a esas vamos, yo no quiero que los tuyos piensen eso —refuté enarcando una ceja. Rio recargando su nuca en el muro.

—Ellos, digamos que no entienden todo esto, pero no se molestarán.

—Hugo no está de acuerdo con lo que sucede, ¿no es así? —Conocía la respuesta, pero deseaba que me lo confirmara. Me miró serio.

—Me dijo que hablaron. —No respondí, sólo me mantuve ahí, atrapada en sus ojos—. Vayamos a otro lugar, no creo que sea el mejor sitio para tener esta conversación. —Tenía razón, porque las personas iban y venían.

Anduvimos por uno de los jardines, nos sentamos sobre el césped. Ahí nadie escucharía, los estudiantes desayunaban y, además, estábamos muy alejados de todos.

Me recargué en un tronco con las piernas flexionadas. Él se colocó en perpendicular para que nos pudiéramos ver. Cerré los ojos aspirando el olor a tierra mojada, a verde, disfrutando del aire fresco que nos brindaba esa hora de la mañana.

—Sara, ¿deseas hablar de esto? O podemos simplemente dejarlo a un lado. No necesitas más preocupaciones —murmuró. Abrí los ojos.

—Quiero saber —declaré sin dudarlo. Asintió bajando la vista. Era evidente que no le gustaba tocar el tema, pero lo haría. Pasaron un par de minutos hasta que habló. El desasosiego se arremolinó justo en medio de mi estómago, por su postura adivinaba que lo que vendría no me gustaría, aun así, me armé de valor, o por lo menos lo intenté.

—Lo nuestro… —comenzó sin rodeos—, no debería estar pasando —declaró con seguridad—. Nunca ha ocurrido con ninguno de mis compañeros, jamás. De donde yo vengo, no se sienten estas cosas —explicó con simpleza. Fruncí el ceño, irguiéndome intrigada.

—No comprendo.

—Nosotros nos «fundimos», no nos enamoramos. Cuando uno… —Buscaba las palabras adecuadas, era evidente lo difícil que le resultaba; esperé, atenta—. Cuando uno de los míos decide estar con una «chica» —esto lo entrecomilló para que comprendiera, supuse— es porque ella lo eligió y no por las razones que ustedes lo hacen. Es porque empatan, es decir, encajan a la perfección desde cualquier ángulo existente. Una vez que se elige, se vuelven uno de la manera más literal que te puedas imaginar. No hay dudas, no hay celos, no hay posesividad, nadie interfiere y es para siempre. No lo hacemos con la idea romántica que aquí se tiene, sino desde la práctica. El amor tal como tú lo conoces y como ahora lo estoy conociendo, no existe de donde vengo.

Pestañeé asombrada. Lo que me decía era increíble y, a la vez, triste. Además, me preocupaba.

—Entonces se escogen evaluando, ¿qué cosas? —Necesitaba entender. Resopló arrugando la frente.

—La intensidad de la energía, la jerarquía en el grupo, los defectos y las cualidades, la compatibilidad, todo ello sirve para garantizar que la unión sea perpetua y perfecta. Ahí no hay errores —aseguró.

Me perdí en las nubes, viendo cómo se movían de acuerdo con el viento que las arrastraba, sin oponerse, sin cuestionarlo. Respiré hondo varias veces, reflexionando sobre sus palabras. En muchas películas había visto que, incluso en la política, ésas eran razones para unirse a alguien, sin embargo, entendía que lo dicho por Luca iba más allá, mucho más, era otra forma de vivir, de existir.

—¿Estás bien? —me preguntó trémulo. Asentí sin mirarlo, terriblemente confundida, con repentinas náuseas. El «no hay errores» me abrumó, además del hecho de que el amor, como tal, no existía—. Sé que en cualquier momento saldrás huyendo. Sería lo lógico. —Supongo que

notó mi semblante mortecino, porque transpiraba un poco más de la cuenta. Aun así, me mantuve, atreviéndome a mirarlo.

—Luca, seas lo que seas, no lo haré. Hay algo que es más fuerte que yo y que no lo permitiría, algo que me hace sentir demasiado bien a tu lado, que me hace sentir fuerte, que… te ansía. No me iré —declaré. Asintió agobiado—. Mejor explícame por qué Hugo dijo que tú y él no pueden estar separados. No entiendo.

Pasó las manos por sus rizos y luego por su rostro. Le costaba hablar de ello, comprendí.

—Hugo es algo así como el heredero a un trono —empezó. ¡Maldición! Sé que notó la manera en la que mi cuerpo reaccionó ante aquella declaración, pero no me lo demostró—. En él recaerá el legado de mi «pueblo» —sentenció.

¿De su pueblo? ¡Dios! Tenía un pueblo, mi compañero de clases era como un rey. Mi cabeza comenzó a dar vueltas.

—¿Y tú? ¿Por qué dijo que no pueden estar allá el uno sin el otro? —Quise saber. Su seriedad me daba escalofríos. Fijó su atención en un punto lejano, estaba tenso. Ahí iba su verdad, su identidad, lo presentía.

—Porque es verdad —anunció molesto y afligido, sin esconder su preocupación—. Sin él no hay una cabeza. Y sin mí, esa cabeza no puede decidir.

OK, no entendía nada, y menos cómo funcionaba aquello, no tenía lógica. Parpadeé, me crucé de piernas, acercándome un poco a él, interesada y asustada también. Nada era simple, al parecer, sino todo lo contrario. Las náuseas continuaban.

—Sara, es muy complicado, más aún porque no has querido saber de dónde vengo, ni quién o qué soy en realidad. Has evitado esas preguntas y sé que lo haces deliberadamente, ayer me lo dijiste. No quiero presionarte, tú tienes tu tiempo y lo voy a respetar. Y sé que si digo algo que no quieres escuchar, tu angustia de ayer por la noche no sería nada en comparación; y quién podría juzgarte. Nada tiene sentido, ni siquiera para mí, no deseo verte atormentada o más preocupada.

—Luca… —Relajó su postura y se acercó un poco.

—No digas nada, Luna, para mí está bien. Yo también tengo mucho que entender, que aceptar. No está siendo sencillo todo esto. Pero indudablemente no deseo cambiarlo.

Jugué un segundo con el césped, mi corazón latía muy rápido.

—¿Sabes? Crecí pensando que era imposible que existiera alguien como tú. Me han enseñado a no creer en fantasmas, monstruos, extraterrestres, seres mitológicos, dioses… Me cuesta mucho trabajo pensar que esto es real, que mi cabeza no lo está inventando. Tengo miedo de que sea un sueño y despierte dándome cuenta de que nada existió, que tú no estás y que yo no podré volver a ser la misma, porque eso es lo que siento desde que apareciste. Me despertaste en más de un sentido —admití en susurros. Lo tenía tan cerca; me escuchaba con suma atención.

—Luca, la verdad es que tengo miedo de que al saber de dónde vienes, qué eres y qué haces aquí, por muy terrible que la respuesta pueda llegar a ser, a mí no me importe. No están aquí para crear caos o, no sé, una guerra, ¿verdad? —inquirí con nerviosismo. Sonrió con tristeza, negando. Por alguna razón mi pregunta no lo asombró. Me sentía una loca preguntando aquello, y culpable también.

—No, Sara, no estamos aquí por algo semejante, eso sería romper varias reglas —aclaró.

Me recargué de nuevo en el tronco, nerviosa, confundida y afligida. Ansiaba a Luca en todos los sentidos y no me era posible tenerlo.

¿Cómo lograría manejarlo si al verlo lo único que quería era tocarlo, besarlo, abrazarlo? ¡Agh! ¿En serio podría con esto? En ese momento no lo sabía, y eso me hería, me causaba una molestia ardiente. Eso que pujaba bajo mi piel se quejaba, me recorría como buscando salir, como deseando no estar dentro de alguien que no le daba lo que quería. ¿Eso les ocurría a todas las personas que se enamoraban o sólo a mí con él?

—Debemos ir a clase —anuncié y me puse de pie de un brinco. Necesitaba distancia, y un baño, o le vomitaría encima.

—Sara… —musitó, levantándose enseguida.

—Estoy bien, es sólo que… Dame un momento. —Me dirigí hacia la escuela, casi corriendo. No huía de él, aunque seguro lo estaba pensando, sólo deseaba sacar eso que en mi organismo se revolvía y no quería que

me viera hacerlo, porque sé que entendería lo que sus palabras habían logrado causar en mí. Si estaríamos juntos, no sería yo la débil, pero era demasiado.

Llegué al baño y enseguida saqué todo de mi sistema, una y otra vez. Sudorosa, esperé a que no hubiera más en mi estómago que pudiera expulsar. Me pasé el antebrazo por la frente perlada de sudor.

Aceptar lo que acababa de decirme resultaba tan difícil. No quería lastimarlo, ni tampoco a mí misma, pero necesitaba obtener respuestas, pese a que me daba mucho miedo saberlas. No obstante, lo que él generaba en mí era contundente, muy fuerte y mi mente me suplicaba que lo intentara, que no huyera de eso, aunque no lo comprendiera, aunque estuviera fuera de mi raciocinio. Mi cuerpo lo exigía con potencia, con anhelo. Y mi corazón me rogaba que lo mantuviera a mi lado.

Me eché agua en el rostro, me enjuagué la boca. Ya me encontraba mejor, más clara. Me sequé mirándome fijamente al espejo. «Nuestros caminos se unieron por algo, no debía rechazarlo».

Al salir por supuesto que me estaba esperando; se había sentado en un escalón de concreto, dándome la espalda, con los dedos entrelazados, mirando a la gente pasar. Me acomodé a su lado, silenciosa.

—Yo… —murmuré nerviosa.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó sin verme, con la quijada tensa.

Cómo deseaba rodearlo, sentir su calor, y que él me trasmitiera el suyo. Un abrazo era mi necesidad, pero no sucedería.

—Sí, sólo fue… No sé —admití al final. Giró tranquilo, sus ojos eran oscuros.

—¿Quieres espacio? —me cuestionó imperturbable, aunque ya sabía lo que escondía en realidad, le dolía siquiera pensarlo, algo dentro de mí lo sentía.

—Únicamente cuando me pasen estas cosas, si no, prefiero tenerte cerca —intenté bromear, pero no cambió su expresión.

—Sabes de qué hablo. Herirte no es una opción para mí. Verte sufrir por esto, tampoco.

—Me cuesta comprenderlo, por eso deseo ir despacio, eso es todo. Pero definitivamente no daré marcha atrás. No me estás lastimando,

tampoco sufro. Es sólo que me abruma, pero pasa. Ahora ya me siento más tranquila. Lamento haberte dejado ahí y de esa manera —me disculpé. Su gesto se ablandó un poco, incluso sonrió apenas, contemplándome. Alzó una mano y tomó un mechón que cruzaba mi rostro para acomodarlo concienzudamente junto con el resto de mi cabello. Sentí de nuevo el sonrojo, y esas malditas ganas de besar esos labios delineados, gruesos.

—No te disculpes, eres humana, esto es lo normal.

—No quiero lastimarte —acepté con voz muy baja, mordiendo mi labio, agobiada.

—Yo estaré bien si tú lo estás —atajó. Me enredé en su mirada ahora clara, se sentía complacida.

—Quiero comer algo antes de entrar a clases, si no definitivamente ambos estaremos mal. —Me froté el estómago, deseaba una bebida o lo que fuera.

Sonrió, poniéndose de pie, al yo hacerlo rozó mi codo para ayudarme apenas un poco. Sonreí agradecida, me guiñó un ojo.

—Vamos, luces un poco pálida.

En el segundo receso le dije que deseaba pasar un tiempo con los demás, él simplemente acarició mi cabello con dulzura y desapareció por los pasillos abarrotados de chicos.

A mediodía, al estacionar su camioneta dentro de su casa, apagó el motor y giró hacia mí, serio. Parecía que la nube gris que se había posado sobre nosotros en la mañana había desaparecido, o por lo menos eso había intentado que sucediera el resto del día.

—Sara… —me nombró con suavidad. Lo miré relajada, metiéndome a la boca una paleta de caramelo que me había dado cuando salimos de clases—. No sabes mentir, debes saberlo, ya no finjas —me rogó, evaluándome.

Creí que mi lucha interna no era tan evidente, pero me equivoqué. Lo cierto es que no pude comprender cómo era que él lo tenía tan claro, si me había mostrado despreocupada e incluso alegre la última hora, aunque dentro de mí seguían resonando aquellas frases: «No hay errores», «su pueblo».

Bajé la paleta, suspirando, fijando la vista en mis manos. Su tacto caliente sobre mi barbilla logró que cerrara los ojos disfrutando de sus dedos sobre mi piel, sonreí apenas.

Mírame…

Tardé un poco más de la cuenta, sabía que de esa forma prolongaba esa sensación líquida por mi cuerpo, esa marea delirante que me envolvía, que parecía incluso adictiva.

Al fin, levanté los ojos y me soltó. Parecía abatido, tenía el rostro tenso y cauto.

—Eres un ser maravilloso, has cambiado mi esencia más de lo que imaginas, pese a que ha transcurrido tan poco tiempo. Eres una bengala en esta oscuridad que acabo de comprender que ha sido mi vida. Sin embargo, no tengo derecho a hacerte pasar por esto —declaró profundamente afligido, incluso parecía perdido.

Mi pecho, al escucharlo, rugió, podría jurarlo. Fue como si renegara de sus palabras, mi mente se llenó de angustia. Pasé saliva, y decidida elevé un dedo hasta su boca y lo posé sobre sus labios gruesos, delineados. Mi puro roce logró que cerrara los ojos. Sonreí. Se sentía tan bien. Dejé las yemas de mis dedos sobre sus mejillas, apenas tocándolo. No se apartó.

—Esto es parte de lo que eres y no retrocederé, así como tú lo dijiste. A pesar de mis temores, de la angustia que sé que tú también sientes, del miedo y de la incertidumbre, incluso a pesar de las náuseas, deseo recorrer este camino a tu lado. Sólo deja que lo haga —pedí. Su gesto se transformó, dulcificándose hasta lo indescriptible.

—Eres fuerte, eso me encanta, pero estoy seguro de que tu elección no es la más inteligente. No tengo certezas de nada, no por ahora, sin embargo, intentaré que sea de otra forma, lo prometo.

—Luca, no quiero ir a casa. —Cambié de tema, creyéndole por alguna razón. Bajé mi mano despacio, su iris era ámbar, un ámbar que iba y venía, pausado, tranquilo.

En un segundo estaba abriéndome la puerta de la camioneta. Reí al dar un respingo, él también.

—Avisa, esta tarde serás mía —declaró con frescura. Era evidente que, al igual que yo, dejaría pasar lo ocurrido.

—Y tú mío —completé de forma pícara. Sacudió la cabeza, sonriendo.

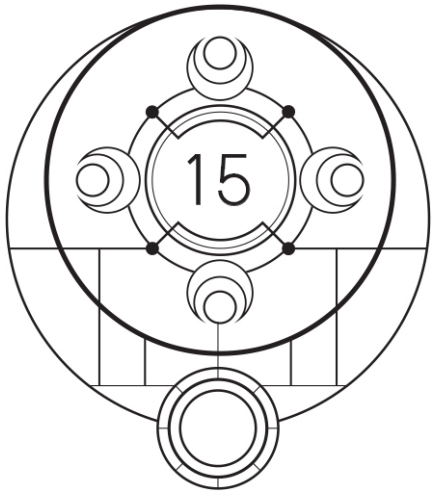
—Sin remedio, así es —aceptó con simpleza.

Parecía que él lidiaba mejor con todo este asunto, o quizá lo escondía de una forma tal que me era imposible adivinarlo; lo cierto es que huir quizá hace días hubiese sido lo mejor, pero ya no había tiempo. Lo desconocido no era sinónimo de malo, de dolor, aunque en mi mundo se manejara de esa manera. Luca era bueno, lo sentía, no había nada maquiavélico, peligroso o torcido en él. Esperaba que mi instinto no me fallara y que esta ansiedad por su ser no me estuviera nublando la razón.

—¿Quieres entrar? Podemos comer aquí. La última vez que estuviste no tuve oportunidad de invitarte —lo decía un tanto burlón.

Aligerar el ambiente funcionaba, intentar actuar como dos seres humanos, también. Le saqué la lengua, rio con ganas.

La verdad se encontraba entre ambos; lo que él era, lo que yo soy, nuestras diferencias. Pero teníamos algo en común, y era ese sentimiento que en su mundo no era posible y que no tenía nombre, y que en el mío nunca había experimentado hasta que lo conocí.



Justo en la puerta, me detuve dudosa. Faltaba una camioneta, noté; me metí de nuevo la paleta a la boca. Él advirtió mi duda.

—No están, es el turno de Hugo para hacer las compras y Flore se ofreció a hacérselo más fácil, no es paciente y odia cuando debe hacerlo. —Entornó los ojos, ya que al parecer Hugo se quejaba mucho sobre eso; me encantó ver ese gesto en su rostro.

—¿Tratas de decirme que van y hacen las compras a un supermercado como cualquier persona pudiendo hacerlas aparecer y desaparecer a su antojo? —lo cuestioné viendo cómo abría la puerta con la mano.

—¿Y de dónde quieres que aparezcamos la comida? —indagó en el umbral, cruzándose de brazos.

—Ah, no sé, tú dime. Creí que podían hacer eso con… eso que hacen —declaré con simpleza. Negó divertido.

—Habilidades —me recordó, me metí de nuevo la paleta a la boca, asintiendo. Cierto, eran «habilidades», aunque en mi cabeza era magia y nada más—. No tenemos que llamar la atención, Sara, como tú señalaste ayer, si con estos cuerpos ya de por sí lo hacemos; no obstante, en todo lo demás tenemos que vivir como cualquier otra persona. Comer, comprar,

salir, divertirnos —expresó tranquilo y con un gesto cargado de elocuencia me invitó a entrar. Agaché la cabeza como una dama de antaño e ingresé. Una vez en el recibidor, de nuevo me detuve, nerviosa—. Anda, ven. Yori no dirá nada, ya te escuchó —dijo con frescura. Lo encaré dudosa, quizá no le encantaba verme de nuevo. La noche del accidente no parecía feliz con mi presencia ahí. Por qué ahora sería diferente—. Luna, de no ser así, no te traería —musitó. No me moví, así que tomó mi mano apenas y la llevó hasta mi boca para que probara de nuevo mi dulce. Reí, siguiéndolo.

El interior era más agradable e iluminado a como lo recordaba. Era de un solo piso realmente grande. En el recibidor había una mesa de mármol claro con una banca de madera oscura a su lado. Luca dejó ahí nuestras cosas.

Del lado derecho se extendía una enorme estancia con muebles perfectamente armonizados por el mismo diseño. Más adelante, un enorme comedor con la misma línea. Y ahí, igual que en la sala, los ventanales de piso a techo daban a un jardín perfectamente cuidado.

Las cortinas enrollables estaban corridas, pero en diferentes niveles, por lo que el jardín se podía apreciar sin problema que lucía acogedor y cálido. Nos dirigimos a la cocina, una puerta abatible y una barra de granito claro la comunicaba con el comedor. Al entrar, me saqué la paleta de la boca y dejé escapar un silbido. Luca soltó la carcajada.

Recorrí el lugar, observando cada detalle; había electrodomésticos de acero inoxidable sobre todas las cubiertas. Un refrigerador inmenso se ubicaba del lado derecho; también tenían lavavajillas y horno… Tenían lo que cualquier casa, pero con gran lujo.

—Luca, ¿esto es su idea de pasar desapercibidos? Porque deben saber que fracasaron. Esta cocina es asombrosa. —Le hice ver. Se encogió de hombros sonriendo, se recargó en una de las cubiertas, atento a cada uno de mis pasos.

—Cocinar es como cualquier otra cosa, pero es necesario un buen lugar —expresó como si fuese lo más obvio.

Cruzamos el comedor y subimos un escalón pasando por un pasillo donde había varios cuadros del lado derecho que, supuse, eran igual de

costosos que todo lo que poseían; y de nuevo, a mi lado izquierdo, otros ventanales que daban al jardín.

Se veía tan normal, tan hogareño y lleno de luz. Era fácil pensarse ahí pasando los días.

Continuamos y llegamos a un espacio abierto. Un enorme televisor con bocinas a los lados se encontraba empotrado en la pared, justo frente a un sofá gris oxford en forma de L, con cojines color sangre que hacían juego con la alfombra felpuda que adornaba el centro junto con una mesa de base cromada, donde descansaba un grueso vidrio. Sobre ella estaba un enorme platón con tres grandes bolas de colores que, igualmente, combinaban con el lugar.

—Hugo está obsesionado con ese aparato. —Señaló el televisor de 80 pulgadas—. Dice que es impresionante que toda su cultura la puedan guardar ahí, aunque yo prefiero verla de primera mano —manifestó con simpleza.

Con eso deduje que él «iba» a los lugares, mas no los veía por medio de la televisión.

Pasamos por otro pasillo con varias puertas de madera oscura, como había en el resto de la casa: se encontraban abiertas. Eran cinco. La primera estaba a mi izquierda. Lo seguí, entramos a un enorme estudio donde había tantos libros que en realidad parecía una biblioteca. Los muebles que había ahí eran más clásicos, aunque no dejaban de ser modernos. Había tres computadoras de alta resolución, una al lado de la otra. Las cortinas dejaban entrar la luz del exterior, pese a que no las habían abierto.

—¿Aquí estudias? —indagué. Sonrió divertido.

—En realidad no usamos mucho este espacio. Yori es el que pasa más tiempo en casa, así que la adecua para hacer lo que quiera y cuando quiera. Esas computadoras son sus juguetes, pasa horas ahí.

—Tienen gustos extravagantes —señalé, a la vez que observaba todo el cuarto. Rodó los ojos, sonriendo. Volví a sacarle la lengua.

Salimos y pasamos junto a tres puertas más, supe que eran las habitaciones de sus compañeros por las cosas que se alcanzaban a ver.

La quinta puerta estaba a un costado donde la pared hacía escuadra, por su actitud pícara, supe que sería su turno. Giré alzando las cejas, era su habitación.

—Pasa. —Me invitó sin moverse del marco.

Observé la cama colocada casi frente a la entrada, pero a varios metros de distancia. Su cabecera era de madera oscura, lisa, sin adornos y no muy alta. La colcha era de color crema y se asomaban unas sábanas del mismo color.

De pie frente a ella, recordé aquel día con un nudo en el estómago. Había estado ahí, lo reconocí enseguida. Parecía haber pasado tanto tiempo de aquello y apenas si transcurrieron unos días. Me acerqué y la observé, perdida en mis pensamientos.

—Aquí te traje el sábado —admitió ya a mi lado.

Me sobresalté y viré hacia él. Lo tenía a treinta centímetros de mí. Circunspecto, evaluaba mis reacciones. Me alejé desconcertada y continúe con mi exploración.

Del lado izquierdo había unas ventanas que daban al jardín, dos sillones de color claro para tres personas haciendo una L, frente a un televisor. La alfombra era oscura, y sobre ésta había una mesa de madera que hacía juego con su cabecera y las mesillas de noche.

Frente a su cama había estantes con montones de libros. Lo miré al no recordar aquello. Me parecía irreal que tuviera ese tipo de cosas. Él ya estaba recostado sobre su cama, apoyando la cabeza en sus brazos doblados, se notaba encantado con mi presencia.

—Así que eres un intelectual —conjeturé con mofa por los títulos que fui leyendo. Había sobre filosofía, ciencias, matemáticas, ética, lógica; todos eran de ese estilo.

—¿Te decepciona? —me preguntó inquisidor.

—No, pero no va contigo.

—¿Qué pensaste que encontrarías? —Parecía muy interesado.

—No sé, pero definitivamente esto no. —Extendí los brazos refiriéndome a su casa—. Digo, aunque no escatiman en gastos, en general, es una casa común.

Somos personas, Sara, aunque en el interior no, por fuera somos humanos.

Asentí acercándome a otra gran ventana que estaba a un lado de su mesita de noche. El jardín debía contar con más de un jardinero, estaba impecable.

Ven. Susurró en mi cabeza.

Volteé para verlo, ya estaba sentado en el borde del colchón. Me acomodé a su lado. Su aroma era tan potente allí, en su recámara. Cerré los ojos, mientras apretaba los bordes de la cama. Lo ansiaba tanto.

—¿Estás mejor? —preguntó.

Lo miré atontada. Alternaba esas dos formas de comunicarse de forma inconsciente, como si no se diera cuenta. Asentí mientras curioseaba lo que alcanzaba a ver del baño y de su vestidor. El sillón en el que se había sentado aquella noche estaba frente a mí, junto con una mesilla de noche donde reposaban otros libros distraídamente colocados y una lamparilla.

—Luca —logré decir ahogadamente, su cercanía, sus cosas, la intimidad, su boca, todo comenzó a jugar en mi contra. Y es que era apetecible en más de una forma. Mis palmas sudaban y mi piel me exigía que lo besara, importándole muy poco si me calcinaba—. Necesito aire —solté poniéndome en pie, alejándome.

Sonrió al notar lo acalorada que estaba, necesitaba un ventilador sobre mí. ¡Ya!

Un segundo después una de las enormes ventanas estaba abierta, él a unos metros.

Salí de inmediato, aspiré profundamente para poder diluir ese olor a menta y hierbabuena que se había apoderado de mis pulmones. Caminé sin esperarlo, intentaba controlar mis ansias por tocarlo. ¡Dios! Me sentía al límite; era en esos momentos justo cuando sentía que no podría y que todo me superaría.

Varios metros a mi derecha vi a Yori, estaba hincado frente a unas flores que no pude reconocer, pero eran grandes y de una variedad de colores intensos. Parecía estar podándolas con suma atención. Llevaba una gorra gastada, *jeans* y una camiseta vieja color azul.

Otra cosa que es su delirio: las plantas. Él es el responsable de este jardín.

Abrí los ojos, asombrada y agradecida de que continuara a varios metros de distancia.

Yori nos miró sonriendo y negando al mismo tiempo.

Luca apareció, sin que pudiera si quiera registrarlo, al lado del hombre. Pestañeé, aunque ya no me sobresalté. Éste lo observó resignado y volvió a mirarme más relajado. Quizá hablaban de esa forma extraña, pensé al verlos juntos.

Ambos caminaron hasta donde yo estaba.

—Hola, Sara —me saludó a un par de metros de mi posición. Era guapo, mucho, aunque mayor que ellos.

—Hola, Yori, no quería interrumpirte —me disculpé con tono cortés y un poco nerviosa. Luca me sonrió, intentando tranquilizarme. El hombre se quitó los guantes de jardinería, negando desenfadado.

—No te preocupes, esas orquídeas están muy mimadas, un poco de soledad no les caerá mal —musitó quejoso, mirándolas de reojo. Su gesto me resultó divertido, más viniendo de ellos.

Te lo dije, «ama» la jardinería.

—¿Luca ya te ofreció algo? —preguntó. Negué cohibida. Éste giró hacia el interpelado reprendiéndolo con un gesto cargado de autoridad.

—Acabamos de llegar, le estaba mostrando el lugar —se defendió, como un chico cualquiera ante la regañina de su padre.

—Muéstraselo, voy por algo. —Le ordenó Yori y se dirigió al interior de la casa.

Cuando estuvimos solos, comencé a explorar fascinada todo lo que mis ojos veían. En serio era hermoso; él me seguía a varios metros de distancia.

Una mesa de jardín para ocho personas bajo un toldo blanco apareció en mi campo de visión. Yori ya estaba ahí con una jarra de vidrio y tres vasos. Viré hacia Luca sin poder acostumbrarme aún a esa forma que tenían de aparecer y desaparecer. Él se acercó a mí, comprendiendo mi vacilación.

—Así nos movemos aquí —dijo disculpándose.

—Lo sé, sólo que sigue asombrándome.

—Ya lo creo —aceptó comprensivo. De pronto recordé que tenía preguntas y lo observé, volví a sentir ese ejército de hormigas caminar frenéticas dentro de mí, era literalmente imposible acostumbrarme a su belleza.

—Yo… tú… —Al ver mi duda esperó divertido—. Quiero decir, ¿no puede escuchar cuando tú hablas en mi cabeza? —hablé bajito. Negó con gesto tierno.

No, ése es un canal exclusivo entre nosotros, no hay interferencia y nadie puede meterse en él, es privado, mientras así lo queramos.

¡Guau! La idea me gustó, aunque también me frustró pues yo no podía contestarle por ese medio, y que fuera yo la que siempre usara la boca me hacía sentir un tanto desequilibrada.

Ya vimos que sí puedes. Verás que es cuestión tiempo, Luna, quita esa cara. Me lo pidió dándose cuenta del rumbo de mis pensamientos.

A veces, cuando él adivinaba justo lo que pensaba, dudaba de su honestidad acerca de leer mentes, sin embargo, cuando lo veía y lo sentía, sabía, de alguna manera, lo que en realidad le ocurría. Algo estaba verdaderamente mal en nosotros. No había otra opción.

Nos sentamos y tomamos una bebida de kiwi y limón, estaba buenísima. Yori llevó la conversación por rumbos relajados y puramente terrenales, nada de preguntas personales ni profundas. Política, cambio climático, situaciones ambientales, cosas que me hacían sentir que estaba entre gente común, hablando de cosas comunes; aunque con posturas bastante más neutrales e inteligentes que el resto, pues no había juicios influidos por la moralidad que solía escuchar. Era interesante y entretenido, porque entre ellos mismos se enfrascaban en sus teorías y yo sólo los observaba fascinada.

Media hora después, Yori nos sirvió, ahí en el jardín, empanadas rellenas de distintos guisos y una ensalada. No comió, se retiró argumentando que tenía pendientes en la calle.

—Agarra las que quieras —me alentó Luca, bromeando; se me hacía agua la boca con tan sólo mirarlas. Sí, no tengo remedio, lo sé—. No quiero que te quedes con hambre.

Entorné los ojos al percibir su sarcasmo y tomé dos con gesto desafiante.

Después de cinco, quedé satisfecha.

—¿Hiciste un hueco para el postre? —me preguntó con mofa. Él solo se había comido tres.

—Siempre —acepté alzando las cejas, bebiendo ese manjar que Yori nos había dejado.

Un segundo después tenía frente a mí tres botes de helado de diferentes sabores y diversos tipos de pastelillos. La gloria, tal cual.

—¿De qué quieres? —consultó con el cucharón en la mano.

Elegí sabor chocolate y un *muffin* de moras azules. Él se sirvió sólo un poco de helado de vainilla. No comía mucho, caí en cuenta. Pero yo sí, así que en cuanto lo tuve enfrente lo ataqué sin miramientos, sabía mejor de lo que se veía y eso era mucho decir.

Cuando terminamos, con el estómago más que saciado, me levanté decidida a ayudarlo a llevar todo a la cocina. No quería verme maleducada, además, caminar me caería bien.

Ni se te ocurra, yo me encargo.

Dos segundos después ya no había nada en la mesa, sólo quedaban la jarra y nuestros vasos.

—¿No te quieres ir a vivir a mi casa? Este tipo de cosas serían muy útiles —refunfuñé, recordando el tiempo que a nosotros nos llevaba hacer eso.

—No me des ideas —refutó con ligereza. Detecté de inmediato la burla, aunque también la amenaza.

Me recargué en el respaldo, con las mejillas sonrojadas. Fijé la vista en la hilera de arbustos que separaba la piscina del resto del jardín. Era hora de preguntar, pensé. En la mañana había sido complicado seguir, pero ya me sentía más serena. Debía continuar.

—Así que duermes, comes… —comencé encarándolo. Tomó un trago de su agua, demostrándome que sí, que así era.

—Este cuerpo humano tiene necesidades como el de cualquier otro. En general, debo cuidarlo igual que tú al tuyo.

—Pero… —proseguí comprendiendo que había más.

—Pero no necesito dormir las horas que tú lo haces, bueno, no por ganas, ¿me explico? —asentí—. La comida no la saboreo como tú, como el resto, es algo que mi cuerpo necesita para mantenerse sano, aunque sí alcanzo a percibir ciertos sabores que son más agradables que otros, pero de una forma demasiado sutil.

—¿O sea que te da igual qué comer? —Eso era tristísimo, pensé al evocar todo lo que recién había ingerido.

—Sí y no. Hay comida que a mi paladar, por muy poco sensible que sea, no le gusta; mi sentido del olfato sí es agudo, por lo que aunque veces no sé bien a que sabe, puedo notar que huele delicioso —murmuró con voz ronca, su mirada se mezcló entre un color limón y miel—. La vainilla —terminó con seguridad.

—La menta y hierbabuena —contesté incitadora. Sonrió, sabía a qué me refería.

Flore hace esencias, casi desde que llegamos aquí. Dice que ése es mi olor.

—Y creo que te va bien —acepté acalorada, así que tomé un gran trago de agua.

—Es fresco, a comparación de mi interior.

—Luca, tú, quiero decir, lo que realmente eres… No necesita descanso, ni alimento ni nada, ¿verdad? Es sólo que noto que haces mucha diferencia entre tu exterior y lo que hay dentro; tu «energía» —señalé. Arqueó las cejas, asombrado.

—No dejas pasar nada —musitó con interés, recargando los antebrazos en la mesa.

Lo que en realidad soy, más que alimentarse, necesita cargarse.

—¿Cargarse?

Sí, literal. Ya sabes que somos seres de calor y para poder funcionar independientemente de este cuerpo o de cualquier otro, necesitamos cargarnos de él.

—¿Cómo? —pregunté pensando en un procedimiento complejo o algo más simple, como un celular a la luz.

Buscamos lugares donde la concentración térmica sea abundante; un volcán, por ejemplo.

Pestañeé sin comprender. Se dejó caer de nuevo sobre el respaldo, notando mi confusión; se frotó la nuca, sonriendo con dulzura.

Como ya sabes, el centro de la tierra está muy caliente. La lava es perfecta porque contiene altos niveles de combustión y radiación. Eso es lo que nos carga, con tan sólo poner las manos en un punto donde la concentración sea más fuerte, nuestra energía aumenta.

—¿Y no se queman? —pregunté atónita, sin poder imaginarlo.

—No, no nos colocamos sobre ella, sino cerca. Abrimos las palmas sobre la tierra y la absorbemos. Es fácil.

Seguía sin poder asimilarlo.

—¿Lo hacen seguido?

No, no tanto. Depende de si algo provoca una descarga abrupta. Aunque eso no tiene por qué suceder, una vez al año es lo común.

Una idea descabellada se comenzó a formar en mi cabeza, era hora de decirlo en voz alta.

—Luca… ¿son…? —Me mordí el labio sintiendo que iba a decir una locura. Miré a mi alrededor, avergonzada de sólo pensarlo.

—Sara, si no estás preparada, no lo hagas —me advirtió, serio. Lo observé decidida. Necesitaba saberlo, no podía darle más vueltas.

—Vienen de otro planeta, ¿verdad? —logré terminar cerrando los ojos para no ver cómo reía a carcajadas.

Sí.

Pasé saliva aturdida, respiré lentamente. ¿Eso era posible? Bueno, tal parecía que sí a menos de que me estuviera tomando el pelo. Pero por su semblante supe que no, que era verdad. ¡Dios!

—No creí que… ¿tú? ¿De cuál? —Quise saber intrigada y completamente perpleja. La sangre recorría mi cuerpo de forma frenética, esa marea que lo ansiaba se sentía en paz, por alguna extraña razón y lo cierto es que no tenía miedo, pero sí un asombro arrollador.

De ninguno que tú conozcas. Afuera existen muchas galaxias, como ustedes las llaman, millones de mundos. No son los únicos con vida, pero eso ya lo sabes.

—Sí, bueno, suena lógico —acepté aún en *shock*.

Ninguno de los dos dijo nada por unos segundos. Temía que en cualquier momento saliera la cámara oculta y se burlarían de mí en algún show de televisión en donde gastan bromas muy pesadas. No sucedió. Tragué saliva.

—Un celular está a punto de quedarse afónico en esa mochila —escuchar a Hugo a mi lado me sobresaltó. Estaba a menos de un metro de mí y traía mis cosas en la mano.

Escrutaba serio a su compañero, no lucía alegre para ser sincera. Tomé mis pertenencias, agradecida.

Luca lo ignoraba sin dificultad, era como si sólo estuviésemos nosotros dos.

—Contesta, Sara, puede ser algo importante —me alentó relajado. Saqué el celular de la bolsa lateral donde siempre lo colocaba. Era Bea. Respondí poniéndome de pie, alejándome.

—¿Sara?

—Be, ¿qué pasa? —mi voz sonaba temblorosa y es que después de comprender, al fin, lo que era ese chico que había volteado mi mundo de la manera más literal posible, no podría estar de otra manera.

Noté de reojo que Hugo continuaba ahí, pero no se hablaban, no que yo lo viera por lo menos. Probablemente estaban teniendo una conversación privada. De repente, el recién llegado desapareció. Gemí, era absolutamente inhumano.

—Hoy cenamos con los abuelos… —Eso logró captar por completo mi atención. No deseaba ir, menos en ese momento que me sentía tan vulnerable, tan extraña, tan fuera de mí.

—No lo recordaba —acepté frotándome la frente, con voz apagada, olvidando dónde me encontraba.

—Lo sé, por eso te lo recuerdo. No quiero que pelees de nuevo con papá. ¿Vas a tardar mucho? Son casi las siete.

—No, ya voy para allá, no tardo —prometí. La sensación de opresión en mi pecho regresó. Colgué observando la pantalla de mi celular. Sabía que él había escuchado mi conversación, aun así, no me sentí molesta ni agobiada.

—Sara. —Estaba frente a mí buscando mis ojos, agachándose para que los enfocara en los suyos.

—Debo irme —susurré, permitiendo que ese líquido verde me atrapara y apaciguara mis sensaciones. Sonrió sereno.

—Antes de que lo hagas, ¿puedo preguntarte algo? —Después de todo el cuestionario que desplegaba cada vez que lo tenía cerca, él me pedía permiso para hacerme una pregunta. Sonreí apenas—. ¿Permitirías que yo terminara el trabajo de Desarrollo Humano?

Pestañeé varias veces para verificar no haber escuchado mal. Se irguió, relajado, cruzándose de brazos. Esperaba mi respuesta.

—¿Tú? ¿Por qué? —pregunté confusa. Se alejó de mí satisfecho, supongo que su cometido era distraerme y lo logró.

—Porque lo acabaremos más rápido si lo hago yo.

—Qué presumido —lo acusé riendo ante la frescura de su tono.

—Y… —Me miró serio, con el iris ámbar—. Podremos pasar más tiempo juntos con un pretexto perfecto.

—Eres maquiavélico —bromeé fascinada.

—Puedo serlo, aunque esto definitivamente no lo es.

—¿Estás seguro? Digo, no quiero abusar.

—No lo haces, créeme.

—Mmm. —Fingí meditarlo durante unos segundos—. Está bien, pero me dirás lo que tenga que saber. Sería horrible que el profesor se diera cuenta de que me aproveché de ti.

—Hecho. Aunque la realidad es que es al revés.

—Lo dudo, tú terminarás en veinte minutos lo que yo en días.

—No me refería a eso —sentenció serio, dando un paso hasta mí. Pasé saliva, aguardando.

Tomó uno de mis rizos entre sus dedos, tal parecía que ésa era su forma de acercarse, de demostrar lo que sentía. Su iris se tornó miel líquida y sus pupilas se dilataron. Lo tenía a menos de cinco centímetros de mi rostro.

No pude moverme, sólo contemplarlo, estudiar cada una de sus asombrosas facciones. Respiré con dificultad, apretando los puños para que el impulso no me dominara e hiciera algo estúpido.

Mis labios se entreabrieron por reflejo, él cerró los ojos ante mi reacción e inhaló mi aliento, llenando sus pulmones. Lo observé hacer eso, lo sentí como si fueran horas.

¡Dios! El deseo de tomar su cuello y terminar con la distancia que nos separaba fue tal que me asustó. Bajo mi piel, ese torrente en movimiento brincaba, gemía, suplicaba, sin embargo, de alguna manera logré someterlo y no por supervivencia debo admitir, sino por miedo a que se alejara. Si hacía algo así, Luca no lo comprendería, lo tenía claro.

Sin que siquiera pudiera registrarlo mi sistema, él ya se encontraba a más de cinco metros, dándome la espalda con los fuertes brazos sobre su cabeza. Lucía tenso, molesto.

—Debo irme —logré decir agitada, con la cara ardiendo.

¿Cuánto tiempo soportaría aquello sintiendo lo que sentía por él?

Lo sé. Corroboró en tono neutro.

Me di la media vuelta sin esperarlo, sabía que estaba intentando recuperar el control y no quería ponérselo más difícil, yo tenía mi propio circo emocional.

No di ni dos pasos cuando ya estaba frente a mí. Su mirada estaba plagada de culpabilidad y de disculpa.

—Tranquilo… Estoy sana y salva, nada ocurrió —musité buscando relajar el momento, lo cierto es que era electrizante.

—No debo dejarme llevar así, no es justo para ti. Lo lamento, es sólo que… no estoy familiarizado. No pasará otra vez.

—No te disculpes, la sensación es muy agradable. Tú sabes hasta dónde soportas, confío en ti —le dije guiñándole un ojo. Sonrió con ternura.

—Nunca volveré a hacer algo que te ponga en riesgo —prometió.

Ladeé el rostro, estudiándolo. No se movió. Elevé mi mano poco a poco, con cautela. Necesitaba rozarlo por lo menos un segundo. Él se percató de mi intención, pasó saliva, aguardando.

Acerqué mis dedos hasta mi boca y luego acaricié la suya con cuidado.

En cuanto mis yemas tocaron sus labios cálidos cerró los ojos, aspirando profundamente.

El líquido y una corriente abrumadora de calor, que se sentía como un hormigueo delicioso bajo mi tacto, me abrazaron. Esa sensación extraña que ya parecía ser mi compañera se sentía como una bestia mansa, dócil, satisfecha.

Lo admiré sin restringirme; su gesto perdido en la sensación que le otorgaba, su cabello oscuro cayendo por su frente de forma desenfadada, su enorme postura ya relajada.

Me quité despacio. No había sentido nada. Bueno, nada de cuidado. Sonreí.

—¿Nos vemos mañana? —propuse. Asintió extasiado, abriendo lánguido los ojos.

Caminé por la casa sin voltear. Él me seguía a varios pasos de distancia, lo percibía.

Elevé mi mano y la acerqué a mi boca de nuevo, deseosa.

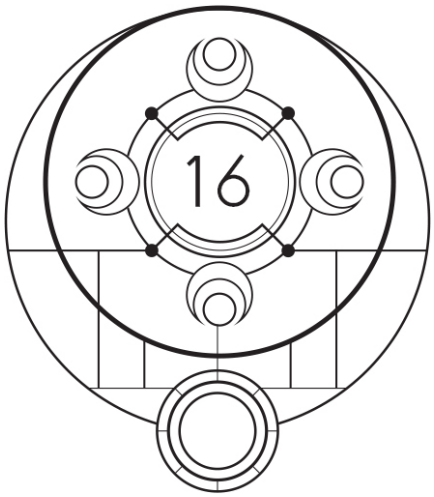
Saber que sus labios habían estado ahí me hizo sentir un anhelo desconocido y poderoso que jamás pensé experimentar, se abría desde el estómago hasta mi cabeza, absorbiendo todo a su paso. De todo lo que ocurría, eso sí no tenía idea de cómo lograríamos manejarlo. Apenas habían pasado unos días y ya era imperioso que avanzáramos.

Llegué hasta mi auto y lo abrí dejando caer en su interior mis cosas. No se acercó, estaba del otro lado.

Yo también te quiero…

Susurró en mi mente. Sonreí sonrojada, obviamente había escuchado mi conversación con Romina.

—¿Eso cambia en algo todo esto? —pregunté con un dejo de esperanza, negó con dolor, con la quijada tensa—. Te quiero, Luca.



—Sara, ¿tienes calor? —preguntó Bea al verme, frunciendo el ceño. Estaba más que lista para irnos. Me toqué las mejillas, seguro aún lucían sonrojadas, y es que la sensación que había experimentado unos minutos atrás no desaparecía. Bea sonrió perspicaz—. ¿Un chico? —dedujo enarcando las cejas.

—Claro que no —mentí con descaro, pasando a su lado—. Ahora bajo. —Me examinaba, lo sabía, así que corrí para salir de su campo de visión.

Llegué a mi recámara, aventé mi mochila sobre el sofá y me dirigí al baño. Me eché agua en el rostro una y otra vez hasta lograr que se sintiera fresco. Me sequé y al hacerlo noté que, de una forma atípica, mis ojos chispeaban, mis mejillas estaban enrojecidas y mi boca lucía muy rosada. Me llevé los dedos a los labios, era como si suplicaran que él me besara.

Me volví a echar agua, se sentía helada.

Eso era lo máximo que obtendría de él y no podía aceptarlo. Me consumía, pero por ahora prefería eso a su lejanía.

Humedecí mi cuello y acomodé de nuevo mis rizos que estaban hechos un desastre. Bufé mirándome fijamente.

¿Podría con esto? Me pregunté preocupada.

Mi hermana me llamó sacándome de mis cavilaciones. Debíamos irnos.

Estuve más ausente que de costumbre, lo extraño es que no me sentía tan deprimida como cada vez que ponía un pie en esa casa que me traía recuerdos dolorosos. Luca, de algún modo, había logrado menguar la culpa y tortura con la que solía vivir.

Cuando regresamos, mi padre ya estaba en su habitación viendo la televisión. Entré a mi cuarto cerrando la puerta tras de mí. Me puse la piyama después de desmaquillarme y lavarme los dientes. Estaba agotada. Últimamente los días parecían muy largos.

Me recosté aún en trance, pensando en él, en eso que sentíamos. Evoqué sus labios, sus manos, su cercanía, ese calor que irradiaba, su aroma…

Nunca había estado enamorada, pero sospechaba que no podía ser tan intenso como lo que yo sentía.

Di varias vueltas sobre el colchón hasta que terminé sentada en medio de una maraña de cobijas, resoplando frustrada.

Ahora sabía que provenía de otro planeta y, como sospeché, no había cambiado en nada de lo que generaba en mí, lo que comenzaba a sentir. Me dejé caer sobre la cama, exhausta de tanto pensar, de no poder acomodarlo todo.

Éramos, de forma literal, dos especies distintas. Eso no podría terminar bien y, a pesar de ello, no quería alejarme… no podía. La certeza inconsciente de esto último me puso peor. ¿Cómo qué no podía? Era simplemente decirle que… que…

¡Agh!

¿Decirle qué?

Existía algo más profundo que me hacía sentir unida a él, me atraía de muchas más formas, las cuales algún día sería capaz de comprender, de explicar. Aunque lo ansiaba de una manera absurda e ilógica, eso me daba la certeza de que lo que sentía por él iba avanzando, como dos sensaciones distintas que se dirigen a la misma dirección; todo estaba absurdamente afianzado en mi interior.

Me puse en posición fetal, preocupada. Sin comprender la razón mis palmas comenzaron a sudar, mantenía apretada la quijada, a la par que notaba cómo aumentaba la tensión en mis hombros y en mis piernas.

Esta vez no lo buscaría, debía dominar mi mente y mi cuerpo. No era un bebé.

Minutos después la alerta de un mensaje me sobresaltó, estiré la mano hasta mi mesa de noche y lo tomé deseando dormir con desespero. Pasaban de las once.

Era él, leí su nombre en la pantalla.

Me senté en la cama de forma abrupta. Había escrito algo que no comprendí «¿Puedo?», preguntaba. Sonreí intrigada.

«Hola… a qué te refieres?».

«Te estoy sintiendo, debes dormir».

Mi corazón se encogió. Humedecí mis labios.

«No puedo». Admití derrotada.

«¿Puedo ir?». Comprendí su pregunta al inicio. Sonreí notando cómo el alivio de saberlo a mi lado aparecía. No me lo cuestioné mucho. No sé si por estar tan cansada, o porque simplemente se trataba de él y para mí eso era suficiente.

«Sí».

Aún no dejaba el celular en la mesa cuando sentí su peso sobre mi cama. Giré gimiendo. Sonrió lánguido.

—Luca… —susurré con timidez. No se había mudado de ropa y me miraba sereno, ladeando un poco el rostro, con el cabello ondeando por su frente.

Debes descansar, Luna. Observaba el caos que era mi cama, agobiado. Asentí avergonzada.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Quise saber dejando de lado lo que había dicho.

Me llamas… de alguna manera lo haces.

Abrí los ojos, perturbada. Quizá lo había agarrado en medio de algo o yo que sé.

—Lo lamento —admití sin saber qué más decir, con las piernas cruzadas, hecha un desastre.

No lo hagas, estar a tu lado es la mejor parte del día. Aceptó, tranquilizándome.

Su voz me relajó y, de pronto, me percaté de que todos aquellos pensamientos que me torturaban se habían esfumado. Su presencia era lo único realmente importante, trascendental.

—No sé qué sucede, de pronto me abrumo —confesé bajando la mirada.

Sara, no te justifiques. Si no me hubieras llamado, yo me hubiera inventado algún pretexto para que me permitieras venir.

Lo miré incrédula.

—¿No crees que soy algo posesiva o insegura? —pregunté arrugando la nariz. Negó divertido con aquella sonrisa que ya parecía ser lo común en él, por lo menos cuando estaba a mi lado.

Entonces lo somos, a partes iguales. Luna, todo esto es ajeno a mí, pero a tu lado siento que es lo más lógico, que está bien de alguna manera y que éste es mi lugar.

—Luca, es vergonzoso que vengas cada vez que esté ansiosa o preocupada. —Lo último lo dije casi sin voz.

Vendré siempre, no importa el motivo, cuando quieras que esté a tu lado, eso haré.

Se puso de pie.

Ahora intenta dormir, ¿sí? Te ves ya muy cansada.

Lo estaba, mucho en realidad. ¿Pero de qué otra forma podía ser si desde el sábado mi vida parecía ser otra? O quizá desde que él apareció y trastornó mi mundo, abrió las puertas de lo que solía guardar con recelo, despertó algo que ni siquiera sabía que existía en mí.

Asentí, levantándome para intentar acomodar el desorden que había provocado hacía unos minutos, trastabillé y con movimientos torpes moví las cobijas.

Yo lo hago.

En menos de un segundo parecía que no había sucedido nada. Me tumbé otra vez, suspirando de placer al sentir mi cuerpo recostado contra la superficie. Sí que necesitaba perderme en la inconsciencia.

Se sentó cerca de mí, lo observé adormilada, me sonrió con ternura y comenzó a esparcir mi cabello por toda la almohada, concentrado. Su calidez fue logrando un efecto sedante, los párpados pesaron y en segundos ya no supe más de mí. Ese estado de alerta tan desconcertante que me tomaba sin tregua había desaparecido, al igual que mi angustia.

Por la mañana me espabilé gracias al despertador. Me estiré con ganas. Había dormido muy bien. Sonreí recordando de nuevo su visita de la noche. Una nota junto con una extraña flor, que descansaban en mi mesa de noche, llamaron mi atención. Las tomé todavía desperezándome.

Verte soñar es como verte sonreír. Me gustaría estar a tu lado cuando el cansancio no sea suficiente, si lo deseas.

LB

¿Quién no despierta del todo ante una nota así? Sonreí. Tomé la exótica flor blanca y la acerqué a mi nariz. Olía a vainilla. La nota la guardé en mi closet, en el cajón destinado a mis piyamas; dejé la flor sobre la mesa, atontada por el detalle.

Se sentía tan raro y tan normal a la vez, como si fuese lo natural, lo lógico.

Al llegar a su casa me detuve y el portón comenzó a abrirse.

—Luces mejor. —No pude evitar sobresaltarme al escucharlo a mi lado. Giré en todas direcciones, preocupada de que alguien lo hubiese visto. No podía acostumbrarme a eso, aunque cada vez me perturbaba menos—. Aún está oscuro, no pasa nada —aclaró alegre.

—Hola —saludé, embelesada por ese aroma tan suyo, tan único. En cuanto apagué el motor él ya estaba abriéndome la puerta.

—Qué galante —bromeé. Pero él me miraba con una intensidad que me descolocó.

Realmente luces bien. Declaró recorriendo mi cuerpo con sus ojos.

O dejaba de hacerlo o haría combustión, estaba segura, porque, además, él lucía más que bien siempre y ese día no era la excepción;

bermudas, una camisa azul claro. Parecía más accesible y real, aunque seguía siendo inigualablemente hermoso e inalcanzable.

—Deja de mirarme así —me quejé nerviosa, emprendiendo la marcha hacia su camioneta.

—¿Cómo hago eso? Por cierto, esos pantalones me agradan demasiado —cuchicheó un tanto irritado, mientras subía. Un segundo después ya encendía el motor.

—Son unos *jeans* cualquiera —refuté, restándole importancia porque lo eran.

—Si tú lo dices —musitó examinando mi cuerpo, recorriéndolo muy despacio con esa mirada ámbar. Me ruboricé de inmediato, pasando saliva con dificultad. ¡Dios, qué era eso!

—Mira a la calle —le ordené avergonzada.

—Tú tienes la culpa, esos «*jeans* cualquiera», esa blusa cualquiera; aunque en realidad como sea me noqueas. Es muy extraño sentir todo esto, no me acostumbro, pero me gusta —anunció con voz ronca, arrugando la frente, contrariado. Era evidente que ni él comprendía sus reacciones.

—Y gracias por la flor.

—Es una orquídea.

—¿Orquídea? Me olió a vainilla.

—Es una especie la que la produce, y Yori tiene de casi todas —explicó. Asentí asombrada—. ¿Y la nota? —preguntó mirándome de reojo.

—También la vi.

—¿Y? —Quiso saber ahora sí observándome.

—Y… aunque no esté cansada, ¿irías? —pregunté con picardía. Sonrió alegre.

—Creo que para estas alturas iría siempre que lo desearas —admitió sin pena.

—Entonces, sí quiero —declaré divertida, coqueta, cosa que nunca imaginé en mí. Asintió satisfecho. De repente tuve una duda. Sí, otra—. ¿Florencia y Hugo no dicen nada acerca de que ya no se van juntos? —Rebasó a un auto sin siquiera pestañear.

—No tienen nada que decir —soltó como si fuera cualquier cosa. Observé el exterior, amanecía.

—Hugo no estaba precisamente feliz de que estuviera ayer en tu casa.

—Tampoco enojado —admitió con voz profunda y armoniosa.

Sara, le está costando mucho trabajo comprender lo que ocurre entre nosotros. Como ya sabes ni yo lo entiendo, y es absolutamente frustrante porque nunca nada sale de nuestro entendimiento, somos seres de certezas. Pero confío que con el tiempo esto se vaya aclarando para todos, porque… no deseo estar en un lugar en el que no estés.

—¿Nada? —repetí sin poder ocultar lo que esas pequeñas confesiones me generaban, porque todo lo que me decía encerraba más de él que lo que era.

No, nada. Hasta que te conocí. Luna, yo a ti no pienso dejarte, ésa es una decisión y no habrá nada que logre hacerme cambiar de parecer, ni siquiera tú, a menos que me lo pidas o que… ya no sientas lo mismo.

Lo último lo dijo con voz apagada. Molesta, apreté los puños.

—Luca, quedamos que…

Lo sé; la regla «uno». No es que lo piense, sólo quería que supieras lo que he decidido y que te elijo… a pesar de no entenderlo, por encima de todo lo que soy.

Aseguró mostrándose asombrado ante sus propias palabras, pero con una convicción abrumadora, misma que me embargó, ya que yo sentía lo mismo.

Lo contemplé abrumada, desconcertada y asustada quizá. ¿Qué era eso que ocurría entre nosotros? Rehusarme a continuar a lo mejor era lo que debía hacer, pero de sólo pensarlo todo mi ser se rebelaba de manera absurda, avasalladora y, por otro lado, con verlo sabía que ya era tarde para ello, porque mi lugar estaba con él.

—Luca… —susurré llena de todas estas ideas que rondaban como dragones tras una nube de humo que les brinda camuflaje para su seguridad.

Sé lo que sientes por mí. Lo veo en tu mirada, en tu forma de estar a mi lado, en lo que me haces sentir, en cómo te tranquilizas cuando aparezco; y, Sara, nada puede compararse con eso. Estar separado de ti ya no es una opción para mí.

—Ni para mí —acepté aturdida, muriendo por besarlo; todo en mí ya lo exigía con una fuerza violenta.

Suspiré tragándome las ganas, perdiéndome en el exterior. Esto que vivíamos era una reverenda, absurda y retorcida locura; en ese momento, supe que no aguantaría mucho, no gracias a esa fiereza con la que mi ser lo exigía y lo reclamaba como suyo.

Sara, esa casa es tan mía como del resto, aunque no tienes que ir si no lo deseas.

El cambio de tema disipó un poco el rumbo de mis pensamientos.

—No es eso, sólo no quiero incomodarlos —confesé.

No lo haces. Lo que sucede es que todo esto es muy nuevo, ni siquiera Yori, que lleva mucho más tiempo que nosotros aquí, está acostumbrado a que un humano deambule por ahí, pero se adaptarán.

—Luca, ¿cuántos años tienes? —pregunté retomando el interrogatorio. Rio sin mirarme. Esa duda había asaltado mi mente desde mi conversación con Hugo. No podía creer que de esa charla del lunes hubieran pasado tan sólo unos días.

—Diecisiete —respondió. Humedecí mis labios, incrédula.

—Si tienes diecisiete, ¿cómo es que llevas «mucho» tiempo aquí? Y si es así, ¿cómo te acuerdas de tu vida en otro lugar? Lo siento, pero no comprendo —musité evaluándolo. Él parecía relajado, ya estábamos llegando.

Porque mi noción de tiempo es diferente a la tuya. Yo cumplo un año en mi planeta cada veinte años de la humanidad.

¡Oh, Dios! Quedé estupefacta, con la boca bien abierta.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté atropelladamente.

Llegué de dieciséis.

—¿Veinte años? —Comprendí.

Asintió. Nos estacionamos. No pude moverme de mi asiento, era como si algún bromista le hubiese puesto pegamento. Cada día sabía más cosas que parecían salir de una enredada novela de ficción, no de mi vida ni de lo que creí cierto hasta hacía una semana.

Acabo de cumplir los diecisiete.

Permanecí observando el auto que estaba frente a nosotros, sin pestañear.

—No creí que mi edad te importara tanto —susurró sin emoción alguna. Volteé hacia él, negando.

—Importa, o bueno, ya no sé en realidad. ¿Tienen que regresar? —Quise saber con urgencia. La marea de dudas no cesaba.

—Sí.

Cuando cumpla diecinueve.

—¿En cuarenta años? Tendré 68 para ese entonces… No tiene sentido, falta mucho tiempo.

—¿Qué ocurre, Sara?

—Qué en teoría tenemos la misma edad, pero llevas 20 años aquí, que cuando te vayas seré tan mayor que simplemente me parece ridículo imaginarte un año o dos mayor a lo que ahora eres. Y que… que no puedo tocarte y cada día está siendo más complicado no actuar por impulso, lo que siento por ti crece, junto con mi necesidad de estar a tu lado. Estoy hecha un lío de nuevo, lo lamento, pero no lo puedo evitar —admití con las lágrimas escociendo mis ojos, con el labio temblando.

Por muy real que se sintiera, comprendí en ese momento que lo nuestro era efímero, que quizá duraría lo que me tardaría en asimilarlo, tal vez un poco más, pero no más que eso. Y dolió, dolió pese a lo prematuro.

Su mirada se volvió turbia y oscura.

—No hagas esto, por favor —me exigió molesto, frustrado. Leí en sus ojos mi necesidad, que era la misma que la suya—. Mi verdad es ésta, y tu edad no es un factor que me agobie porque definitivamente no es tu juventud por lo que daría mi existencia, Sara, por lo que estoy aquí llevándole la contraria a lo que soy, para lo que fui creado. —La intensidad de sus palabras logró que comenzara a hiperventilarme.

Nunca había pasado por una sensación similar; su olor, sus ojos, la manera en la que me decía todo aquello y la verdad, la cruda y absoluta verdad, en la que quedaba más que claro que lo nuestro no tenía ninguna forma de terminar bien, ni siquiera de seguir avanzando. ¿Qué sentido tenía todo esto? Y peor, ¿por qué ya no lograba verme sin él?

Bajé de la camioneta con movimientos torpes, necesitando aire. Me recargué en la puerta lateral, llenando mis pulmones del esmog del estacionamiento. Necesitaba disminuir mi ansiedad, pensar con claridad. Llegó, a paso humano, a mi lado. Gemí preocupada. No me agradaba que me viera así, que notara mi poco control emocional.

—Sara, por favor, no compliques más lo que ya es complicado. Quisiera darte certezas y no más dudas, más temores, pero no puedo. Sólo tengo esto, lo que soy y sé que no basta, pero siento, aquí —Se llevó una mano al pecho, apretando su camiseta—. Tú eres mi realidad, mi motivo, únicamente dame tiempo. Algo entenderé de todo esto, más cosas serán claras —me rogó. Lo miré con tristeza.

—Luca, estar sin ti ya es impensable, ¿comprendes? Y podría decirte lo mismo, que no basto, pero lo cierto es que no puedo ni siquiera imaginarme lo que sería no verte, aunque deba vivir la tortura de no tocarte.

—Sara, quizá con el tiempo logre dominarme. Aguarda, sé lo que sientes porque no pasa ni un solo segundo en el que no desee con esta potencia desconocida y tan ridículamente real querer tocarte, abrazarte… ¡Por los dioses! ¡Besarte! Contigo estoy aprendiendo a ir un paso a la vez. Confía en mí, aquí estoy, aquí estaré —aseguró.

Cerré los ojos volviendo a aspirar, poco a poco, para no desmayarme, porque sentía que justo eso sucedería. Se alejó un poco, aguardando. Después de un par de minutos, logré superar el ataque de pánico, supongo, porque no tengo otra manera de catalogarlo; abrí los ojos. Me miraba. Sonreí intentando disipar la tensión.

—¿Estás bien? —me preguntó examinando mi rostro con preocupación.

—¿Tendrás una paleta o un dulce entre tus cosas? —pregunté con ligereza, irguiéndome nerviosa aún, pero más tranquila. Mis piernas ya no temblaban. Sonrió no tan alegre, ni tan convencido. Abrió un cierre lateral de su mochila negra y sacó una paleta como la del día anterior, pero de limón y me la tendió. Abrí los ojos con asombro—. Espero que esto sirva. —La tomé intrigada, riendo.

—¿Por qué siempre traes dulces? ¿Eres del mercado negro de confites? —bromeé. Sonrió más ligero, entornando los ojos. No, no permitiría que todo aquello me consumiera, no quería.

—Es sólo que conozco a una chica que siempre busca algo que comer —musitó. Lo peor había pasado. Me metí a la boca el caramelo. Andando.

—Bueno, a esa chica también le gustan los chocolates, las gomitas, los chiclosos…

—Lo tomaré en cuenta para la próxima vez que sea hora de su interrogatorio. —Me guiñó un ojo.

—Ya no te preguntaré nada —me quejé. Casi llegando al salón, fingí indignación.

—Me herirá que no lo hagas —admitió sin bromear. Asentí con timidez debido a la intensidad de su mirada.

—Con que tengas caramelos basta.

Entramos todavía sumergidos en esa bruma extraña; Sofía y Gael estaban sentados del lado izquierdo. Los saludé con la mirada, él correspondió mi gesto decepcionado y ella un tanto molesta. Los ignoré sin problema, Luca y yo nos sentamos sin que él siquiera se tomara la molestia de girar en su dirección.

Cuando la segunda clase terminó, Romina me esperaba en el pasillo. Luca ya me había avisado segundos atrás. Sonreí deseando pasar tiempo a su lado. Los últimos días sentía que me había trepado en una nube, pero una mecánica, de algún parque de diversiones cruel que cuando te regala calma y un bello paisaje, es porque viene una bajada en picada que pretende dejarte noqueada.

—¿Ese chico decidió compartirte? —soltó con sarcasmo, mientras bajábamos las escaleras.

—¿De qué hablas? Si te he visto diario, hablamos, a qué viene eso —la cuestioné. Para mí la vida había dado un vuelco, pero era consciente de que no uno que los demás notaran de forma trascendente. Para ellos algo se gestaba entre Luca y yo, y nada más. Dramatizaba.

—¿Ya andan? —preguntó con suspicacia. Reí, poniendo los ojos en blanco.

—No, no «andamos».

—¿Entonces por qué llegan juntos? Ayer te vi bajar de su increíble camioneta y hoy también… solos —me acusó dándole énfasis a la última palabra.

—Nos estamos conociendo, ya te lo dije, hacer eso es normal, ¿no? Me gusta, le gusto, sentimos más, pero no hemos pasado de ahí, así que para.

—De acuerdo, no presionaré. Sólo promete que me dirás cuando hayan pasado al siguiente nivel —pidió con un mohín. Le di un empujón, riendo.

—Lo prometo —acepté levantando una mano, solemne.

—Y júrame que no te olvidarás de mí —chilló caprichosa.

—Nunca, ya lo sabes. —Dio un par de aplausos emocionada.

—Genial, ahora tú y yo iremos a desayunar solas, quiero chisme —advirtió degustándoselo. La miré arrugando la nariz. Hizo un puchero mientras salíamos del colegio.

—Eres una metiche —me quejé.

—Sí, lo soy, ahora comienza que tenemos poco tiempo.

Regresamos justo cuando sonó el timbre.

La pasamos riendo a carcajadas, por lo mismo casi no comimos, sin embargo, de una manera extraña mi cuerpo había sido consciente de la ausencia de Luca. Era como si algo dentro de mí todo el tiempo hubiese estado esperando que regresara a donde debía, y ese lugar fuera a su lado.

No, no me gustó la verdad, así que ignoré la sensación casi todo el tiempo, aunque resultaba molesto, incómodo.

Al entrar a clases lo vi, estaba con Florencia, me daba la espalda escuchando atento algo que ella le explicaba. Algo rugió en mi interior, algo primitivo, algo desconocido. Un calor abrazador me envolvió. Mi razón sabía que no había ningún motivo para sentirme así, irritada, pero el resto de mi ser lo reclamó con fiereza. Era como si unas garras desearan ir hasta donde se encontraba, rodearlo y salir corriendo con él a cuestas.

Sin saber cómo, pero de alguna forma logré tomar el control sobre mí. Ellos dos eran como hermanos, no había motivo para sentir eso. Lo cierto es que no existía ningún lazo que los uniera en realidad y llevaban compartiendo más de veinte años la vida en mi mundo, ése que Luca se esforzaba por comprender. Pertenecían al mismo lugar, era mucho más

viable su relación que la nuestra. Ésa era una realidad. Mi pulso disminuyó, mi saliva desaparecía y sentí de nuevo esas malditas náuseas.

Me senté intentando controlar lo que acontecía en mí, pero era más fuerte que yo, provenía de mi instinto; era como respirar, como comer. Por mucho que intentaba no lograba someterlo y no sabía qué me aterraba más en ese momento, lo cierto es que ante todo eso sólo tuve ganas de llorar.

Romina notó que mi buen humor se esfumaba. Buscó distraerme, nada funcionaba. Mantuve la vista fija en mis manos entrelazadas, apretándolas, rogándole a mi cuerpo que se calmara, deseando con vehemencia que se acercara y me abrazara.

En cuanto sonó el timbre salí corriendo. Me detuve en el baño, me eché agua, busqué un caramelo, algo. No quería llorar, no quería, pero las cosas estaban llegando demasiado lejos, tanto que sufría al no comprenderlas.

Vencida, llegué a la siguiente clase, con la cabeza atrapada en millones de dudas. Nada era imposible, ahora lo entendía y eso me ponía peor.

No había nada entre ellos, eso lo sabía, ¿pero si ella lo elegía? ¿Si decidía que él era el indicado? ¿Qué pasaría? Había dicho que ellos se «fundían». ¿A qué se refería? Apreté la sien, cerrando los ojos. Los días no eran suficientes para las preguntas que tenía, y cuando obtenía las respuestas, me llevaba un rato aceptarlas, acomodarlas. Sentía que lindaba en los límites de la razón, casi a la par de la locura, por eso me detenía; sin embargo, debía seguir porque no hacerlo me ponía peor.

Cuando él entró, yo garabateaba círculos desiguales en mi libreta. Se sentó a mi lado sin hablar, sólo observando lo que hacía, intrigado.

—¿Todo bien? —preguntó, cuando la clase estaba por comenzar. Intenté pensar con objetividad.

—Sí… —mentí mirándolo al fin. Alzó la comisura izquierda de su boca, entornando sus ojos oscuros.

Ésa es una gran mentira, nada lo está. Pero me gustaría saber qué de todo te puso así. Rogó con suavidad.

Su mano descansaba cerca de la mía, la miré con atención, parecía tan sencillo acercarme y tocarla, sentir su piel bajo la mía. Rocé sus dedos, pero sólo un poco. No se movió, ponía atención en mi gesto, deleitado.

—Me siento molesta —acepté ruborizada, con un hilo de voz. Pasó una yema de sus dedos por mi mano, hasta mi codo, despacio.

¿Es por mí? ¿Hice algo?

Quiso saber alejándose con los ojos dorados. Había sido demasiado. Negué mordiéndome el labio. Debía preguntarle.

—Luca, ¿tú y Florencia pueden fundirse? —solté sin suavizarlo. Ladeó el rostro, arrugando la frente—. Luca, ¿pueden?

¿Por qué lo preguntas?

—Responde —exigí seria y nerviosa, jugando con mis dedos.

—Sara, no, pero no es el lugar… —murmuró atónito y desconcertado. Asentí tomando el lápiz y volví a garabatear.

Sé que mi suposición era estúpida, pero desde que me salvó la vida con su calor y después de intentar asimilar todo lo que siempre creí imposible, no podía evitar que mis pensamientos viajaran en todas direcciones. Lo escuché resoplar.

No ocurrirá, prácticamente es imposible.

Dejé de dibujar, respirando de forma irregular, había detectado duda en aquella aseveración.

—¿Prácticamente? ¿Por qué no me lo habías dicho? —susurré apretando la quijada.

—No me lo habías preguntado —respondió con simpleza. Lo encaré molesta.

Sara, no puede pasar eso entre ella y yo. *No miento*. Insistió.

—Déjame ver si entiendo. Me estás diciendo que entre ustedes nada puede haber, así como se supone que no sucedería esto que hay entre tú y yo, ¿no? —argumenté deseando comprender, quizá yendo muy lejos, pero entonces ¿dónde estaba el límite?

Lo dejé perplejo, su iris se oscureció varias tonalidades más y su gesto se congeló. El profesor entró en ese momento, no volvimos a hablar durante el resto de la clase.

Cuando el timbre sonó, guardé todo y salí sin esperarlo, sólo lo miré un momento, negando. Continuaba en su lugar, aturdido.

Tal vez no debí decirle eso, pero no lograba entender lo que me ocurría; creo él tampoco; entonces, ahí estábamos los dos, atrapados en

algo que no debía ser, pero que estaba ocurriendo. No podía tocarlo, únicamente sentirlo y aunque a veces era suficiente, otras no, sobre todo cuando la angustia aparecía.

Era de otro planeta, poseía esa serie de habilidades, accionaba todos mis interruptores, y no podíamos estar juntos, de ninguna manera. Él era importante para «su pueblo», era parte de algo que parecía poderoso. Tenía una noción distinta del tiempo. Estaba diseñado para las certezas, lo había dicho.

Sentada en las gradas, perdida en un partido de fútbol, cerré los ojos.

¿Esto tenía algún sentido? Un escalofrío me estremeció. Gemí rodeando mi cintura. No, no lo tenía y eso no cambiaría mi decisión.

La duda sobre Florencia y él continuaba, no porque sintiera celos, sino por miedo. Cuando algo no se entiende, todo es probable, el abanico de posibilidades se extiende y entonces todo se vuelve factible.

Lo quería y asumirlo me estaba llevando más de lo que pensé, aunque tampoco me latigueaba, estar en una situación semejante no tenía por qué parecerme normal.

Taciturna, pero más resuelta, llegué hasta los cambiadores. Lucharía, debía hacerlo, pero no debía presionarme, sólo comprenderme. Me dolía saber que en el proceso lo hería, porque él también pasaba por su propio tormento.

Me puse el pants y me eché agua en el rostro.

—¿Estás bien? —preguntó Romina, viéndome por el espejo; acababa de llegar. Le sonreí más serena.

—Sí, te espero —le dije señalando la ropa que traía en la mano.

Me senté en una de las bancas con la cabeza apuntando el piso. Las cosas se estaban saliendo de nuevo de mis manos. La impulsividad y aquella marea de emociones que habían escapado de su encierro aparecían con mayor fuerza, con mayor recurrencia, y me daba miedo. Después de la muerte de mamá, me había asegurado de guardarlas muy bien, pero ahora ya no podía someterlas.

—Sara… —levanté el rostro, desconcertada. Era Florencia. Incluso con el conjunto deportivo del colegio parecía modelo. Se sentó a mi lado, guardando la distancia, me observó fijamente—. ¿Qué haces? —me

preguntó de forma capciosa. No supe qué decir. Sonrió con dulzura—. Anda, ven. —Se puso de pie, con las manos en la cintura y moviendo la cabeza hacia la salida.

—¿A dónde? —Quise saber irguiéndome.

—Afuera, tenemos que hablar. —Miré hacia los vestidores, Romina saldría en cualquier momento—. Avísale, te espero en la entrada —pidió con suavidad. Resoplé.

Mi mejor amiga salió un segundo después, le pedí que inventara algo y le dije que no tardaría. No hizo preguntas, sólo asintió dándome un beso en la mejilla.

Cuando crucé la puerta, Florencia ahí estaba. Caminó esperando que la siguiera, y lo hice.

Llegamos a un jardín desierto, se recargó en un árbol, seria; contemplaba el verdor, aspirando con deleite. Lo disfrutaba. Esperé frente a ella, a un par de metros, sin comprender aún qué era lo que teníamos que hablar. De pronto clavó sus ojos en los míos, buscaba algo, pero no la sentía atraparme como Luca, o llamarme, sin embargo, podía detectar el ir y venir del líquido en su iris.

—Sara, escucha. Todo esto, lo de Luca contigo… Nos ha tomado por sorpresa y no tenemos respuesta a muchas más preguntas de las que nos gustaría y, sobre todo, para aquellas que seguro se forman en tu cabeza a cada segundo. Sin embargo, hay algo que sí sé y que tú tienes aceptar de una vez. —Elevó la mirada hasta la copa de un árbol, haciendo una larga pausa. Cuando al fin habló, el sonido cantarín de su voz me sobresaltó—. Lo que hay entre tú y Luca es puro, es real. ¿Comprendes? No imagino lo difícil que está siendo todo esto para ti, pero sí sé que para él ha sido determinante, no te dejará, no sin luchar. Implique lo que implique.

—¿Por qué me dices todo esto? —pregunté insegura, intimidada por estar tan cerca y a solas.

—Porque si decides seguir a su lado, tendrán que enfrentar muchas cosas, demasiadas, tantas que ni siquiera puedo imaginarlas. Esto nunca debió ocurrir. Nosotros no estamos diseñados para lo que están viviendo. Cariño, querer, amar… Ni siquiera tienen definición en nuestro planeta, pero les está ocurriendo. Sé que él ya te eligió, aunque esa decisión me

parece la equivocada y lo ha hecho sufrir más de lo que crees. Por estar a tu lado, está rechazando todo lo que en realidad es. Así que, Sara, piensa muy bien qué es lo que quieres, no le hagas hacerse un daño innecesario, ni a él… ni a nosotros.

—Yo… no sé qué decirte, Florencia —confesé susurrando, con los brazos rodeando mi estómago.

—No digas nada, no a mí. Si para nosotros, que trabajamos con la mente esto va más allá, para ti… No puedo ni imaginarlo. Y hay algo más… —acotó. Levanté la vista hasta sus impresionantes ojos miel—. Yo no lo elegiré. Él y yo no nos fundiremos, ni en este mundo ni en el nuestro. No podemos por nuestra propia condición; y aunque existiera una posibilidad, que no lo hay, no somos compatibles ni en energías ni en defectos ni en cualidades, eso siempre lo he sabido. Para mí, él es como mi hermano, de mi sangre. Los tres estamos destinados a gobernar juntos, entre nosotros sólo puede existir esa relación.

Abrí los ojos de par en par. Aquella nueva información me dejó más confundida. No eran dos, sino tres gobernando aquel lugar del que ni siquiera sabía su nombre. ¡Dios!

—¿Luca te pidió que me dijeras todo esto? —inquirí. Negó compasiva. Algo tenía que emanaba serenidad, pues pese a saber que no era como yo, me relajaba, me hacía sentir en paz.

—No, Sara. Aunque ya debe saber que estamos juntas, pero no me lo pidió. Lo cierto es que me buscó turbado, cuestión inexplicable en el Luca de antaño, pero contigo ha conocido la duda, al igual que nosotros. Tu pregunta lo hizo poner en tela de juicio la realidad de lo que somos.

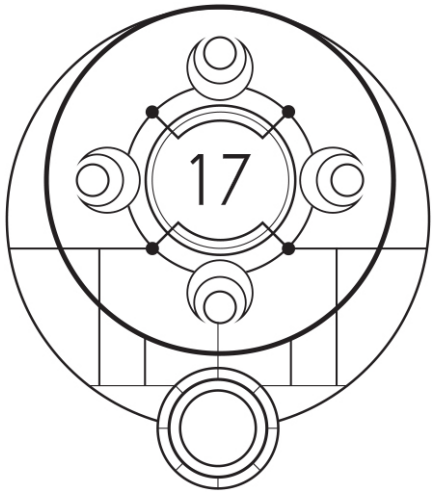
—Tú tampoco estás de acuerdo en que sigamos —afirmé. Me evaluó, reflexionado unos segundos. Alta, hermosa, siempre erguida, pero con una dulzura en su mirada que no tenían los otros tres.

—No tengo nada en contra tuya; me pareces valiente e inteligente, incluso divertida y ocurrente, además, has despertado un Luca que ni él mismo conocía y… es mucho más agradable que el anterior —me confesó sonriendo—. Sin embargo, no puedo negar que tu presencia altera todo para nosotros y para mi pueblo. No puedo evitar sentir gran resistencia hacia lo que pasa entre ustedes, pero no te preocupes, si llega el momento

veremos qué hacer, te lo aseguro —Sus palabras lograron tranquilizarme y, al mismo tiempo, hacerme sentir un tanto culpable por él. La batalla que se libraba en mi interior, él también la estaba teniendo, incluso era mayor —. Ahora vamos a que saques toda esa energía que tienes en donde debes, jugando.

—Gracias… —susurré cohibida.

—Sólo sigue haciéndolo sonreír.



Luca estaba ahí, en las gradas. Sentí su mirada sobre mí justo cuando crucé la puerta. Subí hasta donde se encontraba, me sentía culpable e… infantil, debo admitir. Lo cierto es que la situación no tenía absolutamente nada de normal y era tan irreal que mi mente buscaba la forma de ordenarla, así que caer en estos ataques de incertidumbre tenía algo de justificación.

Ahora que poseía un poco más de información y que sabía que Luca también sufría, me sentía más perdida y, al mismo tiempo, más vinculada con él.

—Lo lamento —musité sentándome cerca.

—Yo también —murmuró. Al voltear me topé con su mirada turbia. Estaba notoriamente cansado y afligido. Odiaba verlo de esa manera, pero era inevitable. Fijé mi atención en la cancha, cerrando las manos en puños. Pasar una mano por su mejilla o dejarla sobre su antebrazo sería una reacción normal ante ese tipo de momentos, sin embargo, no podía hacerlo.

—Quiero estar a tu lado —declaré con convicción, aunque de forma casi inaudible; sabía que escucharía claramente.

—Lo sé, Luna —susurró. Dejé salir un suspiro que erizó mi piel, fue como si sus palabras me acariciaran. Sonreí ruborizada.

En los vestidores me di una ducha rápida, sabía que aguardaba por mí. Hablé un poco con Romina sobre cosas sin relevancia, y salí.

En efecto, a un lado de la puerta, recargado con desgarbo estaba él. Sonreí acomodando tras mi oreja el cabello húmedo, me acerqué. Perdida en su mirada ámbar evoqué lo que Florencia me había dicho; por fin comprendí que no era sólo una diferencia de «especie» lo que complicaba todo, también estaba la jerarquía que tenía en su planeta, la cual estaba rechazando por mí sin importarle que pudiera provocar, por lo que entendía, graves estragos.

¿Cómo podía ser ese chico que tenía frente a mí, que despertaba mis más profundas emociones, que me hacía sentir tanto, ser lo que era allá, donde fuera que estuviera su planeta? ¿Cuál sería el futuro para ambos? ¿Lo que sentíamos sobreviviría a esa avalancha de adversidades que ni siquiera imaginábamos y que, sin embargo, sabía que estaba dispuesta a enfrentar junto a él? ¿Podía pensar en mi vida sin su presencia, darme la vuelta y fingir que nunca sucedió? No, ésa era la clara respuesta para tal pregunta.

Sí, tenía miedo, mucho miedo, de mí, de él, de lo nuestro, porque nada tenía ni pies ni cabeza, ni siquiera una manera lógica de continuar, de lo que nos esperaba, de lo que sentíamos pese a las enormes limitaciones que nos condenaban.

Aunque deseaba tener las palabras correctas, no tenía idea de qué decir sobre nada, únicamente sabía que Luca estaba en gran parte de mí y que aceptarlo era aún más difícil, porque a la par derramaba una paz y alegría que hacía años no sentía.

Sin decir ni media palabra, tomó mi mochila y caminamos juntos.

Condujo en silencio hasta su casa, parecía concentrado y taciturno. Ya no me sentía tan alterada, de hecho, después de tantas cosas, logré relajarme y me perdí en la normalidad de la ciudad, en los autos, en las personas, en esas realidades ajenas que no tenían idea de lo que era o no posible.

Iba a girar para cerrar la puerta de la camioneta una vez que la estacionó en su garaje, cuando apareció a mi lado. Sin miramientos me arrinconó, colocó sus dos enormes brazos sobre la ventana, cada uno a un lado de mi cabeza, logrando que mi espalda quedara completamente adherida a la lámina del auto.

Gemí desconcertada por la rapidez de sus movimientos. Su mirada era dorada, demasiado. Lo tenía tan cerca que podía ver cómo sus pupilas se iban dilatando de una forma asombrosa y el líquido en su interior se agitaba como si un fuerte huracán ocurriera adentro. Era él, comprendí deleitada, en lo absoluto me asustaba. Era su verdadero ser.

—No sé si esto tiene sentido, pero tú eres mi única verdad y eso, Sara, es lo más importante que tienes que saber de mí —declaró a unos centímetros de mi rostro; estaba agachado para que lo viese sin problemas. Su aliento cálido inundó mis pulmones y mi corazón quiso salirse por mis pies. Mi cuerpo se sentía como una maquina enloquecida, enardecida. De nuevo lo reclamaba, rugía por él. Era como si la energía se me escapara para atraerlo y no soltarlo.

—Luca… —susurré, en esa prisión cálida; inhalaba y exhalaba de forma irregular.

—No sé qué hiciste, ni cómo lo hiciste, o si fui yo, pero ya nada de lo que era ni de lo que debo ser importa, y te juro que te lo voy a demostrar —aseguró con bravura.

Aspiré su aroma con vehemencia, el deseo de tocarlo y de besarlo me estaba atravesando como si fuesen enormes estacas ardientes. Mi boca estaba seca, mis manos cosquilleaban, mi piel se sentía irritada.

Lo tocaría, lo besaría. ¡Ya! Que el mundo terminara, no podía más.

Cerró los ojos, aspiró con fuerza y se alejó dejando mis intenciones suicidas suspendidas y mi corazón desbocado. Permanecí recargada sobre la camioneta, transpirando. No lograría sostenerme sola. Mis rodillas no podían soportar mi peso, así que lentamente me dejé caer hasta el suelo, intentando recuperar el aliento y la respiración regular. ¡Dios, Dios!

—No hagas esto… —le rogué escondiendo la cabeza entre mis brazos. Él aún continuaba lejos, recobrándose, lo sabía porque lo último que pude ver fue su agitación.

Lo lamento.

Se disculpó. Cuando sentí que el vértigo iba cediendo levanté el rostro, sonriendo acalorada.

—De toda esta locura, no tocarte es lo que creo que me tiene peor, lo que no estoy logrando manejar —confesé frustrada.

—Lo sé —su voz sonó apagada. Me puse de pie, recuperada, y me acerqué a él.

—Luca, lamento que te lo esté poniendo tan difícil. Te quiero y no sé cómo manejarlo, pero te prometo que lo estoy intentando al igual que tú. No quiero hacerte daño —admití con suavidad.

—Nunca imaginé, ni por un segundo, que esto pudiera ser fácil, y no fue por eso que te alejé tanto, sino por esto… por no ser compatible contigo, por no responder a tus necesidades. Quisiera hacerte tantas promesas y sólo puedo asegurarte que estoy aquí y que lo estaré mientras lo desees —prometió. Rocé sus labios con mi dedo índice, sin importarme lo que me pudiera generar. Sólo lo posé un segundo y lo quité.

—Nos haremos daño. —Comprendí ladeando el rostro. Su iris se oscureció, bajó la vista.

—Es probable.

—¿Por lo que eres? —susurré. Negó enfrentándome.

—Por lo que esperas de mí, por lo que no soy y jamás seré. Y porque en algún momento lo tendremos que enfrentar —aseguró. Esas declaraciones se sentían como esquirlas que se empuñaban en mi alma, en mi mente, en mi ser. Pese a ello, no lo contradije.

—Te propongo algo —dije, me miró con atención—, hagamos cosas normales; vamos al cine, o a comer, o no sé… A hacer algo que no nos limite, que disfrutemos juntos. Al diablo todo —imploré con timidez. Su semblante cambió, dio un paso hacia atrás, torciendo el gesto.

—Si te pido algo… ¿lo harías por mí? —soltó de pronto con un dejo de picardía en la voz. Arrugué la frente, cruzándome de brazos.

—Depende. —Se dirigió a la puerta de su casa, la abrió despacio, entró y salió un segundo después con una enorme caja envuelta en papel gris—. ¿Qué es eso? —pregunté, intrigada.

—Si no lo abres, no creo que lo averigües. —Ya la había dejado sobre el piso. Curiosa, me agaché y comencé a abrirla. Al ver lo que era, me dejé caer de un sentón, atónita—. Son de tu talla —aseguró.

No respiré, no hice nada, sólo los observé evocando lo mucho que me gustaba estar sobre ellos, sentir el aire, la velocidad. Enseguida recordé el día que dejé de usarlos. Fue cuando ella murió, en ese momento sepulté algo más que a mi madre.

—Hace mucho tiempo que no lo hago —murmuré sin despegar la vista de los patines dibujados en el exterior de la caja. Eran de la misma marca que los anteriores. Mis ojos se enrojecieron.

Se acuclilló del otro lado, sereno.

—Te aseguro que aún lo recuerdas —musitó con seguridad. Con un nudo en la garganta, lo miré.

—¿Por qué? —quise saber. Se encogió de hombros.

—Necesito una maestra bonita para que me enseñe —declaró con simpleza. Sonreí nerviosa.

—Dudo que necesites que te enseñe cómo hacerlo.

—Y yo dudo que tú lo hayas olvidado, no con esa mirada que vi la otra noche. No sé por qué ya no lo haces, pero presiento que te gustará retomarlo. —Sonreía. Me acercó la caja, alentándome—. Anda, pruébatelos.

—No debiste hacerlo, gastar en eso —murmuré mordiéndome el labio.

—Propusiste que hiciéramos cosas normales, creo que eso es algo normal para ti, o creo que solía serlo. Hagámoslo entonces —declaró abriendo la tapa. Sonreí hincándome incrédula, asombrada, muy conmovida.

Cuando los saqué, no lo podía creer; una avalancha de recuerdos me sacudió, se mezclaron sensaciones agradables y tristes, todas juntas. Me los coloqué con lentitud, bajo su mirada. Luego me levanté dudosa. Se acercó por si debía ayudarme. Me moví insegura, manoteando como quien comienza a caminar después de no hacerlo por un tiempo.

Me quedaban perfectos.

Acalorada por la propia situación, di unos pasos sin sentirme dueña de mis pies, pero, de pronto, ya había avanzado una gran distancia sin darme

cuenta. Lo recordaba, comprendí al llegar a la camioneta. Comencé a moverme de forma más segura por la cochera, probándolos. Luca permanecía sentado sobre el concreto, contemplándome satisfecho, deleitado. Imprimí más fuerza, me sentía más confiada, sentí el aire, esa libertad que solían brindarme, las risas, la ligereza.

Cuando me detuve a su lado, lo hice frenando de forma controlada; entonces, se irguió elevando la comisura de sus labios.

—¿Me enseñarás? —Quiso saber. Entorné los ojos, sabía que me tomaba el pelo. Seguro lo haría mejor que yo en mis mejores épocas.

—Gracias —musité al fin, sonriendo, guardando las manos en los bolsillos traseros de mis *jeans*.

—¿Por qué dejaste de hacerlo? —preguntó. Desvié la mirada.

—No lo sé, simplemente un día dejé de verlos, nos mudamos y… ya nada fue igual —admití.

—¿Te molesta que te los regale? —preguntó cauto. Negué sonriendo.

—Se remueven cosas, pero la verdad, es algo que me gustaba mucho hacer.

—Entonces habrá que retomarlo.

—Sí, aunque tengo hambre —admití frotándome el estómago, mostrando los dientes. Rio por primera vez en horas. De forma genuina, fresca. No pude más que observarlo.

—Primero a comer, entonces.

—A comer y luego al cine… —ordené risueña.

—A comer y a patinar, ¿qué dices? —sugirió. Dudé un poco—. No aprenderé solo, Luna —insistió, y en una fracción de segundo en la que apareció y desapareció, noté que llevaba unos patines enormes atados por las cintas, colgados de su hombro.

Eso de que no sabía, no se lo creía, pero verlo hacer eso me reanimó y provocó que asintiera. Sonaba divertido, diferente y eso era lo que necesitábamos; además, de alguna forma absurda estar sobre ellos mitigaba el dolor que venía cargado desde hacía años. Nunca lo hubiese pensado.

Comimos en un sitio cualquiera y después condujo hasta un enorme parque que tenía pista para correr, andar en bicicleta y, obviamente, para

patinar. Pasamos la tarde riendo, por supuesto en cuanto se los puso los dominó, sin embargo, iba a mi paso, que aún no era tan suelto, aunque creí que sería peor. Jugamos, bromeamos, incluso fingimos competir.

Le narré parte de mi vida en Vancouver antes de aquello que me marcó. Era tan fácil hablar y hablar, dejar salir lo que sentía con él, que me asombraba aún después de todo. Durante años me mantuve lejana a los recuerdos, a lo que solía ser, y tal parecía que Luca estaba deseoso por hacerlo emerger, por conocerme como realmente era. Él, de alguna manera, se había dado cuenta de que me escondía.

Cuando llegamos a su casa, tomé mi mochila y me dirigí a mi auto con mi nueva adquisición. Me sentía tan bien, a diferencia de la mañana. Había logrado con todo aquello que la ansiedad desapareciera, que la frustración, aunque era parte de ambos, no doliera y no pesara como lo hacía.

Metí las cosas y al girar me topé con él. Me quité con la mano unos rizos que tenía en la frente; sonreía satisfecha y también muy cansada. Estaba segura de que al día siguiente me dolerían hasta las uñas. Ya no hacía el ejercicio que hacía años atrás.

—Gracias por esta tarde.

Tomó uno de mis rizos y lo enrolló en su dedo. No logré descifrar su expresión, pero parecía satisfecho también.

—Gracias a ti, Sara. —Arrugué la frente sin comprender—. Gracias porque logras que olvide todo con tan sólo una sonrisa, y hoy fueron muchas más de las que esperé.

—Tú logras lo mismo en mí —dije sin poder esquivar la tensión que generaba esa clase de cercanía.

—Patinar es más divertido de lo que pensé y verte deslizarte de esa manera fue mucho más interesante de lo que imaginé.

—Tú no luces nada mal y lo sabes —refuté sonriendo.

—Te quiero. —Estaba de nuevo muy cerca. Rocé su mejilla, apenas un poco.

—Te quiero.

—Descansa —me pidió dando un paso hacia atrás.

—¿Irás? —pregunté con cautela. Sonrió.

—¿Eso quieres?

—Siempre que tú lo quieras —respondí. Metió las manos en los bolsos de los *jeans*, sacudiendo la cabeza.

—Entonces ya sabes dónde estaré en unas horas.

Cené casi dormida; Aurora y Bea me veían de vez en vez, pero creo que el capítulo de la telenovela era más interesante que mi poca capacidad para mantener los ojos abiertos.

Me bañé, y ya fresca, me dejé caer sobre la cama. Eran las 10, no habíamos quedado en una hora, así que me puse los audífonos de mi reproductor y dejé que el ruido me arrullara.

Aunque estaba muy cansada, no logré dormir. No pasó mucho cuando sentí que uno de los audífonos salía de mi oreja. Giré, fatigada, al ser consciente de su peso en el colchón. También había tomado un baño y llevaba puesto un pantalón de franela oscuro junto con una camiseta de algodón blanca. Sonreí embelesada.

—Hola —susurró.

—El cansancio no está siendo suficiente —me quejé acurrucada. De pronto, me sentí atontada porque el sueño llegó de forma abrupta.

No sabía a qué hora era bueno venir. Cierra tus ojos, ya llegará.

Prometió mientras comenzaba a esparcir mi cabello con sus dedos, relajado. Me dejé llevar por los movimientos que hacía con su brazo al estar acomodando con mucha atención mi cabello; de pronto, ya no supe nada de mí.

Esa mañana me sentí alegre, optimista, me maquillé con atención y me vestí con coquetería. Aunque no había cambiado mi estilo habitual, sí lo elegía con mayor cuidado. Estaba enamorada y eso me hacía querer saltar como chapulín, pese a no tener nada de normal.

Llegué a su casa y salí de mi auto, y él ya estaba ahí, de pie, muy cerca. No se movió, sólo me observó de pies a cabeza, con los ojos bien abiertos.

—¡Por los dioses! Este día será muy largo —declaró preocupado, miraba mis piernas e iba subiendo lentamente hasta mi tórax, examinándome. Sonreí complacida, aunque desorientada, nunca me había

visto de esa manera, era provocativa, estaba cargada de algo que no conocía. Me gustó, pero me hizo sentir aún más acalorada.

—Tú tampoco te ves nada mal —expresé con desenfado. Con esos *jeans* oscuros y camiseta azul pardo lucía impresionante—, aunque eso ya lo sabes —musité pasando junto a él, metiéndome a su camioneta.

—No bromeé, Sara. —Ya arrancaba el motor poniendo toda su concentración en ello, aunque no la necesitaba—. El día será muy largo. —Me contempló de reojo—. Y frustrante.

Sonreí mirando al exterior, no quería ponérselo difícil, pero la realidad era que me agradaba trastornarlo más de la cuenta.

—Luca. —No sabía si era el momento, aun así, deseaba saciar mis dudas y quizá eso le ayudara a transitar su fijación por mí. No volteó, esperaba—. ¿En serio dejarías tu posición allá, de dónde vienes? —indagué. Apretó el volante más de la cuenta y su cuerpo se tensó; pero debía estar controlado pues podría quedarse con aquella pieza sin el mayor esfuerzo. Unos segundos después asintió—. ¿Es eso posible? Quiero decir, ¿puedes renunciar? Así nada más.

—No lo sé. Nadie nunca lo ha hecho —declaró serio. Me quedé paralizada.

—Luca… a lo mejor no es necesario —intervine. Me miró frunciendo el ceño, confundido. Observé los autos que rebasábamos, intentando pasar el nudo en la garganta—. Falta tanto, nunca se sabe, quizá hasta yo podría morir antes. —Una ola densa de molestia llegó hasta mí, nunca había experimentado algo semejante, pero comenzaba a no asombrarme, aun así, me estremeció. Ésa era la verdad le gustara o no.

—Sara, te prohíbo que vuelvas a hablar de tu muerte como mi salvación. Te lo prohíbo. —Su exigencia sonó más como una orden y su voz más como un rugido que cimbró todo mi cuerpo.

Lo encaré con los ojos entornados. Ésa era una opción, una de tantas. La vida no estaba asegurada, lo tenía muy claro y era imposible saber lo que podía ocurrir siquiera al cruzar la acera, ya lo había visto. No daría nada por sentado, ya no.

—No quise molestarte —me defendí—, sólo quería hacerte ver que es una posibilidad. Acéptalo, todo sería menos complicado, aunque todavía

quedaría justificar tu edad y nuestra relación si las cosas siguen así, como hasta ahora.

Intentaba ser práctica, ver las cosas de una manera menos agobiante.

Lo escuché concentrarse en su respiración, no lo había visto así. No habló durante algunos minutos. Cuando volvió a hacerlo, estaba estacionando el auto en la escuela. Volteó hacia mí, serio y preocupado. Se acercó hasta quedar a menos de veinte centímetros de mi rostro. Sus ojos eran peligrosamente oscuros.

—Júrame, júrame por lo que más te importe, que nunca harás una tontería que haga peligrar tu vida —lo decía con una vehemencia que me asustó. Tragué saliva. ¿Qué le pasaba?

—No pienso suicidarme si es lo que crees —refuté con la respiración irregular.

—Sara, júralo, no bromeo… El día que dejes de existir, ese día mi mundo se acabará. Eso es algo que ya no puedo cambiar. Júralo —rogó. Asentí asombrada por verlo tan enojado, no lo reconocía—. Dilo —exigió autoritario.

—Lo… juro. —En cuanto pronuncié estas palabras se alejó. Se recargó en el asiento con los ojos cerrados, sujetando el volante. No quise ni siquiera moverme, no había pensado que pudiera reaccionar de esa manera.

—A veces eres tan infantil… Ésta es la regla tres, Sara, y no la olvides jamás; nunca te pondrás en riesgo —declaró, aún sin mirarme. Lo primero que dijo me dolió, no quería que lo tomara así, no podía ser tan cerrado.

—Nadie tiene la vida asegurada, Luca —susurré, seria, también irritada. Al escuchar mi tono viró su rostro hacia mí, sus ojos ya eran más claros.

—Lo sé, pero no soporto escucharte hablar de esa manera. Tú envejecerás y vivirás lo que cualquiera de tu especie debe vivir conmigo o sin mí. —Sus facciones se habían suavizado tanto que parecía ahora lleno de ternura y comprensión. Pestañeé varias veces, desconcertada.

—Si vamos a estar juntos tienes que comprender que nada será normal en mi vida. Me costó mucho, pero ya lo acepté y no me importa. Así que no me digas que la inmadura soy yo, cuando tú eres el que no acepta todas

las posibilidades de lo que puede ocurrir, Luca. Tampoco tolero la idea de que dejes de existir, simplemente sé que no podría soportarlo, pero eso no cambia nada de lo que te digo.

—Sara… —musitó agobiado y con un dejo de culpabilidad. Negué sin mirarlo.

—No era mi intención molestarte y quiero que sepas que acabar conmigo nunca ha sido una opción y créeme… —Giré hacia él con los ojos acuosos—. Han existido motivos. Pero no lo haré, nunca, y menos ahora que te tengo y entiendo lo que provoca tu decisión de permanecer a mi lado. Sólo quería que supieras que no tienes que decidir nada. Falta mucho tiempo para que debas regresar.

Sus ojos se tornaron oscuros con tintes violetas, de una forma imperceptible e inverosímil. Se acercó a mí, midiendo mi reacción.

—Eres y serás… lo más hermoso que ha ocurrido en mi existencia.

—Y tú en la mía —articulé casi sin voz. Quitó, con manos trémulas, una lagrima que había escapado y que rodaba por mi mejilla.

—Lo que yo deba o no hacer para estar a tu lado es mi responsabilidad, tú preocúpate por estar bien y viva. ¿Comprendes? Viva…

Posó su frente caliente sobre la mía unos segundos, lo suficiente como para que me quedara deseando más, mucho más, y como para que me sintiera reconfortada en todos los sentidos. Se sentía asombrosamente cálida. Se alejó, y poco después volvió a su asiento.

—Llegaremos tarde —murmuré aún turbada y extasiada por ese leve contacto. Asintió abriendo la puerta. Yo hice lo mismo y bajé de prisa.

Caminamos por los pasillos sin poder hablar. Sabía que pasaría, comenzaba a comprender esa dinámica de confusión y arrebato que a veces nos hacía su presa, para luego los dos, más tranquilos, intentar olvidarla. Nuestros caracteres se confrontaban, pero luego llegaba la paz y nos envolvía.

Llegamos al cuarto piso, ya no había nadie en el pasillo. ¡Maldición! Iba a correr a mi clase cuando me tomó por el codo para hacerme girar soltándome casi en el acto. La totalidad de sus ojos era maple, me atraparon.

—Sara, este sentimiento se está profundizando con cada minuto que paso a tu lado. Lamento si con eso te abrumo, pero ya es parte de mi ser, de mi pensar, de mi existir —declaró. Parpadeé sintiendo cómo mis latidos se detenían y mis piernas comenzaban a doblarse.

—Luca… —Sonrió ante mi sonrojo y mi labio tembloroso; hizo a un lado un rizo de mi sien.

—Hoy te ves en especial adorable —susurró casi en mi oreja. Me guiñó un ojo más relajado y se alejó rumbo a su salón, así, nada más, como si no hubiese dicho esa hermosa declaración que me había dejado perpleja. Ese hombre, o ser o lo que fuera, me mataría, en serio que sí.

Entré pidiendo disculpas por la demora, un tanto atribulada. Romina me miró suspicaz, quitando su bolso del asiento contiguo para que me sentara. Hugo también giró hacia mí, evidentemente asombrado y confundido, había escuchado aquello. Le sonreí apenas. No podía pensar en nada salvo en sus ojos, en sus palabras.

Cuando la hora terminó, mi amiga me detuvo obstaculizándome la salida. Reí.

—Parece que flotas… —apuntó divertida, intrigada.

—No floto —refuté.

—Llegaste tarde gracias a Luca, ¿verdad? —investigó. Bajé la mochila, no me dejaría salir, no tan fácil.

—No, sólo había mucho tráfico. Romina, tenemos otra clase, no quiero llegar tarde también a ésa —supliqué juntando mis manos. Sonrió entornando los ojos.

—De acuerdo… Te veo en el receso.

Cuando llegué al aula, Luca ya estaba acomodado donde solía, conversando con Hugo. Éste, en cuanto me vio, se fue al extremo opuesto del salón mientras Gael y Eduardo me saludaban con la mirada.

La clase no fue muy diferente que la del día anterior; él me ayudaba, yo lo seguía… Nada en apariencia había cambiado, pero en lo elemental, en lo profundo, ya nada era igual y sabía que jamás lo volvería a ser. Cuando terminó la clase, esperó a que acabara de guardar todo.

—Alguien te espera afuera —me informó con ternura. Asentí observándolo deleitada—. Te veo después, Luna. —Acercó una mano hasta

mi mejilla y rozó mi piel con uno de sus dedos—. ¿Mañana serías mía? ¿Hasta la madrugada? —me preguntó.

—¿Es una cita?

—Lo es —declaró cruzándose de brazos, arqueando una ceja.

—Bien, sí me gustaría. —Tomé mi mochila, Romina no tardaría en entrar para presionarme. Me detuvo tomando por un segundo mi mano, aún sentado. Me acerqué curiosa.

—Otra cosa… Tú y yo, ¿estamos juntos? —indagó. Arrugué la frente ante su tono, su mirada temerosa y su gesto dudoso.

—No sé, sí, ¿no? —Sonrió.

—Escucha. Sé que te dije que no me importaba lo que le dijeras sobre nuestra relación, pero cambié de opinión… Hace unas horas lo dijiste bien; no tenemos idea de lo que ocurrirá y controlarlo todo es algo que está siendo imposible para nosotros, aunque luchemos por hacer lo contrario. Sé que ni siquiera podemos tocarnos, o ir ya sabes, más a allá, como besarnos. No debería sugerirlo, de hecho, porque es egoísta y ridículo, pero lo necesito. Las palabras aquí tienen mucho peso y… seamos novios, como aquí le dicen. Deseo que lo sepa ella, y todos —declaró nervioso. Pestañeé entre divertida y confusa, sin moverme; lo comprendía más de lo que imaginaba—. ¿Qué? —preguntó intrigado.

—¿Me estas pidiendo que sea tu novia? —Quise saber, sonriendo.

—Ellos no saben nuestra realidad, ni lo que soy, ni las limitantes que conlleva, tampoco tengo idea de a dónde nos lleve lo que estamos experimentando, lo cierto es que aunque es irresponsable, sí… *te lo estoy pidiendo*. Expresó convencido.

Qué más daban los términos, para mí, él era eso y mucho más.

—De acuerdo, somos novios, Luca, unos muy inocentes novios —bromeé, pero él no quitó los ojos de mí, deleitado sin dar señales de comprender mis palabras.

Giré hacia la puerta esperando que mi amiga la atravesara, cabreada, despotricando sin parar.

—Creo que en tu casa deben saber de mí —expuso con firmeza. Volteé con los ojos bien abiertos.

¿Qué ocurría con él? Arrugué la frente de inmediato. ¿Qué pretendía?

—Pero…

Sara, dentro de lo correcto, hagamos las cosas lo más apegadas a tus costumbres, por favor.

—Tu padre debe saber de mí, es lo mejor —explicó. Asentí pestañeando preocupada por esa petición. No quería ni imaginar esa escena, me daba escalofríos. Mi padre era un iceberg cuando se trataba de mí, pero si para Luca era relevante, podría hacerlo.

—¿Algo más? —pregunté nerviosa. Negó riendo.

—Ve, ya está comenzando a impacientarse, hasta aquí escucho palabras altisonantes.

Salí de prisa sin querer voltear. ¡Dios! ¿Qué le ocurría a Luca?

Encontré a Romina con las manos en el barandal, observando la escuela como si le importara.

—Lo siento —me disculpé a su lado. Me miró sobre el hombro, inquisidora.

—¿Qué se traen ustedes?

—Luca… me pidió que fuera su novia —le expliqué mientras caminábamos. Se detuvo abruptamente, impresionada.

—¡Qué! No es cierto. ¿En serio? —gritó. Corrí como solíamos, ya sabía que iría tras de mí muerta de curiosidad. Me detuve en la planta baja, agitada, sonriendo.

—Odio correr —chilló tomando aire—. ¿Y qué le dijiste?

—Que sí.

—No lo puedo creer, Sara. ¡Dios! Es increíble. Quién iba a decir. ¡Guau! ¡Millones de guau! —Me sacudía una y otra vez, feliz—. Creí que nadie lo conseguiría. Ésa es mi amiga. ¡Uy! Deja que se enteren los demás, ¡ja! —Puse los ojos en blanco. Disfrutaría con eso, lo sabía—. Tengo cuñado, qué emoción. —Y se fue dando brinquitos y aplaudiendo.

Al llegar a la cafetería ya estaban ahí los de siempre y un par de chicas más, las cuales últimamente se sentaban con ellos y con las que no había convivido mucho.

—Mira quien llegó —musitó Lorena, retadora. La saludé, igual que al resto; ignoré su comentario.

Luca ya ocupaba su lugar en la mesa de siempre junto a Hugo y Florencia. Me daba la espalda. Ellas también los miraban sin esconder lo que les generaban. Me importó poco.

—¿Adivinen qué? —preguntó Romina robándole una papa frita a una de mis compañeras. Eso captó la atención del grupo—. Luca ya tiene novia… —declaró alzando ambas cejas un par de veces.

De inmediato todos me miraron asombrados, aunque por diferente motivo. Gael por la evidente desilusión, y Lorena con odio e incredulidad.

—¿Sara? —conjeturó Jimena, una de las chicas que recién se sentaba ahí, evaluándome como si fuera inverosímil.

—Sí, Sara. ¿Qué tal? —preguntó Romina desafiante y claramente entretenida con la situación. Tenía hambre, así que dirigí mis ojos hasta las opciones que tenía para comer. Una pizza o quizás un sándwich de salami, no podía decidir.

—Absurdo —espetó Lorena, dándole un sorbo a su refresco. Arrugué la frente y la miré. Sus ojos estaban inyectados de resentimiento.

—No veo por qué —señaló Romina sonriendo.

—Por Dios, Sara, no te lo tomes a mal, pero creo que está jugando contigo.

No la escuches.

Me rogó Luca, arrullador. Arqueé una ceja, irguiéndome.

—A mí no me lo parece. Deberías de ver cómo la mira —prosiguió mi mejor amiga, restándole importancia.

—¿Y a ti, Sara? ¿Crees que te pueda tomar en serio? Si no sabes ni en qué día vives —se burló metiéndose una papa a la boca, riendo.

Está bien, era suficiente, la sangre comenzó a correr rápidamente en mi interior. Cerré los puños irritada, no estaba para sus estupideces y aquello que no conocían, comenzó a emerger.

Luna, ven… No la escuches. Me suplicó ansioso.

Sin embargo, su voz sólo ayudó a que me sintiera con más ganas de confrontarlas mas no de huir, como ellas esperaban, como siempre hacía.

—Además, Luca es… demasiado para ti. Te doy unos días —vaticinó Sofía evidentemente satisfecha de poder humillarme frente a los demás, que parecían haberse quedado sin palabras porque sólo nos miraban.

Sara… ven.

Era más una orden que una petición. Lo ignoré.

No más, ya no. Recargué los codos sobre la mesa, cruzándolos entre sí. Reí con sarcasmo.

—Entiendo que vean las cosas así. Tú, Sofía, en dos años no has logrado que el chico que te gusta siquiera te volteé a ver. Debe ser humillante rogar por migajas… —expresé con frialdad y burla. Me miró desconcertada, era evidente que no esperaba mi revire—. Y tú, Lorena… No sé qué te hice, en realidad, no me importa, pero aunque él y yo duremos «unos días», será más de lo que tú has durado con cualquiera ¡Ah! Y créeme, mucho más de lo que nunca hubieras durado con él ya que ni siquiera parece saber que existes.

—¿Qué te crees? —vociferó apretando los dientes, poniéndose de pie al mismo tiempo que yo. Ambas recargamos las palmas sobre la mesa mirándonos amenazantes. El resto, incluida Romina, parecían estar clavados en sus asientos, los estudiantes de los alrededores observaban la escena, intrigados.

—Mucho más que tú evidentemente, porque no disfruto humillando a los demás para inflar mi autoestima y mi ego, que debe estar por los suelos —refuté con indolencia. Abrió los ojos atónita. No me importó, ya no. Me sentía dueña de mí, como hacía mucho tiempo no me ocurría.

—Esto no se va a quedar así —replicó roja de rabia. Reí con cinismo.

—Lorena, ni antes y mucho menos ahora, te he tenido miedo. Si me he tragado tus insultos y groserías no ha sido porque te tema, sino por educación y lástima… No quería rebajarme a tu nivel, pero todo tiene un límite y tú ya lo sobrepasaste. —Me acerqué tanto a ella que podía sentir su aliento a frituras y refresco de cola, retrocedió—. Así que no te atrevas a volver a insultarme o a reír a mi costa, porque no lo pienso volver a permitir, espero ser clara —zanjé. Mi actitud la dejó sin palabras y evidentemente molesta.

Cuando se sentó, desconcertada, tomé mi mochila y caminé rumbo a la salida. Pasé a unos metros de Luca, que era consciente de que lo había visto y escuchado. Los oídos me zumbaban, sin embargo, me sentía bien y en paz pese a todo.

Cuando crucé las puertas del lugar, caminé hasta las canchas, necesitaba alejarme, serenarme.

Me senté en las gradas, en un lugar alejado de los demás, con la respiración agitada. Jugaban fútbol, los miré atenta, intentado que de esa manera mi mente se tranquilizara.

Sara…

Cerré los ojos.

Quizá, sólo quizá, me había sobrepasado, pero algo dentro de mí me había obligado a hacerlo, no sé si el cansancio de tanta humillación, no sé si su voz o su presencia en mi vida, o eso que ya no lograba esconder; mi verdadero ser. Lo cierto era que ya no me sentía la misma. Eso me asustó y me alegró al mismo tiempo. Era como si de alguna manera me hubiese terminado de liberar.

—¿Sara? —sentí su roce cálido sobre mi mejilla. Abrí los ojos de golpe, él estaba ahí, evidentemente me había seguido. Sonreía, lucía orgulloso y admirado. Se colocó en cuclillas frente a mí.

—¿Me pasé? —Quise saber, teniendo una enorme necesidad de esconderme en su pecho.

—Creo que estuviste maravillosa —aseguró deleitado. Sonreí despejando mi frente que con el aire se plagaba de mis rizos rebeldes.

—Me va a odiar más y me va a hacer la vida de cuadritos.

—No se atreverá, es cobarde.

—¿Sara? —Romina iba subiendo las gradas, con una sonrisa de oreja a oreja. Luca se hizo a un lado justo cuando llegó, ella se sentó a mi lado y me abrazó, la rodeé sin dudar.

—No lo puedo creer. —Se separó de mí; Luca estaba del otro lado, a varios centímetros de nosotros, viéndome—. ¡Estuviste fantástica! Sabía que tenías ese carácter, lo sabía. —Mi novio sonrió estando de acuerdo.

—Las cosas ahora serán más complicadas, pero no odio que sean así.

—Se lo tenían bien merecido y eso les dije antes de venir a buscarte. No se atreverán a molestarte de nuevo —declaró tajante. Elevé una ceja, incrédula, eso lo dudaba, pero ya no permitiría un abuso más—. Eduardo y Gael, al igual que yo, les exigimos que se comportaran o no serías la única

que les diría sus verdades. —Volteé hacia Luca, que alzaba las cejas asombrado, cruzándose de brazos, observándonos interactuar con interés.

—Gracias —expresé suspirando. Mirándola de nuevo. Sonreía.

—No es nada. Debo admitir que llegué a creer que nunca te atreverías. —Arrugué la nariz.

—Ni yo —acepté sonriendo también, más relajada. Romina dejó de verme para observarlo a él, seria.

—Más te vale que no la lastimes. Por las buenas puedes contar conmigo para todo, pero por muy alto y fuerte que estés, por las malas no quieres conocerme —le advirtió con suficiencia.

—Romina —la reprendí divertida, mi amiga no tenía remedio.

Déjala, ya comprendo por qué son amigas…

Apuntó burlón, estaba realmente entretenido con ambas.

—Igualmente —respondió Luca.

—Ella es mi mejor amiga, nunca le haría daño —se defendió haciendo un puchero.

—Y ella es lo único que quiero, jamás le haría daño —contestó tranquilo. Romina asintió parpadeando, pasando saliva con dificultad.

—De acuerdo. Los dejos solos, entonces. Parece que estás en buenas manos, así que iré a revisar cómo están las cosas por allá… —hablaba nerviosa y atropelladamente, obvio Luca la ponía así, la compadecí sin poder evitarlo, ¿a quién no?

En cuanto se fue, dejé salir un largo suspiro, sonriendo con timidez. De nuevo, sus palabras de hacía unas horas regresaron. Éramos novios, la pura idea me parecía graciosa, pero no me desagradaba. Giré, él me miraba, esa necesidad de tenernos más cerca aumentó, ambos lo sentimos. Mis manos cosquilleaban, mis labios urgían por él.

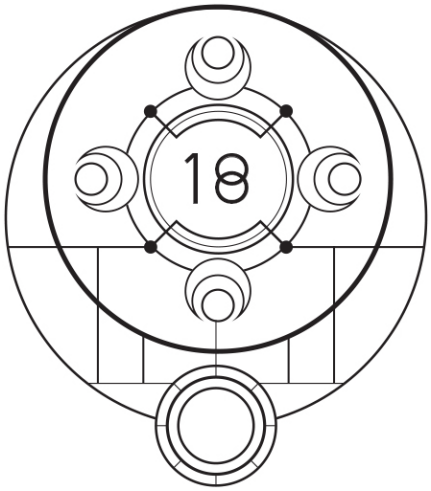
Aspiré desviando mi atención hacia el partido.

—¿Crees que mi novio traiga una paleta, o algo? —bromeé sin perder de vista el balón en la cancha.

—Búrlate, después de lo que vi, no sería inteligente objetar. Vamos a que comas, anda. —Le saqué la lengua, sonriendo; él también lo hacía.

Mi vida era otra, todo cambiaba, mis decisiones, mis resoluciones, incluso mi manera de enfrentar las situaciones; lo que pensaba de mí se lo

debía a su presencia llena de algo que me hacía sentir completa y capaz de todo, pese a lo incierto y frágil de nuestro futuro.



Por la tarde, cuando llegamos a su casa, yo seguía de tan buen humor como casi toda la mañana, y también extrañamente satisfecha.

—Sara —dijo. Volteé alegre— En la noche, quiero pasar por ti a tu casa. —Arrugué la frente—. Lo de tu padre, ¿recuerdas? —enfatizó. Elevé las cejas torciendo los labios.

—Luca… —me quejé no muy convencida. En un pestañeo ya estaba frente a mí. Tomó un rizo de mi cabello.

—Por favor, vamos a hacer esto lo mejor que se pueda, si es que se puede —pidió. Asentí aturdida por su cercanía.

—Con una condición —hablé. Se llevó mi mechón a la nariz, inhalando su aroma. Cerré los ojos para poder pensar con claridad—. Vamos a comer algo sustancioso y luego quiero patinar un poco, ¿sí? —propuse entusiasmada. Me miró alejándose un paso, con orgullo.

—Ya encontraré algo que no me guste de ti —musitó rozando mi nariz con los dedos. Le devolví el gesto, alegre.

—Espero que no.

Me dejó en casa alrededor de las 6. Estaba asoleada, pero más viva que nunca. Aurora me observó con intriga cuando subí con mis patines

colgando.

—Llegas temprano. ¿Y eso? —Los señaló interesada.

—Algo que me gusta hacer —le expliqué con simpleza, despeinada, acalorada.

—En todo el tiempo que llevo aquí jamás te he visto con ellos.

—No me quedaban, éstos son nuevos. Luego podemos comprar otros y te enseño —le propuse con frescura. Soltó la carcajada, negando con su café en la mano.

—¡No! Si quiero llegar sin huesos rotos a la vejez, mejor no. Pero me gustaría verte algún día.

—Exageras, podrías aprender, no es difícil. Me voy a dar un regaderazo. —Y señalé mi cabello. Entornó los ojos.

—Anda, sólo lo traes más rizado de lo normal. Debe ser la humedad. Y ponte bloqueador cuando andes haciendo eso, niña.

Mi padre llegó a las 8, Luca pasaría en media hora. Yo ya estaba más que lista. Durante un rato me dediqué a realizar mis deberes, abrumada al ver que era mucho debido a mi negligencia, decidí que organizarme era lo mejor. No podía permitirme bajar mis calificaciones, mi beca iba de por medio y no la arriesgaría por nada.

Bajé justo cuando él iba a subir. Parecía agotado.

—¿Vas a salir? —me cuestionó todavía con su saco en la mano y su portafolio en la otra.

—Sí —respondí. Asintió observándome un poco más de la cuenta. Mi nariz y mejillas estaban algo enrojecidas por el sol y obviamente estaba un poco más arreglada de lo normal. Lo cierto es que sabía que no preguntaría más, su indiferencia dolió, pero le había prometido a Luca decirle y lo haría, aunque a él claramente no le importara—. Con mi novio —susurré.

Se detuvo en seco y me miró frunciendo el ceño. Lo tenía a menos de cincuenta centímetros de mí. Parecía más grande ahora. Sus cejas rubias y sus ojos grises eran claramente mayores, su cabello, siempre corto y rizado, igual que el de Bea y el mío, lo llevaba cuidadosamente peinado hacia atrás, ya tenía más canas que la última vez que me había fijado. Vestía un traje oscuro con una camisa blanca y corbata violeta. Seguía

siendo increíblemente atractivo, pero a sus cuarenta y cuatro años ya lucía bastante cansado y mayor.

—¿Novio? —repitió con cuidado. Bajé el último peldaño, asintiendo.

—Vendrá por mí en media hora. Quiere conocerte.

—¿Por qué? —Sus preguntas me herían, sin embargo, no permitiría que alteraran mi estado de alegría.

—Porque eres mi padre… Supongo.

—¿Cuántos años tiene? —Ya estaba completamente girado hacia mí, visiblemente intrigado.

—Mi edad.

—¿Y es muy formal? —indagó. Ahora sí lucía un poco alterado.

—¿Qué? —Quise saber.

—Su noviazgo… Si no ¿por qué quiere conocerme? —refutó.

No supe qué contestar, después de varios segundos aguantando su mirada inquisidora, asentí. No habló durante casi durante un minuto.

—De acuerdo, avísame cuando llegue. —De nuevo acepté, muda. Cuando ya no lo vi, solté el aire, confusa. Aurora se apareció en ese momento.

—No lo puedo creer, tienes novio y no me habías dicho. —Sonreía feliz. Me arrastró hasta la cocina y cerró la puerta abatible tras ella.

—¿Desde cuándo? ¿Cómo fue? —No tuve más remedio que contarle lo que podía. Me escuchó atenta, sin pestañear. Al parecer a ella sí le importaba lo que me ocurría y aunque no podía decirle toda la verdad, el saber que en mi casa ya lo sabían resultó reconfortante—. Ya decía yo… Si eres preciosa y muy inteligente, sólo hacía falta un valiente para que despertara cosas en ti.

Permanecimos en la cocina hasta que el timbre sonó. Ya iba a abrir cuando ella se levantó alisándose los *jeans*. Solté la carcajada.

—Deja, yo iré. —Me guiñó un ojo sonriendo. La seguí. Esperé en el pasillo hasta que abrió. Luca se veía sensacional, como siempre, vestido como cualquier otro adolescente: *jeans*, Vans, una camisa oscura y su cabello perfectamente desgarbado.

Aurora se paralizó. Sabía que no se lo esperaba, sin embargo, él no la veía a ella, sino a mí. Ladeé mi rostro mirándolo con timidez, con

complicidad.

—¿Hola? —tartamudeó al fin con voz seca la responsable de la casa. Luca posó su atención en ella, y noté que la pobre estaba teniendo problemas para pensar con claridad.

—Aurora, él es Luca… Luca, ella es Aurora. —Luca sonrió, saludándola educadamente.

—Mucho gusto —su voz sonaba tan profunda y fuera de lugar, que de inmediato me puse nerviosa. Mi nana logró reaccionar un segundo después.

—Igualmente, Luca —respondió abriendo la puerta torpemente para que pasara. Él lo hizo mientras ella me hacía señas por detrás, mostrándome su rotunda aprobación. En otro momento hubiese reído con ganas, pero me mordí los labios, aguantando.

Caminé hasta él, alegre de que estuviera ahí, en mi vida.

—Hola —susurré, ya a unos centímetros de su prefecto cuerpo.

Te ves preciosa.

Tomó un mechón de mi cabello rizado, sonriendo lánguido.

—Hola.

—Iré por mi padre, no te muevas —le advertí con tono autoritario. Asintió riendo por lo bajo. Al subir, escuché cómo Aurora le ofrecía asiento y algo de tomar, aún nerviosa.

Llegué a la habitación de papá, la puerta estaba abierta. Él no se encontraba, fui a la habitación de Bea, los dos se estaban inmersos en un partido de tenis.

—Ya está aquí. —Se había puesto unos vaqueros y una camiseta de los Rangers. Parecía mucho más joven así. Dejó de jugar mirándome serio.

—Ahora vengo, Bea, no hagas trampa —le advirtió jovial.

—¿Quién llegó? —preguntó curiosa.

—El novio de tu hermana —refunfuñó. Bea me miró asombrada y salió colgándose del brazo de mi padre.

—Yo también iré —anunció decidida. Asentí sin remedio. Ambos bajaron delante mío.

Cuando llegaron al recibidor percibí su asombro. Mi padre ni siquiera se movió, mientras mi hermana se veía gratamente alucinada.

Luca los encaró dejando de conversar con Aurora, que parecía embelesada.

—Buenas noches —saludó cortés y seguro. Mi padre pestañeó varias veces, un segundo después le tendió la mano. Observé a Luca, nerviosa, pero éste no pareció notar mi preocupación y le devolvió el gesto tranquilo, estando ahí más de la cuenta. Sacudí la cabeza sin comprender.

—Buenas noches, soy el padre de Sara, Gabriele.

—Y yo Bea —agregó mi hermana deslumbrada.

Luca le sonrió con ternura.

—Mucho gusto, soy Luca Bourlot.

—¿Luca? Lindo nombre —apuntó Bea mirándome chispeante. Mi padre giró hacia mí examinándome de una forma que no logré descifrar. Pero enseguida volvió su atención hacia él.

—Me dijo Sara que están saliendo.

—Así es.

—¿A dónde van? —Quiso saber mi padre viéndome fijamente, pero preguntándole a él.

—Al cine, a cenar. No llegamos tarde. —Luca estaba impasible y relajado, no parecía notar la actitud hostil de mi padre.

—Sara conoce los horarios —expresó inspeccionándolo.

—Entonces los cumpliremos… Fue un gusto —extendió la mano para despedirse. Por un momento pensé que mi padre no se la daría, pero al final se la tendió sonriendo casi imperceptiblemente.

—Igualmente, Luca. Vayan con cuidado.

—Así lo haremos, señor. —Miró a Bea de forma más informal, tendiéndole la mano. Ella se la tomó encantada.

—Mucho gusto, Bea.

—Igual, Luca —musitó roja como un jitomate. Caminé hasta la puerta, me urgía salir.

Luca se despidió de Aurora y salió detrás de mí. Caminé hasta su camioneta. Abrí la puerta sin esperar que él lo hiciera y subí. Él realizó cada acción de la forma convencional, así que tuve unos segundos de soledad. Cuando al fin entró, lo miré desconcertada.

—Todo salió bien —expresó satisfecho, prendiendo el motor; se veía despreocupado.

—¿Cómo? ¿Por qué? Los tocaste. —Lo acusé sin comprender, abriendo los ojos para mostrarle mi desconcierto. Arrugó la frente.

—Sí, ¿qué tiene de raro? —reviró con simpleza. Lo fulminé, confusa. ¡Era en serio!

—¿Cómo que qué tiene de raro? A mí ni siquiera eso: cada mañana, cada caricia tuya dura menos de un segundo, apretaste su mano mucho más que eso —espeté molesta. Rio. Se detuvo en un costado de la calle, desbrochó el cinturón de seguridad y me miró intensamente.

—Sara, contigo es diferente. Tú… me enciendes. ¿Me explico? ¿Cómo crees que convivimos con ustedes? Podemos tener ese tipo de contactos sin poner a nadie en peligro. Lo pienso, me controlo y logro dar un apretón de mano, un abrazo, sin provocar ningún daño, sin dejar salir mi energía; a lo mucho la gente piensa que tengo calor, nada más.

—Pero entonces, ¿por qué conmigo no te controlas? Si lo pensaras antes podríamos…

—No —me interrumpió paciente, pero con firmeza—. No podría. No puedo… y no te arriesgaré. Créeme que lo he pensado e intentado, pero te acercas y todo mi autocontrol se rompe en millones de fragmentos, mi esencia enloquece, te reclama con una fuerza indomable. Sólo puedo pensar en lo mucho que te deseo y en esta necesidad abrasadora de tenerte aún más cerca. Lo mejor es seguir así, aunque sé lo difícil que es para ti, porque también lo para mí. —Me crucé de brazos, frustrada, por tonta de alguna manera había albergado una esperanza—. Ahora dime, ¿qué quieres hacer? Quedamos que elegirías hoy —me recordó conciliador. Respiré profundamente intentando olvidar todo lo ocurrido hacía unos minutos. Me costó, la imagen de él sobre mis labios quemaba.

—Bolos, cenar evidentemente. —Él prendió el motor sonriendo.

—Evidentemente —repitió burlón.

La noche fue ligera y muy divertida. Elegí comida italiana en un restaurante al que nunca había ido, pero que por fuera me gustó. Conversamos de trivialidades. Me preguntó sobre Bea y mi relación con Aurora, nada de mi padre, cosa que le agradecí.

Cuando terminamos fuimos directo al boliche. Él, como en todo, lo hacía perfecto, sin embargo, decidió no humillarme y me dejó abajo dos puntos. Nos reímos, hablamos y nos burlamos uno del otro sin parar. Éramos, al final, un par de adolescentes pasándola bien, sin complicaciones y sin una verdad encima que lo consumía todo, al menos a los ojos de los demás.

Llegamos a mi casa casi a la una. A su lado el tiempo volaba y lo pasaba tan bien que me encontraba deseando hacer alguna otra cosa. Iba a abrir la puerta cuando sentí su tacto sobre mi rostro haciéndome girar.

Di un respingo cerrando los ojos. Se sentía deliciosamente caliente en comparación con lo fresco de la noche. No quemaba, más bien me envolvía en una calidez relajante. El líquido comenzó a viajar dentro de mí como siempre, invadiendo todo mi cuerpo de forma delicada y eso que pujaba por saltar sobre él, se mantuvo apacible, ronroneado ante el gesto. Sonreí deleitada.

—Sara, me crees, ¿verdad? —Quitó la mano un segundo después, esa había sido su caricia más larga.

—¿Sobre qué? —Quise saber aturdida.

—Sobre lo imposible que es ir más allá tú y yo.

—Sí, Luca.

—Vi tu expresión y temí que no me creyeras del todo. —Lucía preocupado.

—Te creo, sería absurdo no hacerlo después de estos días. Es sólo que sentí un poco de celos. Hay ocasiones, casi todo el tiempo —confesé bajando la mirada para que no leyera el tamaño de mi frustración—, que quisiera…

—Lo sé, y para mí es igual de doloroso. Y si existiera una manera, la que fuera, de poder estar a tu lado lo haría, Sara, no lo dudes. No quiero decir que nunca ocurrirá, pero definitivamente no ahora. No me siento listo, en serio me descontrolas de una manera absurda, ahora mismo te veo y no logro ser dueño de mí —confesó pasándose los dedos por sus rizos negros. Sonreí, porque bueno, eso era una esperanza, ¿no?

—Luca, sabíamos que esto iba ser así… Ya encontraremos una forma de hacerlo menos frustrante. —Apretó el volante, sin verme.

—Ruego por encontrar una solución… Baños helados o liberar mi sobrecarga de energía funciona cada vez menos —confesó medio bromeando, aunque supe de inmediato que era cierto.

—Nos sumergiremos en hielo si es necesario o podemos ir al Polo Norte, te robo un beso y ya —propuse con simpleza, intentando hacerlo sonreír. Me miró enseguida como evaluando lo que acababa de decir—. Lo de sumergirme en hielo ni lo pienses —protesté—. Por muy caliente que seas, me daría hipotermia. Aunque lo otro sí es una opción —admití torciendo los labios. Negó sonriendo.

—Eres imposible, pero me agrada tanto tu cabeza.

—Me lo dices todo el tiempo. —Le recordé divertida. Quizá si tomaba en cuenta mi idea, podía ser una opción. De sólo pensar en esa boca sobre la mía… ¡Dios! Hacía combustión.

—Y lo más preciado de mi existencia. —Dejé de sonreír. Me miraba de esa forma que me dejaba mal, hiperventilando, alucinando—. Y sé que es así porque aun sin poder tocarte te siento, porque cada minuto sin ti es eterno y porque lo que pudiera ser un defecto en cualquier persona, en ti me parece adorable, me haces querer ser mejor… siempre.

—Luca… tú también lo eres, y lo sé porque cuando estoy a tu lado, soy lo que quiero ser, lo que siempre fui. Porque me gusta en lo que me convierto contigo y porque ya no puedo imaginarme una vida sin ti, sin tus ojos, sin tu voz —murmuré con dulzura.

Nos miramos durante varios minutos absorbiendo lo que acabábamos de confesarnos, porque no hacía falta decirnos más si con eso lo decíamos todo. Con nuestras palabras, con nuestras risas, con nuestros momentos juntos, con lo complicado y atípico de todo lo que nos ocurría, de alguna manera habíamos logrado ir más allá, donde el tacto no podría, donde los sentimientos no se confundían.

Luca había llegado justo en medio de mi alma, y yo de la suya, si es que la tenía.

—Te veo arriba —habló rompiendo a tiempo el deseo en nuestros ojos.

—No tardes —susurré.

—En quince minutos, ¿está bien? —preguntó. Asentí y me bajé.

Llegó justo cuando dijo. Sonreí al verlo, en tiempo récord me había alistado y lo cierto es que tenía sueño.

¿Mañana pasarías el día conmigo?

Asentí suspirando gracias a aquellas caricias que, aunque no sentía, me adormilaban.

Paso por ti a las once, di que tenemos que acabar el proyecto.

—Sí, eso diré —respondí más dormida que despierta. Sonrió.

Lleva una chamarra y ropa cómoda.

Fue lo último que escuché.

Por la mañana, la alarma de mi celular sonó a las 10. Pestañeé confundida, no recordaba haberla puesto. La apagué suponiendo que él lo había hecho. Un aviso en la pantalla llamó mi atención.

«Te veo en una hora, mi Luna».

Sonreí sintiéndome en una nube. Me bañé deprisa y me vestí recordando sus indicaciones. En cuanto acabé, decidí bajar a engullir algo, no aguantaría mucho con el estómago vacío.

Bea estaba ahí jugando con su celular, mientras Aurora le daba instrucciones a Rita sobre algo. Mi hermana, al notarme, me sacó la lengua, yo a ella y así comenzamos nuestro infantil juego. Aurora rodó los ojos.

—Me parece increíble que con esos comportamientos de bebé hayas conquistado a un chico como Luca. Anda, cuenta cómo le hiciste —me preguntó Aurora, bromeando, al tiempo que me servía tres *hot cakes* con chispas de chocolate y miel.

—Sí, Sara. Luca parece actor de cine —secundó mi hermana, repentinamente interesada.

—Para que vean —me burlé alzando las cejas, llevándome un trozo a la boca, deleitada.

—Fuera de broma, ya sabes lo que pienso, eres una joven muy especial, mereces todo lo que quieras, pero sí debo admitir que cuando lo vi me quedé en *shock* —dijo mi nana, avergonzada.

—Te vi, casi tengo que recoger tu quijada del piso.

—Dios, qué pena… Pero no me lo esperaba, está realmente guapo.

—Sí, demasiado —completó Bea—. Además, te mira de una forma… —Silbó recargando la barbilla en sus brazos.

—Sí, definitivamente está muy enamorado de ti —dijo la mayor. Bajé la vista, sonrojada. Sí, ambos lo estábamos por raro que lo pareciera, por muy rápido que fuera.

Llegó tan puntual como siempre, mi hermana y Aurora se pelearon para abrirle, las dejé riendo. Una vez solos, le conté lo que me habían dicho, sólo sacudió la cabeza, sonriendo desconcertado.

—¿Ya me dirás a dónde vamos? —chismoseé. Negó y manejó rumbo a su casa—. Luca… —le supliqué ansiosa, con voz quejosa.

—Ya lo verás, Sara, sólo espero que te guste —meditó. Refunfuñé fijando la atención en el exterior.

Se estacionó dentro de su cochera. Bajé desconcertada.

—¿Aquí es la sorpresa? —insistí. No respondió, andaba muy misterioso.

—Sígueme, vamos a mi recámara. —Enarqué una ceja. Se dio cuenta de por dónde iban mis pensamientos. Se frotó el rostro, negando. Está bien, quizá ya parecía una acosadora, pero es que no es fácil vivir así.

—Sara, ojalá fuera eso que estás pensando, pero creo que es menos… excitante, aun así, espero que te guste. —Seguí intentando ocultar mi decepción. Llegamos a su habitación directamente.

—¿Y los demás? —pregunté cuando cerraba la puerta.

—Jugando en la sala de televisión —soltó como si fuese de lo más normal, no pude evitar reír.

—De nuevo ¿«demasiado normal»? —notó. Asentí arrugando la nariz —. Lo sé, pero cuando Hugo se enfrasca en esos juegos, puede durar horas, y Florencia es algo competitiva, por lo que están ahí toda la mañana.

—¿Y tú? ¿Qué haces cuando eso pasa? —lo cuestioné, vagando por ahí mientras él tomaba unas cosas de su mesa de noche y las guardaba en su chaqueta oscura.

—Yo leo, salgo a conocer, a veces juego con ellos, aunque no somos buenos perdedores, ninguno —admitió sonriendo. No los lograba imaginar haciendo eso, sonaba tan simple y tan… él.

—Ahora, ven aquí. —Lo miré confusa—. Ven… —insistió extendiendo su brazo. Me acerqué sin comprender—. Dame la mano. —Enseguida recordé cómo habíamos llegado a la barranca hacía unos días, me había pedido exactamente lo mismo.

—¿A dónde iremos?

—Dame la mano y sabrás. —Me acerqué más a él y le di la mano cerrando los ojos, sin saber por qué—. Ya llegamos —susurró, soltándome. Abrí los ojos y di una ojeada a mi alrededor, no reconocí dónde nos hallábamos y, obviamente, no había sentido absolutamente nada.

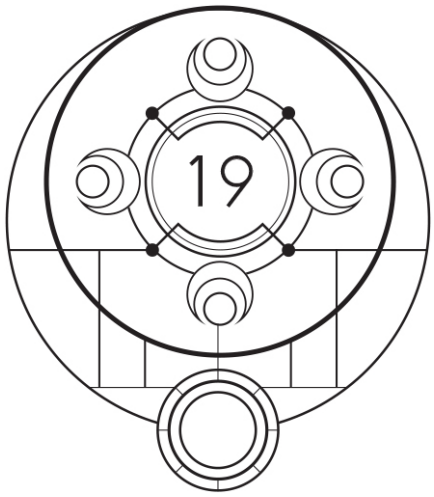
Era una especie de callejón sin ventanas, alrededor había edificios de ladrillo. El cielo estaba algo nublado, gris, y ese olor… Mi mente se llenó de destellos, de momentos.

—¿Qué es esto? —pregunté nerviosa, percatándome de los contenedores de basura y las puertas traseras de algún restaurante que conectaban con ese lugar.

—Ven, sígueme —me pidió.

Caminamos fuera de la callejuela, uno al lado del otro. Estaba realmente intrigada, lo cierto era que había algo en el ambiente que me resultaba absolutamente familiar.

En cuanto puse un pie sobre la acera, quedé paralizada, llevándome las manos a la boca, con los ojos bien abiertos. Los edificios, la calle adoquinada, los restaurantes… estábamos en Gastown, en Vancouver. Mi piel se erizó y mi mirada se nubló. No era posible. Mi hogar.



Me volteé hacia él, atónita.

—Luca… Dios.

—Veo que ya reconociste. —Señaló, mientras me evaluaba. Asentí, contemplando el lugar. El reloj de gas estaba a una cuadra, así como el restaurante que tenía un vagón por dentro al que tantas veces habíamos ido con mi madre.

—Es imposible —musité.

—No para mí. Estamos aquí, hoy tú serás mi guía. Enséñame el lugar, necesito conocerlo, conocerte más —susurró en mi oreja, provocando en mí una intensa oleada de ansiedad y deseo. Giré lentamente, mordiendo mi labio.

—Hace tanto tiempo… No creí que esto fuera posible. Gracias —logré decir controlándome, sonriendo ante su gesto expectante y plagado de ternura.

—Luna, me alegra hacerte feliz.

—Lo estoy… y mucho —acepté feliz, anonadada. Ese lugar encerraba mi esencia, mi pasado y todo lo que fui. El clima sobre mi piel, los olores, la salinidad del ambiente que ya no recordaba, pero que en cuanto entró a

mi sistema pude sentir adherirse a cada parte de mis pulmones, que ahora estaban eufóricos.

Me tendió de pronto un gorro y unas gafas, él se colocó una gorra y también cubrió sus ojos.

Precauciones.

No objeté, me los puse de inmediato al igual que la chamarra. El clima era fresco, y a esas alturas ya no estaba del todo acostumbrada; Guadalajara es más bien cálido, además, si alguien de mi pasado me reconocía ciertamente sería un gran problema.

Avancé excitada, con una adrenalina desconocida viajando por toda mi piel. Anduvimos por la calle principal, no paré de señalarle todo, de narrarle alguna anécdota permeada de alguna añoranza abrasadora.

Los recuerdos se mezclaban con mi presente de una forma irreal; los aromas tan particulares, los lugares, el idioma, las calles, todo me hacía sentir nuevamente de catorce años; aun así, era exageradamente consciente de su presencia y de que me observaba atento a cualquier cambio de humor, por lo que logré permanecer en un estado de alegría y excitación a pesar de sentir a mi madre más presente que nunca y de añorar lo que pudo haber sido si no hubiese pasado «aquello».

Anduvimos por Chinatown y el Downtown, eran sitios llamativos, asombrosos, llenos de bullicio y de vitalidad. Más tarde compró pasajes para tomar el ferri y poder llegar a Grandville, cerca de donde yo vivía. Le mostré la escuela donde cursé los primeros años de *middle school*, una construcción dentro de la ciudad que no se encontraba tan lejos de mi antigua casa. Vimos el Yellow Market en el que solíamos ir a comprar víveres, o comíamos para después pasear por los muelles, riendo.

Existían cientos de detalles que recordaba con facilidad.

—Quiero saber dónde vivías —pidió con voz ronca, noté que me miraba a través de esas gafas que le quedaban impresionantes. Parecía satisfecho con la naturalidad con la que me movía por las calles y recovecos de Vancouver. Apareció de inmediato aquel nudo en la garganta, aun así, acepté.

Hacía tres años que no estaba ahí y yo también tenía curiosidad de saber el estado de la que solía ser mi casa. Mi padre la había alquilado en

cuanto nos mudamos y no la había vuelto a ver.

Quedaba a unas cuadras de la playa, podía llegar a ella con los ojos cerrados. Avanzamos en silencio, mientras yo no perdía detalle de nada a mi alrededor.

En cuanto la tuve frente a mí, sentí escocer las lágrimas.

Aún permanecía pintada de blanco. Era como si nada hubiese cambiado, sólo algunos adornos del exterior y los autos estacionados en la entrada. Pero en general era igual; un jardín al frente bien podado y decorado, en medio y justo frente a la puerta, un pequeño camino de grava roja serpenteado por flores de diferentes colores que mi madre se dedicaba a mantener vivas los meses del año que eso era posible debido al clima. La cochera abatible del lado izquierdo y la construcción de dos plantas se extendían frente a mí, haciéndome recordar todo lo que ahí había vivido y lo feliz que fui.

Apreté los puños, absorta, perdida en muchísimas sensaciones que cada detalle me evocaba.

—Es muy bonita —aceptó a mi lado, estudiando mi reacción.

—Está igual… —susurré admirándola.

—¿Extrañas mucho?

Lo miré intentando sonreír, nerviosa. Los recuerdos aparecían uno tras otro sin detenerse, turbándome.

—Crecí aquí y… fuimos felices —susurré.

Se acercó a mí y tomó un rizo entre sus dedos, serio. Era evidente que esperaba esta reacción en mí, se movía con cuidado, lento, como si no deseara asustarme, ni sacarme del trance en el que me hallaba.

—¿Ya no lo eres? —preguntó. Bajé la vista, respirando con torpeza.

—Ahora, sí —declaré con absoluta convicción volviendo a posar mis ojos en los suyos. Sonrió, ladeando su hermoso rostro. El aire despeinaba los rizos que se escapan de su gorra, mismos que acariciaban sus cejas espesas, incrementando el poder que sus ojos tenían sobre mí pese a la muralla que medio los ocultaba.

—¿Estás bien? —Quiso saber intrigado.

—Sí, gracias por esto.

—Sara, no hay nada que no haría por ti.

Nos miramos con una intensidad eléctrica, magnética, nada existía salvo esa unión que se daba al juntar nuestras vidas. Era como si lo pudiese sentir, vibrar o tocar.

Mis labios se secaron, los de él también; se los humedeció sacando apenas su lengua y pasándola por ellos de una manera que me dejó deleitada. Permanecíamos así varios minutos, ahí, frente a la que solía ser mi casa.

—¿Vamos a la playa? —preguntó casual, cuando un chico en bicicleta pasó al lado de nosotros y rompió el contacto. Asentí; estaba perdidamente enamorada de él.

Caminamos uno al lado del otro, por varios minutos. La gente paseaba a sus animales, jugaban *frisbee*, o simplemente estaban tumbados sobre la arena conversando o leyendo.

Nos sentamos en un lugar no tan concurrido, a varios metros del mar, en la arena.

—Luca… esto jamás lo voy a olvidar.

—Eso espero —admitió absorto en el romper de las olas, se había quitado los lentes, supongo que hasta cierto punto lo incomodaban, no sé. De inmediato captó mi atención cómo el líquido que encerraba en sus ojos, en ese momento verde limón, se movía a la par de ellas. Lo observé atenta, asombrada, era increíble—. Cuéntame de tu padre, es un poco serio —comentó bajando la vista para jugar con la arena de manera hipnótica. Pestañeé saliendo del trance.

—No hay mucho que decir, no tenemos una buena relación desde hace algún tiempo —confesé. Me observó, asintiendo, pero sin mostrar alguna emoción.

—¿Y con Bea? Me cuentas cosas de ella, pero ¿cómo es su relación? —indagó. Sonreí de inmediato al escuchar su nombre, relajándome.

—Ella… ella es genial, es divertida, inteligente, no sé qué sería de mí si no existiera.

—Suena a que la quieres mucho.

—La adoro, haría lo que fuera por mi hermana —reconocí recordando sus rizos y su frescura. Alcé el rostro y absorbí todo aquel olor salino de golpe.

—¿Por qué se mudaron a Guadalajara?

Sabía que esa pregunta llegaría algún día, sin embargo, aún no me sentía preparada para contestarla con la absoluta verdad, incluso no sabía si algún día llegaría a estarlo en realidad.

—Mi papá así lo quiso cuando… mi madre murió. —No lo encaré, perdí la vista en el horizonte por miedo a que leyera la verdad en mis ojos. Junté mis piernas con los brazos, con el dolor de nuevo rondando mi mente. Los recuerdos, de por sí presentes, me aplastaron, tanto que no pude evitar que se escapara de mis labios un gemido al evocar todo aquello.

—¿Él nació aquí? —asumió, supuse que por su físico. Asentí—. Y tu madre… ¿cómo se llamaba? —Recordarla estaba abriendo las heridas, sangraban.

—Elisa.

—No quieres hablar de eso. ¿Cierto? —Comprendió. Giré hacia él, negando con sinceridad. Sonrió dulcemente—. Entonces cambiemos de tema. Apuesto que ese fiero estómago tuyo ya tiene hambre. —En cuanto lo dijo me di cuenta de que así era. En el horario de Guadalajara ya eran las tres de la tarde, aunque ahí eran casi la una.

—Ahora que lo dices… —admití serenándome, agradeciendo en silencio que no preguntara más. Me puse de pie esperándolo—. Te voy a llevar a comer los mejores hot dogs —alardeé. Me miró incrédulo y con cara de fingida tortura, arrugando la nariz—. Vamos, no seas quisquilloso, Luca. —Me siguió resignado.

Más tarde fuimos al acuario, que en lo personal me encantaba; después paseamos por Stanley Park, que era el parque urbano más grande de Canadá y donde acostumbraba pasar tardes enteras patinando. Amaba ese lugar, sus senderos, el par de lagos que tenía, el área de los tótems, me lo sabía de memoria.

Cuando terminamos de ver un poco de mi ciudad, tomamos el ferri a Victoria, una isla muy pequeña a quince minutos de ahí. Era bellísima y se podía recorrer en menos de una hora, por lo que sin demora aprovechamos lo que quedaba del día en medio de risas, persecuciones y bromas.

Me sentía feliz a su lado, burbujeante.

A las nueve ya no podía más. Me recargué en una barda de piedra que daba al mar, justo frente al Parlamento, una construcción antigua, muy hermosa que a esas horas solía estar estratégicamente iluminada logrando dar la impresión de haber salido de un cuento.

Me perdí en el iluminado horizonte, extasiada.

—Creo que ya fue mucho por hoy —expresó a mi lado. El aire soplaba un poco más frío, su cabello negro se despeinaba de una forma incitadora mientras me miraba satisfecho, ambos ya sin gafas, él sin gorra—. Es hora de volver —anunció con voz suave, dulce.

Arrugué el gesto decepcionada, haciendo un leve mohín. Sonrió, absorto en mi expresión: al final, asentí.

—Gracias, Luca… —Sin poder contenerme elevé la mano lentamente hasta él. En todo el día el contacto fue nulo, mis dedos cosquilleaban suplicándome hacerlo, urgidos, ansiosos. Él me miró con los ojos aceitunados, pronto se volverían ámbar. Con cuidado coloqué las yemas de mis dedos sobre sus labios delineados, perfectos. Aspiró mi aroma. Sentí su piel cálida bajo mi tacto—. Eres mi vida —declaré extasiada por lo que mi contacto provocaba en su ser, asombrada por mis palabras que de alguna manera encerraban más de un significado. ¿En qué momento ocurrió aquello que parecía ser una arrolladora verdad?

—Y tú la mía, Sara —habló sobre mis dedos y pude sentir su aliento en ellos. Mi piel se erizó, mi corazón dio un vuelco estruendoso, casi doloroso, mis labios se sensibilizaron tanto que sentía pequeños calambres ir y venir. Mi vitalidad, como decidí llamar a esa marea dentro de mí, pujó, pujó con una fuerza aterradora, furiosa, quería que no parara. Quité la mano sonriendo y me la llevé a la boca sin soltar esos iris que me atrapaban—. No me mires así… —suplicó respirando agitado.

—¿Cómo? —pregunté con ingenuidad, perdida en la electricidad del momento.

—Así… como si me invitaras a realizar de una vez lo que tanto deseo tengo de hacer, sin que te importen las consecuencias.

—A veces creo que no me importarían —confesé. Se alejó un paso, abatido, agitado. Veía como su ancho pecho subía y bajaba de manera discorde.

—Recuerda lo que me prometiste.

—Lo sé, Luca, no me acercaré, ni haré algo estúpido, pero te deseo y eso no lo puedo evitar.

—No sé si… —no terminó la frase y giró hacia el mar, ansioso, con la espalda recta. Sus puños estaban herméticamente cerrados, su mandíbula tensa.

—¿Qué, Luca? ¿No sabes qué?

Juntó sus manos sobre la barda y recargó ahí la frente, encorvando así su asombroso cuerpo. Esperé temblorosa.

—No puedo condenarte a esto —dijo al fin sin mirarme. Sentí mi sangre hervir y tuve pánico de que me dejara—. No lo mereces.

—¿Te estás… arrepintiendo? —Quise saber nerviosa. Mi corazón se atascó justo en mi garganta. Pestañeé atemorizada. El miedo me recorrió desde los pies hasta terminar en mi cabeza, zumbando en mis orejas.

Se levantó y me observó sonriendo sin pizca de alegría.

—Nunca, Sara, pero me duele no poder darte lo que deseas.

—Tú también lo deseas. No soy la única que se queda con las ganas. —Le intenté hacer ver contrariada, tensa aún.

—Sí, pero ésta es mi realidad, éste no es mi mundo y esto no debía estar pasando. Sin embargo, en tu caso es diferente, sé que si no hubiera venido aquí tú estarías con alguien más y… no tendrías que pasar por esta penosa situación.

—Deja eso —supliqué con la voz quebrada.

—Sara, es la verdad.

—¡No puedes hacer lo que hiciste hoy por mí y luego decirme esto! ¡No puedes! No te permito que opaques uno de los momentos más hermosos de mi vida, porque sólo tú pudiste hacerlo realidad por lo que eres —manifesté esto último con un hilo de voz apenas audible. Ladeó el rostro, observándome con atención.

De pronto, con una lentitud inaudita, acercó su mano hasta mi mejilla, vacilante, con la mirada cargada de anhelo. Me acarició suavemente con el dorso.

—Eres tan increíble, tan tú. No acabaré con esto, Sara, definitivamente no soy tan maduro y abnegado, sólo quería darte otra oportunidad.

—No lo hagas, no vuelvas a hacerlo, me duele —revelé sintiendo cómo el peso en mi pecho se desvanecía con sus palabras.

—Lo siento, Luna, pero a veces no sé manejar tanto.

—Yo tampoco, pero juntos, Luca, siempre juntos.

—Sí. No sé cómo, pero cumpliré con esta promesa.

Lo seguí hasta un lugar muy similar al que habíamos llegado horas atrás. Le di la mano sonriendo en cuanto me tendió la suya. De repente ya estábamos en su recámara, la luz tenue de la mesilla de noche me sobrecogió al igual que el cambio de clima. Dejé salir un suspiro examinando a mi alrededor.

—¿Qué hora es?

—Las doce. —Me recosté en su cama dejando que mi torso descansara sobre sus cobijas.

—Estoy muerta —admití cerrando los ojos.

—¿Quieres que te lleve? —Me levanté como un resorte, negando. Sonrió complacido—. Eres imposible.

—No quiero que este día termine —manifesté aun sin poder creer que hubiera ido y venido de Vancouver en un lapso menor a doce horas. Era asombroso.

—Ven, vamos afuera, aquí no creo que sea muy buena idea estar —aseguró. Lo seguí, tenía razón.

Caminamos por el enorme jardín lleno de flores que aromatizaban hasta el borde de la alberca. Me senté en una de las tumbonas de hierro forjado que estaban ahí cuidadosamente alineadas, fijando la vista en el agua azulada, transparente.

—Fue increíble, Luca.

Él se recostó en la de al lado; dejó escapar un suspiro.

—Sí, lo fue.

—Luca… —Me acomodé de manera que pudiese verlo, cruzando las piernas, jugueteé con mis dedos. Me miraba relajado y esperando saber qué le diría. Un sonrojo llegó hasta mis mejillas. Era raro lo que preguntaría, pero estaba decidida a saber más, ya nada me detendría—. ¿Cómo se llama el planeta de dónde vienen? —indagué. Alzó las cejas, realmente alegre, mostrándome sus enormes dientes blancos.

—Creí que jamás lo preguntarías —confesó entusiasmado. Sonreí entornando los ojos, esperé expectante.

Zahlanda.

—¿Zahlanda? Qué nombre tan extraño —musité, repitiéndolo una y otra vez en mi cabeza.

Tener al fin un nombre lo hacía todo aún más real, lo extraño es que mi curiosidad aumentó en ese mismo instante pese a no poder acomodarlo del todo en mi cabeza. Crecí con la idea de un sistema solar, memorizando los planetas y demás, era impresionante comprender que tenía frente a mí a un ser proveniente de un lugar tan lejano que ni siquiera sabíamos que existía.

—Significa «esencia de fuego».

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —Deseé saber. Asintió divertido, sin levantarse. Tenía uno de sus brazos cruzado por detrás de la cabeza y el otro descansando relajado sobre su abdomen, se veía tan natural, tan humano y, a la vez, tan fantástico.

Sacudí la cabeza deshaciéndome de esa ansiedad que tenía por tocarlo, por averiguar lo que era sentirlo. Me entretuve entrelazando las agujetas de mis tenis unas con las otras, buscando alejar de mí esos pensamientos.

—Lo que quieras…

—¿Cómo es? No me lo puedo imaginar, dices que son energía. ¿Hay construcciones? ¿Casas?

No como tú las concibes. Si fueras, que es literalmente imposible por el calor que ahí existe, no verías nada salvo tonos violeta por doquier, incluso la superficie es de ese color.

Está bien, no, no pude imaginarlo. Se colocó de lado y recargó su peso en un codo, doblando una de sus grandes piernas.

Pero lo que yo veo es diferente… Existen divisiones territoriales muy claras para nosotros, un lugar específico para habitar. Nos diferenciamos por jerarquías. Cada uno nace en un núcleo específico y tus obligaciones tienen que ver directamente con ello. Las diferentes tonalidades son las que nos dicen todo.

—¿Nacen? —pregunté aún perdida, ideando la forma de ordenar eso en mis archivos mentales, unir la poca información que tenía con esta nueva.

—Intentaré explicártelo… pero si no me sigues, me detienes. ¿De acuerdo? —pidió. Apoyé los codos sobre mis piernas y mi barbilla en las manos.

Ya te había dicho que los… zahlandos nos fundimos.

Acepté, recordándolo.

Bueno, nosotros, bueno, nuestra energía al fundirse, se hace una… No se diferencia. ¿Me explico?

—Creo —arrugué la frente.

Quiero decir que cuando una zahlanda elige a un zahlando, y éste la acepta, se hacen literalmente uno, una misma energía, ya no dos.

Enarqué las cejas asombrada.

Y de esa energía, con el tiempo, se genera una nueva.

Prosiguió, a la par que evaluaba mis reacciones ante sus declaraciones.

—Un hijo —susurré impresionada.

Algo así… Pero sólo puede ocurrir una vez por pareja, por lo que nuestro planeta tiene una población abundante, pero no como la suya, a pesar de ser cinco veces más grande que la Tierra.

—Guau. O sea que hay géneros; hombre y mujer —comprendí. Asintió.

—Es el equilibrio para reproducirse, hay energía femenina y masculina como tal y se reconoce sin problemas, pero no con la carga de estereotipos como aquí, ambos son iguales, eso no nos determina socialmente hablando, sino nuestra jerarquía, la importancia de nuestra labor para el pueblo.

—Y son tan calientes porque están muy cerca de un sol… Supongo.

Sí, pero no uno como tú lo piensas. Es un astro violeta, por eso el color de mi planeta; sus radiaciones son tres millones de veces más directas y fuertes que las de tu sol.

—¿Con la radiación de un volcán es suficiente? —Quise saber agobiada.

Sí… y no. Sí, porque durante un año más o menos no necesitamos más, sin embargo, si tuviéramos en nuestro organismo la radiación que obtenemos de nuestro planeta no podríamos vivir en este lugar. Digamos que al adoptar estos cuerpos, la energía y la radiación de mi verdadero

ser se adecua para poder adaptarme al medio sin quemar de inmediato lo que toco, mi ropa, mi propia piel, todo… No obstante, como mi esencia es el calor, necesita ser alimentada para que no me extinga.

Por unos segundos callé intentando situar, en algún lugar de mi cerebro, todo lo que estaba escuchando. Fue difícil, así que continué con la siguiente pregunta.

—Cuando me salvaste… ¿A dónde fuiste al día siguiente? ¿Por qué parecías de repente tan cansado?

—Eso de despistada es un gran mecanismo de defensa —inquirió con seguridad. Entorné los ojos, frunciendo los labios.

Porque me «descargué». Puse toda mi energía en salvarte y no matarte. Fue como si mi «batería» hubiera quedado en «muy baja» en cuestión de segundos. Por eso pude estar tan cerca de ti aquella noche. Te di casi toda mi energía.

Me recosté en la tumbona absorbiendo la nueva información con la mayor tranquilidad posible. No quería un caramelo, o tener náuseas, deseaba comprender con calma e irlo asimilando. No había nada de qué temer, o por lo menos eso pensaba.

Observé el cielo despejado, la luna brillaba alta y proyectaba luz blanca sobre ciertas plantas.

—¿Ya habían hecho algo así antes?

No sabíamos que era posible.

—¿No entiendo? Entonces, ¿por qué? —Giré hacia él, confundida. Hugo me lo dijo, pero no comprendía.

No lo sé, sólo sentí que debía hacerlo, que podía hacerlo… No lo pensé… empujé mi energía hacia ti. Era como una necesidad apremiante, como una manera de salvarme a mí mismo. —Me observó esperando alguna reacción. Sonreí. Una rareza más a todo esto, pero no me detendría.

—Florencia dijo que gobernarían juntos Hugo, ella y tú —musité. Sacudió la cabeza ante mi cambio de tema.

Es complicado y no tiene que ver con lo que tú conoces. Nosotros no tenemos poder individualmente, si de eso se diera cuenta el humano las cosas para ustedes serían muy diferentes. Yo soy parte de un «Triángulo de

poder», Hugo es la cabeza, Florencia y yo los extremos que lo sostienen. Cada uno tiene una función y es insustituible.

Lo miré, atónita. Él observaba el cielo oscuro perdido en sus pensamientos. Un cosquilleo molesto apareció justo en mi tráquea, pasé saliva para disiparlo, no se movió. Tranquila, tranquila, me repetí.

—Sin ti… ¿pueden ellos…? —No pude terminar de decirlo.

No, somos dependientes. Florencia es la espiritualidad, Hugo el líder en el que recae la fuerza y la seguridad de los nuestros, y yo… yo soy el encargado de que la operatividad de todo se lleve a cabo, soy como una especie de «departamento de inteligencia y estrategias», pero más complejo porque yo soy quien ve por los míos de una forma más directa.

¡Oh, Dios mío! Contuve las ganas de cubrirme los labios ante semejante declaración. Quizá el caramelo sí me ayudaría. Respiré varias veces con disimulo, aunque sabía que él se percataba de mi estado.

—Eso suena muy importante, Luca. —Una punzada de culpa creció en mi interior, una muy grande.

Para eso nací y para eso me instruyeron. Es lo que sé hacer, es para lo que fui diseñado: control, planeación, estrategia, protección, antelación.

Su voz se percibía plana, sin vida, aun así, me sentía un tanto histérica.

—Luca, no decidas nada, te lo suplico, no ahora. Escucha, soy una humana. Digo… No creo que valga lo suficiente como para que te hagas esto, menos si falta tanto tiempo, deja que las cosas fluyan y ya veremos —respondí asombrada, aterrada también. Notó mi actitud, me miró fijamente, sin dudar.

Sara, mi pueblo ha sido muy soberbio. Siempre nos hemos considerado superiores a cualquier especie. Hemos estado entre muchos seres, en muchos planetas, hemos igualado sus cuerpos y sus formas de vida con tal de preservar nuestro poder y fuerza. Pero algún error, algún día, tenía que ocurrir. No podemos controlarlo todo. Ustedes tienen su forma de vivir, de creer, de sentir, y estábamos seguros de que, aunque estuviéramos en un cuerpo como el suyo, viviendo de su cultura… nada nos impregnaría ni nos influiría. Nos equivocamos, nos equivocamos de una forma atroz, y por más justificada que estuviera nuestra estancia en este mundo… —se sentó con la mirada gacha y acongojado, juntando sus manos—, *jamás nos*

imaginamos lo que aquí encontraríamos y mucho menos que pudiéramos sentirlo. Son compasivos y egoístas, sentimentales y demasiado racionales, creen en la familia como un núcleo de poder y la protegen con su propia vida si es preciso, casi por instinto. Su dualidad es embriagadora y aterradora, sienten cosas con las que no estamos familiarizados y que no entendemos; y sin embargo, son más fuertes que nosotros por todo eso… Por eso no pude evitar enamorarme de ti.

Escuchar lo último me dejó en *shock*. Inhalé y exhalé de nuevo, necesitaba relajarme, comprender.

—¿Por qué están aquí? —Quise saber ahora muy intrigada, urgida. Resopló con aspecto cansino.

Porque nos estamos refugiando.

—¿Los persiguen? —deduje incrédula.

Los zahlandos somos, como ya te dije, una especie fuerte y envidiable, tenemos muchos enemigos que darían todo por estar en nuestra posición y tener lo que tenemos. Hay cierta edad, de los dieciséis a los diecinueve, que es la más vulnerable y delicada, sobre todo en nuestra posición. Cualquiera de esas criaturas, si logran tenernos, pueden absorber toda nuestra energía en un segundo y extinguirnos, es por ello que durante miles de años a esta edad nos refugiamos en diferentes lugares. Los tiempos cambian y las especies también, nos entrenan en nuestro planeta para lo que haremos cuando regresemos y para adaptarnos a cualquier tipo de vida. Yo no supe que vendría aquí hasta que llegamos los tres y nos fue destinado Yori como guardián.

—Él, ¿cuánto tiempo lleva aquí?

Desde hace casi un siglo de tu tiempo. Los Guardianes a eso se dedican; van, exploran el mundo que se les asigna. Lo viven y preparan todo para que nosotros, los «Triángulos», lleguemos y vivamos el tiempo que se nos designó sin problemas y completamente protegidos.

—¿Cuánto tiempo vive un zahlando?

Ochenta años, después nos extinguimos; unos más otros menos, pero ése es el promedio.

—Pero multiplicado por veinte, ¿verdad? —recordé. Asintió sonriendo. Hice la operación en mi cabeza.

Mil seiscientos años, Sara. Prosiguió mirándome con cautela.

—Increíble… es demasiado.

Para ustedes, para nosotros es normal.

—Y ¿se pueden fundir a cualquier edad?

No, de los diecisiete a los veintiuno.

—¿Y si no lo hacen? Quiero decir, a ustedes ya les quitaron dos años.

Eso no sucede, todos los zahlandos se funden. Aceptó críptico.

—Luca, ¿ése es tu nombre? —indagué ya muy curiosa. Negó mirándome abatido, apretando los dientes—. ¿Puedes decirme cuál es? —continúe dándome cuenta de que no pensaba hablar.

Sara, no quiero confundirte más, para ti soy Luca y siempre seré Luca…

—Pero quiero saber, lo prometiste —supliqué notando su hermetismo.

Si te lo digo me veras como dos seres independientes y yo soy esto que ves, aunque suene absurdo después de todo lo que te he contado.

—No me lo dirás —comprendí decepcionada.

Te lo diré el día que me digas por qué la mirada de tristeza que a veces sueles tener.

—Eso es chantaje —expresé ofendida.

—No, es intercambio de información, nada más. —Ahora me miraba expectante.

—Luca, no puedo —susurré mirando el reflejo de la luna en el agua. No, no me sentía lista en lo absoluto, menos después de lo vivido ese día.

Esperaré y cuando me lo digas… te diré mi verdadero nombre.

Suspiré resignada.

Él no cambiaría de opinión, eso era evidente y yo no quería decepcionarlo. Ninguno de los dos dijo más. Nos tumbamos cada uno en su camastro perdiéndonos en nuestros pensamientos y en la noche. De repente, se puso de pie.

—Es hora, Luna —anunció. Arrugué la nariz, quejosa, no deseaba irme —. No quiero que tu padre me odie —admitió sonriendo de forma pícara.

Me levanté y caminé rumbo a la cochera, desganada.

Cuando llegamos a mi casa, me giré para abrir la puerta sintiendo que mi cabeza estaba completamente desconectada de mi cuerpo, como

flotando. El peso del día iba cobrando su factura, sobre todo por la emocionalidad que lo permeó todo.

—Sara… —me llamó con ternura. Lo miré somnolienta. —Sé que no fue fácil escuchar todo lo que te conté, pero es como si me hubiera liberado. Gracias.

—No puedo evitar sentirme un poco fuera de la realidad, pero a mí también me gustó saber más de ti. Aunque aún tengo preguntas —confesé evaluándolo.

—Es normal, y las contestaré.

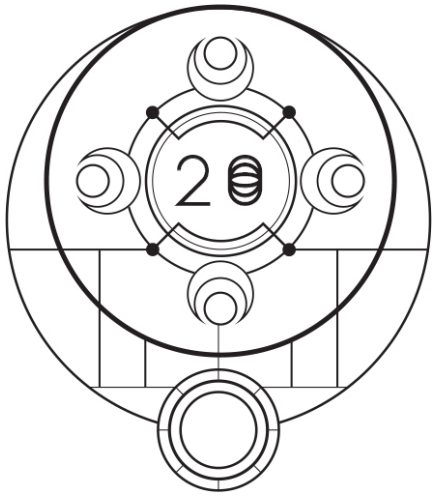
—No todas —le reclamé entornando los ojos.

—Sólo ésa no y eso mientras tú no contestes la mía. —Me recargué en el asiento, frustrada.

—Debo irme, ¿subirás?

—Te veo en, ¿quince?

—En quince —repetí cerrando la puerta, sonriendo.



Abrí los ojos a las doce del día. Mi mirada viajó por la habitación, las cortinas estaban cerradas, parecía que el sol no había salido.

Me tumbé de espaldas recordando todo lo ocurrido el día anterior, suspirando.

Lo quería, de eso no tenía duda, a él y a lo que era. Esa esencia recién descubierta que viajaba en mi cuerpo a veces indómita, a veces dócil, lo reclamaba, lo exigía. Era algo inexplicable y aterrador al mismo tiempo; aun así, no podía permitir que decidiera nada basado en lo que vivíamos, no era justo, no era lo correcto. Todavía había tiempo, no teníamos que tomar decisiones.

Cerré los ojos sintiéndome en un laberinto del que no había salida, llena de agobio y sentimientos contradictorios.

Me bañé, después me puse un pantalón holgado de algodón. Ordené mi habitación sintiéndome fuera de lugar en aquella casa que siempre me había regalado tranquilidad y, hasta cierto punto, felicidad.

Mi padre y Bea jugaban ajedrez sobre la mesa de la cocina. Al entrar, ambos me miraron inquisidores, supuse que por la hora. Les sonreí fingiendo demencia.

—Buenos días —susurré, mientras abría el refrigerador.

—Buenas tardes… —me corrigió Bea, riendo. Saqué leche y la vertí en un tazón para tomármela con cereal; le saqué la lengua.

—Saliste todo el día —apuntó mi padre moviendo una pieza en el tablero.

—Sí, tenía que hacer un trabajo de la escuela.

—¿Con ese chico? —preguntó enarcando una ceja, serio. Bea me miró comenzando a angustiarse por lo que probablemente pasaría entre él y yo.

—Luca, se llama Luca —le recordé. Asintió, evaluándome mientras yo me servía las hojuelas—. Y sí, estamos juntos en un proyecto. —Me dirigí a la salida intentando evitar un problema, lo mejor era encerrarme en mi recámara.

—Espera un segundo. —Me detuvo autoritario—. Bea, sube y guarda esto… Más tarde continuamos —dijo. Apreté los dientes girando hacia él. No, no quería una discusión.

Mi hermana no le hizo caso y me miró suplicante. Le sonreí intentando tranquilizarla, yo tampoco estaba deseosa de una confrontación, menos en ese momento.

—Hay algo que quiero mostrarte. —Estaba más molesto que de costumbre y no comprendí por qué, apenas si lo había visto. Por otro lado, jamás le había molestado, ni siquiera importado, con quién salía ni a dónde. No comprendía su cambio de actitud.

Pasó a mi lado y se dirigió al comedor, lo seguí dejando mi tazón en la mesa de la cocina, resignada. Abrió un cajón del mueble y sacó un sobre. Recargué los brazos en el respaldo de una silla sin mostrar ninguna expresión.

Se acercó a mí y lo aventó sobre la mesa, molesto.

—¿Me puedes decir qué diablos es esto? —rugió, con los ojos fijos sobre mí. Volteé hacia la cocina, preocupada, Bea estaba de pie observando todo. ¡Diablos!

—No lo sé —admití sin tomarlo.

—¡No te hagas la tonta, Sara! —vociferó.

Lo agarré intrigada, era un sobre tamaño carta, blanco. Al girarlo vi el remitente. UBC (The University of British Columbia). La respuesta que

esperaba. Lo abrí de inmediato sintiendo que la ansiedad me quemaba. Lo leí con urgencia.

¡Me habían aceptado!

Levanté la vista asombrada hasta mi padre, orgullosa, feliz.

—Me aceptaron… —susurré sintiéndome liberada. Me lo arrebató enseguida, tomándome por sorpresa y lo rompió. Bea gimió azorada y yo pasé de la emoción a la rabia en tiempo récord—. ¿Qué te sucede? —le grité acercándome e intentando evitar que terminara con el documento.

—¿Cómo te atreves a hacer esto a mis espaldas, Sara? ¿Cómo? —Su furia me asustó y retrocedí sin poder evitarlo, nunca lo había visto así. ¿Qué le ocurría?

—No tengo por qué decirte nada. No te pediré un centavo. Seré mayor de edad en unos días —lo reté temblando.

—No te atrevas a hablarme de esa manera, no después de todo… —sus palabras se clavaron como un par de estacas. La sangre corría embravecida, mis manos cosquilleaban y mi garganta ardía.

—¿Qué es lo que quieres? —chillé conmocionada.

—Tú no vas a ir a ningún lado, ¿comprendes? Las traje para evitar esto precisamente. Tus estudios los harás aquí, en México. Olvídate de Vancouver, no pienso permitir que ninguna de las dos regrese allá, su vida y su familia están aquí.

—¿Por qué? —bramé rabiosa. Por supuesto que me iría, no podía hacer nada para detenerme.

—Porque soy tu padre, nada más. Eres una niña, por Dios…

—¡No soy una niña y estoy harta de todo esto! —Lo miré sintiendo que el dolor y coraje de todos esos años afloraba sin poder evitarlo—. ¿Para qué me quieres aquí? No me toleras, apenas si me hablas y no te juzgo, sé que me haces responsable de lo que pasó, yo también lo hago, pero no pienso seguir soportando todo esto ni un minuto más por mucho que crea que lo merezco. No hay día que no me culpe, que no intente encontrar la razón por la que murió ella y no yo. Pero para tu desgracia y la mía, así fue, y estoy aquí, y no puedo más, ¿comprendes? ¡Ya no puedo más y me iré, te juro que me iré! —Conforme iba hablando noté como él iba palideciendo.

—Sara —sollozó Bea detrás de mí. No la escuché, ya sólo podía sacar todo eso que me quemaba, que me consumía desde hacía tres años. Me ahogaba y ya no guardaría más, ya no.

—Y no es la única solicitud, ni mi única opción, no podrás detenerme. No quiero seguir aquí. Todo tiene un límite y yo ya llegué al mío. Te agradezco todo, te juro que sí, pero necesito creer que puedo rehacer mi vida, que merezco ser feliz y eso no lo lograré nunca aquí, porque desde ese día me odias.

—¿Qué dices? Sara, por favor… No es así —negó verdaderamente descompuesto, incluso su semblante se ensombreció, aparecieron ojeras bajo sus ojos que no había visto.

—Me odias, admítelo, será más fácil así. Nos alejaste de todo, nos dejaste sin nada por castigarme, por hacerme ver que lo que hice no tiene nombre. Te entiendo, yo jamás podré perdonarme, así que dejaré que tú y Bea tengan una vida tranquila… Ya no interferiré. —Di la media vuelta y salí corriendo, tomando las llaves del auto. Lo prendí con la vista nublada, ahogando el llanto, la impotencia, el dolor. En menos de un minuto salía de aquel lugar que me asfixiaba. Ya no podía más, estaba harta, cansada de todo.

El guardia de la caseta me abrió enseguida y aceleré más, repasaba cada momento de aquel fatídico día.

Tomé la carretera en el primer retorno a mi lado izquierdo mientras que las lágrimas salían convulsas; apretaba tanto el volante que mis manos y hombros dolían. Recordé todo con aquella claridad que me adormecía, como si de nuevo lo estuviera viviendo.

La amaba, era mi madre y no existía día que no pensara ¿por qué ella y no yo? La que debió haber muerto fui yo. Dejé a mi hermana sin madre y a mi padre sin la mujer con la que decidió compartir su vida y por la que era más que evidente que estaba completamente perdido aún.

Mantuve el acelerador sin fijarme en nada más. Necesitaba distancia, deseaba con fervor que mientras conducía el dolor menguara, o quizá me abandonara. Pero eso no ocurría. Me limpiaba las lágrimas con el antebrazo, acelerando; me arrasaba una marea de emociones dolientes, que me consumían.

¡Sara!

Escuchar su voz en medio de mi locura me desconcertó, sin embargo, no me detuve, quería ir lo más lejos posible, necesitaba olvidarme de todo de una maldita vez.

¡Sara, detente, para el auto!

Giré a la izquierda y no vi nada. La carretera en algún momento se había vuelto de doble sentido. Espejeé por el retrovisor, en pleno llanto, su camioneta se acercaba peligrosamente. Mi respiración empezó a ser más agitada y espesa. Estaba fuera de mí, eso que enjaulé por años con tanto recelo, por miedo a me dominara, regresó de una manera cruel, abrupta y avasalladora, violenta.

¡Para! ¡Detén el auto, Sara! ¡Ahora!

Su voz era rasposa y muy autoritaria. Ojeé a mi alrededor, buscando un lugar donde detenerme. De repente su camioneta apareció a mi lado. Sus facciones parecían de piedra, crueles, duras. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. *¡Ahora!*

Rugió en mi cabeza, rebasándome. Ése no tenía nada que ver con el Luca que siempre me mostraba.

Menos de un kilómetro después, se detuvo y bajó furioso.

Me estacioné detrás, en un descanso de grava. Mantuve la vista fija al frente y el volante aferrado como si de eso dependiera mi vida. La sangre bombeaba por todo mi cuerpo, frenética, sentía el pulso desigual y podía escuchar los latidos de mi corazón tras las orejas.

Era consciente de su mirada iracunda, llegó hasta mi puerta a paso humano y la abrió sin problema.

—¿Qué sucede contigo? —me exigió claramente furioso, con tono desquiciado—. ¡No te das cuenta de que te pudiste haber matado! ¡Me lo juraste Sara, me lo juraste! —gritaba desde afuera con voz estrangulada. Lo miré, comenzaba a regresar en mí. Su aspecto me asustó y tranquilizó al mismo tiempo. Parecía un guerrero dispuesto a todo.

Con sus ojos carbón, estudió mi rostro, recorriéndolo con lentitud. Al percatarse de mis mejillas húmedas, pestañeó confuso y más preocupado.

Salí del auto sintiendo que mi cuerpo ya no podía más, que había llegado a mi límite en todos los sentidos posibles.

Sin medirlo, sin siquiera pensarlo, hice lo que mi interior exigía desde hacía días, o semanas quizá, y me abalancé sobre él. Por un momento no reaccionó y yo no reparé en nada. Él estaba colérico, se sentía caliente. No me importó. Tomé su cuello entre mis manos aprovechando su turbación, sintiendo aquel líquido colonizar mi cuerpo trémulo. Y sin que pudiera evitarlo, lo besé.

Sentí sus labios sobre los míos, su olor, su aliento. Ninguna descripción podía ser justa para lo que en ese momento experimenté, para lo que su cercanía estaba provocando en mí. Todos mis sentidos se dispararon de una forma antinatural. Eso que rogó tanto tiempo por tocarlo se sentía en frenesí, desquiciado, colapsado.

Él continuaba en *shock*, aproveché y me pegué más sintiendo que si no lo hacía me consumiría. El líquido caliente recorrió, de una forma más intensa, todo mi ser, pero no me quemó, no de esa forma en la que él me había dicho que lo haría, más bien era una sensación de placer y plenitud que nunca había creído que existiera. Recorría mis entrañas, mi piel, mi razón, incluso mi corazón, cubriéndolo con un manto delicado pero fuerte e intenso, encontrando a su paso esa esencia en la que se enredó y la cual sostenía con fuerza, con decisión.

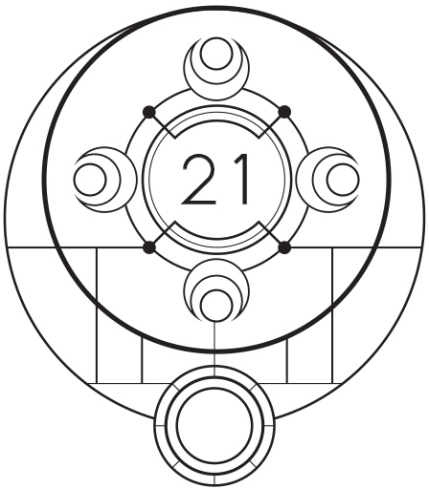
De pronto me aferró por los hombros, deshaciéndose de mi abrazo. Me separó abrumado, con la mirada desorbitada, furioso, realmente furioso. Sus manos eran dos grilletes calientes sobre mis brazos, pero no me hacía daño. Me alejó un par de metros y retrocedió, temblando, apretando los dientes, viéndome con rabia primitiva bajos esas cejas negras, espesas. Abría y cerraba los puños, respirando agitado.

Enseguida comprendí lo que acababa de hacer.

¡Dios, Dios!

Estaba absolutamente turbada, confundida. Me tambaleé, el aire me faltaba y mis pensamientos se revolvían sin ningún sentido ni coherencia.

Me dejé caer en la grava sintiendo que mis rodillas ya no me sostenían, que el impacto de todo lo que acababa de suceder me dejaba sin energía. Lo acababa de besar. Yo… yo lo acababa de besar.



—Sube al auto. —Me exigió sin moverse.

Clavé mi mirada contenida sobre él, sin una pizca de arrepentimiento. Haberlo besado fue lo más increíble que me había ocurrido, sin embargo, sí sentí cierto temor al escucharlo hablar de esa forma críptica y gutural. No lo reconocía, su voz no me serenaba como solía, de hecho, me alteraba y provocaba unas enormes ganas de salir corriendo, de nuevo. No me moví, respiraba agitada, sin soltar sus ojos, aferrando mis rodillas con fuerza.

¡Sara! ¡Sube, ahora! Ordenó rabioso.

De repente se movió de posición, apenas si un poco, pero eso bastó para que reaccionara y saliera de mi estupor. Me puse de pie sin saber qué hacer, sentía que mis piernas echaban raíces en la tierra. Pasó a mi lado y fue directo a la puerta del copiloto para abrirla. Giré con el corazón taladrando tan profundo que no podía ni siquiera reconocer aquel sitio.

—Sube. —No me miró, sus ojos oscuros observaban algún punto lejano de la carretera.

Abrí y cerré las palmas varias veces, cosquilleaban. La sensación de desasosiego y abandono regresó de golpe. Sin comprender aún la magnitud

de lo que había hecho, obedecí sin remedio, yo no podría emprender el camino de regreso y… él no lo permitiría.

Me subí con la mirada gacha, cerró la puerta con suavidad una vez que estuve dentro. Un minuto después ya estaba en el asiento contiguo, arrancando el motor.

—Te llevaré a casa —anunció con gélida seriedad. Mis ojos escocieron. Mi piel se erizó y puedo jurar que la sentía sangrar ante su actitud lejana, ajena. Dolía. No obstante, lo que dijo me puso peor. Giré trastornada recordando lo que había ocurrido, la razón por la que yo me encontraba ahí.

—¡No, no iré ahí! ¿Entiendes? —le grité un tanto histérica, temblando aún.

Frunció el ceño desconcertado, aun así, asintió con los ojos puestos en el camino. Sus músculos lucían tan tensos como su quijada, iba atento en el camino, aunque con la cabeza en otra parte; dilucidando, maquinando, ideando.

Fijé la atención en el exterior, no tenía fuerzas para enfrentarlo, no en ese momento en el que todo dentro de mí crujía como si se estuviese rompiendo pedazo a pedazo.

Diez minutos después entramos al fraccionamiento, sumidos en ese silencio, en el ambiente cargado que se podía incluso oler.

Pasó de largo mi calle. Mis piernas tiritaban al igual que todo mi cuerpo. Una semana antes estuve a punto de morir, ahora, tenía encima un montón de información fantástica, un padre enfurecido y me encontraba absurdamente enamorada de él.

Despacio, y de manera disimulada, acaricié mis labios con el dedo índice. ¡Dios! Aún podía sentir su aliento cálido, chispeante y afrutado sobre mi boca. Cerré los ojos con fuerza. Deseaba sentirlo de nuevo, necesitaba que Luca también me respondiera. Ansiaba comprender lo que ahí sucedía.

Llegamos a su casa, con pericia se estacionó donde yo solía hacerlo. Salió en un movimiento que no pude detectar.

—Vamos… —me urgió abriendo mi puerta. Tragué saliva y bajé intentado que no notara el vértigo que recorría mi sistema, podía

achacárselo a ese beso, aunque yo sabía muy bien que no tenía nada que ver.

Caminamos por su casa hasta llegar a su recámara; él por delante, sin girar ni una vez para corroborar que yo lo siguiera, sus hombros anchos estaban más rectos de lo común, y noté como cerraba las manos una y otra vez.

Un agujero en mi estómago crecía de tal forma que iba barriendo todo a su paso. Sólo quería acurrucarme en algún sitio alejado y dejar de pensar por una vez, sólo por un momento. Ya era demasiado.

En cuanto entramos, me dirigí hasta la pequeña sala donde estaban los enormes ventanales, abrasándome con la ansiedad de todo corriendo por mi ser y con esa rara sensación, similar a una energía con voluntad, extrañamente triste, como si supiera que había llevado las cosas muy lejos.

—No sé cómo podré perdonarte.

Volteé hacia su voz, desconcertada, asustada también. Se hallaba de pie junto a su cama. Su gesto denotaba dolor, una tristeza honda, como la que provoca una gigantesca decepción.

—Luca… yo no pensé.

En menos de un segundo ya se encontraba a un metro de mí. Sus ojos eran ébano, no estaba acostumbrada a ese color, no pude seguir, sólo respirar aún más rápido.

—Por supuesto que no, no pensaste en que mi vida habría terminado si te pierdo. Que pudiste haber muerto sin que yo pudiera evitarlo. Y no pensaste en la culpa y el dolor con el que habría tenido que vivir el resto de mi existencia por ese arrebato en el que pudiste haber fallecido. Creí que… tenía que protegerte de lo que yo soy, no de ti misma —murmuró gélido. Se refería a la experiencia más hermosa de mi vida—. Juraste que no te harías daño, juraste que no atentarías contra tu vida. —Su voz sonaba plana y lejana, muy lejana. Estaba furioso, tanto que di un paso hacia atrás.

—No pienso matarme… Ya te lo dije —refuté frustrada, con los ojos a nada de soltar las lágrimas.

Negó apretándose la sien.

—Ahora vengo, y más te vale que no salgas de aquí, no hagas que de nuevo tenga que ir a buscarte —advirtió con rudeza. No pude objetar

porque desapareció. Observé por varios minutos el espacio que había ocupado, azorada, temblando.

La descarga de adrenalina de hacía unos minutos comenzó a dejarme sin fuerza. Me senté en el sillón más cercano, perdiendo la mirada en el jardín. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas, silenciosas, pero como una cascada, sin cesar, sin detenerse.

No había querido matarme, ¿por qué me decía algo así?

Lo único que deseaba era huir, estar lejos de todo aquello que me atormentaba, que me lastimaba cada día. En ningún momento quise quitarme la vida, sólo que al verlo ahí… no pensé, de lo único de lo que fui consciente fue de la enorme necesidad de sentirlo cerca, luego de que durante días me había mantenido sometida, infringiéndome demasiado dolor, sabiendo que todo podría desvanecerse o derrumbarse a mi alrededor.

Junté, sollozando, las rodillas con mis brazos y me dejé ir.

Verlo enojado era la peor parte de todo aquel fatídico día.

La puerta se abrió, lo supe por el silencioso chirrido de las bisagras. Volteé, entristecida, era Florencia, sólo asomaba su cabeza.

—¿Necesitas algo? —me preguntó con ternura. Negué sin poder pronunciar palabra. Un segundo después ya estaba frente a mí, su acción me desconcertó, pero no se lo demostré. Bajé las piernas, mirándola fijamente.

Estaba perfectamente vestida y maquillada. No pude evitar sentirme zarrapastrosa con esos pantalones gastados y la camiseta de «Los Cardenales de San Luis» que mi padre me había comprado en alguna ocasión que había ido a verlos años atrás.

—No sé bien qué fue lo que sucedió, Sara, pero se le pasará… Conozco lo que siente por ti aunque no lo comprenda. Debió ocurrir algo muy fuerte como para emergiera esa parte de él que siempre mantiene controlada, sin embargo, se le pasará… Tú eres todo para él, lo juro —me confesó con dulzura, aunque detecté decepción en lo que decía.

—Gracias —susurré observando mis manos. No estaba tan segura de que eso sucediera pronto y menos después de lo que acababa de decirme,

que fuera de tranquilizarme, me alertaba aún más; aunque lo cierto era que él también me debía una explicación.

Cuando levanté la vista, ya no estaba ahí.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero estando en la soledad, caí en cuenta de que había sido imprudente al salir así de casa y de que Luca tenía razón, podía haber muerto de no haberme detenido. Me había arriesgado, había vuelto a cometer la misma estupidez de años atrás.

—¿Sara? —Al escuchar su voz, mi mente se paralizó. Ignoraba si llevaba un tiempo ahí, o si acababa de llegar, lo cierto era que no me importaba, giré lentamente. Parecía más tranquilo, me evaluaba sentado en la orilla de su cama—. ¿Puedes explicarme qué fue lo que ocurrió? —Su tono era urgente.

Me erguí, nerviosa, sin soltar sus ojos férreos. Era hora de decirle la verdad, por mucho que me doliera siquiera recordarlo o nombrarlo; merecía mi sinceridad.

—Luca, hay algo que no te he dicho —confesé afligida. Frunció el ceño, confundido. Dejé salir un suspiro—. Yo… —Llené de aire mis pulmones tomando una gran bocanada—. Hice algo… algo horrible y a lo mejor cuando lo sepas te das cuenta de que no valgo tanto la pena como para que te encuentres tan perturbado con lo que nos sucede. —Apareció a mi lado, desconcertado, sus cejas casi se juntaban debido a la manera en que arrugó la frente.

Me alejé un poco, nerviosa.

—¿De qué hablas? —Quiso saber con voz queda. Bajé la vista, su cercanía me dolía de una manera literal, me ardía la piel por las ganas de tocarlo.

—Yo soy la responsable de la muerte de mi madre —solté de golpe, sin ver su reacción.

Las lágrimas salieron de nuevo, pero no tuve el coraje suficiente para enfrentarlo, permití que los sollozos se extendieran por mi cuerpo, trémulo, asombrosamente agotado, abrazándome ahí, sentada tan cerca de él, sola.

—Fue un accidente —susurró acercando su rostro contraído, agobiado. Alcé la vista, aturdida, con el corazón más expuesto que nunca. Me limpié

con el antebrazo las mejillas húmedas.

—¿Cómo sabes eso? Dijiste que no podías ver mis pensamientos —lo acusé sin comprender. Yo no le había dicho cómo había muerto, no tenía forma de saberlo, estaba segura. Sintiéndome engañada, me levanté, negando. Él hizo lo mismo, pero sereno.

Sus ojos eran claros, parecía estar más relajado, aunque el dolor no se había ido de su rostro por completo. Resopló, bajando por un segundo la mirada, para luego encararme nuevamente, sin una pizca de culpabilidad.

—Y no puedo… —di un paso hacia atrás, temerosa. Permaneció ahí, observándome, tranquilo—. Sara, cuando te salvé… hubo recuerdos que proyectaste en mí. Sé cómo murió tu madre.

—¿Por qué no me dijiste eso? —le reclamé aún con el nudo en la garganta, llorando de forma convulsa—. Me mentiste.

—No te mentí, nunca lo he hecho —declaró pestañeando por mi reacción. Ahora parecía ser él quien había hecho algo realmente malo, y no yo.

—¿Nunca? —le pregunté dubitativa, perspicaz.

—Nunca —sentenció seguro—. Tú me preguntaste si podía entrar en tu cabeza y no puedo, ésa es la verdad. Pero cuando vi eso y sentí el peso de tu culpa, comprendí tus cambios de ánimo. No tenía derecho a hacerte sentir incómoda ni a recordarte algo que para ti es tan doloroso, aunque esperaba que algún día me lo contaras, que confiaras en mí —confesó con las manos en los bolsillos de su bermuda oscura. Me dirigí hasta su cama y me senté sintiéndome perdida, creyéndole. Mis hombros pesaban, me sentía destruida.

—No fue un accidente, Luca —lo corregí con las manos sudorosas, aferrándome al colchón.

—Sara, ella cruzó sin fijarse. Fue un accidente.

—Me perseguía, como tú a mí hace un rato. Yo había peleado con ella por un permiso y como no me lo dio, salí furiosa de casa… —Lo miré con los ojos empañados—. Me siguió y ese coche la arrolló justo a centímetros de mí. —El llanto se apoderó de mi sistema de una forma violenta, y es que cómo contener la marea de sentimientos, de recuerdos, de situaciones

que se arremolinan en mi cabeza como si fuesen un huracán que no tenía planeado darme paz.

Fui consciente de su peso en la cama, a mi lado.

—Sara… —negué sintiendo cómo el dolor de aquel día, y de los que siguieron, se instalaba en mi pecho. Podía evocar cada uno de los sentimientos que me aniquilaban y me enterraban, y que, de alguna manera, lograron que ocultara lo que soy: mis aficiones, mis risas, mi ser.

—Quiero que me abraces, necesito que lo hagas. En este momento no busco de ti nada más —le supliqué llorosa, sintiendo que me rompería en cualquier instante. Vi el dolor que le produjo mi petición y la ansiedad por la que estaba cruzando.

Cerró los ojos por un momento, negando, abatido.

—No… puedo.

—No puedes, ¿o no quieres? —lo confronté contenida, apretando los dientes. Me miró, desconcertado, frunciendo el ceño con fuerza. Me puse de pie frente a él con la respiración agitada; ese sentimiento que antes era tristeza, ahora se movía con brusquedad por mi piel, por mi cuerpo, exigiendo, rugiendo, que lo provocara.

—¿De qué hablas? —Quiso saber, parecía perdido debido a mis palabras. Me limpié las lágrimas con la mano, pero el llanto aún seguía.

—Sabes muy bien de qué hablo, hace unos minutos… en la carretera… No pasó nada, Luca.

—Sara, me tomaste por sorpresa —refutó aturdido, nervioso e incrédulo.

—Dijiste que moriría, que podría entrar en coma. ¡No es cierto! Me mentiste, me mentiste, Luca —lo acusé con los puños apretados. Noté de inmediato cómo sus ojos se oscurecían, agachó la cabeza tomándola con sus manos y colocándola entre sus piernas.

—Nunca lo he hecho, ya te lo dije. —De repente ya se hallaba del otro lado de la cama, parado, tenso.

—Luca, saber que no podíamos tocarnos y que así sería estar a tu lado, ha sido muy difícil, sin embargo, no había más opciones, era eso o no conocerte, no escucharte, no ser parte de ti. No lo pensé, te quiero, te quiero de una manera ridícula que ni siquiera entiendo, pero que me

domina. Hubiera podido vivir toda una vida así… Sin embargo, ahora, después de lo que pasó, no estoy dispuesta —zanjé decidida, con la barbilla en alto.

Abrió los ojos claramente aterrado, no pestañeó, no se movió, ni siquiera sé si respiraba.

—Sara, no sé qué fue lo que ocurrió, no sé por qué no te pasó nada, pero no puedo arriesgarte, estoy convencido de que me tomaste desprevenido, que por eso no ocurrió lo que temo —declaró desesperado, nervioso como cuando me salvó. Parecía querer poner distancia entre los dos, huir de mí, de la resolución que enmarcaba mi actitud.

—Quiero que vengas aquí y lo intentes… —exigí sin dudar. Negó con firmeza, sin dar un solo paso, serio, pero notoriamente abatido, asustado.

—No te haré daño, olvídalo —afirmó tajante.

—Luca, si de verdad ésa es la única razón y sientes todo lo que dices por mí, lo intentarás —expresé desesperada, con las lágrimas resbalando por mi rostro. Vacilaba, lo estaba sopesando.

—Eres más de lo que creí que se podía llegar a sentir, Sara, te siento, te pienso, te imagino y no te separas de mi mente ni un segundo, nunca. No me pidas que te arriesgue, no así —me rogó. Caminé hasta él, estudiándolo.

—No puedo vivir así… Ya no —declaré con una convicción que hasta a mí me asombró, pese a las lágrimas.

Noté que con esas palabras y por la manera en la que le temblaba el labio inferior, había quebrado todas sus defensas.

—Sara —me suplico con el gesto contraído.

—Inténtalo, por lo menos inténtalo, Luca. No podremos vivir con la duda. —Le hice ver.

Sujetó su cabeza con ambas manos dando media vuelta, sólo podía ver su ancha espalda, tensa. Libraba una batalla gigantesca dentro de él, era bien consciente de ello.

Aguardé, temerosa. Si no aceptaba, de cualquier manera, continuaría a su lado, pero dolería más que antes.

Los minutos parecían lápidas de acero que me enterraban en la penumbra de la incertidumbre.

De repente se puso rígido y viró hacia mí. Mi pulso se detuvo por un segundo, su gesto no me dijo nada, ansiaba saber qué había decidido.

Terminó con la poca distancia que nos separaba, sin dejar de mirarme. La sangre comenzó a recorrer mi cuerpo a toda prisa, mis palmas sudaban y mi corazón martillaba desenfrenado dentro de mi pecho. Mi vitalidad, que lo exigía, se quedó paralizada, expectante, incluso asustada. Unos segundos después ya lo tenía a menos de cincuenta centímetros de mí. Su respiración también parecía agitada y sus ojos eran ámbar, casi dorados.

Te hago directamente responsable de esto.

Asentí con la vista clavada en él, más segura que nunca. Poco a poco fue bajando el rostro, no quería ni podía siquiera moverme, todo en mi interior estaba en pausa, aguardando.

Soltó mi mirada para posar toda su atención en mi boca, contemplándola, estudiándola.

No podía creer lo que estaba ocurriendo, me sentía asustada y anhelante.

Regresó con lentitud hasta mis ojos, como si quisiera encontrar duda en ellos. No la encontró; observé sus perfectos labios sintiendo que si no lo hacía moriría ahí mismo. Su aliento dulce se apoderó de mis sentidos por completo, cerré los ojos y, de repente, como si toda una corte celestial hubiese decidido descender, lo sentí.

Seda tibia, no podía compararlo con nada más. Ésa era la única parte de nuestros cuerpos que estaba unida y juro que no ha existido nada similar que haya experimentado en mi corta vida.

Explosión multicolor, plagada de incitación, permeada de un deseo ensordecedor, me sometió sin que encontrara oposición. El fuego líquido comenzó a viajar por todo mi interior a una velocidad vertiginosa, inigualable, uniéndose a aquello que habitaba en mí, que lo esperaba anhelante desde hacía semanas. Sentí su unión, su encuentro, tal como el de nuestros labios unidos, llenar cada parte de mí, envolviendo absolutamente todo mi ser con ese manto que percibí horas atrás, que se dejaba llevar gustoso, ansioso.

Atrapé uno de sus labios entre los míos, necesitaba tomar de él todo lo que pudiera darme. Lo escuché gemir quedamente, temí que se alejara. Así

que enrollé una mano en su cuello para que no lo hiciera, aunque sabía que si lo deseaba yo no lo podría detener.

De pronto fui consciente de su mano, caliente, rozando mi cintura, enredándose en ella para acercarme hasta su cuerpo ígneo.

La alegría que me embargó no la creí posible. Paz, serenidad y deseo corrieron por mis venas. Era como si toda mi vida hubiese estado esperando ese momento, como si por fin estuviera completa y cada pieza donde debía estar. Se sentía mucho mejor de lo que alguna vez me había atrevido a siquiera soñar.

Su ser cálido envolvía el mío con cadencia, con ternura, de manera cuidadosa, pero firme. Su aroma se alojaba en cada poro y su sabor, en mi cerebro, como si ése fuera su lugar.

El beso comenzó a ser más exigente y posesivo, nuestras respiraciones ya estaban completamente disparadas y nuestros cuerpos parecían necesitar hacerse uno físicamente. Sin más, sentí mis brazos vacíos y mi boca fría.

Abrí los ojos de inmediato. Me miraba asombrado a dos metros de distancia. Parecía asustado e impresionado.

—Luca… estoy bien —musité con la poca voz que lograba usar. Lo único que verdaderamente deseaba era volver a probarlo hasta perder todo el sentido de cordura. Mis pulmones aún no se recuperaban y mi cuerpo extrañaba de una forma posesiva su cercanía.

Júralo.

Me exigió entrecortado, abriendo y cerrando los puños. Su mirada era cautelosa, incrédula, su cabello lucía algo desaliñado, sus labios enrojecidos y su iris estaba prácticamente amarillo.

—Te lo juro —acepté.

Después de varios minutos, que fue lo que a ambos nos costó recobrar el aliento, se sentó en su cama.

—No comprendo, esto no es posible. —Se encontraba realmente abatido, inseguro. Su actitud sólo sirvió para provocarme unas ganas enormes de consolarlo. Esa seguridad tan suya no estaba, tampoco su mirada calculadora.

—Luca, ¿no te gustó? —pregunté preocupada por su reacción. Su gesto se relajó y sonrió estudiándome. Era obvio que estaba esperando que entrara en coma, pero no sucedía, todo lo contrario, estaba más viva que nunca, sus ojos seguían prácticamente dorados.

—¿Bromeas? —Apareció frente a mí y acercó una mano a mi rostro, pero la bajó antes de tocarme—. No ha ocurrido nada más asombroso y maravilloso en toda mi existencia que se pueda comparar con lo que acaba de suceder, Sara. Ni siquiera puedo ponerle palabras —musitó aún agitado.

Sonreí.

—Entonces, ¿sí puedes tocarme? —asumí. Enseguida se tensó y miró a algún punto del jardín.

—Parece que sí. Sin embargo, no me fío de esto. Intenté controlarme, pero sé que no pude del todo, contigo es algo imposible. Deberías estar… —No pudo terminar la frase, pero yo sabía muy bien qué era lo que pensaba. Me senté en la orilla del colchón. Giró hacia mí entre feliz y preocupado—. Aún estoy esperando que mi estupidez tenga la consecuencia lógica.

—Estoy bien. Digo, supongo que es normal sentir el pulso alocado y la respiración entrecortada —musité tranquila. Sonrió al escucharme.

—Supongo —susurró contemplándome. De repente se hincó colocándose frente a mí, agobiado.

—Sara, lo que me decías antes de… esto. —Era evidente que aún le parecía inverosímil y le costaba nombrarlo, por lo mismo lo dejaría de lado por un momento—. ¿Qué pasó, por qué manejabas así? ¿A dónde ibas? —Deseó saber, arrugando la frente.

Me mordí el labio recordando todo de inmediato, incluso el dolor. Las ganas de llorar regresaron, pero pude mantenerlas a raya.

—Papá se enteró de que me iré a Vancouver, llegó la carta de aceptación y… peleamos —resumí.

Arrugó la frente, ladeando el rostro.

—¿Por qué?

—Porque no quiere que me vaya. Él, él también me cree culpable de lo que le pasó a mi madre y… no sé, creo que no quiere que me aleje por alguna torcida razón.

Contrajo los labios observándome, sin poder esconder del todo su molestia.

—Sara, no puede ser. Él debe saber al igual que tú, que fue un accidente. Nadie podía adivinar lo que ocurriría —apuntó sin dudarlo.

De nuevo sentí cómo las lágrimas humedecían mis mejillas, sus palabras las soltaron de su jaula, sin remedio.

—No, Luca, eso lo dices porque eres bueno, por lo que sientes, pero fui impulsiva y arrebatada. Lastimo a los que me quieren. ¿No te das cuenta? —Y lo miré intensamente.

—No vuelvas a decir eso, Luna, no es así. Tu madre no se fijó, no se le puede culpar a nadie por eso. Tu padre, si de verdad piensa eso, que lo dudo, es un tanto inmaduro y yo… ¿cómo no sentir todo esto por ti, Sara? Eres lo que nunca siquiera me di permiso de imaginar, y si he decidido avanzar en esto que sucede entre ambos, asumiendo las consecuencias que sean, no es por ti, es por mí —manifestó.

Arrugué la frente, limpiándome el rostro.

—Es porque no podría estar lejos de ti, porque si no te tengo, no creo que siquiera pudiera seguir. No hay lógica. —Y nos señaló a ambos—. Pero es así, porque aunque tomar esta decisión ha sido lo más difícil que he tenido que hacer por todo lo que implica, después de lo que ocurrió hace un momento y de pensar que hace una hora podrías haber dejado de existir, se ha disipado cualquier posible duda. Eres parte de mí y yo de ti, lo pude sentir. Tu esencia me domina por completo.

—Luca, yo… De verdad no quería que me sucediera nada. Estaba confundida, enojada y quería alejarme, huir, pero no quería hacerme daño. Te lo juro —me justifiqué, preocupada por lo que pudiera pensar de mis arrebatos.

Elevó su mano hasta mi rostro, esta vez sí lo rozó. Cerré los ojos mientras él limpiaba las lágrimas y dejaba por más de un segundo sus dedos ahí. Era demasiado, algo que rogué sucediera, aún no lo acomodaba, sin embargo, sabía que ya no podría vivir sin ello.

—Es bueno saberlo, porque debes entender que si algo te pasa yo no podré seguir existiendo. Y en cuanto a lo otro… —prosiguió serio—, ¿qué

si te hubiera hecho daño, si te hubiera provocado algo que no tuviera reversibilidad? —me cuestionó.

Bajé la vista hasta mis manos, sabía de qué hablaba.

—No lo pensé, sólo sentí una enorme necesidad de ti, sentí —y lo encaré—, que si no lo hacía, me consumiría. Lo lamento, fue estúpido —acepté al final, vencida.

Tenía razón, pude haber muerto en segundos y si no pasó era porque algo extraño estaba sucediendo, pero el hecho era que yo… no lo sabía.

Sacudió la cabeza, un poco más relajado.

—Has tenido un día muy duro. No quiero empeorarlo más —admitió cariñoso.

—¿Qué va a pasar? —me atreví a preguntar, cautelosa. Se puso de pie y en un segundo ya estaba sentado en la abrazadera de uno de sus sillones, a mi derecha.

—No sé —admitió. Suspiré comprendiendo—. Pero no podemos confiarnos —expresó serio.

—Entonces, ¿continuaremos igual? —Quise saber, claramente decepcionada. Lo escuché reír, aunque sin alegría en el rostro.

—Creo que fuiste muy clara hace unos minutos —me recordó enarcando una ceja—. Pero mientras no comprendamos qué ocurre, iremos con calma, ¿de acuerdo? Sara, nada imprudente, esta vez debes cumplirlo —me advirtió tajante. Asentí—. Cuando sientas algo, lo que sea, por muy insignificante que te parezca, me lo dirás y nos detendremos, ¿comprendes?

De nuevo acepté, pícara, satisfecha. Deseaba brincar por toda la habitación, enredar mis brazos en su cuello y besarlo sin detenerme. Me contuve, pues por un lado, debía mostrarme serena, ya que era lo mejor; y por otro, me sentía agotada como pocas veces en mi vida.

Sin que pudiera esperármelo ya estaba de nuevo de rodillas frente a mí, su rostro quedaba justo a la altura del mío. Dejé de respirar, me dejaba sin aliento con una facilidad apabullante, y con todo lo ocurrido, ya ni siquiera pensaba.

—Nunca pensé que podría llegar a tocarte… —elevó una mano, tímido, hasta mi cuello, envolviéndolo con su enorme palma,

acariciándome con el pulgar la quijada.

¡Dios! ¿Sentir tanto era posible, siquiera factible? Lo cierto era que podría perderme en esa caricia para nunca regresar.

—Y mucho menos… besarte —susurró con voz ronca y ojos ámbar, contemplaba mis labios, deleitado—, pero sea la razón que sea por la que puedo hacerlo, no la desaprovecharé. Esto lo cambia todo —aceptó acercándose hasta mí, pegando inocentemente mi boca a la suya de forma fugaz, cálida, y un segundo después permaneció cerca, absorbiendo mi aroma, tan perdido en las sensaciones de lo que nos generábamos, como yo —. Te siento, Luna —musitó aquella mágica declaración.

Con los ojos cerrados, inhalé su esencia, entendiendo sus palabras más que nunca.

—Te siento, Luca —murmuré, mirándolo lánguida. Aún continuaba a un par de centímetros con los ojos cerrados, sonriendo.

—Te llevaré a casa —musitó alejándose, abriendo los ojos.

—No quiero, no ahora —gimoteé sintiendo que de nuevo lloraría. De repente, volé. Dejé salir un respingo, me cargaba, me aferré a su camisa por reflejo, nerviosa. Para él ese gesto no implicaba más esfuerzo como a mí agarrar una pluma, aun así, me tomó por sorpresa.

Me depositó en su cama, sonriendo, con una actitud jovial que nunca le había visto, se sentó a mi lado.

—Estás agotada —declaró pasando por encima de mí una cobija afelpada color crema que no había estado ahí—. ¿Tienes hambre? —me preguntó con dulzura. Negué, sabía que en cualquier momento mis ojos se cerrarían, los sentía vidrioso e hinchados. Ladeó la cabeza observándome con tristeza—. Duerme —me aconsejó. Se puso de pie con calma.

Me erguí como un resorte en el acto, no quería que se alejara.

—Luca… —susurré aferrándome a la cobija, tímida. Giró en el mismo momento que se sentaba de nuevo—. No te vayas —supliqué como si fuese una niña a punto del puchero.

—No pensaba hacerlo. Recuéstate —pidió con ternura.

Obedecí con todos los músculos engarrotados.

En una fracción de segundo lo perdí de vista, para de nuevo verlo frente a mí. Tenía un libro entre sus manos. Sonreí aún sin poder

comprender esa manera tan suya.

Se recostó a un lado, a unos centímetros de mí, sin tocarme, pero demostrándome que no pensaba irse. Lo observé con atención, era consciente de cómo se desbordaba dentro de mí todo lo que me provocaba.

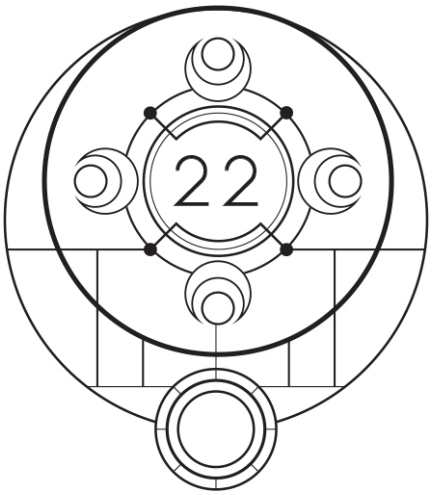
Notó mi gesto, dubitativo, y sin que pudiera reaccionar, pasó su brazo cálido por debajo de mi cintura y, sin ningún esfuerzo, me recostó sobre su pecho. Dios, se sentía tan cálido, tan delicioso, tan… mi lugar.

Sonreí deleitada. Lo escuché suspirar al quedar sobre él. La sensación fue muy excitante e íntima. Fui consciente de sus labios en mi cabello. Me acurruqué con mayor confianza. Podía acostumbrarme a eso, no tuve dudas.

—Ahora duerme… no tengo otro lugar a donde ir, no sin ti —confesó con ternura.

Cerré los ojos, absorbiendo su olor e intentando acompasar mi respiración con la suya, necesitando calma para ordenar, nuevamente, todo lo que me había acontecido durante esas horas: lo de mi padre, la beca, mi imprudencia, pero sobre todo, sus caricias, sus besos.

Sabíamos que no era normal lo que ocurría, que algo no estaba bien, pero en ese momento ya no tenía fuerzas, y ni siquiera quería pensar en las razones. Lo había probado, tenía su sabor en mis labios, nada era más importante que eso, que ese mágico instante.



—Sara… —escuché su voz a lo lejos, no podía abrir los ojos, pesaban como si rocas hubiesen ocupado su lugar—. Luna, despierta —pidió. Por fin, pude abrirlos, los sentía tan cansados. Estudié a mi alrededor, desorientada.

De pronto los recuerdos de todo lo ocurrido llenaron mi memoria. Luca estaba sentado a muy poca distancia de mí. Me incorporé dándome cuenta de que la habitación absorbía los últimos rayos de la tarde.

—¿Qué hora es? —pregunté adormilada.

—Las siete.

Elevé las cejas, asombrada, tallándome el rostro, con todo el cuerpo adolorido, los ojos, incluso la cabeza.

—Tu padre está aquí —musitó contemplándome con cuidado. Pestañeé despertando por completo. Me puse de pie en un segundo, negando.

—¿Cómo? Él no sabe dónde vives —declaré asustada, frotando mi frente, agobiada. Se irguió, colocándose frente a mí, sereno.

—Yo se lo dije a Aurora, recién sucedió todo. No quería que se preocuparan por ti y les pedí que te dieran un poco de tiempo para tranquilizarte —me explicó. Resoplé resignada, no me podía quedar ahí

para siempre, aunque lo deseaba más que nada—. Si deseas puedes refrescarte un poco en el baño, yo saldré contigo en cuanto te sientas preparada —me alentó decidido, estudiándome, recorriendo mi rostro con sumo cuidado.

Gemí asintiendo, caminando torpemente, nerviosa. No quería verlo, pero no tenía opción, lo sabía.

Una vez sola, dentro del sanitario, recargué las manos en la plancha de mármol dejando salir un suspiro cargado de frustración. Arrugué la frente al ver mi imagen en el espejo. Tenía los ojos un poco hinchados, pero no parecían haber sufrido los estragos del llanto repetitivo. Mis rizos desordenados adornaban mi rostro de una forma estratégica y casi parecía que yo misma los había puesto así.

Me eché agua intentando despertar por completo, eso no tenía sentido, porque lo realmente importante aguardaba afuera.

Al refrescarme recordé sus labios contra los míos. Pasé la yema de mis dedos por ellos esperando encontrarlos calientes o diferentes, nada, sólo la sensación de poder recordar su aliento cálido sobre el mío y su dulzura al recorrer mi interior. ¡Dios! Todo era una locura sin sentido.

Mi cabeza martillaba, pero no era momento para reparar en ello. Salí unos minutos después, sin estar aún preparada para enfrentar esa parte de mi vida que tanto dolía, la que por el momento ocupaba todos mis pensamientos.

En cuanto cerré la puerta él apareció frente a mí, observándome con cariño.

—¿Lista? —preguntó con suavidad. Acepté un poco atemorizada. Tomó mi barbilla con sus dedos cálidos e hizo que lo mirara, sus ojos aún eran miel.

Todo irá bien. Y si no, llámame, iré por ti.

Su forma tan rotunda de decirlo me infundió seguridad y asentí perdida, como siempre, en él.

—¿Está molesto?

—No, en realidad parece preocupado y triste.

—¿Lo viste? —Quise saber.

—Cuando llegó, yo le abrí. Yori y Flore están con él en la sala.

Sin esperarlo bajó su rostro hasta el mío y rozó mis labios como si fuesen delicado cristal. En un segundo me olvidé de todo, concentrándome en respirar, su ligero roce era dulce y exigente. Su sabor me invadió y su calidez nubló mis pensamientos. Se separó aún con los ojos cerrados.

Por los dioses, te juro que ahora entiendo por completo a tu especie y la respeto profundamente. Son mucho más poderosos que nosotros.

Sonreí al ver que me miraba con ojos dorados, deleitado.

—¿Vamos? —propuso. Asentí caminando tras él. Sin permiso tomó mi mano, enredando sus dedos entre los míos.

Pestañeé ruborizada.

¿Bien?

Preguntó y supe de inmediato a que se refería.

—Cálido… —susurré.

Me dio un dulce apretón, satisfecho. Poder caminar así, a su lado, me hizo sentir segura y capaz de enfrentar lo que fuera.

Llegamos a la sala, al vernos se pusieron de pie. Mi padre lucía cansado y demasiado joven debido a la informalidad de su atuendo. Bajé la vista intentando controlar mi ansiedad, me costó tanto.

—Veo que ya despertaste —anunció Yori, acercándose. Iba vestido con una bermuda oscura, igual que mi novio, y una camisa blanca con su gorra de siempre.

Todo irá bien, Luna.

Flore me sonrió sin mostrar lo que mi presencia en su casa significaba, mientras mi padre parecía incómodo.

—Sara… —dijo papá logrando así que lo mirara—. Vamos a casa —apuntó serio y dudoso. Luca puso las llaves de mi auto en mi otra mano, cerrándola en un puño. Me solté de él sin ganas y con un poco de miedo.

—Anda…

Te veré más tarde.

—Sí —musité tan bajo para que sólo él pudiera oírlo—. Gracias, Yori. Gracias, Florencia —agradecí caminando rumbo a la puerta. Luca permaneció en el mismo lugar donde me había soltado, preocupado y sin quitarme los ojos de encima.

—Ésta es tu casa. Hasta luego, Gabriele —se despidió Yori educadamente.

Salí sin esperar a papá, llegué hasta mi auto y lo encendí. El portón se abrió mientras papá salía a pie por la puerta negra de un costado. Arranqué, y un par de minutos después, me alcanzó.

Llegamos al mismo tiempo a casa. Bea estaba ahí, esperando en la cochera. Su rostro tenía huellas de llanto, lucía angustiada. La miré afligida, sabía lo que esto le causaba. En cuanto me tuvo cerca se abalanzó sobre mí. Rodeé su tembloroso cuerpo dándole besos en el cabello.

—Todo está bien, Be.

—Estoy cansada de esto —se quejó separándose de mí y mirando a mi padre, severa. Él ya estaba a un metro, observándonos abatido.

—Lo sé, lo lamento —musité notando que algo cambiaba en su semblante.

—No lo sientas, ninguno de los dos. ¡Quiero que paren! —exigió metiéndose de nuevo a la casa, furiosa. Ambos nos quedamos inmóviles por unos segundos. Bea no solía reaccionar así, pero al parecer ella también había llegado a su límite. Atravesé la puerta sin esperarlo. Aurora salió de la cocina, sonrió al verme.

—Mi niña, ¿comiste? —me preguntó cariñosa. Negué. Mi padre acababa de cerrar la puerta tras de sí.

—Ven, te prepararé algo —me propuso con dulzura, no pude negarme, mi estómago estaba vacío. Giré para ver a papá, dudosa. Él me estudiaba de una forma que no comprendí y asintió con los ojos.

Entré a la cocina siguiendo a Aurora, escuché cómo él se alejaba subiendo las escaleras, pesadamente. Comí sin hablar. Por un lado, porque moría de hambre y, por otro, porque mi cabeza era un caos, no lograba pensar con coherencia.

En cuanto acabé ayudé a Aurora a levantarlo todo. Era su día de descanso, al parecer no había salido, más tarde supe que debido a lo ocurrido.

Cuando estuve sola en mi recámara, prendí el televisor para distraerme. La puerta de la habitación de mi padre estaba cerrada al igual que la de Bea. El ambiente se sentía tenso, espeso, sin embargo, pensé que

era mejor así, no tenía la menor idea de qué decirle a papá si buscaba hablar conmigo. Mi corazón aún dolía, así como sus palabras y su indiferencia.

Antes de «aquello», solíamos tener una buena relación, aunque con quien yo congeniaba más era con mamá. Le contaba todo y siempre sabía lo que rondaba por mi cabeza. Nos parecíamos mucho en todos los sentidos, tanto física como emocionalmente; pero mi padre y yo compartíamos cosas como el béisbol, que mi madre y Bea detestaban. Él y yo no nos perdíamos nunca la Serie Mundial, por lo que pasábamos varias noches juntos sentados frente al televisor con grandes tazones de frituras y helado, nada era más importante esos días.

Era como si de aquello hubieran pasado siglos y no unos cuantos años.

Gracias a él amaba los deportes. Me gustaba acompañarlo a correr a la playa, le encantaba saberme patinando horas y me inscribió incluso a algunas competencias en las que quedaba en los primeros lugares. Jugaba conmigo cualquier cosa que implicara esfuerzo físico, y no parábamos nunca si de actividad física se trataba; ésa era la manera que teníamos de sentirnos cómplices, porque en lo demás no éramos muy afines.

Mamá y yo éramos más similares. Disfrutábamos con cosas sencillas, como ver una película, caminar por la playa durante el atardecer, cuidar sus plantas, o simplemente conversar de cualquier cosa absurda. Papá y yo empatábamos en lo inquietos, pero mamá y yo en lo extrovertidas, en lo observadoras, en los gustos, en lo… impulsivas. Debido a esas semejanzas, cuando peleábamos lo hacíamos con fuerza, aunque debo aceptar que ella lograba serenarse antes que yo, e intentaba suavizar las cosas que nos habían llevado a discutir.

En ese día, el peor de mi existencia… la reconciliación nunca llegó. Le había dicho cosas horribles presa del enojo y ella, aun después de eso, había salido a intentar tranquilizarme, y es que yo era un huracán sin control en cuanto a emociones, me costaba mucho dominarlas, someterlas; mi punto flaco siempre ha sido la impulsividad. Si cerraba los ojos, podía escucharla tras de mí, suplicando que volviera a casa y habláramos.

Recordé, enseguida, lo que había hecho hacía unas horas y me di cuenta de que una vez más me había puesto en riesgo. Con un enorme

nudo en la garganta comprendí que nada había cambiado en mí, y eso dolió aún más.

Me acurruqué en la cama, abrazando una almohada. Bea se había angustiado, mi padre también, y Luca, sin saber cómo, había logrado llegar hasta mí para detenerme, exponiéndose a que sucediera algo que no podría explicar.

Gemí agobiada.

Quería que ella estuviera aquí, que me abrazara y me dijera que todo estaría bien, como cuando algo iba mal antes, en mi otra vida.

Todo cambió tanto; solía defenderme sin problemas, nunca pasaba por alto una humillación o una insinuación, gracias a ello, me respetaban y nunca se metían conmigo, al menos no para fastidiar. Pero desde el día que ella se fue, eso también, perdida en mi tristeza, había dejado de protegerme, de defenderme. Mi carácter se tornó introvertido y comencé a perder atención en los detalles. Aprendí que mostrar las emociones no servía y que decir lo que realmente pensaba no cambiaba nada.

Escuché la puerta de mi recámara abrirse, no me volví. Era mi padre, lo supe por sus pasos pausados y fuertes. Fui consciente de su mirada clavada en mi espalda por varios segundos en los que no dijo ni una sola palabra. Cuando al fin habló, su voz era queda y triste.

—Sé que no he sido el padre que hubieras querido… —comenzó, se sentó a mi lado, sin tocarme. No me atreví a encararlo, cerré mis puños con la respiración dificultosa—. Cuando ella… murió, sentí que mi vida terminaba, pero aún las tenía a ustedes. Jamás, ni por un segundo, he pensado que hubiera sido mejor que tú fueras la que tuviera aquel accidente —aseguró.

Volteé con los ojos empañados, sollozando. Él miraba ausente algún lugar de mi habitación. Su cabello estaba despeinado y sus ojos, aún en la oscuridad, supe que estaban acuosos.

—Si eso hubiera sucedido… —Me miró serio—. No habría encontrado la manera de continuar, ¿entiendes? —Las lágrimas brotaron al escucharlo hablar así—. No sé en qué momento permití que pensaras que te hacía responsable de lo que sucedió, pero no es así. —Volvió a desviar la vista, también lo hice, turbada hasta lo indecible—. No ha sido fácil todo esto…

Desde ese día, te encerraste, yo también lo hice, y no he podido llegar a ti. Con Bea es fácil, sé cómo acercarme, sé lo que necesita todo el tiempo, tú y Elisa nunca fueron así. Son tan extraordinariamente similares que me asombra. Te veo y la veo en tantos aspectos. Lamento mucho si eso te hace sentir mal, pero no puedo evitar acordarme de ella cuando te observo. Tu carácter, tu forma de ser, tu independencia… No me da mucho margen para manejarte, para acercarme. Te amo, Sara, desde el primer segundo en que nos enteramos de tu llegada a este mundo, te amé, y, hagas lo hagas, eso jamás va a cambiar.

El llanto se apoderó de mí, no sabía qué decirle, ni cómo reaccionar ante lo que acababa de confesarme. Días, semanas, años de agonía de pronto pujaban por emerger de una manera caótica, para que pudiese tener el alivio que tanto anhelaba. De repente, se levantó con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

—Solucionaremos esto, de alguna manera lo haremos —declaró en voz baja, caminando rumbo a la puerta—. Sólo quería que lo supieras. —Cerró lentamente. Me giré con el pulso disparado, con la mirada fija en las cortinas, tensé mi cuerpo y comencé a llorar como nunca lo había hecho. El sufrimiento acumulado me sacudió sin piedad ni remedio.

Él no me odiaba, no me hacía responsable de lo que había ocurrido. Escucharlo decir que me amaba a pesar de cualquier cosa, rompió el poco control que me quedaba.

Sentí cómo mi interior se limpiaba. El llanto no cesaba, no lograba tranquilizarme por mucho que intentaba pensar que las lágrimas no me alcanzarían.

¿Sara?

Su voz llegó a mi cabeza, no pude ponerle mucha atención, sin embargo, parecía turbado. En un instante se materializó a un lado de mi cama. Escondí el rostro en la almohada, aún sin poder controlarme, presa de las convulsiones del llanto, aferrada a la funda, con fuerza.

Con delicadeza desenroscó mis dedos y sin que lo pudiera registrar, acunó mi rostro, afligido. Con movimientos suaves, lentos, rodeó mi cuerpo trémulo y me sentó sobre sus piernas. Enseguida escondí mi rostro en su camiseta, humedeciéndola por completo, aferrándome a su calor,

agradeciendo el hecho de que pudiese tenerlo porque en un momento así, sin su contacto, sé que me hubiera acabado de romper. Masajeaba mi espalda baja con suma delicadeza, besaba mi cabeza como si fuese un aleteo sutil.

Su cuerpo se sentía caliente, pero no me quemaba, al contrario, comenzaba a lograr ese efecto calmante que tanto necesitaba. Acarició mi cabello con suavidad, en silencio, sin palabras de consuelo, sin buscar detener mi llanto; se lo agradecí, necesitaba sacarlo todo, dejarme ir, no quería quedarme con nada.

Minutos después, lo sollozos cesaron y me sentí relajada entre sus brazos, descansando mi mejilla sobre su pecho, con la mirada perdida.

—¿Estás mejor? —preguntó agachando la cabeza, acercándola hasta mi rostro. Sentí su aliento demasiado cerca.

—Sí —admití. Besó mi frente y me depositó sobre la cama con sumo cuidado. Un segundo después, se hallaba frente a mí limpiándome las lágrimas con un trozo de papel. Estaba afligido por verme en ese estado.

¿Volvieron a discutir?

Preguntó con cautela. Negué sin poder hablar, ya sin llorar. Asintió relajándose.

¿Comiste?

Acepté sonriendo un poco, estaba preocupado por mí, por todo lo ocurrido en esas horas.

Qué día has tenido.

Expresó con ternura, y un tanto asombrado.

Debes dormir.

Señaló finalmente, colocando una mano sobre mi pierna, dudoso. Era evidente que aún no se fiaba, pese a verme bien.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —logré preguntar, perdiéndome en sus ojos, atenta. Mi duda lo tomó por sorpresa, se sentó a mi lado, sacudiendo la cabeza. Elevé las piernas y las envolví con mis brazos, esperando su respuesta. Me sentía verdaderamente fatigada, pero necesitaba saber.

Estaba en casa conversando con Hugo… Cuando algo dentro de mí se alteró y sólo pude pensar que era por ti. Supe de inmediato que las cosas

no estaban bien.

—Pero ¿cómo supiste que había ido en esa dirección? Y si era así, ¿por qué no simplemente apareciste en mi auto? —apunté sin comprender. Tenía, para variar, un pergamino de dudas y una necesidad apremiante de recobrarme por lo que acababa de decirme mi padre.

Torció el gesto, pasándose una mano por la cabellera ébano, dejando escapar algunos enormes rizos lustrosos.

No sabía dónde estabas, sólo lo sentía. Dejé que ese instinto me guiara, pero no podía simplemente aparecer en donde tú estabas porque no tenía ni la menor idea de tu paradero.

Me estudió cauto, con los codos descansando en sus piernas.

Sara, todo esto se está saliendo de mis manos, no sé qué está ocurriendo, pero encontraré una explicación, te lo aseguro.

—¿Qué quieres decir con que «se está saliendo de tus manos»? —musité con la voz tan baja que sabía que sólo él podía escucharme. Mis nervios estaban al borde del colapso, abrí los ojos de par en par, irguiéndome.

Eso.

Se incorporó dejando expuesta su gran altura, entreabrió una cortina, perdiéndose en el oscuro exterior.

Nada tiene sentido. Tú, yo, lo que sentimos, poder hablar por este medio contigo, sentirte, necesitarte, poder… tocarte. Sara, mis compañeros y yo hemos discutido mucho todo esto.

—¿Ellos saben que puedes estar cerca de mí?

Estaban en casa cuando te dejé ahí, escucharon todo.

—¿No están de acuerdo? —comprendí agotada.

Regresó a mi lado, tomó, inseguro, una de mis manos entre las suyas; su piel era tensa y, a la vez, firme. Dejé de respirar, absorta en el gesto.

¿Qué sientes cuando te toco?

Lo observé, confusa, arrugando la frente.

—Nada, quiero decir… todo… No sé, desde la primera vez que lo hiciste un líquido tibio comenzó a recorrer todo mi cuerpo. Es asombroso, y siempre me deja deseando más, mucho más de ti. Hay algo, yo siento que es mi vitalidad, o algo así, porque desde que apareciste fue como si

despertara, aunque sé que siempre había estado ahí, pero de pronto fue como si tuviese vida propia, como si exigiera más, como si te sintiera. Te ansía, como yo te ansío —expliqué lo mejor que pude, lo cierto es que no sabía de qué otra forma hablar de esa extrañeza.

Permaneció en silencio unos segundos, reflexivo.

—Antes de que me conocieras, ¿nunca sentiste eso? —verificó. Negué sin soltar su mano—.

Quizás es mi propia energía, porque eso siento cuando estás cerca.

—Sólo me pasa contigo. Hugo me tocó el hombro y no sentí nada en realidad. —Pestañeó reflexivo, tenso—. ¿Qué pasa? —Quise saber. Observó nuestras manos. Esperé. Cuando volvió a poner su atención en mí, su mirada era menos severa.

Ojalá lo supiera, Luna. Dime, ahora que puedo tocarte, cuando te abracé… ¿No te sentiste mal, demasiado calor? ¿Algo?

—No, es como estar cerca de algo que está en la estufa, no es molesto ni quema, sólo se siente cálido, agradable, muy agradable en realidad —expuse haciendo una mueca por mi comparación ridícula. Asintió, sonriendo por lo mismo que yo—. Luca, no soy tan inconsciente como tú piensas —expresé cambiando de tema.

¿Inconsciente?

—Sí, no soy una suicida.

No creo eso.

—Pues lo parece… Siempre que hago o digo algo crees que ésa es mi salida y no lo es. Sé que soy impulsiva, que no pienso mucho antes de actuar. De hecho, había logrado olvidar esa parte de mí, pero desde que tú llegaste, algo cambió y sentí que ese rasgo de mi personalidad regresaba. La seguridad de saberte cerca me hace sentir fuerte, capaz de enfrentarlo todo. Ya no soy la misma de hace unas semanas y me asusta, porque no quiero volver a provocar algo que tenga consecuencias funestas. Sin embargo, ya no puedo retroceder. Es como si la puerta de mi interior se hubiera abierto y ya no consigo cerrarla. Pero a pesar de todo eso y de lo que sé que soy, jamás me haría daño, no deliberadamente. Eso terminaría con mi hermana, con mi padre y ahora contigo. No soy tan estúpida ni egoísta, es sólo que a veces no tengo muy claro cómo enfrentar las cosas y

me rebelo de una forma equivocada, lo lamento —me disculpé. Necesitaba con urgencia que me creyera, que me entendiera.

¿Sabes? Creo que te llevaré tan lejos que ni yo mismo sabré dónde…

Acarició con sus yemas mis labios, despacio.

Luna, pienso muchas cosas sobre ti, pero jamás que eres estúpida y egoísta. Eres mucho más inteligente que la mayoría y mucho más generosa que el común de las personas. Cuando pienso que no puedo sentir más, inexplicablemente logras que lo haga. Comprendo lo que estás experimentando, yo estoy pasando por lo mismo. Ya nada puede ser como debía, como solía y tampoco lo deseo, pese a las implicaciones.

—¿Estaremos mal? Habrá algo mal dentro de mí. Dices que nada de esto debía ocurrir. No soy normal, ¿verdad? Quizá tú tampoco, y por eso la vida nos puso uno frente al otro —fantaseé agobiada deseando encontrar respuestas a todo eso.

Acarició mi mejilla, sonriendo de forma suave, lánguida.

Quizás ambos estamos mal, o quizá eras lo que nunca pedí, pero que definitivamente necesitaba; lo que sí sé es que tú no tienes nada malo, te lo aseguro. No te preocupes, averiguaré y sabremos qué sucede… Debo protegerte, cuidarte, no darte más problemas de los que ya tienes con mi sola existencia y cercanía.

—No debes hacer nada, sólo estar aquí, como ahora… como todos estos días. Tú no eres un problema —refuté decidida, acercando una mano hasta su cabello. Era tan fácil acostumbrarme a tocarlo, a sentirlo.

¿Lo crees? Preguntó cerrando los ojos, con voz ronca.

—Estoy segura. Nunca me he sentido más completa ni mejor en toda mi vida.

No ha sido muy larga. Me recordó. Seguía absorto en mi caricia, que ahora ya estaba sobre su mejilla, disfrutando de su barba rasurada y de la textura de su piel bronceada.

¡Dios! Disfrutaba tanto eso, que temía no poder despegar mis dedos de su ser.

—Aun así, sé que lo que queda de ella necesito vivirla contigo —confesé sin remedio; y es que pese a escucharse como una locura, como

algo absurdo, tenía esa certeza clavada justo en medio de mis pensamientos, de mi pecho. Abrió los ojos, curioso.

¿Sabes?

—Sí, lo sé. Aquí. —Coloqué una mano donde mi corazón latía—. Y aquí. —La otra en mi cabeza. Asintió torciendo el gesto, confundido.

Yo también lo sé, pero no quería asustarte al decirlo. Para variar, fuiste más allá. Admitió concentrado en mi rostro.

—Puede sonar fuera de lugar, ¿verdad? —medité con timidez. Acunó mi barbilla, y con su dedo pulgar rozó mi labio inferior.

—En cualquier otro, sí, en ti suena perfecto —murmuró. Cerré los ojos deleitada por su caricia—. Una promesa difícil, pero definitivamente era mi motor.

Sus labios, cálidos, apenas tocaron los míos en una caricia sutil, delicada, muy cautelosa, pero en la que me perdí pese a lo corta que fue.

Lo escuché suspirar.

Sonreí, mientras lo miraba complacida. Muy cansada.

—Creo que debería dormir —musité frotándome los ojos, que ardían de tanto llorar. Me recosté sin soltar sus ojos miel.

Creí que nunca lo dirías, Luna.

Pasó un dedo por mi brazo, despacio, estudiando con atención la sensación.

—Esto es magia —murmuró, absorto en su labor, observando cómo se erizaban mis vellos, y es que con su contacto explotaban mis reacciones, y estaba segura de que pese a la oscuridad lo notaba.

—¿Cómo lo vas tomando? —pregunté bostezando, pero sin poder despegar mis ojos de su hermoso rostro.

¿Poder tocarte?

Asentí.

¿Parece que tengo alguna dificultad?

Reviró con suavidad. Negué alegre.

En realidad, espero que sea algo definitivo, porque no sabría qué hacer si en algún momento ya no puedo hacerlo.

Parpadeé preocupada.

—¿Puede pasar?

Prometí no mentirte, Sara. La verdad es que no lo sé, pero es una probabilidad. Yori cree que es porque te sané y que poder hablar en tu cabeza, tocarte y estar cerca de ti puede ser una secuela de aquello, aunque no necesariamente permanente. Yo… yo no me fío.

La angustia me embargó. Lo notó enseguida.

No, yo no podría seguir sin sus caricias, sin saber que ya no podíamos abrazarnos. Mis palmas comenzaron a sudar, mi pulso enloqueció y no pude contenerlo, sentía un miedo ácido recorrer mi cuerpo. El sueño se disipó.

Se acercó hasta mi oreja, despacio, y comenzó a pasar sus labios por mi lóbulo, lentamente, con suavidad, como husmeando; lo cierto es que todo en mí se activó ante ese gesto que parecía ser inocente, y que yo sentía pecaminoso, delicioso.

¡Dios! ¿Qué era eso? Mis pensamientos se detuvieron de forma abrupta como los engranes de una maquinaria que se queda sin energía. Sólo fui consciente de él, de lo que me provocaba.

Todo saldrá bien. No sé cómo, pero haré que todo salga bien.

No, ya no pude más. De un movimiento atrapé su boca con exigencia. Él dio un respingo, pero no se alejó y en un segundo me devolvía el gesto dejándose llevar por mi necesidad, que también era la suya.

Aferré su rostro, buscando retenerlo ahí; no podía contenerme. Lo probaba, lo saboreaba. En ese instante nada importó.

Me tomó por la cintura, elevándome hasta que terminé sobre él. Una de sus manos, trémula, recorrió mi espalda con ansiedad. Con la otra se adentró en mis rizos, afianzando el contacto.

Enredé mis brazos alrededor de su cabeza y me dejé llevar. Nunca pensé que un beso se pudiera sentir así.

En algún punto, en la secundaria, con algún chico, había tenido mi primera experiencia, pero en definitiva no tenía la mínima comparación. Él me daba todo y yo lo tomaba todo. Su aliento se introducía en mi garganta y de pronto mi lengua encontró la suya. Lo escuché gemir por lo bajo, colmado de asombro.

Luca no había estado nunca con nadie, en ningún sentido, recordé sonriendo, triunfal sobre su boca exigente, pero cautelosa, pues, aunque yo

no nadaba en experiencia, me agradaba ser la primera en todo.

Sin notarlo, de nuevo mi espalda se hallaba pegada a mi cama y él sobre mí, sujetando mis muñecas, a los lados de mi cabeza, con los ojos imposiblemente dorados, respirando con dificultad.

No me atreví a moverme, admirada por lo que acababa de ocurrir. Sentía todavía su tacto por toda mi piel, mis labios estaban hinchados por su beso. Nuestros pulmones tardaron un buen rato en tranquilizarse, el deseo también.

Sara…

Susurró evaluándome, serio, pero igual de afectado que yo. Sonreí complacida, de forma pícara.

—Lo sé, con calma —repetí recordando lo que le había prometido en la tarde.

¡Por los dioses! Esto es muy fuerte, no lo imaginé.

Admitió tan turbado como impresionado.

No es sólo tu responsabilidad, yo también me olvido de todo.

Con un movimiento demasiado lento para él, se sentó a mi lado, contemplándome.

Sólo recuerda que sientas lo que sientas, me lo dirás.

—Sí —dije satisfecha. Comenzó a acariciar mi cabello con suavidad —. Besas bien —declaré para aligerar el ambiente, sonriendo, acomodándome mejor para descansar.

¿Cuentas con mucha experiencia? Quiso saber, divertido, relajándose.

—Un par de ocasiones —confesé, cerrando los ojos.

Yo no puedo, ni me interesa compararlo.

—Eso es perfecto.

Ya lo creo.

—Me gusta eso de que sólo yo pueda tocarte.

Envidiosa.

—Posesiva, pues cuando se trata de ti, no lo puedo evitar. No soportaría que alguien siquiera pasara un dedo por tu brazo.

Imagínate lo que yo siento.

Abrí los ojos, lucía contenido.

—Tú eres definitivamente el único que quiero tener cerca, y tu tacto no se compara con nada en mi vida.

Me alegro. Aceptó sonriendo, guiñándome un ojo.

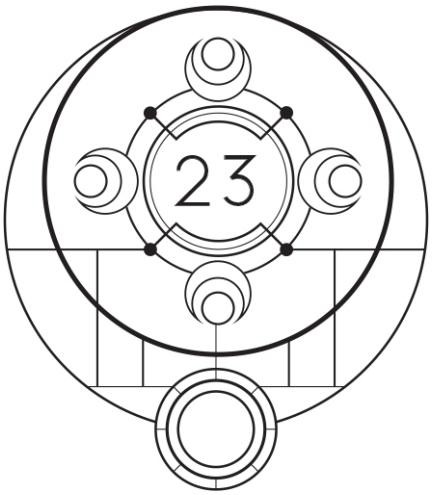
—Me debes todos los besos de la semana.

Sacudió la cabeza, riendo.

Y tú, los de meses, así que mejor descansa.

—Pagaré, lo prometo.

—Me aseguraré de ello.



Corría por un lugar que nunca había visto y que no podía ser real. Todo se teñía de color violeta en diferentes tonalidades. Huía, y no sabía de quién ni de qué. Se sentía caliente, como cuando el sol en la playa se posa sobre la piel, irritándola sin cesar.

Escuchaba murmullos, ruidos, pero no eran humanos, sólo estaban en mi cabeza. Todos hablaban a la vez, sin embargo, podía detectar enojo y furia en sus tonos.

La voz de mi madre me detuvo. Estaba de pie en la playa, justo donde las olas rompen, tenía lágrimas que surcaban sus mejillas. Me acerqué hasta ella, con miedo a que se desvaneciera, parecía tan real que sentía que si extendía mi mano podría tocarla. Miraba tras de mí, aterrada.

Sara, aléjate, aléjate, te lo suplico, esto no tiene forma de acabar bien.

Intenté acercarme, pero un muro transparente me detuvo, provocando que me diera un sentón. Volví mi cabeza hacia atrás para ver qué era lo que la tenía así. Todo el panorama violáceo se extendía como una nube a punto de tragarme. Las voces exigentes y aterradoras detrás de mí se hacían más fuertes sin poder comprender lo que decían. Giré hasta mi madre, que me observaba preocupada, desvaneciéndose.

Me levanté rápidamente, buscando evitar que me dejara.

No, mamá, no te vayas. ¡Regresa!

Sara… ya no hay mucho que pueda decirte, tomaste tu decisión, aunque aún espero que logres alejarte. Cuídate, cuídate, por favor, tu padre y Bea no lo podrán entender, estarás sola en esto.

Coloqué mis manos sobre la superficie transparente que nos dividía, temblando, negando, llena de ansiedad.

Mamá, ¿de qué hablas?

Le grité desesperada por prolongar su estancia en mi mente.

De él.

Y apuntó atrás de mí. Giré de nuevo, con urgencia. No logré ver nada, sólo un color violeta en diferentes intensidades. No comprendía qué era lo que ella veía. Cuando volví el rostro, ya no estaba. La desesperación me sacudió y comencé a golpear lo que nos separaba, intentando romperlo.

Mamá, ¡mamá!

Desperté empapada en sudor, completamente desorientada. La alarma del celular sonaba, la apagué agitada y asustada. Mi respiración era rápida, como cuando corría. Me senté en la orilla de la cama, intentando recobrarme, todavía trémula y llorosa.

Había sido un sueño, pero demasiado real y confuso. No era la primera vez que me decía eso, ya me había ocurrido dos veces más y se mostraba preocupada por mí, pero en éste parecía que ya se daba por vencida.

¿A quién veía? ¿A quién se refería? ¿A Luca? No, no podía ser, pero entonces, ¿por qué me alertaba?, ¿por qué decía que ya había decidido?

Sacudí la cabeza, intentando alejar la sensación de desasosiego, de desconcierto y pérdida. Seguramente era mi inconsciente. Tenía miedo, cosa normal, supuse. Y, por otro lado, la extrañaba mucho, ambas emociones se habían empalmado y generaban toda aquella maraña en mi cabeza. El día anterior había sido una reverenda locura.

Decidí bañarme y olvidar el asunto.

Cuando llegué a casa de Luca, ya me esperaba dentro de su camioneta, al subir sonreí complacida. En un movimiento inhumano, acercó mi barbilla y me dio un delicado beso. Aún parecía inseguro en cuanto a ello,

pero eso no lo limitó, aunque fue apenas un roce, no como la noche anterior.

—Todavía estás cansada —dijo sin retirar su atención del exterior.

—Creo que podría dormir unas cuantas horas más —acepté cerrando los ojos, recargándome en el respaldo de su camioneta. La música instrumental me envolvió, adormeciéndome.

—Luna, ya llegamos —anunció con su voz profunda. Abrí los ojos, sintiéndolos vidriosos, estaba a un par de centímetros de mí, sonreí somnolienta.

—¿Por qué manejas tan rápido? —me quejé perdida en su mirada penetrante. Pasó una mano por mi mejilla y atrapó, un segundo después, uno de mis labios entre los suyos. Dejé salir un suspiro cargado de satisfacción. Eso era más aventurado, menos casto.

—Porque moría por hacer esto —declaró con voz ronca. Respondí el gesto de manera lánguida, disfrutando su juego suave.

Abajo me tendió su mano, sonriendo, alzando las cejas divertido, claramente feliz. Disfrutaba de lo que sucedía entre ambos.

En clases, Romina y yo nos sentamos juntas. No la había visto en todo el fin de semana, quería pasar un tiempo con ella. Le dije a Luca, y sólo besó mi frente, relajado.

La hora fue divertida y extraña. Mi amiga no cesaba con su cuestionario. Le conté sólo lo que era seguro y que podía saber, pero feliz por poder compartirlo con ella. Mientras tanto, Hugo escuchaba todo desde el otro extremo del salón, tenso, sin ocultar su interés. Era imposible no notarlo. Lucía molesto y frustrado. No le di importancia, me sentía excitada, alegre y enamorada.

Caminamos, entre bromas y risas, hasta la siguiente clase. A un lado de la puerta, ya estaban mi novio y Hugo, que en algún momento se adelantó, pero no me asombré. Parecían enojados, aunque no hablaban, definitivamente estaban teniendo una discusión en su cabeza. Hugo fue el primero que me vio, logrando así que Luca girara hacia mí. Romina, al percibir la extraña situación, desapareció intimidada, porque eso provocaban; atracción y temor, la incertidumbre de su propia naturaleza.

Su compañero pasó a mi lado furioso y se metió al salón. Me quede ahí sin comprender nada.

—¿Qué ocurre? —pregunté aún con la mochila aferrada a mi hombro. Se acercó a mí, me la quitó y se la colgó despreocupado.

—Nada, ¿cómo te fue con Romina?

Algo ocultaba. Recordé que Hugo no había visto todo el evento del día anterior y que Luca en la noche me había cambiado el tema cuando le había preguntado sobre si ellos estaban molestos. Definitivamente, algo estaba sucediendo y tenía que ver directamente conmigo.

Entré tomada de su mano. Gael fue al primero que vi. Estaba sentado sobre el escritorio de la maestra mirado hacia nuestra dirección. Apretó la quijada, asombrado. Sin embargo, levantó una mano para saludarme, yo correspondí al gesto sin mucha atención.

Cuando terminó la hora, guardé mis cosas lentamente. No me había podido concentrar en la materia intentando deducir qué era lo que sucedía, además de lo obvio.

Luca me esperó, sereno, observándome intrigado, intuyendo el porqué de mi calma. Cuando al fin terminé, levanté la vista sonriente. Él ya estaba recargado en una de las mesas, evaluándome.

—¿Le estás haciendo competencia a la señora tortuga? —me preguntó sarcástico. Lo miré con inocencia—. Estuviste toda la clase inquieta, casi tomo tu cuaderno y hago los ejercicios por ti. ¿Qué quieres saber? —inquirió.

Mordí mi labio y me senté en una de las sillas, dejando salir un suspiro.

—¿Qué está pasando?

—¿De qué?

—Luca, no finjas. Tú y Hugo están molestos. ¿Es por mí? —Negó serio.

—¿Entonces? —lo apremié.

Él supo lo que sucedió ayer y es consciente de lo que ha estado sucediendo entre tú y yo. Como ya sabes, no está de acuerdo, aunque había dicho que no haría nada.

—¿Cambió de opinión?

—Sara, esto se solucionará.

Te repito, encontraré la forma de que así sea.

—Respóndeme —exigí.

—Más o menos. —Sus ojos eran oscuros y su gesto críptico.

—¿No me lo vas a decir? —deduje, me levanté. Se acercó a mí y tomó mis manos entre las suyas, observando con atención nuestra unión.

—Esto es entre él y yo. No quiero agobiarte más. Por favor, permite que yo solucione las cosas, tú ya tienes bastante.

—¿No quiere que sigamos?

—Son mis decisiones.

—¿Cómo lo sabes si nunca nadie lo ha hecho? Quizá puede contactar a alguien allá, y que todo se salga de control, que te obliguen a irte antes de tiempo.

Para que regrese a Zahlanda, debo querer salir de este cuerpo y no lo haré si no lo deseo.

—O sea que, ¿no pueden obligarte?

—Sara… —me pidió con aspecto cansino.

—¿Pueden? —exigí saber en un susurro. No quería que dejara nada de lo que era, pero necesitaba comprender mejor, adentrarme en su cabeza compleja y entender.

Siempre hay formas de doblegar hasta las voluntades más inquebrantables.

Me solté de su agarre y caminé hasta uno de los muros, nerviosa.

—¿Cómo?

—Deja esto, por favor —intentó tomar mi mano de nuevo, me quité.

—Dime, Luca, ¿cómo?

—Evidentemente tengo un punto débil.

Tu bienestar siempre será lo primero.

Pestañeé asombrada y, la verdad, un poco asustada. De inmediato me rodeó, sin dudarlo escondí mi rostro en su pecho. Por lo menos me podía sosegar de esa manera.

—Son suposiciones.

No debí decirte.

Sentí que mi mundo de nuevo peligraba.

—Hugo, ¿qué te dijo?

Todavía no sabe qué hacer al respecto. Pero si allá se dan cuenta antes de que deba regresar, las cosas se complicarían, sin embargo, no hay por que adelantarse.

—Sólo no hagas nada, ni decidas nada irreversible. Por favor —le rogué, tomando su rostro entre mis manos.

Su iris se oscureció.

—No hablaremos de eso.

—Sí, entiende. Es mucho lo que está en juego.

—No te dejaré a menos que tú así lo quieras. Ayer tú lo dijiste en la noche, tú certeza es la mía —declaró serio.

Negué asustada.

—Escucha, ya no me imagino sin ti, y lo que te dije ayer es tan real como lo que siento cuando te tengo cerca, cuando te veo, cuando te pienso. Pero no por eso arriesgarás todo.

—Tú eres mi todo ahora, Sara.

—Y tú el mío. Sólo dejemos que avance el tiempo, ¿sí? —le propuse nerviosa. No imaginaba una vida sin su presencia, era doloroso en el cuerpo, en la piel siquiera pensarlo, pero no era tonta, y él tampoco, todo cambiaría tarde o temprano, quisiéramos o no. Debía esperar, ver qué ocurría.

Asintió sereno, con la quijada tensa.

—No me mentirás —le pedí, intuyendo que de ser necesario comenzaría a omitir información con tal de no alterarme, justo como estaba haciendo en ese momento.

No lo he hecho.

—Ni me ocultarás nada —proseguí notando cómo sus ojos se carbonizaban más a cada segundo.

—Sara…

—Júralo —le exigí. Cerró los ojos, evidentemente en desacuerdo—. Luca, si vamos a estar juntos debo saber los riesgos de todo. Estoy en mi derecho.

Aceptó con un movimiento de cabeza, desganado.

De acuerdo, pero tú me creerás y lo tomarás con calma. Por favor, no quiero verte también angustiada por esto. Todo irá bien, como dices, demos tiempo.

Salimos del salón en silencio. Además de la fatiga, de lo de mi padre, todo respecto a él me agobiaba.

—Por cierto, felicidades.

«¿De qué», pensé, perdida. Íbamos bajando las escaleras cuando hizo ese comentario, tomándome por sorpresa.

—Cumplo años hasta dentro de una semana —señalé, era evidente que deseaba cambiar el tema y que anotaba mentalmente la nueva información.

—¿Qué día? —preguntó relajado, incluso juguetón.

—El 2 de octubre. Pero evidentemente no me felicitabas por eso —deduje.

Llegamos hasta el primer piso y me detuvo en el último escalón, mientras él bajaba ese peldaño. Quedamos casi a la misma altura, aunque aun así me sacaba unos cuantos centímetros. Me tomó por la cintura, acercándome a su cuerpo. Sonreí ante el gesto. Era tan sencillo acostumbrarme a tenerlo cerca, a que me tocara.

—Te aceptaron en la universidad —susurró con ojos dorados.

—Ni siquiera lo recordaba —acepté, posando mis manos en sus hombros.

—Tenemos que celebrar —señaló recargando su frente en la mía.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

De repente me separé un poco.

—Luca, ¿qué pasará con nosotros si voy?

—Si lo deseas, estaré donde tú estés.

—¿Lo harías? ¿No es muy frío?

—Sí, pero me las puedo arreglar —le restó importancia.

Le di un beso fugaz y es que su boca me llamaba a cada segundo. Sonrió complacido.

El timbre nos sacó de nuestra burbuja, donde yo acariciaba su cabello, y él mi rostro; donde nos murmurábamos palabras dulces, intercambiando

miradas cargadas de anhelo, de promesas, de deseo, ahí en medio de los estudiantes, de aquel lugar que era testigo mudo de lo que en realidad sucedía entre ambos.

En la clase posterior al segundo receso, ésa en la que teníamos un trabajo juntos, no teníamos nada que hacer puesto que nosotros ya habíamos acabado lo requerido; bueno, en realidad él, porque lo que era yo debía ponerme a hacer tareas, tal como recordé que el viernes había decidido.

Adormilada debido al calor, al sueño, lo seguí por los pasillos, hasta que llegamos a un lugar escondido, silencioso, solo. En cuanto se cercioró de no ser visto, me rodeó. De repente estábamos en su recámara, lo supe porque me soltó con cuidado.

—¿Qué hacemos aquí? —Quise saber, desconcertada.

—Creo que te quedarás dormida de pie, Luna, pensé que ver la televisión y tumbarte un rato no te caería mal. —La frescura del lugar, la soledad, todo me pareció perfecto.

Enredó sus dedos entre los míos, guiándome hasta uno de sus enormes sillones. Prendió la pantalla sin siquiera tomar el control. Sacudí la cabeza sonriendo.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté.

—Sólo se lo pedí —declaró con simpleza.

Sin dar más explicaciones, se recostó sobre el mullido sofá para tres y me jaló hasta su cuerpo. Era ancho y ambos cabíamos sin problema. Reí desconcertada, una rareza más.

—Ahora quieres que durmamos juntos, ayer ni me rozabas la nariz —bromeé.

Entornó los ojos.

—No me acostaré en otro lugar, aunque me lo pidas. —Apretó con dulzura mi cintura.

—No te lo iba a pedir —dije lánguida.

Me acurruqué a su lado, recargando mi cabeza en su pecho cálido. Dejé salir un suspiro, complacida, se sentía delicioso.

Sintonizó *Animal Planet*, después de estarle cambiando sin parar por más de cinco minutos. A mí en realidad no me importaba, el compás de su

respiración, su cuerpo tibio y su cercanía, me habían sumido en una inigualable paz. Los párpados comenzaron a pesarme y enseguida caí profundamente dormida.

Desperté acalorada. Elevé el rostro despacio, él también dormía. Abrí los ojos de par en par, asombrada.

Nunca lo había visto así, y lo cierto es que no me lo había podido imaginar haciendo algo tan humano, tan común. Era hermoso. Tan relajado e indefenso que no pude más que admirarlo. Sus pestañas espesas mantenían sellado ese calor que tanto quería. Observé su boca, grande y bien torneada. Su nariz recta y en perfecta simetría con su cara.

Volví a recargar la cabeza en su pecho, disfrutando del momento, a pesar del calor que sentía no quería quitarme de ahí. Me quedé viendo el final del programa.

De repente recordé la conversación que tuvimos en la orilla de la alberca apenas hacía un día. Si yo le decía lo que me ocurría, él me diría su nombre real. La idea de saberlo rompió mi tranquilidad.

—Por los dioses… Eres inquieta —musitó con voz aún somnolienta.

Levanté el rostro para ver cómo se desperezaba. No pude evitarlo y le di un beso en los labios, ansiosa. Lo tomé por sorpresa, por lo que tardó en reaccionar. Sin más ya estaba sobre él, sintiendo cómo su lengua dulce invadía mi boca con suavidad, pero sin dudar. Cuando creí que ya no podía más, sujetó mi rostro y me separó de él, agitado.

—Esto… Luna, no me lo pones fácil —logró decir trémulo. Sonreí pícara—. Eres perversa, pero por los dioses que así me fascinas —admitió completamente despierto, rozando mi nariz con un dedo.

—Me prometiste algo y no lo has cumplido.

Antes de que acabara la frase ya estaba sentado, y yo también. Frunció el ceño rascándose la nuca. Su cabello lucía igual de perfecto que siempre. ¿Cómo lo lograba? Me encontré curioseando.

—Eso es grave —expresó entretenido, con su voz gruesa.

—Lo es, porque prometiste que si yo te decía lo que me ponía triste, me dirías tu…

En ese momento comprendió, lo supe por su mirada más aguda, sagaz. Sacudió la cabeza sonriendo.

—Mi nombre —completó. Asentí sonriendo.

—Es lo justo y yo cumplo mis promesas. ¿De verdad quieres saberlo? —preguntó entornando los ojos. Bromeaba, ya lo conocía para saberlo. Me crucé de brazos enarcando una ceja.

—Luca, dilo —lo presioné.

Recargó con su típico desgarbo la espalda en el sillón. Torciendo los labios en lo que parecía ser una sonrisa, pero que encerraba cierta inseguridad.

—Ilyak —soltó sin darle más vueltas.

Lo miré desconcertada.

—¿No te gustó? —Quiso saber cruzando una de sus piernas, sonriendo ante mi reacción; y es que era muy extraño, igual que el nombre de su planeta. De dónde los habrían sacado, me pregunté.

—No, no es eso, pero no sé si podría decirte así.

—No tienes que hacerlo, para ti soy Luca. Me gusta cómo lo pronuncias.

—Entonces… Ilyak —repetí saboreando esas letras conjugadas en mi boca.

En ese instante, tomándome desprevenida, una lluvia de partículas inexistentes se adentró en mi cuerpo de forma urgente, adhiriéndose sin permiso a cada átomo y célula. Gemí. Pude sentir sin esforzarme que algo tomaba sentido dentro de mí, como si la última pieza de un rompecabezas se hubiera armado de pronto. Abrí la boca, azorada, pero no pude usar la voz durante varios segundos.

Él, erguido ahora, me miraba con los ojos bien abiertos, arrugando la frente, un tanto confuso.

—¿Lo sentiste? —Quise saber, desconcertada, un tanto agitada cuando al fin pude hablar. Asintió acercándose a mí, preocupado—. ¿Qué fue? —le pregunté mordiéndome el labio. Mirando hacia los lados.

—¡Por los dioses! Mi nombre en tu boca es casi como besarte —declaró en *shock*, y temblando acarició con su dedo mi labio inferior.

—Me gusta —admití aún desconcertada.

—Imagínate a mí.

Le di un beso suave y luego me recargué, turbada, en su pecho. Enseguida su brazo me rodeó, acomodándome.

Una vez de vuelta en la escuela, me acompañó a la mesa donde estaban las que solían ser mis amigas, aunque nunca las había considerado así en realidad, también estaban Gael y Eduardo. Romina sonrió al verme, me importaba poco lo que pensaran los demás, yo quería estar con ella, así que eso haría.

Lo cierto es que Lorena y Sofía no parecían molestas, incluso prosiguieron con su conversación incluyéndome sin problema. Alcé las cejas sin dar crédito, pero me adapté sin hacer aspaviento.

Hablaban sobre una fiesta, a la que definitivamente no iría, no estando tan reciente lo que había sucedido en la anterior. La mirada insistente de Gael comenzó a incomodarme, pero decidí no darle importancia. Romina hablaba sin parar y yo la escuchaba, riendo.

Cuando el timbre sonó, él me detuvo esperando que los demás se alejaran. Romina me hizo señas, dándome a entender que me veía afuera. Me solté, dando un paso hacia atrás, cruzándome de brazos.

—¿Qué sucede? —lo cuestioné.

—Entonces, ¿es cierto? Luca y tú…

—Somos novios —completé.

—Pensé que podía llegar a tener una oportunidad contigo, pero bueno, sólo quiero que sepas que te deseo lo mejor —dijo. Lo miré confundida por su nobleza, sonreí.

—No me casaré, pero gracias. —Iba a girarme cuando tomó mi barbilla y me acercó a él. Le quité la mano enseguida, molesta. No se inmutó.

—Eso no implica que deje de luchar por ti. Te juro que a la mínima equivocación de su parte, aprovecharé para acercarme a ti —declaró.

—Gael, deja esto, sólo te lastima y no me gusta. Yo lo quiero y eso no tiene nada que ver contigo.

—Él y tú apenas se conocen, muchas cosas pueden pasar —señaló con suficiencia. Me contuve de rodar los ojos. No quería herirlo, de verdad, pero no me gustaba su insistencia.

—Lo que tú digas, yo ya te advertí.

—Ya veremos. Luca no me da mucha confianza, hay algo raro en él.

Con un ademán lo ignoré. Ya no quise seguir escuchándolo, me importaba muy poco lo que creyera.

Salí de prisa. Romina me esperaba recargada en una pared blanca junto a unas escaleras.

—¿Todo bien? —Quiso saber camino a clase.

—Sí y ni una palabra de esto en la clase. —No quería que Luca escuchara nada sobre lo que acababa de ocurrir, no tenía sentido.

—¿Es muy celoso? —La detuve en el pasillo, asegurándome de no estar cerca de él, aunque en realidad no sabía el alcance de su audición.

—Romina, no se trata de eso. Gael no entiende que yo no siento nada por él y no debe ser agradable para Luca saber que sigue insistiendo —le expliqué exasperada.

Mi amiga asintió.

—¿Eso te dijo?

—Sí, dice que esperará una equivocación de su parte, para actuar. —Lo imité—. Es dramático, igual debe haber visto *Romeo y Julieta*.

Silbó impresionada, riendo.

Llegué a clase después de haber pegado una corretiza gracias a que el timbre ya había sonado. Él aún no estaba, me senté y al poco tiempo ingresó junto con Florencia. Me miró sonriendo, desconcertado, y se acomodó donde solía hacerlo, lejos de mí. Ambos buscábamos no parecer un par de siameses, aunque era difícil.

Durante la hora le conté a Romina lo que había sucedido con mi padre, mientras me ayudaba con un programa de la computadora que no comprendía, era de diseño y ya saben, soy malísima en eso.

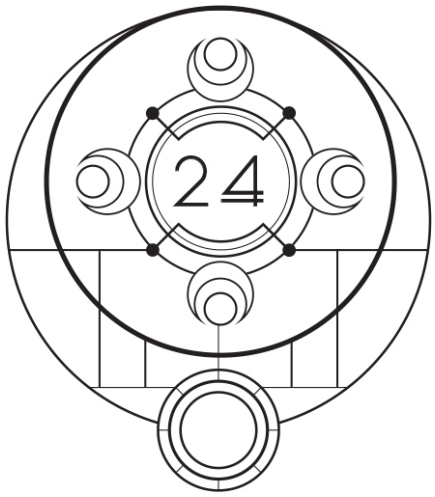
Parecía tan enojada con papá que, sintiendo el nudo en la garganta, le dije lo que había sucedido por la noche cuando entró a mi recámara. Enseguida, importándole poco la clase, me abrazó. Nadie se fijó en ese gesto, ni siquiera el profesor, ya que estaba absorto con uno de mis compañeros a varios metros de distancia.

—Sabía que esto era un malentendido.

—Aún no lo sé, han sido muchas cosas, mucho tiempo.

—He sido testigo de cada una, pero es tu padre y… también ha sufrido mucho con esto. —Me hizo ver con dulzura.

Asentí, viendo de nuevo la pantalla. Tenía razón, pero todavía dolía.



Ya en la camioneta de Luca, me dio una paleta de las que solía regalarme; sonreía relajado mientras la metía a mi boca.

—¿A dónde quieres ir a celebrar?

—Donde haya comida, algo así como una pizza enorme —pedí entusiasmada por la sola idea. Rio asintiendo.

Ya sentados en el restaurante, me observó con intensidad.

—Me alegro de que las cosas entre tu padre y tú estén mejorando.

Nos había escuchado, comprendí.

—Eso espero —admití dándole un trago a mi refresco, pensativa, ese tema era algo escabroso aún.

—Así será, sólo es cuestión de tiempo. —Acercó sus dedos a los míos, los entrelazamos atentos al gesto. Era asombroso que apenas hacía unas horas habíamos descubierto que podíamos tocarnos y ahora, ya no imaginaba una vida sin eso.

—Puede ser que tengas razón… Ya veremos —sacudí la cabeza, fijando la mirada en la buganvilia que estaba a unos metros y que adornaba el lugar. Demasiadas cosas en pocas horas, pero parecía que mi mundo giraba y giraba, y ya no planeaba detenerse.

—Sara, supe lo que te dijo Gael —soltó de pronto. Posé mi atención en su rostro, seria.

—Nos escuchaste… —hablé después de un rato. Frustrada. Tal parecía que la privacidad no existiría aquí, comprendí vencida.

—A ti no, a él. Venía hablando con Eduardo a unos metros de mí cuando íbamos a clases. No pude evitarlo, de hecho, lo dijo para que todo los que estuviesen alrededor lo supieran. —No lucía enojado, tampoco sorprendido, pero sí intrigado.

Bajé la mirada hasta lo que quedaba de mi pizza. Eso era incómodo.

—No quería que te molestaras… No hay necesidad —murmuré.

Elevó una de sus grandes manos hasta mi rostro y levantó mi barbilla, enseguida me topé con sus ojos miel, pestañeé un tanto nerviosa. Sonreía.

—No estoy molesto, no haré una escena, Sara. Lo que pasó aquel día que casi pierdo el control con Gael, fue porque no toleraría que nadie te lo hiciera, no es él específicamente.

—Pero ayer dijiste que te pones celoso. No quiero hacerte sentir eso, es… horrible. —Recordé la sensación desagradable de hacía unos días con respecto a él y Florencia. Acarició mi mejilla con ternura.

—Eso no lo puedes evitar, pero ten un poco de fe en mí, no lo agrediré ni haré ninguna tontería, incluso aunque eso sea lo que intenta. Lo que me duele de esto, en realidad, es que me creas capaz de hacerlo y que no me lo pensabas contar por miedo a mi reacción, no porque significara poco.

—Luca, yo… no sé cómo lo tomaría si fuera al revés.

—Pero no lo es, y si tú deseas que no te oculte las cosas, entonces tampoco lo hagas, no si las consideras importantes, no por ese motivo —pidió con simpleza, posando su mano en mi brazo; se veía afligido y pensativo.

—No lo hago.

Asintió, tomando de nuevo su tenedor. Él había pedido una pasta.

—¿Te incomodó mucho? —Quiso saber metiéndose un bocado a la boca. Torcí los labios.

—Es insistente.

Asintió, mientras masticaba.

—Yo lo sería en su lugar —admitió un segundo después—. Pero quizás es importante que seas más clara —sugirió con tranquilidad, limpiándose con la servilleta la boca, que no tenía ni una mancha.

—¿No estás enojado?

—No me parece divertido su atrevimiento, ni tampoco me hace brincar de la emoción. Pero no, no estoy enojado, no contigo.

—¿Con él?

—No, Sara. Gael está haciendo lo que cualquier humano haría y lo que harán muchas veces en el transcurso de tu vida otros hombres.

—¿Entonces?

—Me enoja no poder ser como él, no poder ofrecerte la vida que alguien, quien fuera, podría y que yo… nunca podré —murmuró circunspecto.

—Si vamos a Vancouver, ¿no es muy frío para ti? —insistí haciendo a un lado mi plato, sin hambre. Hablar de lo que realmente era, hizo que recordara eso. Observó mi gesto.

—Puedo arreglármelas mientras haya sol diario, además puedo ir y venir sin problemas, ¿lo olvidas?

Cierto. Aun así, estaría la mayoría del tiempo ahí.

—Lo sé, es sólo que el invierno es fuerte y el clima no tiene nada que ver con éste, únicamente en verano.

—Nosotros no podemos estar en un lugar como Groenlandia, por ejemplo, en donde hay tan poca luz la mayoría de los meses del año, pero Vancouver no es problema, mis «expediciones» tendrán que ser más continuas, nada más.

—¿Qué tan continuas?

—¿Qué sucede, Sara? Si deseas ir sola, no pasa nada. Lo sabes. El que estemos juntos no significa que no puedas hacer tu vida.

Era evidente que la sola idea no le agradaba, a mí tampoco, era tan incierto todo entre ambos que no podía darme el lujo de desperdiciar el tiempo a su lado porque sin certezas, no hay nada por sentado, y el presente se torna más apremiante, más importante.

—¿Podemos irnos? —le pedí de repente. Asintió sin objetar, pidiendo la cuenta. No volvimos a hablar hasta que subimos a la camioneta.

—Ahora sí me vas a decir qué sucede en esa cabecita tuya. —Ya estaba en marcha el motor.

—Luca, escucha, sé que si fuera necesario tú dejarías muchas cosas por mí, por lo que sentimos, por nosotros. Eso me aterra, tú eres indispensable para los tuyos, y ruego que no sea necesario. Pero entonces creo que lo justo es que, por lo menos, yo ceda un poco.

—No te sigo —aceptó rodeando una rotonda.

—Luca, no iré a Vancouver, no si puedo estudiar en cualquier otro lugar que te implique menos desgaste.

—Tú irás a Vancouver —sentenció autoritario. No tenía ni idea de a dónde íbamos, lo cierto es que me daba igual.

—No puedes obligarme —lo reté desafiante, cruzando los brazos. Cerró los ojos unos segundos.

—No, no puedo, pero no permitiré que dejes tu sueño por mí.

—Sólo comprende, no me molesta.

—Dije que no. Tus años de existencia son tan pocos que no me lo perdonaría, no dejarás nada por mí, ni abandonarás aquello por lo que tanto has luchado. No.

—No estoy de acuerdo —refuté irritada.

—Lo lamento, pero en eso no cederé ni un ápice. Aquí el ajeno soy yo, el que no puede brindarte normalidad soy yo. No puedo permitir que, además, hagas esto.

—¿Normalidad? Yo no veo nada anormal ahora mismo. Peleamos como dos novios, nos besamos como dos novios. Sólo que no toleras el frío. No pasa nada, quiero estudiar, no importa dónde, y lo haré.

—No cambies las cosas. Sabes que no hay normalidad entre tú y yo, aunque lo deseáramos. Y sí, no tenemos idea de cuánto durará esto, lo que crece cada maldito segundo entre ambos, lo cierto es que te has convertido en mi mayor certeza, en mi lazo con la cordura, en mi mente, en mis sentimientos. Sara, discúlpame, eso no tiene nada de normal, no en tu mundo, no en el mío. Así que deja eso ya —pidió mirándome mientras estábamos en un alto.

Bufé frustrada.

—Sé que pasaremos mucho tiempo juntos, no sólo un momento, como pareces insinuar.

—No lo insinúo, sé muy bien lo que deseo, lo que quiero. Eres tú sin tiempo, sin lugar, sin nada, salvo tú, pero no soy tonto y entiendo más de lo que crees, pese a no pertenecer a tu especie. Las cosas a veces pueden dar un viraje que no planeemos, sin embargo, te aseguro que de seguir tú y yo, como ojalá suceda, no me iré de aquí. Así que por mí no te detengas. Ve a Vancouver.

—Quieres decir que si llega el momento de irte, e hipotéticamente seguimos juntos, pese a que yo sea muy mayor y tú luzcas como un chico casi adolescente, no te irías. No me lo creo.

Me miró de soslayo, tenso. Sabía que ya estaba muy enojado.

—Lo que siento por ti no tiene que ver con tu cara, que lo admito, es hermosa, pero no es lo que genera esto con lo que he vivido los últimos meses. Lo que entiendo es que si yo no luciera como luzco, entonces no existiría esta situación. ¿Es así?

Rugí furiosa.

—¡No digas eso! Claro que no, y lo sabes. Lo que siento va más allá de mí, de mi razón, de mi entendimiento. No es tu cara de revista lo que me tiene así. ¡Agh! Hay veces que no te aguanto —solté sin pensar, pero no se inmutó.

—Entonces aceptas que no es normal lo que aquí sucede. Y no, no me iría. Eres parte de mí.

—No podría retenerte —admití turbada.

—Me quedaría de todas maneras.

—Entonces yo no permitiría eso, ni por un segundo dejaría que vivas siglos con esa decisión por unos años a mi lado. No. —Hice una pausa, con la respiración entrecortada, él no dejaba de conducir, aunque ya bajaba la velocidad—. Si descubren todo antes, o no lo descubren jamás, y tú debes regresar a asumir tu puesto, estaré bien, Luca. Lo tendré que asumir, aunque te quiera de esta manera desesperada. A fin de cuentas, yo moriré…

—No empieces —bramó con amenaza impresa en cada nota, deteniéndose en el costado de una calle. Apagó el motor y giró hacia mí

con ojos oscuros.

Ahí íbamos de nuevo. Pero no me importaba cuántas discusiones tuviéramos, jamás me quedaría con lo que realmente pensaba, con lo que creía fehacientemente que era lo correcto.

—No empiezo, es la verdad, Luca. Yo moriré, si todo es perfecto, a los 80 o 90 años, ¿y después? En el caso de que siguiéramos juntos, cosa que aún no logro acomodar en mi mente pero que no soportaría que fuera de otra manera, ¿tú, qué? ¿Qué será de ti? Piensa un segundo, maldita sea. No podrás regresar a tu planeta y si lo haces, ¿en qué condiciones sería? —argumenté.

Sus nudillos se blanqueaban debido a la tensión, no apretaba el volante puesto que lo hubiera deshecho si deseaba, pero toda su postura me decía que estaba entrando a terrenos no muy gratos. Me importó poco.

—Lo que pase después de que tu corazón deje de latir, es mi problema —declaró tajante. Abrí la boca, encrespada.

—No, no lo es. ¿Cómo crees que viviré siendo consciente de eso? Verte cada día y saber que planeas renunciar por mí a tu pueblo, para lo que fuiste creado y concebido.

—Ésas serían y son mis decisiones, Sara, sólo mías, tú vive el ahora, tal como lo has propuesto, tal como debe ser porque no hay nada que puedas decir. El futuro se puede calcular, pero no controlar. —Estaba rabioso, sin embargo, ésa era una conversación que necesitábamos tener.

—Bien, tú haces eso porque son tus decisiones, entonces lo mismo te digo, no iré a Vancouver, no lo haré, está decidido —espeté, fijando mi atención en el exterior.

Estábamos frente a un parque donde había varios pequeños jugando con sus madres. El lugar no era muy arbolado, pero sí lleno de juegos y gente sonriendo, pero ni eso lograba distraerme.

—Sara, basta, no hagas esto —me pidió agotado. Volteé seria y también molesta.

—¿Qué, Luca? ¿Qué hago? Estoy pensando en los dos. La universidad es un mínimo detalle de todo esto y lo sabes. No quiero que contemples ni siquiera la posibilidad de dejar tu cargo allá, no por mí —le supliqué de pronto. Eso, en especial, me turbaba de una manera enferma, porque no

deseaba separarme de él jamás, pero esa palabra era absurda y no la usaría, no quería.

—Lo hago.

—¡No! —chillé medio histérica.

—Deja esto ya, no tiene sentido —pidió hermético.

No podía. Era como un caudal que no lograba contener. Por mucho que lo quisiera, que lo ansiara, que lo deseara, para mí no era tan fácil asumir todo sin cuestionar, sin preguntar, sin hacer hipótesis, sin pensar en todas las opciones que mi cabeza pudiera contemplar.

—Sara, ¿piensas que si no estuviera absolutamente seguro de lo que siento te estaría arrastrando a toda esta locura? ¿Piensas que no he evaluado todo lo que me estás diciendo, que no he contemplado la posibilidad de desaparecer de tu mundo y permitirte tener una vida normal? —El color se me fue del rostro y mis pulmones se comprimieron —. Sí, sí lo he pensado, pero no lo haré, no mientras no me lo pidas, porque lo que siento por ti va más allá de mi propio entendimiento, de mi propia condición. Así que detén esto, detenlo ya. Sé que no puedo contestarte muchas preguntas, que tienes dudas y miedo. Yo también, demasiado, y así como te juro que no permitiré que nada te pase, así también te juro que no habrá nada que pueda alejarme de ti, salvo que tú así lo quieras.

—Luca, no quiero que me odies —logré decir al fin con la voz cortada.

Se alejó más de mí dándome espacio, con gesto confuso.

—No hay forma de que eso ocurra.

—Sí, sí la hay. Los conflictos con Hugo, con Florencia. El peso de tu decisión si llega a darse el momento, todo junto hará que me odies. No vives, incluso ahora, lo que tendrías que vivir en aras de que yo sí lo haga. Te alejas cada vez más de lo que es tu lugar para estar a mi lado. —Sus ojos se oscurecieron de nuevo—. ¿De verdad crees que valgo tanto la pena como para vivir sin ser lo que eres? Y si las cosas avanzan, ¿de lo que debes ser?

—¿Qué intentas decirme, Sara? —me preguntó con voz ahogada.

—Eso, Luca, sólo eso. Contéstame.

—Sí, sí vales la pena para eso y mucho más —dijo sin titubear.

Asentí mirándome las manos.

—No quiero arruinar tu vida —admití al fin. Mis ojos se empañaron sin poder evitarlo. Tomó mi barbilla y la acercó a él.

—No hay forma de que eso suceda, eres la luz en la oscuridad, eres el motor por el que existo, eres todo lo que jamás pensé encontrar —declaró con vehemencia.

Lo abracé, disfrutando de poder hacerlo y de conocer la impotencia que se sentía no poder tocarlo. Me rodeó con cuidado, dejando sobre mi espalda caricias suaves.

—Tienes razón en todas tus dudas, y aunque quisiera, no tengo respuestas para ellas. Por el momento, te suplico que no te presiones con eso. No te odiaré ni me arrepentiré de nada, confía en mí, sé lo que te digo —aseguró. Me separé de él, quitándome las lágrimas. Tomó mi rostro y me observó, estaba a un par de centímetros del suyo—. ¿En serio me dejarías con tal de que yo no tomara esa decisión?

No pude responder, lo quería tanto para mí, como su felicidad, su tranquilidad.

—También quiero que seas feliz —acepté mirando el dorado de sus ojos mezclado con limón.

—Suena exagerado, pero mientras eso que hay dentro de ti exista, así será… —Un segundo después apresó un labio entre los suyos. Me sentía inmóvil y completamente su presa. Permití que marcara el paso e hiciera lo que quisiera. Me daba igual, yo sólo necesitaba estar a su lado. Atrapó mi otro labio y también lo probó con su lengua cálida. De pronto, sentí ambos labios posados sobre los míos, degustándolo, robando todo de mí. Gemí devolviendo la invitación.

Eres tan valiente.

Susurró con su frente de nuevo en la mía.

Es porque te siento.

Ambos nos quedamos paralizados. Yo no había hablado, no con la boca, sin embargo, eso era lo que iba a contestarle.

—Lo lograste —musitó asombrado, alejándose, abriendo de par en par los ojos.

—Pero… no sé cómo —acepté todavía en *shock*.

—No importa, lo sabremos pronto.

—Tengo miedo de todo esto —solté con sinceridad. Y es que lograr comunicarme sin usar mis labios terminó por derrumbar mi poco aplomo. Ni siquiera podía recordar mi vida una semana atrás. Me sentía justo en medio del ojo de un huracán potente y aniquilador, con la certeza de que después de su paso nada quedaría en pie.

—Lo sé y quisiera decirte que no hay necesidad, lo cierto es que te juré hablar siempre con la verdad y no sé lo que ocurrirá.

Me separé de él; necesitaba pensar con claridad, cosa que difícilmente sucedía cuando estaba cerca, porque cuando me tocaba, me resultaba imposible. Necesitaba saber más, así que continué inhalando todo el oxígeno que requería.

—Luca, hay cosas que no comprendo, algunas me dejan con más dudas. Quiero saber cómo ha sido para ti el tener que vivir aquí. Necesito entenderte. Conocerte más.

Tomó aire asintiendo, fijando su atención en el exterior.

—Hablemos de eso, entonces. Para empezar, nosotros actuamos bajo otros parámetros, desde otras creencias y posturas. Es por eso que su dualidad no deja de sorprendernos y confundirnos: amar y odiar, reír y llorar, dar y quitar. Es demasiado… Con ustedes nada está escrito, nada está dicho, eso los vuelve seres intensos y más complejos de lo que piensan. Viven con pasión, con fuerza, y nosotros no contábamos con eso. Sus cuerpos manifiestan de una forma única las emociones que proyecta su energía. Su tiempo de vida es tan increíblemente corto que no pierden el tiempo con facilidad, ya sea para hacer el bien o hacer el mal.

Cada una de sus palabras me adentraban en su mente de una manera hipnotizante, agradable.

—Cuando llegamos aquí hace dos décadas, Hugo, Florencia y yo no teníamos ni idea de con qué nos toparíamos. Pero si he de ser sincero, no nos importaba mucho, siempre nos hemos sentido superiores en diversos aspectos a muchas especies, y ustedes no podían ser la excepción. Yori mandó información durante un tiempo para que nosotros la estudiáramos sin decirnos exactamente a donde iríamos, ni quien era él. Nos enseñaron a adaptarnos, a diluirnos y a no intimar.

Acomodó uno de mis rizos tras mi oreja, sonriendo al notar lo absorta que estaba con la conversación.

—No puedo decir que el entrenamiento haya sido malo, al contrario, pero en mí no fue suficiente. Crecí siendo consciente de lo que tenía que ser, de lo que tenía que hacer y de qué jerarquía tenía sobre mi pueblo. Soy un «Hichica», hijo de uno de los tres con jerarquía más alta entre los nuestros. Hugo y Florencia están a mi lado desde el primer momento. Desde que fuimos concebidos, estábamos destinados a ser parte de «El Triángulo», como solemos llamarlo. —Hizo una pausa, reflexivo—. Nos enseñaron a pensar en sincronía, a apoyarnos unos en los otros, dependiendo de nuestras aptitudes. Mi control, mi temple y mi inteligencia son mis mayores herramientas. Aprendí a desarrollarlas a conveniencia de los nuestros. Desde que tengo memoria, se nos dijo que llegado el momento saldríamos de ahí y tendríamos que refugiarnos en un lugar ajeno y desconocido.

»Eso, como ya te dije, debe suceder, es parte de mi condición. Al llegar a la Tierra, paradójicamente, fue a mí al que más trabajo le costó adaptarse. Mi inteligencia es directamente dependiente de mi pueblo, así que la adaptación, tal como ustedes la conocen, no me fue fácil. Su forma de vida tan estruendosa, tan de prisa, me desconcertaba e irritaba. Flore y Hugo, en cambio, no; al principio los sacó de su centro, pero pronto encontraron formas de diluirse y aprovechar lo que este mundo les ofrecía, tal como debía ocurrir. Lo cierto es que el hecho de que su tiempo fuese tan diferente al nuestro, tampoco me ayudó. Todo pasaba tan despacio y rápido a la vez que me confundía.

»El primer lugar a donde llegamos fue a la India. Suficientemente grande, demasiada gente. Ideal para nosotros. Pero pasé casi los cinco años sin conocerla, Yori había adquirido una casa en un lugar muy agradable, aunque muy ruidoso. Prácticamente no salía de mi recámara intentando mantener la calma dentro de mí. Ahí fue donde comencé a leer y a encontrar en la música tranquila un poco de paz y serenidad.

»En ese tiempo no estudiamos, nos dedicamos a conocerlos y a adoptar sus hábitos. Tener un cuerpo de la noche a la mañana puede ser muy frustrante, no hay tanta libertad, no hay tanta intimidad, nos sentíamos

torpes y muy limitados. Había ocasiones en que me transportaba, sin poder evitarlo, a lugares completamente desconocidos… Sin embargo, con el tiempo, fuimos aprendiendo a dominarlo. Comer, dormir, reír, correr, caminar… tocar. —Enredó su mano en la mía, observándola—. Fue tan frustrante y complejo al principio, pero gracias a Yori, que ya manejaba su cuerpo a la perfección y conocía el planeta entero, pudimos comenzar a vivir.

—Suena muy duro todo eso —musité asombrada.

—Sí, al principio sí. No es que extrañara a mi pueblo, no de la forma en la que tú los extrañarías, pero era como no ser nada de repente. Mis pensamientos y creencias, en particular los míos, están íntimamente ligados a las necesidades de ellos. Me sentí muy perdido. Pero con el tiempo pasó. Yori me abasteció de todo lo que creía me haría la vida más fácil y comenzó a enseñarnos todos los idiomas, su historia, su composición, las diferentes formas de comportarse según la cultura, de vestirse, de andar, de pensar.

»En esos cinco años llenó de información nuestro cerebro y nos mostró cómo podíamos utilizar nuestras habilidades a nuestro favor, para así dominar a nuestra mente. Nuestro siguiente destino fue Portugal, ahí ya nos integramos por completo al mundo. Nos matriculó en la escuela y comenzamos a vivir realmente entre ustedes. Fue fácil en realidad, la gente allá es más tranquila y mucho menos ruidosa. Vivimos ahí otros cinco años, aprendiéndolo todo. Las personas, en general, no se nos acercaban si nosotros no lo hacíamos y como no estamos aquí para eso, no había mayor problema, además, contando con Hugo y Flore era evidente que no necesitábamos intimar con nadie.

»Pronto Hugo comenzó a meterse a torneos donde hacía gala de nuestras habilidades. Flore llenó sus espacios haciendo esencias y aprendiendo de jardinería con Yori; y yo me dediqué a leer, a conocer los diferentes lugares a los que podía acceder sin despertar sospechas, a ir a conciertos de música clásica, exposiciones, me empapé de su mundo de esa forma, así que sí, yo soy el «intelectual» —aceptó con timidez.

Sonreí intentando comprender la soledad en la que debieron haber vivido y lo difícil que tuvo que ser pasar por todo aquello.

—Después Hawái, Laos y… aquí. Cuando entré al colegio apenas habíamos llegado hacía unos días.

—¿Por qué cada cinco años?

—Porque es el tiempo suficiente para no despertar sospechas, para no crear raíces ni vínculos, es decir, para no hacernos parte de algo. Claro, eso según mi pueblo, pero ya descubrimos que no es así.

—¿De dónde obtienen dinero? —Quise saber. Su estilo de vida era caro, mucho.

—De la bolsa. Yori llegó aquí mucho antes, hace casi ochenta años. Él estudió su modo de vida, así supo cómo obtener el dinero que necesitaba. Al principio tuvo negocios de diferentes cosas, pero con el tiempo se dio cuenta de que no era seguro y sí muy esclavizante. Por ello, comenzó a comprar acciones de diferentes empresas que sabía le harían ganar dinero seguro sin la necesidad de él dar la cara. Las computadoras del estudio permanecen casi todo el tiempo encendidos. Desde ahí, monitorea todo. Es asombroso en ese campo, aunque debo aceptar que su economía es muy predecible, por lo que no le ha costado mucho trabajo dedicarle unos minutos diarios al día. En realidad, todos sabemos manejarlos, pero a él es al que le apasiona.

—¿Cuántos más como tú hay aquí?

—Somos 21, con sus respectivos guardianes. Hay siete regiones, cada una tiene su propio «Triángulo», yo pertenezco a Irralta. La segunda región más poderosa y grande de Zahlanda.

—¿Se visitan? —Sí, mi curiosidad no conoce límites, lo sé, pero era el momento y él se mostraba entusiasmado con mi interés.

—No sé dónde están ni cómo son. No es aconsejable cruzarnos, eso también lo coordinan los guardianes. Aunque vernos de forma esporádica no ocasionaría un problema, pero lo ideal es que no.

—¿Por qué?

—Por nuestra seguridad —argumentó con simpleza.

Me recargué en el asiento, atónita debido a todo lo que acaba de escuchar.

—¿A dónde irán después de México?

—No lo sé, no se nos dice. Pero en mi caso dependerá de nosotros, no de mi Guardián.

—¿Sería seguro para ti? —pregunté preocupada.

—No lo sé —aceptó serio. Luca no mentía, eso me gustaba y atemorizaba a la vez.

—Yori, ¿lo permitiría?

—No puede evitarlo, aunque no estuviera de acuerdo —atajó.

Suspiré agobiada.

—Si tú no estás con ellos, ¿aun así se quedarían aquí?

—Tienen que hacerlo. Nosotros no sabremos nada de nuestro mundo hasta dentro de 40 años, cuando tengamos que regresar. Seguirán las reglas, yo también mientras pueda. Aunque ya sabes, he roto varias.

—¿No tienen modo de contactar con ellos? Digo, en caso de emergencia —apunté nerviosa. Me miró con ternura y dándose cuenta de mis cavilaciones.

—Sí, pero no debemos hacerlo. Pondríamos en riesgo nuestro escondite. —Apretó mi mano un poco, aunque con suavidad—. Creo que por hoy es suficiente, Luna, tu expresión parece haberse congelado —musitó acercándose a mí, dándome un cálido y fugaz beso. Enseguida prendió la camioneta. Pero lo detuve colocando la mano en su antebrazo.

—Hugo, ¿qué piensa él? —Quise saber.

—Sara…

—Dime, Luca. Siento que es el más afectado.

No apagó el motor y se recargó de nuevo en el asiento.

—Hugo y yo no estamos atravesando por el mejor momento. Está molesto, no quiere escucharme y yo a él tampoco. Hasta ayer estaba seguro de que esto duraría semanas, quizá meses, no más, pero cuando supo que no eres inmune a mí, se salió de sí. Se dio cuenta de que ya no sería tan sencillo que me alejara y no está equivocado, me siento más unido a ti y, aunque no sepamos lo que sucederá, sé que necesito y quiero estar contigo; él lo percibió, lo sabe. Por otro lado, no se fía, al igual que yo, de lo que ha venido ocurriendo entre nosotros.

—Puede hacer algo, ¿no es cierto? Como para separarnos, para que dejemos esto.

—Sí y no. Aunque no me preocupa mucho en realidad. Es consciente de que lo conozco tanto o más que él a sí mismo; sé cómo piensa y lo que hará aun antes de que lo maquine en su cabeza. Para eso fui creado y entrenado… Ésa es mi ventaja.

—Me debe odiar.

—No, Sara, no te odia. No sabe qué hacer y siente que todo se desmorona. Lo entiendo, porque yo también lo siento, pero la diferencia es que él no puede comprender cómo puedo quererte y necesitarte. Ellos sienten en una pequeña medida lo que yo, no pueden apropiarse de mi sentimiento, únicamente pueden conocerlo. Lo que le proyecto no puede procesarlo y lo confunde aún más. Ya se dio cuenta de que es muy fuerte y real. Eso lo asusta porque puede poner en peligro su reinado y nuestra amistad.

—Luca… —susurré aturdida.

—Sara, me pediste la verdad y no te ocultaré nada. Sé que esto sólo te confunde y angustia más, pero es así y necesito que lo tomes con calma. No te adentraré en esto a ciegas, tienes derecho a conocer la realidad.

—Son muchas cosas. Jamás creí estar en medio de algo así —susurré, viendo el parque casi vacío debido al crepúsculo.

—Mírame —pidió con dulzura. Lo hice, pestañeando—. No pienses en nada más. Por ahora somos tú y yo, el resto se resolverá. Quiero verte sonreír, pelear, enojarte, jugar vóleibol, patinar y devorar caramelos sin cesar. Quiero que te preocupes por tu padre, la escuela, tus calificaciones, tus amigas, tu vida… Nada más. No le robes tiempo a todo eso por mí, no vale la pena. No estoy dispuesto a que lo hagas

Me acerqué a él y lo rodeé con mis brazos, escondiendo mi rostro en la curva de su cuello. Él correspondió mi gesto frotando mi espalda, inhalando a su vez mi aroma.

—Todo lo que me cuentas es como magia y lo siento tan real —murmuré aún escondida ahí, en ese inigualable lugar.

Suspiró.

—No quería verte así, no después de lo de ayer.

—Estoy bien, a pesar de todo, cuando estoy a tu lado siempre estoy bien —declaré más tranquila, su cercanía había sido un bálsamo para mi

huracán mental. Me separó lentamente, tomó mi barbilla y me miró con sus ojos dorados.

—Cuando hablas así, siento esta certeza absurda de que después de ti… no hay nada. —Cerró los ojos y me besó despacio. Aferré su rostro, necesitando tenerlo más cerca aún, saborearlo, sentirlo.

Te siento tanto, Sara.

—Y yo a ti, Luca, en cada parte de mí —acepté sobre sus labios.

—Es mejor que nos vayamos, ya está oscureciendo —señaló sonriente.

Acepté, regresando a mi lugar, aún con miles de cosas merodeando en mi mente, rebotando como una pelotita que va y viene sin detenerse. Una nueva paleta apareció frente a mí. Reí quitándosela de las manos.

—Creo que debo cambiar eso, rodaré en unos meses con estas conversaciones y tú dándome caramelos cada vez que hablamos de cosas que me alteran.

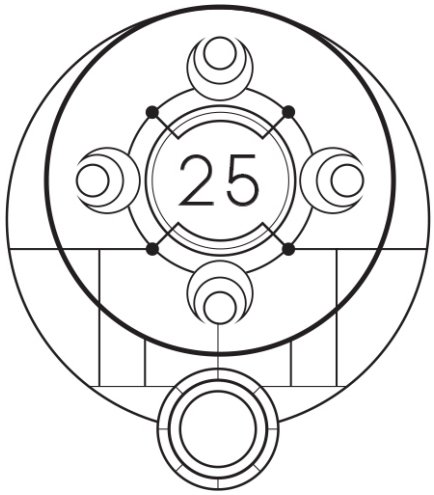
—Exagerada, si no quieres ésa, en mi mochila tengo otros que pueden gustarte —declaró, restándole importancia mientras conducía. Sin poder contenerme me giré, tomé su mochila y la abrí sobre mi regazo. En una bolsa traía varios tipos de dulces, todos de mi agrado. Seguro en su casa tenía una dotación.

—Luca Bourlot, me convertirás en una glotona —expresé husmeando.

—Eso ya lo eres, pero son tuyos, toma los que quieras.

—Debería insultarte, pero no lo haré porque no eres un humano, así que gracias. —Sacudió la cabeza, rodando los ojos, divertido.

—Cuando quieras, Luna.



Ya en casa, fatigada nuevamente y con el agobio a flor de piel, subí con la intención de hablar con Bea. No me gustaba saberla molesta conmigo, no era común en ella, aun así, entendía que ya no soportara más lo que pasaba en casa, yo misma estaba cansada.

Su puerta se estaba cerrada. Arrugué la frente, torciendo los labios. Mala señal.

Me pegué a la lámina de madera, dejando salir un suspiro. Toqué varias veces sin recibir respuesta. Desde mi posición, escuchaba su juego de video y sus pasos al moverse. No quería abrirme.

—Be, por favor, abre —rogué. Nada. Unos segundos después lo volví a intentar—. Hablemos, prometo que intentaré que las cosas sean mejores para ti. —No hubo respuesta.

—A mí tampoco me quiere abrir. —Su voz gruesa me hizo girar, era mi padre. Nos miramos por un momento, lucía relajado con esos lentes que usaba para leer, *jeans* y una camiseta de los Mets, que solía ponerse desde que tenía memoria; sujetaba varios papeles. Asentí con una media sonrisa, volviendo a tocar. Silencio.

—¿No cenará? —Quise saber desconcertada, agobiada por su actitud.

—Le dijo a Aurora que le subiera todas las comidas si es necesario —me informó serio pero accesible.

Raro. Arqueé las cejas. No tenía idea de qué estaba tramando. Lo cierto es que nunca había hecho algo así, debía estar realmente enojada y harta de los dos. Caminé hasta mi recámara, resignada.

—¿Estabas con Luca? —preguntó. Asentí, abriendo mi puerta—. Probablemente tú sí logres algo con Bea, ¿podrías avisarme? —De nuevo asentí y entré a mi habitación, dejando salir un largo suspiro.

Ya adentro, dejé mis cosas y me dirigí al baño por la puerta que la comunicaba a ese espacio que siempre habíamos tenido en común. Volví a tocar, también tenía seguro. Seguía sin responder. Me senté en el piso recargando mi cuerpo en la madera, fatigada. Tantas cosas en tan poco tiempo. Cerré los ojos por unos segundos.

—Be… por favor, sea lo que sea lo solucionaremos, pondré de mi parte —susurré lo suficientemente fuerte como para que me escuchara. No hubo respuesta. De repente, un papel se deslizó justo a un lado de mi mano. Venía de su cuarto. Era rosa pastel, como todas sus cosas, y estaba delicadamente doblado. Lo abrí enseguida.

«No saldré, ni hablaré con ninguno de ustedes dos hasta que encuentren otra cosa en común que no sea yo. Tendrán que aprender a convivir sin mí de por medio».

Abrí los ojos de par en par. Lo que estaba haciendo era toda una estrategia que, aunque sabía que no iba a tener los resultados que ella planeaba, nos ponía definitivamente a mi padre y a mí en una incómoda situación.

Me froté la frente negando. Esto lo complicaba todo aún más. Vencida, me dirigí hasta la recámara de papá.

—Me dio esto —le dije provocando así que se levantara de inmediato del escritorio que tenía en su habitación, cuidadosamente arreglada y decorada en colores sobrios y serios. Frunció el ceño tomando la nota. Al leerlo alzó las cejas, mirándome.

—Parece que hoy cenaremos solos tú y yo —expresó con gesto inescrutable.

—Creo que sí —acepté con la intención de regresar a la seguridad de mi habitación.

—Gracias, Sara —agitó la hojita con la mano elevada.

—De nada —musité nerviosa. Mi padre y yo, manteniendo una pequeña conversación… Eso no podía terminar muy bien.

A solas, por unos minutos, buscando distraerme de toda mi realidad, abrí mi mochila. Todo fue peor al ver mi agenda. Tareas y más tareas, aunado a una infinidad de tareas.

¡No, no podía ser! Gruñí por lo bajo, dejándome caer sobre el colchón. Definitivamente necesitaría una tarde entera para ponerme al corriente. Arrastrando los pies me dirigí al escritorio. Recargué la cabeza en el respaldo de la silla, resoplando. Algo se me ocurriría, sin embargo, comencé de inmediato.

Aurora tocó a mi puerta justo a las ocho y media. Bajé sin muchas ganas, pero sí con hambre. Sólo había dos lugares en el comedor. Lo de Bea iba en serio y parecía que había encontrado en Aurora una aliada. Genial. Mi padre llegó un minuto después y se sentó donde siempre, al igual que yo, con una silla vacía entre ambos.

Pasaron unos segundos, cuando ya teníamos frente a nosotros la cena. Comenzamos en silencio. Era muy incómodo, ya que no sabía qué decirle, no después de todo lo que había estado ocurriendo en mi vida y la gran pelea del día anterior.

—Me parece que hoy jugaba Baltimore contra Filis —anunció de pronto con su gruesa voz. Levanté la vista, desconcertada. Hacía años que no seguía el béisbol, desde que él y yo habíamos dejado de verlo juntos, no tenía ni idea de lo que ocurría con ese juego.

—¿A qué hora? —pregunté pinchando algo de mi plato.

—Comenzó a las siete y media. Todavía deben estar jugando —Nos miramos con complicidad por primera vez en tres años. Mi piel se erizó y la calidez de su mirada me relajó, sonreí con timidez—. En la cocina —anunció dibujando una media sonrisa.

Dos segundos después, tomábamos nuestros platos y caminábamos hacia allá. Aurora anotaba en un cuaderno lo que supuse sería la lista de los víveres. Se quedó perpleja al vernos entrar.

—¿Sucede algo? ¿No les gustó la cena? —preguntó desconcertada.

Ambos nos acomodamos en el desayunador, mientras mi padre prendía el televisor.

—Veremos un partido —anunció mientras buscaba la trasmisión. Lo encontró de inmediato, enseguida nos quedamos absortos en el juego. Ninguno de los dos le iba a alguno de esos equipos, aun así, estaba por comenzar a finales de octubre la Serie Mundial, por lo que las eliminatorias ya debían estar en todo su apogeo.

Una hora después, los Filis iban ganando, y mi padre y yo ya habíamos hablado más que en todos los años que llevábamos viviendo ahí. Eso sí, sólo del partido y haciendo conjeturas, mientras él intentaba ponerme al día sobre cómo iban las preferencias. Los Cardenales, mi equipo favorito desde niña, para mi sorpresa, tenían mucha oportunidad de llegar.

Cuando faltaban diez minutos para las diez de la noche recordé que Luca iría. Le mandé un mensaje de texto, con disimulo.

«Puedes tardar un poco?».

La respuesta llegó casi enseguida.

«El tiempo que quieras, tranquila».

Le mandé una emoji dulce, y listo.

Entre papá y yo se había instaurado una especie de tregua que no había podido lograrse desde que mi madre se había ido. Lo malo fue que media hora después el partido no terminaba y yo ya cabeceaba. Y, además, supuse que por tanta emocionalidad desatada en los últimos días, enfermaría; mi piel se mantenía como erizada, molesta, tanto que varias veces tuve que frotarme, además, tenía un incipiente dolor de cabeza.

—Tengo que ir a dormir —dije fatigada. Me miró sonriendo.

—Descansa… Veré el final. —Asentí levantando la mano en señal de despedida, él hizo lo mismo observándome. Salí de ahí sintiendo su vista clavada en mi espalda.

Con pasos torpes me puse la piyama. Cerré la ventana para que el aire no me molestara sobre la piel. Enfermaría, estaba segura. Me quité el rímel, me lavé la cara y cuando me senté en la orilla de mi cama, le mandé un mensaje. Pese a no sentirme en óptimas condiciones, deseaba verlo. En cuanto dejé sobre el buró mi celular, apareció en el sillón púrpura que

tenía ubicado de mi lado derecho, tan relajado que me hizo sonreír. Me levanté de inmediato.

Hola.

Estuvo contemplándome sin reparos, con sus iris dorados. Me acerqué sintiendo cómo cada parte de mí lo reclamaba con urgencia. En cuanto me tuvo cerca, me tomó por la cintura, me acomodó sobre su enorme cuerpo y me besó con evidente ansiedad.

—Hola —murmuré recargada en su pecho, acurrucándome. Mi cuerpo comenzó a relajarse contra el suyo, casi adormilada. Me tomó en brazos con lentitud y me depositó en la cama con cuidado. Un segundo después las luces ya estaban apagadas y las cortinas cerradas.

¿Cómo fue todo?

Preguntó, recostándose sobre mi colchón y jalándome para que yo lo hiciera a su lado. Sonreí más que complacida. Era sencillo acostumbrarse a eso.

—Bea no me habla… —Sentí cómo su pecho se agitaba. Alcé el rostro un poco, sonreía. Me quitó un rizo de la cara.

¿Por?

Le narré lo ocurrido las últimas dos horas. Me escuchó atento. Lucía sorprendido.

—Espero que se le pase pronto —susurré apesadumbrada—. No me gusta saber que está molesta.

Luna, dale tiempo. Aunque tienes que admitir que lo que hizo es brillante y definitivamente tuvo ya su primer resultado.

Señaló con suavidad. Me recosté de nuevo sobre su pecho, reflexiva. No quería hacerme falsas expectativas, sería muy doloroso. Comprendió mi silencio, sin dejar de acariciar mi espalda baja con movimientos suaves.

Así que, ¿béisbol?

—Los Cardenales —declaré ya casi dormida, su cuerpo cálido era como una manta envolvente que me adormecía.

—No lo imaginé, aunque suena a ti ser aficionada a algún deporte.

—Mi padre y yo solíamos verlo juntos hasta… que pasó aquello —terminé de prisa.

Entonces hoy han dado un gran paso.

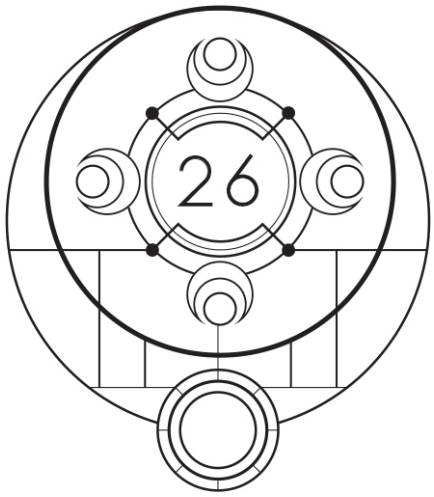
Elevé los hombros sin saber qué contestar. Mis párpados pesaban, la noche anterior me había dormido tarde y la pesadilla no me había permitido tener un sueño reparador. En los últimos días, cuando la noche caía, sentía que había corrido un interminable maratón.

—Luca, creo que mañana no podremos pasar la tarde juntos —anuncié casi inconsciente. No dijo nada—. Si sigo así voy a reprobar. Debo muchas tareas, infinidad de ellas. —Ahora reía, lo sabía por los espasmos de su pecho.

Te ayudaré.

—No quiero aprovecharme de tu inteligencia —susurré con los ojos cerrados.

Duerme, Sara, mañana discutimos quién se aprovecha de quién.



El primer receso lo pasé con Luca lejos de la cafetería, bajo un árbol del jardín que estaba a un lado de las canchas. Le narré cómo era mi vida antes de que mi madre muriera. Me escuchó sin siquiera pestañear. Curiosamente a su lado la tristeza no era tan intensa y ese nudo en la garganta, que solía acompañar el recuerdo, me permitió hablar sin problema, logrando así que la sintiera realmente cerca.

En el segundo receso, Romina y yo fuimos a una agencia de autos que estaba a un par de cuadras. Sus padres le comprarían, para variar, otro auto. Al día siguiente la acompañaría a recogerlo. Escoger el color fue lo más complicado, pero después de un rato, al fin, lo consiguió.

Llegamos a casa de mi novio a las tres y media.

—Y, ¿bien? —me preguntó, acercándome a él con su gran mano envuelta en mi cintura, tomando un rulo entre sus dedos.

—Tareas —declaré arrugando la nariz.

—Tareas, entonces. No quiero que por mi culpa te quiten esa beca —musitó atrapando uno de mis labios. Me aferré a su camiseta sintiendo que si no lo hacía, caería. Adoraba lo que su boca provocaba en mí, era envolvente y delicioso.

—En mi casa —anuncié acalorada, evaluando su reacción. Si Bea me sabía un poco más ahí, probablemente se le pasaría mucho antes su enojo, o eso esperaba. Por supuesto, Luca no objetó, simplemente asintió besándome de nuevo con mayor exigencia.

Al llegar, mi hermana iba de salida para sus clases. Me ignoró, saludó a mi novio educada y cándidamente, dejándome con la boca abierta, pero le importó poco, ni siquiera me miró. Comimos solos, ellas debían salir.

Obviamente él acabó sus deberes antes que yo, así que aprovechó para indagar en internet sobre la historia del béisbol y los diferentes equipos, mientras yo iba pasando de una materia a otra sintiendo que nunca terminaría. Esto de las tareas era la muerte, no tenía idea de a quién, en qué retorcido siglo, se le había ocurrido, pero definitivamente lo odiaba sin conocerlo.

A las siete aún no había acabado.

¡Esto era una tortura!

Recargué mi frente en la mesa, cansada, sintiendo lo frío del mármol. Luca acarició mi cabellera, haciéndome pequeños masajes, sonriendo con ternura.

—Todavía me falta estudiar para los exámenes y un ensayo —expresé con frustración.

—Tranquila, yo te ayudaré.

Coloqué los antebrazos en la mesa, recargando sobre ellos mi mejilla para poder verlo.

—Los exámenes serán la próxima semana, el fin de semana estudiaremos, ¿de acuerdo? En cuanto al ensayo, dime el tema y entre los dos lo diseñamos. Yo tecleo y en unos minutos estará listo —propuso relajado. Asentí agradecida. Eso me pasaba por desobligada, pero hice una nota mental de no volverlo a hacer

Poco después de las 8, se despidió. Mi padre ya había llegado, pero no se había acercado y yo ya había terminado el ensayo gracias a su rapidez.

Bea continúo encerrada para la hora de la cena, por lo que volvimos a cenar en la cocina escuchando un canal de deportes, atentos. No me preguntó nada sobre Luca ni Bea, nuestra conversación osciló entre la nbl y nba.

Por la tarde del día siguiente, acompañé a Romina por su lujosa camioneta. La pasé bien, como siempre que estábamos juntas, riendo y bromeando, pero mi piel permaneció de nuevo como erizada y aquel dolor de cabeza apareció, aunque leve; lo cierto es que conforme pasó el tiempo se hizo más intenso. Al parecer necesitaba con urgencia un descanso de tanta situación enloquecedora o mi cuerpo se declararía en huelga.

Dimos un par de vueltas y más tarde me dejó en casa de Luca. Mis malestares desaparecieron, caí en cuenta mucho más tarde, lo cierto es que decidí no prestarle mayor atención, si enfermaba, pues ni hablar.

Después de esa tarde llena de tareas, decidimos dedicarle una hora diaria a la escuela, así no entraría en esa fase de agobio y cumpliría con mis responsabilidades.

El viernes todo continuaba igual. Bea seguía sorprendentemente firme. Mi padre y yo comenzábamos a relacionarnos por los deportes sin el mayor problema, incluso esa semana llegó temprano todos los días y cenamos en la cocina mientras contestábamos a Aurora dudas sobre lo que veíamos.

El día lo pasaba prácticamente al lado de Luca, a excepción de ese par de horas por la noche y después de que me dejara profundamente dormida en mi cama.

Mi necesidad crecía de una forma absurda, ridícula, tanto que me avergonzaba siquiera decírselo y reconocerlo en mis propios pensamientos. Era vergonzoso y, por lo mismo, buscaba luchar contra ello pasando tiempo con Romina y con los demás; lo cierto es que invariablemente terminaba con sus brazos alrededor de mi cintura, besándolo con brío.

Era evidente que para todos no éramos más que un par de chicos de diecisiete años muy enamorados, o bueno, bastante enamorados, pero nada que rayara en algo atípico, menos por nuestra edad.

Esos días no habíamos hablado de nada, salvo de lo cotidiano, incluso por momentos podía olvidar quién era él y las consecuencias de seguir pasando cada vez más tiempo juntos. De hecho, de alguna manera, ambos evadíamos el tema y nos sentíamos mejor así.

Aquel domingo, Romina llegó a casa; Bea decidió salir de su recámara así como hablarnos lo necesario a mi padre y a mí. Pero la presencia de mi amiga sólo sirvió para que ambas se aliaran y confabularan, dejándonos a mi padre y a mí solos sin mucho que decirnos. Al final, sin remedio, buscando desesperadamente que el tiempo pasara más rápido, comencé a ayudarle a preparar la lasaña para esa que se decía mi amiga, pero que en realidad era una traidora. Él me dirigía cauteloso, mientras yo seguía sus instrucciones con obediencia. Estuvimos ahí más de una hora, lo cierto es que el tiempo logró pasar un poco más veloz.

La sensación en mi piel comenzó de nuevo, no era dolorosa, pero sí algo molesta y desconcertante. Para las cinco de la tarde, ya tenía un agudo dolor de cabeza como los que solía tener los primeros meses después de que mi madre muriera. Decidí tomarme un par de analgésicos y continuar jugando Turista con ellos en la mesa del comedor. Ese maldito resfriado no me daba, pero tampoco se iba.

Mi amiga se marchó a las ocho, yo ya no podía estar quieta. Daba vueltas por toda la casa, ansiosa, frotándome el cuerpo una y otra vez para poder quitarme esa sensación tan desagradable. El analgésico había hecho su trabajo, pero tal parecía que el efecto ya estaba desvaneciéndose. Me tumbé sobre mi cama, sin moverme, en la oscuridad logré que las sensaciones menguaran. Creí que me quedaría dormida, pero no ocurrió, ya me sentía un poco desesperada. Me cambié de ropa y me alisté para dormir. Deseaba verlo, pero como dije antes, peleaba contra ese sentimiento de necesidad. A las diez tomé mi celular, todo se escuchaba en silencio.

«Estás ocupado?».

Le pregunté, enseguida me leyó.

«¿Bromeas?».

Sonreí, me froté los brazos, apretando los dientes, sentía escalofríos.

«¿Vendrías?».

«Sólo si me lo pides».

Entorné los ojos.

«Ahora te harás del rogar».

«Eso no me dice nada…».

«No puedo dormir… y quiero verte».

Adjunté un emoji que se cubría el rostro con vergüenza.

El peso sobre el otro lado de mi cama me hizo soltar el celular y girar. Sonreí sobresaltada. Lucía tan apacible, relajado.

—Yo también quería verte, Luna —declaró, y con un movimiento me colgué de su cuello y lo besé. Como solía, me recibió entusiasmado, devolviendo mi gesto.

—Creo que me dará un resfriado —murmuré alejándome de pronto, frunció el ceño—. ¿Puedo contagiarte? —pregunté intrigada, algo agobiada también. No tenía idea de cómo se manejaba eso. Negó de manera extraña.

Mientras mantenga mi cuerpo con los óptimos cuidados y mi carga esté bien, no. En realidad, somos inmunes a sus bacterias o virus.

Suspiré aliviada. Me tomó por la cintura para acomodarme como solía sobre sus piernas. Me acurruqué en su pecho.

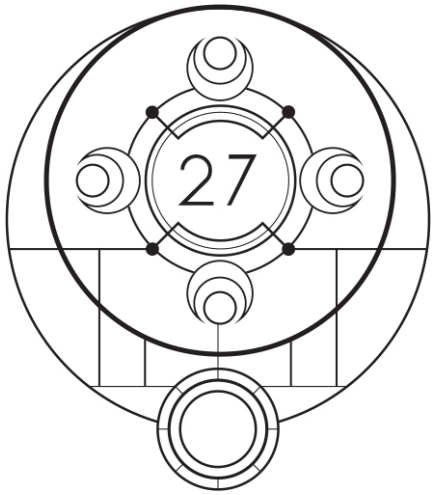
—Me alegra, porque creo que con tanta cosa pescaré un resfriado de esos grandes. —Aunque ya no me sentía tan mal, o en realidad ya no sentía nada, salvo las ganas de besarlo y ese calor delicioso que irradiaba.

—Entonces será mejor que descanses, yo también creo que ha sido demasiado —sugirió con dulzura. Negué aferrada a su camiseta blanca de algodón.

—Quiero estar aquí un poco más.

Me rodeó de forma protectora, besando mi cabeza una y otra vez.

—¿Qué tal tu día? —Quiso saber, mientras acariciaba mi cadera con suavidad. Conversamos durante un rato sobre ello, de él, y de tonterías, hasta que sin percatarme, ahí en medio de sus brazos, me quedé dormida.



El día de mi cumpleaños llegó sin que siquiera lo registrara o esperara; cumplía 18.

Al despertar, lo primero que vi sobre mi almohada fue una caja de terciopelo negra. Me froté el rostro, intrigada, sonriendo. La abrí, sabía muy bien quién la había puesto ahí. En su interior había una cadena de oro blanco con un colgante del mismo material, eran una L y una S entrelazadas, en cursiva, y una media luna entre las letras.

La observé anonadada, era el primer presente que me hacía, además de la infinidad de dulces. Me había dejado sin palabras.

El objeto dio vueltas justo frente a mis ojos, era increíble. Lo detuve al percatarme de algo; atrás, en símbolos muy pequeños, alrededor, sobre las delgadas letras, venía la fecha en la que nos conocimos y un «Te siento» perfectamente bien definido.

Me llevé una mano a la garganta, estupefacta. Era hermosísimo. Me lo colgué de inmediato saltando de la cama emocionada para vérmelo puesto.

Cuando entré al baño, sobre el lavamanos, vi una bolsa rosa de estraza con papel de china que sobresalía por la parte superior. Era de Bea, siempre hacía eso. Lo abrí y saqué una linda blusa. Hasta abajo, algo duro

llamó mi atención; un portarretrato con una foto de mi familia hacía cuatro años, en la playa que estaba cerca de la que solía ser nuestra casa. Todos reíamos, mi padre tenía a Bea en sus hombros mientras abrazaba a mi madre con un brazo y con el otro, rodeaba mi cuello pegándome a su pecho. La marea de recuerdos me golpeó, erizando mi piel.

Las lágrimas empañaron mi visión, recordaba muy bien ese día; habíamos hecho un pícnic por mi cumpleaños número catorce, poco menos de un año después, ella murió.

Lo pegué a mi pecho, sintiendo nostalgia y un poco menos de dolor. Lo contemplé una vez más, pasando un dedo por la imagen. Sin perder tiempo, lo coloqué cuidadosamente sobre la mesilla de noche, ahogando un sollozo.

Aunque mi hermana no me hablara aún, se lo agradecería en cuanto la tuviera en frente. Ése era un regalo muy valioso, demasiado para mí y ella lo sabía, además, entendía bien el mensaje que encerraba. Sonreí limpiándome el rostro, yo también esperaba que todo funcionara como ella anhelaba.

Llegué a casa de Luca tarareando una canción de una de mis bandas favoritas. En cuanto estuve cerca, apareció dentro de mi auto. Grité ahogadamente, pues solía verlo adentro de su camioneta, donde siempre me esperaba.

—Lo lamento —se disculpó mostrando lo dientes y, con un ademán, me pidió que me detuviera.

—Debería darte un susto yo a ti para que veas lo que… —No pude terminar porque con uno de esos movimientos inhumanos descendió hasta mis labios, devorándolos con exigencia, como últimamente lo hacía. Gemí más que complacida.

—Felicidades —susurró sin separarse del todo, sonreí pasando mi lengua por donde su boca había estado. Buscó en mi cuello su regalo, lo encontró de inmediato y sonrió satisfecho—. ¿Te gustó?

—¿Bromeas? Es impresionante. ¿Dónde la mandaste a hacer? —pregunté, contemplando el colgante que tenía entre sus dedos.

—No la mandé a hacer —dijo con simpleza. Levanté la vista arrugando la frente—. Recuerda que puedo manipular la materia, Sara.

Esto lo hice yo.

Quedé estupefacta.

—¡Guau! Es increíble… Debió llevarte mucho tiempo, digo, las letras de atrás son minúsculas.

—Las viste —comprendió con orgullo trazado en cada una de sus atractivas facciones.

—Sí, me encanta, Luca, es perfecto.

—Espero que siempre la lleves contigo —pidió alegre. Le di un beso en respuesta. ¿Qué más?

Cuando la mañana terminó, nos dirigimos a su camioneta, íbamos riendo y, entonces, vimos que Florencia estaba al lado de la puerta del piloto. La intriga me embargó. En cuanto me tuvo lo suficientemente cerca, sonrió y me dio un abrazo, dudosa, junto con una caja perfectamente bien envuelta. Observé el objeto entre mis manos sin poder comprender.

¿Me estaba dando un regalo?

Desconcertada, pero sonriente, lo abrí frente a ella. No solía acercarse a mí o a Luca cuando estaba conmigo, sin embargo, siempre que nuestras miradas se topaban me sonreía o me observaba con ternura.

Era una caja de madera perfectamente bien tallada que tenía un pequeño broche al frente. Quité el pequeño seguro y la abrí. Adentro estaba un delicado y muy pequeño envase de vidrio color ámbar, que me recordó enseguida el color de los ojos de Luca, y en su interior un líquido espeso, pero transparente, como aceite.

—Luca me dijo que tu olor es la vainilla, espero que te guste —habló con aquella voz cargada de calma y de dulzura.

Me lo llevé a la nariz y lo olí asombrada. Era justo ese aroma, pero más intenso y con un toque de menta y hierbabuena

—Gracias —agradecí ruborizada, guardándolo con cuidado de nuevo en su estuche.

—De nada, Sara. Espero que lo pasen bien. —Me guiñó un ojo y se fue.

Camino a casa lo volví a sacar para olerlo otra vez, deleitada.

—Huele delicioso —reafirmé acercándoselo a él. Cerró los ojos unos segundos y asintió.

—Flore dice que ese aroma queda en mi recámara cuando estamos juntos —explicó. Alcé las cejas sorprendida.

—Olemos bien, entonces —bromeé. Apretó suavemente mi pierna con su mano, riendo.

—Eres imposible.

Minutos después se detuvo en mi casa, lo miré extrañada.

—Hay algo aquí que quiero mostrarte, anda, vamos —me alentó inescrutable, estacionando la camioneta.

El volvo de papá estaba ahí, no solía ir a comer y en mis últimos tres cumpleaños se había limitado a preguntarme qué regalo quería y a dármelo días después. Observé a Luca de reojo, lucía tranquilo, qué deseaba que viera… En mi casa.

—Dime —le rogué antes de abrir la puerta. Negó con frescura. Salí resoplando. Al entrar me detuve, atónita.

Globos y flores adornaban el recibidor, sonreí alegre. De pronto, él tomó un enorme ramo y me lo acercó.

—Feliz cumpleaños, Luna. —Lo tomé sin poder ocultar mi emoción.

—Son hermosas —declaré, oliéndolas.

—Orquídeas vainilla. —Y sacó de entre ellas, un sobre. Lo tomé mientras él las acomodaba sobre la mesa donde las vi al llegar. Lo abrí enseguida. Un dibujo hecho a lápiz de cuando estuvimos en la Barranca de Huentitán. Lo observé con los ojos y la boca bien abiertos. Era increíble, rayando entre lo real e irreal de una manera asombrosa, era como sentir que estaba ahí.

—Dibujas… —murmuré atolondrada, absorta en imagen.

—Sí.

Sin contenerme me colgué de su cuello y lo besé con arrebato. Me separó sonriendo, avergonzado. Arrugué la frente.

—Vamos —me pidió con timidez, entrelazando nuestros dedos. Por un momento había olvidado los globos y las flores, y todo… para variar. Lo seguí entusiasmada.

En la cocina había mucha comida, pero Luca no se detuvo y me apremió a continuar. Empujó la puerta abatible del comedor, haciéndose a un lado y un «Sorpresa» me tomó desprevenida. Me sobresalté, riendo.

Romina, Bea, mi padre, Aurora, mis abuelos, mis tíos, mis primos, e incluso los chicos de la escuela.

¡Eso sí que no me lo esperaba!

Giré hacia él, asombrada, me guiñó un ojo.

Mi hermana fue la primera que se abalanzó sobre mí. Al parecer había decidido darle una pausa a su castigo. No supe qué decir, los abrazos y las felicitaciones me aturdieron, pero no paraba de sonreír; desde que mamá murió no había vuelto a tener un cumpleaños así. Sentía los ojos vidriosos, las emociones estaban expuestas, vibrantes. Y con Luca ahí, no podía desear nada más.

De pronto tanto ajetreo se detuvo, sólo faltaba papá, se encontraba recargado en la cajonera con una copa en la mano, examinándome con suma atención. No me moví, nos mirábamos fijamente, estáticos, yo con lágrimas; él con orgullo y nostalgia.

—Ven —ordenó Bea, rodeando mi muñeca como si tuviera dos años y me acercó a él con gesto desafiante.

Sin que lo esperara, papá cortó la distancia entre nosotros, rodeó mi cuerpo envolviéndome en su abrazo. Dejé de respirar por un segundo, conmocionada. De inicio no supe dónde colocar mis manos, pero al reconocer su olor y su calidez, correspondí el gesto escondiendo mi rostro en su pecho. Él me abrazó más fuerte besando mi cabeza, dejando salir un largo suspiro.

—Felicidades, hija —musitó en mi oreja, con esa voz ronca que tenía. Mis mejillas estaban absolutamente húmedas, no quería soltarlo, no podía. Él tampoco lo hizo. Lo amaba, él a mí, y supe con ese gesto que de alguna manera estaríamos bien, que lo que fue, ya no sería más. Me perdí en su seguridad unos minutos, disfrutando del momento, absorta en los recuerdos, en lo que solíamos ser.

Cuando al fin nos separamos, nos observamos sin decir nada. Acarició mi mejilla y me dio un beso en la frente, como solía hacerlo.

Ahí estaba él, ahí estaba yo.

—Disfruta tu día, anda. —Sonreí asintiendo, mientras limpiaba mis lágrimas con sus dedos.

Y así lo hice, cuando llegué de nuevo hasta mi novio, éste sonreía recargado en un muro, bebiendo algo que le habían servido. Me acomodé a su lado, resoplando, aún aturdida.

—Bea —inquirí con suavidad. Asintió entrelazando nuestros dedos, sin voltear.

—Fui algo así como su ayudante secreto, aunque Romina hizo mucho más —admitió sereno.

—Es raro —murmuré arrugando la frente.

—Pero se trataba de ti, no podía decir que no.

—Gracias —dije girándome. Él también lo hizo, absorto en mis ojos.

—Sólo disfrútalo, Luna. —Y acarició mi mejilla con dulzura. Tomé su mano asintiendo, dándole un beso sobre su palma.

—Lo hago.

Un minuto después, lo presenté con todos. En cuanto a mi padre, fue cortés, pero nada más, entre ambos existía una línea que era muy clara. Entre risas, conversaciones y ambiente ligero pasó la tarde.

A las 7 comenzaron a despedirse. Luca fue el último en irse. En días como ésos, olvidaba todo, mi realidad se tornaba tan común y perfecta que me dejaba llevar sin percatarme. Cuando no hubo nadie, regresé a la cocina con la intención de ayudar a levantar el desastre.

—Sara, ven —me pidió papá de pie a un lado de la puerta abatible que daba al comedor. Lo seguí, no sin antes mirar a Bea y a Aurora, nerviosas. Ambas asintieron y me alentaron a seguirlo. Una vez ahí, sacó un sobre del mismo cajón del que había extraído mi carta de aceptación hacía más de una semana. Tragué saliva y esperé detrás de la silla, sujetando el respaldo —. Si te quieres ir no voy a detenerte. Sé que eres libre y… —Fijó su atención en la argolla de matrimonio que aún llevaba puesta, dándole vueltas con los dedos—. Tu madre no me perdonaría que te cortara las alas. —Deslizó el sobre por la mesa hasta que lo tuve en frente.

—Esto es algo que Elisa y yo habíamos decidido que te daríamos cuando cumplieras 18, si veíamos que eras lo suficientemente madura; y considero que lo eres pese a todo lo que hemos pasado.

Lo tomé, asombrada por sus palabras. Lo abrí con cuidado y saqué varias hojas que no comprendí.

—Podrás estudiar donde quieras y lo que quieras… El dinero no será un problema, ahí hay suficiente como para garantizar tu manutención de una forma modesta los próximos cuatro años, aunque obviamente si necesitas más sólo debes pedirlo —declaró tranquilo. Lo miré asombrada, con las palabras atascadas en medio de mi garganta—. Ella sabía que este día llegaría. Tú volarías, te conocía muy bien. Lamento tanto todo lo que ha ocurrido, lamento tanto no poder remplazarla y ser lo que ella era para ti. Había un vínculo muy especial entre ustedes que jamás podré igualar —murmuró con los ojos vidriosos, pero sonriendo con orgullo.

Hipé.

—Aquel día, el día en que saliste de aquí, después de que discutimos, sentí que el mundo se me venía abajo, otra vez. Tú y Bea son todo para mí. Lo único que me queda de ella. Cuando leí la carta de aceptación, me di cuenta de lo lejos que estabas ya de mí, de lo poco que compartíamos y de la nula comunicación entre nosotros. No te reprocho, yo soy aquí el adulto, yo debí buscar la forma de acercarme a ti. Pero no supe cómo. Te vi sufrir tanto que no quería aumentar tu carga, yo traía la mía —confesó afligido. Se sentó en una de las sillas, notoriamente cansado. Era evidente el trabajo que le costaba el hablar de todo eso. Y yo, yo me sentía anclada a ese lugar donde me había detenido, con el corazón comprimido, con la respiración ralentizada.

»Nunca pensé que tendría que criarlas solo, nunca siquiera imaginé mi vida sin ella. Elisa, Bea y tú eran mi razón y, de repente, ya no estaba una de ellas… Perdóname, Sara, por no decirte que eso era lo que ocurría en mi interior. De un día para otro, mi vida se había convertido en algo que yo no deseaba y lo peor… con ustedes dos dependiendo completamente de mí para crecer y salir adelante. Tú, en cuanto sucedió todo, te alejaste, te encerraste en tu mundo. Bea, Bea buscaba mi protección, a pesar de que no podía ni siquiera protegerme a mí mismo; sin embargo, saber la necesidad que ella tenía de mí, lo pequeña que estaba, me hizo salir adelante; pero en medio de todo aquello, tú te fuiste alejando más y más. Por eso, decidí que nos viniéramos a vivir aquí, sabía que no lograbas manejar lo que ocurría. No había manera de hacerte ir a la escuela, no querías salir de casa, de tu recámara. No podía verte así, no quería. Y yo… tenía que dejarla ir para

poder continuar con las dos cosas más preciadas que me pudo haber dejado nunca. Así que tomé la decisión. Tus abuelos estaban deshechos. Tú, Bea y yo necesitábamos cambiar de aires, por lo que acercarlas a su gente fue lo único que se me ocurrió. —Sus mejillas estaban húmedas, sus ojos rojos y yo sentía cómo el llanto se instalaba en mi pecho sin poder deshacerlo, ni evitarlo.

»Ahora sé que probablemente no debí hacerlo, que te hice sentir responsable de algo de lo que por supuesto no eres. Que las alejé de todo lo que para ustedes representaba seguridad, y del mundo que habían conocido. Cuando llegamos aquí y entraste a la secundaria, me di cuenta de que si no te presionaba, si permitía que te condujeras como ella solía dejarte, entonces probablemente saldrías adelante. Mil veces pensé en buscar ayuda… y lo hice, me dijeron que era cuestión de tiempo, que debía darte espacio.

»Por eso he intentado interferir lo menos posible en tu vida, por eso cuando Romina apareció por primera vez en esta casa la hice sentir bienvenida y querida. Por eso, desde ese día, la complazco como lo hago. Ha sabido estar a tu lado, sé que te ha cuidado y junto a ella te he visto poco a poco salir adelante. Nunca sabrás lo agradecido que estoy con esa joven y lo mucho que la estimo. Y ahora… ahora veo a ese chico que parece estar dispuesto a dar la vida por ti si es preciso, que está al pendiente de tu menor movimiento, de tu menor gesto y te veo a ti… viéndolo como tu madre me veía a mí. Lamento haber perdido tanto tiempo a tu lado, lamento no haber sido lo que necesitabas y, sobre todo, lamento muchísimo que pasaras todo este tiempo creyendo algo tan atroz».

—Pero… es que tú… ni siquiera me veías —musité sollozando, sin poder hablar bien debido al llanto que me ahogaba, atascado en mis ojos, en mi garganta, y que erizaba toda mi piel.

—¿Cómo no verte, Sara? Eso es imposible, solamente que lo hacía cuando tú no te fijabas. No quería que te sintieras hostigada, presionada.

—Te necesité mucho, papá… Saber que yo soy la responsable de que ella no estuviera aquí ya era demasiado duro como para sentir que tú también lo creías.

Se levantó de inmediato y se acercó a mí. Tomó mi barbilla entre sus manos y me miró lloroso, negando.

—Nunca… Nunca creí eso y tú tampoco debes creerlo. Fue un accidente, Sara, nada más. Sé que discutieron, pero hay algo que te puedo jurar, ella jamás habría preferido que hubieras sido tú la que falleciera.

El llanto convulso se apoderó de mí sin permitirme pensar con claridad. Me acercó a él y me abrazó. Me aferré su camisa, dejando salir todo el dolor alojado en mí por tanto tiempo.

—Elisa era impulsiva, ese día… no debió actuar así. Fue su responsabilidad, no su culpa y mucho menos la tuya. El domingo pasado que saliste corriendo de aquí no sabes todo lo que pensé, creí que también podría perderte y no sabía en dónde buscarte. Te fuiste tan rápido que temí lo peor. De no ser por Luca, que vino a avisarme enseguida que habías ido a su casa, cuando yo ya estaba listo para ir a buscarte sin saber por dónde empezar; me hubiera vuelto loco.

Luca parecía irreal en ese momento y, sin embargo, que mi padre lo nombrase, me llenó de culpa, no tenía ni idea de quién era ni en lo que en realidad estaba metida. Me separó fijándose en mis facciones, atento.

—Ahora entiendo tantas cosas… Tus excusas para no ir con tus abuelos, el buscar pasar desapercibida todo el tiempo, tu ausencia. Siempre creí que era porque la extrañabas tanto.

—Me duele aún, la extraño mucho —admití rota en llanto. Asintió besando mi frente, acunando mi barbilla.

—Ella siempre estará entre nosotros, mi niña, siempre. Estarás bien, ya lo verás. Evidentemente algo funcionó de todo lo que hecho, porque te veo y no puedo dejar de asombrarme, aunque sé que pude haber hecho más… mucho más.

—Creí que no me tolerabas, que por eso te enojabas tanto conmigo.

—Era la única forma de que me escucharas, de que me miraras. Debo confesar que muchas veces me arrepentí de darte tanta libertad y de pensar que por eso te habías vuelto obstinada y voluntariosa. —Negué sollozando —. Lo sé, Sara, ahora lo sé y sólo espero que me permitas entrar, ser por lo menos un cercano espectador de tu vida. Soy consciente de que jamás podré sustituirla, ni darte los consejos que te daba, sé que nunca entenderé

las cosas de esa forma en que ustedes lo hacían. Pero te juro que sea lo que sea, hagas lo que hagas y decidas lo que decidas, siempre te amaré y contarás conmigo, hija. —Volvió a rodearme con sus brazos fuertes, el llanto regresó, no lo detuve, ya no. Era mi padre, lo amaba, y ahora lo tenía de nuevo.

Así pasaron varios minutos. Cuando por fin me tranquilicé, tomé el sobre y se lo tendí.

—Papá, gracias por esto, de verdad, se los agradezco mucho, pero guárdalo para Bea. Yo no lo necesitaré —admití, limpiándome las lágrimas. Torció el gesto, evaluándome—. Conseguí la beca, completa. Allá trabajaré y no me hará falta nada —expliqué con suavidad. Sonrió, se veía admirado.

—Realmente te veo y no sé qué en momento te convertiste en esta mujer… Estoy orgulloso de ti, de que lograras sola y sin ayuda de nadie ingresar ahí, pero esto es tuyo. Siempre lo fue y quiero que lo guardes, si alguna vez lo necesitas, ahí estará —asentí, acercándolo a mi pecho. Un segundo después salió de ahí y regresó con una bolsa de regalo—. Eso es de tu madre y mío, pero esto es sólo mío. —Metí las manos sonriendo y saqué lo que había dentro. Una camiseta de Los Cardenales de San Luis y una gorra a juego. Lo miré sorprendida, abriendo los ojos de par en par, feliz, limpiando mis mejillas con impaciencia—. Ahora que van a la serie creí que te gustaría tener una.

—¡Dios! ¡Gracias! ¿Cómo la conseguiste? ¡No lo puedo creer! —Quise saber admirando mi nueva adquisición, era increíble.

—La mandé pedir, hace un par de días me llegó.

Sin pensarlo lo abracé con fuerza, me recibió sin dudarlo, elevándome del piso por un segundo.

—Es perfecta. Gracias, papá. —Un momento después Bea asomó el rostro por la puerta abatible.

—No me obligarán a ver esos partidos —señaló mi regalo, compungida.

—Lo siento, Bea, pero tendrás que resignarte —declaró papá solemne, tendiéndole la mano para acercarla a él—. Tendrás que aprender a disfrutar el béisbol, porque cuando Sara se vaya tú tendrás que acompañarme —

anunció bromeando. Mi hermana hizo un pequeño puchero que mi padre acalló retándola a un partido de tenis. Reí, más feliz que en mucho tiempo, observando cómo se alejaban no sin que antes él me guiñara un ojo con ternura, como antes.

Me quedé ahí, en medio del comedor, asimilando lo que acababa de ocurrir y muriendo porque él lo supiera. Me dirigí a la puerta, avisándole a Aurora que no tardaba. Por su mirada supo exactamente a dónde iba. De camino le marqué, cuando llegué el portón ya estaba abierto y Luca afuera, recargado en una de las camionetas.

En cuanto bajé corrí hasta él, me alzó, enredé mis piernas en su cadera y lo besé con ansias desmedidas. Así, enredada en su cuerpo, le conté todo lo que había ocurrido, excitada. Caminó conmigo a cuestas hasta la piscina, yo no paraba de hablar. Se sentó sobre una tumbona sin soltarme.

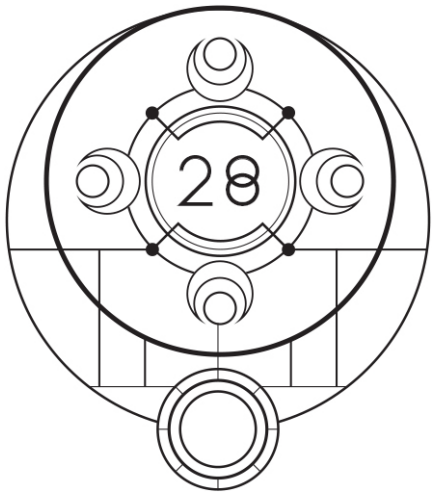
—Desde que llegaste todo va mejor. —Suspiré observando sus ojos que titilaban de forma singular, brillante, entre el verde claro y ámbar.

—No soy yo, Luna, eres tú.

—Puedo sentir que si tú no hubieras aparecido nada de esto estaría ocurriendo, y tú eres la mejor parte de todo —susurré acariciando su cabello color ébano. Besó mi frente, suspirando.

—Definitivamente tú sí eres lo mejor que me pudo y que me va a pasar en toda mi existencia, pero no creo ser la mejor parte de tu vida —declaró con voz gruesa.

Lo era, pero definitivamente no tenía aún idea de lo que implicaba estar a su lado, nuestro viaje apenas comenzaba y nuestro destino ya tenía escrito su proceder.



Habían pasado varios meses desde que mi vida se vio trastocada por su presencia, por verdades que no imaginaba y que con el tiempo había logrado acomodar de alguna manera, aunque no por completo.

—Ya me dirás en dónde te metes todos los recesos —le pregunté acurrucada a su lado, recostada en mi cama un martes por la noche de la última semana de enero.

La temperatura en esa época del año no era tan baja como en donde solía vivir, ahí no nevaba; aun así, había ciertas horas en el día en que se dejaba sentir el frío, por lo que su cercanía era ideal y muy bien recibida por mi friolento cuerpo.

Todo iba bien, o más que bien, en realidad.

Mi padre y yo vimos toda la serie juntos, casi como solíamos hacer. No era tan sencillo olvidar ese sentimiento con el que conviví por tres años y con el que aún lidiaba, sin embargo, se esforzaba tanto que eso provocaba que yo también lo hiciera.

Por otro lado, mis momentos con Luca eran muchos, situación con la cual estoy segura no se encontraba muy de acuerdo, pero no interfería en

lo absoluto. Era evidente que no quería estirar demasiado la cuerda, así que estaba conmigo cuando veía que todo se prestaba.

Ya reíamos o charlábamos sobre cosas sin importancia. Podíamos compartir una cena, incluso solos, y disfrutarla, bromear, discutir sobre béisbol con esa pasión que a ambos nos caracterizaba. Nuestros temas seguros siempre eran los deportes, su trabajo, mis estudios, o cosas así, nunca mi novio o cómo iban las cosas entre nosotros; por una parte se lo agradecía, ya que no quería mentirle.

Mi equipo, Los Cardenales de San Luis, resultó ganador. Luca vio con nosotros algunos partidos comprendiendo sin dificultad y mostrando el mismo interés, incluso en el quinto juego me sorprendió con boletos en Missouri. Grité como una loca cuando me los mostró. Fuimos, y pude ver a mi equipo ganar de nuevo. Nunca creí posible presenciar algo así, sólo él podía lograr que esas cosas ocurrieran.

En su casa rara vez me topaba a alguno de sus inquilinos y no era tan extraño; pasábamos tardes enteras en su recámara sin salir, o en algún parque de la ciudad patinando sin cesar. Nada fuera de lo normal.

Los fines de semana a veces veía a Romina, pero la mayor parte del tiempo la pasaba con Luca. Íbamos, con su particular manera de viajar, a algún lugar en el que me daba recorridos que incluían una explicación completa sobre su historia y cultura. Para cuando acababan las excursiones, yo terminaba completa y absolutamente agotada mental y físicamente, por lo que pensar en nada más que sus ojos o en su sonrisa, era imposible. La verdad me divertía mucho, era inquieta, preguntona, así que no nos dábamos tregua.

Jugar en alguna playa lejana como un par de niños, empapándonos, gritando, riendo. Caminar sin parar sobre ruinas, en lugares inhabitados, en sitios indescriptibles que no imaginé jamás que mi mundo pudiera tener. Comer hasta reventar alimentos realmente deliciosos. Admirar paisajes impresionantes que me dejaban absorta por horas. Ver cosas que sé que jamás hubiese visto sin él y sus habilidades. Luca era experto en hacerse pasar por turista y lograr, a pesar de su impresionante físico, no hacerse notar, así que yo enseguida aprendí a camuflarme. Ya tenía una pequeña colección de lentes en su casa que me había ido regalando, gorras

y fotos, miles de fotos juntos en todos eso lugares increíbles que guardaba y ordenaba en su casa.

Cada día era único e irrepetible, y con cada momento fui sintiendo más, mucho más en cada poro, en mi piel, en mi voz, en mi mente, en cada centímetro de mí. No era lógico pero sí abrazador, abrumador también, incluso muchas veces angustiante. Pero lograba empujar las sensaciones a un algún lugar escondido en mi cabeza, donde solía guardar lo que era, ahí lo encerraba para que no estuviese dando vueltas en mi mente, preocupándome, mostrándome la realidad.

Por otro lado, Romina ya había hablado conmigo en un par de ocasiones. Decía que nuestra relación era demasiado absorbente y dependiente. No me agradaba saberlo, menos que me lo dijera, aunque habría sido ridículo negarlo, pero es que cómo explicarle lo que sentía cuando lo tenía cerca, cuando me miraba, cuando me tocaba. Era como si estuviese en mí, como si yo estuviese en él, como si fuésemos parte de lo mismo. Aun así, prometía siempre intentar equilibrar más las cosas pese a ser consciente de los estragos que eso provocaría en mí. Aquellos extraños síntomas de cuerpo cortado, irritado y dolor de cabeza aparecían, pero de alguna manera lograba sortearlos y gozaba a su lado como una niña enloquecida.

Mi novio y mi mejor amiga se llevaban «bien» a secas, con cierta distancia y recelo por parte de ella. En cuanto a Luca, ése era otro cuento, él con su habitual indiferencia que a veces me desconcertaba, pero que intentaba entender. Era evidente que no pensaba intimar con nadie más de la cuenta, por lo que daba la impresión de que todo le daba igual o le provocaba nulo interés. Todo, excepto yo, actitud que no pasaba desapercibida para nadie y que a él le daba lo mismo, pues los ignoraba sin problemas.

El semestre terminó y yo, inconsciente, no podía sentirme más feliz que en esos momentos. No me detenía en pensar en el futuro, en lo que era él en realidad, en nada salvo en lo que crecía cada día más y más entre nosotros, en lo bien que lo pasábamos juntos, en las risas compartidas, en poder ser lo que solía sin detenerme. Me sentía tan viva a su lado.

Ya estaba completamente familiarizada con su forma de moverse rápida e imperceptible, de hablar en mi cabeza, y de que yo rara vez pudiera contestarle, así como de que me llevara a donde quisiera con tan sólo tocar mi mano, con el constante cambio en sus ojos, sus visitas nocturnas, lo que provocaba en mi cuerpo su cercanía y su lejanía.

Habíamos logrado, con mucho esfuerzo, no avanzar más en nuestros encuentros que cada vez se tornaban más exigentes. No teníamos idea de lo que podría suceder y de lo que podría provocar en él, y no estábamos dispuestos a averiguarlo. Por otro lado, era evidente que a pesar de que una de sus cualidades era el autocontrol, cuando se trataba de eso, lo perdía y eso secretamente me encantaba. Siempre tan contenido, calculando todo, observando, pero en esos momentos algo en su interior se desataba y le costaba frenarlo; y luego, de pronto, desaparecía por minutos en los que se iba a lugares lejanos para liberar la energía que lo sometía. Regresaba más sereno, pero turbado, revisando cada parte de mi piel con atención. El calor que irradiaba en momentos se tornaba abrasador y no me molestaba, pues seguía siendo inmune a él, sin embargo, él no se fiaba.

Cuando alguna preocupación o temor se apoderaba de mí, Luca encontraba la forma para que lo pasara de largo y lo olvidara; lo evadíamos, ésa era la verdad. Intentábamos maquillar lo que ocurría, ignorándolo. O por lo menos, yo lo descubrí después al conocer a Luca en su totalidad.

Hugo seguía igual de molesto con él, pero aún no había hecho ni decidido nada. Respecto a Florencia y Yori, se mantenían a raya, aguardando, observando, atentos a lo que iba ocurriendo. Aunque sabía por Luca que les resultaba muy frustrante la forma en la que nuestra relación iba creciendo, además, les parecía muy inconveniente que dependiéramos tanto el uno del otro.

Lo cierto es que, aunque hubiese querido, me daba cuenta de que no podía alejarme. Estar cerca de Luca evidentemente tenía que ver con mis sentimientos, él ocupaba todos mis pensamientos y deseos, pero también se relacionaba con mi necesidad de estar bien físicamente, con sentirme completa de una manera inexplicable. Aunque eso último no se lo decía, pese a que se lo había prometido.

No estaba dispuesta a pensar en el futuro ni en lo que podría ocurrir más adelante; me enfocaba en el momento, en él, en lo que vivíamos sin medir hasta qué punto las cosas se estaban saliendo de control, hasta qué punto estábamos adentrándonos en algo sin retorno.

Luna, ya te lo he dicho como sesenta y cinco veces, estoy con Hugo y Flore, perdiendo el tiempo.

Esa noche no estaba dispuesta a ceder y tragarme sus palabras, sabía que había algo más, lo intuía, lo conocía ya muy bien como para estar segura de que me decía sólo la verdad que creía que yo podría tolerar.

Cuando le hacía esa pregunta, contestaba con superficialidades y luego me distraía preguntándome sobre algún otro tema que sabía que era de mi absoluto interés. Para cuando volvía a recordar mi duda, ya estaba de nuevo en el segundo receso, sentada con mis amigos sin saber dónde se encontraba, como venía ocurriendo desde hacía meses. Aunque no me molestaba, algo dentro de mí se alertaba.

Me giré hacia él, encarándolo con ojos entornados.

Error, cuando me miraba atrapándome con sus hermosos ojos ámbar, no podía pensar. Aun en la oscuridad podía contemplar sus ojos dorados, lo tenía tan cerca que su aliento acariciaba mi mejilla sin problema, cosa que me ponía todavía peor.

Se acercó aprovechando mi aturdimiento, pasando su nariz por todo mi rostro, aspirando mi aroma. Enseguida comencé a sentir el ritmo alocado de mi corazón y mi cabeza invadida por una bruma alucinante y expectante. Mi saliva se tornó espesa. Empezó a besar mi lóbulo, mi cuello, mi mandíbula, como solía; cuidadosamente, pero con decisión.

—Luca… no… —logré decir sin convicción, sin provocar el mínimo cambio en él.

Apresó uno de mis labios entre los suyos de esa forma sensual y sugerente que acostumbraba, ya no pude pensar.

Me acerqué aún más a su cuerpo aferrándolo por la cabeza, completamente embriagada.

Sentía ese líquido ir y venir por mi ser a toda velocidad. Era como si recorriera cada célula, cada órgano y lo inundara de él, de su sabor, de su

cercanía, y no hablemos de esa vitalidad que parecía tener vida propia, ésa saltaba frenética, alucinada, deleitada y, a la vez, ronroneando mansa con cada caricia. Era una deliciosa locura todo dentro de mí.

Inexplicablemente, olvidé todo lo que le había preguntado. Me besaba lánguido y lento. Cuando todo se volvió más intenso, sus dedos ya estaban adentro de mi blusa aferrados a mi cintura, mientras yo me hallaba a horcajadas sobre su cuerpo. Sujetó mis manos y las rodeó con firmeza.

Con calma, Luna.

Su respiración era agitada al igual que la mía. Asentí perdida en sus ojos. Me dio un beso en la frente y me arrastró a la cama, hasta que mi rostro quedó encima de su pecho, otra vez.

¡Dios! Esos momentos eran tan difíciles. Sentía urgencia de él, de su ser a tal grado que dolía.

¿Ya decidiste si irás al festejo de Bea? Interrumpió mi marea de emociones con aquello.

Mi hermana cumplía quince años y mi padre le había prometido un viaje para celebrarlo junto a cuatro amigas. Me habían incluido en el plan, ya siempre lo hacían aceptara o no. Sin embargo, yo tenía clases y, por otro lado, el más importante en realidad, no quería separarme de él, no lo toleraría, aunque sabía que por las noches lo vería. Sí, sé que suena posesivo, inmaduro, y muchas más cosas que yo me he recriminado en silencio, pero tenía la certeza de que no lo soportaría, por tanto, terminaba agobiada, sintiéndome dividida.

—Es nieve. No es la mejor idea. Además, la escuela… —susurré casi sin voz. Él jugaba como solía con mis rizos, entretenido.

Sara, yo iré a donde tenga que ir para verte.

Eso lo sabía, aun así, sentía mucha inquietud de sólo pensar en alejarme más de una semana, algo me decía que no debía hacerlo.

—Lo sé —acepté sin estar convencida.

No te presionaré. Solo piénsalo. Es Bea… y recuerda que en unos meses te irás. No dejes de hacer las cosas que harías si no estuviera yo.

Asentí sin responderle.

El viaje era la tercera semana de febrero, justo cuando ella cumplía años. Había decidido ir a Whistler, un lugar montañoso y perfecto para

esquiar en Canadá, muy cerca de Vancouver, ya que extrañaba los paisajes blancos y la nieve. Desde que mi padre lo había planteado, me había dicho que lo pensara, sabía que yo tenía clases y que me preocupaba la beca que había solicitado para la Universidad de Vancouver. Sin embargo, tenía que decidir ya. El viaje estaba por saldarse y sólo faltaba que yo aceptara o rechazara la invitación; la realidad era que me ponía en una encrucijada incómoda, que no deseaba enfrentar y que me había dedicado a eludir los últimos días.

Me quedé dormida pensando en lo que quería y tenía que hacer; ambas eran cosas opuestas.

Por la mañana, Luca pasó por mí como hacía desde mediados del semestre anterior. Mi padre ya lo sabía y no objetó al respecto.

En cuanto me tuvo cerca, tomó mi cuello dándome un profundo beso, arrancado un segundo después; dejándome aturdida.

—¿Qué tal la mañana?

—Igual que siempre —conseguí decir.

Posó una mano sobre mi pierna fría y me evaluó alegre, sonriendo de esa manera única que tenía; suavizando sus gestos duros, sus fuertes facciones. Lucía relajado, noté al lograr recuperar mis emociones. Era un desafío cada día, pero me encantaba.

—¿Lograste decidir algo? —preguntó sin afán. Sabía muy bien que tenía hasta esa tarde para avisarle a papá.

Negué mirando por la ventana. Ya no deseaba que me preguntara sobre el tema, me hacía sentir caprichosa, mimada, absorbente, posesiva y miles de cosas más.

—Luna… —me llamó con dulzura, esa que empleaba con recurrencia para mí. Volteé con desgano—. Por los dioses, no puedo creer que te diga esto, pero ve… —me pidió con ternura.

Cerré los ojos recargando la cabeza en el respaldo.

—Luca —abrí los ojos afligida, avergonzada hasta lo inimaginable—. Yo no quiero estar lejos de ti —acepté agobiada. Y es que era patético, pero cierto.

—Lo sé, tampoco yo. Y si te digo que vayas no es porque no te quiera a mi lado, Luna, al contrario, pero debes hacerlo, sé que no te lo

perdonarás después. Lo nuestro no cambiará porque viajes.

Fijé la vista en el exterior, contenida, de pronto muy incómoda por lo que sentía, por no poder decidir algo tan simple debido a lo que sentía por él. Comencé incluso a molestarme.

—Sara, prometí no presionarte, pero iré todas las noches, encontraremos la forma. Son sólo unos días.

—Entonces no me presiones —exigí irritada conmigo, sin encararlo, apretando los dientes.

Había días en que todo me abrumaba y no sabía cómo reaccionar. Por mucho que lo quisiera y que sintiera con esa potencia, la realidad me alcanzaba y me hacía sentir impotente, fraccionada. No era agradable.

Lo escuché resoplar, él sabía muy bien que ese día era uno de esos que, aunque no eran recurrentes, de pronto algo los accionaba. Sin embargo, con el transcurso de las horas lograba de nuevo hacer todo a un lado y continuar.

—¿Quieres hacer algo por la tarde? —preguntó unos minutos después. Lo miré suspicaz.

—Sí —admití. Se volvió hacia mí, sonriendo—. Quiero que dejes de evadir mis preguntas y me contestes lo que te pido sin desviar mi atención con besos o caricias —zanjé decidida. Pestañeó aturdido, arrugando la frente ante mi exigencia.

—¿No te gustan mis besos? —inquirió evaluándome, medía hasta dónde estaban las cosas en mi interior.

—Sabes muy bien que no es eso, Luca. Amo tus besos, amo como me tocas, amo todo de ti, pero me confunde y no me deja pensar con claridad. No me gusta que uses esa debilidad para desviar mi atención. No me agrada —expliqué sin rodeos.

Elevó las cejas asintiendo al escuchar mi confesión. Lo había tomado por sorpresa, comprendí de inmediato; era raro en él ya que solía tener todo bajo control.

—No es ésa mi intención, Sara. Me vueles loco, lo sabes. Lamento que lo veas de esa manera —argumentó circunspecto.

Me sentí culpable enseguida, pero no cedería.

—Tú también me vuelves loca, Luca. ¡Dios! Ni siquiera puedo dormir si no estás a mi lado. ¿Qué tan posesivo puede llegar a ser eso? Pero… —Bajé la vista hasta mis manos.

—Está bien, Sara, hablaremos —dijo al fin.

Giré asombrada. Él miraba al frente, ya casi llegábamos al colegio. En cuanto se estacionó, desbrochó su cinturón y luego el mío de esa forma imperceptible. Tomó mi barbilla y me miró con sus ojos ámbar un tanto oscuros.

—Jamás he usado lo que sientes por mí para confundirte, es sólo que me llamas, me haces sentir tus ansias, sé que sientes las mías. No tienes idea de lo que me cuesta tenerte cerca y no querer tomar todo de ti, más siendo consciente de lo inexplicable y milagroso que es.

—Lo sé —susurré sintiendo su aliento cálido muy cerca del mío.

—Pero si tienes dudas, preguntas, las responderé. Aunque las respuestas sé que te agobiarán y eso es lo que quiero evitar. Ya ha sido bastante trabajo intentar que olvides toda esta locura, que intentes llevar una vida normal durante estos meses, como para que lo eches abajo por algo ajeno a ti —admitió con simpleza.

Así que había sido a propósito, una parte de mí lo intuía, la otra quedó asombrada.

—Entonces, sí me has ocultado cosas —deduje, observándolo. Sus ojos se oscurecieron.

—No, no es información que tiene que ver contigo o con lo nuestro.

—Pero… pasa algo, ¿verdad? —insistí. Asintió. Tragué saliva queriendo saber más. Él se dio cuenta y colocó un dedo sobre mi boca.

—Ahora no, Luna, hoy debes de decidir algo que tienes pendiente. Después de eso, conversaremos.

Me alejé confusa.

—¿Por qué después?

Sacudió la cabeza sonriendo sin alegría.

—Porque todo lo concerniente a ti es prioridad. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? No quiero que nada interfiera en tu decisión y como me acabas de decir que no te presione, y considero que tienes razón, dejaré que tú sopeses los pros y contras de lo que harás.

No lo miré, no quería.

—Sara… —Tomó mi mano acercándosela a su boca, paciente—. Sé que por ahora no eres tú. Mi Luna está en menguante, ¿no es así? —acomodó un rizo detrás de mi oreja. Solía decirme eso cuando estaba de malas o muy sentimental.

—Supongo —admití intentando despejar mi mente. Me atrajo hasta él rodeándome con sus brazos.

—Está bien, nada de lo que hagas o digas podrá cambiar ni un poco lo que siento por ti. Eres humana y tus reacciones también los son. —Besó mi cabeza, quedándose ahí un rato.

—Luca, una última duda…

Suspiró, ahí, sobre mi cabeza.

—Si algo sucediera que pudiera afectar de alguna manera lo nuestro, ¿me lo dirías?

Permaneció en silencio varios segundos. No podía ver su expresión, pero sabía muy bien que sus ojos estaban oscuros.

—Si fuera necesario —aceptó al final, con voz críptica. Me separé de él, arrugando la frente.

—¿Si fuera necesario? —repetí confundida. En efecto, sus ojos eran una mezcla de miel y carbón.

—Sí, Sara, sólo si fuera necesario —repitió sin remordimiento.

El incipiente enojo e impotencia retornaron. ¿Qué ocurría? Estaba metida en medio de algo que no tenía ni pies ni cabeza, y que sí, eludía la mayor parte del tiempo. Ahora sabía que justamente eso era lo que él hacía y, además, sólo me comunicaría las cosas «si fuera necesario». ¡Al diablo!

Me bajé del auto y caminé sin esperarlo. Hacía mucho tiempo que no teníamos una discusión, y aunque sabía muy bien cómo terminaban, en ese momento sentía que no lo podía tener cerca. Yo tenía cosas que decidir, y él debía decidir si valía la pena hacerme partícipe de algo que nos atañía. Bien.

Era consciente de que venía detrás de mí, sin embargo, no buscó acercarse ni hablar conmigo. Me conocía muy bien como para saber que cuando me ponía así era inútil hacer cualquiera de las dos cosas, y que

conforme pasaran los minutos me tranquilizaría y podríamos hablar. Ese día sería la excepción.

Entramos uno detrás del otro a nuestra clase, nos sentamos en los lugares de siempre, sólo que ahora sin cruzar palabra ni tomados de la mano como solíamos.

Su compañero, que compartía nuestra clase, se percató de nuestras actitudes, sin reparos nos miró sonriente y satisfecho. ¡Tarado! Pude ignorarlo porque Gael y Lorena me saludaron en ese momento con un ademán. La hora fue larga.

Mi novio apuntaba y respondía sin dificultad lo que el profesor decía, de vez en vez observaba mi cuaderno percatándose de que yo no había ni siquiera contestado la primera ecuación. Me hallaba inmersa en un limbo de pensamientos discordes y molestos.

En algún momento, sin que me diera cuenta, chasqueó los labios y cambió los cuadernos. Cuando tuve de nuevo el mío enfrente, ya estaban todos los ejercicios resueltos con una letra muy similar a la que yo tenía. Lo miré con atención. ¿Qué me ocurría? Por qué de pronto quería pelear con él, encontrar algo a qué sujetarme, hallar algo malo a todo lo que habíamos construido durante esos meses.

No se volvió, pese a saber que lo estudiaba, y continuó prestándole toda la atención al maestro como si de verdad lo necesitara.

Cuando el timbre sonó, y después de cavilar hasta el punto de que mi cabeza doliera, pude entender su postura, no obstante, el ser tan consciente de lo incierto y poco normal de nuestra situación, me hacía sentir a veces insegura e irritable.

Esperó a que guardara todo y me acompañó afuera del salón, al cruzar la puerta, entrelacé mis dedos con los suyos, sonriendo un poco arrepentida. Enseguida se llevó mi mano a la boca. Me recargué en él, rodeó mi cintura mientras caminábamos.

Todo está bien, Luna.

Murmuró en mi mente con suavidad, mientras nos dirigíamos a mi salón.

En la siguiente asignatura, vi a Romina, conversaba con Gael que, evidentemente, había llegado antes que nosotros. Me senté junto a ellos

sin prestar mucha atención a lo que decían. Sentía una revolución en la cabeza, debía ordenarla.

—¿Sucedió algo entre Luca y tú? —Quiso saber Gael, sentándose en la banca contigua. Ya no me hacía insinuaciones, pero para todos seguía siendo evidente que continuaba esperando que algo malo ocurriera entre nosotros.

Negué abriendo mi cuaderno. No estaba para eso.

—Entonces, ¿por qué esa cara? —indagó.

Romina también esperaba la respuesta.

—Hoy tengo que decidir si iré al viaje de mi hermana.

—¿Aún no lo sabes? —me preguntó mi amiga, asombrada. Gael me estudió con suspicacia, cruzado de brazos.

—¿Es por Luca? —dedujo, enarcando una ceja. Lo miré fijamente, irritada.

—No —declaré, intentado invocar al profesor para que apareciera de una vez. Lamentablemente yo no tenía poderes, aunque lo deseaba en ese instante. También una bola de cristal, de ser posible, pero no, era una simple mortal, lidiando con algo que no tenía nada de normal.

—Es que como parece que no da un paso sin que tú lo des. Pensé que…

—Ya te dije que no —repetí, aunque sabía que tenía razón. Se separó un poco de mí, alzando las palmas en símbolo de rendición.

—¿Entonces? —Quiso saber Romina, entornando los ojos—. Es el cumpleaños de Bea, tienes que ir. Si me hubiera invitado hubiera dicho que sí desde el primer día —aseguró. Eso lo sabía muy bien.

—Tengo la beca de la universidad y mi promedio no puede bajar, son muchos días —le recordé. Ésa era parte de la verdad, y aunque Luca me había dicho que no necesitaba de ella, para mí era impensable que fuera de otra manera. Yo la había conseguido, no la perdería, era una cuestión de orgullo.

Ambos parecieron durar un siglo en procesar la información.

—¿Por qué no hablas con el director? A lo mejor te ayuda a decidir esto, ¿no crees? —Lo propuesto por Gael me pareció fabuloso, lo miré sonriendo por primera vez en el día. Si el director decía que no, pues listo,

no iría y si decía lo contrario… sabía qué debía hacer, independientemente de mi afición por Luca.

—Eso es buena idea, gracias —declaré alegre, mucho más relajada. Él sonrió ante mi gesto, acercando una mano hasta mi mejilla pero completamente perdido en mi boca. Pestañeé azorada, quitándome por reflejo, apretando los labios.

Iván se aproximó a él, que no se había alejado pese a tener su mano vacía y yo encontrarme varios centímetros atrás, mirándolo con advertencia.

—Sólo un idiota provocaría a alguien como Luca. Dudo que verte hacer eso lo ponga precisamente feliz —declaró meciéndose en la silla justo a su lado. Gael se alejó enseguida, reaccionando, y yo bajé la vista hasta mi cuaderno, sintiéndome molesta e incómoda. El silencio se hizo embarazoso hasta que el profesor entró unos minutos después.

En cuanto terminó la hora, salí del salón sin voltear. Luca ya estaba ahí. Sonreí y lo abracé; me rodeó enseguida con esa suavidad tan característica.

—Lamento haberme portado así en la mañana —musité arrepentida. Bajó el rostro, hasta quedar frente al mío, agachándose.

—No hiciste nada malo, tú piensas de una forma y yo de otra. Eso es todo. —Rozó mis labios de forma fugaz, pero dulce.

Éramos tan diferentes, desde lo evidente hasta en nuestro carácter y preferencias. Sin embargo, eso no solía ser un problema, no siempre, o por lo menos no para él, ya que normalmente encontraba la forma de que yo quedara satisfecha con la decisión, aunque no fuera en ocasiones lo que yo hubiera elegido en un principio. Y, de forma paciente, me hacía ver que mi carácter impulsivo no me dejaba pensar con claridad. Realmente su autocontrol, en casi todos los sentidos, era asombroso e innegable.

—Es sólo que me preocupa lo que pueda ocurrir, no puedo evitarlo, Luca. Por mucho que parezca que ni siquiera lo tengo en la mente —confesé un poco agobiada. Me guio a un lugar solitario para poder conversar de forma más privada.

—Sé que haces un esfuerzo por no recordar los problemas, pero no son tuyos, sino míos. Yo los resolveré —aseguró pegando su frente a la mía.

—Pero estamos juntos en esto —le recordé afligida, no me parecía justo que cargara con todo y me tratara como alguien incapaz de enfrentar lo que ya había decidido.

—Sara, hay cosas que están pasando, que no tienen nada que ver contigo, ni con tu bienestar, y he preferido no mencionarlas porque no encuentro ningún sentido que las sepas, no porque no confíe en ti, sino porque tú tienes tus problemas humanos, situaciones en las que pensar y ocuparte. No voy a añadir ni un poco más de carga a eso porque sé que si no existiera, ésas serían tus preocupaciones y así debe ser, siempre.

—¿Por eso te desapareces en los recesos? —Quise saber.

—No desaparezco —me corrigió. Pero lo hacía, no lo sentía cerca, era así de simple, aunque no lo dije—. Sólo quiero darte tu espacio. Pero sí, aprovechamos ese tiempo para ponernos al tanto.

Me sentí un poco más tranquila, aunque con dudas aún, ellos no necesitaban estar en el mismo espacio para conversar; así que debía ser delicado si destinaban un momento del día para hacerlo de frente.

—A veces todo esto duele —admití sin remedio. Sólo con él podía hablar de todo, así que no me limité. Sonrió agobiado, abrazándome de nuevo, negando.

—Eso no me agrada —murmuró con tristeza en cada nota de su hermosa voz.

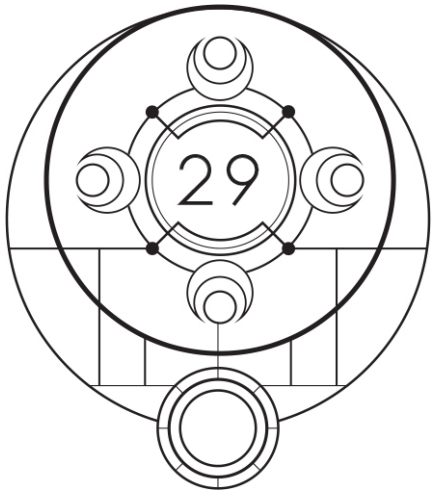
Lo rodeé sin decir más. Ésa era una verdad que no pensaba ocultar. Dolía por lo que implicaba, por las verdades, por las mentiras, por el miedo a lo que podría venir, por ser consciente de cómo crecía a cada segundo lo que sentía, lo cual, a veces, no me permitía actuar con claridad.

Permanecí ahí durante varios minutos. Refugiada en su pecho todo era posible y nada alcanzaba a atormentarme, no tanto por lo menos. Él lo sabía, y por lo mismo no me soltó. Cuando el receso terminó, me quejé caprichosa, aferrándome más fuerte a su camiseta.

—Vamos, Luna —me instó sacudiéndome un poco. Asentí todavía escondida en su abrazo. Me dio un beso en la cabeza, aspirando todo mi aroma—. Cuando te pones así, por los dioses que me dan ganas de atarte a mí para siempre —confesó con voz seria, ronca. Me separé acalorada, más serena.

—Creo que eso sólo nos traería más problemas —aseguré acariciando su mejilla con atención, haciendo a un lado un mechón de rizos negro que cruzaban por su frente.

—Puede que no.



En el segundo receso, en la cafetería, le pedí a Romina que me acompañara con el director. Gael me ignoró deliberadamente, desviando la vista para no enfrentarme. No supe si reír o entornar los ojos.

—Pobre Gael, creo que nunca te superará —dijo ella, mientras caminaba a mi lado.

—No tiene opción —repliqué sin desear hablar sobre ello.

—Ya sé que no te gusta que te lo diga, Sara, pero es que creo que tú y Luca deben darse un poco de espacio.

—Lo sé, pero me gusta estar con él —expliqué, arrugando la comisura de mis ojos, mostrando los dientes. Sonrió negando.

—Eso queda muy claro y no te lo digo para que te molestes, es en serio. Es más, sé que él irá a Vancouver.

Viré atónita.

—Ves, con tu mirada lo ratificas. Algo sucede entre ustedes que no me acaba de cuadrar. No es normal ver a chicos de nuestra edad tener una relación como la que tienen. Él parece ser todo lo que tú necesitas y viceversa. ¿No te has fijado que ni siquiera nota a los demás? Te apuesto

que no conoce los nombres de la mayoría de las personas con las que convive diario. ¡Ah!, pero si se trata de ti, parece ser capaz de todo.

No necesitaba eso, no ese día en el que justamente todo lo que éramos me atormentaba más de la cuenta. Que me lo dijera con esa claridad, sólo ayudaba a ponerme peor con respecto a lo que compartíamos que, era consciente, no tenía nada de normal, como bien decía Romina, pero que era mi realidad y mi verdad.

Agobiada por haber encontrado, sin proponérmelo, eco a mis pensamientos, seguí caminando, fingiendo no ponerle atención. Sin embargo, sus palabras eran ciertas y no tenía una explicación para todo aquello; por otro lado, estaban calando hondo sin poder evitarlo, dejando algo incómodo instaurado en mi pecho, que ya de por sí estaba pasando por un momento no tan agradable.

—Romina, Luca es muy importante para mí —refuté, ya casi llegando a la coordinación. Me tomó del brazo. Su mirada era suspicaz y expectante.

—Si no quieres, no me digas lo que sucede. Yo no puedo quejarme, conmigo eres la misma de siempre, sólo que eres más segura y que eso se lo debemos a que estás con él. No me cae mal, lo aprecio porque sé que te quiere, lo veo en cómo te contempla, cómo te toca. Es como si fueses un milagro en su vida. Sin embargo, no puedo dejar de preocuparme. Tú no has tenido más relaciones, otras experiencias y me da miedo que cometas algún error. Eres tímida y fácilmente te encierras en ti misma, eso a su lado se acentuará. ¿Y qué pasará con el tiempo, Sara? No harás más amigos porque simplemente nada te importa tanto como él, tu mundo se reducirá a Luca. ¿Eso quieres? —me cuestionó.

¡No quería seguir escuchándola! No cuando eso me agobiaba tanto que lo había mantenido oculto en mí, encerrándolo una y otra vez cuando pretendía sin permiso. ¿Cómo lidiar con mis dos realidades, conmigo en medio de ambas?

Mi respiración se ralentizó, sentía el pecho comprimido, mis palmas sudorosas. Quería llorar, ésa era la única verdad, porque todo lo que sucedía encerraba cosas que había deseado no mirar.

—Romina, ¿por qué me dices todo esto ahora? —Quise saber, conteniendo el impulso de alejarme sin voltear.

—Porque eres mi mejor amiga, la hermana que nunca he tenido y veo que tú y él… ¡Dios!, no sé cómo decirlo… Se funden cada día más.

No pude moverme al escucharla. Mi labio inferior tembló.

—¿Fundirnos? —repetí evocando lo que significaba para ellos esa palabra.

—Sí, se funden; como el caramelo cuando está hirviendo. Como el chocolate. Coloca dos trozos en una cacerola a fuego lento y se funden, eso es lo que ustedes están haciendo y tengo que confesarte que me asusta que pueda tener repercusiones. Un hijo, por ejemplo, sería terrible —dramatizó.

Se refería a ese tipo de «fundición», comprendí.

—Eso no pasará —aseguré entendiendo de pronto que, de continuar juntos, nunca ocurriría en mi vida. De nuevo sentía el peso de mis decisiones, de la verdad.

La secretaria de la dirección, una mujer mayor y de rostro duro, me observó interrogante. Le comenté mi situación y marcó un número por el conmutador.

—Puedes pasar —anunció, regresando de inmediato a su computadora.

Entré con cautela, nunca había ido allí. El director se hallaba detrás de un escritorio tecleando algo en su computadora personal. En cuanto estuve dentro, me señaló una silla. Me senté esperando. Ya lo conocía, sin embargo, nunca había tenido que hablar con él por algo.

—Señorita, ¿qué se le ofrece? —me preguntó cerrando la pantalla y mirándome detrás de sus enormes lentes. Era canoso y no tenía mucho pelo en la base de la cabeza, por lo que la luz del techo se reflejaba en su cuero cabelludo como si brillase. Tenía unos sesenta años y contaba con facciones suaves y agradables. Le relaté mi situación, la escuchó atento y con las manos entrelazadas. Cuando terminé, permaneció varios segundos en silencio.

—Señorita… —Elevó los ojos para que yo completara la frase.

—Sara —articulé arrugando los bordes de mi mochila. Sonrió.

—Sara, diez días de ausencia en esta institución es mucho tiempo, más aún si tu promedio es tan importante. Yo no puedo exigir a los maestros que cubran las faltas, son las políticas y el alumnado lo sabe. Tampoco puedo ordenar que te permitan reponer lo que no harás esos días. Así que es tu decisión arriesgarte.

Resoplé frustrada, no me estaba ayudando. Sonrió de nuevo al ver mi gesto.

—Si fuera tú, esperaría a ver la nieve hasta estar en la universidad, es el último semestre. No considero que sea el momento adecuado para esto —anunció, recargándose en su asiento, comprensivo.

—Entonces, si yo hablo con ellos, quizá…

—Lo dudo, menos por la etapa en la que se encuentra. Como te dije, yo no puedo intervenir en los criterios de los maestros, aunque por las faltas innegablemente te verás un poco afectada, cosa que en otra situación no importaría, pero que, en su caso particular, supongo que sí. Escucha, Sara, una beca de esa índole no es fácil de lograr, de hecho, te extiendo mis felicitaciones y reconocimiento por ello, es un orgullo tener chicas como tú en la institución. Yo no la pondría en juego.

Asentí mirando atenta mis botas cafés, mal amarradas para variar. Unos segundos después de agradecerle su tiempo, salí pensativa. Conseguir la beca había sido mi meta, lo que me mantuvo en pie durante tres años, no la perdería, no me lo podía permitir.

—¿Qué pasó? —preguntó Romina, poniéndose en pie al verme.

—No puede ayudarme. El reglamento.

—¿En serio? —musitó afligida. Le conté todo lo que el director me había dicho—. Pero… puedes hablar con los profesores. Intentarlo.

—Sí, lo intentaré. Pero mi promedio es alto, Romina, para esa beca no debo bajarlo —le recordé. Asintió. Caminamos de regreso a la cafetería.

—Te entiendo, te vi quemándote las pestañas lo suficiente como para saber lo que implica para ti ese logro. Total, ese viaje se repetirá. Ni hablar.

Más tarde, saliendo de los vestidores para dirigirme al domo, lo vi, me esperaba como solía. Sonreí complacida, acomodando uno de mis rizos tras la oreja.

—Te ves más tranquila —reconoció contra mis labios, pues en cuanto me tuvo cerca, bajó el rostro para besarme.

—Sí, eso creo —admití, buscando esconder todo lo que dentro de mí iba surgiendo, creciendo, que no me dejaba estar, que se abría espacio de forma vertiginosa, y que odiaba que lo hiciera.

En esa clase, estudié a Luca con detenimiento. No interactuaba con nadie, ni siquiera con Hugo.

La siguiente asignatura era de lo más aburrida. Aunque gracias a mis amigos y a él, se aligeraba. Lo cierto es que de nuevo me encontré evaluándolo. No había interacción alguna, ni siquiera mínima.

Lo entendía. Ellos no debían convivir más de la cuenta con los humanos y Luca ahora era más estricto, pues sabía que, por un lado, me gustaban esos espacios ajenos a él y, por otro, no podía poner en peligro a sus compañeros, ya que ninguno de los zahlandos tenía permitido intimar con nadie de mi planeta y él… ya había roto con creces esa regla. Así que no tenía pensado volver a cometer un error, si eso era lo que había entre él y yo.

Luca cumpliría con sus códigos al pie de la letra, siempre y cuando yo fuera la excepción, mientras durara lo que nos unía, que para mí era más que un simple amor adolescente, y sé que para él también.

Ese calambre que genera la angustia retornó estremeciéndome. ¿A dónde nos llevaría todo eso? Lo que él era, lo que implicaba, nuestras diferencias… mi realidad. Todo se entremezcló de una manera espantosa.

Mi cabeza empezó a hacerse un lío, un lío de verdad.

Fui consciente, de repente, de que había estado intentando todo este tiempo hacer a un lado las inevitables cosas que nos separaban. Aunque tenía información de su planeta y forma de vida, que supuse era lo elemental, no sabía más de Zahlanda y no quería averiguarlo.

Si él y yo continuábamos, sabía que mi vida no iba a ser color de rosa como me empeñaba en pensar; y ésa era la razón por la cual me daba espacios en los que no tuviera nada que ver, porque entendía parte de la esencia humana consiste en socializar, por lo que no quería que yo dejara eso por su culpa, sin embargo, ¿qué pasaría después?

En poco tiempo, por mi carácter un poco introvertido, me reduciría a él, me conocía. Pasaba casi todo mi tiempo a su lado perdiendo de vista a los demás. Muy pronto, dejaría de conocer personas porque su condición no se lo permitía, y eso me detendría. Además, Luca estaba decidiendo ser algo que no era por estar a mi lado; y yo, si avanzábamos como se vaticinaba, habría tenido que renunciar a cosas que jamás me había cuestionado, y que aun en ese momento, siendo consciente de ellas, me pesaba dejar por él.

¿Estaría bien pensar de ese modo?

Mi mente decía no. Mi corazón decía que no le diera tantas vueltas y lo disfrutara. Y esa vitalidad gritaba furiosa que dejara el tema en paz, que no quería estar sin él.

En alguna ocasión, Luca había dicho que el humano era cambiante, voluble, y aunque podía asegurar en ese momento que jamás lo dejaría, la realidad era que no podía garantizarlo, ya que «jamás» es una palabra imposible de asegurar, porque la vida a veces actúa de formas que no se entienden y la pura idea me aterraba.

Él estaba dejando de lado lo que era por mí, su verdadero ser, su esencia, a sus compañeros. ¿Qué pasaría si con el tiempo yo no era lo que él creía? ¿Si las situaciones que nos definían no tenían respuestas como él esperaba? ¿Si algún día llegaba el arrepentimiento de haberse alejado de todo aquello por mí?

Ya no escuchaba lo que ocurría a mi alrededor, sólo podía mirar fijamente el pizarrón donde el maestro garabateaba una pirámide de Maslow. La opresión en el pecho me ahogaba a esas alturas. Decidir lo de Bea había abierto esa grieta que ya no podría cerrar, lo sabía.

¡Dios! No quería acabar lo que teníamos. Adoraba sus brazos alrededor de mi cuerpo, su manera de mirarme, de sonreír, su paciencia y su inteligencia, su carácter decidido, sus palabras, su esencia. Amaba sus labios y me enloquecía su mera presencia, me hacía desear ser mejor de lo que nunca había sido y, desde que había aparecido, mi vida era indudablemente distinta.

Sentía tanto por Luca que no podía permitir que sufriera por mi culpa, por querer permanecer a mi lado rechazando su verdad, lo que era. En

algún punto, todo se desmoronaría y no soportaría verlo padecer; quizá habíamos avanzado tanto que ya no había reversa.

Cerré las manos en un puño, sumergida en mis pensamientos inciertos, hirientes pero reales. ¿Era normal sentir con esa intensidad?

No, Luca ya me lo había dicho meses atrás.

El timbre sonó y me sacó del sopor en el que me había enfrascado. Sentí su mano sobre la mía. Giré hacia su rostro perfecto, perdiéndome en cada una de sus asombrosas y únicas facciones. Comprendí que había permitido que las cosas llegaran demasiado lejos para ambos, no podía condenarlo de esa forma, me odiaría, sabía que yo me odiaría, pero lo peor de todo era que tenía una certeza absurda de que no podía vivir sin él, a pesar de ser dolorosamente consciente de todo aquello. No, eso no me gusta tampoco.

¿Estás bien?

Sus ojos eran verde militar, estaba preocupado, probablemente había sido consciente de mi ensimismamiento durante la clase.

Asentí, comenzando a meter mis cosas en la mochila. Me puse de pie mirándolo. Su gesto era de absoluto desconcierto, era evidente, para mí, que quería traspasar mis ojos y encontrar lo que en mi cabeza había, sin embargo, sabía muy bien que no podía pese a que me apresaba en ellos.

Minutos después, me subí a la camioneta en silencio, posando mi atención en los coches que salían de la escuela; chicos de mi edad riendo o poniendo música a todo volumen, viviendo sin preocuparse, con un futuro por delante. Arrancó sin que lo notara.

No habló en todo el camino, pero era consciente de que me observaba sin comprender qué era lo que me ocurría. No era habitual que tuviera ese estado de ánimo; era impulsiva y apasionada, no solía estar taciturna, ausente, al menos no desde que comenzamos ese camino incierto. Tal vez sólo cuando le narré lo de mi madre.

De repente, se detuvo en un lugar que no reconocí, una calle cualquiera, poco transitada. Apagó el motor y observó el exterior, aferrado al volante.

—Necesito saber qué ocurre. Hoy me he sentido a la deriva —confesó con tono ahogado, después de varios minutos. Torcí la boca—. Sara,

mírame. —Su voz era profunda e irresistiblemente hermosa. No tuve más remedio y giré. Se veía afligido, confuso—. ¿Qué pasa? —Quiso saber sin rodeos.

Bajé la vista de nuevo hasta mis manos, sudorosas. Ésa era toda una pregunta.

Quería llorar, quería gritar, quería que esa maldita realidad no fuera la nuestra, sino que Luca fuese simplemente un chico normal, por el que perdía la cabeza como cualquier adolescente, y que nuestros problemas fuesen como los de cualquier otro humano. Pero no lo era, y cada vez se alejaba más de lo que sí.

Tomó mi barbilla buscando que de nuevo lo viera. Al sentir su tacto sobre mi piel, aquel decadente líquido comenzó a viajar por todo mi cuerpo como siempre, sólo que ahora era dolorosamente consciente de él. Mi vitalidad se percibía molesta, y abatida a la vez, sumisa a mi sentir, agobiada.

—Lo lamento —musité, observando sus ojos oscuros. Bajó la mano, negando.

—Desde la mañana estás extraña, sin embargo, creí que ya había pasado. Evidentemente me equivoqué.

—No ocurre nada —mentí. ¿Qué podía decirle? Ni siquiera yo sabía bien lo que en mi mente acontecía. Cerró los ojos, recargándose en el respaldo, agotado.

—Aunque parezca que no me importa lo que sucede a mi alrededor, sé que cuando una mujer dice eso… es porque suceden cosas realmente importantes dentro de su cabeza —afirmó, contenido.

Pasé saliva, nerviosa. La situación comenzaba a ser irreal y aunque una parte de mí, la más fuerte, moría por brincar a sus brazos, la otra estaba pasando por una crisis gigante, poderosa, una que estaba taladrando duramente en mi interior.

—Comprendo que no me lo dirás… —inquirió despacio.

Continúe sin verlo.

—Quisiera pasar un rato a mi casa, debo… hacer unas cosas —mentí, lo notó enseguida.

Su cuerpo se tensó ante lo que acababa de decir, supe al mirarlo de reojo. Las tardes las solíamos pasar juntos, salvo situaciones especiales o que estaban fuera de mis manos, pero ese día sabía que necesitaba algo de intimidad. Era urgente, antes de lastimarlo o de decir una tontería.

—Quieres espacio. Sólo debes decirlo. —Su voz sonó neutra, no me mostraba nada de lo que en su interior sucedía, era como si se alejase, como si pusiera distancia.

—Es sólo que…

—Es sólo que algo ocurre y no sabes si decírmelo o no —me interrumpió sin mirarme—. He aprendido a interpretarte. Búscame cuando estés lista.

Enseguida prendió el motor y arrancó. Llegamos quince minutos después, sin embargo, me parecieron dolorosamente eternos. En cuanto se detuvo, abrí la puerta sin dudar, necesitando alejarme de su olor, de su calidez.

¡Dios, qué me estaba ocurriendo!

Sus dedos sujetaron mi antebrazo, impidiendo que bajara. Me atreví a mirarlo, su rostro lucía cansado y desencajado, buscaba en mis ojos la respuesta a ese comportamiento tan atípico en mí.

—Te estoy sintiendo —susurró, comprendí muy bien a lo que se refería. Podía sentir mi ansiedad, mi temor, todo lo que en mí circulaba y yo… yo podía hacerlo también si prestaba atención, pero ese día no podía ni quería intentarlo.

—Lo sé —respondí, saliendo del auto, agobiada, con un nudo en la garganta que crecía a cada minuto. Me metí a la casa sin girar ni una sola vez. En cuanto estuve dentro, subí a mi recámara sintiéndome culpable y vil.

¿Qué estaba haciendo?

Una parte de mí quería tomar el teléfono y pedirle que regresara, pero la otra sentía que necesitaba cierto espacio para ordenar mis ideas y pensamientos.

Me tumbé en la cama, perdida en el cielo azul de enero. El día anterior todo estaba bien, de hecho, todo estaba bien desde hacía meses, pero lo del viaje de Bea había abierto «eso» en mi interior desde la noche previa;

dudas que evadí, realidades que eludí, aparecieron sin pretender irse. Eso aunado a la información no dicha, a lo que Romina me había recordado con tanta simpleza, a observarlo con mayor atención, a su realidad. Todo me ahogaba.

No podía dejarlo, no quería… pero no existía posibilidad alguna de un futuro, por mucho que nos resistiéramos éramos literalmente de diferentes planetas. Y quizá a mi edad no debía preocuparme por ello, no obstante, lo hacía, no podía evitarlo. No era que pretendiera formalizar más las cosas entre ambos, pero crecían a cada segundo, a cada minuto, y sentía que llegaría un momento en el que no habría marcha atrás, en el que me olvidaría de todo absorbida por completo por el sentimiento y por lo que me generaba. Lo dañaría, y eso no podría soportarlo.

Era como querer juntar a un lobo con un conejo. No era posible, las especies no se mezclan simplemente porque no son iguales, porque por mucho que lo anhelaran, ¿cómo convivirían? ¿Cuál de los dos tendría que renunciar a su naturaleza para estar con el otro? Sus iguales jamás lo aceptarían y mucho menos lo entenderían; tarde o temprano, alguno de los dos sufriría, por tanto, el otro también.

Ese pensamiento, más que cualquier otro, era el que mayor dolor me causaba porque se trataba directamente de él.

Me puse la almohada en la cara, intentando buscar algo de lo que sí estuviera segura, más allá del gigantesco sentimiento que me dominaba. No lo logré.

¿Qué debía hacer? ¿Qué?

Después de pasar más de dos horas dando vueltas en mi cuarto y de no poder comer, decidí que debía hablar con él. Aunque en mi interior estuviera ocurriendo esa revolución, Luca no se merecía que yo me portase así.

Alejarme de él no era definitivamente una opción para mí, pero quizá debía hacerlo. Lo cierto era que Luca necesitaba saber lo que me ocurría. Necesitábamos hablarlo.

Tomé las llaves de mi auto y salí de prisa rumbo a su casa. Aurora ya ni siquiera preguntó a dónde iba.

Al llegar, dejé el coche en la calle empedrada y bajé. Toqué el timbre, la puerta se abrió. Pasé nerviosa.

Él estaba a unos metros. No lucía nada bien, sentí unas enormes ganas de abrazarlo y consolarlo, de pedirle perdón por mi comportamiento durante el día, no obstante, me contuve; debíamos conversar. Necesitaba que me escuchara.

Cerré la puerta tras de mí y caminé lentamente hasta él. Cuando estuve a unos centímetros, me tomó por la cintura y me besó con aprehensión. En cuanto lo hizo, olvidé todo, lo único que importaba era su sabor, sus labios apresando los míos de esa forma en la que incluso hacía que se me doblaran las piernas. Rodeé su cuello unos segundos, dejándome llevar. Me besaba ansioso y nostálgico, podía sentirlo con cada roce, con cada caricia. Estaba angustiado, mi ser lo sabía.

—No vuelvas a hacerme esto —me rogó pegando, su frente a la mía—. Fueron horas muy largas, Sara… —admitió desconcertado. Era evidente que no tenía idea de cómo reaccionar ante mí en ese instante.

Tomé su rostro con mis manos y lo separé, notando cómo sus ojos ámbar parecían inundarse de un púrpura que hasta ese momento jamás había visto; a diferencia del violeta, éste era mucho más potente.

—Luca, necesito hablar contigo —manifesté, sintiendo su dolor correr por mis venas. Volteé a su casa, negando—. Aquí no.

En un segundo nos encontrábamos en una playa templada. La salinidad del ambiente se introdujo en mi sistema, a pesar de ello, tenía un frío extraño en mi interior. Colocó una frazada oscura entre dos enormes rocas para evitar el paso del fuerte viento. Se sentó meditabundo, enseguida lo hice yo.

El mar tronaba tranquilo a varios metros de nosotros, el día estaba despejado y en paz. Las gaviotas se escuchaban a lo lejos, el aire era agradable, relajante.

—¿Dónde estamos? —le pregunté sin tener la menor idea.

—En una playa virgen de Brasil, aún no tiene nombre —respondió, evaluándome. Asentí observando el horizonte con suma atención—. Sara, necesito saber qué pasa. No te habías comportado así desde… —No acabó de decirlo, pero se refería aquellos días grises de meses atrás.

Lo miré sintiéndome más tranquila porque de nuevo lo tenía cerca de mí; no obstante, todos mis temores continuaban y al ver sus increíbles ojos, se acentuaron más.

—Es mi cabeza… Es un lío —confesé cabizbaja. Asintió. Me mordí el labio, observaba mis pies—. Sé que no debo comportarme como lo hice, sé que esas actitudes resultan infantiles, pero hay cosas que… me agobian, me atormentan. —Fijé mi vista en él, seguía atento a mí—. Luca, no sé cómo continuar —solté.

Sus ojos se carbonizaron al mismo tiempo que se abrieron por el asombro.

—¿A qué te refieres? —preguntó con voz queda.

—A que no sé cómo podremos con esto, con lo que implica. Está avanzando, lo sabes, lo sientes tanto como yo. Llegará el momento en que no podremos dar marcha atrás, lo veo con claridad. Si eso sucede, sé que tú te arrepentirás.

—No hables por mí —sentenció serio. El nudo en mi garganta comenzó a crecer sin remedio, veía dolor en sus ojos, el mismo que yo estaba sintiendo. Peor aún, mi vitalidad lloraba en mi interior, y sentía la suya lastimada, herida.

Con todo, no me detendría, no debía.

—Luca, te amo —dije por primera vez. Sus ojos se congelaron ante mis palabras, no me detuve—. Sí, te amo, y te siento más allá de eso, te lo juro. Pero… no sé si es o será suficiente. Date cuenta de todo lo que ocasionaría en nuestras vidas insistir en permanecer juntos, del dolor que infligiríamos, los cambios que se darían, lo que dejarías.

No sabía de dónde salían esas palabras, pero necesitaba que, de verdad, pensáramos las cosas de una forma objetiva y clara, más allá del enorme sentimiento que existía entre ambos. Sentía que era la única forma de cambiar lo que vendría y de mantenernos fuertes ante lo incierto.

—Soy consciente de todo —avaló.

—¿De todo? Luca, ¿qué clase de vida tendríamos si permitimos que esto avance como lo hace? Tú, yo, dejaremos lo que somos para estar juntos.

—No, yo dejaré lo que fui porque desde que estoy contigo no soy el mismo.

—Escucha, tú no eres esto. —Lo señalé con la vista nublada—. Éste es el reflejo de tu energía, no eres tú. Te encerrarías en un cuerpo toda tu existencia por mí… No está bien siquiera pensarlo, no puedo permitirlo, no puedo ser tan egoísta, porque lo que siento por ti va mucho más allá. Además, estoy yo, mi propia condición, no te relacionas con nadie, me estoy convirtiendo en algo que no es bueno. Nada parece importarte a excepción de mí.

—Es que es así —confesó ansioso.

—Sí, pero qué pasará con el paso del tiempo, ¿me encerraré en ti y tú en mí? Y si algún día quiero compartir con alguien más —su mirada se carbonizó aún más, dejándome pasmada, pero continué—. Nuestra vida será solitaria y dependeremos uno del otro. No está bien y no quiero que tú cargues con eso, sumado a todo lo que implica la situación en sí y a lo que dejas de ser si te quedas a mi lado. Tengo miedo de hacerte infeliz, de que no sea lo que tú crees; de que un día te levantes, me veas dormida a tu lado y me desprecies por haberte arrastrado a vivir de una forma completamente diferente a la que esperabas, a la que se supone debías vivir. Por otro lado, lo nuestro siempre será así, nunca pasaremos de… un beso, caricias. Por ahora está bien, pero mi necesidad de ti ha ido aumentando y sé que en un tiempo no me conformaré con eso. ¿Qué pasará? Además, estás tú y tu mundo. No lo olvido; estoy muy consciente de que Hugo sigue oponiéndose a lo nuestro, y que Yori y Florencia piensan igual. Te estoy alejando de lo que eres, de ellos, de tu vida.

Desapareció, volteé asustada. Lo encontré frente a las enormes rocas, posando sus palmas sobre las piedras. Empezaba a temblar y sus manos se tornaban traslúcidas, como aquella vez que las colocó sobre mí para salvarme.

—No quiero, ni puedo escucharte más —rugió furioso y desesperado, mirándome. Mi corazón se detuvo y me quedé paralizada en mi lugar.

Tenía la mirada oscura, muy oscura, además, lucía amedrentador. Pasé saliva, tensa.

—No puedo cambiar lo que piensas por mucho que me duela. Todo lo que dices es verdad… He sido consciente de ello desde el primer instante, así como de que la única certeza tengo es que nunca cambiará lo que siento por ti. Cuando te he dicho que te siento, es porque de manera literal es así, porque eres una parte de mí, una que me domina. Cada cosa que has dicho hasta ahora sé que está cargada de dudas y de temores, pero también de inseguridad, y no puedo hacer nada para garantizarte que haré todo para que seas feliz, y así yo lo seré también; necesitas creerme y confiar en mí. Pero no puedo forzarte a nada, jamás lo haría; y aunque esto me duele más que nada, comprendo tu postura y… la respetaré. Desde el principio supe que esto podía pasar, que lo que yo soy te podía llegar a atormentar sin piedad, y eso es lo último que quiero. Sara, si lo que deseas es terminar con lo que tenemos, no te detendré por mucho que quiera hacerlo. Siempre fui consciente de que era mejor estar lejos de ti y te dije que si algún día tú decidías alejarte, yo me haría a un lado, y eso haré.

Mi sangre se detuvo, mi mente… también. De repente nada tuvo sentido, salvo su existencia en mi vida y su calidez recorriendo todo mi cuerpo. Mi vitalidad rugió, deseaba brincar hasta él, rechazándome por haber herido a lo que más quería. Se removía en mi pecho, en mi piel. Gritaba.

Las lágrimas comenzaron a salir sin poder evitarlo.

—Luca… —Negó mirando el horizonte.

—No digas más, realmente ya fue suficiente. Me estás matando, ¿no te das cuenta? Me estás matando con cada palabra que pronuncias, por mucha razón que tengas —musitó con el gesto contraído.

Bajé la mirada hasta mis manos, temblando.

En una tarde mi felicidad había desaparecido, mi mundo se derrumbaba. No, no quería eso, no podía por mucho que supiera que todo lo que pensaba podía ocurrir. Después varios minutos, se acercó a mí y me tendió la mano.

—Vamos, creo que ya no tenemos nada más que hacer aquí.

Alcé el rostro, sin obedecerlo, sólo mirándolo resentida, dolida. ¡Necesitábamos hablar! No terminar.

—¿Ésa es tu manera de enfrentar la realidad? ¿Dejarás que todas mis dudas, que son reales y fundamentadas, queden sin resolver? ¿Ése es tu enorme sentimiento por mí? Yo sólo quiero que me escuches, que lo conversemos. Lo hemos evadido suficiente tiempo y no está bien, aunque lo parezca; por algo te tomaste tantas molestias durante meses para que yo no pensara, sino para que olvidara, pero no puedo. Estoy sola en esto y tengo derecho a decirte lo que siento. —Mi voz era rabiosa y ansiosa.

—Sí, Sara. Éste es mi amor, porque yo también sé que te amo y mucho más, tanto que no tengo palabras para describirlo, y aunque jamás llegué a pensar que pudiera sentir esto, ahora sé que te amo tanto que no te detendré. Sé que te tengo que soltar porque todas tus inquietudes son genuinas, válidas y, lamentablemente, reales, no tengo cómo revirarlas ni refutarlas. Es verdad que no tendrás una vida común a mi lado, no como la del resto de tu especie. Si continuamos, no habrá hijos ni un hombre que envejezca a tu lado. No habrá familia, no habrá hogar, no llegaré cansado del trabajo cada día con la ilusión de jugar con nuestros hijos, no habrá canas, ni amigos con quien compartir, no sé si habrá mayor intimidad de la que ha surgido, simplemente porque no sé si puedo controlar lo que de verdad soy… He sido profundamente egoísta, pero me abriste los ojos; tú, como siempre, vas un paso adelante gracias a tu humanidad, a esa mente que venero, a esa manera tan tuya de vivir. Así que, como ves, tienes razón, esto no tiene futuro. Todavía me asombra que representando lo que represento, haya sido tan necio y soñador al creer que esto podía seguir. Y sí, estoy dejando de ser quien soy por estar contigo, pero también he conocido lo que es ser feliz y que soy capaz de sentirlo.

Mis lágrimas humedecían mis mejillas. No, no quería terminar, quería hablar, hablar lo que no habíamos hablado hace meses. Quería buscar soluciones, no finales.

Volvió a tenderme la mano, me levanté negando.

—No te la daré, no quiero irme. Debemos conversar. Hay una solución, debe haberla, Luca. No quiero estar sin ti, debemos encontrar la manera de que todo se pueda conjugar, de poder empatar lo que somos y nuestros mundos. No quiero que dejes de ser quién eres, no quiero dejar lo que me

importa, necesitamos unirlo, debe haber una forma —chillé con rabia, molesta.

—No la hay, porque créeme que si existiera ya la habría encontrado. En estos meses, me he dedicado cuando no estás conmigo, Sara. Pensar y pensar, charlar una y otra vez con mis compañeros, pero no hay forma de que te dé una vida como tú te la mereces, como debe de ser. Yo sabía que este momento llegaría, sólo que no creí que tan pronto, ni que lo que siento por ti creciera tan desmesuradamente.

—No quiero terminar. Te amo, no quiero que esto acabe. Dijiste que no me dejarías si yo no lo hacía, y no lo estoy haciendo, no lo haré —le recordé hipando. Cerró los ojos y suspiró cansado.

—Sara, comprende.

—¿Comprender qué, Luca? Que te siento, que te amo de una forma que no entiendo y que por lo mismo tengo mucho miedo, que no quiero lastimarte y que por eso debía contarte lo que me sucede. Me siento dividida entre mi mundo y tú, y no quiero, sólo es eso. Quizá es mi culpa, quizá yo sea la responsable y debo ver cómo cambiarlo. Además, tengo esta certeza aquí… —Arrugué mi blusa a la altura del pecho—. De que jamás habrá alguien más que tú en mi vida. No quiero perderte.

—Lo habrá, Luna, sé que lo habrá.

—Luca, somos una pareja, se supone que pueda decirte lo que creo, lo que siento, lo que pienso. Quizá fue un error porque está en mis manos, no en las tuyas, debo aprender a equilibrar, eso es todo —murmuré desesperada. Sujetó su cabeza negando, girando ansioso hacia el mar. Se alejaba, lo sentía pese a tenerlo tan cerca. Cerré las manos en puños, revuelta por dentro—. Si lo que quieres es que terminemos, decídelo tú, porque yo no lo haré. Estás volteándolo todo, las cosas no deben ser así —anuncié detrás de él.

—Sara, no te hagas esto, tienes razón en todo lo que me dijiste y no, no se trata de ti, ni de «aprender a equilibrar». Lo que sentimos nos supera y va más allá de tu voluntad y de la mía. Perdóname por permitir que las cosas llegaran hasta este punto.

—¿Vas a dejarme? —pregunté sudorosa.

Negó serio.

—Tú lo harás, por eso tu actitud desde ayer en la noche, por eso esta conversación. Aunque continuemos, esas dudas seguirán ahí y te atormentarán nuevamente, y ya no lo soporto. Tu bienestar es lo más importante para mí, lo único. Lo que soy te está absorbiendo, no permitiré que continúe así, ya no.

—Luca, no. Quiero escucharte decir de nuevo que estaremos bien, que lo resolveremos, que ambos pondremos de nuestra parte… Que quieres que sea feliz y eso sólo ocurrirá contigo a mi lado —sollocé afligida.

—Eso hago, Sara, aunque no lo parezca ahora y por mucho que me duela reconocerlo… yo no soy tu felicidad.

—Sé que lo eres. Y esto se terminará hasta que tú lo decidas, porque no lo haré yo —declaré al notar su postura hermética, inamovible.

—No romperé mi promesa —confirmó serio—. Dame la mano, debemos regresar.

Me negué mirándolo fijamente. Él no lo hacía, observaba un punto encima de mi cabeza, con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón, con el cabello ébano ondeando, cerrándose a mí con cada segundo que pasaba. Era como regresar al inicio, pero era ahora más fuerte, más determinante.

Mi vitalidad, o lo que fuera, chillaba, gemía, me rechazaba por todo lo que ocurría. No sabía cómo conectar con ella, cómo calmarla para que me permitiese pensar con claridad; su sentir me envolvía, me quemaba.

Ansiosa me dirigí a la cobija, me senté enrollando mis piernas con los brazos, recargué la barbilla en las rodillas.

—Me duele comprender que no deseas buscar soluciones. Que es más sencillo comportarte frío. Pero tampoco puedo forzarte a tener otra actitud después de todo lo que te dije. Quizá mis palabras son atropelladas, torpes, quizá no debía decirte. Al final, yo decidí sumergirme en esto y debo enfrentarlo sola, como tú lo haces con tus cosas. Fui una tonta.

—No lo eres —habló con voz profunda, sin moverse de su lugar.

—Cuando supe lo de Bea, temí alejarme de ti, ésa es la verdad. Me dio miedo pasar tantas horas sin verte. Me asustó comprender a qué grado había llegado mi sentimiento por ti. De pronto me sentí dependiente, de esa clase de chicas que no ven más allá de su novio, aunque tú no seas un

novio común. Pese a eso me rebelé, porque no lo quiero. Sin embargo, esto que habita dentro de mí se resiste siquiera a dormir si no estás cerca, a estar tranquilo si no te escucha, a sentirse completo si no te ve. No sé cómo manejar tanto, cómo encausarlo para no ser absorbente, para no ser posesiva. Sacas lo mejor de mí, eso lo sé, pero no sé si saco lo mejor de ti al alejarte de lo que eres. Tú eres el que cede una y otra vez, por lo que eres y por lo que soy. Con cada segundo que pasamos juntos, esto nos va dominando más y más. Es temor, es todo. Temo porque te amo, temo porque no quiero herirte, temo porque no quiero dejar de lado las otras cosas de mi vida que me importan; no obstante, cuando se trata de ti, dejan de existir, y temo que esto se torne enfermizo, temo que avance y dejemos de ser lo que somos, temo no tenerte, temo, por sobre todo, perderte. ¿Cómo acomodo esto?

—No debe avanzar, no debe crecer más. Tus temores son reales —hablaba como un ser carente de emocionalidad, tanto que no lo reconocí. Un sollozo ahogado se encajó en mis cuerdas vocales.

—No hagas esto… —le pedí levantándome, posicionándome frente a él—. Luca, mírame, no debe ser así —musité sorbiendo el llanto. Pero no lo hacía, permanecía circunspecto, ausente, aunque sus ojos estaban teñidos de violeta y azul. Nuevo color, nuevo sentimiento. Deseaba sentir lo que sentía, me concentré, tanto mi vitalidad como yo lo intentamos, y nada.

Se movió, pasó a mi lado tomándome desprevenida, rozándome con su brazo, y cuando todo el panorama cambió me di cuenta de lo que había hecho, ya avanzaba rumbo a su casa.

—Es tarde, debes irte —me pidió, sin voltear, con la cabeza gacha, caminando rumbo a su puerta.

—Luca, no lo hagas —le rogué alterada, preocupada por su fría postura. Negó con firmeza.

—Estoy agotado, deseo estar solo.

—Las cosas no se pueden quedar así. Luca, por favor… —se detuvo, girando un poco el rostro, pero sin verme.

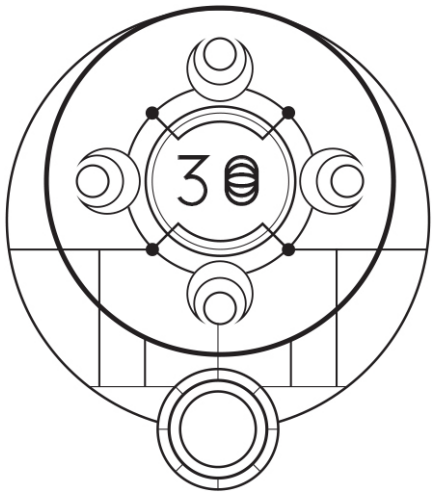
—Necesito espacio, nos vemos después —susurró con tono gélido.

Ante aquellas palabras, no tuve más remedio que asentir desconcertada, aturdida y asustada.

Había llevado las cosas muy lejos, aun así, no me arrepentía, esa charla debía ocurrir, aunque nunca imaginé que terminaría así.

Le daría su espacio, su tiempo, después de todo él también tenía derecho. Lo cierto es que si íbamos a vivir juntos, yo debía confiar en él y debía poder decirle todo lo que pasaba en mi cabeza, los miedos que habitaban en mi mente, porque a diferencia de Luca, yo no tenía nadie con quién hablar y eso me colocaba en un punto más vulnerable.

Subí a mi auto sintiendo cómo las lágrimas surcaban mi rostro, rogando encontrar una solución a todo aquello, la mejor para ambos.



Durante la cena, yo no pude pasar bocado, no después de lo que había ocurrido. Y es que no paraba de pensar, de darle vueltas, de buscar una solución y a la única conclusión que llegaba era que tenía que luchar contra mi sentimiento, rebelarme y darnos un poco más de espacio. Pero en cuanto llegaba a la parte que concernía a él, mi mente se hacía un caos, y es que no éramos los mismos por mucho que me empeñara durante meses en fantasear. Y si avanzaba lo que sentíamos, qué consecuencias traería para él y para su destino.

Lo quería tanto que, pese a sentir dolor, prefería enfrentar la realidad y dejarlo ir. Lo que sentía me acompañaría por mucho tiempo, era consciente de ello, pero no por eso sostendría algo que no tenía manera de ser y que, de progresar, nos dañaría realmente.

Me puse la piyama envuelta en un letargo extraviado, agotada. Esa noche no iría, no después de lo ocurrido, así que me senté en el sillón con mi reproductor a todo lo que daba y la cabeza recargada en mis rodillas, meciéndome, observando la noche. Buscaba no pensar en algo que no fueran sus ojos, o sus manos, o nuestros momentos felices.

De pronto, sentí su mano cálida sobre mi cabello. Levanté el rostro asombrada.

Había ido.

Lucía exhausto, nostálgico.

Me quitó los audífonos; me miraba con atención, el azul continuaba, era fácil verlo. Bajé las piernas, desconcertada y dolida; su fría distancia era palpable.

¿Qué haces ahí?

—Pensé que no vendrías —murmuré con voz cortada. Frustrada y profundamente enojada, pero no con él, sino con el destino torcido que nos había colocado en esa situación, y con la vida que nos hizo tan diferentes. Negó con tristeza, la cual se dibujaba en cada una de sus esculpidas facciones.

Sin percatarme, ya estaba en mi cama y él me cubría con las cobijas, de forma dulce y cuidadosa.

Debes dormir.

Me lo pidió casi como un ruego, sentándose como solía hacer antes de que supiéramos que podía tocarme; comenzó a acariciar mi cabello. En mi garganta se atragantó un sollozo.

—Si querías espacio, lo entiendo —hablé despacio, mirándolo, aunque notaba cómo evitaba mis ojos.

—Creo que no, pero no importa. Esperaré a que cierres los ojos.

Me senté negando. Retrocedió, afligido.

—Venir no es tu obligación, sólo quiero que estés aquí si lo deseas.

Sonrió bajando la mirada, frotándose el cuello como si le doliera.

—Lo que deseo está muy lejos de poder ser.

—Vamos a otro sitio, hablemos —le pedí ansiosa. Fijó su atención en la noche, pensativo.

—No —zanjó.

Me dejé caer sobre las cobijas, resoplando. No quería ser infantil, tampoco inmadura, pero no me gustaba su actitud hermética, no me daba acceso y eso me frustraba más que cualquier cosa.

Un abismo hondo, tan profundo como lo que sentíamos, como nuestras diferencias, estaba ahí, entre ambos, rasgando las emociones que nos

generaba ser lo que éramos y sentir lo que sentíamos.

Sólo cierra los ojos, Sara.

Suplicó enganchando sus ojos con los míos. Mi vitalidad brincó en cuanto lo percibió, gemía dentro de mí, ansiosa, expectante.

Ha sido un largo día, dejemos que la noche haga su trabajo. Me pidió despacio.

Besó mi frente, aspirando con fuerza. Le hice caso, acurrucándome con la tristeza circulando por todo mi cuerpo. Sus elegantes manos comenzaron a jugar con mi cabello, a desperdigar esas caricias que me adormecían y tranquilizaban, y sin ser consciente del momento me quedé dormida pese a la angustia.

Por la mañana todo se sentía tan extraño, diferente y roto.

Llegó puntual. Me subí a su auto enseguida, su aroma se apoderó de mis pulmones. Nada había cambiado ni para él ni para mí, lo comprendí con gran pesar.

—Hola —susurré al ver que ni siquiera reparaba en mí. Mi corazón sufrió la primera embestida de aquel día. Ni hablar, pensé. Me aferré a mis cosas y fijé la vista en la ventana. No había manera de cambiar lo que resonaba frente a nosotros: nuestra realidad.

—Buenos días, Sara.

El trayecto fue silencioso, asfixiante.

Al llegar al salón que compartíamos, Luca se encaminó hacia Hugo y se sentó a su lado, dejándome de pie junto a los lugares donde acostumbrábamos acomodarnos. Lo miré resignada, pero me daba la espalda y parecía ajeno a todo; hablaba con su compañero como si nadie más existiera, ignorando el hecho de lo que acababa de hacer.

—No está ocupado, ¿verdad? —Era Gael, entorné los ojos. Luca fingiría que le daba igual, lo conocía, pese a que se lo estuviera llevando el infierno, y mi nuevo problema, que estaba de pie frente a mí y sonriendo feliz, fingiría que lo hacía de forma inocente.

—Preferiría que te sentaras en otro lugar —objeté grosera, sin una gota de paciencia. No le importó y se acomodó ahí, solté un suspiro.

—Éste está bien —declaró con ingenuidad. No entraría en una discusión ridícula.

—Sí, supongo. —Tomé mis cosas para buscar otro sitio. Lo encontré a un par de bancas—. Disfrútalo. —Me levanté sin fijarme en su reacción, ni en la de nadie. No estaba de humor.

Durante la clase busqué concentrarme, así que puse todos mis sentidos en ello, cerrándome al exterior y blindando mi cabeza ante el dolor, sin embargo, lo logré del todo. Luca necesitaba su espacio, muy bien, no lo presionaría; lo cierto es que no podría eludir por siempre la conversación que debíamos tener, sólo esperaba que su madurez apareciera pronto.

Cuando sonó el timbre, me dirigí a la salida un poco más tranquila, respirando hondo para no sentir ese hormigueo de ansiedad que me generaba no estar con él. Me alcanzó unos segundos después, el silencio continuaba.

—Luca, puedo ir a clase sola —apunté estoica.

Dios, aunque no lo aceptara, esa actitud estaba consumiéndome.

—Lo sé —contestó indiferente. Alcé la mirada, no me veía, su tono había sido helado, cargado de indiferencia, tanto que por un segundo se detuvieron mis latidos.

—Supongo que continuaremos con la ley del hielo, quizá en venganza por lo de ayer, quizá porque necesitas pensar más, quizá porque sabes que debemos hablar y no estás listo. Sea lo que sea, está bien. Esperaré. —Caminé más rápido, dejándolo atrás; tenía las palmas sudorosas, y mis latidos iban a mil por hora.

Me alcanzó, tomó mi codo poco antes de entrar al salón. Lo miré fijamente, justamente como él lo hacía.

—No soy un idiota, ni es venganza ni es eso de la ley del hielo que dices y, además, ignoro su significado. Sólo estoy haciendo lo que tú deseas; estoy aquí. —Su voz sonó golpeada y dura. Sus palabras escondían lo que en realidad ocurría, él no me terminaría, quería que lo hiciera yo.

Pestañeé aturdida, incrédula. Apretando la quijada. Nunca me hablaba así; conmigo era suave y cariñoso todo el tiempo. Me zafé de un jalón, sin dejar de verlo.

—Supongo que quieres que te dé las gracias —refuté adentrándome en el aula, yendo directo hasta donde Romina estaba. Seguro él se acomodaría junto a su compañero, continuando su pantomima.

—¿Pasa algo entre Luca y tú? —preguntó mi amiga en susurro para que Lorena, Sofía y Jimena no escucharan.

—No —logré decir molesta, herida.

Cuando acabó la clase, me sentía menos enojada; caminé hasta la puerta, donde Luca me esperaba, cabizbajo.

Me sentía tan desconcertada, tenía unas inmensas ganas de gritar, de golpear, de salir corriendo y olvidarlo todo, pero esta vez enfrentaría las cosas con madurez; me mantendría tranquila dentro de mis posibilidades.

Caminamos directo a la cafetería, envueltos en ese horripilante mutismo. Me guio, sin que lo esperara, hasta la mesa donde estaban Hugo y Florencia. No comprendí su acción. ¿Querían hablar de algo con Luca y conmigo? ¿Desde cuándo me integraba a su mundo de esa manera? ¿Estarían de acuerdo? Lo miré dudosa, me tendió una silla con suavidad. Me senté arqueando una ceja, Luca le recordaba a Hugo una anécdota que no comprendí, y extrañamente me sonreía satisfecho.

—¿Quieres algo? —me preguntó Luca, serio.

—No, estoy bien.

Asintió y le preguntó a Florencia sobre un libro que le prestó.

Los observé por unos segundos, sin comprender nada. Nunca nos habíamos sentado con ellos y era evidente que a Florencia no le agradaba en absoluto la idea, pues su gesto era duro, cargado de tensión y reproche. De repente, empezaron a recordar sucesos vividos en los otros sitios donde habían estado; como no sabía el contexto, no alcanzaba a entenderlos. A Luca parecía darle igual que yo estuviera ahí; y yo no podía dejar de verlo, me sentía confundida y absolutamente perdida, aunque también sorprendida por sus artimañas.

Hice la silla para atrás, los tres me miraron. Le sonreí como pude y me fui. Tampoco me expondría, porque ya no era la de hacía unos meses gracias a él. Caminé hasta las canchas, dejé mi mochila a un lado y me perdí en el partido de fútbol; me sentía molesta, impotente y triste, muy triste.

En la siguiente clase, me senté en un lugar distinto; revisé mis apuntes con atención, intentado olvidar, al menos por segundo, todo lo que se estaba saliendo de mi control. Su aroma atacó mi nariz y, de pronto, estaba

junto a mí, sacando sus cosas. Lo miré de reojo, pero sólo por un momento. Estaba rígido, apretando las manos sobre la mesa.

Cuando acabó la hora, lo guardé todo, nerviosa. Sentí su mirada sobre mi cuerpo, entonces, lo encaré afligida y seria. El azul continuaba, ahora era casi dueño de todo su iris. Me humedecí los labios, observó mi gesto con ansiedad. Respiró agitado. Yo también. Ambos queríamos lo mismo, pero no lo haríamos, no en este momento.

Luca era perspicaz, por lo que sus ideas, sus análisis, sus hipótesis y su raciocinio iban siempre pasos adelante; no obstante, aún era consciente de que en cuestión de sentimientos yo le llevaba la delantera. Y ahí estábamos los dos, inmersos en algo que no lográbamos acomodar ni enfrentar pese a nuestras fortalezas, que también eran nuestras debilidades.

—Nos vemos después —logré decir, colgándome la mochila y saliendo de ahí.

Debo de reconocer que pese a la lejanía de Luca, que se sentó en la siguiente materia junto a Florencia, la pasé bien con las chicas. Estuvimos, casi toda la hora, ocultándonos del profesor, mandándonos fotos distorsionadas de diferentes artistas de Hollywood; en ningún momento nos descubrieron, y yo reía sin poder evitarlo. Sabía que más tarde tendría que ponerme al corriente con los apuntes, pero en ese momento me urgía una distracción.

Luca estuvo casi todo el tiempo atento a mí, evaluándome, lo sentí; aunque lucía irritado, también se le notaba satisfecho. No tenía idea de qué maquinaba su cabeza; rogaba que el día terminara para poder acorralarlo y hablar de una vez.

Cuando iba a entrar a la cafetería, en el segundo receso, mi padre me marcó. Me alejé del bullicio, avisándole a Romina con un gesto que en un segundo la alcanzaba; respondí.

—Hola, pa.

—¿Sara?

—Sí, ¿pasa algo?

—No, mi amor, pero ayer no me dijiste si irás a Whistler. Estoy con el agente.

Resoplé vencida. Con Luca todo iba muy mal ese día y quizá no se compondría, situación cosa que me consumía. Lo único cierto en ese momento era que mi beca peligraba.

—No, papá, hablé ayer con el director y no me pueden ayudar. Bajaría el promedio y la beca podría ponerse en riesgo, trabajé mucho por obtenerla, no quiero perderla

—¡Idiotas! Perdón, mi amor, pero es así. ¿Quieres que hable con ellos? —propuso con ánimo defensor. Me gustó escuchar su forma protectora de proponérmelo.

—Sí, podría funcionar.

—Iré por la tarde. Es un viaje, y tú, una alumna intachable, no estoy de acuerdo con tanta inflexibilidad —expresó molesto.

Sonreí sintiéndome, por primera vez en el día, verdaderamente mejor.

—Lo sé.

—Bueno, Sara, no te interrumpo, yo veré eso. Pero si no, ni hablar, ya viajaremos para verte e iremos juntos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —acepté alegre.

Colgué sonriendo aún; cuando giré, él estaba a menos de dos metros de mí, serio. Mi júbilo se fue por el drenaje. Guardé el celular en el bolso de mis *jeans*, ladeé el rostro y me acerqué.

—Así que no irás —dijo, a un metro de mí, con gesto inescrutable. Mis palmas sudaron y es que se veía espectacular con esa camiseta negra y *jeans* oscuros, ahí recargado en aquel muro, derrochando indiferencia. Mi vitalidad rugió deseando salir, la contuve, no supe cómo, pero lo hice; pude sosegarla.

—Creí que hoy querías descansar de mí —refuté con mi atención puesta en sus ojos azules, ahora mezclados con negro. Qué combinaciones tan extraordinarias. Necesitaba saber de qué iba ese color.

—¿Cuándo hablaste con el director? —Cambió de tema. Se me acercó, provocando que el pulso se me acelerara sin remedio, mis labios temblaron enseguida, ansiosos por su sabor. Estaba a pocos centímetros. Su iris se tornó ámbar.

—Ayer.

—¿Ayer? —repitió un poco más cerca. Asentí, desviando mi atención hacia los diferentes chicos que salían de la escuela, pues o hacía eso o lo besaría como mi boca exigía—. ¿Pensabas decírmelo? —indagó críptico.

—¿Te interesa saberlo? —Lo desafié enarcando una ceja, volteando. Se alejó un poco. Su autocontrol flaqueaba.

—Es tu decisión —aseveró.

Fruncí el ceño. ¡Dios! ¡Hasta dónde llevaría las cosas!

—Lo es, ¿algo más que me quieras preguntar? —Lo desafié, alejándome, harta de eso.

Negó. Alcancé a percibir una sonrisa, aunque enseguida volvió a su irritante indiferencia. Ya me iba cuando tomó mi mano, me pegó a su cálido cuerpo y me besó sin que pudiera reaccionar. Jadeé al sentirlo sobre mis labios.

Me rodeó con ambos brazos para que no me pudiera zafar; cuando por fin reaccioné, enredé mis manos en su cabello y lo incliné hacia mí, robándole todo el aliento, adueñándome de su interior que me enardecía y me hacía levitar de una manera insospechada.

Unos segundos después, que me parecieron los mejores de mi vida, soltó mis labios. Sus ojos eran de nuevo dorados, aunque se habían mezclado con esa marea azul.

—Te veo más tarde —declaró y se alejó sin demora, tenso, incluso puedo decir que enojado.

Permanecí allí, de pie, aturdida, sintiéndome vulnerable, y también herida.

¡Qué diablos era eso!

Me recargué en la pared donde él me había escuchado hablar por teléfono, luego me dejé caer. Toqué mis labios con las yemas de mis dedos, incrédula, aturdida. No me gustaba nada lo que estaba pasando, cómo nos estábamos comportando. Nosotros no éramos eso.

Con Luca todo había sido tan natural, no había que actuar ni pensar tanto… pero el día anterior yo abrí la brecha y tal parecía que no había manera de brincarla o de acortarla. Comprenderlo me dolió hasta el punto del ardor.

Entré a la cafetería, quedando pocos minutos para que el receso terminara. Cuando llegué a clase, él ya estaba ahí al igual que Florencia. Ni siquiera me miró. Caminé con Romina a mi lado, quien me observaba segura de que algo ocurría. Me senté junto a Iván y Eduardo, mientras mi amiga se acomodaba en la mesa contigua, seria.

La clase fue tan ardua como siempre y ni siquiera ellos, con su inigualable sentido del humor, pudieron quitar la nube negra que se extendía sobre de mí. Las cosas entre Luca y yo estaban llegando a su fin.

Gracias al cielo faltaba sólo una clase; la jornada se me estaba haciendo eterna.

En Fotografía, el profesor nos dividió en dos equipos. Uno revelaría las imágenes y el otro aprendería a usar el lente de aquellas cámaras tan complejas.

En mi equipo no estuvo Luca. Debíamos revelar. Nos metieron a un cuarto oscuro donde apenas si cabíamos diez personas, y nos dieron las instrucciones. Cuando terminamos, Iván, a quien le tocó conmigo, y otro chico, que también había estado ahí, venían flanqueándome y riendo por las imágenes que resultaron.

Luca, a unos metros, me escrutaba claramente furioso, tenía los ojos totalmente de color carbón. Me detuve, mientras los demás, evidentemente asustados por su dura expresión, se alejaron de mí. Ladeé el rostro, estudiándolo sin amedrentarme ni un poco, cruzándome de brazos.

—Vámonos —ordenó. Sonreí negando.

—No, no así. —Lo señalé sin alterarme.

—No lo puedo evitar. Yo te traje, tú te vas conmigo —rugió embravecido. Su voz era grave y autoritaria. Él no era así y todo esto estaba sacando una parte suya que nunca me había mostrado. Seguí sin amedrentarme.

—Cuando se te pase —declaré con firmeza. Se acercó a mí completamente desconcertado y asombrado.

—¿Se me pase? ¿De qué hablas? Esto no es así de sencillo.

—Sí, sí lo es. Hablemos, abre tu cabeza y hablemos —sugerí aferrada al tirante de mi mochila.

—Por los dioses, ¿por qué contigo nada es fácil? —bramó.

Me encogí de hombros, con la tristeza e impotencia circulando por mi piel, comprendiendo lo que vendría, lo que debía hacer, y sintiendo ya, desde ese momento, cómo dolía. Caminé rumbo a la salida sin esperarlo, sin embargo, no di ni tres pasos cuando me detuvo.

—Te irás conmigo, Sara. Hasta aquí llega mi control —advirtió.

—Deja de ordenarme, no me gusta y, además, no me amenaces. Me subiré contigo porque debemos aclarar esto, no porque tu control esté roto. ¿Cómo imaginas que estoy yo? ¿La estás pasando mal? ¿Crees que eres el único aquí? —lo cuestioné con voz ahogada.

Colocó las manos en su cabeza y volteó visiblemente desesperado. Nunca lo había visto así, parecía absolutamente perdido; eso me dolió mucho más que su actitud durante el día. Dio un pequeño grito de ansiedad y de nuevo me miró.

—Esto va más allá —anunció, evadiendo mi mirada. Sin decir más, tomó mi mano aprovechando mi aturdimiento y me guio hasta el estacionamiento, sin prisa pero firme. Aunque me zafé, lo seguí sin chistar. Abrió la puerta de la camioneta apretando la quijada. Me subí sin objetar.

Manejó de prisa, aunque con cautela; seguía sin dirigirme la palabra.

—¿Crees que no sé lo que haces? —le pregunté a medio camino. No me contestó. Decidí continuar. Que no hablara no significaba que no me escuchara—. Quieres que me enoje, que me confunda, que no quiera estar contigo, para que yo te deje porque no eres capaz de romper la promesa que me hiciste. Me alejaste todo el día, incluso buscaste que me sintiera fuera de lugar. Déjame decirte que lo lograste. —Apretó el volante y su cuerpo se tensó—. Me hiciste sentir mal, mal en serio y no te juzgo, sé lo que estás sintiendo porque yo siento lo mismo.

»No actuaré contigo. A tu lado, desde el primer momento he sido yo, me he dejado llevar sin pensar en nada salvo en lo que me provocas desde la primera vez que te vi. Sin embargo, es evidente que lo que te dije ayer logró fracturarnos, y no puedo repararlo, porque sabes que es verdad cada palabra, aunque te queme como a mí. Te amo, Luca, y sé que con lo que te dije ayer nos fallé, nos lastimé… Lo lamento de verdad, no era esa mi intención, pero necesitaba compartirlo, decírselo a alguien, quizá también

era necesario que lo enfrentáramos de una vez. La realidad es que ambos estamos perdidos, que no tenemos idea de lo que hacemos.

»Así que si lo que buscas es que te guarde rencor y cambie la imagen que tengo sobre ti, estás perdiendo tu tiempo. Te conozco, sé que me sientes, que me amas y que cavilarás situaciones torcidas con tal de que te deje por mi bien. —Hice una pausa de varios minutos esperando que dijera algo. Pero nada.

Aspiré todo el aire que cupo en mis pulmones, sentía como si me aventara a un precipicio por mi propio pie. Lo cierto era que no podía tolerar que las cosas empeoraran, debía averiguar hasta dónde llegaría Luca. Tenía una voluntad férrea y si su idea era protegerme, poco podía yo hacer al respecto, además, seguía presente lo que le dije el día anterior, cosa que ninguno debía ignorar. Luca ya había decidido y yo también.

No era falta de amor, me repetí con afán y con las palpitaciones desbordadas. No era falta de amor. Era mucho más que eso: era él, era yo, era lo que sentíamos, lo que nos unía y lo que nos separaba.

Miré atenta al frente, aferrándome mi mochila. Sentía mis mejillas calientes, tomaría una pócima que me aniquilaría en segundos; a pesar de todo no desistiría porque era lo correcto, porque así debía ser.

Entramos al fraccionamiento sin mirarnos, notablemente tensos. Cuando se estacionó frente a mi casa, me atreví a verlo, mis ojos se nublaron de sólo observarlo. Parecía no ser consciente de lo que estaba ocurriendo, y yo temblaba como una hoja expuesta a una tempestad.

—Te amo, te siento, recuérdalo, porque será así por mucho tiempo. No lo olvides y no olvides lo que tuvimos. Luca, esto se terminó —logré decir con la garganta adolorida, con algo dentro de mí gritando sin control. Volteó enseguida, con el iris violáceo y azul—. Sé que es lo que esperas, sé que deseas que tenga una vida normal y crees que debo vivir muchas cosas que a tu lado no viviré. Es probable que tengas razón, yo quiero lo mismo para ti.

»Espero que tú puedas seguir con tu vida, que logres lo mismo que esperas que yo logre… porque así como a ti te duele que yo deje cosas por ti, a mí me duele que no seas tú y que dejes de hacer lo que debes por mí. Esto algún día pesaría y quizá fue mejor que sucediera ahora y no cuando

no pudiéramos revertirlo —expresé rompiéndome en millones de partículas. Abrí la puerta esperando, ilusamente, que me detuviera. Me ahogaba, literalmente me ahogaba, sin embargo, no daría vuelta atrás—. Adiós, Luca. Lamento mucho que hayamos nacido en tan diferentes circunstancias y aún más que lo nuestro no pueda llegar a ser. Fuiste lo más hermoso que pudo pasarme —finalicé.

Cerré la puerta, conteniendo un sollozo dentro de mi boca.

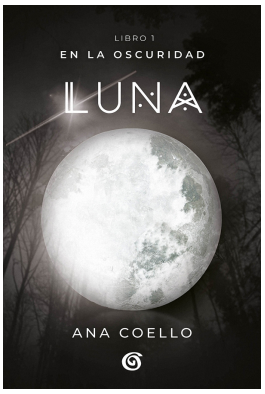
Entré a casa, me recargué en el muro con la mano en mis labios y, sin poder evitarlo, el llanto se desbordó.

Unos minutos después, escuché arrancar su auto y gemí de dolor.

En ese momento comprendí que esto no se trataba de mí, sino de él, del enorme sentimiento que habitaba dentro de mi ser. Éste no era su lugar, no daría marcha atrás pese a no imaginar lo que podía implicar.

Contigo camino el frío del invierno,
transito la realidad que nos desampara,
Tu esencia llama a mi destino,
lo nuestro truena como si todo se acabara.
Sentimientos eternos, cautelosos momentos,
mi vida en tu mano, mi alma perdida,
amor inconsciente, claridad doliente.
Noche nuestra existencia,
oscura nuestra ausencia.

La luna eclipsó al sol.
Yo era el satélite fresco; él, un astro cálido,
y la tierra, un testigo mudo.
Hay muchas razones para este fenómeno,
pero la que yo elijo y la que más me gusta creer
es que, hasta que nuestras miradas se cruzaron
aquel día lluvioso, no nos habíamos dado cuenta
de que vivíamos en la oscuridad.



No todas las decisiones son fáciles, menos si son resultado de la culpa y el dolor. Para Sara nada volvió a ser lo mismo desde la muerte de su madre. Y como si aquello no bastara, tuvo que mudarse a una nueva ciudad, incluso a otro país.

Sara ansía escapar de todo aquello que le aflige, y cuando menos se lo espera, aparecen en su nueva escuela tres alumnos desconcertantes. Uno de ellos, Luca, le genera emociones inesperadas y contradictorias, y aunque lo eviten, ambos avanzarán hacia lo desconocido…, sin imaginar que no existe marcha atrás.

Con *Luna*, primera entrega de la trilogía EN LA OSCURIDAD, Ana Coello nos sumerge en una peligrosa novela romántica, con la que busca

continuar el éxito en Wattpad, gracias a millones de lecturas de todas sus historias.



ANA COELLO. Autora mexicana de novela romántica que en 2013 incursionó en Wattpad, plataforma web internacional de escritores emergentes, donde fue la primera hispana en recibir el título de Wattpad Star para autores destacados. Cuenta con varios títulos impresos que circulan en librerías de Latinoamérica, gracias a los cuales ha podido viajar por diferentes países para promoverlos y conocer a sus lectores.

Luna. En la oscuridad 1

Primera edición: septiembre, 2018

D. R. © 2018, Ana Coello

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright.* Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-317-237-0

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación